wattpad

PELIGRO 1

NO APTO PARA MENORES DE 18 AÑOS



PELIGROSA ATRACCIÓN

FLOR DI VENTO

Montena

Flor Di Vento

PELIGROSA ATRACCIÓN

LIBRO 1.
TRILOGÍA PELIGRO

wattpad
by Montena

Síguenos en
Penguin Perú

 **Penguin Perú**

 **@penguinlibrospe**

 **@penguinlibrospe**

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

PRÓLOGO

1. TORMENTA
2. UN ASESINO
3. CUIDADO CON LO QUE DESEAS
4. CONSECUENCIAS
5. JUEGOS PELIGROSOS
6. COMERSE AL ENEMIGO
7. SIN ARREPENTIMIENTOS
8. EN LA BOCA DEL LOBO
9. CUERDA FLOJA
10. LO TOMAS O LO DEJAS
11. PISA EN FALSO
12. HASTA TU ÚLTIMO ALIENTO
13. TU BRILLO
14. JUEGO DE FUERZAS
15. LA NOCHE DE LOS VELOS
16. INESPERADO
17. OJOS DE SERPIENTE
18. SECRETOS AL DESCUBIERTO
19. MÁS FUERTE
20. JUGAR CON FUEGO
21. GOLPE DE REALIDAD
22. LA GRAN FARSA
23. SIN RETORNO
24. IMPULSO PELIGROSO
25. DESBANDE
26. VERDADES QUE MATAN
27. EN JAQUE
28. SIN MÁSCARAS
29. CELOS
30. DOS CARAS
31. GOLPE BAJO

32. MARCAS IMBORRABLES
33. EMBARRO
34. ASFIXIA
35. INFERNAL
36. EXTRA EN EL BAÑO
37. ESCORPIÓN A LA VISTA
38. PUÑALES Y TRAICIONES
39. EXTRAÑOS
40. UNA TRAMPA
41. FUEGO Y HIELO
42. HERIDAS ABIERTAS
43. EL OLFATO DEL ÁGUILA
44. EN CAÍDA
45. CICATRICES AMARGAS
46. TRAICIÓN
47. RUMBO A LA MUERTE
48. DISPARA
49. RENACER EN MÁSCARAS
50. SOMBRAS
51. ETERNO
52. ESPINAS
53. SINSABORES
54. FANTASMAS QUE OSCURECEN
55. GRIS OBTUSO
56. LA SANGRE
57. AL FILO DEL ABISMO
58. RICARDI
59. JUEGOS DE SANGRE
60. LA LEYENDA
61. EL ÁNGEL Y EL DIABLO
62. EL PRINCIPIO DEL FIN
63. PURGA
64. BALAS Y PASIONES
65. FINALES

EPÍLOGO

Legal
Sobre la autora
Sobre este libro

Advertencia de contenido +18.

No apto para personas sensibles.

Ella no es cualquier mujer, es una leyenda



PRÓLOGO

Sobrevivió. Debería estar muerta al igual que su padre después de los disparos que le hice, pero la inesperada llegada de la policía la salvó y hoy está a punto de ascender al clan más poderoso de la mafia siciliana. Eso hiere mi honor y ofende mi sangre.

Puedo soportar cualquier cosa en el mundo menos el fracaso. Enciendo mi puro ante la mirada de más de veinte hombres que bajan la cabeza al verme. Saben quién soy, a qué he venido y por qué estoy aquí después de más de diez años lejos de Italia.

Sus rostros obedientes permanecen en silencio mientras la llovizna fría recoge el eco de unos pasos que se detienen detrás de mí con cautela, como si hubieran estado esperándome desde hace mucho tiempo.

—Bienvenido a Italia, mi señor.

Sé quién es sin girarme. Me limito a exhalar el humo de mi puro mientras tomo mi arma y los recuerdos vuelven a golpearme, trayendo a mi memoria la redada, los gritos, el rostro vendado de la chiquilla y esos labios que no puedo sacarme de la mente. Sobre todo, la forma en que ágilmente escapó de la muerte, aunque no pudo escapar del peso de su pasado.

—En unos días cumple veintiún años…, y está en Roma. Se rumorea que La Hermandad le cederá el clan muy pronto.

Sus palabras son una inyección de adrenalina, alimento vivo para un depredador como yo que no va a quedarse con las ganas cuando tenga hambre. El pasado no perdona los errores ni tiene contemplaciones. Las mentes fuertes no se rinden ante el fuego, ya que el jodido infierno es lo único que conocen. Después de años en el exilio, es hora de tomar lo que me pertenece. Incluyéndola a ella.

—Ha sabido jugar muy bien sus cartas, pero ahora arriesga más de lo que cree, señor R…

—Adrian Petrov —volteo mientras su mirada se mantiene inquieta.

Era lo que estaba proyectado a ser y lo que seguiría siendo para ellos.

—¿Sabe realmente quién es ella?

Una cría que corría despavorida ante una balacera. Una tonta que no supo ni cómo defenderse ante las balas y que dejó morir a su padre mientras el *shock* la paralizaba por completo. Por supuesto que lo sé.

—Su belleza solo es un gancho para la obsesión de sus enemigos —añade y detiene mi paso —. Los asfixia hasta que mueren y caen a sus pies para luego sacar sus verdaderas garras. Parece noble, buena, frágil, pero es solo una arpía.

El sabor del *whisky* todavía persiste en mi lengua, al igual que las ganas que tengo de ella. Clavo una daga en la fotografía borrosa que yace en el suelo mientras la lluvia parece consumirla.

—Cuida tus ojos de los suyos, tus labios de los suyos, tu polla de su increíble cuerpo de sirena. Recuerda que hasta las mentes más fuertes pueden caer bajo la pasión de la belleza. Ella no es cualquier mujer, *es una leyenda.*



1.
TORMENTA

Adrian

23 de julio. Periferia di Roma, Villa Regina

Una noche más, pero no cualquiera. Mis dedos se deslizan por el cristal de la botella mientras bebo el último sorbo de *whisky*. El alcohol pasa por mi garganta, quema mi ansiedad, soborna mi paciencia y aumenta mis ganas mientras observo desde el auto la absurda fiesta de máscaras en Villa Regina, mansión de los Simone, que reúne a la élite más grande de la mafia siciliana. Es la noche negra, conocida por ser la prueba más importante para un heredero en ascenso.

El humo de mi puro hace explosión en mi lengua mientras juego con la sensación de tener lo que busco entre mis manos. Después de años viviendo en Europa del Este, de dejar fuera a cada líder de la mafia que se atrevía a desafiarme, estar en suelo italiano me vuelve trizas el hígado a causa del pasado que todavía pesa y cuyas cicatrices no olvido.

El león es el rey de la jungla, joda a quien le joda. Nadie lo destruye. Nadie lo turba. Nadie lo enfrenta. Desaparece cuando tiene que hacerlo, esperando el mejor momento para enterrar sus garras hasta que la presa sea más vulnerable, apetecible. Y por fin, ha llegado el momento de saldar cuentas.

—¿Todo está listo?

—Tal y como lo ordenó, mi señor —indica uno de mis hombres, para luego hacerse invisible.

La gran farsa empieza ahora.

Aprieto fuerte los dedos en el volante para calmar, en algo, la ansiedad que me abruma. Una señal se activa y las luces del auto parecen más brillantes al entrar en una zona prohibida: la mansión dorada de los Simone. Mientras tanto, el lujo se desborda por todas partes, junto al sonido estridente de una gran fiesta descomunal.

—*Todavía hay tiempo para volver y atacar con ejércitos* —dice Erick, mi mano derecha y *hacker* personal, por el auricular en un tonito que me incómoda—. *Alguien como tú no debería ensuciarse las manos personalmente, menos aún cuando le acechan múltiples proyectiles.*

—Tan predecible —respondo con fastidio.

Noto francotiradores en las esquinas, por lo que finjo sin emoción ser la máscara que tardé mucho tiempo en volver creíble. Creo negocios fantasmas con ellos bajo el apellido Petrov desde hace años, un supuesto aliado que se ha entrometido lo suficiente con el enemigo como para no dar la cara hasta ahora, tener un acceso creíble a estos rituales y, de alguna manera, hacerlos dependientes de mis inversiones.

La huella falsa hace su trabajo y me da luz verde. El cordón secreto de seguridad me indica que nada ha cambiado en la ciudad. Roma sigue apestando al igual que sus líos entre mafias.

Cuidan a la arpía hasta de lo que respira, tanto, que ni siquiera la organización más grande de criminales puede llegar a ella porque el padre fue lo suficientemente inteligente como para protegerla. Italia se ha convertido en el país más poderoso para la mafia, constituida por dos clanes sangrientos: los Simone, que gobiernan el sur, y los Ricardi, en el norte. Ambos son enemigos mortales con grandes negocios de drogas exóticas que compiten desde hace décadas.

La noche negra pone en jaque a los Ricardi, están a punto de perder toda posibilidad de liderazgo por el ascenso de la hija de su enemigo, por lo que la paranoia es grande. Hoy es el día en el que tiene que demostrar que es digna.

—*Signore*, su antifaz.

Un tipo de baja estatura irrumpe cuando estaciono y deslizo la máscara en mis ojos mientras saco la llave de mi auto, un Bugatti Veyron Sport negro de colección, que no deja de mirar con asombro.

El lugar está lleno de mierda y más mierda como esperaba. De reojo, veo a los espías camuflados como meseros por cada esquina mientras me acerco a los señoriales jardines que bordean la mansión tradicionalmente siciliana, todo un espectáculo de lujo.

El piso de piedra mantiene el estilo mediterráneo, la villa verde le da color a la noche y la piscina central la hace ver más grande mientras paso cerca de la manada de retrasados que bailan luciendo trajes ridículos, tratando de captar la atención de la prensa comprada que solo muestra la cara más bonita de la élite.

—Caballero —los *flashes* me ciegan y un reportero se acerca—, ¿me permite hacerle una pregunta?

—No.

Le dispararía a este pedazo de mierda ahora, pero el poco tiempo del que dispongo lo uso para explorar el perímetro, por lo que no lo pierdo en estupideces.

Avanzo solo un poco, evitando a los fotógrafos y las miradas incesantes de lo que parecen cotorras hablando de sus uñas. No soy el tipo de hombre que hace relaciones sociales o coquetea con cualquiera solo para clavarle la polla; me follo a mujeres expertas, que sepan tragar lo que quiero y complacerme cuando se me antoja, por lo que la idea de entablar conversaciones hipócritas que me den algún tipo de ventaja nunca ha sido de mi agrado.

Evito a la plebe que cuchichea cuando paso cerca y asiente con una sonrisa que no correspondo. Quiero terminar de una vez por todas con mi objetivo esta noche… que anda escondida, de seguro, muerta de miedo. ¿El problema? Todas las mujeres llevan antifaces, una jugada inteligente, hasta que me doy cuenta de que la mansión está dividida en dos partes y que la gente, en su mayoría, es distraída a propósito para cumplir las apariencias.

—¿Tienes el acceso al área VIP? —escucho a dos mujeres hablar cerca.

—No me he cogido a nadie todavía. No entras a dicha área si no coges con alguien o haces un trío, y mucho menos si no te drogas.

—¿Y si pasa algo? No saldremos vivas. Nadie es invencible, Donato Simone murió por balazos certeros al corazón de quién sabe qué asesino.

—Esta mansión está mejor cuidada que el mismo palacio de Roma. Nadie se atrevería a armar una balacera, sería imposible. A por ello, perra. Consigamos a alguien.

Aprieto los dientes entendiendo la maniobra. Los manipulan bajo excusas ridículas que todos se tragan. La invitación a la élite de la mafia tenía que darse para cumplir con las tradiciones y hacer negociaciones importantes, pero a ella solo llegan los vulnerables: drogados, inútiles, gente que no implique una amenaza esta noche.

Vaya fiestita.

Saboreo el éxtasis y casi puedo oler el riesgo al aproximarse la medianoche. El reloj avanza al igual que mis ansias. Me demandará un segundo disparar y tres escapar, por lo que evalúo áreas de emergencia situadas en medio de los arbustos, pero el móvil me vuelve a vibrar de forma incesante y finjo contestar al leer el mensaje en clave.

¿Estás en Italia y no me avisaste? Sabes dónde encontrarme. Te espero con las piernas abiertas, mi niño.

Lo descarto, no me apetecen corridas rápidas ahora.

Levanto la mirada hacia un punto fijo en la azotea, donde un tipo con la garra de león tatuada en la mano me devuelve la mirada, anticipando el escape. Luce como los *soldati* de los Simone, pero es parte de los míos y su mirada carga ansiedad. Son las once y cuarenta y cinco de la noche. Hay más de trescientas personas, pero ni rastros de ella. No hay más tiempo.

Me abro paso entre la gente. La tradición italiana dicta que la heredera organice la fiesta para demostrar su poder y se quite la máscara para el sello de sangre en el fuego. Las campanas sonarán en quince minutos y luego del festín, todo habrá acabado. Será rápido. Extremo. Doloroso para La Hermandad italiana quedarse sin su candidata favorita.

Continúo caminando, ignorando nuevas miradas territoriales hasta llegar al punto que quiero. Espero solo unos segundos, finjo fumar un cigarrillo, todavía con el antifaz de cuero negro en el rostro, ansioso de liberar el arma que roza mi carne. Cruzo uno de los jardines, evito las cámaras

móviles y me acerco al acceso de la mansión en silencio, mostrando el anillo que llevo en el dedo.

—Señor.

El imbécil del guardia palidece.

El apellido Petrov ha adquirido popularidad en el círculo italiano, así que no es difícil para mí entrar donde quiera. En diez pasos estoy dentro y pronto el ajetreo me abruma junto con el caos que estalla.

Por fuera, la fiesta luce tranquila, pero por dentro es un infierno. Mujeres exóticas pasan a mi lado sonriendo, hombres fornican sin pudor en las esquinas, luces estrafalarias ciegan mis ojos; pero lo peor no es eso, sino la maldita música de porquería.

¿No se supone que la tradición italiana prohíbe la música norteamericana? Deberían sonar violines en lugar de basura. El horror me invade. La nueva reina de la mafia, una chiquilla que acaba de cumplir veintiún años, destierra las costumbres tradicionales con gustos mediocres.

Son las once y cincuenta de la noche; aprieto mi mandíbula con fuerza.

Cada paso que doy reaviva heridas del pasado mientras mi mano roza las armas que oculto. En cada inhalación recuerdo mis pesadillas, la venganza y el reloj indica que esto terminará para siempre. Un depredador como yo no pierde, solo guarda la mordida, así como lo ha hecho el clan que creyeron desterrar por años cuando solo se trata de una jugada maestra.

—¿Quién es ese semental? —cuchichean unas mujeres.

—No sé, pero se ve comestible. Apuesto a que no es cualquiera.

La sangre me hierve cuando notan mi presencia al adentrarme por el marco de las puertas doradas. La música estridente no deja de fastidiarme, abunda el olor a hierba, pero lo peor es cuando dos chicas se vuelven una piedra en el zapato al tratar de ponerse a mi vista. Se muerden los labios acortando la cercanía, tocándose las tetas, pestañeando como si fueran prostitutas para cazar al mejor idiota con dinero cuando mi objetivo es una presa más grande.

Ignoro sus voces de cotorras. Recorro el salón principal adaptado a las preferencias de quien debería hacer su entrada por las puertas del brazo de su tío, pero el ambiente de libertinaje abunda, sobre todo en aquellos cuartos de cristal donde fornicar a la vista de todos parece ser la novedad de la fiesta.

—¡Fóllala! ¡Destrózala! ¡Córrete! —gritan dementes drogados.

—¡Apuesto a que no se corre!

—¡Que se corra!

—¿Quién se une al festín? Señoras y señores, un trío a la vista.

Los payasos se masturban cuando miran y no me interesa ver cómo sus insignificantes pollas se alzan. No hay nada tradicional aquí. Tampoco rastros ni luces de su presencia. Y esto empieza a preocuparme.

¿Será que ha escapado de nuevo? Imposible. Hay un maldito globo gigante con el símbolo del águila junto a un conteo regresivo que marca la hora cero a la medianoche.

«La perra de la mafia», como la llaman, resulta ser una incógnita, aunque no por mucho. Estos tipos están aquí para verla. Casi nadie conoce su rostro y para la mafia sigue siendo un misterio su presencia. Dicen que es buena en el arte del engaño y, aunque La Gata se empeña en negarlo, lo que dicen de ella empieza a intrigarme.

—*Adrian, la organización sabe que estás en Italia, van a investigarte*.

La voz de Erick vuelve a sonar en el auricular casi invisible en mi oreja.

—*Hackea* códigos de las puertas para mi escape. Voy a continuar lo que inicié un día.

—*Esto se va a ir al carajo* —insiste—. *Sabrán quién eres en realidad, y no solo Bianca.*

—Es una orden.

No sé si fue buena idea contar con Erick, pero es la única jodida persona en la que puedo confiar en Italia.

El reloj marca las once y cincuenta y cinco minutos. La impaciencia me está consumiendo. Hay movimientos extraños en la parte delantera y la seguridad intercambia miradas. Notarían que no soy un simple invitado si no estuvieran tan ocupados en dar la vida por la arpía, así que aprovecho la oportunidad.

—Señores, preparen sus máscaras… —la voz de un mayordomo se alza entre la gente, aumentando la alegría de todos.

A las doce todos revelarán sus caras. Suelto una media sonrisa con el cuerpo encendido, la adrenalina me sube al deslizar mis dedos cerca de mi arma lista para dispararle en la cabeza mientras mis pies caminan hacia una pasarela improvisada.

Sufrirá. Sucumbirá. Suplicará. Las deudas de sangre se cobran con sangre. Los juramentos se cumplen, así como el honor que los alimenta.

Mi respiración se acelera a medida que los segundos avanzan. Esquivo a la gente, manteniendo el enfoque en un punto hasta que un diminuto cuerpo de avispa me bloquea.

¡Maldita sea!

Mis reflejos casi le fracturan el brazo cuando grita.

—¡Perdón! ¿Te conozco? —la cotorra que cree que sus tetas son agraciadas me frena cuando me aparto.

Once de la noche con cincuenta y ocho minutos.

Mierda.

—¡Apuesto a que te conozco! Estabas en la fiesta de Willy, ¿cierto? Un hombre como tú no se olvida nunca. ¿No tienes… hambre?

Enarco una ceja mientras ella sonríe y menea la lengua.

—No como carne podrida, tampoco follo focas. Largo.

Se queda con la boca abierta y avanzo.

La gente se mira mientras los segundos transcurren. Los hijos de la élite más preciada intentan congraciarse, sus miradas de imbéciles reflejan que solo tienen una polla en el cerebro.

La paciencia es una virtud que me cuesta alcanzar. Años siendo una farsa, un Petrov para el mundo, tejiendo hilo a hilo la estrategia, cuando mi único objetivo tras aquel umbral debe terminar rápido, con una bala en el cráneo y punto.

Se supone que saldrá por la puerta grande como toda heredera de la mafia, siguiendo las tradiciones, con la música típica de fondo y un vestido formal de diamantes que la haga verse como una muñeca, pero el tiempo se agota y no hay indicios de nada.

Falta solo un jodido minuto. Me posiciono en el ángulo correcto, tomo mi arma sin que lo noten mientras vuelvo a activar el micrófono que me conecta con Erick.

—Armas listas, prepara mi salida.

—*¡Estás demente!*

Mi única misión es salir de este jodido lugar que está mejor cuidado que la Casa Blanca. Camino enfocando la gran puerta donde hay movimientos. Y son solo segundos, malditos segundos.

—*Adrian, algo está mal* —insiste Erick.

—Detalla el panorama —digo y mantengo la frialdad.

—*Estamos siendo interrumpidos.*

Me detengo.

La fiesta sigue en su auge, el tumulto se alza con aparente fanatismo cuando, de pronto, las luces se apagan e iluminan la zona lateral y un fuego emana de las paredes.

¿Qué carajos?

Los escoltas apuntan a algo que parece desconocido, y se mueven corriendo hacia el bullicio. Intento quedarme quieto, pero soy empujado por la gente que quiere ver el... ¿espectáculo?

—Con ustedes…, ¡Peligro! —dice una voz.

Los gritos eufóricos de la gente me hacen voltear, y mis ojos se congelan atraídos por la presencia de una silueta semidesnuda que desciende del techo agarrada de una soga. Está cubierta únicamente con tiras plásticas amarillas que llevan inscritas las letras de *Peligro*.


PELIGRO

No hay voz que se pronuncie ni aliento que se sostenga. El humo se despliega y solo se escuchan sus tacones estampar fuerte en el suelo mientras se mueve bailando de una manera tan sensual que deja a los escoltas y presentes con la boca abierta.

¿Qué... mierda?

Menea sus caderas en círculos, estirando sus glúteos de forma atrevida. La luz todavía es tenue. Tapa su rostro con sus manos y yo no puedo moverme. Luego camina abriéndose paso entre la gente hasta que la música suena de improviso y los gritos se alzan.

La jodida arpía acaba de romper las tradiciones. Acaba de joder las leyes de la mafia.

El reloj marca que es medianoche.

Un antifaz cubre su rostro hasta que por fin se descubre, soltándose el cabello, entre la algarabía de la gente. Chispas artificiales salen de todos lados, proyectando el número veintiuno, y todo pasa en cámara lenta. La miro de frente, ella me mira... Me quedo perplejo y retornan los recuerdos: la batida, los gritos, la bala directa al corazón de su padre. Ella, la venda en sus ojos, sus labios...

—*Ondas de calor, Adrian. ¡Largo! ¡Sal de ahí!* —grita Erick.

Tarde. No me iré sin la presa.

El sonido de disparos se proyecta en la sala. Empieza una balacera. Arrugo la nariz entre la sorpresa y la rabia, dispuesto a acabar con el juego, pero todo se descontrola. Mi cuerpo reacciona antes que mis pensamientos. Las luces se apagan de nuevo, y el caos se forma cuando la gente se da cuenta de que los hombres con pasamontañas no son parte del espectáculo, sino de una matanza.

¡¿Quiénes son esos malditos hijos de puta?!

—Erick… —presiono el reloj, pero nadie responde. Entonces me doy cuenta de que esta noche no soy su único verdugo.

Los tatuajes de serpientes resaltan. Los Ricardi están jodiéndole la vida de nuevo. Se oyen gritos cuando matan a quemarropa. No hay distinción por nadie: hombres, mujeres, ancianos. Incluso la gente del servicio termina acribillada en un charco de sangre, mientras colapsan las salidas. La gente corre despavorida y, cuando menos lo pienso, la pierdo de vista.

Esta vez no, jodida arpía. Serás mía.

Disparo y acabo con cualquiera que se me ponga de frente mientras me adentro en los pasillos. Una gota de sudor fluye por mi rostro caliente. La rabia invade mi cabeza mientras visualizo las sombras. Muy inteligente, pero no por mucho. Mi boca se seca mientras cuido mis pasos y puedo sentir su aroma..., el mismo perfume que llevaba el día en que maté a su padre.

—*Fuoco!* —gritan.

Tres balas en su cráneo y me deshago de un escolta. Los demás retroceden ahogándose pero

no les doy ni un jodido segundo para que entiendan que están muertos, ya que les acabo de disparar en la garganta.

Mis pasos son firmes y mi impaciencia crece. Las balas suenan cada vez más lejos, pero las sorpresas siempre llegan en momentos inoportunos. Estiro la mano sin siquiera mirar, disparando al soldado que apunta desde la columna. Cae y percibo pequeños pasos descalzos que corren hacia las habitaciones, por lo que clavo mis ojos en los ventanales siguiendo mis instintos y puedo olerla.

Éxtasis. Terror. Honor y sangre. Mi pulso se acelera, así como las ganas. La adrenalina fluye por mis venas. Solo quedan tres puertas. Camino con los ojos en blanco hasta que giro la perilla de una y alguien me golpea, desatándose una pelea.

Movimientos limpios: estómago, antebrazos, cadera. Entonces suelto una risa por lo patética que se muestra mientras la acorralo contra la pared de un tirón, sujetando su cuello hasta que mis ojos casi se deshacen con lo que veo… el impacto entra como una bala.

Brujería, ojos azules, labios rojos comestibles y rostro de porcelana desatan el pecado como un maldito hechizo.

Detengo una navaja en su mano directa a mí. Aprieto aún su muñeca, siendo inevitable no respirar cerca de sus labios. Su pecho sube y baja en silencio, dejándome ver lo delicada de esa cinta al mostrarme el monte de sus senos, por lo que le brindo mi sonrisa más irónica.

Ágil, para mi sorpresa, y quiere matarme. Si la dejo mover un dedo, me clavará el cuchillo. Así que, en un descuido, la agarro entre mis brazos, inmovilizándola.

La dejo así..., cerca. Así…, asquerosamente caliente contra mí mientras me pongo duro al rozar uno de sus muslos.

—No..., por favor. No lo hagas.

Implora con una voz cálida. Y por alguna estúpida razón me quedo quieto, excitado por su aparente miedo. Pero toda esa bondad se transforma en mentira en dos segundos cuando me golpea y cambia los papeles del juego.

—¡¿Quién, maldita sea, eres?! —pregunta.

Logro devolverle el impulso; le clavo las piernas contra la pared mientras me golpea con los codos, reiniciando la lucha. De manera astuta termina sacando una pistola camuflada en sus pechos para apuntarme a la cabeza, y… todo en ella se rompe.

El jodido plástico explota, soltando las tiras amarillas. Queda desnuda ante mis ojos con un arma bien plantada en mi cabeza mientras mis dientes se tensan.

Monumento caliente, pechos rosados y perfectos. Hembra furiosa de curvas asesinas que impactan, acribillan y consumen. Es inevitable que no se me hinche la polla, así como el deseo que tengo por someterla.

Es maldita, malditamente hermosa. Un arma de doble juego.



2.
UN ASESINO

Adrian

Quema. Bianca Simone quema, es lo único de lo que estoy seguro.

Mis músculos se tensan a medida que su aliento se mezcla con el mío. Sus ojos arden, incluso cuando tiene el arma apuntándome, sin dejar de clavarme la vista. Se siente acorralada a pesar de tener ventaja.

Todas sus terminaciones nerviosas colapsan. Puedo sentir cómo se estremece con mi tacto, cómo no pestañea al observarme. Los dedos se me agarrotan y el frenesí nos ataca: somos dos extraños a punto de matarse.

Debería acabar con ella ahora. Asfixiar su jodida garganta con mis manos o, quizás, tomarla hasta que grite auxilio. Me divierte ver ese rostro de ángel a la defensiva, escondiendo el pánico.

—¡Ni siquiera lo intentes! —amenaza cuando me muevo.

Frunzo el ceño, dejando que disfrute de sus últimos minutos. «Solo mátala», pienso. El miedo es algo que un depredador aprende a oler, y lo disfruto. La miro, su pecho sube y baja en silencio debido a la pelea, el corazón le late tan rápido que me pregunto a cuántos tipos se habrá follado, con cuántos habrá experimentado esos pasos sensuales o a qué clase de rata habrá estafado en su jodida vida.

Sus ojos azules hechizarían sin dificultad si no se tiene la cabeza fría. Podría compararla con una serpiente venenosa, esas alimañas que parecen indefensas, pero son traicioneras. Por eso no dejo de verla.

—¿Nunca has visto el cuerpo de una mujer o qué? —susurra descarada y sonrío.

—Hay zorras mejores.

—Mantén tu distancia —ordena, tratando de intimidarme con el arma, pero el pánico la evidencia—. Pon tus manos adelante. ¡Ahora!

—Dispara —digo, trabajo en sus miedos—. Son más grandes tus tetas que tu valentía.

Cierra los labios y permanece quieta. Le he golpeado el ego. Retiene el aire como si le pesara. Entonces, en un acto repentino, suelta un tiro y rio mientras aprieto su muñeca para detenerla.

—*Porco!* —insulta.

—*Puttana!* —le respondo.

Forcejeamos. Me da empujones bruscos y me resulta inevitable no sentir cómo sus pezones se erizan, cómo la jodida respiración se me altera mientras en mi cabeza sigo gritando «Dispara», pero no puedo dejar de ver ese puto trasero agitarse.

Ni siquiera sé cuánto tiempo pasa. He visto cientos de tipas desnudas, putas que me abren las piernas rogando que las monte, pero esta es… diferente.

—¿Quién eres? —insiste.

—¿Te vas a poner a llorar?

Otro maldito disparo se estrella contra la pared cuando estira su brazo en defensa, y debo confesar que es hábil para escurrirse. Entra en modo defensivo mientras escucho pasos que se acercan. Sonríe y posiblemente tenga dos segundos para dispararle, dos malditos segundos para acabar con todo, pero las fichas ya no son las mismas. Su seguridad aumenta. Quienes estaban de mi lado (espías y falsos guardias) empiezan a suicidarse al verse descubiertos y...

¡Maldita sea! Si no hubiera sido por los Ricardi ya la hubiese matado. La sangre me hierve al advertir de reojo que las luces infrarrojas de los francotiradores vuelven hacia nosotros con una alarma de emergencia. Hay suficientes testigos en la casa y ya no hay distracciones. La arpía me vio sin máscara, y si saben quién soy, todo se habrá ido al carajo.

—Estás muerto.

Siento pasos por el pasillo, grita y la clavo tan fuerte contra la pared que su cuerpo resuena. Su respiración se acelera y no me quita la vista, tampoco se rinde con el cuchillo. Los escoltas están armados como una verdadera banda de terroristas y trotan hacia nosotros lo más rápido que pueden.

—¿Extrañando a tus niñeras con balas?

Sonríe.

—Un día caerás de rodillas ante mí y vas a tragarte todas tus malditas palabras.

Bufo y la suelto de golpe, por lo que sus rodillas tambalean mientras se sostiene de la pared. Y, aún de espaldas contra la puerta, dejo que entren los bastardos armados que montan un operativo, apuntándome, mientras ella se cubre con una manta.

—¡Manos arriba! ¡Ríndase ante el ejército de los Simone! —habla un idiota y empieza a cansarme. Me quedo quieto mirándolo con ironía.

—Señorita, ¿está bien? —pregunta otro, haciéndoles señas a los demás.

—Sí.

—Identifícate —grita un guardaespaldas—. ¡He dicho que te identifiques!

Se escucha un sonido raro, como de un animal intentando hablar, y de reojo lo único que noto es a una anciana que entra llorando, activando su pulsera de emergencia. Colma a la arpía de abrigos para que termine de cubrirse.

—Está bien, Cyra. Estoy bien, cálmate.

Bianca la abraza y la anciana me devuelve una mirada endemoniada. No hace nada más que señas porque es muda. Probablemente es la vieja sirvienta de los Simone a la que, según cuentan, le cortaron la lengua para que no dijera sus más sucios secretos, lo que no me sorprendería de esta pandilla de bastardos dementes.

—¡Levante las manos y camine! —ordena un guardaespaldas. Río, ningún fracasado me dará órdenes, las órdenes las doy yo—. ¡Le dije que levantara las manos! —insiste haciendo que mi paciencia se rompa.

Todos mis sentidos están alertas y sé que debo mantener la cautela, pero no lo soporto. Apenas se acerca, lo esquivo y le quito el arma sin que pueda disimular su sorpresa.

—¡No se atreva! ¡Abajo! ¡Le he dicho que…!

Disparo.

Los hombres restantes empiezan una batida sin detenerse. Se acercan a mí con sus armas y mis brazos siguen los instintos criminales a los que estoy acostumbrado. Dos, tres, cuatro ineptos fuera de juego. Exprimiría sus pelotas, pero no hay tiempo. Me veo entretenido con el imbécil al que le acabo de hundir la daga entre los ojos, y luego con los otros idiotas a los que termino destrozándoles los dientes a puñetazos.

—¡Refuerzos! —es lo último que dice el enano espía que corre hacia la puerta antes de que le dispare.

La alarma vuelve a activarse y el protocolo sigue su proceso. Las puertas se cierran y tratan de sacar a Bianca, pero la arpía se empeña en querer ver cómo destruyo a sus perritos y le levanto la cara con ironía. Le doy un último disparo en la sien al jefe de la guardia, y una docena más llega para apuntarme.

—¡Bajen las armas! —grita alguien por detrás—. ¿Tú... quién demonios eres?

Un anciano me señala con el dedo. Cinco hombres lo protegen. Miro a la prostituta que uno de sus guardaespaldas lleva atada, con la que seguramente estaba follando. Lo presumo por su aspecto desagradable.

Leonardo Simone... Las fotografías no le hacen justicia, es patético en persona. Al verlo, siento un asco que me revuelve las tripas.

Es el hermano del viejo Donato, la peor lacra de la mafia. Su sangre es tan maldita que pudriría todo lo que tocase. Sin embargo, no tengo más opciones. Me mantengo frío por fuera, mientras por dentro ardo en deseos de venganza. Si los mato, habrá problemas. Estoy en su terreno, con su gente, y toda la mierda que se me ocurre hacerle alertaría a la jodida Hermandad, que lo único que haría sería presentarlos como víctimas, lo cual perjudicaría mis planes.

—Adrian Petrov —dice.

—Leonardo Simone —le respondo.

Observo fijamente el cuerpo de Bianca, quien me mira con recelo al volver sus ojos hacia mí. El viejo disimula sus emociones, hace una seña y sus hombres intentan tomar a Bianca, pero apenas les levanta la mano, se detienen.

—Pido un consenso —espeta furiosa.

—No ahora —contesta el tío—. Yo me encargo. Vete.

Llena de ira, trata de insistir, pero el poder todavía lo tiene el tío. Así que se abre paso entre los matones que ni siquiera la tocan. La siguen con armas en mano mientras la mirada del asqueroso anciano no se despega de la mía, como si fuéramos dos animales que se juran muerte.

—Despachen a la zorra, que me espere en la habitación. Atenderé algunos asuntos interesantes antes —dice en tono sarcástico, refiriéndose a la puta que tienen en custodia.

Está claro que la respuesta del anciano ha sorprendido a todos los presentes, y debo reconocer que estoy intrigado. Esperaba una lluvia de balas con la que tendría que lidiar, pero ha sido más inteligente. Desconfía de mí, no es idiota, pero todo depredador con un poco de astucia evalúa a su oponente antes de atacarlo.

Le sorprende. Pero, sobre todo, le interesa tener cerca a un Petrov, a un miembro de una «familia» que le ha aportado millones de euros durante años. Sus ojos se centran en los míos como si fuese una especie rara y extinta.

—¿Vino?

No respondo.

—Con la sangre más exquisita de todas, un enemigo derrotado en tu propio territorio. *Salute* —continúa analizando mi reacción para luego dar un sorbo—. Así mueren todos, pensando que pueden destruirnos cuando los Simone somos el legado destinado a la victoria.

—La tierra está llena de depredadores —digo sarcástico.

—¿Es lo que crees?

—Es la ley en la mafia. Quien no muerde, es mordido. Quien cree que nunca será mordido, es al que primero destruyen.

Sonríe, asintiendo.

—Las cuerdas siempre estarán flojas para quienes lo intenten, por supuesto. La juventud de ahora es arriesgada, tiene el hocico tan suelto que solo despotrica estupideces, pero los impulsos no siempre te llevan por el buen camino, ¿no lo crees?

Se escucha el sonido de personas pidiendo clemencia, y por el ventanal se ve a la gente de los Ricardi, quienes iniciaron la balacera, siendo torturada. Uno a uno, los obligan a que se traguen sus extremidades. A otros les dan por el culo, mientras les cortan el cuello. Los últimos son descuartizados vivos mientras el viejo disfruta de la escena.

—Dios sane sus almas —bendice el maldito haciendo la señal de la cruz—. Oraremos por sus pecados. Esto los liberará. Vuelen, almas perdidas. Es en lo que terminan todos nuestros

enemigos. Lástima que algún día nos veremos en el infierno.

Sigo manteniéndome en silencio.

El anciano piensa que me va a amilanar, pero solo me río. El mayor defecto de un competidor es pensar que está ganando porque el otro aparenta no ser un riesgo. La mayor virtud del vencedor es dejar que el enemigo baje la guardia. Y yo soy un riesgo excelente.

—Me vale un pito tu sarcasmo —concluyo—. No tengo tu tiempo. Al grano, ¿qué quieres?

Tuerce sus labios con astucia. El viejo Donato está muerto, pero todavía queda este imbécil conocido por traficar mujeres en Europa. No tiene esposa ni hijos. Su fortuna no es mayor que la de su hermano. Sin embargo, su hambre de poder es aún mayor en todos los sentidos. Y, por lo que veo, la careta que creé años atrás empieza a dar sus frutos.

—Esperaba tu llegada, pero no de esta manera. No había oído de los Petrov en años desde que hicimos negocios y decidieron invertir en otros giros. Tu entrada fue más la de un enemigo que la de un amigo, burlaste mi seguridad de forma impecable y, por lo que veo…, lo que dicen de ti es cierto.

—Lo que digan o no, no es de tu incumbencia.

No sabe quién soy en realidad, pero su mirada desconfía. Se le caería el culo si sospechara mi procedencia. Juré con sangre no tener de frente a los Simone más de dos minutos, por lo que esta estúpida conversación comienza a inquietarme.

—Estás en mis terrenos. ¿Eres consciente de que con solo tronar los dedos podría matarte?

—O quedarte sin armada. Eliminar gusanos es mi mejor pasatiempo.

Sonríe.

—Ya veo que no es nada fácil intimidarte, tampoco le temes al peligro, muchacho. Llegaste en el momento preciso, camuflándote en mis pasillos de escape y, por alguna razón, mantuviste a Bianca lejos del enemigo. Si se hubiera quedado en los salones principales, entonces estaría muerta. ¿Debería agradecértelo o preguntarte las razones?

Lo miro sin emoción. ¿De verdad piensa que salvé a su sobrina? Su lenguaje no verbal me hace creer que realmente no tiene dudas.

Menudo idiota.

—La respuesta es obvia. Todos tenemos intereses.

Eleva una ceja como si estuviese complacido.

—Los Ricardi, nuestros enemigos, acaban de cavar su tumba con este ataque. Esta es la gota que colmó mi paciencia y la excusa perfecta para deshacernos de ellos.

Hace una pausa, estudiándome.

—Se viene una crisis y vamos a tener que afrontarla —continúa—. La Hermandad, que por años ha intercedido para evitar un ataque frontal, no verá con malos ojos que los exterminemos en caso de que se demuestre su culpa. Los hijos de puta mataron a mi hermano, ahora intentan

evitar que una Simone se corone en el reino, por lo que la guerra será inminente y necesito mis mejores armas —me mira fijamente—. Únete a mí.

Sus ojos se oscurecen, y los míos se enfocan en lo idiota que se ve al pedirme ayuda. Para él, soy un Petrov, hijo de una familia de aliados, un asesino con habilidades que le conviene explotar hasta que se canse. Para mí, esto es como haber pisado excremento en el lugar menos indicado o que me hayan atrapado a punto de atacarlos. Es perder el honor.

—No soy el mandadero de nadie, mucho menos el escudo de nenitas con balas —detallo a sus *soldati*—. ¿Qué ganaría yo con todo esto? Las peleas entre clanes italianos no me incumben, perdería más ganándome enemigos.

—El mundo podrá decir que eres un aliado de los Simone.

—Mi imperio no lo necesita.

—Tu imperio depende de mis negocios.

—¿El mío o el de ustedes?

Sigo su juego, siendo firme en el cuento que se han tragado todos estos años.

—Si lo que te preocupa es mancharte, no lo harás por apoyarme. Es derecho de un Simone de sangre real matar a su enemigo. Lo único que quiero es coaliciones con gente que me convenga y, de paso, ponerlos en jaque. Bianca ahora es una chica muy americana. Sabe pelear, es escurridiza, pero... es mujer —enreda su lengua, riendo—. Y, en comparación con mi difunto hermano, soy de los que piensa que las hembras tienen desventajas si no hay quien las dirija. Te daré todos los negocios de droga que desees, además de un par de hectáreas en el Congo.

—¿Y si no quiero?

—No te conviene tener a un Simone de enemigo.

—Tampoco sucumbir ante el capricho de nadie.

—Siempre que mis animales no estén hambrientos como para alimentarlos con tu cuerpo y que el mundo te quiera dar la espalda. Si eres lo suficientemente inteligente deberías saber lo que te conviene.

Trato de apaciguar mi incomodidad en mis facciones. Los Simone mataron a mi familia. Los Simone robaron un poder que no les corresponde. Los Simone no tienen ni idea de a quién tienen al frente. La idea de estar cerca de ellos me pudre.

—Soy un tipo ocupado.

—Ningún negocio será más rentable que los míos.

—No me lío con niñas idiotas.

—No me interesa lo que pienses de Bianca —ahora se enfurece—. No tengo tiempo para tus decisiones. O lo tomas o mueres. Arruinaré cada jodida conexión que tengas en el mundo —su voz resuena mientras me río por dentro.

Que me arruinen conexiones con falsos negocios me tiene sin cuidado. Ver la ansiedad en sus

ojos, la preocupación y su desesperación por haber vulnerado lo que creían seguro, sí me regocija, aunque… eso me perjudique.

Lo primero que harán es esconder a la zorra ahora que los Ricardi atacaron y no puedo volver a perderla de vista.

—Eres inteligente, muchacho —parece leerme la mente mientras sonríe—. No me decepciones.

Levanto la mirada sin emoción, notando de reojo el proyectil que podría doparme desde la esquina de la sala oscura. Se creen grandes cuando su poder se formó bajo las riquezas de otros, se jactan de ser letales cuando no son nadie, pero yo no soy cualquiera que les baja la cabeza.

Doy cinco pasos hasta llegar al anciano, quien en su precaria autoridad me sonríe sin decir más palabra. Apesta a cigarro y droga, y tiene en el cuello un tatuaje de un águila acribillando a una serpiente. Sus escoltas levantan las armas amenazándome, como si yo fuese un patético rehén al que intentan reducir con miedo, hasta que despliego mi arma contra ellos.

No puedo controlar la ira. No puedo permitir que acierten en mis intenciones. Hay mucho en juego ahora: el honor, la venganza y la sangre valen más que cualquier cosa en el mundo.

Si no logré deshacerme de Bianca ahora, estando dentro de su reino, todo será más lento pero seguro. Si me niego, sospecharán más de lo que me conviene. Ahondarían en mí, porque no tendrían la intención de dejarme vivo. Este es un cara a cara con la única puta opción que me queda, así que dejo que crea que me tiene en sus manos.

«Ser un simple asesino es menos letal que el regreso del líder de un clan que creyeron muerto y que quiere destruirlos», pienso.

—*Buona fortuna, ragazzo*.

El viejo acaba de meter en su vida a un enemigo que cree estar muerto. Han caído, pero no soporto el hecho de tenerlos cerca.

Bianca

—*Deberías dejar de meterte en problemas. Un día de estos me vas a matar por tanto lío.*

Cyra, la mujer que me ha cuidado desde que era una cría, habla por medio de señas que miro de reojo y apabullan mi cabeza.

—*Estás poniendo demasiado en riesgo. Te dije que tus ideas iban a traer consecuencias graves. ¡Se suponía que tenías que agradar a los hijos de la élite y así ganar puntos para la aprobación de tu ascenso al clan! Pero no…, vas y haces tus cosas, rompiendo las reglas de nuevo.*

No le he tomado interés desde que llegamos a mi habitación porque no puedo quitarme de encima la rabia contra ese hombre. Por lo tanto, mi vista deambula entre la ventana y las señas de

Cyra.

—*Esta fiesta debió ser la antesala a tu coronación como sucesora de los Simone. Era tu oportunidad para demostrarles que tienes el carácter de tu fallecido padre, para tener su aprobación, ascender al poder rápidamente y deshacerte de tu tío, pero solo quedaste en ridículo. Ahora van a pensar que fuiste débil al dejar que el enemigo entrara a tu casa fácilmente.*

Inhalo y exhalo rápido, haciendo un puño.

—Cyra, no estoy de humor ahora.

—*A la fiesta asistieron familiares de los siete miembros de La Hermandad. Se frenaron los intercambios comerciales y negocios de droga por la batida porque todos salieron huyendo* —vuelve a recriminar—. *Reza para que no se haya muerto algún hijo de familia importante, para que tengas el apoyo de ellos después de haber hecho esas escenitas obscenas en una fiesta que debió ser tradicional y no un puterío barato…*

—¡Bueno, ya basta!

—*¿Qué te pasa?*

El choque de las manos de Cyra empieza a exasperarme. Estoy irritada, con una ira en la garganta que no puedo contener por la batida y encima por el imbécil que se atrevió a desafiarme. Ha pasado ya casi media hora y su cadáver no sale.

Mi tío no le disparó cuando pudo hacerlo, me quitó poder con su maldita cara, pidiéndome que me fuera cuando tenía derecho a estar presente. El sinsabor todavía quema, pero aún más la espera. Lo único que se puede ver son las sobras de cuerpos mutilados por la piscina, en los jardines, las gradas de mármol e incluso hasta en las entradas, pero nada de ese hombre.

—*¿Me estás viendo, Bianca?*

Se hace notar poniendo su cuerpo frente al mío, todavía con aquel vestido azul como si fuese una simple sirvienta.

—Sí.

—*Pudieron haberte matado.*

Sus ojos se enrojecen de miedo. Quizá sea la única jodida persona en el mundo a quien le importo, por lo que trato de tener paciencia con ella.

—Ya no le temo a la muerte. No cuando vengo sobreviviendo desde que di mi primer respiro.

La cara se le llena de lágrimas mientras niega con la cabeza. La destrucción es inminente, Emilio Ricardi lo hizo de nuevo, como cada cosa que me importa.

Sabía que esta noche La Hermandad debía dar su aprobación para mi ascenso en la mafia y ahora me dejó en ridículo quebrando una seguridad imponente.

Desde que tengo uso de razón han sido nuestros enemigos mortales. Sus palabras aún calan en mi mente: «Voy a destruir todo lo que tocas, todo lo que sueñas y amas».

Nunca entenderé el odio desmedido de nuestras familias, tampoco la necesidad bárbara de destruirse a sí mismas, puesto que nadie habla del pasado como si fuese prohibido, tampoco de la existencia de sus miembros más que para trazar planes contra ellos y ahora el riesgo es mayor.

—*Lo importante es que estás bien* —sonríe y hace señas con sus manos—. *Tal vez mañana vuelvas a Estados Unidos, estoy segura de que don Leonardo no permitiría que estés en peligro en Italia nuevamente. Encontrarán la manera de tomar el clan lejos.*

—No lo creo. Desde que padre murió la amenaza ha sido aún más evidente, por lo que Estados Unidos ya no es seguro para mí ahora.

—*Peor si no agradas a La Hermandad, que sigue pensando que desde que tu padre murió los Simone pierden poder* —lanza la indirecta y vuelvo a pensar en ese círculo de idiotas: «Protectores de la paz entre sus miembros», como se hacen llamar, una Hermandad conformada por un grupo de hombres (cuya identidad pocos conocen), con el fin de velar por el cumplimiento de las leyes de la mafia y que solo vive de los diezmos de los clanes.

—Ya te dije que no me interesa —vuelvo a mirar hacia la ventana—. Nada ni nadie me va a garantizar seguridad, ni siquiera una fortaleza como esta. Villa Regina era considerada un palacio indestructible y, ya ves, un hombre acaba de romper todas nuestras barreras.

El silencio cala en mi cabeza cuando no vuelvo a despegarme de la ventana y noto de reojo que Cyra tiembla. Ha vivido cosas horribles aquí, sabe lo que significa el hecho de que nos vean vulnerables.

—*Mejor olvídalo* —suelta aire—. *Ni siquiera pude sostenerle la mirada. Sus ojos te destruían cuando intentabas verlo, parecía el diablo, pero tendrá su merecido. No te preocupes.*

La puerta suena y el guardia entra a hacer su chequeo de rutina, sin que pueda sacarme de la cabeza a ese hombre. Su mirada, su voz, su mente criminal y aspecto rudo no se apartan de mi mente. No parecía ser un simple hijo de la élite italiana. Nadie con un entrenamiento normal se movería de esa manera, lo que me hace pensar que es alguien superior en todos los sentidos. Pude ver los gemelos en su traje, el reloj, el porte y el atuendo costoso. Con su metro noventa y tantos, cabello negro, piel bronceada y ojos grises verdosos, es un tipo asquerosamente... extraño e interesante. Pero ya debería estar su cadáver junto los otros.

Mis ojos se paralizan al ver una sombra cruzar el jardín en dirección al estacionamiento. No… no puede ser.

Ha sobrevivido. Lo dejaron con vida, o quizá fue él quien dejó vivo a mi tío..., algo que nunca había sucedido.

Mis cejas se tensan al igual que las de Cyra y clavo mis uñas en la palma de mi mano con ira. Nadie que entre en Villa Regina como detractor sale con vida después de un ataque. Me enfurece su caminar ególatra. Se detiene en seco al abrir la puerta y es consciente de que lo estoy observando, pero no se esconde. Por el contrario, me ignora.

El malnacido no tiene ni un mísero rasguño. Entra en su coche, un Bugatti de colección valorado en millones de dólares, y desaparece saliendo de la mansión con total libertad mientras mis ojos siguen fijos en el aire.

—No lo mataron... —suelto, sin poder creerlo—. ¡No mataron a ese imbécil!

—Al parecer es alguien que su tío conoce —responde el jefe guardia—. El hecho de que haya salido ileso ha dado de qué hablar no solo entre la guardia real de Villa Regina, sino también entre los sobrevivientes. Parece que es alguien que le interesa. Su nombre es Adrian Petrov, es lo que murmuran los empleados por los pasillos.

Adrian Petrov... ¿Quién era en realidad ese hombre?



3.
CUIDADO CON LO QUE DESEAS

Adrian

La cabeza de la mujer de manos bonitas cayó al suelo mientras giraba su vista hacia un niño que yacía escondido en una puerta del armario, con lágrimas en los ojos. Unos brazos le abrieron las piernas, escuchando palabras que no se entendían. El humo empapó su vista y el sudor empezó a deslizarse por su cara aterrada y en silencio. No sabía si correr o simplemente esperar a que se fueran, porque ninguno se dio cuenta de su presencia.

«No», era la palabra que pronunciaba la mujer, apenas audible. «No», fue la palabra que retumbaba en sus recuerdos. «No», se guardaba en el fragmento de tiempo mientras observaba cómo la cabeza de «las manos bonitas» era cortada con un machete, mientras reían y se aprovechaban de su cadáver, embistiéndola de forma violenta, pasándose el cráneo de quien más confiaba en el mundo hasta que el olor a gasolina casi lo hizo desmayarse.

Un incendio. El águila y la serpiente, siempre presentes ambos animales. Tatuajes en el brazo, manos y tobillos. Un anillo de plata y otro de oro. Cadenas, muchas cadenas. Escenas borrosas que le gustaría recordar. Silencio y muerte.

Me acabo hasta la última gota de *whisky* para volver al saco de boxeo, harto de aquellas imágenes en mi cabeza. Casi destruyo a puñetazos la pesada bolsa negra mientras vuelvo al presente. El sudor me empapa la cara, las gotas que caen por mi cuello parecen incendiarme y llego a un punto en el que no puedo controlar mi fuerza.

Mierda.

Me detengo solo cuando el saco cae en medio de las sombras de mi ático en Roma, bajo el reflejo de las luces de un bar que genera destellos a lo lejos. La cabeza me duele cuando pienso, pero las pesadillas han sido recurrentes al pisar esta ciudad y el ejercicio es lo único que me calma.

—Dime que saliste vivo. No puedo acceder a tu ubicación... Hay problemas. ¡¿Por qué no contestas?!

Me doy una ducha rápida tratando de ignorar el maldito zumbido que empiezan a reproducir varios de los quince audios de Erick en mi dispositivo móvil especial, cuya función permite reproducir el mensaje sonoro una sola vez antes de eliminarlo.

—*La organización lo sabe todo. Tuvieron espías en la fiesta. Te vieron. Creen que estás traicionándolos… ¡¿Entraste al despacho de los Simone?! ¡¿Qué carajos hiciste?!*

Apago esa mierda. Me pongo unos vaqueros sin ropa interior mientras regreso a la sala, eligiendo las armas que llevaré conmigo, hasta que huelo un perfume particular desplegándose por el aire. Es ella.

—Nunca me avisaste que llegaste a Roma —se altera y esquivo su intento de golpe, conteniendo su muñeca con un cuchillo en la mano, sin voltearme—. Tan letal como apetecible. Nunca decepcionas…, mi niño.

Una sombra aparece bajo la luz cenital con un traje ajustado mientras mis ojos vuelven a ella. Se ve un poco más vieja, sin embargo, no deja de ser llamativa. La Gata sabe lo que quiere y va a por ello. No importan los años que tenga, sus casi cincuenta se notan, pero aún luce con tanta vitalidad y maldad como si fuese una chiquilla.

Es alta, delgada, de piel bronceada y con un cuerpo trabajado que podría hacer que cualquiera se infarte, pero hoy, justo hoy, no tengo ni una jodida pizca de paciencia.

—¿Qué pretendes, Tormenta?

«Tormenta». Así es como me llaman algunos. Nadie conoce mi nombre real, ese ha sido mi apodo desde que la organización me reclutó después de la muerte de mis padres cuando solo tenía cinco años.

La ORSE, una organización secreta de intereses de la mafia formó a niños de la calle. Algunos huérfanos, otros robados, bastardos sin rumbo cuyas vidas utilizó a su antojo con el fin de convertirlos en la peor pesadilla del mundo, siendo La Gata su líder desde que era casi adolescente.

—¿No vas a decir nada?

—No tengo por qué darte explicaciones.

Le doy una advertencia y pretendo irme, pero pone su cuerpo delante de mí, desafiándome.

—¿A qué demonios estás jugando? Ya me enteré de lo que hiciste. Teníamos un acuerdo.

—Teníamos, esa es la palabra correcta.

Aprieta los labios.

—No puedes desligarte de tus juramentos. Estás marcado por la organización. Nos debes lealtad.

—Cuando las partes pactan cumplir con algo y no lo hacen, los acuerdos no importan —digo.

—Los Simone no son fáciles de vencer, pero ya te he dicho que estamos cerca —se excusa, furiosa—. Nosotros somos los responsables de su cabeza, no tú. No tenías por qué acercarte a

ella.

No me meto en sus mierdas mientras ellos no lo hagan con las mías, pero este en particular es un interés de ambos.

La ORSE también se dedica a destruir cabezas de la mafia y he colaborado con ellos. Soy parte de la alianza y aporto no solo dinero, sino también poder con intereses claros debajo de la mesa. Sin embargo, los Simone han sido un dolor de cabeza para muchos durante décadas, ya que nadie en Italia ha podido vencerlos. En especial La Gata, quien toda la vida ha tenido una obsesión particular con la hija de Donato Simone.

Su desesperación es clara, se nota en cómo le irrita las manos cuando se acerca y… joder, ya no soporto su perfume. Hace mucho tiempo dejó de interesarme como mujer, por lo que trato de apartarla, pero como buena cazadora, no saca el dedo del renglón tan fácil.

—Estamos en problemas. Te hiciste visible al enemigo arruinando nuestras jugadas. El hecho de que estés aquí asusta a muchos. Teníamos acuerdos con los clanes menores, no ibas a meterte en asuntos italianos. Amenazas a los clanes, todos ellos saben de tus alcances y… —se exaspera —. ¡Maldita sea, Adrian! ¡Deja de ignorarme! Se supone que íbamos a entrar en acción cuando los planes estuvieran seguros.

—¿Y cuándo iban a estar seguros? ¿Cuando La Hermandad la proclame como líder del clan? Han pasado meses y la organización solo se ha dedicado a rascarse las pelotas. No necesito improvisados a mi lado.

—Cuida tus malditas palabras —dice entre dientes—. Recuerda de dónde vienes.

Claro que recuerdo de dónde vengo, a quién realmente pertenezco y cuáles son mis verdaderos orígenes, pero no todos los grandes juegos se ganan hablando. La Gata es una zorra astuta, ambiciosa y vengativa, por lo que confiar en ella es lo último que haría cualquier persona que la conozca.

—Muerdes la mano de quien te dio de tragar —asevera—. Te salvamos la vida.

—La organización nunca ha sido una beneficencia para nadie. Son lo que son gracias a todos los huérfanos de la calle que reclutaron, a las victorias que ganamos, y les he dado suficientes millones como para cerrarles el hocico —la tomo del brazo, amenazando—. Ya no cuentas con el apoyo de nadie, ni siquiera de los otros. Sin mi protección, ustedes no son más que simples títeres queriendo jugar en las grandes ligas, así que no olvides con quién estás hablando. Me encargaré de Bianca a partir de ahora y quedas fuera.

—¿Bianca? Ya no es la «zorra», ahora la llamas por su nombre.

—Largo.

—¡No has cometido un error en todos estos años! Tienes el universo a tus pies, una fortuna millonaria en tus manos, haces y deshaces en el mundo como quieres. Un hombre como tú no necesita ensuciarse en trabajos... menores. ¿Cuáles son tus intenciones reales?

Vengar mi honor por la sangre que derramaron los Simone, el clan que le arrebataron a mi familia, la mujer a la que violaron mientras le cortaban la cabeza.

Pero La Gata no sabía quién era en realidad. Ella se había dedicado a envenenar a todos los bastardos que crecimos en la organización contra el poder más grande de Italia, cuando yo ya tenía suficientes razones para odiarlos.

—Vete.

—¿Qué vas a decir? ¿Que eres un simple asesino que se convertirá en aliado? —ríe sin humor —. ¿Cuánto crees que te durará esa maldita mentira? Pones en jaque a la mafia cuando se te antoja, controlas negocios sucios de naciones enteras. ¡Eres el jodido hijo de puta que con solo mover un dedo gobierna lo que quiere! Todo el oriente sabe quién eres, alguno de los suyos te descubrirá.

—¿Por qué no te tomas un descanso, Gata? La edad empieza a pesarte.

Pega sus labios con fuerza, furiosa.

—Hijo de puta —se mantiene cerca, inhalando pesadamente, todavía con su mano agarrando la mía, entonces sus ojos me muestran lo que le atormenta—. No quiero que la toques, ni que la mires ni que la pienses —dice, bajando sus dedos por mis marcas—. Eres mío hasta tu asquerosa muerte. No podría compartirte con ella. No con ella.

El deseo es visible cuando sus pezones se erizan en el traje de cuero que lleva ajustado a su pecho. Desde que era un adolescente vengo follándomela, pero ya no lo encuentro divertido. En el pasado me excitaba ver sus tetas grandes bailando en el aire sobre mi polla. Era una de esas mujeres que un jovencito no podía rechazar: madura, con experiencia y dispuesta, capaz de hacer que me corriera con su boca tantas veces como podía en una noche, pero ahora... era diferente.

—Cógeme, Adrian —implora—. Te he extrañado tanto…, mi niño —ruega.

—¿Qué te hace pensar que te lo mereces?

—Arrogante. Maldito. Tan basura como siempre... Me vuelves loca —con sus uñas me recorre el hombro—. ¿Todavía desconfías de lo que puedo hacerte? —acaricia mi polla sobre la tela de mi pantalón con la otra mano—. Te dije que te esperaría con las piernas abiertas y ahora vas a saber lo que hace esta boca contigo.

Saca la lengua tanteando la punta en la hendidura de mi cuello y luego se desliza por la línea vertical pasando por mi torso desnudo, gimiendo cuando nota las marcas de mi pecho, porque sabe lo que significan.

Su sonrisa enaltece la lujuria en sus ojos. Es hábil para provocar, como una perra que está siempre dispuesta. La miro sin moverme mientras se acomoda, arrodillándose como una linda gatita sumisa mientras baja el cierre de mi pantalón con los dientes hasta que me la toma.

—Qué hambre… —susurra.

Su palma se desliza por mi extensión mientras empieza a hacer círculos en la punta con su

lengua. Babea con experiencia. Mientras se la introduce de a pocos, sus dedos comienzan a apretar mis testículos, para luego chuparme como un delicioso helado.

—Tan grande, gruesa, caliente… —trata de metérsela completa.

Disfruto de su mamada mientras introduzco mis dedos en su cabello, mirándola estremecerse. Empuja sus labios en mí logrando que mis venas se hinchen, aumentando el ritmo, saliendo y entrando varias veces para tratar de aplacarse al mismo tiempo que jadea.

Sabe lo que me gusta y levanta la mirada con viveza. Cada succión va mejorando el espasmo, sobre todo porque tiene una boca flexible y una garganta profunda que se traga todo sin hacer arcadas, manteniendo la respiración suave mientras me mira como zorra.

Gime, ahora abriendo más la boca, sus manos apretando aún más mis testículos, queriendo que la llene, pero sigue trabajando en mi placer cuanto quiero, como quiero y de la forma que se me antoja hasta que me muevo.

—Mmm…

Se queja cuando le clavo un fuerte empujón. Cierro los ojos sintiendo su saliva, pero de alguna manera todo se vuelve confuso cuando en medio de las sombras el recuerdo de una mujer con antifaz aparece.

Su máscara, las luces cenitales rojas y la cinta que se rompió frente a mi vista explotan como una bomba asesina, además de los ojos azules que clavan su mirada en los míos, su cuerpo desnudo contorneado, la respiración agitada que hizo que su pecho subiese y bajase de manera perversa.

Estoy dividido entre el éxtasis y la razón mientras La Gata sigue dándome servicio con su boca. El enojo es algo que me sobrepasa, por lo que empujo fuerte, triturando su garganta y por más que quiera dejar de pensar en la fruta prohibida, me corro enterrando mis dedos en su cuero cabelludo casi asfixiándola.

Joder.

Clavo los ojos en la mujer que tengo al frente extasiado, como si renegara de lo que acabo de hacer, frenético por lo que vi en mis pensamientos.

—Jamás rompes las reglas conmigo. Te corriste en mi boca y quiero pensar que es porque otra no te dio lo que mereces.

La ignoro y voy por más *whisky*. Mi garganta quema apenas siento la lengua ardiendo, la tráquea seca, mis fosas nasales expandiéndose ante la cruda curiosidad de La Gata, quien se limpia incrédula tratando de cambiar el tema.

—Pasaremos largas noches aquí… solitos.

—No lo creo —tomo su mano cuando intenta tocarme—. Será mejor que te vayas.

Me irrita tener gente aquí, por lo que camino hacia el ascensor poniendo la clave para que se largue.

—Ryan está furioso, toda la organización también, sobre todo por los diamantes que no se han encontrado y que de seguro los Simone tienen en su poder. Habrá consecuencias después de todo esto.

—Claramente no es algo que me interese.

—¿Qué tienes, Adrian? Me fastidia tu maldita frialdad conmigo. Te fuiste un día y no regresaste en años. Desapareciste del mundo, incluso de mí, y ahora que pisas suelo italiano... rompes nuestros acuerdos.

El ascensor llega al piso y la tomo del brazo, esperando que desaparezca.

—Mátala, sáciate y luego… entrégamela —pone sus labios encima de los míos—. Mantendremos la paz de ese modo. Quiero su maldito cadáver, apuñalarla yo misma, pero… no te atrevas a jugar conmigo, que hoy somos aliados, pero como enemiga no querrás tenerme.

Retrocede tratando de no perder el equilibrio cuando la empujo hacia las puertas que se van cerrando con una clara advertencia mientras mi mente no deja de pensar en otra que… me exaspera de golpe.

No puedo quitármela de la cabeza.

Bianca

Un día después. Villa Regina

La gran escalera de mármol me sabe a infierno cuando la bajo. Tanteo un terreno que no conozco. El atentado de la fiesta trajo consecuencias, el ambiente de la casa se mantiene cargado desde ayer y lo único que sé es que hay graves problemas a la vista, por lo que se ha citado al concejo de la mafia con urgencia.

Mis ojos se cruzan con quienes esperan en silencio al llegar al primer piso. Los criados ni siquiera me miran, a las justas los miembros de clanes sicilianos menores me abren paso en una línea recta y trato de inhalar profundamente cuando los murmullos parecen ser evidentes.

—Está en problemas —dicen—. Es una pena que haya sobrevivido ella y no el amo Donato.

—De nada nos sirve que sea bonita si va a arruinarlo todo. Una mujer no puede gobernarnos.

—Tranquilos, algo hará Leonardo Simone, por eso nos citó aquí —aseveran los viejos—. Seguro la manda al exilio o le vuelve a dar una golpiza.

Me sonríen y no puedo evitar que se me tensen los dientes. Villa Regina es una fortaleza (además de una mansión de lujo) demasiado extensa como para soportar tanto tiempo a esta gente de porquería, por lo que trato de poner mi mente en blanco.

—Camina —susurra Lion Lombardi, quien fue el consejero de mi padre y ahora de mi tío, mientras me toma del brazo de golpe—. Un escándalo se armó por la matanza en la fiesta, los

chismes en Roma saltaron y, a pesar de que se intentó frenar la habladuría de la prensa, no se pudo evitar que la información en redes sociales se expandiera. Estamos en crisis por tu culpa, así que no esperes un gran recibimiento después de haber puesto en jaque a la cabeza y seguridad de todos.

—Gracias por la motivación —ironizo.

—Motivación vas a encontrar cuando te enfrentes a lo que te toca. Nadie confía en ti ahora.

La presión de su mano contra mi brazo me hace avanzar a regañadientes mientras el chismerío sube.

—Adelante.

Mantengo la cara seria cuando los ojos de Leonardo Simone se clavan en los míos sin demostrarle que me importa. Mientras más vulnerable seas ante los ojos de un alfa, más querrán hacerte pedazos, y es lo que él ha esperado toda su vida porque nunca me ha querido.

Las concubinas dejan de besarlo mientras se levanta del trono de oro y con señas les indica que se vayan. Algunos *soldati* se acercan con armas y trato de no mirarlos porque sé que quiere intimidarme. Parece que vamos a la guerra. Hace mucho que no preparan sus uniformes de entrenamiento. ¿Qué demonios está pasando?

Mi mirada vuelve al anciano que me sonríe tratando de calar en mi cabeza.

—¿Debería matarte?

—No serías el primero en llorar, supongo.

Le da una calada a su puro y noto que el anillo de oro con el águila tatuada, que pertenecía a mi padre, reluce ahora en su dedo.

—La Hermandad considera que no eres apta para recibir la corona Simone. Sabías en lo que te metías al querer manejar tú sola la fiesta, entendías que era tan importante como ganar una guerra para demostrar poder y solo propiciaste habladurías en el gremio. Te dejaste herir por un Ricardi. Ahora te ven como la simple mierda que eres.

—De la cual también se beneficiaron —suelto y no tardan en volver los cuchicheos—. Ahora podremos decir que ellos empezaron primero y atacarlos, La Hermandad no se meterá, además no fue mi culpa.

—¡Es responsabilidad de un líder velar por la seguridad de sus invitados! —se exalta—. ¡Solo demostraste tu incapacidad! La gente no te respetará si no eres capaz de defenderte a ti misma, ¿cómo esperas que los demás crean en ti? Anoche se tendrían que haber cerrado tratos importantes, alianzas para el gremio con extranjeros. ¿Y qué hubo? ¡Pura sangre!

—Atacaron de improviso.

—Con mi hermano vivo nunca tuvimos una falla.

—¿Y dónde quedaste tú, tío? También eres un Simone y muy viejo como para no verte la cara.

Enfurece. El bullicio se eleva. Toda esta gente es machista, me odian.

—Vamos a ver cuánto dura ese maldito hocico de mierda.

—Pues tendrás que acostumbrarte o regresarme a Nueva York, pero eso no te conviene ahora que el poder será mío.

—¿Según quién?

—Según los estatutos.

—Que también indican que el clan se ejerce cuando el heredero demuestra fuerza, inteligencia y garra para dominarlo, pero tú no has cumplido ninguna de esas reglas. La Hermandad no te quiere. Tu gente no te quiere. No eres más que una zorra fracasada con lengua de serpiente y ahora pagarás las consecuencias.

Las risas suben mientras más gente se apaña a los costados. Es tradición para los Simone arreglar los asuntos del pueblo con el pueblo, desde los terratenientes que trabajan los sembríos de droga hasta los clanes menores de Sicilia que viven en Roma.

—¿Qué haces? —me suelto cuando veo que traen a las sirvientas que designaron para mí, junto a sus hijos llorosos.

—Divertirme.

—Tú no eres mi padre para tomar decisiones así —asevero, tratando de detener la próxima bala, mientras la gente disfruta viendo la sangre como si fuera un acto de circo. Arengan para que los maten, apuestan por sus extremidades mientras el llanto de las sirvientas se intensifica y...

Cierro mis ojos. Siento el balazo en sus cráneos, la garganta no deja de picarme por el enojo, porque él sabe que es lo que más odio en el mundo y aun así no parará por nada.

—Soy el nuevo rey en transición, hago y deshago lo que quiero como se me antoje —se escuchan gritos, los cuerpos son pateados entre la gente—. El idiota de mi hermano de alguna manera creía en ti y en tu belleza, pero para mí eres una estúpida más del montón, así que he decidido traer soluciones.

Sonríe, elevando la cabeza mientras habla fuerte.

—Designé a alguien sobre tu cabeza.

—¿Qué dices?

—Uno de nuestros aliados será tu superior ahora —determina—. Y si se me antoja, podría convertirlo en el nuevo líder del clan Simone.

Los murmullos se alzan.

—*Signore*, esta es una humillación —dice Lion—. No puede nombrar mandos que no sean de sangre Simone, es tradición.

—Tampoco puedo tirar por la borda siglos de poder solo por simples mierdas que tratan de engañarme —es una clara indirecta—. En más de cincuenta años, los Ricardi jamás lograron

tocarnos públicamente, y ahora una maldita falla bastó para darles acceso a nuestros enemigos. Quién sabe qué otros artilugios tengan.

—No hubo ningún robo.

—Pero sí esperanza. Les hemos dado una esperanza a nuestros enemigos al demostrarles que con Bianca tenemos un lado vulnerable y eso es aún peor; por lo que se tomarán decisiones a mi manera —asevera—. Conozcan a Adrian Petrov, su superior a partir de ahora.

Todos guardan silencio al resonar sus pasos. Los presentes se congelan cuando la imagen de un hombre de rostro frío y pedante aparece de manera abrupta en el área de consensos populares y parece que me dan un bofetón mental cuando lo miro.

La garganta me cruje al igual que el enojo. No puede ser. A la luz es distinto que en la noche con sombras, por lo que solo finjo desinterés sin poder dejar de mirarlo. Sus ojos son terriblemente dominantes. El cabello negro resalta sobre su piel blanca que no hace más que engrandecer su físico perfecto, porte, tamaño y el flechazo es mortal cuando sus ojos se encuentran con los míos, porque parece que una chispa arrasa de golpe.

Mierda.

Pasa la mirada a otra como si fuese nadie y rápidamente le quito la vista apretando los dedos. Un golpe de calor inunda mi pecho, no sé si por rabia. Las concubinas lo ven como si quisieran comérselo, las sirvientas se sonrojan temblando, pero es aún peor que quienes parecían estar en desacuerdo terminen aceptando la idea al conocerlo y no, no es algo que me guste.

—Los Petrov han sido nuestros aliados desde hace más de quince años. Los Ricardi atacaron sus tierras, al igual que las nuestras, por lo que no solo nos unen lazos de venganza y de dinero, sino también de sangre. Además..., tendría edad para ser mi hijo —bromea mi tío mientras se me atasca un nudo en la garganta.

Las arengas se suman mientras un revuelo se arma de repente cuando se habla de los Ricardi y el contraataque. La gente quiere sangre, durante años una guerra fría se ha mantenido entre ambas familias, pero ahora han dado la excusa perfecta para ir por lo que siempre hemos querido: las tierras del norte.

Exhalo hondo sofocada entre el enojo y la impresión que me causa ese hombre. No lo soporto ¡Ni siquiera quiero mirarlo y no sé por qué diablos estoy haciéndolo de reojo! La sonrisa de mi tío se mantiene cuando lo exhibe a su lado como si ya fuese el nuevo líder del clan, lo cual solo hace que mi hígado explote.

¡Horas antes ese tipo quiso matarme y le ha importado un carajo!

A mí no me engaña, en sus ojos hay un fuego atrapado. Nos mira como si fuéramos excremento, como si quisiera matarnos de una barrida cuando se supone que debería ser un aliado, y necesito hallar una estúpida salida. Su presencia complica mis planes, lo que había

estado buscando desde que pisé Roma, por lo que los ojos de mi nana se cruzan con los míos. Ella está a punto de llorar por el pánico.

—Los Ricardi tendrán una entrega de droga importante en unos días —suelta mi tío—, pero hay que desplegar más hombres de los que hayamos pensado antes.

—¿Quién asegura que no es una provocación? —dice un terrateniente.

—Pasará lo que tenga que pasar —refuta mi tío—. Adrian comandará esta maldita guerra a partir de ahora.

—Que vamos a ganar —determina mirándome—. Sin novatas al mando.

El sinsabor se siente como ácido en la lengua cuando el imbécil pide que me retiren de la reunión del concejo, a la par que mis pies se embarran en el lodo que termina de fastidiarme la mañana entre burlas.

Las risas no las soporto, aunque quiera, ya que todo cambia de golpe. Lo que antes se hacía ya no se hace, se han reorganizado las reglas, equipos de ataque y al parecer estoy metida en todo esto cuando me llevan a las áreas de entrenamiento donde tratan a los *soldati* con ejercicios extremos.

—Colabore —dice el jefe de los *soldati*—. Aquí se queda.

—Pero… la señorita Simone no es un soldado, es… —dice otro al verme.

—Fueron órdenes del nuevo superior y hay que cumplirlas.

«El nuevo superior». Ja. Maldito idiota. Nadie me va a quitar lo que es mío.

Los *soldati* no se atreven a tratarme mal, pero tampoco me dejan quieta. Si el viejo Leonardo Simone quería humillarme, no les voy a dar el gusto. Levanto la cara sin emitir más emoción que el jadeo por los ejercicios y aún no se me quitan de la cabeza los problemas.

—¡Todos! —indica un soldado—. Cinco vueltas a la redonda. Y usted, siete sin descanso.

—¿Qué? —pregunto.

La cara me arde de la ira.

—Fueron órdenes del nuevo superior, señorita. Mejor obedezca y no se queje que tal vez esto sea pasajero. Nadie aquí quiere a otro que no sea de sangre Simone.

Para todos es incómodo lo que sucede, los extraños no son bien recibidos a menos que sean de la raza y ningún soldado puede creer que esté en la arena junto a ellos al pasar los minutos, aún más cuando un idiota ególatra es ahora el nuevo superior a cargo de nuestros enemigos cuando debería estar yo al mando.

La desconfianza se suma, al igual que el duro entrenamiento. Me digo mentalmente que puedo soportarlo mientras el tiempo pasa, mis ligamentos lo sufren, y cuando por fin culmino las vueltas ya no aguanto.

—Señorita Simone, cinco series de veinte planchas. Los demás, pueden tomar un descanso. Esas… fueron las órdenes.

Voy a contestar, pero el hombre susurra, rogando.

—Por favor…, me cortarán la cabeza. Obedezca.

Los ojos miedosos del otro soldado, que apenas se atreve a levantar la mirada, me irritan, por lo que vuelvo al ruedo sabiendo que tarde o temprano explotaré y no será nada bueno.

Una hora transcurre y cada minuto se va tornando agonizante con el sol que quema mis brazos. Cada inhalación se va volviendo un martirio. El día me sabe a mierda, la garganta me arde de tanto respirar por la boca y, si no paro, voy a desmayarme, por lo que me aparto desesperadamente de la fila para hidratarme cuando ya no puedo.

—Señorita Simone…

Ignoro los comentarios del supervisor mientras me tiro agua a la cara hasta que, de pronto, el sonido de una bala interrumpe mis pensamientos, haciendo que la botella que me iba a beber explote y me empape las piernas.

—No quiero nenas aquí. Si no van a aguantar el ritmo, entonces dense un maldito balazo antes de que mis manos caigan sobre las suyas.

Su voz ronca hace que los demás lo sigan como corderitos. Avanza con gran actitud prepotente y se queda en un lugar privilegiado sin mirarme. Lo odio, y no sé si es por chispa, adrenalina o sentido de competencia, pero mis ojos no dejan de observarlo.

—Señorita Simone. Eh… El señor Petrov ha dado una orden.

Tiene que mandar a su maldito lacayo para hablarme.

—Por favor, yo… —continúa.

—¡Cierra la boca! —exploto.

Los dientes me chocan al igual que los músculos superiores. Separan a grupos por su desempeño: unos empiezan a entrenar tiros de bombas con bolas de metal y a otros simplemente nos hacen seguir corriendo bajo el sol abrasador. El sudor empapa mi frente mientras el *short* apretado que me puse esta mañana empieza a incomodarme. No tengo más que un sujetador rojo vino dentro de una camiseta blanca de tirantes. Me lo puse por la premura del llamado en la mañana. Algo pasa que se me afloja y cuando levanto la vista, sus ojos me están mirando.

—Dos vueltas más —ordena con claras ganas de molestarme—. A los flojos hay que remediarlos. Los otros que sigan con sus cosas.

Mi mandíbula cruje al igual que mis piernas, y una oleada de calor parece ondear por mi cuerpo cuando siento que alguien me mira sin siquiera levantar la vista.

—Preparen sus cuchillos. Tiro al blanco ahora —demanda el imbécil—. Todos.

Los demás utilizan dagas para darles a las trampas escondidas en los árboles, y cuando me doy cuenta, hay cráneos regados por todas partes. Son las cabezas de las sirvientas que ejecutaron esta mañana, al igual que otros inocentes. El demente ordenó hacerlo a propósito para molestarme y no lo soporto.

—¡Cuidado! —grito.

Una bola de metal roza su brazo y todos parecen paralizarse cuando levanta la mano, dándose cuenta de que salió de la mía.

—Ups. No sé disparar, tampoco lanzar bolas. Lo siento.

Ironizo levantándole el mentón con un claro mensaje. Sus ojos grises se vuelven oscuros, la mirada parece calcinarme con solo verme, pero en ningún momento bajo la cabeza. Por el contrario, trato de mantenerme firme.

—¿He cometido algún error, *profesor*? —continúo, sonriendo—. Se supone que estás aquí para liderar matanzas, que esta es la gente que debes entrenar para ganar batallas. ¿O debería llamarte maestro?

—Estoy aquí para ganar una guerra, no para enseñar a sumar a niñas idiotas.

Todos palidecen.

—Parece que el rey de los matones no supo esquivar una simple bola.

—Carga tu bala, ese es tu objetivo —señala el cráneo de una mucama—. Vamos a ver qué tan fracasada eres.

Hijo de puta, mil veces bastardo.

—Dispara —asevera mientras el mandadero me acerca un arma.

—No sé disparar.

—Del cariño nadie sobrevive, mucho menos con apego a las personas. Error número uno, niña idiota. Dispara.

Me quedo callada, sonriendo.

—No te lo estoy preguntando ¡Es una maldita orden!

—Error número dos, profesor. Mostrarle al enemigo una de tus debilidades: la paciencia.

Chispas salen de su mirada cuando lo provoco. Este hombre es como un torbellino de ira que no controlo. Me cae fatal, su pedantería me provoca darle la contra.

El enojo no solo se nota en sus ojos, sino en los pasos que da, acortando nuestro espacio. Nadie se mueve mientras se acerca. Parece que todos temblaran con solo verlo pasar. Y cuando se detiene a centímetros de mí, ahogo un jadeo en mi garganta.

Está muy cerca, demasiado para mi gusto.

Es más alto de lo que parece. Su colonia me golpea las fosas nasales. No le quito la vista en ningún momento, porque eso espera que haga. Los tipos como él utilizan cualquier arma para atacar, siendo la mental la peor de todas. Así que cuando toma el arma para dármela, acepto el reto. Es inevitable que mis dedos toquen los suyos... Y disparo.

La bala sale llena de ira, porque fue su cabeza la que imaginé en ese cráneo. Hasta que da justo en el blanco, provocando los aplausos de los *soldati*. Pero todo acaba cuando el imbécil toma otra arma y barre con cinco de golpe, opacándome.

—Un tiro mediocre.

Ni siquiera deja de mirarme y desactiva todas las trampas juntas, en una barrida perfecta. Su mano todavía está estirada, los rostros de todos impresionados, y es como si quisiera restregarme en la cara que no soy nadie.

—Así que eres de armas tomar, Rambo.

—¿Qué me dijiste?

—Rambo, ¿no les llaman así a los tipos rudos?

Sus ojos arden.

—Vamos a ver qué tan deplorable eres tú cuando acabes chillando, jodida arpía.

«Arpía». Suelto una risa.

—No te voy a dar ese gusto. No me verás caer nunca.

—Qué seguras se ven las fracasadas cuando no saben ni dónde esconderse.

—No más que los idiotas con ínfulas de líder, por supuesto.

Se escucha el silbido en masa de los demás chismosos mientras la intensidad sube.

—¡Se acabó el recreo! No quiero nenas lloronas aquí. ¿Qué miran? ¡Todos, a los campos de tiros! ¡Fuera!

Los demás se van, pero yo no.

—He dicho todos. ¿No has oído?

—¿Por qué estás aquí? ¿Cuál es tu verdadera intención? —lo encaro—. A mí no me engañas tan fácil. Puedes hacerlo con esta gente, incluso con mi tío, pero yo no me creo tus mentiras. Voy a descubrir tus verdaderas intenciones. Las caídas duelen más cuando estás en lo alto.

—No me digas —ironiza.

La proximidad es peligrosa cuando nuestros ojos se encuentran. No sé en qué momento terminamos tan cerca, casi rozándonos.

—Hoy te declaro la guerra, Adrian Petrov.

Sus ojos me destruyen.

—Buena suerte con ello, Bianca Simone. Empezó tu pesadilla.

—Cínico.

Toma mi muñeca cuando intento empujarlo, y el contacto de su piel con la mía genera chispas. Su mano es grande, sus dedos gruesos, largos, tan peligrosos que...

—Cuidado con esa boca, que yo no te voy a permitir majaderías.

—Ya veremos quién gana.

—Las fracasadas como tú nunca tienen suerte. Al final… terminan siendo nadie.

Nuestros labios están cerca y me mira la boca como si quisiera rompérmela.

Hijo de puta. Algo en mí se retuerce. Sus ojos grises se incrustan en los míos, el aire se me hace pesado cuando la adrenalina se desata, el impulso me gana y mis manos terminan encima de

las suyas en un empuje de cuerpos que hace que caigamos de golpe en una pendiente de barro.

El olor a tierra se cuela por mis fosas nasales. La caída dolió, pero más sus palabras. Mis codos están lastimados por el impacto. Intento tomar sus puños, pero el desgraciado es muy alto como para frenarlo, y en un intento de zafarme, mi cuerpo vuelve a balancearse contra él, siendo inevitable que gire encima suyo.

Mis caderas quedan atrapadas en las suyas. Mi cabello le cae en el rostro y cada vez que me muevo, me presiono contra él, por lo que me mantengo en silencio. Me doy cuenta de que ya no me mira solo la cara, también los pezones que parecen dibujarse en mi ropa húmeda.

—¿Qué pasó, Rambo? —susurro—. ¿No has olvidado mi cuerpo?

—Prometo destruirte, niña.

—Hazlo.



4.
CONSECUENCIAS

Bianca

No sé qué demonios pasa por mi cuerpo que se agarrota cuando siente la dureza de sus músculos. Sus ojos poseen un raro color que no puedo dejar de mirar, aunque me moleste. Este tipo es totalmente un animal, pero hay algo en él que me llama: su agresividad cuando me mira, su voz ronca cuando está cerca, su necesidad de lastimarme.

«Adrian Petrov». Por años he escuchado su apellido en negocios de la familia, pero nunca creí que fuera tan abominable. La primera regla del ser humano es no confiar en el otro, y lo único que sé es que este no es para nada un simple idiota, sino un peligro.

¿Por qué un hombre que supuestamente lo tiene todo tendría que trabajar en esto? Poder no le falta, dinero le sobra.

La garganta me quema y parece que el gris de su iris se hace más oscuro. Ojos cambiantes… Vaya. El misterio abunda por donde se mire, mucho peor las marcas y tatuajes que parecen nacer en alguna parte de su pecho.

Averiguaré sus verdaderos movimientos antes de que se dé cuenta, porque para eso fui entrenada. Por lo pronto, lo único que sé es que me odia. Puedo verlo en sus ojos cuando me mira, en la expresión de sus labios cuando camino, y cuando tensa sus manos al rozar mi cuerpo.

Domina sus emociones, lo hace perfectamente.

No reacciona rápido al estímulo de una mujer, y eso es de profesionales. Los hombres son tan predecibles... No cualquiera se queda tan quieto bajo la presencia de una figura femenina que vio desnuda días antes. Mantengo mi mirada fría mientras observo su rostro, le miro los labios carnosos y... me niego a pensar que sea gay. El aroma que emana de su cuerpo me deja quieta, atontada... Su aliento a *whisky* caro es envolvente, aún más cuando el aire que exhala rebota sobre mis labios y...

—¿Necesita ayuda, señor? —uno de los criados aparece y la sensación es como si nos hubieran pillado en algo indecente.

—No —me hace a un lado con fuerza—. Ha terminado la sesión por hoy.

—¿Qué pasará con los *soldati* de bajo rendimiento?

—Elimínalos.

—¿Cómo?

—Que los mates. Las ratas más débiles tarde o temprano estarán donde les corresponde.

Su indirecta es clara, pero no hago más que contener el aire. Ni siquiera me dirige la mirada y ya lo estoy odiando de nuevo. Se va con su estúpido caminar ególatra mientras mis uñas se entierran en la arena de la rabia. El sirviente no sabe qué hacer.

—¡No me toques!

Trata de ayudarme, pero lo esquivo. Levantarme duele por el golpe, mi cuerpo parece estar destruido por el trabajo físico, pero eso no me detiene. Si cree que con esto me vence, se equivoca. Esta fue la primera batalla de muchas que le voy a dar así me arda el hígado.

El sol parece quemar aún más al pasar de las horas y la gente me mira como si hubiera salido de un basurero cuando llego a la casa, malhumorada y llena de mugre. Nadie me habla, es claro que parte del clan sigue rechazándome, y solo Cyra me observa desde el pie de las escaleras, seria, fingiendo ser un ama de llaves cortante.

—*Fuera* —hace señas con los dedos mientras se apresura a llegar hasta mí, cambiando de mirada cuando nos dejan solas.

—¿Qué pasa?

Algo sucede, sus manos tiemblan cuando trata de decirme algo.

—*Es que…*

—¡Bianca! —la voz de Leonardo Simone retumba, haciendo que Cyra salte de miedo.

Baja la cabeza al sentir su contacto.

—Necesito hablar con mi sobrina. ¡Fuera de mi vista, vieja metiche!

Se va cual animal asustado, dejándome inquieta.

—Creo que no has entendido que Cyra no es tu perro ni tu criada para que la trates como se te antoje.

—Es solo una simple sirvienta, su vida no vale nada, pero como es tu cómplice es natural que la defiendas.

Suelta una sonrisa irónica.

—¿Qué tal tu nuevo superior?

—Ese hombre no es mi nada.

—¿Segura? —me mira de arriba abajo—. Se nota que te ha puesto en jaque. Por fin alguien coherente hará tu trabajo y, quién sabe, tal vez se quede en tu lugar.

—No me provoques.

—¿Es una amenaza? —suelta el anciano—¿Tú me estás amenazando?

Tengo que inflar el pecho para no ceder ante mis impulsos, más aún cuando se acerca susurrando en mi oreja y ese olor a cigarro impregnado en su ropa empieza a irritarme.

—Antes de ponerme un dedo encima, créeme, estarás bajo tierra, *cara* —sus dedos se hunden en mis cachetes cuando vuelve a mirarme—. Voy a darte una oportunidad para que digas la verdad.

—¿De qué estás hablando?

—Mis hombres han notado movimientos extraños desde que llegaste a Roma. Te has reunido con gente y tengo pruebas. Mis cámaras te han rastreado en el centro de la ciudad y que yo sepa no tienes permitido entablar amistades, así que quiero una explicación ahora.

—La edad te hace alucinar —finjo una risa.

—No te creo.

—Ese es tu problema, no el mío.

—Juegas a ligas mayores, yo mismo te mataré si te atreves a conspirar con otros para traicionarme. Y una traición no solo implica hacer algo en contra de mí, sino también de la dinastía Simone. Peor aún después de habernos dejado en ridículo.

—Tienes mi fidelidad absoluta, pero eres tú quien se empeña en crear esta brecha entre nosotros trayendo un impostor para intimidarme.

—Ese impostor es mejor que tú en todos los sentidos y permanecerá con nosotros hasta que me demuestres lo contrario.

—Te he demostrado que puedo. No confías en mis capacidades.

—¡Me has demostrado más debilidades que fortalezas! Y que no puedo confiar en una doble cara que nunca ha estado de mi lado.

—Buscas exiliarme, poner a otro en el trono para hacer lo que se te antoje, yendo contra las leyes de la mafia que tanto alabas.

—Cuidado con lo que dices, maldita puta. Tú no eres nadie para venir a criticarme.

Aprieta mis cachetes, hundiendo dolorosamente sus dedos.

—¿Qué es lo primero que harías si te cedo el clan? ¿Eh? ¿Matarme? —continúa—. ¿Hacer lo que te venga en gana bajo tus ideales de justicia y libertad para todos? ¿Compadecerte de los niños torturados? ¿De las pobres víctimas que la mafia toma solo para calmar tu conciencia? ¡De la compasión no se vive! Pero parece que no has aprendido nada, eso es lo único que has demostrado —asevera, sonriendo con ira.

Me quedo en silencio, observando sus ojos y comprobando que reflejan lo mismo que los de mi padre: ambición, maldad, egocentrismo. Siento asco atrapado por dentro.

—Suéltame.

—¿Sigues pensando que algún día serás libre? Pobre idiota. Querías tomar el poder para poder escapar sin que nadie te persiga.

No contesto y puedo sentir su aliento cuando se acerca a mi rostro.

—Eres nuestra, Bianca Simone, a ver si lo entiendes —dice—. Tú no tienes voluntad propia.

Le perteneces a la mafia, los herederos sicilianos nunca escapan de su destino y aquí tu misión es una, porque para eso fuiste soñada, diseñada y... concebida. Te miro y no lo creo…

Afloja los dedos de mis cachetes, bajando su mano por mi cuello hasta apretarme la garganta. Apenas puedo pasar saliva cuando se detiene para olerme, como si fuera una fruta deliciosa.

—Una cara bonita con la rebeldía por delante. Tan… igual a ella —continúa, sonriendo—. Si fueras más inteligente, serías todo lo que la mafia temería, *amore mio.* Con tu belleza podríamos llegar lejos, ser un equipo, juntos gobernar el mundo entero, pero… tú eres la que siempre me da la espalda. Parece que olvidas que soy lo único que tienes y que no ha querido abandonarte. Ya no tienes padre y tu madre… nunca te quiso.

Golpe bajo.

Inhalo profundamente sin bajar la mirada, sabiendo a lo que se refiere. Mi madre me dejó con solo días de nacida. A sus cortos quince años, la compraron para engendrarme, pero en esta casa nadie habla de ella. Desde pequeña, he escuchado historias sobre su belleza: «Una bruja mística cuya hermosura te hacía doler de solo mirarla». Sin embargo, nadie ha dado con su paradero desde que escapó aterrorizada al bosque queriendo huir de la mafia.

Sigue siendo una incógnita que pesa, y él lo sabe. Presiona la herida, apuñalando el dolor con su ego. Bien dicen por ahí que es mejor no mostrarte débil, porque nunca sabes cuándo lo usarán en tu contra.

—No he terminado —dice, sujetándome del brazo cuando me muevo—. Hay trabajo para ti pronto, así que prepárate. Y ojalá te mueras en el intento.

—No te preocupes. No te daré ese gusto tan fácil.

Borro la falsa sonrisa cuando ya no me mira porque apenas aguanto todo lo que cargo. Cuando estoy sola, suelto una bocanada de aire mientras el ardor en mis mejillas aumenta sabiendo a lo que me enfrento.

«Trabajar» no solo implica seguir el negocio de las creaciones de drogas exóticas que dejó mi padre, sino también meterse en otros líos. Las cosas empiezan a ponerse difíciles, por lo que cada paso que doy tiene que ser extremadamente cuidadoso. Al llegar a los pasillos veo cómo nuevos guardias se unen a la seguridad. No los había visto antes por aquí. Y mi calma se desvanece cuando me agarran sin ningún tipo de respeto por los brazos.

—¡¿Qué les pasa?! —forcejeo, pero es inútil cuando son más de tres los que me empujan.

—Por órdenes de su superior debe permanecer en su habitación.

Mis planes empiezan a ponerse en jaque, sobre todo porque ya no estoy sola. Con ese imbécil, estoy siendo vigilada constantemente y cualquier movimiento en falso puede arruinarme. Me arrastran hasta dejarme dentro como si fuera nada y, cuando escucho un ruido desde la puerta de mi baño, enseguida lanzo un cuchillo con ira.

—¡Alto ahí!

Pero me doy cuenta de que es Cyra y mi corazón late desesperadamente.

—¡Nana! ¡Pude haberte matado! Pensé que eras…

—¿Quién?

Jadeo, extasiada.

—Nadie —cambio de tema—. ¿Estás bien?

Está llorando. Sus manos tiemblan.

—Sí, sí. Me quedé escondida aquí cuando vi que unos matones entraban por el área trasera. Quise avisarte lo que sucedía, pero ya no pude, me han estado siguiendo, esa gente es la nueva seguridad que ha traído ese hombre. Algo tiene coludido con tu tío.

—¿Qué?

—Te andan investigando. Escuché cuando hablaba por teléfono, pidiendo información de tus movimientos contables. Parece que hay problemas con entregas de droga, así que está fiscalizando todo: lo que gastaron en tus huidas a Estados Unidos, inversiones extranjeras, negocios de tu padre y, además, otro le informaba sobre tus movimientos de dinero en bancos suizos.

—¿Cómo?

—Han… empezado a sospechar de ti, Bianca. Seguro sabe de los negocios a escondidas que tenías con otros.

Tenso la mandíbula.

—Así que ese idiota quiere jugar rudo.

—Estamos en problemas, ese tipo no me da confianza.

—Tampoco a mí, pero no me queda otra que fingir acatar todo lo que ordene, al menos hasta que las cosas se calmen. No tengo aliados aquí y no pueden sospechar lo del escape.

Palidece.

—¿Sigues queriéndote ir? ¡¿No te das cuenta de que ya no puedes hacer más?! No puedes escapar de la mafia. La última vez que lo hiciste terminaste en un hospital casi muerta.

—Cuando no tienes a nadie en el mundo para defenderte solo te queda hacerlo contigo misma. Y a mí ya me han golpeado mucho como para no seguir luchando.

—Hija…Deberías olvidarte de esa idea. Mejor…, quedémonos aquí, haz todo lo que te pida tu tío y…

Los ojos se le hacen agua.

—Siempre has tenido un miedo desmedido a los hermanos Simone y nunca has pensado realmente en ti, Cyra. ¿Para qué quieres quedarte a su lado? Fueron ellos quienes te cortaron la lengua en tu juventud. Fueron ellos los que orillaron a mi madre hasta que escapó. Fueron ellos los que te quitaron al hijo que no conociste. ¿Y a pesar de eso, sigues inclinando la cabeza? —digo enojada.

Ella rompe a llorar.

—Entiende que esto no es solo por mí, sino también por ti. Han puesto a ese Adrian como superior, ya no tengo ningún poder. Tengo que irme antes de que nos maten. Si estás de mi lado, te daré libertad y prometo que lucharemos por encontrar a tu hijo.

—*Es que… tengo mucho miedo. Nadie ha salido de aquí con vida y si te pasa algo yo…*

Me da un abrazo que no puedo rechazar mientras evito acercarme a la ventana para que no nos miren; de lo contrario, Leonardo Simone podría considerar utilizarla para controlarme.

El llanto se vuelve fuerte, aunque no pueda hablar. Si antes tenía ira acumulada, hoy se vuelve insoportable. Cyra ha sido víctima de mi familia y, aun así, tiene un corazón gigante para mí. Es una mujer valiente. Quizás su motivación al principio fue quedarse junto a la dinastía Simone para descubrir el paradero del hijo que le arrancaron, pero estoy segura de que hay cosas aún más fuertes que no me ha contado. Es la única explicación que encuentro.

—Escúchame, nana, estaré bien, lo prometo —le sonrío, limpiándole las lágrimas—. Necesito que me cubras esta noche. Tengo que salir de aquí.

—¿Estás loca?

—Voy a recuperar el dinero que me queda antes de que ese imbécil sepa más de lo que ya intuye. Hay pozos donde guardo efectivo, bancos secretos en Roma cuyos candados los tiene un externo por seguridad. Si ya desde hoy Adrian Petrov invade la casa, mañana será tarde.

Abro uno de los armarios, meto algo de ropa dentro de una maleta y preparo mis armas sin darle tiempo de aceptar.

—*¡No te puedes ir!*

Cyra trata de frenarme.

—Confía en mí, nana. Volveré antes de que amanezca. Ya lo hemos hecho antes, no pasará nada.

Se lleva la mano a las sienes sin decir nada más. Sabe que no voy a dejar de insistir y solo niega con la cabeza mientras me ayuda a salir de la mansión. Aprovechamos que mi tío tendrá la noche ocupada con sus concubinas y el cambio de guardia para escapar. Los hombres de ese idiota son todavía novatos, por lo que es fácil moverme por los pasillos secretos que ellos desconocen. Desciendo escaleras hacia las bóvedas de comida, compruebo que las cámaras no me están vigilando como siempre y, cuando veo que no viene nadie, retiro algunos ladrillos que me permiten salir sin problemas, mientras ajusto la sudadera con capucha que llevo puesta.

La noche se siente más oscura en las calles desoladas de Roma y debo confesar que, aunque sea peligroso salir sin seguridad, lo disfruto. El olor a libertad se siente delicioso y la brisa helada del viento impactando en mi rostro me tranquiliza.

Me cuesta media hora llegar en autobús a donde quiero. El sonido de las calles al entrar al barrio de Trastevere enciende mi alma. Es un lugar de buena música y comida en Roma donde la

gente disfruta. Me aseguro de que nadie me siga al entrar en el callejón que busco. Llevo vaqueros, la sudadera, una camiseta sencilla y la maleta que todavía sostengo en mis manos. Procuro pasar desapercibida. Finalmente, encuentro una puerta falsa y me sumerjo en un laberinto de piedra que me lleva al área que parece un espacio alternativo de arte. Hay grafitis, escultores y bailarines que convierten las calles en un mundo divertido.

—*Ciao*, preciosa. ¿Bailamos?

Coquetean y yo coqueteo. Extranjeros desbocados danzan sobre las mesas, se drogan y gritan, tomando el lugar como si fuera una gran fiesta mientras un hilo de recuerdos arremete en mi mente.

«¡No! ¡Por favor, no me rompas las piernas!».

Dolor. Gritos. Sueños rotos.

Respiro profundo queriendo no exaltarme. Recordar el pasado solo me crea un nudo en la garganta y parece inevitable ver las imágenes en blanco y negro: una niña de doce años que empezó a causar revuelo con su baile, cuyas maestras realmente apreciaban su danza y que amaba bailar donde pudiera, hasta que llegó a oídos de mi padre.

Donato Simone fue un hombre precavido, sabía que esto empezaba a apasionarme y si seguía podría rebelarme. Yo era la pieza clave de su lucha contra los Ricardi, el mejor soldado que podía controlar a su antojo. Por eso me rompió las piernas cuando era aún muy joven, pretendiendo que con eso iba a frenarme, aunque… no contó con que iba a recuperarme.

La voz aguda de un cantante me hace volver a la realidad. Me gustaría socializar un poco, pero no hay tiempo. Giro la vista de cuando en cuando, cuidándome la espalda. Apenas noto un letrero maltrecho de tatuajes, me apresuro hacia otro pasadizo que conecta con una quinta privada donde escucho un ruido.

—¡Eh, tú! ¿De parte de quién vienes? —pregunta un hombre alto de barba espesa.

—De parte de David.

Me mira de arriba abajo, sonriendo y hace un gesto para que pase.

La gente ni siquiera me presta mucha atención cuando entro; algunos bailarines salen con patinetas, otros con atuendos llamativos. Rápidamente me desvisto, quedando en shorts y top para entrar en la sala como si fuera una más de las bailarinas, hasta que mis ojos brillan de entusiasmo.

Bendita escena orgásmica. El baile sensual es algo que siempre me ha fascinado.

Las chicas están completamente idas, drogadas, poseídas por la música, bailando en tacones junto a quien busco, David, mi exinstructor de danza, amigo desde que bailaba en secreto en Nueva York y socio en negocios clandestinos.

—No puedo creer lo que veo. *Peligro* está aquí —sonríe, acercándose—. Te hacía en Estados Unidos.

—Te hacía en Dubái controlando mis negocios —suelto, poniéndome al ritmo de la música.

Nadie debería sospechar nada.

—Destinos de la vida —se pone detrás de mí—. ¿Problemas?

—Muchos. Necesito que me des el dinero que me guardaste, es una emergencia. Y que me ayudes a huir. Solo iré por mi nana.

—¿De verdad vas a escapar?

—No tengo mucho tiempo, David. Necesito ya las llaves de las bóvedas y los accesos a los pozos.

—Siempre hay tiempo para la danza. Dame esa rabia, muñeca sexy —susurra—. Úsala.

De un tirón, me pone en el centro. Es inevitable que el ritmo me tome de impulso. Las miradas de las demás se vuelven extrañas cuando me empujan. De repente, hay un apagón y solo se enciende una luz roja cenital, y las ganas atoradas por moverme parecen salir con fuerza.

«Maldición, bailar es lo que más amo hacer en este jodido planeta», pienso.

No tengo muchas oportunidades para hacerlo, pero es adictivo. Las demás asienten cuando me miran y se abren cuando tomo el centro, mientras mi maldito trasero parece sacar ventaja con movimientos oscilantes. Subo, bajo, me toco.

Mis manos vagan por mis senos hasta mi cuello, al mismo tiempo que mis piernas se abren, y en un segundo suelto mi cabello para atrás, meneándome. Las otras chicas se me unen, pero en vez de estar separadas, perreamos juntas con tacones, y la imagen frente al espejo es casi una orgía artística.

Me libera. Dios, sí.

Seguimos pareciendo conectadas. La adrenalina se despliega en mi pecho mientras otras mujeres se besan detrás de mí y, cuando subo la mirada, el *flash* de la cámara de David me ciega los ojos.

—Diosa, tendrías que mirarte —se acerca, tomándome de la cintura, hasta que la música se corta de golpe y se escucha un estruendo que me hace ver en cámara lenta.

Balas, gritos despavoridos de las bailarinas, *shock* en el rostro de David, pero aún más en el mío al ver unos ojos que conozco salir de la sombra, como si hubiera estado esperándome.

Adrian.

Mi rostro palidece, la boca se me seca, pero es aún mayor su furia hacia la dirección de sus ojos: las manos de David en mi cintura. Este me suelta y...

—¿Quién eres? ¿Cómo demonios te atreviste a entrar aquí? No te acerques —retrocede mi exinstructor—. No permitiré que le hagas daño.

No, no, no...

Adrian da tres pasos frente a él y la hombría de David desaparece cuando lo mira, se hace pequeño ante su porte y sube las manos temblando.

—Yo no hice nada... —masculla aterrado, suplicando—. Yo…

Y le da un tiro en la frente mientras su sangre me salpica.

El horror invade mi cabeza y me quedo quieta mirándolo. Voltea sin culpa, limpiándose las manos como si le apestaran, asegurándose de destruir el móvil con su pie para luego tomarme del brazo a la fuerza.

¡Maldito enfermo!

Mi boca se queda entreabierta por la letalidad de la bala, mis ojos lo miran y se llenan de lágrimas. ¡David está muerto! Clavo mis uñas en su piel, pero ni así me suelta. Me empuja hacia la calle como si fuera una perra barata y lucho poniendo mi peso, pero para él no es nada.

—¡Suéltame! —grito, ahogándome en medio de la lluvia, pero le importa nada.

Estoy tan cansada que no lo pienso dos veces y lo golpeo. Intento sacar mi frustración y me arrastra contra un viejo callejón de piedra que apesta a basura para sujetarme con su peso.

—Cierra esa maldita boca o verás las consecuencias.

Sus ojos me miran y puedo notar que el nudo de su garganta se eleva. Mi respiración cambia. El contacto es irritante. No controlo la ira; mi piel se calienta, mi mente arde cuando debería estar tomando otra actitud, pero es que no lo soporto.

—Vete de aquí.

—Yo hago lo que me da la gana… porque quiero y puedo.

La lluvia cae torrencialmente y mis pezones se enduran al estar en contacto con su piel, pero es aún peor la imagen que veo: sus ojos oscureciéndose.

—¿Ibas a huir con ese tipo? ¿Crees que de verdad te convenía?

—¿Qué dices? ¡Ni siquiera lo conocías!

Saca las llaves de los pozos, mis tarjetas de los bancos suizos, un pasaporte falso con mi nombre que él guardaba y…

—¿Buscabas esto?

…Los tira en el charco de lluvia.

Lo sabe.

—¿Sabes lo que hace un cazador cuando quiere atrapar a su presa? —agrega, arremetiendo contra mí cuando me muevo—. Espera…, porque los más débiles terminan cometiendo los mismos errores. Sin duda, la vieja muda cayó primero. Te dijo todo lo que quería que hicieras mal para atraparte.

Me sostiene cuando intento zafarme.

—¿Qué pasa? —agrega—. ¿Te vas a poner a llorar? ¿Cómo crees que reaccione tu tío cuando sepa que la futura líder de su clan planeaba huir de la mafia?

—Maldito imbécil.

—Esa boca... —me mira los labios—. Cuida esa maldita boca que solo desata catástrofes.

Esto no tenía por qué salir de esta manera. Yo no debía estar aquí, él no tenía por qué haber descubierto mi secreto, el dinero, mi vía de escape.

Veo de reojo los alrededores y no hay posibilidades, el aguacero lleva ríos de sangre por los cadáveres de quienes estaban aquí. Los mató a todos.

—¡Suéltame!

—Cuando tu superior habla, te mantienes en silencio.

—Jamás voy a inclinar la cabeza, ni siquiera en tus sueños.

Lleno de ira, me clava fuerte contra la pared del callejón y... ¡Qué demonios me pasa! Otra vez estamos a milímetros, otra vez regresa la sensación de estar desnuda ante sus ojos, sintiendo una punzada entre las piernas.

Lo odio, lo odio tanto…

—Cuidado con lo que haces. Te tengo en mis manos, Bianca Simone —susurra muy cerca de mi boca..., lo hace ronco, profundo, con su nariz rozando la mía—. Los simples corderitos no juegan a ser lobos. Y yo no ladro..., muerdo.

Lo empujo una vez más, pero esta vez el control se me escapa de las manos. El choque hace que rebote contra él mientras sus dedos ahora siguen la línea de mi silueta y, en un intento de atacarme, me toca… yendo hacia el sur sin detenerse.

Mis labios se endurecen. Mi corazón se congela cuando siento su mano frenar en mi nalga, apretándola, disfrutando del dolor que puede provocar en mis ojos, entonces un impulso peligroso me embarga. Es extraño, insano, como si no tuviera alma pero sí… deseo. No sé qué demonios hago cuando mi mano se detiene en su rostro perfecto..., tocándolo, y todo se paraliza de golpe.



5.
JUEGOS PELIGROSOS

Bianca

Tragar saliva cuesta. Ya no sé si estoy despierta o soñando. Me quedo a medio respirar cuando su boca está cerca de la mía, paralizado, al igual que mi mano cuando de un tirón casi me la rompe.

—¡¿Qué haces?!

Siento cómo mis ligamentos colapsan y, por más que grito, no me suelta. Estira los dedos que tocaron su rostro, como si quisiera destruirlos, siendo imposible que mis huesos no cedan ante su furia asesina.

—No vuelvas a tocarme, mucho menos en el rostro —abre la palma, liberándome y me empuja—. ¡Sáquenla de mi vista!

El mandato que da lo siento desde lo más profundo de su garganta y enseguida sus hombres arremeten contra mí sin que pueda oponerme. Salen de no sé dónde, está claro que siempre estuvieron observándonos. Son astutos, rápidos y están tan bien entrenados que en segundos me alejan.

—Señorita —indica un tipo con un dejo extranjero al que no hago caso.

El dolor es terriblemente angustiante mientras proceso lo sucedido. Tomo mi mano como puedo, tratando de recomponer mi orgullo.

—¡No me toquen!

—Colabore, no queremos tener que usar la fuerza.

Me veo acorralada y me obligan a entrar en un auto. Adrian se sube en su Bugatti y desaparece en segundos, dejándome aún más confundida. Mis piernas actúan en automático al ver que no tengo otra opción.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero a pesar del dolor en los ligamentos, no dejo de pensar en lo sucedido. La rabia se le notaba en la cara y ni siquiera se dignó a mirarme. Me desencaja el hecho de no saber cuánto sabe y qué hará con esa información ahora. ¡¿En qué demonios estaba pensando?!

El camino de regreso se torna tenso al estar sola en medio de tantos maleantes que ni siquiera me dirigen la palabra. Algunos fuman y, de reojo, me doy cuenta de que no son cualquier tipo de matones. Toda esta gente apesta a «profesionales».

Las armas que cargan son únicas en el mundo, proyectiles rusos que seguro fueron comprados en subastas millonarias y no dejo de preguntarme quién es realmente ese hombre.

Llevo un par de horas dando vueltas en el auto por toda Roma hasta que por fin se escuchan ciertas órdenes. Hablan en clave y presiono mis piernas con las manos al notar que vamos por sitios oscuros. Pero el alma me vuelve al cuerpo cuando el atajo sale cerca de Villa Regina, donde el mismo guardia que custodiaba los pasillos me lleva de regreso a mi habitación sin que nadie lo note.

—Espero que tenga una buena noche, *signorina* —su intento de italiano apesta, así como el tono burlesco con el que me habla.

Maldita sea mi suerte. Estoy en problemas. No dejo de dar vueltas de un lado al otro cuando sé que van a matarme.

Se lo dirá a mi tío, descubrirán los hoyos donde tenía mi patrimonio ilegal, pero aún peor, La Hermandad tendrá excusas para destruirme por querer ir en contra de mi propia dinastía. Y solo... *mierda*.

David está muerto.

El hombre sabe acerca del dinero, de mi escape, arruinó mi pasaporte falso y ahora estoy sobre la cuerda floja, dependiendo de un ser que me odia y al que yo también odio.

Lo que me resta de noche se resume entre pomadas que alivian el dolor de ligamentos, una venda en mi mano y el insomnio. Al amanecer me exalto con el sonido de la puerta matutina. Me duele el cuello por la posición en la que me quedé adormilada y los músculos los tengo rígidos. Trato de buscar cualquier cosa que pueda usar para defenderme, como cuchillos, dagas o tijeras, pero es Cyra quien entra con una bandeja de comida como todas las mañanas, junto con el guardia que no deja de intimidarme.

—¿Dónde está mi tío? —pregunto, asustada.

—Parece que había asuntos que atender fuera —responde el hombre con una sonrisa—. Solicitó verla apenas regrese, al parecer le tiene una sorpresa... agradable.

Un nudo se hace en mi garganta, pero Cyra parece ser la misma de siempre cuando me mira. Me sonríe como si nada pasara y no es que sea una persona que controle mucho sus emociones. Por lo que, si algo anduviera mal, ya se notaría y es lo que me extraña. ¿O será una trampa?

Inhalo hondo. No tengo apetito. Vuelvo a mis obligaciones matutinas y esta vez no hay entrenamiento, pero sí es día de cosecha.

Los ojos de los sirvientes están en mí cuando me ven aparecer en el carro de golf que me lleva hacia los sembríos. Villa Regina es una fortaleza que no solo consta de la casa principal estilo

mediterránea, grandes piscinas, áreas de esparcimiento, sino también de los campos verdes donde hay droga camuflada, casi como si fuese una Toscana en las afueras de Roma.

Me bajo del carro y paseo por las tierras supervisando la extracción de plantas tóxicas que siempre le gustó sembrar a mi padre. Desde su muerte nadie ha podido desarrollar los diablos rojos, drogas malignas cuya composición ha sido una revolución en el mundo por volver dependientes a quienes las consumen.

—Hermosas, ¿verdad? —dice Lion, el consejero de mi tío, con las manos en la espalda—. Plantas que parecen inofensivas como una flor de verano, pero que matan en un descuido... A tu padre le encantaban, ¿sabes por qué? Porque eran engañosas.

No le contesto y se pone a mi lado, mirando hacia el frente. Lion no supera los treinta y cinco años, pero es un hombre peligroso, obsesivo, que se ha criado desde pequeño en la familia y, de cierta manera, influye en las decisiones de mi tío.

—Como puedes ver, parece que florecen las plantas —continúa Lion—. Recemos para que nada lo arruine. Los terratenientes están contentos a pesar de lo sucedido en los últimos días. Habrá que agradecérselo a tu tío.

—Para ti siempre hará las cosas bien porque estás de su lado, a pesar de que le juraste a mi padre que no permitirías que se sentara en el trono.

—Era su derecho.

—Era mi derecho.

—Le soy leal a los Simone —aclara, pegándose a mí—. Tú eres una Simone.

—Eres leal a quien te dé poder porque no eres más que un maldito hipócrita.

No dice nada y sus ojos marrones vuelven a ser los mismos de siempre, los de un ser solitario que deambula como si estuviera penando por los pasillos de Villa Regina, cerrando la boca cuando le conviene. Desvío la mirada tratando de pasar el mal rato. Mi mente no me deja pensar en lo que pasó anoche, por lo que solo alzo un poco la vista hacia el área de entrenamiento y me doy cuenta de que no hay nadie.

—Al menos disimula —suelta Lion de nuevo.

—¿Qué?

—Que buscas a alguien con la mirada.

—Por supuesto que no, pero hablar contigo es como pegarme contra la pared cien veces.

Suelta una risa amarga, manteniendo la mirada al frente.

—Cuidado con ese hombre... Que no te impresione su dinero y su poder, porque solo está aquí para quitarte lo tuyo.

—Ningún forastero puede tomar el mando de los Simone.

—Todo es posible para un viejo astuto que no te soporta y que, al igual que Petrov, busca asegurar sus intereses.

Finjo no prestarle atención mientras sigo con lo mío, verificando la extracción y los trabajos de procesamiento al mismo tiempo que las dudas siguen surgiendo en mi cabeza.

El día transcurre como cualquier otro, matan a sangre fría a trabajadores que ya no le sirven al imperio, sin contar los sospechosos que podrían ser enviados de los Ricardi y pareciera que la sangre en la tierra es buen augurio para un nido de psicópatas.

Durante horas se la pasan arrastrando cadáveres, dedos, lenguas y, aun así, mis pensamientos han vuelto al mismo recuerdo de anoche: un idiota irrumpiendo en la sala de danza, el odio con el que me acorraló contra la pared, sus manos posesivas tomándome las nalgas como ningún otro lo hizo nunca, sin contar lo que descubrió y que sigue poniéndome en jaque.

—Señorita Simone, la esperan en la mesa —me dice una mucama.

—Estoy indispuesta.

—De esta no se va a librar —sus mejillas se vuelven rojas—. Creo que le espera una sorpresa.

—¿Sorpresa?

La seguridad privada de mi tío me mira. Trago saliva al ver sus armas y se me revuelve el estómago pensando en lo que llevo en mi mente desde que tengo uso de razón: van a matarme.

A regañadientes llego al lujoso comedor y, cuando levanto la vista, la sorpresa se hace más amarga porque la primera persona a la que veo, sentada junto a mi tío, es Adrian Petrov, posando sus ojos en mí. Una ráfaga eléctrica recorre mi cuerpo.

—*Cara mia!* —exclama mi tío con una sonrisa, tan normal e hipócrita como siempre.

No habló, Adrian no dijo nada. Si lo hubiera hecho, estaría en el tribunal de la mafia, junto a una Hermandad enmascarada, enfrentando un juicio de muerte en lugar de estar sentado en la mesa de mi tío.

—Pero pasa, ¿qué haces ahí parada? Siéntate.

Camino en silencio y me siento justo frente a Adrian, sin mirarlo, pero pronto la tensión aumenta.

—Que disfruten la cena.

El chef ordena a los sirvientes que destapen los platos y aparece la pasta, se ve deliciosa, pero pierdo el apetito al tenerlo enfrente.

—¿Y bien? —Leonardo Simone sonríe—. Estamos aquí para escucharte, Adrian. ¿Qué novedades me tienes?

Por Dios… ¡Se lo va a decir!

—Su seguridad es un desastre —suelta él, arrogante—. Como supuse, toda esta Villa está llena de fallos mediocres. Mis hombres encontraron huecos en las paredes y ladrillos flojos por donde podrían haber escapado... muchas ratas.

Las cejas de mi tío se tensan mientras mis dedos aprietan con fuerza el tenedor, sin dejar de mirar el plato.

—¿Crees que podría haber traidores aquí?

—Creo que quien menos se espera podría estar clavándole el cuchillo por la espalda desde hace mucho tiempo.

Me cuesta respirar. El anciano aparta a un lado a la concubina para abrirse la camisa, mientras la mirada de Adrian parece traspasar la mía cuando nuestros ojos se encuentran.

—Pero… no se preocupe, mis hombres se han encargado del asunto —continúa Adrian, levantando la copa hasta sus labios—. Todas las salidas fueron exhaustivamente revisadas y clausuradas esta madrugada, por lo que no habrá más escapatorias.

Maldito, mil veces maldito.

El silencio incomoda a mi tío. Ganó, el imbécil logró humillarlo en su propia casa. Y él es demasiado orgulloso como para aceptar sus errores.

—Quiero muertos, quiero que rueden cabezas —gruñe Leonardo Simone.

—La primera está a punto de hundirse sola —Adrian sonríe, mirándome.

Hijo de puta.

—¿La primera?

—Uno nunca sospecha de quienes son invisibles, ¿cierto?

—¿Quién fue? ¡Necesito nombres! ¡Dímelo ya!

Siento que el pecho me arde. Bajo la vista y clavo el tenedor en los fideos para no darle el gusto de mirarme mal. El estómago se me revuelve, la ira calienta mis orejas. El terror de ver las armas cerca impide que me contenga y mis manos hacen ruidos en el plato, provocando que mi tío enarque una ceja.

—Una simple criada que ha estado obteniendo dinero a sus espaldas, tal vez robándole —miente Adrian, divertido—. Frecuentaba lugares de baile en el centro de Roma y le daba el dinero a uno de sus secuaces para que lo guardara, vendiendo información crucial para hundirlo. Pero…

Disfruta mi sufrimiento.

—…No se preocupe, arreglé el error de inmediato —apoya la espalda en la silla, mirándome —. Destruí todo aquello que un artista ama. Desde ahora no habrá más espacios de baile en Roma. Y como tenía que asegurarme de que nadie hablara... toda esa gente presente anoche fue eliminada para evitar riesgos.

Mi cara arde, mi mente colapsa. Inhalo hondo con una punzada en el pecho. Los mató, mató a inocentes. La ira empieza a calentarme la cabeza, me conozco, apenas puedo contener el aire dentro y…

—Tío, me retiro.

—¿Por qué? ¿Te incomoda el tema? —indaga el anciano, explorando cada una de mis reacciones mientras Adrian me observa fijamente.

—Me incomoda que seas el mandadero de este imbécil. Simplemente no lo soporto.

—Será mejor que te vayas acostumbrando porque Adrian estará aquí todas las noches. A partir de ahora vivirá con nosotros y, si no estás de acuerdo, no me importa.

Hace una pausa para estudiarme y de un tirón arrimo mi silla hacia atrás, llena de ira.

—Lo haces para fastidiarme, ¿verdad? Yo no seré parte de tu circo.

—No te levantes de la mesa.

El anciano me mira furioso, pero hago caso omiso.

—Siéntate —agrega, amenazándome, pero no me muevo—. ¡Que te sientes, te digo!

Saca su arma y me apunta. Sus ojos están chispeando de la rabia mientras Adrian solo se queda observando, con un ápice de diversión que me indigna.

Cyra llega de improviso para calmar la escena, y siento sus manos temblar en mis hombros. Palmea mi piel, obligándome a sentarme, trazando pequeños círculos en mi espalda para darme tranquilidad. Mis piernas se retraen nuevamente hacia la silla, sintiéndome humillada cuando sus hombres también me apuntan.

El silencio pesa mucho más que las palabras. Nadie dice nada, los empleados sirven más vino como si nada hubiera pasado, mientras me obligo a tragar la pasta recién hecha con amargura, fingiendo que todo está bien, que es una noche maravillosa. Pero en mi cabeza solo hay impotencia.

El tiempo pasa lentamente y me pregunto si realmente podré soportarlo. Si podré seguir con todo esto, mientras me resulta inevitable no mirar de reojo a ese hombre.

La comida se me queda atorada en la garganta por la cólera. Cuando por fin todo termina, medio escucho algunos planes que tienen contra los Ricardi, el estúpido viaje que debe hacer mi tío a Sicilia para cerrar negocios esta noche y francamente no tengo cabeza.

No soporto ver cómo deja el imperio a ciegas en manos de un desconocido. Me levanto sin despedirme de nadie. Al final, todos ya terminaron de comer. Las siguientes horas se me hacen un calvario.

Lo sabía y no me acusó. Algo quiere de mí. Utilizará esa información para volverme su esclava. O tal vez para chantajearme.

Doy vueltas en mi cama sin poder cerrar los ojos. Tengo que hacer algo hoy. Son casi la una de la madrugada y no puedo dormir.

Necesito entender qué es lo que busca ese hombre, averiguar sus planes para obtener armas y protegerme de todo este lío antes de que sea demasiado tarde. Cada día gana más poder en el clan y eso, sumado a las palabras de Lion, me confunde.

Me quedo en silencio mirando la pared con una idea peligrosa, pero es ahora o nunca. Valor o muerte.

Adrian

Estoy asfixiándome. Empiezo a sentir el peso de esta maldita farsa. No soy un hombre paciente; hago lo que pienso, tomo lo que quiero y, si me costó contenerme de disparar a los Simone la última vez que los tuve delante, será peor tener que soportarlos en su propia casa.

Dejo caer las pesas que sostengo en las manos y me doy cuenta de que ya es de madrugada. Incluso el ejercicio extremo no consigue que me concentre. El sudor gotea de mi pecho y la ansiedad ya no se va ni con alcohol. Decido ir a la ducha a buscar desesperadamente algo de relajación, pero el agua helada no logra calmar mis pensamientos.

Mi miembro late con fuerza cuando la mente me trae a alguien de vuelta; ligas amarillas estallando, su trasero moviéndose sensualmente en aquel baile con tacones, la manera en que cedía ante mí cuando la apretaba... y cómo las almohadas se deslizaban por sus piernas mientras la espiaba dormir anoche. Mierda. No, esto no está bien.

He esperado hacer esto toda mi maldita vida: venganza, sufrimiento, dolor para los Simone y... matarla.

Cierro los ojos, intento concentrarme en otra cosa, pero me cuesta. Masajeo mi polla vigorosamente de arriba hacia abajo, rápido, con intensidad, hasta que termino en un vaivén mediocre que apenas me satisface.

No soy un puto puberto que se conforme con la masturbación. Soy un lobo en busca de carne; exigente, hambriento, y mi abstinencia de sexo durante los últimos días empieza a pasarme factura. Las mujeres son fáciles para mí, me follo a quien me da la gana, incluso La Gata me parece una puta caliente cuando me la chupa, pero no puedo dejar de pensar en la única mujer que me es prohibida.

Una que no soporto tener cerca.

Apago la ducha mirando el reloj brillar y los pensamientos abandonan mi cuerpo, dejándolo más activo de lo que creía. Me coloco una toalla en el cuello y, cuando alzo la mirada, veo por el reflejo del espejo que unos ojos azules me observan, dejándome quieto.

Joder…

Siento la cara arder de ira cuando noto su sombra haciéndose real. Se queda con la boca entreabierta al verme de espaldas, solo las nalgas, y el rubor le sube por sus mejillas cuando se percata de que la he pillado.

Trata de disimularlo inclinando la cabeza hacia un lado, levantando el mentón, mientras siento que mis puños se tensan y rápidamente me ajusto la toalla a la cintura.

—¿Bonita la vista?

Giro de golpe y camino hacia ella.

—Lo mismo me pregunté hace días cuando me viste desnuda.

—Hay mejores —respondo.

—Pero bien que te gustó tocarme. Me pregunto qué diría mi tío si supiera que su protegido quiere *castigar* de una manera extraña a su sobrina.

—¿De una manera extraña? —repito—. ¿Qué pensabas? ¿Qué iba a follarte o algo así?

—No lo sé. No conozco los rincones más oscuros de tu mente. Quizá no has visto a una chica en años, o simplemente no son tus preferencias.

Rio.

—¿Eso piensas?

—Eso parece.

—La próxima vez te dispararé si vuelves a entrar sin permiso. ¡Fuera de aquí!

—Pero estamos a mano, ¿no? Ya nos hemos visto casi desnudos. ¿Es eso lo que te preocupa?

Intento contenerme, pero es inútil. Me acerco a ella y veo cómo sus ojos azules chispean.

—¿Qué quieres?

—Saber por qué no dijiste nada. ¿Por qué mataste a David y no me acusaste cuando pudiste haberlo hecho? ¿A qué estás jugando?

No respondo. Dejo que su mente explote, que tenga miedo, desconfíe... y que crea mil historias estúpidas en su cabeza.

—¿Te conviene salvar a la chica que más odias? —insiste, esperando la respuesta que no le voy a dar.

Me acerco aún más y veo cómo sus pupilas se dilatan. El miedo sigue presente en su rostro, aunque ella lo niegue, pero lo que llama mi atención son sus respiraciones entrecortadas cuando estoy a centímetros de ella.

—Siéntete afortunada. No eres la mujer que más odio. Vete.

Ella entreabre los labios para hablar, pero desiste. Me estoy conteniendo... si la tengo un minuto más cerca, todo se irá al carajo. No quiero romper mi promesa.

—No me iré hasta tener respuestas.

—No tengo tiempo para ti.

—No permitiré que me chantajees.

Me cabrea al ver que da un paso hacia mí, como si pensara que puede conmigo. Parece que ella no tiene piedad de su propia vida por cómo me habla.

Su labio tiembla y comete el error de chupárselo para que yo no lo note. Estoy perdiendo el control, entrando en un pensamiento prohibido y encima hay una cama cerca. Ella tiene que irse. Ahora. Ya.

La tomo de la muñeca, tratando de empujarla, pero todo se complica. Rebota contra mi cuerpo, sus senos se erizan, me mira tiritando y...

—Estás jugando con fuego… —entono con voz ronca—. Si quieres seguir con vida, mantente

a diez metros de mí, niña.

—Siempre he jugado con fuego, Rambo. Voy a averiguar tus planes tarde o temprano. Y no voy a parar hasta destruirte.

Doy un paso hacia adelante y ella retrocede, sin bajar la vista.

—Contaré hasta tres —gruño—. Si no te has ido entonces no respondo.

—No eres nadie para amenazarme. Esta es mi casa.

—Uno…

—Eres un maldito maniático.

—Dos…

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que me estás ocultando? —se desespera—. ¿Es un plan de Leonardo Simone?

Me exaspera. Me altera. Me provoca. Si tan solo lo supiera…

—Tres.

—¡Dime ya por qué carajos te quedaste callado!

—¡Cállate!

—Cállame.

Me levanta el rostro, altiva y, en un acto desesperado, la tomo del cuello y la aprisiono, perdiendo la cabeza. Ella no se mueve y yo tampoco. La ira me consume, pero es peor la punzada que siente mi miembro al tenerla cerca. Mis ganas de poseerla en este instante se vuelven incontrolables.



6.
COMERSE AL ENEMIGO

Bianca

No puedo dejar de mirarlo, aunque me tenga sujeta del cuello contra la puerta. Este hombre está loco, pero aun así me genera algo que no puedo controlar. Está tan cerca de mí… que mi garganta se seca al sentir su aliento. Mis labios se hinchan hasta dolerme, mi paciencia se agota y no sé cómo llamar a lo que empiezo a sentir.

Lo odio tanto…

Acerca su nariz a la mía y puedo percibir una fragancia que acelera latidos entre mis piernas. Lo he sentido cada vez que está cerca, esa colonia varonil, el poder que emanan esos ojos que congelan mientras traga saliva exasperadamente y… siento que, o me mata, o me rompe los labios con su boca.

—Señor Petrov, tenemos una emergencia —tocan a la puerta. Él no deja de mirarme—. Son los Ricardi, adelantaron la entrega de la droga para hoy. Alguien les sopló nuestros planes. El señor Leonardo Simone estaba de camino a Sicilia, por lo que debe tomar las decisiones usted ahora.

«Debe tomar las decisiones usted…». Un bofetón de realidad me golpea. Me quedo con eso. Me separo y mis ojos arden. Él ya no me mira, retrocede, apartándome para luego irse mientras mi mente se nubla.

El sonido fuerte de una alarma de emergencia se activa, lo cual indica a los *soldati* que deben reunirse y a los habitantes de la mansión que tienen que refugiarse en las catacumbas secretas como medida de precaución. Por lo tanto, tengo que salir ya de esta habitación sin que me vean.

Abro la puerta lo más rápido que puedo. Gente va y viene de aquí para allá. Veo a lo lejos a Cyra tratando de reunir al personal para llevarlo bajo tierra y es entonces cuando me cuelo a la fila que forman los empleados.

—¡Rápido! —grita uno de los escoltas—. ¡*Soldati* aquí, inservibles abajo!

«Inservibles». Es así como les llaman a aquellos que no aportan con su fuerza o no saben disparar un arma.

Me doy cuenta de que estoy en pijama y me hago a un lado cuando la zona ya está libre, pero mi corazón se paraliza cuando me topo con los ojos de Lion.

Su mirada recorre mi atuendo de arriba abajo. No me dice nada, tampoco le hablo. El griterío aumenta así que lo ignoro y doy media vuelta hacia mi habitación para cambiarme.

Esta vez no me quedaré quieta. Es una emergencia y busco mis armas. Nadie sabe qué sucederá ahora que los planes cambian, lo cierto es que se empieza a desplegar una ola de *soldati* armados y tengo que estar presente.

—Nuestra armada sigue un protocolo: atacamos de frente, no nos escondemos como cobardes —asevera Lion, discutiendo—. Los Ricardi han adelantado una entrega importante de droga. Están acorralados, se verán amenazados si desplegamos toda nuestra gente en campos abiertos y lo que pretendes hacer es inaudito. Tenemos que usar a todos nuestros hombres, no cuatro gatos que no lograrán intimidarlos.

—Este clan acciona míseramente y la emboscada no se ve clara —le contesta Adrian solo por fastidio—. Será a mi manera, punto. ¡Guardias!

—Señor…

—Preparen lo que les pedí, ahora.

—¡No eres quién para tomar decisiones! —dice Lion, exaltado.

—¿Y tú sí? —pregunta Adrian, menospreciándolo.

—Soy el consejero de la dinastía, la mano derecha de Leonardo Simone.

—¿Cuántas veces han vencido estando bajo tu mando, Lion? ¿Una? ¿Dos? ¿Nunca?

Lion se queda callado.

—Los perros son perros siempre, así que no te metas en tierra de lobos. Las cosas cambiaron desde que pisé esta casa y es simple: o te acostumbras o te saco de mi camino.

Su pedantería es evidente. La ira se le queda a Lion atascada en el pecho mientras los *soldati* siguen las órdenes de Adrian, embelesados por el poder que emana.

Es un tipo precavido, debo aceptarlo. No comparte sus estrategias ni decisiones, solo acciona haciendo lo que se le venga en gana, ordenando en grupos a los *soldati*, dejando resguardos aquí y nadie sabe qué demonios pretende.

—¡Los quiero a todos fuera ya! ¿Qué están esperando?

—Yo también voy a pelear —suelto, siendo la única mujer en medio de todos esos matones.

Voltea. Sus ojos parecen quemar cuando miran los míos y a mi escote.

—No necesitamos aprendices —espeta.

—No veo a ninguna aquí, si es lo que te preocupa.

—Tu cadáver sería un estorbo.

—Te voy a callar la boca, así que es un reto. Si regreso sin una bala encima, pediré lo que quiera. Si me hieren…, aceptaré el castigo que impongas.

—Que te vean ahí sería un error, Bianca —Lion se mete, echando chispas—. Es peligroso que vayas.

Los ojos de Adrian parecen fulminarlo cuando me toma del brazo.

—Me la deben —me zafo y tomo un pasamontañas, mostrándolo antes de guardarlo en mi bolsillo—. No sabrán quién soy. Ellos atacaron primero. Es mi derecho.

Los autos están listos para salir por los ductos secretos. Villa Regina siempre está vigilada y despertar sospechas ahora no es una buena idea, teniendo en cuenta que vamos a una emboscada, por lo que hay sitio para todos en los vehículos, menos para mí y…

—Entra —ordena Adrian.

Está cerca de la puerta. Se saca la chaqueta que lo cubre y me erizo al verlo con ropa tan apretada, por lo que entro a la parte trasera del auto mientras otro guardaespaldas va de copiloto.

—Todo listo, señor.

—Sabes lo que tienes que hacer. Y no quiero errores.

Hablan en clave entre ellos y me doy cuenta de que vamos hacia una especie de muerte anunciada. Respiro lento mientras observo cinco camionetas con guardaespaldas, francotiradores y hombres de los Simone que nos siguen. Algunos desaparecen por las calles, otros simplemente van en el camino regular. Todo se resume en una misión extremadamente peligrosa de la cual, de alguna manera, desconfío.

Las horas pasan y sé que estamos llegando a caminos peligrosos, la tierra parece colarse por las ventanas. Italia es una zona de mafias y tiene áreas donde las organizaciones criminales suelen hacer emboscadas. La muerte de mi padre ya ha causado suficientes conflictos internos.

Se siente la incomodidad, no por el hecho de no hablar mientras ellos trazan sus planes, sino porque cada vez que levanto la vista, veo por el retrovisor cómo sus ojos se posan en los míos, quemándome y esta incongruencia me tensa. ¿Qué diablos está pasándome?

Hubiese jurado que iba a besarme hace horas. Juraría que iba a corresponderle. Juraría que me sentí caliente cuando estábamos cerca de una cama, pero no, Dios, es mi más grande enemigo y lo odio con todas mis fuerzas.

La confusión aún ronda en mi cabeza, sobre todo porque no me puso en evidencia cuando pudo hacerlo.

—¿Armas listas?

—Listas, mi señor —contestan todos al unísono.

—Estamos a metros de una vieja carretera por la que vamos a entrar —dice uno de los *soldati* —. La entrega será en los alrededores, ya hay gente de los Ricardi ahí. Los hombres están en su punto para atacar. ¿Cuál es la orden?

Sus ojos están clavados hacia adelante. Va en completo silencio cuando, de pronto, el auto gira abruptamente, desviándose hacia otra dirección y, al escucharse la primera bala, entiendo

todo: nos han descubierto.

Una balacera mortal se desata en segundos, matando a los dos hombres que iban conmigo atrás, mientras la mano de Adrian se estira, obligándome a bajar la cabeza.

—¡Abajo! ¡Ya!

Siento el olor a pólvora. El guardaespaldas que va de copiloto saca el cuerpo por la ventana y dispara mientras nos abrimos camino entre los senderos para escapar y yo me pongo el pasamontañas al mismo tiempo que el auto frena.

—¡No salgas del auto! —me ordena Adrian.

Observo lo que podría ser la hazaña más peligrosa en el mundo criminal: disparos en ráfaga.

Las balas alcanzan al copiloto. Adrian se enfrenta solo con más de veinte hombres que tratan de acercarse y, maldita sea, les parte el cráneo a golpes. Observo cómo el enemigo cae uno a uno. Su sangre moja la ropa de Adrian, sus manos están llenas de tierra y él no deja de luchar mientras observo cómo otro soldado corre y se acerca.

—Salga —dice jadeando cuando llega hasta mí—. Venga conmigo, señorita. ¡Rápido!

Trae uno de los distintivos de mi padre, *«la insignia del águila»,* el uniforme, el arma grabada y me parece haberlo visto antes. Lo conozco, pero no sé de dónde, por lo que accedo tomando su mano y…

—Señor…

El soldado lo mira serio y Adrian le mete una bala en la frente.

—¡¿Qué haces?!

—¡Te dije que no te movieras del auto!

Toma mi muñeca, obligándome a caminar.

—¡Suéltame!

—Camina.

—¡No! —me suelto, y veo los más de veinte cadáveres esparcidos por la tierra—. ¡¿Es esta tu emboscada?! No hay plan contra los Ricardi, ¿verdad? Fueron tuyos. ¿Vas a matarme? ¿Es eso?

—No tengo tiempo para explicarte nada ahora. ¡Camina!

Ocurre una explosión cerca de nosotros. El calor y la tierra me hacen soltar una exhalación profunda, por lo que no me doy cuenta cuando me toma del hombro mientras trato de defenderme.

—¡No!

Va a matarme.

Empieza una lucha cuando trato de inmovilizarlo, pero es él quien lo hace, dándome una palmada en la nalga para callarme hasta que me esconde tras una roca gigante.

—¡Shhh!

—¡Cómo te atreves!

—¡Silencio!

Jadeo levantando la cabeza, mirando cómo todo sucede en cámara lenta: los nuevos hombres que salen de sus escondites, las balas, el fuego, la explosión de nuestro auto y solo endurezco el rostro mientras Adrian me aprieta.

—Quédate quieta —pone su brazo alrededor de mi cuello y con el otro sujeta mi cintura—. No son los Ricardi. No llevan tatuajes de serpientes. Esto es una jodida trampa contra los Simone. Y los tuyos han tenido que estar coludidos, incluido el hombre que te dijo que salieras del auto.

—¿Cómo?

—Nadie más que los Simone sabía de esta emboscada planeada por tu tío para debilitar a los Ricardi.

—Imposible. Mi gente los odia a muerte. Jamás trabajarían para ellos.

—No toda «tu gente» es realmente tu gente, niña. Tienen espías dentro.

Cinco autos arremeten de repente, por lo que nos agachamos y tomamos nuestras armas.

—Policías —susurro.

Se ve claramente cómo llegan al punto sin preocuparse por los cadáveres. Los ven y por sus rostros es como si ya lo hubiesen sabido. Algunos gritan, pateándolos, otros miran a los alrededores buscando sobrevivientes, soltando paquetes de droga, montando un operativo mientras escondemos nuestras cabezas.

—Hijos de puta. Estaban coludidos también.

—Nicolini debe estar metido en todo esto.

—Imposible. La mafia siempre ha comprado a la policía en Italia. El general Nicolini aún tiene negocios con mi padre —contesto.

—Tenía. Ahora se vende al mejor postor para asegurar sus intereses, no está seguro de que el clan Simone le provea lo que necesita. Que tu padre no esté hizo temblar sus traseros y claramente una alianza con los Ricardi le viene mejor ahora.

—Matarme no les garantizaría más dinero de lo que inyectaba mi padre en sus negocios.

—No, pero teniéndote viva y en su poder, podrían negociar con otras mafias que solo quieren los diablos rojos.

Algunas avionetas parecen sobrevolar el área. Adrian maldice entre dientes y pide refuerzos, mientras más hombres del bando enemigo se suman a la búsqueda.

—Tienen sensores de calor, tarde o temprano detectarán nuestro escondite. Tenemos que movernos hasta que llegue el grupo de rescate.

Ahora entiendo por qué ha dividido al equipo. Si todos estuvieran aquí, no habría esperanza. Los músculos se le ciñen a la ropa cuando hace fuerza; carga municiones, granadas, y uno que otro cuchillo mientras da un vistazo en el área.

—Quédate aquí —ordena.

—¿Qué vas a hacer?

—Distraerlos o van a encontrarnos. Los refuerzos vienen en camino.

—No... —lo tomo del brazo—. No te vayas, por favor...

Qué mierda estoy haciendo.

Me quedo en silencio después de haberlo dicho.

Me mira cauteloso, su rostro sigue siendo frío y no dice nada cuando se queda después de sentir que la tierra tiembla. Hago caso a todo lo que dice, es un enemigo muy inteligente. Su puntería es acertada; su astucia, un prodigio. Dispara a una roca en sentido contrario para distraer a la policía y cuando ellos giran, actuamos.

—Tienes que correr, Bianca. ¡Ya!

Aprieto los dientes.

—¡Ahora!

No siento las piernas cuando el grito resuena porque ya estoy corriendo. La humareda que provoca la explosión de la granada me enceguece y, aunque intento recomponerme, el ardor en mis ojos es muy fuerte, por lo que me pierdo en medio del descampado hasta que...

—Aquí —me agarra de la mano y la electricidad que produce su contacto en mi cuerpo es más intensa que el propio estremecimiento de la tierra.

No me suelta, aunque estoy agitada y me cuesta seguir su ritmo. Aguanto la desesperación apretando el diafragma. Estoy cegada, pero las voces enemigas se escuchan cerca y mis piernas se aflojan junto a las suyas mientras las balas caen a nuestro alrededor.

—¡Rápido!

Adrian frena para disparar, derriba a tantos enemigos como puede antes de volver a correr. Los refuerzos llegan en cuestión de segundos, y se desata una intensa batalla a corta distancia. *Soldati* del clan Simone y policías luchan a muerte, pero incluso después de que logramos escapar, todavía hay helicópteros que nos persiguen y disparan.

Mierda, van a darnos un tiro.

Me agarra de la cintura, cambiándome de posición para dispararle al piloto de uno de los helicópteros, que cae. Sin embargo, son demasiados. Corremos a la deriva y empiezo a sentir el desespero apoderándose de mí, no puedo respirar, siento mi pecho contrayéndose y...

—Un granero. ¡Entra ya!

Cierra la puerta de golpe, quedando apretado a mí, porque el lugar es pequeño. Mira por los agujeros de madera, estudiando la zona. Todavía se escuchan las aletas del helicóptero, voces lejanas que gritan pidiendo más tropas. Adrian saca su arma.

—Maldita sea. Me quedé sin balas. Dame tu arma.

No respondo.

—¡Tu arma! —dice irritado—. Ellos pueden regresar.

La presión se me sube a la cabeza cuando me mira con los ojos ardiendo. Mi arma es lo único que me protege; que se la dé implicaría quedarme completamente vulnerable, pero no puedo. Está… en un lugar que jamás imaginaría.

—Esperaremos a que se vayan —respondo nerviosa—. Lo solucionaremos.

La tensión apremia. Sus ojos bajan hasta mis caderas y nota que guardo el arma en mi ropa interior, por lo que entreabre los labios.

—Dámela. Ahora —suena como una orden.

—No.

—Entonces voy a tener que sacártela.

Siento una incontenible humedad entre mis piernas mientras las balas siguen sonando por fuera.

No bajo la vista, y él tampoco. Por el contrario, me empuja contra una columna, amenazante. Sus ojos fríos parecen encenderme por dentro, su aliento me vuelve loca, pero lo peor es su maldita arrogancia que me hace desafiarlo.

—Es tu última oportunidad, Bianca.

Observo cómo lucha contra su propia ira cuando su mano se desliza hacia mi zona más íntima, pero logro detenerlo. Forcejeamos, tomo su muñeca como puedo y él me presiona contra su cuerpo imponente, obligándome a levantar las manos mientras que, con la otra, sigue avanzando lentamente.

Miro sus ojos ardientes y traga saliva. Me desviste con la mirada y me aprisiona con su peso, dejándome sin posibilidad de moverme. Es inevitable razonar porque sus dedos helados traspasan mi ropa interior y…

—No… —digo, pero es inútil.

Su fuerza vence a la mía y me excito. Me tiene acorralada, presa, cautiva. Con el pulgar, asegura el arma y luego introduce su dedo entre mis pliegues, sin dejar de mirarme.

Exhalo fuerte cuando mueve sus nudillos en mi centro, como si el acto de tomar la pistola fuese eterno, y… oh, mierda. La respiración se me va cuando siento que mueve la punta del arma hacia mi clítoris.

—Podría disparar... —dice ronco, lentamente.

—Termina con lo que iniciaste hace horas: mátame —susurro en la punta de sus labios—. Siempre dices que vas a matarme y nunca haces nada. Cumple tus amenazas.

Sus ojos se oscurecen y nuestras narices se tocan.

—Soy el infierno, niña.

—Quémame entonces.

De un tirón, me aprisiona contra la madera…. Y mierda, qué rico. Me besa con hambre. Es

dominante con sus labios cuando me toma. Su lengua recorre hasta el último rincón de mi boca mientras se las arregla para sacar el arma sin quitar sus dedos.

«Esto está mal, muy mal. Detenlo, Bianca», pienso.

Pero la necesidad es más fuerte. La yema de su dedo sigue moviéndose en medio de gemidos que se deshacen en sus labios y mi cuerpo no puede dejar de incendiarse.

Caemos en la paja mientras por fuera nos buscan para matarnos. Su boca hace chupetones en mi cuello, haciéndolos sonar, dejando una marca que no me importaría que vean. Me toca como un loco, frenético y no puedo evitar erizarme al sentir cómo su lengua baja hasta mi intimidad.

Es un juego..., un maldito juego que va a dejarme muerta.



7.
SIN ARREPENTIMIENTOS

Adrian

Me la pone dura, tan dura que la siento explotar.

Su sabor es más rico de lo que podía haber imaginado. Su olor me desenfrena al igual que sus gemidos, por lo que la chupo mil veces hasta inflamar esos labios deliciosos, tocándola como si fuese una jodida sirena, sintiendo mi maldita erección desenfrenada por introducirse en ese culo que me juré no tocar, y heme aquí, como un loco.

¿Qué carajos estoy haciendo?

Aprieto sus nalgas con fuerza mientras mi boca la marca.

—¿Sabes todo lo que quiero hacerte, jodida arpía?

La miro y ella me mira excitada. Recorro sus pechos, su ombligo y su cintura con mi nariz por encima de la ropa antes de deshacerme de lo que queda del pantalón.

Sus mejillas están rosadas de vergüenza. Algo explota dentro de mí al sentirla empapada. La sed me domina, quiero saborear lo que mis dedos tocaron, lamer esos fluidos, llevar mi lengua por las profundidades de su canal y...

—Silencio… —suelto.

Joder. No ahora.

—¿Qué sucede? —me mira desconcertada.

Tomo su arma apuntando hacia la puerta y enseguida lo nota: hay ruidos. Se viste como puede mientras la polla me duele de lo dura que se me sigue poniendo.

—No te separes de mí —le digo.

Me sigue mientras retrocedemos hacia un hueco en la parte trasera del granero. El lugar no es muy grande, así que hay que tener cuidado. Los pasos se sienten cerca al igual que las voces que nos buscan y, apenas asoman la cabeza, disparo en ráfaga abruptamente.

La sangre salpica marcando las paredes mientras acabo con sus vidas. Solo tenemos minutos para correr y, cuando llegamos a la cima de una colina, esos ojos azules vuelven a mirarme como si hubiésemos quedado incompletos. Sus labios siguen hinchados al igual que los míos. Todavía

puedo sentir su sabor en mi boca, las ganas que tengo de partirla, tomarla en cuatro, tirar de su cabello mientras le doy duro, pero es… una locura.

Ella es la presa que tengo que cazar, la perra a la que voy a destruir. La única jodida mujer en el mundo que no puedo tocar, por lo que me aparto de golpe y me mira con desconcierto.

—¡Señor!

Un helicóptero acaba con esta agonía mientras los refuerzos llegan.

Son mis hombres camuflados. Debo tener mucho tacto al hablar delante de Bianca, que no deja de mirarme.

—Todos muertos —indica uno de ellos mientras el helicóptero toma vuelo y me ubico en el puesto de copiloto sin apartar mi vista del frente.

¿Qué demonios estuve a punto de hacer?

Deshago la idea en mi cabeza, enojado al sentir que por primera vez en mi vida tengo que contenerme con una mujer para hacer lo que me plazca.

No soy un hombre acostumbrado a limitarse con nada. Lo que quiero lo alcanzo, lo anhelo, lo tomo para mí y punto, pero ella empieza a ser una jodida ficha peligrosa.

Las noticias proliferan y en cada estación de radio se propaga el chismerío de un atentado contra la mafia. Como siempre, las fuerzas del orden se lavan las manos escondiendo sus verdaderas intenciones, los religiosos —que también son cómplices de los negocios sucios— se golpean el pecho incitando a la no violencia. Un caos se forma en toda Roma, que sirve como cortina de humo para la policía. Todo me harta.

Mi humor empeora a medida que pasa el tiempo. Tengo que aguantar el hastío durante cuarenta minutos y ya ni el puro que me fumo aplaca mis ansias. Por el contrario, disminuye los niveles de paciencia que me quedan.

—El señor Leonardo Simone solicita su presencia —me informa Guido, mi hombre de confianza.

—No tengo ánimos para nadie.

El viejo de porquería es lo último que quiero ver ahora, por lo que no doy respuestas. Los guardias de los Simone se apresuran en grandes *jeeps* con armas cuando aterrizamos, mientras sacan los cuerpos sin vida de policías que mis hombres trajeron como recompensa.

—Habrá que hacer fiesta —sueltan algunos *soldati*—. ¡Vamos a colgarlos en la plaza!

Celebran dejando caer los cadáveres, apartándose mientras me quedo a solas con ella.

—Te heriste —dice Bianca con voz suave—. Necesitas que te curen el brazo.

—Deberías irte a descansar, niña.

Mantengo la mirada hacia el frente mientras camina a mi lado.

—Te matas diciéndome «niña», ¿y tú qué? ¿Acaso eres un anciano? No debes pasar de los veintiséis.

—La edad física no determina los años mentales, aunque tengo mis dudas contigo.

—No pensaste que era una niña hace rato.

Me resulta inevitable girar la cara en un impulso y ver esos ojos azules brillar como diamantes.

Jodida brujería.

—Era parte de tu entrenamiento.

—¿Besarme es parte de mi entrenamiento?

—No tenía opción, no podía callarte de otra manera. Necesitaba tu arma.

Las camionetas de los Simone se acercan.

—Regresé viva y sin una bala encima —asevera.

—Suerte de principiantes.

—Supongo que podrías cumplir tu parte del trato o seguir haciéndote el idiota.

Sus ojos me demuestran lo que quieren y la polla me palpita tanto como la sed que tengo de ella.

—Fue un error, Bianca. No me lío con niñas, sino con mujeres que no lloriqueen a la primera embestida. No eres alguien en quien pondría mis ojos.

Las llantas de los autos frenan de golpe levantando polvo. Hay cierta tensión en sus ojos mientras la voz del viejo Simone se alza, abriendo sus brazos con el mismo drama ridículo de siempre.

—*Meraviglioso!*

Sonríe y aplaude.

—Una de las muchas batallas que volvemos a ganar. Los Ricardi quedaron en ridículo con su estúpida trampa. La Hermandad nos verá con buenos ojos después del desastre que dejó Bianca en la noche negra. Les estamos mostrando que con los Simone nadie se mete. Hoy me han vuelto a demostrar que las mujeres no sirven para nada, solo para fornicar, porque son los hombres quienes dominarán el mundo.

Sus guardaespaldas ríen, dándole rienda suelta a su boca floja de cerdo demente.

—Esto tiene que celebrarse con una agradable orgía, y de cena: carne de nuestros enemigos asada, además de un delicioso vino de su sangre, un banquete transmitido en vivo para toda la mafia. ¿Qué te parece?

La broma no me gusta, por lo que dejo al infeliz vejete con la palabra en la boca y me largo hastiado de tanta mierda.

No soy ni su juguete ni su porquería para aguantarle las estupideces. Tampoco soy un hombre que vaya de a pocos, sino de frente, y la carga de este juego empieza a ser más pesada de lo que imagino.

*

Nueve y cinco de la noche.

Debería estar más tranquilo, pero han pasado más de diez horas y mi humor sigue yéndose a la mierda, a pesar de haber hecho ejercicio extremo, que es lo único que calma mi mente.

Manejo a ciento treinta kilómetros por hora por una de las carreteras de Roma. Desconecté el móvil hace horas. Al activarlo, noto que tengo más de tres llamadas perdidas, sin contar los interminables mensajes que se suman a la pantalla y que declino, porque solo hay uno que me interesa.

—Señor —espeta uno de mis hombres—. El trabajo está hecho.

—¿Sin huellas?

—Ni contemplaciones.

La foto del bailarín de mierda, el tal David, aparece en la pantalla. Lo maté y gocé desenfrenadamente al hacerlo. Mis hombres lo quemaron para desaparecer el cuerpo, pero lo que viene en el apartado es aún más interesante, algo que ya sospechaba.

—Tenía nexos con gente allegada a los Ricardi.

—¿Qué tan lejos llegó?

—No mucho, solo filtró información falsa de los Simone.

—¿Qué clase de información?

—Escritos falsos de los diablos rojos, incluso hasta llegó a ofrecer una planta que solo se cultiva en Villa Regina, pero nadie le prestó atención.

—¿Y el dinero?

—Todo se lo gastó, al menos lo de los bancos suizos hace más de seis meses. Lo único que quedó fue el efectivo de los hoyos que usted mismo destruyó. De todas maneras, la señorita Simone ya no tenía nada en el bolsillo, por lo que escapar le es más difícil ahora.

Pero no imposible.

—¿Han vuelto a subastar su cabeza?

—En todas partes, como siempre. Nadie le tiene fe como líder del clan que aún es el más peligroso de Italia, por lo que quieren eliminarla para quitarse a uno grande del camino. También encontré información que podría interesarle. Se la he enviado al dispositivo.

Por seguridad, se abre un mensaje en la pantalla de mi iPad con fotografías que, en menos de un minuto, se borran, pero que van a permanecer guardadas en nubes secretas con codificaciones que necesitaría ver en otro momento.

Es ella en distintas épocas de su vida. New York, amistades, vida personal, y por segundos me quedo pegado en una donde se le ve raramente normal e inocente cuando solo representa a un miembro más de la mafia.

Está criada para ser parte de este mundo y jamás podrá alejarse de ello, peor con lo que le ocultan.

Sus secretos son terribles. El tío tiene segundas intenciones, en algún momento saldrá a la luz lo que guardan. Terminará matándola. Y si no lo hace él, los Ricardi lo harán. De todas formas, su destino está marcado, pero... no por otros, sino por mí.

Porque yo seré quien apriete el gatillo. Me apropiaré de lo que necesito para que el golpe les duela. Hasta que se queden sin ego, orgullo ni valentía. Sin una sola pizca de dinero ni apoyo, tampoco aliados que les devuelvan lo que hoy en día presumen.

Pero… ¡joder! No puedo dejar de pensarla.

No debí besarla en la batida.

No debí pasar mis labios por su ropa interior.

Ni siquiera debí desnudarla con mis ojos.

—Compra todas las ofertas que haya por su cabeza.

—La suma asciende a millones, señor —dice Guido.

—No importa. Si tengo que pagar para que otros no se metan, lo haré. No quiero más metiches en un camino que me corresponde. Es mía.

Veo a lo lejos la cúpula de la iglesia donde se hacen orgías y ya no me interesa. Los músculos me pesan. Mi mal humor sube y me estalla la cabeza.

—Siguen los problemas, señor.

Mi mente vuelve al teléfono que sigue en conexión.

—¿Qué pasa?

—El anciano Simone ha estado preguntando por usted desde la mañana. Le pareció raro que saliera abruptamente y lo mandó a seguir. Tal vez debería venir. Pude escucharlo hablando con algunos espías. Sería contraproducente que sospeche en este momento.

En efecto, levanto la mirada y me doy cuenta por el retrovisor de que no estoy solo.

Son ágiles para escabullirse, pero no para alguien con entrenamiento. Podría perderlos ahora, girar el auto y divertirme un rato en carreras mortales, pero levantaría sospechas y por supuesto que el viejo Leonardo no es idiota. Está metiéndome más en sus asuntos, me gano su confianza cada día, pero aún desconfía de todos. Retroceder no es una opción para alguien que quiere terminar esto lo más rápido posible.

Me asfixia pensar en regresar a la Villa y tener que aguantar su maldito rostro. Giro mi auto rumbo a la mansión y me toma media hora llegar hasta los estacionamientos privados, siguiendo el mismo guion de siempre. Saben a dónde voy, sé lo que hacen, pero finjo ser nuevamente la máscara.

—El señor Simone solicita su presencia en la sala —me dice un sirviente bañado en sangre apenas llego—. Pidió que eligiera a cualquier concubina para pasar la noche.

Se escuchan gritos, algunos gemidos y puedo ver que son putas que lo rodean. Una de ellas me ve desde la ventana y ruega porque la escoja para que ya no la toquen, pero mi atención se pierde cuando el rabillo de mis ojos advierte una sombra y luego un ruido que no viene de adentro.

—¡Suéltame!

Es ella. Pero nadie se acerca.

Los sirvientes se hacen de la vista gorda, largándose. Las concubinas siguen en lo suyo. La mujer que me ruega para que la elija me enseña el trasero y no puedo quitar la vista de Bianca.

Ella forcejea en el jardín con Lion, quien le da batalla tratando de inmovilizarla, pero no se deja. Pelean y él la toma del cuello. Trata de arrastrarla y, en un movimiento rápido, le levanta la mano para golpearla, pero la mía atrapa su brazo con fuerza.

—No te atrevas.

Mi cara arde. No soy dueño de mí cuando este tipo está cerca. He querido romperle el hocico desde hace días.

—No te metas. No es tu asunto, ya te lo dije.

Me amenaza como si su mísera manito pudiese tocarme.

—¿Quién carajos te crees?

—Mira, recién llegado, en esta casa hay reglas que se cumplen. Y quien no lo hace tiene que pagarlas.

—¿Y desde cuándo los míseros sirvientes tienen derecho a opinar?

Lo tomo del cuello.

—Cuidado con tus malditas palabras que no estás frente a simples peleles. Estás frente a quien te va a romper el hocico si vuelves a desafiarme. Si digo que no tienes derechos, no los tienes y punto. ¿Lo entendiste? ¡Fuera de mi vista!

Las yemas de mis dedos se hunden en su carne y se agarrota, sabiendo que podría matarlo si quiero.

Hay celos contenidos en esa mirada, ira que no se aplacará tan fácilmente. Sin embargo, actúo pensando con la cabeza. No le puedo dar motivos al viejo para sospechar. Mi palma se abre dándole segundos para que se largue antes de que me arrepienta y, como buen cobarde que es, lo hace.

La tensión hace que las criadas escondan sus rostros tras las ventanas. Los guardias giran la vista, al igual que ella, quien evita mirarme, tratando de tragarse las lágrimas. Me causa extrañeza verla vulnerable cuando solo me ha mostrado su actitud defensiva.

No es capaz de seguir, por lo que guarda algo en el bolsillo y se va sin dar más explicaciones. Algo en mí se enciende.

—Tú —llamo a uno de mis hombres.

—Señor.

—Síguelo. No quiero ver a ese tipo cerca.

Asiente haciéndose invisible mientras ordeno también que otros activen las cámaras del pasillo de la habitación del maldito para no perderlo de vista.

Tras algunos minutos subo la mirada y noto la luz cálida de un cuarto frente al jardín. Algo se queda atascado en mi garganta.

Debo estar demente, pero esta sed no va a pasar tan fácil si no me sacio como quiero.

Tengo ganas de una hembra prohibida. No de cualquier puta de burdel que finja verme como si nunca hubiese visto una polla, ni de una vieja que me la chupe decentemente, sino de una maldita mujer que no he podido sacar de mi cabeza desde el primer día. Trago saliva exasperado, estoy a punto de explotar. He estado a punto de explotar desde hace mucho.

No me saco de la mente sus labios, su sabor, el olor de su perfume.

Joder, debo estar demente.

Levanto la mirada nuevamente y cada quien está en lo suyo. Esto solo acabará de una manera..

Mis pies actúan en automático cuando entro en la mansión. Manipulo algunos sistemas de inteligencia desde mi móvil. Los asquerosos sonidos del cerdo Simone todavía se escuchan en la sala. Sin embargo, el pasillo está sin gente, pues cada que el viejo tiene una orgía, todos se largan.

El último escalón se siente caliente cuando llego al segundo piso. Me detengo en el centro del pasillo. Noto una luz tenue. Escucho un ligero sollozo que me cabrea: claro, profundo, embriagador, al igual que los pasos que voy dando hasta llegar a su habitación y verla frente al espejo.

—No quiero pelear —dice, cuando me ve entrar—. En serio, no tengo ganas ahora.

El cabello le cae hacia un lado del cuello, donde lleva mi marca. Se limpia las lágrimas al sentir que no me muevo, por lo que gira furiosa y, con ese movimiento, las tiras de su top rojo caen, sin que pueda apartar mis ojos de ella.

—Mantente lejos de ese tipo —suelto.

—¿También de ti? Al final, todos son lo mismo. Todos piensan que pueden pasar sobre mí, cuando no voy a permitirlo nunca.

La playera que llevaba encima hace minutos está tirada en el suelo y agradezco que ese imbécil no haya visto esos pechos redondos que son claros a mi vista. No lleva sujetador, nota que la miro y sus pezones se erizan, al igual que sus mejillas cuando ficho el *short* azul que moldea su trasero.

—Será mejor que te vayas —susurra, pero cierro la puerta de un tirón y se congela.

Me acerco sin decir una sola palabra. Le levanto el mentón con un dedo mientras que, con el

otro, puedo sentir su labio aguado, temblando y sus ojos brillan cuando lo chupo.

—Adrian…

—Silencio.

Mi pulgar explora su boca. Sus ojos azules se avivan. El deseo contenido se nota en el aire, en la voz, va a decirme algo pero se escucha un ruido que provoca un apagón en toda la casa. Se aterra.

—¿A dónde vas? —pregunto, con la voz ronca.

—Hay un apagón, hubo un tiro…

La linterna que enciende en su móvil muestra su cara de asombro cuando bloqueo su paso.

—¿Qué te pasa? —insiste— ¿No estás escuchando que hubo un…?

Entreabre los labios, dándose cuenta de que fui yo quien provocó el apagón.

—Vine a cumplir mi parte del trato. Te tendré para mí toda la puta y rica noche —murmuro cerca de su boca.

Jadea.

—Solo te advierto una cosa, niña: no podrás volver a sentarte.



8.
EN LA BOCA DEL LOBO

Bianca

Lo último que dice provoca que todo en mí se vuelva un caldero.

Sus ojos se oscurecen, mi sexo hierve cuando me lleva contra la pared y devora mi boca con violencia.

Estoy embarrándome. Embarrándome completamente en este juego sin retorno.

Su sabor es deliciosamente peligroso, aún más la sensación de sentirme cautiva cuando sus manos me tocan. Sus dedos suben lentamente por mi entrepierna, desabrochando el cierre de mi *short* hasta que descubre que estoy sin ropa interior y…

—Eres una niña mala —murmura—. No seré bueno. No quiero una chiquilla esta noche. Quiero a una mujer que aguante todo como yo quiera.

—¿Sin reglas?

—Ni juegos. Ni llantos. Ni quejaderas. Conmigo es todo o nada, Bianca Simone. Y voy a darte duro.

Arranca el top de un tirón y siento mis piernas flaquear cuando me quedo totalmente desnuda. Nunca me he intimidado con la mirada de ningún hombre, pero sus ojos hambrientos encienden mis mejillas. Gimo al sentir cómo su boca juguetea en mi cuello, cómo la punta de su lengua recorre mi piel hasta llegar a mis senos y los chupa. Uno a uno sin dejar de mirarme.

—Qué rico sabes, niña.

Su mano baja lentamente hacia el sur mientras su boca vuelve a mí y sus ojos se oscurecen.

Jadeo cuando hunde sus dedos en mi sexo. Mi humedad delata las ganas que le he tenido desde el primer día. Frota mi clítoris y suelto un gemido cuando aumenta el ritmo. La sensación es agonizante. Mi cuerpo se estremece bajo su tacto, bajo su lengua criminal en un beso salvaje, siendo imposible respirar por el impacto.

Se arranca la camisa entre besos y lo único que quiero es tocarlo. Es un hombre imponente. Su altura, sus brazos, su fuerza. Podría deshacerme en sus músculos cuando me aprieta. Mis manos tratan de acariciar su pecho lleno de cicatrices, pero de un solo tirón las aparta.

—En el sexo yo pongo mis reglas —ordena y saca mis manos de su pecho.

Mis dedos temblorosos caen hasta el cierre de su pantalón y ¡Dios!… El bulto es tan grande que me deja la boca seca.

Lo miro totalmente excitada y trato de recomponerme.

—Tócala —acerca mi palma por encima—. Siente lo dura que se pone.

Las yemas de mis dedos recorren su extensión y no puedo imaginar lo que es verla por completo sin ropa.

Se siente como un hierro caliente, un bulto que parece explotar cuando lo acaricio hasta que se oyen pasos en el pasillo que nos alertan.

Lo miro angustiada. Es Lion que grita, pero Adrian no le da importancia. Vuelve a besarme como si no le preocupara si nos ven cogiendo, así que entro en pánico. Corro hacia la puerta para cerrarla con llave, tropiezo y me toma de la cintura. Los dos caemos al suelo.

—Dije: bajo mis reglas —gruñe.

Me enseña los dedos que palparon mi sexo, todavía empapados de mis fluidos, y se los lleva a los labios, haciendo el ademán de silencio.

Los chupa… lentamente. La cara se me pone roja mientras el ruido nos regresa a la realidad y, en menos de cinco segundos, rodamos bajo la cama con el corazón al límite.

—¡Suélteme!

Lion abre la puerta y se queja de alguien que lo retiene. Agradezco al cielo que mi cama sea alta y que las sábanas que cuelgan de ella sean lo suficientemente largas como para escondernos.

Maldigo el hecho de que nos pase esto justo ahora.

Adrian está detrás de mí, su mano cubre mi boca y me derrito cuando su miembro duro se soba en mi trasero mientras Lion, Cyra y otros sirvientes entran a la habitación.

—¿Dónde está? —suelta Lion—. ¡No está por toda la casa! ¡Ni ella ni el infeliz ese!

Quiero reír de los nervios. Estoy terriblemente excitada, húmeda, caliente. No puedo respirar cuando su mano libre me acaricia y juguetea con mi sexo, mientras los otros caminan cerca.

—¡Dígame dónde está de una maldita vez! ¡Sé que ustedes lo saben!

Soy un manojo de ansiedad cuando bordean la cama y, en ese maldito momento, puedo sentir cómo Adrian se baja el cierre para deslizar la punta de su miembro entre mis piernas.

No…

Me congelo al percibirla en mi ingle. Los latidos de mi corazón aumentan. Entreabre mis piernas rozando la polla hasta llegar a mis pliegues y mis fluidos la empapan. Frota su punta de sur a norte y no lo soporto. Muevo mis caderas queriendo encajarla e introduce un dedo en mi boca para acallar mis gemidos.

—¿Escucharon algo? —dice Lion y el corazón se me paraliza.

—La señora Cyra dice que debe haberse refugiado en un bungalow por precaución, señor Lombardi.

—Como estés mintiendo, sirvienta de mierda, no tendré piedad contigo —amenaza Lion.

No se escucha otro sonido, por lo que entiendo que mi nana debe estar haciéndole señas a la mucama que la traduce. Segundos después, se van dando un portazo y mi ansiedad aumenta al sentir que Adrian se separa de mi cuerpo.

Lo sigo con la mirada, aún debajo de mi cama y veo cómo sus pies se acercan a la puerta. Intuyo que le echará llave, pero no se mueve, por lo que brinco hacia arriba, pero está oscuro. Han apagado incluso las linternas del jardín, también las luces infrarrojas de las cámaras de seguridad, así que la noche es completamente negra.

Encuentro el móvil para alumbrarnos y sus brazos me tiran a la cama. Al proyectar la luz sobre su cuerpo, lo veo como un demonio caliente y mis ojos recorren su figura escultural, mientras mis labios se entreabren de golpe.

Está desnudo, con una erección kilométrica: grande, gruesa, llena de venas hinchadas. Mi sexo late, no sé si por el pánico o por lo rico que se pone.

—Mírame —ordena.

Sus ojos grises se clavan en mí cuando me abre las piernas.

—Tomas pastillas, lo sé, porque no pienso forrarme contigo. Te voy a llenar de mí esta noche.

De un empellón, se hunde de golpe.

Separo los labios al sentir el impacto, sabiendo que no puedo gemir muy alto. Empuja más para que quepa todo y me cubre la boca con su mano cuando mi voz se queja.

Me va a matar, es demasiado grande. Encaja todo en mí casi forzándolo y duele, pero… mierda, qué rico.

Empieza a moverse fuerte, cogiéndome como nunca. Me inmoviliza contra la cama cuando sus caderas golpean contra mí brutalmente. Mis gemidos se ahogan en su mano, mi cuerpo se consume bajo sus empellones.

—Hace cuánto no tienes sexo… —reniega y pone mis piernas en sus caderas.

Adentro, afuera, adentro con fuerza. El sonido de nuestros cuerpos es criminal. Su ritmo sube sin piedad y llega un punto en el que ya no soy consciente. Jadeo queriendo respirar, soltando gritillos mientras el placer se desborda y, cuando pienso que no puede llenarme más, lo hace.

Parece que crece dentro de mí y lo siento desgarrarme. Sus testículos rebotan en la parte baja de mis nalgas, duro, y ese sonido me vuelve loca.

—Dime qué quieres, Bianca —su voz ronca y ahogada me fascina.

—Más —respondo, como si me suicidara.

Un cosquilleo enciende mi interior y el deseo de no parar es mayor, por lo que me gira, obligándome a ponerme en cuatro.

Su gran mano sujeta mi nuca mientras me folla. Mi rostro se golpea contra la cabecera de mi cama una, otra, y otra vez, sintiendo oleadas de placer que me desbordan.

No puedo evitar sentir que me quiebra. La cama parece caerse por los embates. El sudor me empapa por completo hasta que me contraigo.

Voy a llegar y no quiero que acabe, pero me deshago por completo, ahogando el grito en la almohada.

Nos corremos con fuerza.

Dios…

Siento cómo se derrama a chorros cuando estoy en la quinta nube. Mis piernas están empapadas, las caderas las tengo adoloridas, al igual que mi intimidad que arde cuando se sale de mí, tumbándose al otro lado sin hablarme.

El silencio cubre la habitación por completo mientras recuperamos el aliento. No tengo idea de cuánto tiempo pasa hasta que vuelvo en sí, pero cuando giro la cabeza, sus ojos se mantienen fríos.

Me siento extasiada, complacida e intrigada por este hombre que se levanta sin dar más explicaciones.

—Hay mucha gente en el pasillo como para que te muestres ahora, deben estar buscándonos —susurro mientras percibo ruidos por fuera.

El dolor sigue palpitando entre mis piernas.

—Lo sé —es lo único que responde mientras el reflejo del móvil me deja verlo desnudo y de espaldas de nuevo.

Hace mucho no tenía sexo. Y nunca lo había sentido como ahora.

Con el corazón acelerado siento todavía los estragos del placer.

Perdí la virginidad con pinzas a los catorce años. Padre no quería que sintiera ningún tipo de apego por un hombre porque, según él, debía ser una mujer sin ataduras emocionales, así que una ginecóloga se encargó del asunto para romper el mito de la «primera vez, el primer amor», que implicaba un «mientras más fantasías elimines de tu cabeza, más fría te haces al mundo» y la experiencia fue extraña.

Desde ese día, ningún tipo de acto sexual me impresionaba…

Hasta ahora.

Me muerdo el labio al ver cómo recoge su ropa. Nunca me había corrido como hace minutos. Nunca me había gustado hacerlo tan sucio con alguien. Nunca había sentido este frenesí desbordante porque alguien se corra dentro y odio pensar que fue con mi enemigo.

—¡Eso es mío! —digo, parándome rápido, envuelta en una sábana al ver que toma el collar de rubíes que guardé en el bolsillo de mi *short*, y que se cayó al suelo.

—¿Por esto te fastidió ese imbécil?

—Sí… Lo tomé del despacho de mi tío. Lion lo vio y quiso golpearme. El collar era… de mi madre. Es el único recuerdo que tengo de ella. Lo que mi mente conserva como cierto apego,

pues tal vez algún día me quiso.

Trato de no liberar emociones.

—¿Lo ha hecho antes? ¿Te ha lastimado?

—Eso ya no importa, siempre amenaza con lo mismo. Me levanta la mano como si pensara que le temo. Es un idiota, como todos los hombres que no saben cómo domar a una mujer, por eso tratan de atacarla por su lado más débil.

Tensa la mandíbula y puedo ver arder sus ojos.

—Él no volverá a tocarte, tienes mi palabra. Lo mataré si se atreve.

Sonrío. Trato de quitarle el collar, pero me lo impide.

—Creo que eso es mío.

—¿Por qué debería dártelo si podría destruirte de esa manera?

—Porque sería más interesante dejar de perder el tiempo en pelear, al menos por esta noche.

Me empino, rozando su nariz.

—En cuanto se largue esta gente me voy —reniega en mis labios, con esa frialdad que me prende.

—No te vayas. Dijiste toda la noche... Cógeme de nuevo.

*

Los rayos del sol se estampan en mi cara y despierto intempestivamente. Maldición, ya es de día. Estoy desnuda, envuelta en sábanas y apenas termino de abrir bien los ojos. Lo que pasó ayer arremete contra mí con fuerza.

Me duele todo. Moverme es un suplicio.

Me muerdo el labio como una estúpida, armándome de valor para levantarme, y compruebo frente al espejo que estoy hecha trizas. Tengo los senos, el cuello y la parte baja de mi abdomen llenos de chupetones. Mi intimidad está roja por el sexo duro de toda la noche. Me corrí tantas veces que llegué a orgasmos que nunca había sentido en mi vida, en poses extrañas y deliciosamente interesantes cuyo recuerdo me estremece.

Ni siquiera me reconozco. No debería seguir pensándolo.

Me doy una ducha, maquillo con base las marcas que me dejó en el cuerpo y me visto rápidamente solo para llegar al desayuno. Pero cuando quiero salir, mi nana me sorprende tras la puerta con la mirada seria. Esquiva el abrazo que le quiero dar, pasa y solo puedo intuir que está molesta.

—*¿Cómo pasaste tu noche, Bianca? ¿Entrenando con ese hombre?*

Mierda, lo sabe. Y cómo no iba a saberlo. Entró a mi recámara para salvarme de Lion. La observo fijamente tratando de engañarla, pero es inútil. Me sigue mirando como si fuese una

zorra a la que hay que echarle agua bendita.

—Gracias por lo de ayer, nana.

—¡¿Y encima tienes el descaro de aceptarlo?!

Se horroriza.

—Te ves como... si te hubiese gustado.

—¿Qué quieres? ¿Que sea una perra hipócrita? Prefiero ser una perra sincera. Me gustó cogérmelo —bromeo.

—Dios mío —hace un ademán dramático—. *Lo que haces es muy peligroso, Bianca. Ese hombre está aquí para destruirte.*

—Sabes muy bien que jamás me he permitido vivir lo que quiero y esta fue una decisión que tomé porque quise. Y como sé que eres de las antiguas, no te voy a dar detalles de su gran polla.

—¿Qué? ¿Qué es eso de… polla?

Se horroriza y suelto una carcajada. Es lo más cercano que tengo a una madre. La amo, pero a veces no soporto su mente cerrada y no puedo negar que me fascina molestarla.

—¡No puedes tomar esto como una broma! Te acostaste con tu enemigo. ¡¿O es que no lo entiendes?! ¿Dónde quedaron tus ganas de escapar?

—Mis planes siguen en marcha y no cambiarán por nadie. Lo último que necesito es que me regañes ahora —digo, impaciente—. Lo que pasó me encantó y punto, así se va a quedar.

—Da gracias al cielo que Lion no se dio cuenta de nada. Se veía furioso.

—Discutimos, quise recuperar el collar de mi madre y me quiso golpear.

El rostro de Cyra palidece.

—Los celos empiezan a afectarlo.

—¿Celos? Ese tipo está demente.

—Lion ha estado enamorado de ti desde siempre, Bianca. No deberías provocarlo. Sabes que es la mano derecha de tu tío, un enfrentamiento con él significaría hacerlo con el mismo demonio y si llega a enterarse de tus planes…, todo habrá valido nada.

Decido dejar el tema, ya que mi humor es muy bueno como para amargarme con cosas que no controlo. El estómago me ruge como si no hubiese comido en siglos, así que opto por no decir nada más, solo me dirijo hacia la puerta, pero Cyra se interpone.

—¿Qué? Tengo hambre.

—Te traeré tu desayuno aquí. Tu tío sigue furioso por el apagón que hubo anoche. Además…, no quiero que veas a ese hombre.

Pongo mis ojos en blanco, levantando mis manos en señal de paz y opto por no darle la contra. Contengo una risa cuando tira de la puerta con un golpe. ¿Qué más da? Ella quiere evitar más catástrofes; en cambio, yo creo que es más excitante enfrentarlas si se sabe gozar el riesgo que venga.

Adrian

Mierda.

Termino de lavarme la cara mientras me miro en el espejo. ¿Qué demonios me pasa? ¿En qué carajos estoy pensando? Quiero volver a follarla.

Anoche no paramos. Esa niña no fue tan niña como pensé que sería en la cama. Proyectaba comérmela para quitarme el gusto, aunque tuviese que aguantar quejidos de principiantes, pero fue todo lo contrario: encontré a una loba insaciable.

Mi polla entró en su sexo de manera exquisita, a pesar de haberla sentido estrecha. Adoré ver su gran trasero chocar con mi piel. Me fascinó morder esos senos, venirme en ella en diferentes posiciones, y joder, esto es imposible.

—¿Señor? —dice uno de los guardias de Simone, tocando la puerta—. Lo esperan en los cuadriláteros.

—Estoy ocupado. No puedo ir.

—El señor Simone solicita su presencia con urgencia.

La poca paciencia que me queda se va a la mierda.

Los cuadriláteros son áreas mortales que creó la mafia Simone para divertirse con muertes y torturas. Hay competencias donde los miembros son invitados a presenciar las destrezas de los soldados que batallan para seguir sobreviviendo, o a veces para agradar al líder. Sus mentes retorcidas lo gozan. Pan y circo es lo que mueve a los italianos desde los tiempos antiguos. Apuestan extremidades de perdedores, se divierten mientras los descuartizan y, renuente, vuelvo a ponerme la máscara mental que tanto odio, a pesar de que no tenga ánimo para verle la cara.

Entramos en una especie de palco real, donde el viejo observa el espectáculo. Hay sangre, restos de sirvientes y putas que se sientan en sus piernas.

—La luz volvió en la madrugada, por zonas, pero no hay ningún indicio de riesgo en la mansión. Parece haber sido un desperfecto eléctrico, sin embargo, seguiremos investigando —escucho decir a uno de sus espías que, al verme llegar, se larga.

—Adrian, siéntate —el viejo sonríe—. ¿Quieres una?

Me ofrece una mujer como si fuese una cerveza. No respondo.

—Te hace falta un poco de sexo —acaricia la pierna de su concubina—. Nosotros nos divertimos hasta sin luz, ¿verdad, zorra?

—Claro que sí, señor —responde la chiquilla mientras se besan y tengo que aguantar el asco.

El espectáculo comienza con la llegada de los combatientes. El cuadrilátero es móvil, pero esta vez se mantiene en la tierra mientras los palcos colmados de gente de los Simone, separados hombres de mujeres, estallan en aplausos. Un balazo en el aire da inicio a la redada. Los

sirvientes empiezan a pelear como si de eso dependiera sus vidas, mientras Leonardo Simone enarca una ceja, divertido.

Hay hachas y cuchillos. Lion está sentado a un lado con la cara larga mientras corren las apuestas, y el viejo sonríe al ver cómo un débil sirviente termina ganándole a otro más fortachón en cuestión de segundos, después de que los guardias lo obligaran a tomar una especie de agua colorada.

Las palmas avasallan mis tímpanos. Los ojos del criado se tornan rojos cuando la gente lo aplaude y puedo notar que tiene un tic que no controla, al igual que la baba que le sale de la boca; entonces me doy cuenta: es adicto.

—Te presento a los diablos rojos —dice el viejo, orgulloso—; nuestra droga y mejor hazaña desde hace muchos años.

«Diablos rojos», observo con detenimiento. Es el último invento que dejó el padre de Bianca antes de morir, actual sustento de los Simone.

El hombre salta, extasiado. Camina como si fuese un gladiador y se le puede ver la cabeza un poco grande. Descanso mi espalda en la silla, analizándolo.

Sabía que Donato Simone era un demente y esto lo comprueba. Sus ambiciones vienen de los antepasados de la mafia, viejas costumbres que iniciaron los nazis con experimentos en críos y, por lo que sé, les siguieron los italianos después de haberse robado fórmulas y potenciado estupefacientes a su gusto.

—Funciona bien —comenta un científico—. El cuerpo cede a las exigencias del dominante; en este caso, nosotros. Son como animales. Con electricidad y torturas físicas logramos lo que queremos insertar en sus mentes, controlándolas por completo. El ser humano se vuelve violento, más vigoroso, y matar es lo único que anhela.

—Mi hermano siempre quiso *soldati* fuertes y dependientes. ¿Saben algo de los escritos?

—Aún nada —contesta el científico.

—No podemos seguir sin hallar las fórmulas —refuta el viejo—. El maldito se llevó sus últimos secretos a la tumba, incluyendo las patentes que estaba desarrollando. Solo nos dejó ripios.

—Todavía tenemos plantas madre en nuestros sembríos, mi señor —responde Lion.

—Pero eso en un tiempo acabará y ya hay rumores de que los diablos rojos quedaron obsoletos con la muerte del amo Donato, porque su sangre era el ingrediente secreto —comenta el jefe de los *soldati*.

—La droga funciona correctamente en las discotecas y bares del mundo. Millonarios la pagan potenciada para sus placeres. Dominamos el setenta por ciento de Italia y así seguirá, no se preocupe.

—No deberíamos descuidarnos teniendo a los Ricardi cerca.

—Los Ricardi no han logrado dañarnos en siglos de competencia, menos aun con sus estupefacientes insignificantes —refuta Lion—. El rumor que se filtró hoy es su intento desesperado por cubrirse después del ridículo de la batida. Ellos nunca aceptarán que perdieron.

—Y yo no voy a esperar a que un día lo hagan —dice Leonardo Simone y deja el trago a un costado—. Cultivamos la planta madre, pero no podemos seguir desarrollando actualizaciones en la droga. Hay que hallar pronto esos escritos. Es en lo que tienen que ponerse a trabajar todos.

La tensión es evidente para el anciano que enseguida cambia de cara cuando se hace notable su lado débil. Y mi atención estaría en ello si no fuera por lo que ven mis ojos cuando el humo de mi puro se esparce.

Bianca en el palco de enfrente, sentada junto a las esposas de los terratenientes que también son parte de la dinastía. Me mira y, automáticamente, se me endurece la polla. Lleva una blusa blanca que deja entrever el sujetador. Lo hace a propósito. Y no soy el único que la mira. Lion no puede esconder sus deseos.

—¡Señores! ¡Tenemos ganador!

Las palmas no dejan de sonar y en los próximos minutos todo concluye, pero la tradición de los Simone obliga a hacerlo con un barrido de balas que Bianca ofrece dar en el blanco.

—No quiero que me dejes en ridículo, espero que sepas lo que haces —dice el viejo y reniega cuando ella se acerca.

—Tú mismo pusiste a tu aliado más importante y maldito usurpador en mi camino, no deberías dudar de mí. Es un gran maestro —dice Bianca—. Debo aceptar que, a pesar de odiarlo, ayer me dejó destruida con… sus clases intensivas.

El viejo frunce el ceño y le quito el arma, dispuesto a terminar esto yo mismo.

—Dije que lo haría yo —ella insiste, poniendo su mano sobre la mía.

—Si le temes al peligro, entonces no juegues en ligas mayores.

—Hazlo conmigo.

Se pone delante de mí y la polla me palpita.

Está tomando mal el arma. La gente espera un espectáculo, una barrida de tiros que suelten cadenas atrapadas en una torre alta y mi paciencia se agota.

Su cuerpo aún se eriza cuando me roza. Los recuerdos de anoche vuelven a mí con violencia y casi podría escuchar sus gemidos.

—No sé a qué juegas, pero sea lo que sea no voy a tolerarlo —le advierto con un susurro en la oreja. A regañadientes, acomodo sus brazos con los míos.

—Si besar y follar es parte del entrenamiento, ¿por qué no podría decir que lo hiciste muy bien, Rambo?

Me arde la sangre cuando me llama así.

—Solo cumplí con mi parte del trato, pero no volverá a suceder.

—Las mentiras se pagan con besos.

—¡¿Qué tanta mierda esperan?! —insiste el viejo—. ¡Ya me quiero largar!

Su cabello huele a manzana. El contacto empieza a volverme… frenético.

Presiono sus manos en un empellón y mis dedos aprietan los suyos para que, de una buena vez, el disparo salga justo al blanco. La gente se levanta en aplausos.

—Lo siento —se le cae el arma. Nadie lo nota, todos están embelesados en el rito y se agacha para recogerla, poniendo su trasero en mi pantalón a propósito.

—No pases tus límites o... —la levanto de un tirón y sus ojos azules me miran.

—¿O qué, Rambo? ¿Vas a hacer que no me pueda sentar de nuevo?

—…Vas a arrepentirte. ¿En serio crees que una noche basta para tener contemplaciones contigo? El sexo no cambia nada. Y yo no soy un hombre que repita el plato.

La cara le cambia.

—Tienes razón, hay cosas que intoxican. Siempre se encontrarán prospectos mejores.

Algo en mí se incendia.

—Te quiero ver en el gimnasio en una hora junto a los *soldati*. Y a ver si te cambias de ropa que esto no es una pasarela.

—Me visto para mí, no para otros. Así me gusta. Si no te apetece, no es mi problema.

—En mis dominios usas lo que quiero. Te quedan cincuenta minutos, así que vete.

Sonríe, levantándome el rostro.

—¿Es eso o que no soportas que tu mirada se desvíe por otras partes? ¿A quién pretendes engañar? ¿A mí o a ti mismo?

Sus ojos me llenan de ira. Una sola mirada altiva de Bianca Simone me cabrea a niveles descomunales. Una sola vocal salida de esos labios me enfada sin importar lo que haga o diga, porque todo se resumirá en lo mismo. Querer follarla una vez más o darle un tiro.



9.
CUERDA FLOJA

Adrian

«Diablos rojos»: droga madre que siembran los Simone en sus tierras y que, gracias a su expansión, los ha hecho posicionarse como líderes en Italia durante más de treinta años.

Hoy, a punto de perderlo todo. ¿Causa? Desinformación sobre sus alcances. No cuentan con el conocimiento para seguir desarrollándola. El padre de Bianca, Donato Simone, murió sin revelar dónde estaba enterrado su laboratorio secreto, por lo que se empieza a doblegar su confianza y a caer sus ventas. Se hacen vulnerables en el gremio de la mafia por la información que se ha filtrado en todas partes.

Me lo repito una y otra vez, llevando el vaso de *whisky* a mi boca, complacido.

—Los rumores cada vez son mayores —comenta Guido—. El joven Erick hace un trabajo impecable. Los empieza a dañar como el cáncer; poco a poco y en silencio.

—¿Hiciste lo que te pedí?

—Por supuesto, señor. Las tierras donde tienen las últimas plantas que les quedan han sido infectadas, como me ordenó. Nadie lo notará porque será progresivo.

—Será suficiente hasta que tomen medidas desesperadas.

«Para llegar a donde quiero», pienso.

Guido disimula mientras el jefe de los *soldati* Simone llega para abrirnos camino, el cual lleva a las canchas de entrenamiento. Conocer sus movimientos ha sido una buena estrategia, ya que es mejor saber lo predecible que será el enemigo al defenderse, que tener sorpresas de ataque a último momento.

La armada Simone no es mala; de hecho, tienen francotiradores experimentados, *soldati* de guerra a los que les han lavado la cabeza, esclavos que terminan siendo buenos espías, municiones, armas, helicópteros, sistemas de última generación, pero no tanto como para impresionarme.

En cualquier momento, los Ricardi volverán a atacar, o los Simone a ellos, por lo que hay que guardar las apariencias. El entrenamiento físico de los *soldati* es parte de la farsa, sentarme a ver

cómo hacen algo medianamente bien es la labor que interpreto; sin embargo, ella ni siquiera ha aparecido.

—Tres vueltas más —ordeno—, y con dos malditas llantas encima.

—Háganle caso a su superior —grita Julian, el jefe de los *soldati*—. ¡Ahora!

El sinsabor vuelve a mí al pasar los minutos que se convierten en media hora. Me acabo lo que sobra de *whisky* en la botella, observando fijamente un punto, pero mi cabeza está en otra parte.

—El equipo ha mejorado mucho en estos días —Julian trata de congraciarse—. Tienen más resistencia, más viveza y destreza desde que usted llegó a integrarse.

Lo ignoro, presionando mi arma.

—¿Cuál será la próxima acción contra los Ricardi? —las manos le tiemblan y hace puños para que no lo note—. Dicen por ahí que andan tratando de influir en La Hermandad, esparciendo rumores sobre nuestras pérdidas económicas y que perdemos poder con los diablos rojos. ¿Qué le parecería si…?

—Traigan a Bianca —ordeno—. Y que se ejercite el doble de lo que lo hicieron los *soldati*. Es una falta grave que se me desobedezca. Ya debería estar aquí.

El rostro de Julian palidece.

—¿Cómo? ¿La señorita… Simone?

—¿Acaso hay otra?

—Pero… si ella fue a los campos abiertos en el sur por órdenes suyas.

—Yo no di ninguna orden.

El tipo parpadea, abriendo la boca. Traga saliva, sin saber qué decirme.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunto y algo en mí se inquieta.

—Bueno, lo que pasa es que… fue acompañada por el señor Lion —se sofoca—. Él… nos dijo que usted personalmente les dejó a ambos misiones de ataque a capos que se unieron al enemigo. Incluso se llevó un *jeep* todoterreno blindado de la casa.

Contengo la ira.

—Por favor, perdóneme. Yo pensé que…

Algo me calienta la cabeza. Algo que no puedo controlar y que empieza a exasperarme. Mierda, mil veces mierda.

La quijada me pesa como si fuese de hierro. Los *soldati* se mueven, el jefe al mando despliega a los sirvientes a buscar por toda la mansión, pero mis hombres son más ágiles; van hacia el área de seguridad de la Villa, sabiendo exactamente lo que tienen que hacer.

—Señor, estamos viendo las cámaras ahora —me pasan el iPad—. Salieron hace media hora.

—De mí nadie se burla. Inventar mentiras es una falta que no paso, menos la desobediencia.

—La señorita Simone no debió salir de aquí ni desplazarse sin permiso de sus superiores —se

exalta Guido—. Estamos en guerra, todos son sospechosos ahora, cualquier cosa podría pasarle. Si algún Ricardi la llega a capturar tendrían un arma para amenazarnos.

La cabeza se me nubla cuando tomo el Bugatti y manejo a toda velocidad, llevándome unos malditos cubos por delante cuando abren las rejas de la Villa. Puedo sentir que mis puños casi destruyen el volante. Mi pie empuja el acelerador y hace que el auto se convierta en una bala. Una sola idea se me clava en la cabeza: romperle el hocico a ese pelele.

El GPS especial que activé en cada patrimonio Simone me muestra que no van al sur, sino al centro. Lion activó una falsa señal del auto creyéndose inteligente, pero no contó con que yo domino cada terreno que piso a mi manera.

Es una jodida lacra que ha estado metiendo sus narices donde no debe. Investigándome en secreto, siendo cauteloso con movimientos que supe desviar y, aun así, sigue desafiándome como si su mísera mente pudiese competir con la mía.

Joder. Las imágenes mentales que proyecto me enervan. Lion miraba a Bianca con deseo, se frotaba la polla y fue tanta su desesperación que se largó a quién sabe dónde, seguro a masturbarse.

Lion Lombardi, asociado al tráfico ilícito de drogas, diamantes y mujeres. Todavía queda grabado el título en mi cabeza cuando recibí su informe. Treinta y cinco años, criado por los Simone desde los siete años. De padre y madre desconocidos, relaciones inestables. Perfil psicópata.

Tomaré sus putas bolas y las arrancaré de su piel. Aventaré su sucio cuerpo a los tiburones y luego me regocijaré viendo sus huesos destrozados. ¿Qué más da? A nadie le sirve.

Pasan veinte minutos hasta que el rastreador marca un lugar en las afueras de Roma. Mi mente no aguanta. Estaciono en una esquina, salgo del auto, sigo las indicaciones de mi localizador hasta que por fin los encuentro y…

La rabia emana por mis poros. Todos mis músculos se alteran cuando lo veo tocándola.

No mido mi fuerza cuando lo arrojo al suelo para caerle a puñetazos. El hijo de puta estaba encima de ella, forzándola con una mano en su boca, besándola, recorriendo sus piernas. Ella se aparta, mareada, al darse cuenta de la pelea.

Destruyo su rostro una y otra vez, sin piedad. Su nariz se desvía por la paliza cuando trata de defenderse. El infeliz intenta huir como un cobarde, pero no lo dejo. De un tirón, lo levanto para luego golpearlo con mi frente, barrer la tierra con su mísero cuerpo y patearlo como a una lacra hasta que le rompo el hocico.

—Adrian. ¡Vas a matarlo! —grita Bianca.

Estoy tan furioso que no mido mis fuerzas. Ya no importa si es el favorito del viejo, si le lame el culo o le adorna las pelotas. Lo asfixio con una mano y, con la otra, sigo destruyéndole la cara.

—¡Por favor!

Bianca me abraza por la espalda. Joder, ha vuelto a tocarme. Los músculos se me tensan. Intenta separarnos, pero le cuesta y cae a la tierra de un tropiezo. Trata de recomponerse, llevándose una mano al pecho, aún medio mareada y respirando hondo, con dolor. Me aparto de esa porquería cuando ella se pone en el centro.

—Vámonos —me dice—. Nos vamos a meter en problemas. Le partiste hasta el alma. ¡No sé si lo mataste!

Vemos cómo la gente se acerca, aterrorizada. Es una zona turística y el infeliz es salvado por la lástima ajena. Pronto, llega la ambulancia, la policía cerca el lugar, se arma un escándalo e incluso algunos empiezan a grabar con sus móviles. Bianca tira de mí como puede y tratamos de pasar desapercibidos.

—Agacha la cabeza, no nos pueden ver —lucha por empujarme hacia el auto—. ¡Vámonos ya!

—No.

—Por favor… —ruega—. Si la policía se entera de que estamos aquí, todo habrá valido un carajo. Todos buscan excusas para inculpar a los Simone de lo que sea.

Los nervios la hacen colapsar y, cuando cierra la puerta del auto, el cuerpo le tiembla. Estoy enojado, quizá más de lo que yo mismo puedo soportar. Reaccioné sin pensar, no controlé mi ira; mi sed de matar salió a flote, pero lo peor es que la rabia aún no se me pasa.

Ella localiza un lugar mientras nos cruzamos con más patrullas policiales. Sigo la ruta del GPS y, cuando me doy cuenta, estamos a kilómetros, con la velocidad al límite, cerca de un mirador de Roma, por lo que detengo el auto de golpe.

Necesito respirar porque esta sed empieza a joderme más de lo que debería.

Salgo del auto aún sin controlar mi fuerza. Tengo que sacarlo de alguna manera. Soy un asesino, he vivido peleando en calles y callejones desde que era un crío para sobrevivir. Llevo en la espalda la muerte de miles: deshaciéndome de mafias por placer, enterrando vivos a mis oponentes por gusto, y unos simples golpes no me sacian ni me complacen, mucho menos a ese imbécil que traía atravesado.

—Atrás, Bianca —digo cuando la siento acercarse. Mis puños se sostienen en un árbol y me cuesta respirar.

—¿Por qué?

—No controlo mi ira. Podría lastimarte —no le doy más explicaciones—. Vete.

Guarda silencio y sus grandes ojos azules se ensanchan. Luego se acerca.

—No eres peor que Hulk —suelta, sin miedo.

Realmente ignora a quién tiene al frente. No imagina quién soy en realidad; si lo supiera, huiría.

—Estás… sangrando. Tus manos están lastimadas.

—Voy a pedir que te lleven a la Villa.

—No, solo quiero curarte. Se te puede infectar. Ni siquiera has curado bien las heridas de la batida por terco. ¿Cómo puedes sobrevivir con estos cortes?

—No necesito tus atenciones.

—No es una atención, estoy devolviéndote el favor, así que no te emociones.

Su jodida boca prende algo en mí que me hace odiarla, pero, si no dejo que lo haga, no se largará de aquí, así que acepto.

Toma la botella de *whisky* que siempre cargo en el auto y vierte el líquido en mis manos, también en mi brazo, mientras limpia los bordes con un pedazo de tela que corta de su ropa.

—Estoy bien —respondo.

—Pues te aguantas. ¿O qué? ¿Tan invencible te crees como para no tener que curarte nunca?

No tengo paciencia, pero lo hace jodidamente bien y un alivio profundo, junto al olor de su perfume, me embarga. La cordura regresa a mí al pasar los segundos y, por primera vez, mi enojo parece disiparse junto a otra persona.

—Estará bien, por lo pronto —sigue limpiando las heridas—. Cada que me caía de niña y me dejaban sangrar, tomaba las bebidas alcohólicas de padre para curarme y no morir de infecciones. En la mafia aprendes a sobrevivir como sea, el *whisky* es un buen truco.

Sonríe. Sus dedos se deslizan por mi brazo lentamente para hacer un nudo con la tela. Son suaves, perfectos, todo su jodido cuerpo me irrita y más cuando levanta la vista.

—Apuesto a… que estás impresionado —cambia de tema, el aire se hace pesado—. Es mi vista favorita de la ciudad y casi no hay gente por la zona.

—¿Qué hacías con ese tipo? —escupo de pronto. No me importa si suena como un reclamo. Ella niega con la cabeza.

—Dijo… que seguía tus órdenes. En un momento me di cuenta de que era mentira e intenté golpearlo. Empecé a sentir que me mareaba hasta que llegaste tú y… ahora estaremos en problemas con mi tío. Lo dejaste casi muerto, tenemos que inventar alguna excusa.

—Ese imbécil desobedeció mis órdenes. Le di una advertencia y no supo valorar su vida —hago una pausa—. También quiso propasarse contigo, ahí está tu excusa.

—¿Crees que a Leonardo Simone le importa? Aquí toman a las mujeres como si fuesen nada. Crías, sirvientas, esposas de terratenientes; cualquiera está propensa porque para ellos solo somos propiedad de la dinastía. Y yo vengo defendiéndome de su machismo desde que era pequeña.

—No pasará sobre ti. Lion es solo un pelele.

—No para mi tío. Ha crecido con la familia desde que era pequeño. Le es leal y sabe sus más sucios secretos. Es un tipo peligroso porque nadie lo frena. Y si sobrevive, estoy segura de que querrá vengarse.

El trago amargo todavía no lo pasa, por lo que gira el rostro hacia el mirador mientras me quedo observándola. Quiero desviar la mirada, pero es como si estuviese viendo a una muñeca.

No lo sabe, pero heredó la belleza de su madre. Una mujer violada por Donato Simone y luego obligada a ser su pareja. Le doblaba la edad y la folló por meses hasta dejarla embarazada. La muchacha vivió un infierno a su lado, hasta que huyó de su vida cuando dio a luz y lo que sucedió después... Bianca ni lo imagina. Se volvería loca si supiera la verdad de su origen.

Su vida ha sido tan desastrosa como la mía, pero tal vez su error más grave es que ella no acepta la vida que le ha tocado. Aún alberga esperanzas de huir sin saber que está destinada a la muerte…, como toda la porquería de su familia.

—Será mejor que te vayas —rompo el silencio.

—No me quiero ir. Solo… un momento.

Todavía se puede observar el tumulto de la policía a kilómetros, la cúpula del Vaticano con sus líderes religiosos en una peregrinación estúpida. Es imposible escapar sin que nos vean, pero es un riesgo que hay que correr o… perderé la cordura al tenerla cerca.

—No hay tiempo —miento.

Me exacerbo al pretender creer que había fallos en su rostro. En su silueta, sus labios, su culo que me provoca. La miro y no puedo contener las ganas de comérmela.

—Todavía sigues sangrando —parpadea, acercándose, pero la dirección de sus ojos ya no va hacia mis manos, sino a mi pecho—. No es sangre, son… cicatrices en tu piel. Heridas de… cuchillo mal curadas, balas, tortura, quemaduras y… marcas del dolor.

Levanta su rostro, perpleja. Tengo la ropa rota por la pelea y trata de tocarme, pero mis manos son más rápidas al detenerla.

—¿Quién te hizo esto, Adrian? —pregunta, mirando la inicial tatuada con cuchillo en mi pecho—. ¿Por esto no puedo tocarte?

Joder. Sus ojos me encienden. Me suelto de sus manos y la beso.

El gemido por el impacto de nuestros labios resuena en mi mente. La polla se me pone dura mientras me la como. Mi lengua baila con la suya y… maldita sea, qué hambre de mierda.

No sé si sus labios son mis favoritos, solo que me gustan tanto como su culo. La chupo con fuerza mientras mi mano la toma de la nuca, profundizando el beso.

Duro, con la punta de nuestras lenguas.

Quiero capturar hasta su último aliento mientras pueda. Su olor me agrada, su tacto me calma, su voz me excita. Mi polla no espera, está caliente, por lo que aprieto sus nalgas con mis manos hacia mi sexo y jadea.

—Te odio —suelto en sus labios, mordiéndolos, queriendo acabar con estas malditas ganas.

—También te odio —choca su boca contra la mía, devolviéndome la mordida—. Solo tú y yo sabemos las jodidas ganas que nos tenemos.

La estampo contra el capó del auto, desenfrenado. Maldita seas, Bianca Simone. El enojo que siento cuando me la pone dura me carcome. Sus ojos azules me miran con deseo, y me retraigo, diciéndome una y mil veces que es nadie. Tentando al maldito diablo que llevo dentro cuando pongo mis brazos a sus costados, queriendo detener esta locura, pero…

—Rambo, esto es inevitable —jadea—. Yo…

Habla y todo se va al carajo en segundos.

Mi entereza, la negación, la cordura, es imposible luchar con la impulsividad que me gana. Porque no estoy acostumbrado a abstenerme con ninguna mujer, pero esta es precisamente la menos indicada, ya que soy su verdugo.

La arpía separa las piernas, moviendo la pelvis para que la sienta. Se me infla en los pantalones sin poder detener la hinchazón que me quema. Sus manos tienen prohibido tocarme el pecho, pero no la parte baja de mi abdomen y, cuando menos lo espero, me soba por encima de la ropa.

—Quiero probarla, tenerla dentro —suplica y nuestros besos resuenan.

Sus yemas se extienden hacia el cierre de mi pantalón mientras lo baja y duele por cómo se me pone. Me toma de las caderas, sentándose y entreabre los labios cuando la siente por encima de la tela del bóxer, para luego devolverme la vista. Me acaricia la extensión que va para arriba y saborea con su lengua mi boca que babea por que la tome.

—¡Degenerados! ¡Policía! —una vieja se horroriza y grita escandalizada.

La arpía se sonroja y luego se ríe. Los fieles de la peregrinación que se golpean el pecho por sus pecados empiezan a llegar a la cima, todos con cruces en las manos.

—¡Padre bendito! ¡Santo cielo! ¡Sálvanos del infierno!

Al infierno la voy a mandar si no cierra el hocico ahora.

Las manos de Bianca suben mi cierre, presionando mi pantalón. La anciana hace un berrinche, corre hacia los demás para alertarlos, grita con ahínco que venga la policía, mientras Bianca evita que la mate.

No soporto vivir entre simples mortales. Preferiría mil veces estar en las montañas, solo, que tener que soportar a esta gente de doble moral.

Arranco el auto y la risa de Bianca, para mi sorpresa, es lo único que calma las tensiones en mis músculos. Siento que un auto nos sigue y me desvío del camino. Lo pierdo, pero en su defecto entramos en calles concurridas. El tráfico me hastía y ella ruega porque paremos por comida.

—¡¿Qué demonios?!

Se baja sin avisarme, pero en menos de dos minutos, regresa con una pizza en una mano y, en la otra, una bolsa de papas fritas que mete entre sus piernas.

—Quita esa cara de mierda. Tomé la promo de cinco euros, es una ganga, ummm… y estas

son las mejores —sonríe, como si lo simple la hiciera feliz—. ¿Quieres?

—No como porquerías.

—¿Perdón? Esta no es cualquier porquería, es arte con grasa hecho en Italia. Y con mucho queso.

—Es porquería, no aporta nada a tu salud.

—¿Ahora debo llamarte señor *fit*? —ríe—. ¿Qué es lo que comes usualmente?, ¿frutas congeladas?, ¿verduras aburridas?

—La comida sana no es aburrida —digo en tono neutral.

Ni siquiera sé por qué le contesto.

—Pues no sabes lo que te pierdes.

Introduce una papa frita a su boca, succionándola y la polla me arde.

—Me encanta la sal que se siente al… chuparla —sonríe—. Perdón. Es tradición antes de morder.

Puedo ver por el rabillo de mi ojo cómo lo disfruta, mientras el sol se opone al atardecer. Me habla de cosas estúpidas a las cuales ni siquiera respondo, pero he de aceptar que no me fastidia tanto escucharla.

El tráfico se pone más denso, por lo que tomo atajos rápidos para llegar a la Villa. Hay calles oscuras, cámaras activas, así que termino enviándole un mensaje a Erick, quien se encarga de desactivarlas a mi conveniencia, sobre todo cuando nos tocamos.

Pasan largos minutos y es como si mi mente quisiera desaparecerla. Las tentaciones como ella empiezan a pesar más de lo que creo. No soy un hombre paciente, pero lejos de desertar, solo sigo mis instintos, por lo que terminamos besándonos con voracidad en cada semáforo, porque es inevitable que solo piense en una cosa.

—Esto es totalmente imprudente —reniego, al entrar en la zona de las mansiones—. No solo por tu tío, sino porque…

—¿Podría confundir las cosas? —asevera, enarcando una ceja.

—Las personas como nosotros no tenemos derecho a sentir —entono frío, casi hastiado de tener que repetirle lo que debería tener tatuado en su cabeza.

—Jamás he podido elegir algo para mí en mi vida, pero esta vez solo deseo…

—¿Una aventura sexual conmigo?

Sus ojos se encienden al verse descubierta.

—Vivir como quiera, pensar como quiera, follar con quien quiera. Es imposible seguir ocultando lo que ambos queremos.

Las rejas de Villa Regina se abren y freno ante uno de los estacionamientos donde las cámaras no llegan. El silencio pesa cuando estamos cerca. Ella todavía tiene esperanza de huir, lo noto en sus ojos, en su destreza para hacer planes estúpidos. Y terminará mal para mí si escapa. Dañará

mis planes, puesto que un Simone vivo, aunque esté arruinado, significaría una esperanza para los suyos, riesgo que no estoy dispuesto a correr.

—No podrás escapar, si estos siguen siendo tus planes —advierto—. Nunca dejaré de estar en tu contra.

—Yo tampoco dejaré de luchar por lo mío, Rambo.

Gira hacia mí sus ojos azules que brillan como diamantes.

La sed me mata cuando la miro a los labios y pienso en lo húmeda que está, en las ganas que tengo de ponerla de rodillas ante mí, pero algo anda mal. No hay autos, pero una luz se enciende de golpe. Un grupo de *soldati* con hachas y látigos nos rodean, y entre ellos destaca la sombra de un hombre que avanza mientras ella tiembla.



10.
LO TOMAS O LO DEJAS

Bianca

—Señorita Simone, salga del auto ahora.

Se escucha una voz que sacude mi cabeza. Me doy cuenta de que mi tío ya sabe lo que sucede y ha estado esperando que llegue para cobrárselas.

—No —dice Adrian y me detiene—. ¿Quién te crees? —baja del auto, enfurecido.

—Recibo órdenes —Julian le desvía la mirada—. El señor Simone está muy molesto por lo sucedido. Lion está en un hospital luchando por su vida. Tiene la nariz rota, desfiguración del rostro, algunos músculos desgarrados y…

—¿Y qué?

—Culpa a la señorita.

—Busca cualquier excusa para deshacerse de mí, que es diferente —espeto, presa de la rabia.

—Vete de aquí —dice Adrian—. Ahora.

Siento mi piel escarapelarse al ver su mirada de hielo.

Ningún guardia se atreve a contradecirlo; por el contrario, emana tanto poder que me abren paso y ya ni siquiera sé cómo me sostengo.

Por seguridad, me alejo de los jardines viendo cómo él entra al área restringida donde está mi tío, mientras me dirijo hacia la cocina para tratar de escucharlos.

Estaban dispuestos a golpearme, o tal vez a intimidarme, la intención fue obvia. Lion está desfigurado. ¿Quién no después de tremenda golpiza? Quién sabe cuánto tardará en salir del hospital, pero lo cierto es que nada bueno resultará de todo esto.

Sospecha una cierta atracción entre nosotros.

Me vio salir de su habitación sin sujetador aquel día de la batida.

Y por más que trato de escuchar, es inútil.

—Hola —salto cuando una vocecita me sorprende.

No lo sentí. Un niño con las mejillas regordetas me mira. Debe tener como unos siete años. Es temporada de tributos. En la mafia los niños son separados de sus madres a esta edad para servir a la dinastía como soldados o para ser explotados.

—Hola —le sonrío con pena y lo llamo para que se acerque, pero es tímido. Lleva un juguete en la mano, viste con ropas sencillas.

Me sonríe, parpadeando como si hubiese visto a un ser mágico.

—Parece que alguien comió mi pastel.

Se apena, alzando los hombros.

—Yo no fui —miente, tiene las comisuras llenas de chocolate.

—¿Estaba rico?

—Sí, pero sabía a…

Abre los ojos con fuerza, dándose cuenta de que se delató y en su carita le veo el hambre.

—Café. Y mucho dulce. Tranquilo, es para ti. ¿Cómo te llamas?

—Mateo.

—Yo soy Bianca, mucho gusto —le extiendo la mano y me devuelve la suya.

—¿Eres una barbie o princesa salida de cuentos?, ¿de esas que tienen poderes?

—Ojalá fuese así —sonrío.

—Es que quería pedirte que hagas que papá y mamá estén más tiempo conmigo.

Me río, pero cuando voy a contestar, una voz me sorprende.

—¡Mateo! ¡Hijo! —exclama una mujer con horror—. No entres ahí, ahí no.

Y al llegar, ni siquiera me mira y baja la cara avergonzada.

—Perdóneme, por favor, perdóneme la vida, señorita —empieza a llorar, arrodillándose ante mí como si fuera algún tipo de asesina sin alma. Realmente me conmuevo al verla, por lo que la levanto y sus ojos se cruzan con los míos.

—No me molesta que el niño se haya acercado.

Sus ojos cafés me miran como si fuese un fantasma. Traga saliva apartándose de golpe de mí y entonces se lleva su mano a la boca.

—Eres ella... —jadea—. Eres tan igual a…

—*¡Hey, tú!* —Cyra llega de improviso, haciendo palmas exageradas y señas.

La mira y la aparta de golpe. Entonces me doy cuenta de que algo pasa entre ellas.

—*Ella es Elena, la nueva sirvienta y la mujer de tu nuevo guardaespaldas. Mañana estará a primera hora a tu servicio* —Cyra termina sus señas y vuelvo a mirar a la mujer.

¿Nuevo guardaespaldas?

—¿Entonces vivirán aquí? —el niño me sigue sonriendo y le devuelvo la sonrisa.

—Así es, se… señorita —tartamudea Elena, sin dejar de mirarme—. Estaré encargada de la cocina, pero mi hijo no podrá estar cerca de la casa principal por órdenes superiores. Me permitieron exonerarlo de los tributos a la dinastía porque mi esposo y yo tenemos años al servicio de las tierras de Sicilia. Nos trajeron aquí por rotación y viviremos en una cabaña de los

campos. Perdone, por favor, el atrevimiento de mi niño —baja la cabeza de nuevo—. No sabía dónde se metía, es un poco travieso y si el amo Leonardo lo ve… —calla.

Los ojos de la mujer solo me muestran que es otra víctima de las costumbres de los Simone, donde los críos no valen nada, salvo como mano de obra en condiciones deplorables.

—No pasa nada, tranquila —miro al niño con simpatía—. Podemos jugar de vez en cuando si quieres, ¿qué te parece?

Se sonroja cuando me acerco y le dice algo a su madre en la oreja.

—Mateo... —Elena lo regaña.

—Es que es muy hermosa, mamá. Parece una princesa. Nunca he visto a una de verdad.

Su ternura me sobresalta. Le doy un beso en el cachete y hace un ademán exagerado, llevándose la manita a la cara.

La cara de Cyra se irrita cuando los invito a comer algo. Elena se niega, pero cuando me ve sentarme con el pequeño en la mesa de la cocina, ya no puede hacer mucho. Por un momento me olvido de los problemas. Conversamos y me cuenta que le encantan los *Avengers*, que es hijo único y ama a sus padres, por lo que verlo así me da un poco de nostalgia.

Mis juegos eran las matanzas. El lanzamiento de cuchillos. Y apenas me compraban algunas muñecas cuando era niña.

Terminamos de comer entre risas que se extinguen cuando los ojos de Elena se me quedan viendo de nuevo. La mujer está pasmada y, apenas nota que me doy cuenta, trata de recomponerse.

—Bueno, ya es tarde. Elena, es mejor que te vayas antes de que sepan que estás aquí con el niño.

—¿Te veré de nuevo, Bianca? —los ojitos de Mateo brillan.

—Por supuesto. Cuídate mucho y hazle caso a tu mamá —le doy otro beso y sonríe.

Se van y el sonido de un plato que Cyra deja caer me inquieta. Está ansiosa, distraída y de pronto se puso pálida.

—¿Quién es esa mujer y por qué su presencia te pone tan nerviosa?

Se hace la que no escuchó. No quiere que la ayude a recoger y finge estar cansada, lo cual aumenta mi intriga. Algo oculta y voy a averiguarlo, pero por ahora mi atención se va hacia otra persona.

Adrian cruza del jardín hacia la casa. Va serio, con la mandíbula firme y uno de sus hombres lo sigue. Cuando me ve parece que no existo; sigue de largo, ignorándome, y algo en mí arde sin saber cómo llamarlo. ¿Ego?, ¿ira?, ¿golpe de orgullo?

«¿Quién entiende a ese imbécil?», me pregunto.

Cuando me besó esta mañana, lo hizo como si se recriminara por sus impulsos.

Me confunde. Cada que hace estas estupideces, vuelvo a odiarlo, pero no puedo negar que me

gustó que le haya partido el cráneo a Lion. Y, de alguna manera, disfruté que hubiese estado ahí para… ¿defenderme?

«Eso suena estúpido», me digo. Lo hizo para demostrar quién manda.

¿Por qué iría a defender algo que odia?

Camino hacia mi habitación. El tiempo pasó volando con el pequeño y su madre, ya son casi las doce de la noche. Mañana el entrenamiento será exhaustivo y el regreso por el pasillo vuelve a hacerse imposible porque un pensamiento no deja de salir de mi cabeza.

Sería fácil confundirse de pasillos y llegar a otros lugares…

Pero cuando paso cerca de la habitación de Adrian, observo a la concubina de mi tío entrar en el pasillo de invitados mientras se arregla el vestido de puta.

Sé que Leonardo Simone acostumbra donar sus juguetes cuando ya las ha cogido lo suficiente, pero nunca a una que solo lleva semanas. Me sorprendo cuando Adrian le permite entrar y solo sigo mi camino sin saber por qué se me han calentado las mejillas.

«Me vale una mierda», pienso. Si se quiere coger a una o mil zorras esta noche, que se vaya al carajo. ¿Yo qué hago pensando en el hombre que tengo que destruir?

El portazo que doy me deja inquieta. Ahora me arden las orejas y me siento extraña. Mi estabilidad no puede depender de un idiota, por lo que cierro las cortinas y me pongo los audífonos para escuchar algo de música.

Pasará. Mi mal humor se esfumará.

Los minutos transcurren y no dejo de dar vueltas por la habitación. A lo lejos, sin acercarme mucho a la ventana, puedo ver cómo las cortinas de su habitación se cierran.

Niego con la cabeza mientras me siento en la cama. No me importa.

Trato de distraerme mirando mis redes sociales que abandoné hace un tiempo, por si hay alguien demasiado guapo como para quitarme el mal sabor, pero…

[Kristoff]

¿Entonces ya me superaste? ¿Por qué nunca contestas mis mensajes?

El tipo con el que salí en New York, una suerte de ex, y al que grabé en mi móvil con el contacto: «Es un imbécil 🤬 No contestar». Escribe y lo elimino.

[Steph :P]

¡Bianca Simers! ¿Existes o no?

«Simers» fue mi apellido de camuflaje cuando vivía en Estados Unidos. Tal vez fue la época en que más «normal» me sentí yendo a clases de neurociencia, carrera que mi padre me impuso estudiar, y donde hice algunos amigos hasta que regresé a Italia porque los Ricardi habían dado con mi ubicación.

Procuro entablar una conversación, pero no tengo ánimos para nada. Apago las luces, me acuesto en la cama, pero el tiempo pasa muy lento y no logro cerrar los ojos.

Cada ruido pequeño que escucho me parece un gemido que imagino en mi cabeza. No sé, estoy demente, con dudas sobre cómo se vengará Leonardo Simone de mí por lo de Lion y la ansiedad me mata, aún más sabiendo que mañana será inevitable ver a Adrian.

Volveré a ser su infeliz inferior y él, el maldito líder cuando el puesto debió ser mío.

Volverá a tratarme como si fuese basura.

Miro el reloj que tengo en mi mesita, apenas ha pasado media hora. Cada segundo me está costando más de lo que imaginé y, como si fuese una gran estupidez, me levanto ansiosa.

No, estoy completamente loca. ¿O sí? ¿Debería ir?

Si los atrapo juntos mi tío lo echaría de la casa por haber tomado a una de sus mujeres. Además, también necesito saber qué pasó con Lion. Espero unos minutos más y, en un golpe de impulsividad, me dirijo hacia el pasillo con un enojo que trasciende mi propio orgullo.

Estás demente, Bianca. Vete.

Pero es tarde cuando soy consciente de a dónde llego. El lugar está libre, no hay ruidos. ¿Será que se la sigue cogiendo? Mi mente recrea imágenes tontas y no pienso dos veces antes de tirar de la manija de su habitación, esperando atraparlos, pero el cuarto está vacío.

La luz es tenue. No se ve a nadie en el baño, tampoco hay rastros de la zorra o de él. Y cuando giro mi cuerpo, dispuesta a irme, la imagen monumental de una bestia asesina torciendo los labios, como si hubiese estado esperándome, aparece.

Mierda.

Pareciera que sus ojos traspasaran los míos, así que solo le levanto el mentón fingiendo que nada pasa, aunque es difícil ocultar la ira que se me desprende por los poros.

—Exijo saber qué pasó con lo de Lion, por eso vine —digo.

—Podrías haber preguntado mañana.

—Mañana puede costarme la vida.

—Fingiré que te creo.

—Si tengo que tomar cartas en el asunto, las tomaré ahora. No esperaré a que esto se complique. ¿Qué te dijo el viejo?

Disfruta viéndome con ese mentón elevado que me irrita.

—Le aclaré que fui yo quien le desfiguró la cara.

Su rostro no emite emoción. Para él es todo tan simple…

—Su enojo no pasará con lo que le dijiste. Pensará que yo te orillé, o tal vez que Lion estaba en su derecho.

—Lo que piense o no, no me interesa.

—No eres el afectado.

—Tú tampoco.

—¡Claro que sí! Leonardo Simone es un demente machista con ínfulas de grandeza. Mientras

más terror convoque, más placer ganará. Estoy segura de que no se ha quedado del todo tranquilo. Está buscando excusas para deshacerse de mí y no parará hasta matarme.

—¿Y qué más puedes hacer?

Me mira como si estuviese desvistiéndome con los ojos.

—Buscar pruebas, no sé… Mostrar videos de las cámaras.

—¿Para demostrar tu inocencia?

—Para tener un as bajo la manga. Él no se metería con La Hermandad y, aunque odie a ese círculo de imbéciles que se creen con derechos sobre todas las mafias, sabe que estos proveen a los nacidos en sangre de clan una suerte de justicia que…

Callo cuando se pone a centímetros de mí.

—...que me protege —termino la frase sintiendo cómo el aire se me va de los pulmones.

La camisa la tiene entreabierta y su perfume se aloja en mi nariz. Doy una peinada visual de reojo, ahora en silencio, y no está la zorra, solo él y yo peligrosamente cerca.

—¿Buscabas… a la puta que rechacé? O… ¿a la mujer con ganas de follar que parece perdió la cabeza por otra?

—¿Qué? ¿Perder la cabeza? —finjo reír—. No tienes tanta suerte.

Maldito creído. Goza con la tensión de mis puños.

—Tu tío dijo que de ahora en adelante la seguridad sería extrema. Cree que… tienes un amante cómplice para destruirlo.

Sus ojos grises se vuelven oscuros. Finjo que no me importa.

—¿Y qué crees tú? —mi voz sale como un hilo cuando me aprieta.

—Que puede que tengas solo uno para cogerte esta noche.

Bordea sus labios contra los míos y mis mejillas se incendian.

—¿Y por qué debería aceptar?

—Las deudas se pagan. Yo no me conformo con poco.

—Tienes una cola de perras en celo fuera que esperan por ti. Bien podrías cogértelas.

—Tu tío pensó que sería un buen regalo para congraciarse conmigo por la discusión de hoy. Pude haberme cogido a su concubina, sí.

—¿Entonces no lo hiciste?

Tuerce los labios. Lo hizo a propósito, dejó que pensara lo peor. Maldito.

—Yo no pruebo la carne que otros desechan. Esta noche solo quiero comerme a una.

—¿Y si esa una no quiere?

—Igual me la voy a comer.

Apenas puedo sostener la respiración porque me derrito. Nos besamos con hambre. Su lengua es exquisita cuando danza con la mía, aún más, al sentir su punta en un beso que me excita.

—Te la voy a meter rico —susurra.

Mis manos bajan hasta su entrepierna y babeo de lo dura que se pone. Jamás había sentido esta necesidad. Palpo lo que me parece interminable mientras mis dedos bajan su cierre lentamente.

—Quiero… probarla.

Lo miro y sus ojos se oscurecen cuando me muerdo el labio, deslizándome lentamente hacia abajo hasta quedar de rodillas. Tiro del elástico de su bóxer y su polla salta cerca de mis labios, asfixiándome por completo al sentirlo en mi cara.

—Es la primera vez que me arrodillo ante un hombre —confieso y sé que lo nota en mis ojos. Jamás le he hecho un oral a nadie.

—Yo no soy cualquier hombre —levanta mi mentón, soberbio.

Lo masajeo de abajo arriba, pasando mi lengua por su extensión que parece no tener fin. Es… perfecta. Sus venas se ven cargadas, las yemas de mis dedos juguetean con sus testículos e introduzco mi boca en su punta húmeda.

Puedo sentir su sabor cuando lo mojo. Mi lengua da vueltas en su glande, sabe bien, mientras sus dedos se entierran en mi cabello, empujándome.

—Mmm… —gimo, tratando de entender cómo diablos entrará toda.

Frena y voy a mi ritmo, tomando el tallo con una mano. Lo miro mientras se la chupo y sus ojos me prenden. Se tensa porque estoy haciéndolo lento. Poco a poco voy subiendo el ritmo, tratando de encajar hasta que se harta y me estampa contra la pared para hundirse hasta mi tope.

Diablos, mi garganta.

Mi cabeza da contra el cemento mientras me folla la boca. Inhalo por la nariz para aguantar las arcadas, tratando de abrirme a él y su sabor me excita, más aún al ver que lo vuelvo loco.

Siento mis labios entumecerse por sus embates. Si así se siente en mi boca, no puedo esperar para sentirlo entre mis piernas. Con mis manos tomo sus nalgas y no me le despego, chupando, succionándolo todo lo que puede mi boca.

—Bianca —pronuncia y siento cómo me aprieta la cabeza con sus dedos.

El impulso es exquisito, aunque me esté destruyendo la garganta. No entra como quería porque es muy grande, pero, maldita sea…, qué gusto. Jadeo al sentir cómo se aprieta, cómo me llena, cómo me empapo de su sabor y es la primera vez que me gusta de esta manera un hombre.

—Joder —exclama, tratando de apartarse.

Empuja fuerte una vez más hasta que siento su tibieza en mi pecho cuando se libera. Las gotas se deslizan entre mis senos, mientras atrapa mi boca y disfruto del beso sucio.

Todavía tengo su sabor y me encanta. Su sexo es interminablemente delicioso. Me dije una y otra vez que jamás iba a dejar que alguien me domine, y estar de rodillas ante un hombre revela cierta dominación que no quería sentir por nadie.

Pero este me quema, me enoja, hace que lo odie y, a la vez, me calienta como ninguno.

No es un príncipe azul, tampoco el caballero que regala rosas; es un jodido criminal, un maldito ególatra y, sobre todo, mi mayor enemigo, pero me pone demasiado como para tener que empezar a aterrarme.

Se despega de mí y de pronto se aparta, sin decir nada.

Sus ojos cambiantes se tornan más oscuros. No sé si por la excitación o… porque para él es claro que esto es solo sexo.

Debería irme ya, pero hay bulla en los pasillos… está a punto de iniciar el toque de queda. Se pueden escuchar pisadas de *soldati*, armas, la seguridad que acompaña a los nuevos sirvientes hasta sus casas y por alguna razón puedo distinguir la voz de la nueva criada, Elena, lo cual me sorprende.

—¿Qué hace esa mujer por estos lares?

—¿Qué mujer? —dice y me doy cuenta de que pensé en voz alta.

—Elena, la madre de un chico lindo que conocí.

—¿Un hombre? —la voz se le engrosa.

—Un hombrecillo adorable de siete años —recalco—. Será la nueva cocinera y todo bien si no fuese por su mirada. Parecía que hubiera visto un fantasma cuando me conoció, pero lo peor es que mi nana también se puso nerviosa. Siento que algo me ocultan.

Se lleva un poco de *whisky* a la boca sin emitir emociones. No sé por qué carajos le compartí mis preocupaciones. ¿A él qué le importa? ¿Y por qué le estoy contando mis cosas?

Los segundos pasan mientras escuchamos las pisadas de los *soldati* que se alejan. Ahora parece distante, como si la magia hubiese acabado y decido irme.

Solo tengo escasos minutos para salir antes de que noten que no estoy en mi habitación, por lo que voy hacia la puerta.

—¿Quién te dio permiso para que te vayas? —su voz me detiene en seco.

—No necesito el permiso de nadie —lo encaro.

—Sí, de tu superior —sus ojos me traspasan, la mente se me nubla cuando camina hacia mí lentamente—. Vienes por algo y luego te acobardas. Todavía no me he saciado de ti, niña. Y no creo que puedas irte en toda la jodida noche.



11.
PISA EN FALSO

Adrian

Debo estar completamente desquiciado. La palma de mi mano impacta en su nuca para atraerla hacia mi boca.

Joder, la deseo. Y esta atracción empieza a pesarme.

—Adrian…

—¡Silencio!

La beso con una ira que ni siquiera yo mismo puedo soportar, una que me ha costado suficiente dolor en la polla reprimirla, alejándola de la puerta.

—Si no llego en minutos a mi habitación… —suelta un gemido intenso cuando la acaricio por encima de sus pliegues.

—Tan mojada para mí… —rezongo, mirando sus mejillas enrojecidas—. Terminemos esto como se debe.

Su orgullo no la deja aceptar que se muere por que la monte, sin embargo, decido jugar. Me deshago de su braga. Ella deja caer su rostro contra el mío y cierra los ojos mientras disfruta cuando mis dedos acarician su ingle. Hasta que me detengo.

—No pares —susurra.

Sabe que los ruidos nos pueden descubrir, que hay *soldati* patrullando los pasillos, pero no le importa.

—Tengo hambre, niña. Yo también quiero probarte.

Alejo la razón de mi mente cuando la libido me sobrecarga. La giro de golpe y sus manos caen en el borde de la cama. Separo sus piernas, levanto su cadera, elevando su trasero hacia mis manos mientras su rostro se ahoga en el colchón, totalmente ansiosa.

Se ve deliciosa. Con la luz prendida se me hace agua la boca.

Su sexo está rojo de deseo, listo para mí, y mis dedos solo se ocupan de tocarla.

Froto su clítoris. Se siente hinchado cuando subo el ritmo y puedo percibirla estremecerse. Se derrite cuando siente mis labios en su sexo. Huele bien, sabe bien, es completamente deliciosa.

Su cuerpo se pone rígido al sentir que la chupo. No suelo ser el que da placer a nadie, pero esta es diferente; una jodida delicia que empapa mis labios. Y ayer en su habitación no me pude saciar como quise.

—¿Qué quieres?

—Más.

Extiendo mi lengua en su clítoris. Punteo su centro caliente mientras bebo, tragándome su humedad en un vaivén de gemidos mientras otra de mis manos libera mi polla, sobándola.

Está hinchada, venosa y tan cargada.

La siento estremecerse cuando hundo dos de mis dedos en su canal con fuerza para prepararla.

—Estás tan estrecha… —murmuro—. Me encargaré de entrenarte.

—¿Dolerá?

—Oh, niña…, tiene que entrar toda.

Me acomodo para llevar la punta hasta su entrada, metiendo primero el glande.

Se desliza poco a poco abriendo sus bordes y freno, es agonizante controlar el impulso.

—Por favor…

—¿Qué?

—Fóllame.

Sus palabras atacan mi autocontrol y suelta un gemido cuando se la meto toda. De un tirón, embistiéndola.

—Mira cómo te llena. Cómo se aprieta. Cómo te cojo duro.

La envuelvo con la sábana como si fuese una loca de manicomio. La seda se enrolla en sus brazos al punto que no pueda moverse. El hilo de miedo con el que mira me excita, pero es más rico así.

Mis movimientos son rápidos, no rebota lejos y cada vez que chilla le doy más duro. Se siente bien metérsela, embestir en su sexo apretado que aguanta todo con valentía, sin saber cuándo demonios se acabará para mí este vicio.

Adentro, afuera, adentro a tope. Dejo caer la cabeza hacia atrás sin medir mis fuerzas, como un loco frenético.

—¡Me vas a partir! —suelta.

Mía. Entera. Completa.

—¡Adrian!

Escuchar mi nombre en sus labios me excita. Empujo aún con más rudeza, dejando salir un quejido ronco de mi garganta cuando medio levanto mis piernas, terminando hasta tocar fondo y… carajo… me vengo en ella.

Abro la boca para respirar hondo. La lleno por completo de mí y mi tibieza se rebalsa por sus piernas. Ella entra en colapso. Verla correrse es exquisito, aún más cuando trata de soltarse y mis

labios la capturan.

Me siento como un animal en celo. Apenas nuestros cuerpos lo permiten, la atraigo hacia mí y no me canso de tocarla hasta que mis manos regresan a su sexo, volviendo a masturbarla.

Follamos con rudeza durante horas. No tengo idea de cuánto tiempo ha pasado. Me corro con placer una y otra vez hasta que un cúmulo de pensamientos ataca mi cabeza y, cuando soy consciente de lo que estoy haciendo, dejo de besarla.

Busco mi bóxer entre la ropa en el suelo hasta que siento que algo vibra. Es mi móvil.

Nueve llamadas perdidas.

Un mensaje cifrado.

No hace falta saber quién es por la forma en que escribe:

Corazón... No me has llamado. Han pasado varios días desde que estás en Roma y aún te espero en mi cama. Extraño que me montes. Tu Gata.

—¿Problemas? —susurra Bianca.

Elimino el mensaje.

—No.

Me mira mientras me visto.

—Nunca hablas de ti.

—No tendría que hablarte de mí y tampoco debería interesarte.

—¿Siempre eres tan frío?

—Las entrometidas acaban con mi paciencia.

Ella suelta una risita.

—Haré como si no hubiera oído lo último que dijiste, no vas a arruinar mi buen humor esta noche, Rambo, pero no sé… debería saber al menos algo del tipo con el que me acuesto, como… cuántas relaciones ha tenido.

—Sigues viviendo en un mundo al que no perteneces. Las personas como nosotros no tienen compromisos. Nadie escapa de su destino.

—¿Nunca… quisiste salir de todo esto? ¿Pensar en que podrías hacer la vida que quisieras sin rendir cuentas a la mafia?

—Hay cosas que pesan más que simples ilusiones —le clavo la vista—. La venganza, por ejemplo.

—Un mundo de depredadores no se mide por cuánto odias, sino por lo que haces. Yo... me preocupaba más que mi padre no me descubriera mientras bailaba que pensar en el daño que me hacían o la venganza que había que tomar sobre los otros. Soñaba con hacer otras cosas desde pequeña.

—¿Huir?

—Para tener otra vida.

—¿Con un trabajo mediocre donde solo te alcance para pagar la renta? ¿O en un patético lugar con un jardín lleno de flores que puedas presumir?

—Una casa en un acantilado frente al mar junto a las personas que más quiero. Y libre, para amar como quiera.

Sus ojos chispean.

—Mientras más rápido aceptes quién eres, menos sufrimiento tendrás en la vida.

—Que lo acepte no implica dejar de soñar con otro futuro.

Bianca sonríe con los párpados cansados.

—Me gustó el entrenamiento, profesor —dice.

—Es tarde, te llevaré a tu habitación en el cambio de turno. Será mejor que descanses un rato.

—¿No vendrás?

—Yo no duermo con nadie.

Pone los ojos en blanco y se arropa con mis sábanas.

—Está bien, don amargura.

Tarda veinte minutos en dormirse profundamente y es un alivio cuando las tentaciones se alejan.

Mi brazo cae sobre el sofá y en la otra mano sostengo un vaso de *whisky* mientras mi cabeza se recuesta sobre la encimera del mueble, pensando en lo que hicimos.

Dos noches consecutivas. Interminables veces. ¿Qué carajos me pasa?

No sé a dónde llegará todo esto. Reprimo una maldición entre dientes, pero debo aceptar que el sexo fue tan bueno que estoy complacido. Y nunca una mujer lo había logrado de esa forma.

Bebo mirando su culo envuelto en sábanas. Sus piernas suaves están cruzadas mientras su cabello descansa sobre su rostro. La observo dormir en silencio y puedo entender la fascinación por su belleza. No le veo imperfecciones; sus ojos son como diamantes azules, su boca totalmente apetecible al igual que el cuerpo de sirena, el mismo que estuvo a centímetros de mí en aquella batida donde maté a su padre.

Y ni siquiera lo sospecha.

Suspira ajena a todos los que quieren cazarla. Morirá de todas maneras. Si no es conmigo, otro tomará la posta.

Es la mujer más odiada por la mafia, incluso por su misma familia. Leonardo Simone busca quedarse con todo y espera el momento perfecto para deshacerse de ella. La mandará a tantas misiones suicidas como pueda, creará artimañas para debilitarla y desaparecerá cualquier evidencia. Es solo cuestión de tiempo.

Miro el reloj constantemente mientras la madrugada avanza y en menos de lo que creo son las cuatro de la mañana. La regla número uno en mi mundo sexual es: «No pasar la noche con nadie», y la sola idea de que se quede más tiempo me irrita, porque es una tentación continua.

—Tenemos que irnos —digo, pero ella no despierta, así que la tomo en brazos.

Se queja, pero yo hago caso omiso. Es la hora perfecta por el cambio de guardia. La dejo en su cama, elimino los rastros de mi presencia y me doy cuenta de que en las grabaciones de los pasillos hay una mujer buscándola.

Cruza hacia el jardín junto con un niño, fingiendo que no me vio. Trata de esconderse cuando la sigo, pero no es tan rápida.

—¿Usted es Elena? —pregunto, deteniéndola. Sé perfectamente quién es.

—Hijo, vete para la casa —se aterra porque le da comida a su hijo y no me levanta la vista—. Sí, señor. ¿Desea el desayuno?

La estudio y siento su miedo.

—Si valoras tu vida y la de tu hijo, mantén la boca cerrada. No solo por lo que viste ahora, sino por todo lo que sabes de esta familia.

Ella tiembla.

—Yo... no dije nada. Estaba llevando sábanas hacia… Si hice algo que le molestó…

—Usted trabajó aquí hace muchos años. Conoció a la madre de Bianca. No la quiero ver cerca de ella ni que hable de lo que sabe. Tómelo como le convenga.

Se pone nerviosa. Pienso en seguir indagando, pero mi móvil comienza a vibrar y ella desaparece de mi vista.

—¿Qué quieres? —pregunto, aturdido.

—Siempre con tu buen humor —ironiza Erick—. Tenemos problemas, las cosas están saliéndose de control muy rápido y no sé cuánto tiempo más pueda aguantarlas.

Me alejo un poco.

—¿Qué pasa?

—Sospechan de ti. He mantenido a la ORSE ocupada como me pediste, inventando falsos enemigos y moviendo fichas para que no se entrometan en tu camino con los Simone, pero me es imposible cuando han pasado semanas sin noticias tuyas.

Reniego de tanta porquería.

—Ese es tu maldito problema.

—Adrian, no olvides que la máscara no solo la empleas con los Simone, sino con la organización. Ellos siguen ignorando quién eres en verdad.

—Sé lo que hago —respondo.

—Pues no parece. Tu ego te nubla la cordura y, aunque tengas más poder que la organización en este momento, debes entender que podrían joderte los planes con los Simone. Ellos tienen que seguir pensando que estás de su lado. Ryan conoce tus movimientos en Italia y sabes que lo que más odia La Gata en el mundo es a Bianca.

—Mantenla fuera.

—Es imposible, esa mujer está loca, ya no puedo seguir inventando excusas. Es muy peligrosa y competitiva. Ha sido tu amante por años y empieza a notar que hay otra que te gusta.

—¿De qué hablas?

—¿Lo vas a negar? Bianca se ha metido en tu cabeza, empieza a gustarte más de lo que tu mente cerrada está dispuesta a creer, acéptalo.

—Limítate a tu trabajo. No estás aquí para opinar, sino para hacer lo que te toca.

Cuelgo, mientras el sinsabor aflora en mi garganta.

Ella es solo una cogida. Utilizo su culo para satisfacer mis deseos. Es inevitable que me siga negando a follar cuando me excita. Y me divierto mientras espero pacientemente su destrucción. Es todo.



12.
HASTA TU ÚLTIMO ALIENTO

Bianca

La mañana resulta más pesada de lo que imaginaba y despierto casi a la hora del almuerzo. Hoy el sol resplandece en la Villa. Termino de secarme el cabello mientras espero a que lleguen las muchachas del servicio. Hoy es el día dorado en el que las familias de los terratenientes despiden a sus hijos jóvenes que van a invadir nuevos territorios del norte contra los Ricardi. A pesar de que casi el ochenta por ciento muere en riñas de mafias, la lavada cerebral que les meten al nacer los llena de orgullo.

Da igual, he ignorado este tipo de cosas toda mi vida, pero esta vez voy por algo más importante y tengo que hacer acto de presencia.

—Señorita Simone —me dice una sirvienta en la puerta—. ¿Desea desayunar o almorzar?

Mi lío de toda la vida.

—Ya me comí una barra de cereal, no te preocupes.

Hace silencio y por el reflejo del espejo noto que se queda mirándome el escote.

—¿Qué pasa?

—Eh…, creo que le picó algo —señala el monte de mis senos. Son los chupetones.

—Oh, sí… Me arde un poco —finjo desinterés—. Me rasqué y no se quita.

—¿Quiere que le ayude a…?

—No, no —la detengo cuando trata de acercarse—. Está horrible. Me pondré una pomada.

Agradezco que la muchacha sea casi una adolescente porque no se da cuenta de nada. Asiente e inclina la cabeza sin alejarse del marco de la puerta, lo que me causa extrañeza.

—Puedes retirarte.

—La acompañaré este día, señorita. Son órdenes de la señora Cyra: no despegarme de usted en ningún momento.

Se sonroja y pongo los ojos en blanco. Tengo que maquillarme con base y polvos para ocultar las marcas que me dejó Rambo de nuevo. Después de caminar un rato por los pasillos, veo cómo los *soldati* patrullan las áreas verdes. Ella me sigue cual gatito asustado en medio de leones.

La tarde es calurosa en Villa Regina. El sol calienta mis mejillas mientras me ajusto el atuendo que elegí: un vestido de tiras con un escote moderado, ceñido brevemente a mi cintura, con unas botas altas y el cabello ligeramente ondulado.

—Se ve muy hermosa —dice la chiquilla, sin mirarme a los ojos—. Seguro que tiene muchos pretendientes.

—Solo uno —bromeo—. Imaginario, por supuesto.

—No va a las celebraciones muy a menudo. La hemos mirado de lejos pensando que algún día tendríamos el honor de acompañarla.

—¿Tú no eres de las que piensa que un clan debe ser liderado por hombres?

Niega con la cabeza.

—Si el amo Donato la escogió, ha de ser por algo. Y a ojos cerrados seguimos rezando porque nuestro señor goce en la otra vida.

Lleva un collar con el águila, además del tatuaje que la marca como parte de la dinastía. Se me hace un nudo en la garganta pensar que esta gente tiene una afición enfermiza con el clan, casi al borde de la locura.

A lo lejos distingo a mi nana junto a Elena, quien al verme desaparece. La mujer me sigue intrigando. Cyra llega tensa, apartando a todo el mundo.

—*Fuera todos* —hace un ademán con las manos. Todos los criados han aprendido el idioma de señas, una fusión entre el código universal y otro específicamente creado para comunicarse en clave con gente de la dinastía.

Me toma del brazo.

—¿Ahora usas espías? —la encaro.

—*No necesito niñas para entender lo que haces. Sé que ayer pasaste la noche de nuevo con ese hombre. Nunca he visto persona más insensata, que solo se hace daño con sus tonterías*.

—Tienes ojos por las paredes.

—*Ni siquiera imaginas lo que hago por cubrirte* —se exalta.

—¿Hasta cuándo seguirás con tus discursos?

—*¡Hasta que sientes cabeza! Las veces que sea necesario.*

Suspiro, tratando de tener paciencia.

—*No es que sea chismosa, pero las cosas están poniéndose tensas* —reniega—. *Lion está gravemente herido, no saben si va a sobrevivir. Eso escuché hoy de tu tío*.

—Ojalá que se muera. Trató de tomarme a la fuerza.

—*Pues tal vez te convendría liarte con él en vez de con el otro.*

—¿Qué dices?

—*Que ya es tiempo de buscarte un marido que pueda salvarte. Alguien que te respalde en el gremio, que te represente y a ver si así en algo sumas en la ruleta de La Hermandad que te odia.*

—Cyra, ¿estás entendiendo lo que piensas?

—*Es la ley natural, las mujeres hemos venido a ser compañeras de los hombres, no líderes. Te lo digo porque te quiero. Siempre se necesita un esposo que sea la cabeza del hogar, que te cuide…*

—¿Por qué una mujer no podría cuidarse sola? —la corto—. ¿Por qué sin un hombre la vida de una sería un desastre? Tus pensamientos solo reflejan el miedo que le tienes a romper el molde, a ser tú misma sin necesitar a otro que te sostenga. Yo no fui criada para ser la esposa de alguien, nana.

Se queda tiesa, sin saber qué decirme. Es difícil entender a las personas mayores. Toda la vida me sentí mal por no coincidir con sus ideas, sabiendo que Cyra es la única persona aquí que me quiere, pero esto sobrepasa mis límites. Y los límites no solo se ponen fuera, sino también en casa.

Las campanas suenan mientras van marchando los «héroes de la dinastía», como les llaman a los nuevos *soldati*, pero no encuentro a mi tío entre la gente; por el contrario, la ceremonia sigue sin él y el hecho de que estén aquí algunos miembros de su corte de confianza me da indicios de que algo pasa.

—*Es mejor que no te enfrentes a tu tío* —aconseja mi nana haciendo sonar sus palmas para llamar mi atención, como si me leyera la mente.

—¿Qué está pasando?

No me quiere decir y hace señas a medias.

—*Problemas.*

—¿Qué clase de problemas? Nana, sabes que tarde o temprano terminaré sabiéndolo.

—*Todo se está yendo por la borda. Anoche los Ricardi invadieron nuestras tierras del norte y, al parecer, los aliados le han dado respaldo. Tu tío ha citado al abogado de La Hermandad con urgencia, pero tú no deberías…*

Hago caso omiso cuando veo a la seguridad externa bordear el área de consensos. Llego a la sala donde miembros de la asamblea Simone se sorprenden al verme tan determinada.

Mi tío se enfurece cuando me mira, pero no le daré el gusto de verme enojada cuando trata de sacarme del juego.

Me siento en uno de los asientos. Hay un abogado que representa a La Hermandad, no puede sacarme de aquí cuando son líos de sangre, así que se contiene.

—Señorita Simone, qué gusto… —saluda el siciliano Marco Santore. Viste una túnica como si fuese miembro de la iglesia, a su estilo, pero no es más que un pervertido—. Deberíamos empezar ya, no tenemos mucho tiempo.

—No hasta que llegue mi hijo pródigo —dice mi tío, presionando la herida—. Alguien que sí sirva y utilice su cabeza de verdad.

El corazón me salta cuando entra y trato de disimular que no me interesa, desviándole la mirada, pero es inútil. Adrian es de esos hombres que llenan todo el espacio con su presencia. Incluso Leonardo Simone se ve ridículo a su lado, pues Rambo capta todas las miradas.

Tengo que controlarme para que no se note la tensión en mi cara.

De reojo advierto que me mira las marcas en el pecho y acomodo el escote sutilmente. Puede haber mil hombres poderosos aquí pero solo uno empieza a llenar mis pensamientos, mis ganas…, pero sucumbir ante el enemigo es un error muy grande.

—Honorable Marco, el motivo de esta reunión de urgencia es porque creemos se ha cometido una falta grave. Los Ricardi siguen siendo un problema —informa Julian, el jefe de los *soldati*—. Anoche mataron a nuestros guardianes en la frontera de La Toscana y se atrevieron a invadir nuestras tierras.

—¡Esto es inaudito! —dice mi tío—. Por siglos los Simone hemos respetado el acuerdo de los antepasados que supuso una cierta «paz» ungida por La Hermandad, la misma que dejó los límites claros: Firenze y Marche son nuestras; no podían cruzar esa línea hacia el sur.

—Y aun así lo hicieron, por lo que queremos ejercer nuestro derecho de alianza —Julian mira al abogado Santore—. Merecen ser exiliados de la orden y darnos sus tierras.

—La orden no volverá a fallar a favor de ustedes por todos los problemas que han ocasionado: las muertes de la fiesta negra, el lío con la policía que solo desató sospechas hacia la mafia, por lo que La Hermandad a partir de ahora prefiere mantenerse al margen.

—¿Cómo? —dice mi tío indignado.

—Ya no cuentan con el apoyo de nadie. Nadie nos garantiza que su aporte económico para con nosotros siga en curso. Hay una revuelta en el gremio por la indecisión del heredero del clan y sus líderes desde que Donato Simone murió en aquella batida. Peor aun cuando su poder está en picada porque no pueden seguir reproduciendo los diablos rojos.

—¿Qué? Eso no es cierto. Tenemos el control de las drogas —miente Julian.

—Lo sabemos todo. No les queda nada. Tienen tierras infectadas y ni siquiera se han dado cuenta.

—¡Nuestro poder no caerá nunca! —grita mi tío.

—¿Cuánto pagaron? —espeta Adrian, con la mirada sombría.

—¿Perdón? —le contesta el abogado.

—Las míseras mierdas que tratan de sabotearnos.

—¿Usted está queriendo decir que nosotros nos hemos vendido? —replica, indignado—. Dinero es lo que de sobra tenemos. Solo… escuchamos a nuestros hermanos de la mafia. El descontento de los clanes menores va en aumento, los Simone y los Ricardi vienen rompiendo las reglas y matando a diestra y siniestra por riñas del pasado.

—No me venga con su discurso mediocre y ahorrémonos el trabajo de inventar excusas

ridículas. Cincuenta millones de euros es mi oferta.

El abogado aprieta su arma.

—Con usted no se puede hablar cristianamente.

—Al grano infeliz o ahora mismo se muere. ¿Qué carajos quieren? —Adrian lo amenaza con los ojos, dejando a todos perplejos. El hombre que parecía un gatito se quita la careta, acomodándose en la silla.

—Los diamantes.

Todos se quedan fríos. El rostro de Leonardo Simone se oscurece como si le hubiese caído un balde de agua encima mientras mis labios se entreabren, sabiendo lo que significa.

—Existen tres tipos de joyas únicas en el mundo valorizadas en trillones de dólares —prosigue el abogado—. Joyas perdidas que pertenecieron a la realeza y que las mafias han buscado con ahínco por décadas. Dicen que son piezas invaluables, leyendas, hechas con piedras únicas, y que quien las posee no solo contará con una fortuna, sino también con poder porque son joyas de sangre. Sabemos que ustedes poseen una de ellas.

—Se perdieron en la guerra de nuestros antepasados —responde mi tío.

—Mentirle a la Sagrada Hermandad es un pecado, querido Leonardo. El diamante Sancy está en su poder y sé que están negociando el canje de esa pieza blanca por las otras dos que faltan: la de oro, y el enigma, una pieza negra brillante, propia del viejo clan ruso que desterraron hace más de veinte años. Lo único que le faltó a su difunto líder para demostrar su supremacía.

Los ojos de Adrian parecen incendiarse.

—No es de su incumbencia —dice mi tío—. Confórmense con lo que les damos.

—Aquí ustedes no están en poder de exigir nada, somos nosotros los que ponemos las reglas del juego ahora. Donato Simone fue inteligente para desviar la atención de tales joyas creando los diablos rojos, pero La Hermandad no olvida quién se llevó el premio y lo quiere de vuelta.

La cara de mi tío arde y le trata de responder como puede:

—Los diamantes son nuestros.

—Las joyas son de quienes las poseen y comparten. ¿Cómo van a contentar a La Hermandad si no se le da un… pequeño diezmo?

Los ánimos se sulfuran.

—No es un pequeño diezmo lo que buscan.

—Eso es muy ambicioso de su parte, hermano Leonardo —ironiza el abogado—, pero recuerde que están en nuestras manos. Si quieren seguir teniendo nuestro apoyo, y a los clanes menores de su lado, entonces reúnan las tres joyas para nosotros. Si no es así, prepárense para que invadamos sus tierras.

Nadie habla, el terror de mi tío ha llegado de golpe. La tensión se siente cuando la seguridad del abogado toma sus armas y nuestros *soldati* las suyas, apuntándose mutuamente.

Adrian no mueve ni una pestaña, tampoco les teme. Es Leonardo Simone el que se sulfura. Aceptaría cualquier cosa menos que le jodan el ego, la avaricia de sus planes o que le compliquen el camino que pisa.

—Por lo visto todo está claro. No seré yo quien deje correr la primera gota de sangre.

—Espere —Leonardo Simone levanta la voz, casi con los ojos desorbitados—. Tendrá lo que busca.

El abogado levanta la cara mientras los murmullos de los presentes suben.

—Es de sabios irse por el camino inteligente.

El rostro de mi tío se endurece, tragándose la humillación, pero en el fondo sus ojos me dicen que tiene otros planes y puedo intuir que son engañar a La Hermandad para tener tiempo de encontrar alguna salida.

No entregará los diamantes, primero se muere antes de perder esa batalla, pero sí sospecho que tratará de apurar la búsqueda, ya que es evidente que hay amenazas de terceros.

Por Dios… ¡Más problemas!

El secreto de que los Simone se quedaron con el diamante blanco casi nadie lo sabía y ahora todos corremos peligro.

Adrian se levanta de la silla, visiblemente molesto, y se va sin siquiera mirarme. Lo nuestro solo se resume en sexo y debo metérmelo en la cabeza.

—¡Lárguense! —explota mi tío contra los consejeros suplentes—. Si hubiese estado Lion aquí otro camino hubiésemos tomado. Ustedes no me sirven para nada.

Lleva alcohol a su boca, mirándome con ira.

—Todo es tu culpa —me dice.

—Eres el líder del clan al mando. Tú tomas tus propias decisiones.

—¿Qué es lo que traes en mente, maldita zorra?, ¿cuáles son tus verdaderos planes? —me acorrala contra la pared.

—Suéltame.

La falta de aire empieza a sofocarme.

—¿Lo hiciste a propósito? ¿Eh? Tirando nuestro apellido por la borda para que otros intenten pisotearnos.

Aprieta mi garganta con fuerza, desesperado, con la cara roja de ira.

—Pero no te vas a salir con la tuya. Sea lo que sea que estés planeando, no voy a permitir que sigas jugando con el honor de la familia. No bastó con mi hermano, sino que ahora tú quieres joderme la vida. Me robaron lo que era mío desde que era un crío, pero no permitiré que me quiten lo único que me pertenece. Serás tú quien vaya por los diamantes que faltan. Tú la que engañes a La Hermandad. ¡Y no me importa si te mueres en el intento!

Quiero gritar y no puedo. Quiero pedir auxilio, pero la garganta se me cierra y nadie hace

nada.

—Las venganzas son dulces, *cara*. Y yo sé cobrármelas —dice y mis brazos se desploman—. Llévensela. Saben lo que tienen que hacer. Hoy vas a pagar por todos tus errores.



13.
TU BRILLO

San Felipe Circeo. Horas después

Adrian

Contemplar el atardecer frente al mar no es algo que suela hacer, pero he de aceptar que en algo calma las revoluciones que avasallan mi cabeza. Olas salpican contra el borde rocoso de la Grotta delle Capre en la playa de San Felipe. El lugar está desolado a esta hora y el puro que me termino de fumar parece mermar los demonios que me atacan últimamente. Tal vez porque los recuerdos se hacen cada vez más cercanos.

—El mar es un exquisito afrodisiaco para la mente, dicen por ahí —escucho una voz tras de mí —. Al fin respondes mis llamadas. No has cambiado mucho en estos años.

—No puedo decir lo mismo de ti, Ryan.

Un hombre de cazadora negra se detiene junto a mí mientras da una última pitada a su cigarro. Él, junto a La Gata, mi examante, fundaron la organización que me recogió después del incendio donde quedé huérfano, la ORSE, que ha destruido cientos de cabezas de mafias durante años.

—Siempre fuiste un maldito rebelde —dice.

—Y tú un mediocre.

—Empezamos mal. Parece que no quisieras verme.

—Déjate de dramas y ve al punto.

Asiente, soltando una vaga risa.

—Quiero la cabeza de la heredera de los Simone en bandeja. Ahora.

—¿Para que el mérito pase como un hecho de la ORSE, ya que nada pudieron hacer en estos años?

—Fácilmente podría responder que lo tomes como un «Por todos los años que trabajamos juntos y porque te salvamos la vida uniéndote a nuestra organización cuando eras nadie», pero esas cosas no funcionan contigo. Te ofrezco un trato para hacerte el camino más fácil.

—No te necesito.

—Los deslices siempre existen en caminos empinados. Quienes sabemos que estás ahí para matarla podríamos abrir la boca.

—No te convendría tenerme como enemigo ni quedarte sin el dinero que aporto.

—Tampoco a ti ganarte problemas con los Simone ahora que vas avanzando en tu objetivo. No solo estamos nosotros, sino también los cárteles que no duermen desde que saben que pisaste Roma. Una gran piedra en el zapato para ti si se enteraran, por cierto.

—¿Me estás amenazando?

—No quiero problemas contigo, solo una alianza inteligente. Puedes pedirme lo que quieras: tierras, contactos, una salida limpia del país, o… mantener a los intrusos, que podrían joder tus planes, fuera del camino.

Suelto una risa sarcástica. No necesito sus migajas. Sin embargo, las palabras de Erick todavía siguen en mi mente: ellos tienen que pensar que estoy de su lado para que no se metan en mi camino.

—Todos ganamos si aceptas. Pienso que podríamos salir limpios de esto —prosigue, con visible desesperación—. Para que veas que vengo en son de paz, tengo algo para ti.

Saca de su bolsillo un arma que reconozco al instante.

—Es el arma que encontramos en el incendio donde murieron tus padres. Sé que siempre la has querido y aquí la tienes. Los armeros dicen que es tan letal como funcional cuando la examinaron. Un solo disparo causaría una lesión fatal. La bala se aloja dentro de la carne del herido, liberando no solo el plomo sino una especie de toxicidad mortal. Es tuya ahora, en realidad, siempre te ha pertenecido; un arma digna para una venganza sangrienta. ¿Amigos?

—Aliados por intereses —recalco, tomando el arma.

—Bien, como quieras. Debo admitir que has hecho un buen trabajo. Aceleraste las desgracias de los Simone, muy buena jugada. Ahora que van perdiendo poder con las drogas que no pueden seguir desarrollando, no les queda otra alternativa que ir por los diamantes. ¿Tienes alguna idea de su ubicación?

—No.

—Me enteré de que La Hermandad los puso en jaque. Estoy seguro de que irán por ellos pronto. Solo los nacidos en cuna de mafia pueden entrar en esas reuniones oscuras. Dicen que los otros dos diamantes están en poder de jeques árabes. Los Simone intentarán negociarlos, aunque sabemos que jamás entregarán el que tienen. Bianca es la clave de todo, Leonardo Simone es un cobarde, ella será la elegida.

—Eso la mataría. Muchos no sobreviven.

—Y la chica es lo suficientemente inteligente como para aceptar tal locura. No accederá porque tiene ambiciones y aquí viene tu parte en el juego.

—¿Qué?

—Te conviene hacer que suceda. Tienes que convencerla, hacerle creer que estás de su lado. Solo si se aferra a ti de alguna manera podrás manipularla a tu antojo. Maneja sus emociones, vuélvete indispensable para ella... Enamórala.

Aquella palabra prohibida corre con fuerza por toda mi espina dorsal.

—No te será difícil, ¿verdad? Si es tan hermosa como dicen, un buen sexo arrollador no caería mal, tampoco... llegar a su corazón con claras intenciones de por medio. Estoy seguro de que ya te la has cogido.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Pero sí de La Gata, que por años ha sido tu mujer, y la idea de que te cojas a su mayor enemiga no le hace bien —da una pitada a su cigarro—. La tendré controlada mientras pueda, solo date prisa que muchos están interesados en su cabeza. Asegúrate de que sea ella quien entregue los diamantes y, luego, de entregármela. Quiero presenciar su muerte. Quiero ver cómo llora cuando la tortures. Lo ridícula que se verá con el corazón roto.

—Tú a mí no me mandas.

Asiente, bloqueando mi paso.

—Está bien, lo haremos a tu manera, pero tenemos un trato. No olvides por qué estás aquí, Adrian.

El aire se me queda atorado cuando lo miro y se aparta para darme paso. Por supuesto que sabe lo que hace. Durante mi infancia, la organización supo enseñarnos a quién odiar para tratar de manipularnos a su beneficio. Pero lo que ellos no saben es que yo también tengo mis propias trampas.

No tengo que contestar para recalcarle nada, solo camino hasta que llego a mi auto y manejo de vuelta a Roma. Tomé precauciones para venir, posiblemente me tomará alrededor de dos horas llegar a la Villa, lo cual es un descanso para mi mente.

Tengo una razón de peso para alejarme y es ella. Mientras más lejos esté, menor será la lucha conmigo mismo de caer en la tentación de cogérmela de nuevo.

Mi apetito sexual es voraz y no se sacia fácilmente. Le he faltado a mi lema «solo una noche con una misma mujer», pero a esta la he repetido tantas veces como mi cordura lo ha permitido y ni Ryan ni La Gata imaginan que no me la puedo sacar de la cabeza.

Es una jodida adicción que empieza a asfixiarme. Verla caer es lo que he querido por mucho, pero su cercanía le da rienda suelta a mi instinto.

El camino se vuelve hostil con el ruido del móvil, pero no quiero escuchar a nadie ahora. Opto por apagarlo. Debo utilizar los últimos minutos de cordura que tengo. Después de dos horas en la carretera, las rejas de la Villa se abren para mí. Aparco y me dirijo hacia la cabina de *soldati* que hacen fila esperándome, como es común en un día como hoy.

—Señor —saluda Julian—. Qué bueno verlo. Las cosas se agravaron en estas horas, por lo

que el señor Simone quiere que comande un contraataque.

—¿Cuál es el panorama?

—Invadieron más territorio. La Toscana colapsó. Algunos espías infiltrados de los Ricardi han entrado a Florencia y dicen que habrá coaliciones peligrosas con mafias menores que eran nuestros aliados para organizar una revolución y tomar más tierras a la fuerza. Debemos atacar lo más pronto que podamos.

—Que resguardemos el área no implica que ganemos el juego, menos aún si el otro está jugando con la desesperación. Deja a algunos de los hombres para aparentar en la frontera, resérvate a los mejores y envía a espías también al lugar.

—¿Sin atacar?

—¿Los observadores deben atacar? —suelto, de mal humor.

—No, señor. Tiene usted razón.

Me sigue mientras camino en dirección a la mansión.

—Quiero saber qué terrenos tienen exclusivamente en su poder.

—Massa, Fano y Ancona. Han ido por las periferias; están destruyendo tierras de cultivos de droga, violando a las esposas de los terratenientes, robando niños, dinero y si no detenemos esto ahora...

—Sí, ya lo sé. Me lo acabas de decir.

—Perdone, señor —me hace una reverencia—. Quise decir: disculpe. No era mi intención presionarlo, solo que...

—No te necesito. Realiza las tareas que te indiqué y vete ya.

Se me queda mirando como si le costara segundos procesar lo que le digo y cuando reacciona, se va, asintiendo como un idiota.

Problemas y más problemas. Y francamente, ya me estoy cansando de aparentar. Tengo atravesado en la garganta el hastío que me produce solucionarles la vida para darles más victorias que presumir.

Están en la calle, el viejo no sabe gobernar. El hecho de haber eliminado al más fuerte, Donato Simone, los ha sumido en una crisis existencial que claramente los otros clanes aprovechan, y La Hermandad no los respaldará hasta que entreguen los diamantes, por lo que entran en desesperación.

Es inevitable pensar en qué pasaría si decidiera terminar con todo este embrollo de una jodida vez. La mansión parece deshabitada cuando entro y me paralizo. No hay presencia del viejo, las puertas están entreabiertas, hay cuerdas tiradas en el suelo. Sigo el camino dándome cuenta de que algo está mal.

Se escucha un llanto leve en la habitación de Bianca. Camino rápido y al entrar veo a la muda abrazada a su almohada, haciendo sonidos extraños con sus manos mientras otras personas se

acercan a ella.

¿Qué demonios está pasando?

Hago un puño para no atragantarme de preguntas. Una de las criadas trata de levantar a Cyra, pero la detengo.

Nadie dice nada.

La anciana solo llora y mi razón empieza a colapsar.

—¿Dónde está Bianca?

Es casi una orden para la criada que sí puede hablar, pero también llora.

—¡He hecho una pregunta! —grito.

—S-se… la llevaron a la fuerza, señor. La señorita… Seguro la mataron —dice la criada con voz temblorosa.

Cyra da un grito de dolor y me parece que el infierno arde al instante.



14.
JUEGO DE FUERZAS

Adrian

Sangre. Es lo primero que se me viene a la cabeza.

Contemplo el vacío apelando a la razón, pero el bullicio de los *soldati* que entran intempestivamente en el cuarto resuena en mi cordura.

—Señor, escuchamos gritos.

—Fuera de aquí —ordeno antes de que increpen a alguien—. ¿Están sordos o qué?

Me quedo en la habitación de Bianca con la anciana y otras sirvientas, que siguen en un mar de lágrimas

—Quiero una explicación. Ahora —demando.

—Fue obligada. Su tío se la llevó de los pelos hace horas. La arrastró por el pasillo furioso y golpeó a la señora Cyra cuando intentó detenerlo —explica la mucama.

Lo imaginé. Fue ese demente. La respuesta era obvia.

La anciana se desespera. Toma mi brazo y suplica.

—Por favor, ayúdela. Leonardo Simone se está vengando por lo que pasó con Lion y, si usted no hace nada, la matará.

Puedo sentir cómo crujen mis dientes. Bianca no exageraba cuando decía que su tío nunca iba a dejar de odiarla. Su vida aún representa la competencia que siempre tuvo con su hermano. Mientras Donato Simone brillaba en la mafia haciendo que todos se arrodillasen ante él, el otro siempre terminaba recibiendo las sobras desde que eran críos. Y aunque las tradiciones italianas penalicen el homicidio entre familias, debe haber encontrado la forma de vengarse.

Trato de mantener la cabeza fría. No debería estar preocupándome, mucho menos estresándome por algo que es inevitable, pero todo en mí ahora es una maldita contradicción y ni siquiera me soporto a mí mismo.

—Lo estuve llamando, señor, pero no contestó el móvil —comenta Guido en voz baja cuando salgo de la habitación—. No pude evitarlo.

—¿Dónde está? —pregunto.

—Avisé al señor Erick hace un par de horas, pudo *hackear* algunas cámaras de las zonas aledañas. Dice que la llevaron a un centro de torturas.

—¿Torturas?

—Es práctica diaria de los Simone, al igual que las violaciones a sus rehenes. Las mujeres no suelen salir vivas.

Guido calla cuando llegamos a la escalera y vemos cómo los guardaespaldas del viejo aparecen trayéndola en brazos.

La sangre se me sube a la cabeza. Bajo las escaleras e intento acercarme en un impulso, pero me frenan.

—¿Qué haces, Adrian?

El viejo aparece. Sus ojos parecen traspasar los míos, pero mantengo la calma.

No puede matarla, no con tantos testigos. La Hermandad lo exiliaría y el cobarde primero se orina encima antes de permitir un enfrentamiento que podría arruinarlo.

—Déjenla en su habitación —ordena.

La veo pasar desmayada sin siquiera inmutarme. La sangre gotea de sus brazos, la ropa la tiene rota por la espalda y puedo intuir qué tipo de golpes le dieron, porque luce inconsciente.

—¿Qué pasa? Parece que quisieras asesinarme —ironiza el viejo prendiendo su puro—. Si no te conociera, diría que efectivamente es así, pero uno no debe confiarse de la mirada asesina, ¿cierto?

—¿Qué demonios tienes en la cabeza? —espeto.

—¿Perdón?

—Es mi misión hacer mierda a Bianca, no la tuya. Cuando llegué a esta casa fueron mis condiciones, te advertí que no te metieras en mi camino y veo que estás empezando a olvidar las cosas.

Arruga los labios, furioso.

—Mantén tus límites —me dice.

—Y tú los tuyos que yo no soy tu pelele ni tu soldado. Estoy aquí por algo y empiezo a perder la paciencia.

Sus hombres me apuntan y ni siquiera muevo un dedo. Puedo notar de reojo que Guido toma su arma. El viejo me observa a los ojos, sabiendo que puedo barrer con su circo, pero no quedaría en ridículo una vez más por nada del mundo. Baja su intensidad y asiente, riendo como el payaso que es, pero es claro que no le conviene pelearse conmigo.

—Está bien, muchacho. Te doy la total razón —levanta sus manos en señal de tregua—. Pero no puedes interferir en temas familiares.

—Me valen un carajo tus temas familiares.

—Que estés aquí no te da el derecho de tomar decisiones de capos.

Viejo ridículo.

—¿No eres tú quien quiere que lo sea en vez de tu sobrina?

—Le destruiste la quijada a uno de mis mejores hombres. Perdió dientes, su nariz está desviada e inhala con un respirador. Estoy seguro de que fue culpa de Bianca…

—Bianca no tuvo que ver en esto. Tu pelele no obedeció mis órdenes. Lo haría con cualquiera. Además, me dieron ganas de partirle la cara, ¿y qué?

Doy dos pasos hacia él y puedo sentir la ira en su hocico. Lo impotente que se siente al verme sin poder hacer lo que se le antoja y tengo que hacer puños para contener las ganas de deshacerme de esta lacra.

—Veo que todavía no entiendes a quién tienes enfrente —digo mientras le leo la mente—. Si quisiera, tu cráneo estaría enterrado en el fango ahora mismo. Te arruinaría con gusto quitándote mi apoyo económico, el prestigio de los Petrov que aún mantienen alianza con los Simone cuando todos están desertando y, mucho peor, te dejaría solo en esta guerra contra los Ricardi, pero… no vas a perder a tu mejor aliado, ¿cierto?

—No me provoques.

—No me busques. Si quieres victorias, hazlas a mi manera que no soy tu títere.

—Bianca quiere escapar, ese ha sido su sueño de toda la vida y por eso tuvo el castigo —miente, pero finjo que le creo—. No sabes de sus alcances e ignoras que es una maldita zorra.

—No me interesan tus excusas, ni tampoco lo que le pase a esa maldita niña cuando yo ya no esté aquí. Mi odio hacia ella es tan grande como el tuyo, pero si está en mis dominios, está en mis dominios. Yo tomo decisiones sobre sus castigos. Y a mí no me gustan los metiches.

Levanta la cara, asintiendo.

—Entonces encárgate de terminar de torturarla. Quiero que cierres esa maldita boca estúpida, que llore tantas veces como lloró hoy cuando mis hombres la latigaron.

Aprieto los dientes sin contestar.

—Mañana habrá que enviar *soldati* a un ajuste de cuentas con la mafia y a recuperar lo que nos pertenece —continúa—. Hay una fiesta de beneficencia organizada por los Mancini, exaliados, donde sospecho les cederán nuestras tierras a nuestros enemigos bajo la excusa de una subasta. Quiero muertos a todos esos traidores y que Bianca esté a la cabeza.

—Pero…, señor —interrumpe Julian—. La señorita Simone no está en condiciones.

—Eso no me interesa.

El olor a tabaco con alcohol del viejo me asfixia. Se marcha y detrás lo siguen sus guardaespaldas.

Doy una exhalación profunda, cansado de toda esta mierda. Hay peligro; no solo otros clanes buscan destruirla, sino su propia familia y todavía no tenemos los diamantes. Los Ricardi

empiezan a complicar los planes invadiendo sus tierras, desenfocando mis objetivos. Van arruinándose más rápido de lo que imaginé, pero no es suficiente.

—Quiero que lo sigas —le indico a Guido y asiente.

Tengo que mantener al viejo en sus cabales. Sé que un desliz haría que sospeche de mí, mandando todo al carajo, y ya han pasado semanas desde que llegué a este lugar, por lo que no puedo seguir desperdiciando más tiempo.

Las palabras de Ryan aún gravitan en mi cabeza. Nunca he servido para aparentar cosas que no quiero, pero ahora... debo encontrar la manera de hacer que me dé la información que requiero. Si muere todo habrá valido un carajo.

Llego a su habitación y noto que las luces están apagadas. La vieja muda acaricia su cabello. Al verme, tiembla y luego me haces señas para que me retire.

Nadie entiende su maldita doble moral. Primero pidiéndome ayuda y ahora en contra de mí, pero me vale un carajo.

—Lárgate tú o te meto un tiro —susurro, pero es terca. Entonces la tomo del brazo y la empujo hacia afuera—. No te atrevas a entrar o te quitaré los ojos, vieja histérica.

Cierro la puerta con llave. Siento su perfume. Me acerco a ella lentamente. La miro dormir y evalúo sus heridas, una sensación de furia se apodera de mí y ni siquiera me entiendo.

Suspira con dolor. De pronto parpadea, me mira y hay un amplio silencio que comienza a generar tensión en mi cuerpo.

—Estás aquí… —musita débil—, me duele mucho.

Llora y algo en mí se contrae. Si nadie la cura, entonces se infectarán las heridas.

—Voy a evaluarte. Tengo que romper la ropa que está pegada a la sangre —digo.

Cierra un ojo y noto sus brazos lastimados.

—No es tan profunda. Son golpes y una que otra herida que no necesitará suturarse.

—¿También sumas a tu lista de todopoderoso el ser médico?

—No, pero conozco muchos tipos de látigos y este no fue tan dañino, solo te producirá ardor.

Me mira, aún con lágrimas en los ojos.

—¿También te duelen?

—¿Qué?

—Las marcas que llevas en el pecho... Son heridas terribles.

No contesto. Desvío su atención en otra cosa; corto la ropa de la espalda, veo el panorama completo y empiezo a limpiarla. Vierto agua para quitar el exceso de suciedad, busco medicamentos, pero cuando regreso se lamenta.

—El dolor es mental —prosigo—. Fastidia menos si no te concentras en él.

—Parece que todo lo sabes, todo lo puedes, todo lo haces, pero… nunca entenderías mi posición. Tengo el corazón roto.

—La gente como nosotros no debería tener corazón.

—Pero ¿cómo una se traga el hecho de no poder hacer nada cuando estás condenada a una vida que no quieres?

—Intentas cambiar lo que sabes que nunca cambiará. Solo cuando comprendes dónde pisas, empiezas a ver el mundo diferente.

Tomo una almohada y le digo que la muerda. Luego aplico un medicamento que parece hacer hervir sus heridas. Ella grita ahogadamente y sigo hasta que, en segundos, termino con todo. Mis dedos resbalan por su espalda, está al filo de la cama y un movimiento la hace tambalear, por lo que la tomo en brazos y... se echa en mi pecho, sorprendiéndome.

Me quedo inmóvil, consciente de lo que hace. No sé cómo carajos reaccionar, es la primera jodida vez que una mujer... pone su cabeza en mí y solo quiero apartarla.

—No me dejes... —dice, enrollando sus brazos adoloridos en mi cuello—. Solo es un segundo, lo prometo.

Me exaspero mientras cierra los ojos. Es algo que no puedo soportar. No estoy acostumbrado a que me toquen de esta manera.

—Debes descansar —la aparto—. Mañana habrá que hacer cosas estrictas y yo te seguiré haciendo la vida imposible.

—¿Puedo pedirte algo? —murmura.

—¿Qué?

—Bésame.

La miro fijamente y su boca me desenfrena. Quiero clavarla contra la pared con las piernas abiertas, follármela hasta que mi polla se canse, pero me controlo, aunque aun así mis labios no pueden dejar de ser bruscos con ella.

El beso no dura mucho, solo lo necesario para quitarme el gusto. Me es inevitable tocarla; mis manos son como bálsamos en su piel: se deslizan hacia sus nalgas, pero no puedo seguir perdiendo la cabeza. La dejo en una posición que le permita dormir, sin mirar más atributos de su cuerpo. Me mira confusa cuando me voy sin decir más nada.

Bianca

La noche fue terrible, no pude cerrar los ojos debido al ardor en mi piel, pero al menos los antibióticos aliviaron el dolor de tener que levantarme en estas condiciones.

Ya es de día. Mi espalda y antebrazos arden. Mi vida siempre ha sido un desastre por tratar de cubrir las expectativas de otros, pero si no hago nada por mí, mi realidad no cambiará nunca. Así que no me daré por vencida.

Las mucamas entran para ayudarme a prepararme. Escuché a un guardia decir que hoy los *soldati* irían a las tierras de la Toscana y que yo, herida, me uniría a la misión. ¿Para hacer qué? Ya no me sorprende.

Mi tío no perderá oportunidad de deshacerse de mí y, pensándolo bien, irme de la Villa por un tiempo me ayudará a concentrarme en mis planes.

—Mmm… —me quejo cuando los dedos de la mucama rozan casualmente mis heridas.

—Lo siento, señorita.

Ayudan sin preguntar. No hay terror en sus rostros porque están acostumbradas. Toda esta gente normaliza el castigo con muerte o maltratos y solo respiro hondo cuando me desnudan, pero mi nana entra para correrlas.

—*Yo me encargaré* —ordena Cyra, quien cambia de cara cuando nos quedamos a solas.

No hay palabras entre nosotras, solo acciones. Ella lava mis heridas en agua, me ayuda a disminuir la hinchazón con pomadas, y finalmente a vendar las zonas sensibles después de darme un baño.

—*Ese tipo casi me mata anoche. Me empujó fuera de tu cuarto y me advirtió que no podía entrar o iba a matarme.*

Narra todo con perfecto detalle y me quedo maravillada. Lo último que sería Adrian es un tipo romántico; sin embargo, no sé por qué no puedo quitarme la sonrisa de la cara.

—*Parece que te complace lo que hizo.*

—No exageres.

—*¿No tuvieron... relaciones?*

—¿Qué tiene de malo desear a alguien y tener sexo? ¿Nunca lo has disfrutado?

Se ruboriza.

—*Hace mucho tiempo dejé de pensar en eso.*

—Eso… —sonrío—. Vamos, dilo, tú puedes: sexo. Dilo por su nombre. En señas es así.

Hago el ademán y se pone tan roja como un tomate. Es real, le tiene pánico a la palabra. Entonces mi risa se detiene al recordar que fue violada muchas veces, que tuvo un hijo producto de aquella tortura y que tal vez… esto le haya sido difícil de afrontar.

—Lo siento, nana —la abrazo y cierro mis ojos cuando me acaricia el cabello—. La vida tiene caminos extraños. Tú queriendo a tu hijo y yo necesitando a una mamá. Desearía tanto que hubieras sido tú mi madre.

Me sonríe.

—*No serías quién eres ahora, solo mírate: eres muy hermosa.*

—Tú también eres preciosa.

—*Estoy vieja y arrugada, en cambio tú no. Eres capaz de hacer caer hasta al mismo demonio. Tu belleza es absoluta, hija. Tu padre lo repetía una y otra vez; hizo la mejor creación*

que pudo hacer en su vida. Él creía en ti ciegamente a pesar de los problemas.

—Padre era tan hijo de puta como su hermano.

—Pero estaba de tu lado y ahora que no lo tienes las cosas… se complican. Te mandarán sola al matadero.

—Mi tío no pierde oportunidad para ver si alguien me mata, ya que no puede hacerlo él mismo. Pero esta vez… mis estrategias serán diferentes.

El rostro de Cyra se tensa.

Nunca entendería mis razones. Pelear contra su mente cerrada implicaría un desgaste emocional que no quiero tener ahora, por lo que hay batallas que es mejor evitar.

Me lleva media hora terminar de cambiarme y, mientras voy caminando, puedo observar a lo lejos que algunos *soldati* se alistan para ir hacia el norte. ¿Es peligroso? Sí. Los Ricardi corrompieron a nuestros antiguos aliados, están tomando posesión de nuestras tierras, por lo que ya no se sabe quién está de nuestro lado o quién es solo una coartada.

Hay camiones de carga que irán camuflando armas. Descargan y suben cosas. Ocultan granadas, entre otro material explosivo, amasando ladrillos por si algún espía o la misma policía quiere dar problemas.

—Todos ellos tienen el honor de servir a la dinastía —comenta Julian, que aparece tras de mí —. Nos enorgullecen.

Pero yo solo veo gente con miedo, jovencillos cuyas caras parecen más las de un velorio porque saben que si fallan van directo a la muerte.

—Supongo —respondo sin ánimos de pelear.

—Señorita Simone, hay alguien a quien tengo que presentarle —volteo y noto que un hombre lo acompaña—. Es su nuevo guardaespaldas: el señor Pascual Méndez. Trabajará con usted a su regreso de Firenze.

—A sus órdenes, señorita.

Es alto, fornido, tal vez cincuentón y cuando me mira puedo notar que tiene una sonrisa transparente.

—Mucho gusto.

Cuando voy a darle la mano, se aparta en señal de respeto. Saca una daga haciéndose un corte en la palma para luego arrodillarse frente a mí, jurando:

—Vengo sirviendo a su familia desde que era un crío. Vengo llevando el honor de mil batallas ganadas para la dinastía, pero quiero que sepa que este es el más grande que me han atribuido. Y aquí, junto a mi familia presente, le juro obediencia absoluta.

Le sonrío.

—En mis tempestades y alegrías —prosigue—, con mi sangre, le juro fidelidad hasta que usted decida liberarme.

El acto me parece hermoso. Es el primer soldado mayor que me mira con respeto. Puedo distinguir que lleva tatuada el águila completa, lo cual significa que es alguien honorable para los Simone y que también ha ganado muchas batallas.

Él se ve feliz con Elena, su mujer, quien se mantiene cabizbaja junto al niño lindo, Mateo, quien viene corriendo hacia mí.

—¡Bianca! —me abraza, y apenas si puedo agacharme para recibir el beso que me da en el cachete—. Estás muy bonita.

Se sonroja.

—Tú también. ¿Cómo te has portado?

—Bien, hice todas mis labores. Te extrañé.

—También te extrañé —le devuelvo el beso y se lleva la mano a la mejilla gordita.

—¡Es un sueño! Bianca me dio un beso —alza la voz, exagerando, y Elena le sonríe—. ¿Ahora sí podremos jugar?

—No —contesta una voz por detrás—. En esta casa no se pierde el tiempo con críos inútiles.

Parece que Elena ve al diablo cuando nota quién es, por lo que toma al niño y lo aparta bruscamente. Una sola palabra de Adrian basta para callar a quienes están presentes en el pasillo. Méndez baja la cabeza al igual que Julian y Elena, se mantienen alejados junto al niño que empieza a asustarse cuando lo ve con mala cara.

Idiota. Reniego de lo guapo que se ve hoy con la camiseta blanca y esos jeans que resaltan su figura. Fue grosero y ni siquiera se molesta en disculparse. Su presencia tensa el ambiente y pasa de largo cruzando hacia el jardín mientras su mandadero se dirige a mí:

—¿Quién era ese señor malo? —pregunta Mateo—. Me cae mal.

—¡Silencio! —Elena lo regaña.

—No le hagas caso, así es de amargado.

Le sonrío y de pronto llega uno de los guardaespaldas de mi tío. Es el encargado de llevarme a la arena donde se están ejecutando los últimos preparativos para el envío de los camiones al norte.

Siento cómo mi estómago se retuerce cuando me obligan a cargar ladrillos y parece que Leonardo Simone lo disfruta. Está sentado bajo un toldo con una puta en cada pierna. Se regocija al mirarme.

No voy a seguir su provocación, así que desvío mi vista.

—Hay que traer más materiales de ladrillos, se nos acaba el tiempo para enrumbar los camiones. ¿Qué son? ¿Soldados o señoritas? —dice Adrian.

Su rostro es neutro cuando me ve y me parece observar una especie de demonio ardiente en sus ojos. Me digo a mí misma que puedo obedecer y lo hago, pero pronto siento que mis heridas

arden demasiado. La sangre emana de mi espalda y no voy a llorar delante de Leonardo Simone. No cuando me está sonriendo y disfruta de esta tortura.

—Todavía te falta subir más ladrillos al camión —dice Adrian con voz de mando.

Mis labios se secan. Desfallezco a medida que pasan los minutos. Mis piernas parecen gelatina, se tambalean, apenas puedo sostenerlas. Entonces, como si fuese un espejismo, unos dedos rozan los míos y, en un segundo, Adrian me cambia el peso del material sin que nadie se dé cuenta. Él se mete en el rollo como si estuviera inspeccionando la carga, pero en verdad toma la parte más fuerte de lo que me toca y yo lo miro con una sonrisa.

—Qué mierda haces. Trabaja —me dice.

No puede ser que mi cuerpo reaccione de esta manera con este hombre. Su sola voz hace vibrar mis terminaciones nerviosas. Se pone tras de mí y puedo sentir que se ha dado cuenta de mis pezones erectos. Se ven a través de mi ropa. Dios. Están tan duros que duelen.

—Adrian, necesito estar contigo a solas —mi voz sale apresurada—. Hay algo de lo que me gustaría… hablar.

Giro y me mira con frialdad.

—Nosotros no hablamos, solo cogemos. No confundas las cosas.

Actúo en automático, fingiendo que no me afecta. Los ojos de mi tío vuelven a nosotros. Lo llama a sentarse en el toldo y Adrian acepta a la puta que le presta, dejando que le toque la pierna.

—Es grata su compañía, señor Petrov —le dice.

Y ya no controlo esta extraña necesidad por arrancarle el cuello.

«Is grati si compiñía», la remedo mentalmente.

Maldita perra. Maldito puto.

No soporto verla cerca. ¿Qué demonios me pasa? La garganta me arde al igual que la cara. Él no hace nada por evitarla y yo… no puedo controlar los celos. La respuesta cae como un plomo pesado, dejándome completamente aterrada: me está gustando Adrian Petrov. Más de lo que yo misma puedo controlar ahora.



15.
LA NOCHE DE LOS VELOS

Bianca

Los demonios de mi cabeza me atacan con preguntas que no puedo responder mientras sigo fingiendo que no me importa, aunque no pueda negar esta extraña punzada que crece en mi pecho.

Estoy loca. Es imposible que me guste como para algo más que sexo.

Niego con la cabeza. Es un hombre que ha dejado clara su postura. Que quiere destruirme y al que odio, no puede gustarme para algo más que líos de cama. Tampoco molestarme si está con otra.

Respiro hondo sin saber en qué diablos estoy pensando, aún confundida. No me apetece seguir viendo cómo esa zorra le coquetea a Adrian, ni cómo él no hace nada para apartarla, por lo que evito mirarlos de nuevo.

Trato de distraerme como puedo, cargando más ladrillos y descansando cuando no me ven. Los armamentos están perfectamente camuflados para que lleguen a su destino sin que la policía los decomise. Los *soldati* están listos para partir y es Julian quien me invita a acercarme.

—Esta es una noche definitiva, les daremos un gran golpe a nuestros oponentes. La operación consistirá en camuflarse en aquella fiesta donde se reunirán los traidores e introducir una bomba. La explosión será la señal para que nuestros *soldati* ataquen las fronteras, saquen a los intrusos y les demuestren que quienes sigan queriendo rebelarse, lo pagarán con sus vidas.

—¿Quién de nosotros introducirá la bomba en la fiesta? —pregunta un soldado de la mafia.

—La señorita Simone.

Mi cuerpo se sacude.

—Me reconocerán —digo.

—Es una *fiesta de velos.*

—¿Cómo?

—Tradición de la mafia del norte: una fiesta donde las mujeres cubren sus rostros con pequeñas rejillas de tela negra para que nadie las reconozca. Antiguamente, casaban a las novias de esa manera y solo los elegidos podían descubrir su rostro en la noche de bodas o en un

noviazgo formal. Habrá mucha gente queriendo conseguir un marido por conveniencia, así que nadie se fijará en nada.

—¿Y qué hay de los Ricardi? Podrían estar ahí y reconocerla —agrega Josh, un francotirador —. Están esperando tenerla en sus terrenos para matarla, puede que esta también sea una trampa.

—Lo de hace semanas no fue un enfrentamiento con los Ricardi, sino con la policía. Deben haber tenido una injerencia, pero esta vez es diferente. Esta vez vamos por los traidores en masa —responde Julian.

—Le juramos al amo Donato proteger su linaje. La señorita Simone es la última heredera con sangre real —discute el francotirador.

—Son órdenes del señor Leonardo.

—Con claras intenciones, por supuesto —respondo—, pero lo haré. No soy ninguna cobarde.

Julian sonríe.

—Eso nos alegra el día —asiente—. Al llegar a Massa, dividiremos el equipo en dos: los *soldati* y usted, más un acompañante que simule algún cortejo dentro de la fiesta para que no levante sospechas. Elija a cualquier hombre, señorita.

Me es inevitable volver a verlo. El idiota me clava la mirada como si quisiera meterse en mi cabeza.

—¿Señorita?

—Sí… —lo ignoro. Podría elegirlo, afirmando que se necesita a alguien superior para esta treta, pero no lo hago. Por el contrario, solo doy un vistazo rápido y elijo a un muchachito que se atemoriza cuando mis ojos se posan en él—. Enzo.

Leo su nombre en la inscripción de su ropa. Cada soldado de la mafia siciliana tiene en el cuello los dientes de las personas que han matado, pero este no tiene ninguno y se sorprende cuando lo señalo.

—Mis señores —dice Julian—, la señorita Simone está lista y ya eligió a su acompañante.

La mirada de Adrian se fija en el muchacho que tiembla al sentirse observado. Por Dios, apenas debe tener dieciocho y empiezo a pensar que tomo decisiones apresuradas.

Estoy poniéndolo en peligro. Pero ya no hay marcha atrás.

—Los autos están listos —dice Adrian—. Que se vayan de una buena vez los animales.

Me muerdo la lengua para no contestarle, fingiendo que no existe. Es claro que me está provocando y yo… no puedo más con esta punzada triste que crece en mi pecho.

Pero no es el mejor momento para ordenar mis ideas.

Subimos a los autos como si fuéramos pollos apilados, pero mi rostro no expresa molestia, eso sería darle gusto a Leonardo Simone; por el contrario, me mantengo neutral hasta que una mucama me trae una maleta con ropa y partimos junto con los camiones.

Nadie dice nada en los próximos minutos. Al experimentar una vida como la de ellos entiendo

lo mucho que les falta porque los han tratado como basura durante mucho tiempo.

Son casi cuatro horas de camino en autopista. Viajar por tierra es asfixiante cuando ni siquiera se puede inclinar la espalda en el asiento, pero ir en avión levantaría demasiadas sospechas. Aunque el tiempo parece no ser eterno cuando los *soldati* empiezan a relajarse. Hablan y bromean entre ellos, por lo que resulta imposible no escucharlos.

Sus voces contagian las de los demás y lo que tendría que ser un suplicio se vuelve una canción de guerra con un ritmo que solo me hace sonreír.

—¡El que no tome el arma es un Ricardi! —grita un soldado avezado, tirando la pistola que se esmeran por tomar todos.

—¡Cuidado con la señorita, imbécil! —dice uno de ellos. Entre todos se fastidian, pero no dejo de sonreír—. Perdónelos.

Es una extraña fascinación la que experimento al verlos odiar tanto al enemigo como yo. Lo insultan, maldicen, incluso escupen cada vez que se le menciona, por lo que empiezo a pensar que las intenciones de mi padre por criar lo que siempre llamó *ahijados*, más que trabajadores, empieza a cobrar peso en mi cabeza.

—En la escuela nos enseñan a odiar al enemigo —comenta Enzo, el muchachito tímido que apenas me mira—. Hay todo un semestre de honor al imperio del águila.

—Ya veo.

—¿Está bien? Se ve un poco triste.

—No —me obligo a sonreír—. Es solo… un poco de dolor en la espalda.

—Mire —saca un cuaderno de una mochila—. Tal vez esto la distraiga un rato.

—¿Dibujas? —me impresiono—. Es hermoso.

Asiente.

—Este es el tatuaje que anhelo, uno del águila completa. Pocos *soldati* lo tienen. Para eso espero llegar a ser como el señor Lion, que ascendió desde que era un crío.

Recuerdo lo desagradable que fue crecer con ese idiota. Es triste ver que le tengan respeto.

—¿Anhelas poder, entonces? —pregunto.

—Solo podemos servir a la dinastía y conseguir lo que todos queremos: vencer a los Ricardi, aunque el privilegio de matarlos con un arma debería ser suyo. Y va a ser suyo un día. Tal vez debería empezar por la mujer.

—¿La mujer?

—¿No lo sabía? Los Ricardi tienen una hermana.

—¿Cómo?

—El mayor y líder actual del clan Ricardi es Emilio, el intermedio es Maurizio, y la menor es la que dicen que está muerta, pero todos sabemos que la protegen.

—¿Por qué la protegen?

—Si la matan, sería más fácil vencerlos. A diferencia de los Simone, para quienes el clan se hereda por el primogénito, sea hombre o mujer, con los Ricardi es diferente: se hereda por mujeres, abuelas, madres e hijas. Se dice que las Ricardi son tan aguerridas como sangrientas, aunque otros aseguran que también son brujas, debido a su belleza. Son una raza de rubias o castañas, como ángeles, ninguna tiene cabello negro.

—Ya veo…

Me quedo pensando. Todo lo que sabía de los Ricardi se centraba en el hermano mayor, no en los menores. Arqueo una ceja hasta que el chico me devuelve la mirada con miedo.

—Puede que haya espías esta noche, tal vez uno de ellos esté merodeando, ya que han entrado en Massa. ¿Cree que yo… soy digno de ser su acompañante?

—Por supuesto, Enzo.

—Tal vez el señor Petrov sería el más indicado para este papel, señorita —confiesa.

—Sería difícil con él —interviene otro, bromeando—. Todas las feas con velo se le tirarían encima. Todas quieren tener sus millones.

Ríen.

—¿Millones? —pregunta otro.

—Un Bugatti no lo tiene cualquiera, y tampoco es gratuito lo que dicen por ahí: que es tan inteligente que prefiere estar solo. El señor Petrov no tiene miles de guardaespaldas detrás porque no los necesita; una bala que salga de su arma destruiría a un ejército de idiotas en el acto. Tampoco es que alardee de palacios, pero… se caga en dinero sucio. Y sigue siendo un misterio.

«Un misterio irritante», pienso.

Evito mencionar su nombre y cambio de tema. Los *soldati* confían en mí. Pese a lo sucedido en mi cumpleaños, siguen creyendo que soy su líder y eso me saca una sonrisa.

Esta noche será perfecta para mí. Venceremos.

Por primera vez en mucho tiempo paso horas en un auto, disfrutando de una conversación que me hace olvidar mis preocupaciones. Sin darme cuenta, llegamos a Massa, la frontera con Bologna, tierra del enemigo.

—Ya era hora —dice Julian, abriendo la puerta del auto un tanto molesto—. Entren a los campos, rápido.

Ha llegado antes en el otro auto que condujo a la velocidad de la luz. Su mal humor me crispa, y el ambiente no mejora, especialmente porque el cielo se oscurece antes a pesar de estar en verano.

Le doy una ojeada a las calles de piedra antes de que nos encierren. Miro a la gente común que compra pan en un mercadillo cercano y recuerdo que en algún momento envidié sus vidas libres.

Una pequeña alarma suena mientras entramos en un convento. Las monjas nos saludan y no entiendo nada. Hay santos por todas partes y los *soldati* caminan de frente. Grande es mi sorpresa al darme cuenta de que esta congregación es cómplice de la mafia, ya que tiene un patio secreto donde los *soldati* descargan las municiones.

—¿Un poco de agua? —pregunta una madre superiora.

—No, gracias.

—Un informante dijo que hubo movimientos extraños —comenta un hombre alto con sotana que llega apresurado.

—Es el soldado encargado de resguardar las fronteras —dice Julian, presentándomelo—. Gregorio Torrelli.

—Un gusto, señorita —dice y me hace una venia. Es clara su preocupación—. Necesitamos apresurarnos, la fiesta de los velos inicia en cuatro horas.

—¡Muévanse ya! ¡Saquen sus armas de los ladrillos y vístanse! —exclama Julian.

—Señor, ¿quiénes irán como observadores? Necesito que organice su equipo ya. Desde hace una hora mis hombres ya no se dan abasto, pues la ciudad está infestada de extranjeros no mapeados que creemos son gente de Ricardi. Nunca se ha visto tanta novia en Massa —dice Gregorio.

La cara de Julian se tensa.

—Quienes lancen cuchillazos perfectos al blanco se van a la batalla; quienes no, se unirán a tu equipo de chismosos. Todos —ordena—. Una fila con tiro al blanco.

Enzo me mira, temblando.

—Tú puedes —le sonrío amistosamente.

—Soy nuevo en esto. No creo poder.

—Vas a poder.

—Tú —lo llama Julian—. Ahora.

Enzo hace el tiro, pero la daga cae en el borde.

—Un tiro mediocre —dice una voz que rebota por mi espalda y de inmediato siento que se me eriza el cuerpo.

Distingo su perfume, mis oídos captan las pisadas que se detienen tras de mí, dejando paralizados a todos los presentes.

—Señor Petrov —Julian se sorprende—. Pensé que... no iba a venir.

—Recibimos información de último momento —contesta un guardaespaldas de mi tío que lo acompaña—. Vieron a un Ricardi merodeando el lugar. Tuvimos que venir de emergencia.

—El acompañante de la señorita Simone debería ser el más importante entonces, capaz de dar tiros pulcros además de hacerse pasar por su pretendiente. Comprenderán que no podemos

arriesgarnos a que alguien se acerque mucho a la señorita Simone —agrega el hombre de sotana —. Ya no tenemos mucho tiempo.

Nuestras miradas se cruzan y su rostro parece de hielo. Podría jurar que nada pasaría si no fuera por cómo sus ojos cambiantes se oscurecen al verme cerca del muchacho.

—Ya tengo uno —hablo y todos me miran—. Es Enzo.

Adrian endurece la mandíbula.

—No, no sirve. No va contigo, punto.

—Su tiro fue casi limpio —respondo, retándolo—. Yo lo escogí, me siento cómoda con él, así que deseo que vaya.

—A mí no me sirven los casi algo ni las medias tintas, no dio la talla —responde Adrian, enojado—. Su tiro fue ineficiente.

—¿Es esta una excusa más o abuso de poder, profesor?

Todos se miran en silencio. Saben que aquí arderá Troya.

Lejos de pelear, lo único que hace Adrian es ignorarme como si no le importaran mis opiniones.

—Largo —le dice a Enzo, pero este reacciona sin pensar, tomándome de la mano porque le teme. Adrian no le quita los ojos de encima.

—Irá conmigo —asevero.

—Vamos a ver si puede —Adrian toma su arma y le dispara en la mano, obligándonos a separarnos.

El chillido de Enzo es desgarrador.

—¡Idiota! —grito encolerizada y trato de ayudar al muchacho.

El hombre de sotana corre a brindarle primeros auxilios, mientras que el energúmeno se larga. La cara me arde de frustración, pero… ¡mierda!, no hay tiempo para quejarse, por lo que mis pensamientos se enfocan en ayudarlo. Los *soldati* colaboran trayendo hielo, vendas, alcohol y otros implementos para evitar que la herida se infecte, y sus gritos son tan altos que no lo soporto.

—La bala le acaba de destruir la mano. Está corriendo mucha sangre —lo examina un soldado —. Guau…, qué gran tiro. Solo los grandes profesionales logran atinar a…

Lo miro con cara de mierda.

—De-decía que si el sangrado continúa no hay forma de que la acompañe esta noche sin despertar sospechas —se corrige.

Me asfixio de la ira. Lo hizo a propósito.

—Perdone, señorita —responde Enzo en llanto.

—No, nada que perdonar. Vamos a limpiar esta herida.

Mis mejillas explotan de irritación al ver al pobre chiquillo derramar lágrimas, temblando de

miedo.

Las próximas tres horas le damos primeros auxilios. Mientras la bala siga dentro correrá peligro y tiene que aguantar el dolor de una operación rápida para no levantar sospechas. Maldito cavernícola. Llevo mi mano a la cabeza, angustiada por la hora. Entonces caigo en cuenta de que será imposible que pase desapercibido.

Me pide perdón y no puedo negarme a liberarlo de esta responsabilidad, ya que es todavía un niño. Lo dejo estable, regreso al hotel y apenas puedo terminar de vestirme para la noche de los velos con el conjunto que Julian dejó en mi puerta hace horas.

—Le dije que el muchacho podía quedarse solo —comenta mientras me persigue—. Tiene que apresurarse.

Vamos tarde, eso es seguro. La hora se me va mientras me pongo el vestido negro, cuidando de cubrir las heridas que aún siento en mi espalda y de camuflar el dispositivo que llevo en la oreja como un arete.

La idea es pasar desapercibida y he de aceptar que el traje fue bien pensado: es largo, con un ligero vuelo y una abertura en la pierna que lo hace elegante. El cabello lo llevo suelto para no llamar la atención. Mi maquillaje es sutil y los labios los tengo rojos porque es tradición de la casa.

Las fiestas en Italia no son de mi completo agrado por lo excesivamente tradicionales. Estoy acostumbrada a las de América, pero esta es una misión que voy a ganar como sea, porque los *soldati* creen en mí y no voy a decepcionarlos. También será un duro golpe contra los Ricardi.

La piel se me endurece cuando los recuerdos acechan al traer su apellido a mi mente. Me la deben. Esos hijos de puta no se saldrán con la suya. Quiero arruinarlos tanto como lo hicieron conmigo cuando me secuestraron de niña.

«No, por favor…».

«Péguenle más duro. Y maten a sus amigos, a todos los que ella aprecie».

Los gritos todavía los tengo incrustados en mi cabeza, al igual que la sangre inocente que fue derramada por mi culpa.

«Mataré todo lo que quieras, todo lo que sueñes y ames un día. Eres como una flor que se marchita: no crece. Y yo seré tu peor espina hasta que te encuentre y te mate».

Mi entrenamiento caló y, aun siendo pequeña, logré escapar de sus garras.

El reflejo del espejo me devuelve mis verdaderos ojos mientras mis nudillos se tornan blancos por la presión que hago contra la mesa. Me juré destruirlos, voy a hacerlo.

Esta conexión, la familia Mancini, es importante para su imperio y yo voy a joderla. Ya es tiempo de irnos. Me pongo el velo sujetándolo de mi cabello y es perfecto; no me obstruye la vista, es elegante y con la rejilla negra parece que fuera a un funeral y no a una fiesta casamentera.

Quince minutos tardamos en llegar a este pueblo pequeño y procuro enfocar mi mente en ello. Mi cabeza tiene mucho en qué pensar últimamente, pero no dejaré que nada me ponga triste esta noche.

Llegamos cuando el baile inicial ha empezado. Es tradición bailarlo antes de la subasta para que la gente se conozca, y las mujeres que veo lucen siluetas hermosas. Julian me deja a una distancia prudente. Al entrar, siento que hay movimientos extraños, por lo que trato de ser precavida y caminar como si fuera novata.

—Damas y caballeros, ¡bienvenidos al Festival del Velo! —anuncia el presentador.

Finjo no conocer a nadie, hay *soldati* camuflados, y espero un rato, reparando en quienes se me hacen conocidos. Malditos traidores.

El salón es esplendoroso, la decoración exquisita y, aunque la música antigua no es tan de mi agrado, me relajo con un poco de coñac mientras veo a los galanes que sacan a las muchachas para probar suerte en el baile. Como si la vida en la mafia fuera deliciosa.

—*Señorita Simone, no se salga de su foco. Ponga el dispositivo en el baño, un soldado se acercará ahora* —escucho por el auricular.

Me siento como en una de esas películas antiguas. No les doy la mano a los hombres que vienen por mí, pero sí al soldado que pasa y conversa conmigo sin acercarse mucho.

—Hágalo rápido, nadie desconfía de una mujer —me da el dispositivo con la microbomba—. La alerta la lanza usted misma. Tóquese el cabello cerca de la ventana, esa será la señal. La bomba se detonará cinco minutos después de que usted salga.

—Bien —vuelvo a tomar—. ¿Qué? ¿Tengo monos en la cara? Acércate a mí, tienen que pensar que me cortejas.

El soldado respira nervioso.

—El señor Petrov dio órdenes precisas… y no quiero contradecirlo.

—¿Órdenes precisas? —mi mente se altera.

—No podemos mirarla, mucho menos tocarla y la verdad es que no quiero problemas, sobre todo porque está aquí, observando. Justo a la derecha.

Algo en mí se enciende cuando lo dice, y más cuando se larga temblando.

No puede ser que este imbécil haga lo que quiere y se salga con la suya así de fácil.

De reojo, puedo sentir su presencia, su perfume, así que termino el vaso de coñac y me dirijo furiosa al baño para finiquitar esto.

—¿Bianca? ¿Eres tú? —dice una voz femenina que me ataja. Mierda, mierda, mierda. Es Lucía, la mejor amiga de los herederos Mancini—. Podría reconocer tus ojos y tu escultural cuerpo a lo lejos a pesar de que todos estamos con velos.

Le sonrío. Los *soldati* camuflados me miran tensos, saben quién es. Se mueven sutilmente y siento una gota de sudor por mi espalda.

—Hola —le digo.

—Me dijeron que hubo un atentado el día de tu cumpleaños, al que no me invitaste, por cierto —ríe—. ¿Esto es una especie de... reparación? ¿Estás en mi fiesta para disculparte?, ¿o porque yo organicé este evento?

Su fiesta. Qué patética es. La miro y noto en sus ojos tensión.

—Es una especie de reparación, sí —le sigo la corriente—. Y claro que hubo un atentado... Las personas importantes siempre nos exponemos a ello.

—Siempre tan creída. Como todos los Simone.

Trago saliva al notar que otros voltean.

No puede ser. Sudo frío, las manos se me agarrotan. Si se dan cuenta, huirán; saben que Leonardo Simone va a hacer algo contra los traidores y, si está aquí algún Ricardi, esto terminará peor, por lo que debo actuar ahora.

—Como los Mancini y toda la mafia —fuerzo una sonrisa—. Disculpa.

Me excuso girando el cuerpo contra la mesa para tomar más alcohol mientras mi mente entra en crisis. ¡No hay tiempo para llegar al baño ahora! Los ojos de algunos *soldati* se inquietan, los que me hablan por audio exigen que cumpla, así que me toco el cabello siendo lo suficientemente clara para que noten que colocaré el dispositivo aquí mismo y las voces en el auricular no dejan de exaltarse.

—*Señorita Simone, ¡tiene que ir al baño! ¡Déjelo en el baño!*

Pero no hay más tiempo. Sé que será visible en algún momento por la luz que despliega, también que hay muchos testigos que me miran, pero jamás imaginarán que me voy a atrever a colocar un dispositivo bajo la mesa, así que lo hago hasta que se escucha un ruido.

Diablos. Un soldado improvisa, tumba a una chica de la cual todos se burlan y, cuando las miradas ya no están en mí, finjo golpear mi vaso contra la mesa para disimular el clic del dispositivo al insertarlo.

—Ven… —Lucía me toma del brazo— …te presento a Bruno Mancini, ¿lo conocías? Apuesto a que no. Ella es… Bianca Simone.

Maldita perra, lo hizo a propósito. Quiere evidenciar mi presencia y los ojos de Bruno se encienden; sin embargo, noto que me mira los senos. Conozco la mirada de un hombre al cual le pesa más la polla que su vida, por lo que le sonrío, astuta.

—Salud —coqueteo. Maldita sea, me parece horrible—. Trago completo, no hagas trampa.

—Solo si tú también tomas, preciosa.

En vez de tomar una copa, agarra la botella, llevándose el pico a la boca.

—Te toca —dice e intenta hacer lo mismo conmigo, pero no lo dejo. Entonces, se pasa la botella por sus genitales, subiendo por su ombligo hasta que me la pasa—. Así te sabrá mejor, tenlo por seguro.

Patético.

—No me gusta ese vino.

—Entonces te traigo otro.

Se aparta solo un momento mientras Lucía me sonríe y… veo que no tengo más tiempo. De reojo, noto la luz roja del dispositivo parpadeando cerca de su pierna. Tengo que salir de aquí ahora. Las manos me sudan, el estómago se me contrae y, en una milésima de segundo, hubiera podido avanzar si no fuera por la mirada curiosa de Lucía.

—Hay un tipo que no ha dejado de mirarte —susurra—. No me digas que es tu galán porque te lo pediría prestado.

Giro y puedo saber que es él: Adrian, en una esquina del salón de baile con cara de mierda.

—Ha estado ahí desde hace mucho rato y parece que solo tiene ojos para tu escote —continúa —. Cuéntame quién es, ¿un pretendiente?

—Nadie —digo, sintiendo cómo los ojos me pesan.

—Jamás lo había visto por aquí; digo..., no sé, se ve como de *guapolandia*. Debe ser más hermoso sin máscara. Ya dime quién es.

—No es nadie —repito.

—*Oh, my god*… —se lleva las manos a la boca—. Ahora no deja de mirar a Bruno. Parece que sus celos lo matan.

«Parece que sus celos lo matan». Mastico las palabras en mi cabeza.

¿Celos?

—Este te encantará —dice Bruno Mancini a mi espalda mientras siento que el trago se me sube—. ¿Qué pasa, preciosa? ¿Por qué esa cara? ¿No te quieres quedar conmigo? ¡Eh, Bianca Simone está aquí! —grita.

Aprieto la mandíbula esperando que se calle, pero su boca se estampa contra la mía, forzando un beso que recibo con enojo.

Su lengua es áspera y me sabe a mierda. No sé si es el alcohol, el pánico o la rabia, pero mis labios no dejan de seguir a los suyos y, cuando menos lo pienso, el puño de Adrian se incrusta en su nariz, golpeándolo con una brutalidad que deja a todos con la boca abierta.

Intento detenerlo, pero es una bestia. Está fuera de control, y si mis miedos se centraban en que no nos descubrieran, ahora todo se va al carajo cuando lo avienta a la pista de baile y le dispara.

—¡Los Simone! —grita alguien y enseguida un ruido azota mis tímpanos.



16.
INESPERADO

Adrian

Caos. Eso es lo que últimamente proyecto en mi cabeza.

Reniego de estar aquí en este maldito momento. Reniego de la ira que me carcome impulsivamente. Reniego de la imagen que tengo día y noche: *su culo rebotando en mi cintura, sus besos, sus palabras,* porque no puedo sacármela de la cabeza.

—Ahora —digo por mi auricular mientras la tomo del brazo, aunque no quiera—. Cortesía de la casa Simone para sus traidores, que en paz descansen.

Los *soldati* aparecen, apuntándolos, y me bastan pocos segundos para salir con ella al hombro antes de que estalle la balacera masiva.

Uno, dos… *Muerte.* Mis oídos escuchan las balas entrar en el cuerpo de los traidores mientras los gritos allanan nuestra huida. La liberación se siente como una corrida reprimida. Disfruto el olor a gasolina y la destrucción cuando explotan la casa y miles de partículas de cemento se esparcen, obligándonos a caer en la tierra.

—¡Suéltame! —grita Bianca cuando mis brazos la cubren.

Se levanta furiosa y, evidentemente, picada. Se pierde entre los arbustos y tengo que tragar aire para poder tolerar sus majaderías; además de sentirme como un imbécil cuando le sigo el paso.

—Yo no soy tu maldito pelele para seguirte adonde se te antoje —digo enardecido, pero sigue caminando—. ¡Te estoy hablando!

La tomo del brazo, obligándola a voltear y me encara, furiosa.

—Pensé que nosotros no hablábamos. Pensé que solo cogíamos.

Maldita sea. Tiene la facilidad de sacar lo peor de mí en segundos.

—Empiezo a perder la paciencia contigo.

—Pues entonces lárgate y déjame sola. Arruinaste mi misión. Felicidades, lo lograste. Adrian Petrov y su ego de mierda siempre por encima de todo.

Trata de zafarse, pero no la suelto.

—Actúas como los hombres que he detestado toda mi vida: imponiendo tu voluntad. No te bastó con la vida de David, ahora hieres a Enzo de un disparo en la mano y, no contento con ello, acabas de joder mis planes con Bruno en una misión que era mía.

—¿Tanto te importa ese infeliz? —siento que pierdo la cabeza—. Lo besaste. Te besó.

—¡No tengo por qué darte explicaciones!

—¡Desobedeciste mis órdenes!

—¡Al carajo tus putas órdenes y malditas excusas!

Trata de irse y, lleno de ira, la acorralo contra un árbol. Mil revoluciones pasan por mi cabeza haciendo que me sienta caliente. No controlo lo que empiezo a sentir, lo que empiezo a pensar, la rabia que se concentra en mis puños con una total impotencia.

—¿Vas a matarme? —jadea, llorosa, mientras mi mano la sujeta del cuello—. Entonces hazlo ya y termina con todo esto.

La suelto y doy un golpe contra el árbol. No soy dueño de mí cuando me estampo contra su boca para besarla. ¡Joder! Me desespera. Parece que sus piernas temblaran bajo mi tacto. Los gemidos que a ambos se nos escapan son exquisitos: llenos de fuego, enojo, pero es todavía más fuerte la oleada que nos recorre cuando nuestras lenguas se devoran.

La odio y ella me odia. Pero esta *peligrosa atracción* está mandando al carajo todo. No sé qué está mal, si soy yo o ella. Si es ese maldito culo que se me viene a la mente o esa forma de desafiarme la que me enerva. Lo único cierto es que esta niña ha roto todas mis reglas y estoy desenfrenado, ido, completamente loco.

Recordar el beso con ese infeliz me hace querer impregnarla de mi sabor. La frustración de no poder cogérmela me enerva, y más cuando se pone en mi contra con esa gran boca que solo se me antoja comer cuando me desafía.

—Basta.

Se separa de mí abruptamente para respirar y me mira como si fuese un puto psicópata, sin saber que en mí existen pensamientos más oscuros que los de un simple demente.

Tengo que matarla, quiero matarla y, a la vez…, ponerla en cuatro, pero esta contradicción me está consumiendo.

No veo la hora de abrirle las piernas para darle duro. Su aliento aviva mis ganas de besarla, mi polla se endurece y puedo sentir cómo su cuerpo tiembla junto al mío. Aproximo mi nariz a la suya, envolviéndola en un beso con lengua. Sus uñas se entierran en mi carne tratando de rehuirme, pero es más fuerte el deseo que sé que tiene y se abandona.

—Adrian…

Intenta tocarme, pero no la dejo; por el contrario, atrapo sus manos inmovilizándola mientras paso mis labios por la línea vertical de su pecho y, maldita sea, muero por saborearla.

Llego a sus pezones, perfectamente redondos, rosados, con ese sabor único cuando se erectan

para mi lengua. Los muerdo presionando la corona y se arquea, pero estoy tan ido que no soy dueño de mí, porque mi polla está tan hambrienta que no lo soporta.

—Yo… —ella balbucea.

—Juro que no te soporto —le digo.

Me aseguro de que sus piernas estén completamente abiertas para mí cuando la subo en mis caderas mientras succiono sus pezones y paso la mano por su sexo humedecido.

Ella me golpea. Estoy tan duro que no sé cómo diablos respiro. Me deshago del pantalón como sea y, cuando cae hasta mis tobillos, masajeo mi miembro delante de ella, llevando la punta hasta su canal para penetrarla con fuerza.

Mierda, sí…

Pierdo el control cuando estoy dentro. Está tan apretada y yo tan caliente que no tengo escapatoria. Me muevo rápido, sintiéndola mojada, le doy duro sin tiempo de reclamos y suelta un suspiro mientras la embisto como un loco. Es imposible no hacerlo de otra manera.

—Espera... —dice y capturo su labio inferior para morderlo.

Mi polla rebota en su sexo de manera perfecta y el sonido de la fricción de nuestros cuerpos me prende. El frenesí que desata no lo controlo. Su sexo está tan caliente e hinchado que se me hace agua la boca, pero son más fuertes mis ganas de consumirla mientras sus uñas se entierran en mi espalda y cabalga en mi polla.

—Dios… —dice, jadeando.

Las penetradas se vuelven más rápidas, el quejido de sus labios más agudo al igual que el gruñido que guardo en mi garganta porque vamos a venirnos. De a empellones la clavo con fuerza, sintiendo una oleada profunda que se inserta en mi espina dorsal hasta que la siento contraerse y nos corremos juntos.

Mierda. Me he venido en ella, empapando su sexo como nunca lo he hecho con una mujer. *Pasó de nuevo.*

El olor del bosque es un afrodisíaco cuando su corazón galopa con el mío. Empieza a relajarse poco a poco mientras suelta con lentitud mi espalda y aparta la mirada al sentirse empapada por mi tibieza.

Es incómodo. La he follado perdiendo el control y eso en mi mundo solo significa una cosa que me perturba.

—Señor, ¿está ahí? —se escucha en las radios. Me salgo de ella.

—Sí —contesto. Ni respirar me dejan.

No caímos lejos de la explosión. Hay humo en el aire, así que puedo intuir lo que pasa.

—Estamos atacando casas enemigas. Hemos recuperado nuestras tierras, pero algunos llegaron a escapar, por lo que los estamos cazando, así que deben irse ahora mismo.

Hago un gesto de fastidio y termino de cuadrar vías de escape sin quitarle la vista a Bianca,

quien después de arreglarse la ropa se lleva las manos al rostro.

El ardor en sus ojos es notorio. Doy algunas órdenes más y siento una tensión cuando volvemos a mirarnos.

—Ya escuchaste. Hay que irnos.

Empiezo a caminar, pero ella se queda quieta.

—No quiero más de esto —dice, con la voz entrecortada.

—¿Qué?

—Seguir follando.

Inhalo hondo, impaciente.

—Te gustó, me gustó. Punto.

—No así. No de esta forma. A partir de ahora… —continúa— solo… me limitaré a tratos profesionales contigo. Y no te meterás en mi vida, ni con quién ande.

—Bien, pero no tocarás a nadie más —digo, impulsivamente.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo.

Sigo caminando y me sigue.

—¿Qué clase de maniático eres? —alza la voz. Su chillido me fastidia.

—Mi misión es hacerte la vida una mierda. Además, estás a mi cargo. Y si quiero vives o mueres.

Entreabre los labios furiosa, frenándome.

—No tienes derecho a hacer estas estúpidas escenas. No eres nada mío.

—No necesito serlo.

—¡Ya deja de poner malditas excusas! —explota—. ¡¿Tan difícil es para ti aceptar que no soportas tus celos porque te gusto?!

Mi mente se nubla, y entonces la miro... Son los ojos azules más brillantes y profundos que he visto en mi vida. Indescriptibles, un par de diamantes que congelan y me enferman.

Me jode, sí, toda ella. Me aloca la forma de sus pestañas. Pierdo la cabeza cuando beso sus labios... y se enciende mi maldita necesidad de ella.

—Y si fuese así, ¿qué? ¿Qué pasaría si me gustaras? —respondo.

Su boca se abre en señal de asombro y recuerdo las palabras de Ryan: «Tienes que convencerla, hacerle creer que estás de su lado… Enamórala». Es la lógica que le encuentro a lo que sale de mi boca impulsivamente.

Lo he dicho, por la razón que sea, pero lo he dicho.

—No lo entiendo —dice con voz llorosa y me enfrenta—. Te gusto, me odias. Cogemos y luego me vuelves a odiar. A veces eres tan bueno conmigo y otras… tan cruel que solo me recuerdas la vida miserable que tengo. ¿Qué es lo que buscas?

Me empuja rabiosa y la callo, llevando su rostro hacia mí.

—No soporto que nadie más te toque, que nadie te huela, que nadie te bese —digo, con ira—. No me gusta compartir. Eres mía, Bianca Simone, hasta tu último aliento.

Veo lágrimas en sus ojos y, por alguna razón, me incómoda. Me sorprende su fragilidad cuando la he visto más fuerte. Me sorprende la inocencia que muestra cuando ha sido una perra en la cama. Me sorprende su valentía cuando ha sido vilmente maltratada y humillada. Intenta alejarme con sus manos, pero la callo con un beso que revienta nuestras bocas.

El gemido que sale de su garganta altera mi cordura. Joder, acabamos de hacerlo. Acabo de cogérmela y ya me prendo con solo deslizar mis manos en su cintura y entrelazar nuestras lenguas. Pero un ruido nos separa. La balacera que empieza a formarse no da tregua. Reniego hastiado de tanta porquería.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando mi rostro no emite otra emoción más que de fastidio.

El móvil me acaba de vibrar y mi cara fue obvia tras el mensaje recibido.

—Vieron a un Ricardi escapando hacia el norte. Ahora mismo.

Clavo la vista en la pantalla del móvil y ella entreabre los labios.

—No —la tomo del brazo cuando se mueve—. Sin tonterías, niña.

Sus ojos brillan de ira.

—Esta es mi oportunidad para cazarlo. Debió estar camuflado en la fiesta de los velos. Tal vez está herido e…

—¿Indefenso para que lo mates? —presumo su respuesta—. Regla número uno: no seas predecible cuando el enemigo espera que lo sigas. No es bueno estar sin armamento en medio de tierras peligrosas y menos de noche. Ya no es tu batalla ahora, ya hiciste tu parte. Los *soldati* se encargarán de joderlos.

La preocupación no desaparece de su rostro; por el contrario, aviva su furia, una que arde en llamas en esos ojos y sospecho que algo trama.

—Andando —soy insistente.

Caminamos entre la grava y agradezco que se mantenga en silencio. Follar me ha relajado completamente, tanto que por un momento olvido que estamos en medio de una batalla entre dos clanes sanguinarios que buscan la dominación de Italia.

La operación fue medianamente exitosa; fueron pocos los que escaparon. La fiesta de los velos explotó con todo su nido de ratas. Ahora los *soldati* entran de forma violenta en los pueblos fronterizos para recuperar lo que les pertenece y, de paso, invadir tierras del enemigo como represalia, por lo que habrá que ver la manera de regresar a la Villa pronto.

Reviso los últimos informes de Julian y el panorama aéreo no es para nada alentador. Fuego es lo que se resume en las fronteras. Italia está acostumbrada a sus líos de mafias, por lo que han

cancelado los vuelos por veinticuatro horas y los clanes menores deben haber cerrado también las carreteras.

—¿A dónde me llevas? —pregunta, mientras sigo recibiendo noticias por el móvil.

—Solo camina.

—¿Siempre eres tan amargado?

—¿Y tú tan latosa?

Me pone los ojos en blanco. Me saca de mis casillas. Decido ignorarla.

Abro el mapa, concentrado en todo lo que se viene, y después de largos minutos encuentro lo que busco, semioculto entre un sendero de árboles.

—¿Un motel? —dice, levantando una ceja.

—Es lo que hay. Mañana regresaremos a la Villa. Si todo sale bien, enviarán un avión al amanecer —explico—. Esta noche habrá sangre. Hay que esconderse mientras ellos se matan. Lamentablemente, estás bajo mi protección.

Medio sonríe.

—Um… claro —juega—. Me jodiste la fiesta, así que exijo una compensación, Rambo.

—¿Qué quieres?

—Llévame a bailar.

Frunzo el ceño y sigo el camino. No estoy para lidiar con dementes.

—¿Ahora eres sordo? Ya sabes lo que quiero.

—Yo no bailo.

—¿Nunca?

—No. Y no quiero sorpresas esta noche —le doy una clara advertencia antes de entrar al motel.

Una anciana nos atiende. Se queda perpleja cuando mira nuestra ropa, pero más cuando le digo que le pagaré todas las jodidas habitaciones para que nadie más entre al motel esta noche. Pido que se apresure hasta que cuelga el cartel de cerrado y, en segundos, estamos en la habitación más escondida. Tiene una ventana con cortinas que mantengo cerradas, un sillón modesto junto a la cama de dos plazas que Bianca rodea hasta llegar a la botella de licor que dejó el motel como cortesía.

—Nada de alcohol —advierto—, luego terminas besando a idiotas.

Sonríe.

—Hablar contigo es como hablar con la pared. Tuve que hacerlo porque no tenía de otra. Lucía me había descubierto y Bruno era un Mancini. Si soltaba la lengua o alertaba a sus guardias se armaría una pelea y eso, antes de la explosión, no nos convenía... Aunque, bueno…, dio igual. De todas formas, jodiste todo por tus celos.

—Hice lo que tenía que hacer antes de que todo se fuera a la mierda. Son cosas diferentes.

—Por supuesto —ironiza—. Golpear a Bruno fue netamente una estrategia, teniendo en cuenta que llamaste la atención de todos los que queríamos que no nos vieran.

—Era eso o que escaparan.

Le doy la contra, pero sé que ella no dará el brazo a torcer.

—Fingiré que te creo —me la devuelve con la misma frase que le dije hace días.

No le doy importancia y se ríe. Intento tirar de ella hacia la cama, pero tropezamos y se agarra de mis brazos.

—Te ves… cansado —su voz suave hace que mis párpados se sientan pesados cuando la empujo hacia el colchón.

—Duérmete ya. Mañana habrá que regresar temprano.

Trato de levantarme, pero su mano me aprieta.

—¿Nunca dormirás conmigo en la cama?

—No.

—¿Tampoco me dejarás tocarte?

—No digas cosas de las que puedes arrepentirte mañana.

—No me arrepiento, solo… me confundes. Arruinas todo con una palabra. Activas algo en mí que me hace despreciarte, y a la vez…

Detiene sus palabras y sus hermosos ojos azules brillan.

—...Nada.

—¿Qué es lo que quieres, niña? —pregunto mientras su pecho sube y baja con pesadez.

—Exclusividad sexual mutua. Mientras dure.

Podría arruinar este espejismo respondiéndole la verdad: *que alguien como yo no está acostumbrado a darle cuentas a nadie*, pero las palabras de Ryan vuelven a mi cabeza y opto por quedarme en silencio mientras el rostro se le transforma.

—Qué fácil te crees todo lo que dicen —trata de remediar lo dicho ante mi silencio y finjo que le creo—. Obvio era una broma. Ni en tus mejores sueños podrías tenerme.

—Ajá.

Ya te tengo, arpía.

Le sigo la corriente porque quiero besarla. Sus labios son adictivos, pero los párpados se le cierran de cansancio y poco a poco empieza a entrar en un sueño profundo.

La polla me exige que la despierte, pero es mejor tenerla calmada por ahora. Es inevitable que mis manos recorran sus piernas mientras el olor a manzana parece impregnarse en mis fosas nasales, adormilando en algo mis ansias.

Para esto, Adrian. Vete ahora.

«Enamórala. Convéncela de que entregue los diamantes. Dale su cabeza a Ryan», procuro repetirme en mi mente.

Bianca no funciona cuando la enfrento, está programada para dar siempre la contra. A ella hay que llegarle al corazón y como buen cazador empiezo a darme cuenta de sus debilidades, aunque intente negarlas.

Los segundos pasan y, aun así, la sigo mirando. No sé si la prefiero dormida o despierta, lo cierto es que se ve indefensa cuando calla. Increíblemente frágil para lo que toda la mafia piensa y hasta me he llegado a cuestionar si es la mujer que todos se han dedicado a atacar por años.

Todo el que la rodea la ha herido y traicionado, incluso los que dicen que la aman. Si ella supiera quién es en realidad, entendería el misterio de su pasado, lo que pesa su apellido, al igual que toda la mierda en la que está envuelta. Pero ese no debería ser mi problema. ¿Por qué empieza a importarme?

Los Simone son mis enemigos. Los Simone juegan con trampas. Y ella, quiera o no, culpable o inocente, es una Simone. Si no es ella, soy yo. Y yo no pierdo nunca.

Opto por tomar distancia yéndome al lavadero del baño para refrescarme la cara.

Exhalo hondo cuando veo la imagen del espejo como reflejo de lo que soy y he sido siempre; me siento extraño, pero no dejo de repetirme por qué estoy aquí y cuáles son mis verdaderas intenciones desde que pisé Villa Regina.

El chorro de agua es lo único que alivia mi cabeza. Debo estar frenético porque mis sentidos no perciben nada, solo hay silencio, demasiado, por lo que empiezo a pensar que tal vez debería darle una revisada a este lugar de mala muerte.

Se escucha un ruido. Tomo mi arma, mis ojos se abren como si fuera un animal al acecho y, cuando levanto la mirada, la encuentro parada con una actitud extraña.

—¡Bianca!

El armario está abierto y, tras ella, un hombre sonríe con un arma en su cabeza.



17.
OJOS DE SERPIENTE

Bianca

Mi cuerpo cae de golpe al suelo, sin que pueda mover mis brazos ni mis piernas.

Mis ojos se cierran, se abren y vuelven a cerrarse mientras lucho por mantenerme tranquila, pero es inevitable que empiece a desesperarme al sentir cómo mis vías respiratorias empiezan a contraerse.

¿Qué me pasa? ¿Qué demonios me está pasando? En medio de mi vaga conciencia, noto la risa del hombre que entró de improviso a la habitación, atacándome cuando estaba dormida.

—¡La tengo! ¡Tengo a la perra! Todos la buscan. Y yo tengo el premio. Él, el señor, me recompensará.

Puedo intuir que tiene problemas mentales por el tic en sus ojos, el temblor en las manos, la risa acelerada, además del olor nauseabundo que despliega su ropa; a droga quemada.

Me invade la sensación de inestabilidad, pero es más fuerte la convulsión de mi cuerpo cuando escucho una bala y siento cómo todo me da vueltas.

No controlo la sensación de frío, el dolor en mis costillas mientras mis ojos vuelven a luchar por no cerrarse. Siento la sangre, la ansiedad, la angustia y solo…

—¡Adrian!

En un esfuerzo sobrehumano por mantenerme lúcida, lo veo cubierto de sangre, dándole cabezazos a ese loco que en medio de sus gritos jadea.

«Un Ricardi está aquí».

Mis párpados pesan.

«La quiere a ella y ella no sabe la verdad, dile la verdad. Dile lo que le han ocultado desde niña. Dile quién es en realidad y por qué jamás escapará de la mafia».

…Hasta que todo se vuelve negro.

Escucho ruidos sin poder abrir los ojos completamente. El hombre chilla, implorando piedad. La mujer que nos alquiló la habitación grita que es su hijo, que está mal de la cabeza, pero, poco a poco, su voz se apaga. Siento que me llaman.

—¡Bianca!

No puedo responder, pero él me mantiene presente.

—Bianca, joder —la mano de Adrian palmea mi rostro—. Te drogaron. Mírame, abre los ojos.

Tengo mucho sueño. Siento ardor, comezón, náuseas y un terrible vértigo que no controlo mientras todo me da vueltas.

No soy consciente del tiempo, solo puedo sentir que me mueven. Tengo lapsos de lagunas mentales donde no sé ni con quién estoy. Convulsiono y siento una mano ayudándome.

—¡Está colapsando! —dice alguien. ¿Dónde estoy?

—¡Acuéstela aquí! —pide otra persona.

Voces. No sé quién es quién. Escucho mis exhalaciones y luego un sueño profundo me hace perderme en el vacío, no sé por cuánto tiempo. Cuando mis ojos vuelven a abrirse creo que han pasado horas, ya que todo se siente distinto. Los músculos los tengo tensos, me pesa demasiado gesticular, mi garganta se seca, pero mi pecho descansa cuando entreabro los ojos y lo primero que veo es a Adrian discutiendo con un médico.

—¿Hicieron lo que les pedí? —pregunta.

—Sí, con los pocos implementos que tenemos ha funcionado. ¿Usted es médico?

Silencio. Trato de mantenerme consciente.

—¿Cómo está? —él cambia de tema.

—Estable por fin —el médico se acomoda los lentes—. ¿Ella tiene problemas de drogas?

Adrian lo mira.

—Las probó sin querer. Consecuencia del ataque en Massa.

Me doy cuenta de que es una carpa de primeros auxilios enviada por el gobierno y que ninguno se ha dado cuenta de que no somos víctimas, sino combatientes.

—Su novia mejorará, pero debo informar a la policía.

¿Qué? ¿Novia?

Adrian ni se inmuta, solo sujeta la muñeca del médico cuando está a punto de sacar su móvil.

—Será mejor que no lo haga, si quiere vivir.

«Siempre tan sutil», pienso irónicamente. Me tenso cuando el hombre de bata blanca le devuelve la mirada con sospecha.

—Es que tememos por nuestras vidas —digo, aunque me duele hablar, pero salvo la situación —. Eso quiso decirle.

Mi pecho se siente ligero después de decirlo. Si no lo hacía correría más sangre. El médico se acerca a revisarme.

—¿Cómo se siente?

—Me duele el cuerpo.

—Habrá que hidratarla más —arregla el suero que conecta a las venas de mi mano—.

Felizmente tuvimos los implementos necesarios. Es una droga extraña utilizada últimamente por aquí.

—¿Cómo?

—Hace semanas se han visto casos similares de muchachitas traídas de discotecas ebrias y drogadas con los mismos síntomas, pero lo peor es que son adultos con trastornos los que ocasionan estas calamidades.

—Explíquese —pide Adrian.

—La mafia del norte, los Ricardi, empiezan a cosechar sus frutos. Agarran a gente vulnerable para ponerlos en contra de sus enemigos y persiguen jovencitas con las mismas características de quien creen puede ser la heredera de los Simone. Todas altas, de cabello castaño claro y ojos azules.

Adrian me mira, el médico no tiene idea de a quién tiene al frente.

—Ya veo —digo.

—No sé hasta cuándo los italianos honrados vamos a pagar el precio de los líos entre mafias. La gente duerme ignorando que existen porque el gobierno quiere ocultarlos, pero es cierto. Desde hace años somos dominados por dos grupos de fuerzas asesinas que tienen riñas entre sí —prosigue, fastidiado—. Y ahora parece que los Ricardi tienen nuevos inventos que se hacen notar. Dé gracias que no sufrió consecuencias más graves y la trajeron aquí a tiempo.

Mi mirada se pierde en los ojos de Adrian cuando el médico se distrae un poco, entonces se acerca.

—Te drogó cuando te tocó el brazo. Era el hijo de la vieja recepcionista —dice, casi leyendo mis pensamientos—. Los maté. Estarás bien.

Se me hace un nudo en la garganta y niego con la cabeza.

—Quién sabe cuánto enfermo anda suelto tratando de buscarme —me exalto sin levantar mucho la voz. La rabia en contra de ellos todavía me enerva.

—Cálmate.

—No puedo. No me dejan en paz ni un solo momento. Inocentes siguen muriendo por su culpa.

El médico regresa con una inyección en la mano.

—La ayudará a dormir. Necesita reposo.

—No lo hará. No es conveniente ahora.

Adrian le quita el inyectable y el médico lo llama a un lado. Si mi preocupación era constante ayer, hoy es doble al saber que el enemigo no ha desistido en atacar, que ahora utiliza a otros para golpearme y que ni siquiera podré estar tranquila en la calle sin saber quién es quién, por lo que es claro que quieren volverme loca.

Pero preocuparme no servirá de mucho ahora. Levanto la cabeza y miro a Adrian que está a

punto de darle un tiro al médico. ¿Quién iba a decir que podría ser un analgésico a mis tensiones? Todo está mal, todo el mundo quiere matarme y es increíble que él sea mi pasatiempo favorito.

«No, por Dios. Qué estoy diciendo», me regaño.

A lo lejos me clava la mirada y el incómodo silencio me mata. Cada vez que lo observo, parece no tener imperfecciones. No debería estar sobre pensándolo, pero me es inevitable. ¿Qué clase de dios del mal es y cuál es su hechizo?

He visto hombres guapos en mi vida, pero este es más que una cara bonita con un cuerpo perfecto. Es una bestia extraña, varonil y terriblemente odiable, pero empieza a pesar diferente.

Después de mirarnos un rato, bajo la vista hasta el bulto de su pantalón, nada avergonzada. Mi perversa mente piensa en todo lo potente que ha sido hace horas; la rabia con la que nos besamos, la cogida criminal en el árbol, además de las palabras que me hacen la cabeza un lío.

—¿Le duele? —la enfermera me saca de mis pensamientos.

—No, solo pica un poco.

—Tiene los brazos con alergia. ¿Incómoda en sus zonas íntimas?

—¿Qué?

—Podría aplicarle alguna pomada.

—Mmm…, no. Estoy bien, gracias. Solo… me gustaría un poco de agua.

—Por supuesto.

Evito a la enfermera y se marcha. Si se quedaba más tiempo, podría evidenciarme. Todavía siento ardor en el sexo y estoy segura de que de alguna manera sigue enrojecido por sus embestidas de hace horas.

Intenté no ceder y terminé dándole lo que quería. Niego con mi cabeza cuando lo pienso. Estoy tan enojada..., pero me encanta la forma en la que me coge porque muestra un lado más impulsivo. Una pequeña ventana a su oscuro ser y no puedo negar que es... *fascinante*.

—Hay que irnos —dice Adrian cuando llega hacia mí—. Me acaban de informar que las peleas se desplazan hacia el sur y es peligroso.

—El señor caradura volvió. Pensé que teníamos una tregua. No eres bueno ni cuando estoy enferma.

—No estás enferma, solo en drogas.

—Muy gracioso.

—Te sacaré la vía ahora.

Toma un poco de alcohol con algodón y, cuando sus dedos toman mi mano, mi piel parece erizarse. Sus ojos grises verdosos se oscurecen y empiezo a reconocer que está molesto o... demasiado excitado para aceptarlo. Odio no poder descifrar el secreto de su mirada, ese gélido

rostro que me congela, y reniego de que se vea tan atractivo con cualquier cosa que tenga encima, porque es más difícil odiar a alguien que te atrae.

Palmotea mis venas poniéndose frente a mí con las piernas entreabiertas, llevando mi mano en dirección al cierre de su pantalón y levanto la vista. Sus ojos gritan lo que quiere y mi boca lo saborea. Siento un apretón en la parte superior de mi mano y cuando lo noto, ya me ha sacado la vía. Odio las agujas, pero estoy demasiado caliente para procesarlo. Termina de poner el esparadrapo en mi piel y es inevitable que la punta de mis dedos roce su sexo duro.

Maldita sea, mis labios se tensan. El cosquilleo se incrementa y puede intuirlo. Estamos en medio de heridos. Si bien me encuentro en una esquina, en un lugar medianamente alejado, solo una tela semitransparente me separa de los demás, pero al ver el bulto de su pantalón, las ganas me matan.

Ahora quiero medirlo, aunque no me alcance la mano. Siempre quiero tocar lo duro que se pone.

Bajo el cierre de su pantalón y su kilométrica artillería se despliega hacia arriba, encendiendo mis sentidos. Me arrodillo lentamente y pronto mi boca está en el inicio. Muerdo mi labio haciendo más doloroso el deseo, empujándome hacia adelante mientras de reojo veo que nadie se acerque.

Se ve delicioso, ¡demonios! Dijeron que me faltaba... hidratación.

Me concentro en él de manera exquisita. Me muevo lentamente mientras mis ojos se entornan hacia arriba haciendo que lo disfrute cada maldito segundo.

Es grueso, salado, caliente y... me fascina.

Voy rápido, introduciéndomelo hasta mi tope con una arcada. Luego aumento mi ritmo tratando de saborearlo con premura, aunque no entre en mi boca.

—Joder...

Se contrae y toma mi cabeza con sus manos —siempre tiene que controlar—, haciendo que mi garganta arda por cómo me embiste.

Trato de no producir ningún ruido, pero es imposible. Suelto pequeñas exhalaciones agudas mientras mis ojos se llenan de lágrimas. De lejos, noto que otros voltean. ¡Diablos! Pero frenar es imposible cuando lo siento como hierro ardiente en mi lengua.

Me duele la mandíbula de lo abierta que está mi boca. Un anciano le habla a la enfermera y entro en pánico cuando dirigen la mirada hacia nosotros.

A Adrian no le importaría que nos atrapen en plena mamada, tampoco frenaría el acto con tal de satisfacerse. Sus dedos toman mi cabello con fuerza, empujándose en mi boca como quiere. Sus testículos rebotan en mi quijada y es un animal… perfecto. El placer que veo en su rostro me excita, aún más cuando le es fácil ahogar gemidos en su garganta y se corre fuera en silencio, conservando ese grado de manejo que tiene de sí mismo cuando unos pasos se acercan.

Dios, me pongo nerviosa. Lo saca como un chupete lleno de mi saliva y se cierra el pantalón mientras suelta mi cabello como si no hubiera pasado nada.

—¿Todo bien? Aquí está su agua.

La enfermera regresa, me limpio los labios con el brazo y le sonrío, pero sé que nota mis mejillas rojas.

—Sí.

—Voy a medir tu presión, el novio tiene que salir —continúa y aguanto la risa.

—¿Ya oíste, novio? Apuesto a que no lo imaginas siendo cursi —le digo a la enfermera bromeando, y él se queda mirándome con una cara de mierda.

Nos retienen algunos minutos y luego escapamos. Por el bien de esa gente inocente, no debemos permanecer ahí. Las cosas todavía están movidas, y ahora caminamos por una carretera hasta que vemos un auto aparcado, cubierto de maleza.

En segundos, Adrian se deshace de las plantas y arranca a velocidad. Intuyo que debe haberles pedido a los *soldati* un auto para escapar con todo lo necesario, ya que encuentro dentro artículos de aseo, una muda de ropa, además de armas nuevas que nos repartimos por seguridad. Los próximos veinte minutos no nos hablamos.

El silencio es abrumador. Su mirada permanece fija hacia adelante mientras conduce a una velocidad supersónica.

Aprieto mis dedos en mis piernas mientras pienso en todas las cosas que dije anoche y en lo que él dijo cuando tuvimos sexo contra el árbol. Debería reírme del patético pensamiento que pasó por mi mente: «Preguntar si hay exclusividad o no entre nosotros», pero sería absurdo. ¿Qué diablos estoy haciendo conmigo misma? ¿Y con él? Mi cabeza es un manojo de ideas que no puedo sacarme de encima.

«Solo es sexo. Ya grábatelo en la cabeza», pienso.

Tengo la libertad de elegir disfrutar del placer con quien se me antoja y no con alguien que me ponga encima para los intereses de la mafia, aunque mis planes se hayan salido del cauce.

Las praderas italianas son el dibujo perfecto de la calma que ansío. Bajo la ventana y mi rostro se sumerge en ese vacío helado. Hay tanto aire que no se puede respirar... Estúpido y contradictorio, pero me relaja. Lo he hecho desde que era una cría. Sentir mi piel apretada por la corriente de aire, aguantar la respiración para no morir por el exceso, revivir pequeñas cosas que en ese momento me parecían increíbles.

—No dejas de ser una niña —dice en tono sarcástico y no le hago caso. ¿Por qué tendría que hacerlo si sé perfectamente quién soy en realidad?

—Una niña que te da buen sexo y a la que no temes coger, supongo —volteo, seria.

Tuerce los labios.

—Qué fácil es hacerte enojar, arpía. Sigues mostrándome tus debilidades. Tenemos más

trabajo del que pensé.

—¿Cómo?

—El hecho de tener corazón, para empezar. Un problema, teniendo en cuenta la mafia a la que perteneces. Eres ingenua y eso te hace débil.

—¿Ingenua por querer hacer las cosas que me gustan y no someterme a este mundo robótico? ¿O por creer en la libertad que merezco?

—Eres la boca más floja e impertinente que conozco.

—Nadie hizo la vida fácil para quienes van contra la corriente, pero nunca lo entenderías. Eres el ser más caradura que he visto en mi vida. Nunca hablas de tus cosas. No sé qué quieres ser en la vida, qué te mueve o cuáles son tus sueños. Parece que nada te gusta.

Mantiene la mirada fija en el volante.

—Yo no vivo de sueños, sino de hechos. Todo lo que quiero lo consigo porque depende de mí y no de ideas absurdas.

Me muerdo la lengua para no contestar. Claro que entendí la indirecta.

Es increíble cómo las cosas entre nosotros cambian tan fácil y rápidamente. Su capacidad para hacerme enfadar con esa cara pedante me molesta. Se cree intocable, invencible y poderoso, y no niego sus capacidades, pero me irrita su nivel de egocentrismo y que crea que siempre tiene la razón por encima de otros.

Tengo una sensación amarga atorada en la garganta, pero trato de sobrellevarla. El camino se hace aún más incómodo cuando el silencio vuelve a reinar entre nosotros, y ahora pesa el doble.

Ni siquiera lo miro porque estoy confundida. Su sola presencia me enfada y, a la vez, me gusta. Y ahí radica la impotencia. Quiero odiarlo con todas mis fuerzas, frenar la terrible atracción sexual que sentimos y evitar que el hecho de que me guste tanto empiece a consumirme.

De pronto desvía el auto por un camino de trocha sin avisar. Lo detiene cerca de unos pastizales, gira la cabeza hacia mí como si no pasara nada y trato de no mirar su cuerpo erguido acercándose a mí porque parece que algo se remueve dentro, pero mi enfado es mayor. Cuando está a punto de besarme, me niego colérica.

—Parece una pataleta.

—Parece que te vas a quedar con las ganas —lo digo con placer.

Su rostro se enseria y me doy el lujo de sonreírle. Abro la puerta del auto, muevo mi trasero mientras me alejo porque sé que me está mirando, porque se me da la puta gana, porque deseo dejarlo tan caliente como mis mejillas en este momento en que mi cerebro piensa cosas estúpidas.

Él saca lo peor de mí, definitivamente.

Camino por un enorme campo de amapolas rojas y, mierda, no puedo negar que al escuchar

cerrar la puerta del auto se me congela el estómago.

No mires atrás. Sigue.

No…, maldita sea. Es tarde.

Su brazo largo se estampa contra mi vientre y me aprieta, haciendo que mis nalgas se froten contra su sexo. Pulsaciones eléctricas recorren mi columna vertebral. Siento que florecen entre mis piernas las consecuencias.

—Cuida tus respuestas conmigo —su voz ronca en mi oreja—. No seas irrespetuosa con tu superior.

—Si hablamos de respeto, sales perdiendo… No me respetas cuando cogemos, ¿verdad, profesor? ¿O sigue siendo parte de mi entrenamiento?

Sus ojos parecen calderos hirviendo.

—Te gusta el drama y el problema es que no aguanto estupideces. Me voy a encargar de…

—¿Castigarme? ¿Latigarme? —interrumpo—. ¿Encerrarme en un calabozo como acostumbran hacerlo en mi familia para domar lo que les cuesta? La verdad es que ya no me sorprendería. Al final, todos los hombres en la mafia terminan decepcionándome.

Suspira con ese ímpetu superior, pero cuando creo que va a salirme con una respuesta dolorosa, su dedo largo me levanta el mentón, observándome como si fuese una especie rara extinta.

La yema de su pulgar acaricia lentamente el borde de la comisura de mi labio mientras su mano acuna mi mentón.

—Eres irritante, terriblemente odiable y caprichosa… Pero hay algo que últimamente me gusta mucho.

—¿Qué?

—Tú.

No puedo evitar reconocer que su palabra me estremece. Mis mejillas arden, pero lejos de quitar la mirada de mí, la profundiza.

—Viejo truco. Venir a seducir «niñas» con palabras amables —digo a la defensiva—. ¿Me trajiste aquí para decir que soy tu antojo recurrente?

—No. Te traje aquí para coger antes de regresar a tu cárcel de lujo y…

Detiene sus palabras y prolonga mi curiosidad hasta que la palma de su mano toma mi cabeza y la empuja hacia su boca, besándome.

—...a darte un obsequio especial como parte de nuestra tregua —se despega de mis labios y sonríe.

—*Andare, avanti veloce!* —un grito me sobresalta.

Adrian me tapa la boca y nos escondemos tras un montón de frutas apiladas en cartones. Varios hombres armados entran a una casa a lo lejos. Mi corazón se acelera al darme cuenta de

quiénes se trata. Sus tatuajes de serpiente en los brazos alertan mis sentidos y solo lo miro, ansiosa.

—Es gente de Ricardi —digo—. ¿Dónde… estamos?

—Al este. El lugar es lo que llaman la Casa del ángel.

—No puede ser… —digo sorprendida.

—Míralos desesperados, desde aquí llevan y traen armas que planean usar para atacarnos sin saber que las perderán en minutos. Te traje aquí para que te des el maldito gusto de verlos morir lentamente. Alertaré a nuestra gente.

—No. No vas a alertar a nadie. Quiero entrar.

—¿Estás demente?

—Necesito armas.

Tensa la mandíbula.

—Te traje para que tú misma te des el maldito gusto de hundirlos, no para hacernos visibles.

—Quiero joderlos, necesito joderlos, y es una oportunidad única. Este lugar fue morada de los Ricardi antes de que los Simone les quitaran parte de las tierras del sur en batallas de sus antepasados. Si padre hubiese sabido que se mantenían en tierras que ya no eran suyas, hubiera desatado una guerra, lo cual quiere decir que hay algo aquí que les interesa. Tal vez tengan un diamante, papeles, fórmulas, no sé. Ellos están moviéndome el piso y yo voy a encontrar algo con qué defenderme. Por favor… dame ese gusto.

—Bianca…

—Si no vas a venir, al menos facilítame un arma.

Insisto, pero no contesta.

—Bien. Si no me quieres dar armas…, pondré las mías entonces.

Sin quitarle la mirada, entreabro la blusa y, sutilmente, subo el *short* hasta mi cintura para mostrar más las nalgas.

—No irás así —gruñe.

—Iré como quiero, solo estoy previniendo —lo encaro—. Si pasa algo, usaré las mejores armas que tiene una mujer aparte de la inteligencia.

No puedo decir más y me trago mis palabras porque en el fondo sé que lo haré. El estómago se me revuelve ante la idea y, aunque sé que es un acto suicida teniendo en cuenta que estamos en su territorio, estas oportunidades no se dan dos veces.

—Carga tu maldita arma —dice Adrian y lo miro, sorprendida.

No solo me da una pistola, sino que alista la suya. Pensé que iba a dejarme sola… o tal vez obligarme a regresar; sin embargo, está aquí, acompañándome. Acompañándome por primera vez en una locura.

—Gracias.

Ni siquiera me mira. Realmente quisiera estar yéndome a un hotel con él ahora. Le sonrío mientras tomo el arma y pasa a regañadientes delante de mí. Lo sigo sin protestar.

—Bajo mis condiciones —asevera—. Entrarás conmigo y no te moverás de mi espalda a menos que yo te lo diga, ¿de acuerdo?

—Está bien, *sensei* —bufo y voltea los ojos.

Me da un pasamontañas y él se pone otro. No hay muchos hombres para ser una fortaleza Ricardi y comienzo a extrañarme. Cinco de ellos cargan camiones por el lado oeste mientras aprovechamos para entrar por el este. Lo primero que vemos es un cartel en una estatuilla que yace en la entrada:

La casa del ángel — Onore e gloria alla figlia de la grande madre.

Me quedo quieta, con una extraña sensación de hormigueo en mi espalda.

Adrian hace una señal y lo sigo cuando nos adentramos en lo que parece un hermoso lugar por dentro; estructuras de piedra que se asemejan a mujeres como diosas del Olimpo, serpientes de oro que saltan de sus pechos y… un jardín lleno de rosas blancas que me congela, como si hubiera visto este lugar antes, pero mi mente no lo recuerda del todo.

—¡Tu foco en lo que buscas, Bianca! —me regaña Adrian, tomando mi mano y entrelazando mis dedos con los suyos; ambos nos miramos fijamente.

Reniega de lo que hacemos con la cara, pero no hay tiempo para ponernos a pensar en simples acciones. Entramos por la cocina con las armas arriba y, para nuestra sorpresa, no hay nadie.

¿Qué carajos están haciendo? Avanzamos unos cuántos pasos más, haciéndonos invisibles y, al llegar cerca de una ventana, nos damos cuenta de que toda la gente está fuera.

—Tienen armas aquí —susurro.

—Un banco de armas albanesas —dice, distinguiéndolas.

—Mi familia les ha arruinado cada carga de armamento que han tratado de meter al país por tierra, aire y mar. Que ellos tengan este tipo de armas o misiles nos pone en peligro. Se han estado burlando de los Simone quién sabe por cuánto tiempo, escondiéndolas en nuestras propias tierras. Y ahora que se ven atacados buscan recuperarlas.

—Hey —me frena, pasando su largo brazo por mi abdomen, pegando mi cuerpo al suyo—. No hagas tonterías. Piensa con la cabeza, no con el hígado.

—Esto es grave. Gravísimo. Espera…

En eso abren una puerta falsa que da al despacho y se activan las alarmas infrarrojas. Salen y la vuelven a cerrar.

—Es dinero en efectivo. Fajos de billetes y documentos.

Tengo una corazonada, una que no es fácil de entender. La espalda me pica por la adrenalina.

Nos acercamos lentamente y entramos en un espacio peligroso.

—No —advierte Adrian y no me muevo, solo me quedo en silencio mirando papeles que llevan mi nombre… hasta que el peso de nuestras decisiones me ataca.

—Es una trampa —digo.

—Tarde —dice uno de los hombres, apuntándonos.

El corazón galopa contra mi pecho. Tienen tatuajes de diferentes tipos, con bocas de serpientes por la cara, brazos y cuello. Regresan imágenes de cuando era niña.

Una cría corriendo llena de pánico. Unas manos tomando mi cuello. Asfixia, sensación de calor..., parte del secuestro que son como escenas obtusas en mi cabeza, por lo que me congelo recordando las palabras de mi padre.

«Sei bellissima, Bianca. Serás la mujer más grande de la mafia algún día, no solo por tu inteligencia sino por tus encantos».

Me quito el pasamontañas y revelo mi rostro ante dos cerdos que me miran con lujuria y que, inevitablemente, recuerdo por sus tatuajes: *Soldato* Ricardi.

—No vas a matarme sin antes darme un beso... ¿O sí? —miro al tipo y se desconcierta. Adrian no emite emociones, solo los observa.

—¡No caigas! ¡Trata de convencerte! ¡Mátala! —le grita el otro.

—¿En serio lo harás? —ladeo mi cabello y le muestro mi silueta. El tipo me sonríe mientras camina hacia mí con un hambre voraz que no controla al ver el monte de mis pechos.

—No está nada mal…

Cae, como la lacra que es. Tira de mi brazo recostándome a su maldito cuerpo mientras su aliento a puerco infesta mis fosas nasales.

—¡Ya mátala!

El otro tipo me apunta sin darse cuenta de los movimientos de Adrian.

—Mira nada más… qué cosa más rica. Me la voy a coger —le dice al otro.

—¿Aquí? ¿Delante de todos?

—Como la maldita zorra que es.

Mis piernas tiemblan, mis brazos pesan y solo me dedico a mirar al gordo estúpido que me aprieta contra su cuerpo tratando de besarme. Respiro hondo cuando escucho una ráfaga de disparos que Adrian lanza desde un ángulo privilegiado: con una mano a los dos que me apuntan y con la otra a los demás que vienen por el pasillo.

Mierda.

—Vámonos —murmura, agarrándome de la cintura, y entonces corro a su ritmo, no sin antes tomar los documentos.

Recorremos largos pasillos que conforman una especie de laberinto y todo parece permanecer en silencio. Lo único que se oye son los latidos excesivos de mi corazón cuando subimos al

segundo piso porque por el frente no hay salida, sino más *soldati*. Nos metemos en una de las habitaciones al mismo tiempo que sentimos las pisadas por las escaleras. Adrian abre la ventana para saltar por la parte trasera. Corro, pero se me caen los malditos papeles.

—¡No!

Los recojo con premura. Adrian ya está trepándose, pero cuando levanto la cara, una silueta se hace presente. La mano que sostiene mi arma tiembla, mientras sus ojos me observan con curiosidad.

Maurizio, uno de los hermanos Ricardi, me calcina con su mirada.



18.
SECRETOS AL DESCUBIERTO

Bianca

Tener cara a cara a uno de tus peores enemigos no siempre es un privilegio. Un espasmo se acelera en mi pecho. Es él, el hermano intermedio de los Ricardi. No podría olvidar su rostro en la lista de enemigos de mi familia, la actitud con la que me mira, el arete en uno de sus oídos y sus tatuajes de serpiente en el cuello.

«Mátalo», dice mi cabeza.

«Mátalo». La garganta sigue crujiéndome.

Pero algo me impide hacerlo.

Su mirada es extraña. Clava sus ojos en mí y, en lugar de disparar, su brazo queda congelado, como si hubiera visto un fantasma. Está petrificado, como si yo fuera alguien que reconoce, y el aire comienza a tornarse pesado.

Años de odio pesan sobre mis hombros con fuerza. Años de anhelar este momento hacen que mi adrenalina suba. Siento que el aire se vuelve caliente y mis músculos empiezan a tensarse. Trago saliva, pero me cuesta. También levanto mi arma, dispuesta a defenderme.

«Es una trampa», sigo pensando.

«¡Mátalo ya!». El corazón se me acelera.

«Deshazte de su sangre. Hazlo ahora, que mates a un hermano será un duro golpe para Emilio Ricardi», me digo en mi mente.

Presa de la ira, disparo desviando la bala entre sus piernas.

Son nanosegundos en los que mi corazón se detiene. Lo hice por impulso y cae al suelo, quejándose. Escucho balas afuera, por lo que Adrian reacciona y opta por tirar de mí para pegarme a su cuerpo y saltar por la ventana.

Corro junto a él sin saber si todavía tengo pulso. Nos colgamos de una pared. Me ayuda a sostenerme hasta que rodamos hacia los matorrales. Huimos al vacío como si fuéramos ladrones en medio de una persecución extrema. No hay tiempo para dudas, solo huir para salvar la vida. Subimos en el auto y desaparecemos por la carretera.

Tengo que llevarme la mano al pecho porque respirar me cuesta. Pequeños atisbos de lágrimas salen de mis comisuras por el exceso de ejercicio. Noto que él también está caliente, mirando por el retrovisor mientras conduce lo más rápido que puede sin decir nada.

Mi cuerpo aún tiembla, no por la caída abrupta, sino por el impacto que me produjo ese tipo. Me quedé fría cuando sus ojos se cruzaron con los míos, pero peor aún son las dudas que me asaltan.

¿Qué me pasó? ¿Por qué no lo maté? ¿Por qué su mirada caló en mí tan hondo?

—Para ser tu primera vez como asesina, solo fallaste tu único tiro importante.

La ironía de Adrian me desespera.

—Él tampoco movió un dedo, solo se quedó mirándome.

—No creo que la mente de ese pelele funcione mucho, así que deja de pensar en tonterías.

Adrian vuelve a concentrar su mirada al frente de la carretera cuando sube la velocidad y me es imposible olvidar lo vivido.

Maurizio Ricardi no me disparó cuando pudo hacerlo. Pudo acabar conmigo e hizo lo contrario. ¿Por qué?

De mirada tibia y ojos azules, es tan distinto a su hermano que el solo hecho me perturba. Al parecer, a diferencia de los Simone, los Ricardi actúan cada quien por su lado. Mi cerebro encuentra como lógica la idea de que no era el momento para atacarnos.

—Vuelve aquí —la voz de Adrian suena como una imposición que me hace encoger el estómago al frenar el auto y, cuando me doy cuenta, estamos en un pueblito—. Nos vamos.

Bajo del auto, nos cubrimos con unas capas de lluvia que compramos en una tienda y nos perdemos entre la gente mientras detona un explosivo que hace que el *jeep* vuele en mil pedazos para no dejar huellas.

Supongo que no le duele deshacerse de autos caros cuando los cambia como si fueran zapatos y por primera vez no pregunto a dónde me lleva. Sigo junto a él sin decir nada.

—¿Las arpías se mordieron la lengua? —dice, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Ya no soy la niña? —respondo sarcástica.

—Arpía suena diferente.

—¿A qué? —frunzo el ceño.

—A «voy a besarte cuantas veces quiera esta noche, enterrándome entre tus piernas».

Sus palabras hacen que se me acelere el pulso y, sin querer, mi cuerpo se relaja. Son pocos los momentos de libertad que tengo. ¿Qué hago pensando en tonterías?

Caminamos un poco más y cambiamos nuestra ropa en una tienda. Allí nos dicen que un tren sale en unas horas. Tomar el servicio público puede ser un buen despiste por si nos siguen, así que seguimos por senderos largos en dirección a la estación.

Estoy acostumbrada a este tipo de trotes, he pasado la vida huyendo, poniéndome máscaras,

pero he de aceptar que su compañía lo hace menos pesado.

—Tengo hambre.

—¿Hambre? ¿A esta hora? —se queja—. Puedes aguantarte.

—No hemos comido nada desde ayer.

—No podemos parar, el primer tren sale en media hora y hay que llegar a Florencia para tomar un vuelo hacia Roma.

Exhalo pesado.

—No quiero regresar a la Villa tan rápido. Eso puede esperar. Además, muero por ir al baño.

Entro rápidamente a una pizzería cuando empieza a lloviznar. Ordeno dos cajas de napolitanas mientras voy al baño. Cierta ansiedad me carcome. Al regresar, la imagen de Adrian con la orden de pizza en sus manos me sobresalta y sonrío.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada. Te ves tan… normal que hasta podría confundirte con un tipo guapo —miento. Ese bastardo es guapísimo, pero decírselo aumentaría el ego que odio en su sistema.

—Mejor acepta que mueres porque te bese ahora.

—Claro que no. Alucinas mucho últimamente, Rambo.

—Te he dicho que no me llames así.

—Tampoco me gusta que me digas «niña», y lo haces. Es un mano a mano.

Me da las dos cajas de pizza y le agrego unas bebidas. Le sonrío. Su cara parece ser impenetrable, pero sé que le fastidia. Salimos, caminamos bajo un frío que no molesta e increíblemente pasamos un tiempo sin pelearnos.

Está siendo atento conmigo, demasiado para ser Adrian Petrov, mi enemigo, porque la tregua que tenemos solo nos permite tolerarnos en el sexo; sin embargo, todo empieza a irse al desbande y hasta me compró comida que odia.

Abro las cajas con gusto y… Dios, parece que no comí en días.

Entre los nervios, las batallas, los colerones y muchas otras cosas, se me había ido el apetito, pero ahora entro en un hambre voraz que no controlo. Muerdo un pedazo de pizza y con la lengua me limpio las sobras del queso que bordean mis labios. Él me mira, contiene la tensión en su mandíbula sin que pueda evitar la risa por dentro.

Sé lo que quiere, que es lo mismo que yo anhelo. Es una extraña necesidad carnal que nos une. Mis pezones se erectan con solo imaginarlo, pero el hambre de comida es más fuerte ahora y le sonrío.

—No te enojes, come un poco —le doy un pedazo.

—En teoría, no te estás alimentando con esa mierda.

—Vamos, está muy buena —me relamo los labios porque es cierto. Su sabor es único. Jamás probaré mejor pizza que no sea la italiana hecha en tierras italianas con esa masa delgada, el

ligero sabor a tomate y el queso derritiéndose en mi boca.

—Tú eres la hambrienta —volvió don amargura de nuevo—. Termínala. Comes en exceso y no engordas. ¿Qué clase de embrujo haces?

—Bailo, hago ejercicio. Quien puede, puede, ¿qué más da? —alzo mis hombros—. Disfruto comer pizza tanto como el sexo.

Lo provoco alzando mi mentón con una sonrisa pícara y él reacciona, poniéndome los ojos en blanco.

—No llegaremos a Florencia a tu paso, así que apresúrate —camina delante de mí, haciendo que la sangre me arda.

—Podríamos quedarnos en algún hotel de aquí. Aunque... no se vería bien, claro, sobre todo cuando vean entrar a una señorita como yo con un tío gruñón que podría ser su hermano mayor.

—No tienes piedad de tu cabeza, eso es seguro —dice sarcástico.

Suelto una risa y me le acerco.

—Es mentira, solo estaba molestando. Cuando sonríes, pareces más joven. ¿En serio te enojaste? Ni que fueras un anciano, solo me llevas cinco años.

—¿Terminaste? —pregunta, ignorando lo anterior.

—Aún no. Hay tiempo. Comer despacio es mi secreto para no engordar nunca.

O querer detener el tiempo para no regresar, sonaría mejor.

Me detengo y me siento en una piedra, justo cerca a los ranchos de los pobladores que viven del sembrío de sus tierras. Lo sigo con mis ojos cuando frena y se queda pegado a un árbol para mirarme desde cierta distancia.

Me chupo el dedo mientras intento ir por otro lado.

Cinco horas de sexo no me vendrían mal. Pero no funciona. Él está perdido en sus pensamientos e intento descifrarlos, pero es como un ejercicio de logaritmo: aparentemente difícil e imposible.

Me tardo algunos minutos en terminar la primera caja de pizza y admiro mi capacidad para comer cuando tengo hambre. Da igual, tampoco era tan grande, pero odio tirar la comida y el estómago me dice basta hasta que siento ruidos extraños merodeando por los arbustos.

El corazón se me congela mientras miro a Adrian, que está concentrado en su arma. Entonces me doy cuenta de que no estamos solos: un par de ojitos se esconden en un arbusto, una lengua jadeante rompe el silencio, una perfecta bola de pelos asoma con timidez hacia afuera y...

¡Es un perrito!

Salto de curiosidad cuando lo veo mover la cola, entonces estiro mis brazos para que se acerque. El amiguito corre, pero no soy yo la que llama su atención... sino la comida. Me mira expectante cuando ve la caja de pizza, y sonrío. Siempre quise tener un perro como mascota,

jamás me dieron ese privilegio ya que a todos los animales los entrenaban para matar hombres, así que aprovecho.

—No lo toques, podría llevar un rastreador o estar entrenado por algún enemigo —aparece su voz recordándome que estaba ahí, mirando.

—Es solo un perro, Rambo. No todo a nuestro alrededor nos amenaza —abro la caja y le invito de la pizza, acariciándolo—. Además, es lindo. ¿Podríamos adoptarlo? Oh…, te llamaría Romeo. ¿Qué tal? Me podría enamorar de él con facilidad. ¿Verdad, grandulón?

Estoy embelesada con el peludo. Llevo mi mano a su cabeza mientras come amigablemente. ¡Oh, Dios! Quiero apretarlo, pero al levantar la mirada, Adrian tiene su pistola apuntando justo al animalito.

—¡Estás loco! —lo abrazo, anteponiendo mi cuerpo. El perrito termina de comer, entonces le doy un beso en la frente y me lame. Reparo en que es un ovejero y que quizá esté aquí para cuidar a los animales, lo cual sería lógico teniendo en cuenta que hay ranchos cerca.

—No te atrevas —se acerca y, en dos segundos, me levanto para luchar con el otro animal: Adrian, el impulsivo.

Ajusta su arma y de un manotazo se lo impido. Me destruye con la mirada, pero no iba a dejar que mate a un pobre animal indefenso. Su furia se eleva, empujo su cuerpo y regresa a mí, por lo que bloqueo sus manos rápidas con mi entrenamiento. Peleamos. Pasa su brazo por encima de mi cabeza y me agacho mientras mi pierna izquierda intenta tumbarlo, pero el maldito es ágil y logra zafarse. Me eleva de las muñecas hacia arriba para mirarme furioso.

—Está bien, lo siento... Suéltame, por favor. Me duele. Por favor… —insisto como puta hipócrita y, poco a poco, siento cómo me libera.

Entonces ataco. Ajá, una mentira.

Sé que le sorprende el gesto, que no es que tenga muchas esperanzas con un hombre como él en cuanto a fuerza, pero las palabras de mi padre vuelven a mi cabeza:

«Usa todo tu arte femenino cuando estés en peligro. Si es posible, entrega el culo, pero jamás pierdas. Nunca pierdas».

Y lo que empezó como un juego se transforma en la competencia que aún existe entre ambos. Él está acostumbrado a que obedezcan sus órdenes, a que todo el mundo le baje la cabeza, y yo no soy ese tipo de mujeres.

Respiro profundamente cuando saborea un poco de sorpresa y luego me mira como si fuera una inocente presa en una jaula de leones. Mi corazón tiembla, pero las enseñanzas de cuna están ahí, palpitando en lo más hondo, en lo más cruel, en la propia sangre.

Corre para apretarme del cuello y, aunque tengo ganas de decir que lo siento de verdad, no lo hago. No puedo doblegarme ante su sexy y musculosa hombría de nuevo, no.

La sangre me hierve. Su mano se mantiene contra mí y las piernas me tiemblan al tiempo que

la respiración se me va rápidamente. Es una lucha que pasa del peligro a la excitación en segundos. Sus grandes palmas se estampan en mis glúteos y puedo sentir la increíble dureza que se remarca en la parte baja de mi estómago.

Me jode, me provoca y me prende. Entreabro los labios para recibir el beso que he querido hace rato y que tal vez no quise pedir por orgullo. Entonces, cuando se acerca, sonríe para soltarme de golpe, haciendo que caiga al suelo.

¡Maldito!

Retrocede con actitud triunfante, como si pudiese restregarme en la cara que yo soy la que se muere por él. Enseguida, un aire de enojo cubre mis poros.

—Cuida lo que haces que yo no perdono.

Es la última cosa que dice, porque luego caminamos sin hablarnos.

Para cuando tomamos un auto, llegamos a la frontera con Florencia e ingresamos a la ciudad. Han pasado como cinco horas. Estoy exhausta, me duele el culo por la caída y mil revoluciones en la cabeza me impiden pensar con claridad. Sin embargo, lo que más me incomoda empieza a ser su indiferencia.

—¡Señorita Simone! ¡Qué alegría verla! —dice un viejo mayordomo de la casona blanca en una montaña alta de la ciudad.

La familia tiene mansiones por todos sus dominios y, aunque esta no pueda compararse con Villa Regina, su vista hacia las praderas es increíble.

—Gracias por el recibimiento… —me quedo en blanco.

—Bermo.

—Bermo —repito—. No venía aquí desde pequeña.

—Debe estar cansada. Le alisté una habitación, y otra para el señor Petrov. Su tío está en camino con refuerzos y ha solicitado verla.

Maldita sea.

—¿Necesita algo más? —agrega.

—No.

—Que la vea un buen médico, aún tiene heridas —ordena Adrian como si fuese su casa—. Preparen un auto, el mejor que tengan, saldré esta noche.

—Sí, señor.

El mayordomo asiente, y es como si mil punzadas me carcomieran. ¿Saldrá esta noche? ¿Con quién? Qué me importa. No debería importarme.

Me muerdo la lengua cuando desaparece y trato de ocupar mi mente en otras cosas. Me doy una ducha caliente antes de que el médico llegue. Cuando lo hace, solo me receta antibióticos, hace algunas curaciones leves, además de darme cremas cicatrizantes para las heridas de la espalda, que ya casi ni se notan.

Las siguientes horas las paso durmiendo hasta que el cielo se oscurece. Miro el reloj por enésima vez, intentando conciliar el sueño, pero empieza a tornarse exasperante por el zumbido intenso del móvil, además de los recuerdos que colman mi cabeza.

Enciendo las lámparas e intento sacarle la vuelta a lo que siento en el pecho. Hay un mensaje de mis amigas en el móvil:

¡Bianca! Estamos en Italia. ¡Sorpresa! ¡Queremos verte! Por Dios, hasta el que barre es guapísimo aquí #PerrasModeActivado.

Me mandan una foto que ignoro, no porque no quiera verlas, sino porque en mis tierras estarían en peligro si me acerco a ellas; además, ya no podría fingir que soy una persona normal en estos momentos.

Hey…, Hola.

De inmediato, se despliega otro mensaje y… fantástico, lo último que me faltaba: Kristoff. Me envía un video que ni siquiera reproduzco. Si mis días han sido irritantes, esto lo empeora. Besaba horrible, cogía horrible. ¿En qué demonios estaba pensando cuando salí con él? Falta de compañía, es lo que a muchas nos pasa. Moda, qué sé yo. Estar en un país extraño sola…, o tal vez con cambios hormonales lo suficientemente intensos como para haber aceptado tolerarlo.

Leo su mensaje antes de bloquear su número y me provoca una risa absurda. Sigue pensando que su medio centímetro me importa y sin duda no tiene punto de comparación con… otros.

Otros…

Suspiro cuando Adrian regresa…, siempre regresa a mi cabeza y esto me asfixia, ya que debería ser de otra manera.

Me levanto aún con la sudadera y el *short* que me trajeron, para luego bajar las escaleras ansiosa. La verdad es que no quiero pelear con él. Lo único que hay son sirvientes en la mansión de Firenze, posiblemente mañana estaré en Villa Regina y las oportunidades de estar a solas, sin chismosos de por medio, son pocas.

—Señorita, ¿desea algo de cenar? —pregunta el mayordomo.

—No, gracias. Eh… ¿Y esa bandeja?

Trato de asomar el tema porque sé perfectamente de dónde salió.

—El señor Petrov quiso un *whisky*, acabo de llevárselo.

No se ha ido… todavía.

—Pensé que salía.

—Pidió un Audi, entenderá que em… no es fácil de conseguir, al menos por aquí, pero los *soldati* de la casa están en camino.

—Ya veo. Es que… creo que pidió que lo cancelaran.

—¿Cómo? Pero si acabo de llevarle el trago y no me comentó nada.

—Me llamó... hace minutos —miento—. Y también ordenó que todos se vayan a dormir

temprano. Es tarde para que mi tío llegue, sabes que odia viajar a estas horas, así que tienen esa libertad ahora.

Se desconcierta, pero en segundos asiente.

—Muchas gracias, señorita. Eso haremos.

Me hace una venia, le sonrío hasta que por fin se larga y puedo entrar en el despacho donde lo encuentro de espaldas, haciendo tiro al blanco.

Parece recién duchado por el cabello mojado y me encanta. Gotas de agua se despliegan por su cuerpo y mi vista se detiene en su atuendo perfectamente seleccionado: pantalones Armani con una camisa azul casual, apretando sus músculos. Enseguida, mi deseo explota.

Se da cuenta de que estoy detrás de él, lo sé, sobre todo por cómo camina hasta apoyarse en la mesa de mármol que únicamente puede usar mi tío con total soltura.

—¿Vienes a joder? ¿O a aceptar lo que acabas de hacer con el mayordomo?

¿Qué clase de amarre tiene para siempre saberlo todo?

Me evalúa de pies a cabeza cuando entro y mis pezones se erizan. Maldita sea, debe haber escuchado, pero lejos de enojarse, sus ojos parecen mirar hacia mi boca.

—Supongo que así nos vamos sin rodeos —admito.

—Admiro tu capacidad para salir de los problemas.

—No todos los días se tiene una cama grande que aguante… todo, sin chismosos de por medio.

Tomo un dardo que lanzo hacia la pared, dando justo en el centro del blanco que yace como una pizarra impregnada del despacho.

—¿Qué tal, profesor? —acerco mis labios a su boca—. ¿Merezco alguna recompensa, o al menos la dicha de no verlo enojado por mi tiro perfecto?

—Solo si aceptas a lo que vienes y lo que quieres.

—¿Qué quiero, según usted? —tomo otro dardo y lo muerdo—. ¿Clases de equitación con un buen semental esta noche?

Enarca una ceja, con actitud triunfante.

—Pídemelo.

—No abuses.

—¿Por qué? —su aliento a menta me excita—. Tanto te pavoneas con el discurso de la mujer poderosa, pero te acojonas cuando no puedes aceptar que mueres por una buena empotrada esta noche.

Sonrío.

—Eso alimentaría tu ego.

—Porque sigues viviendo para darme la contra.

Esta vez soy yo quien roza su cuerpo, tocando fibras que jamás debí tocar.

—¿Así acabaremos esta tregua? No quiero que estemos enojados —mi tono es suave.

—A mí no me gustan que me dejen con las ganas…

Toma el dardo y lo hunde entre mis dedos de forma promiscua sin lastimarme. Las mejillas se me incendian de inmediato al sentir la punta al rozar mi piel y el bastardo sabe muy bien lo que hace cuando se acerca.

—…Así como las chicas sucias como tú no se contentan con mamadas —susurra, con sus labios bordeando los míos—. Quieren gritar toda la noche.

Baja su dedo hasta hundirlo en mi sexo por encima de mi ropa.

—¿Y si no fuera así? —mi voz es casi un hilo.

—Acepta que quieres que me hunda entre tus piernas. Que mueres por el sonido de mis bolas azotándote…, porque solo mi polla sabe complacer a ese dulce coño.

Jadeo pesadamente, sin decir nada.

—Ahora dime qué quieres, Bianca. ¿Esto? —pregunta, llevando mi mano hasta su sexo duro. Deslizándola por su cierre hasta introducirla en el elástico de su bóxer.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Quiero todo, Rambo. Todo de ti siempre —por fin lo acepto.

Estampa su mano grande en mi cabeza, atrayéndome hacia él para comerme la boca.

Dios, qué hambre. Sus labios son seguros, dominantes, carnosos. No hay nada en él que sepa desagradable.

Siento que va a matarme ahora mismo por cómo me besa y mi piel se electriza cuando me recuesta contra el armario para luego abrirlo.

Me empuja fuertemente hacia dentro y casi caigo de nalgas si no fuese por sus grandes manos sujetándome. Entramos, el espacio es pequeño pero suficiente para satisfacer el deseo carnal que nos quema.

Es el espacio de mi tío; para él, sus despachos son sagrados. Podría haber cámaras en los pasillos, algún agujero, quién sabe, sin embargo, el peligro me excita. Mis latidos aumentan cuando con una mano me baja el cierre y con la otra baja mi *short* hasta los tobillos. Maldita sea, quiero todo ahora. Tira de mi mano hasta llegar a su pene caliente.

—Siéntelo.

Gimo y me callo.

—Mira cómo cabe en ti… —dice. Puedo sentir cómo la punta entreabre mis pliegues—. Mira cómo se mete y encaja…

—Adrian… —susurro embelesada por el placer.

Sostengo su tallo en mi mano. Puedo ver cómo casi desgarra mi canal hasta que se clava en mí con fuerza.

Me levanta de las caderas. No puedo gemir lo que quiero y, en este momento, maldigo el hecho de que sean pocas las veces que estemos a solas por completo, porque enseguida me da duro.

—Te cogería mañana, tarde y noche, por horas, días, semanas, jodida niña —penetra hasta mi tope—. Eres mía, solo mía, Bianca.

—Estás demente —suelto en sus labios.

—Demente, sí y por ti —gruñe y mi corazón explota.

Me besa con desesperación y sus labios son una agonía constante para los míos, mientras mi mente vuela hasta el quinto cielo de las nubes. Su pulgar baja por la línea vertical de mi cuerpo hasta llegar a mi clítoris, haciéndome chorrear. Cada vez que se resbala, duele, porque no quiero que termine. Intento acomodarme para hacerlo más profundo, pero mis piernas se rinden y apoyo mi peso en sus brazos mientras mantengo las piernas abiertas.

De repente, me hace saltar mientras embiste, sintiéndolo hasta el útero. Pido más y más sin contemplaciones, con palabras sucias que ahoga en mi oído, mientras seguimos cogiendo. Mi cuerpo vibra como un volcán a punto de erupcionar y llego a taparme la boca cuando siento que colapso. Pero cuando creo que ha acabado, la cúspide vuelve a hacerme vibrar y nos corremos juntos en un frenesí de orgasmos repetidos, arremetiendo en un éxtasis que explota como fuegos artificiales.

—Adrian... No me dejes, no lo hagas nunca —exclamo, extasiada. Voy a decir algo más, pero me congelo al ver una silueta que abre el armario con fuerza. El corazón se me detiene al ser la primera en ver sus ojos.

—Muy buena follada, princesa —aplaude Lion, con ojos vengativos.



19.
MÁS FUERTE

Adrian

La boca se me seca de ira.

Lo veo y automáticamente mis puños quieren destruirlo. Nos mira como si hubiera encontrado oro en un desierto, con esa quijada barata alzada, y lo primero que hago es cubrir a Bianca de sus ojos pervertidos.

—No seas patético, Petrov. La he visto desnuda más veces de lo que imaginas mientras me masturbaba espiándola —bufa, provocándome.

—¡Voy a romper tu hocico de mierda!

—Adrian, por favor —los brazos de la arpía me detienen.

—Vete de aquí, Bianca —ordeno, cubriéndola por completo.

—No —dice en pánico—. No voy a dejarte.

Lion suelta una carcajada.

—Qué romántico... —aplaude con ironía. Estará más entretenido cuando rompa su cara.

—Vete —insisto—. Obedece ahora.

La miro con furia mientras me observa sin saber qué hacer. Si se queda, todo será peor; Lion Lombardi ha crecido con ella, sabe jugar sucio y manipular sus ideas, por lo que le doy una advertencia final hasta que accede y para cuando camina hacia el umbral, estoy ardiendo.

El infeliz podría desvestirla con la mirada. Se le salen los ojos cuando mira su culo e intento calmarme, pero es imposible cuando todavía mis puños le tienen ganas.

Lo tomo del cuello hasta aventarlo al suelo, pero esta vez el infeliz se defiende. Esquiva cada golpe hasta que siento placer al darle en su maldita quijada.

—Así me golpees, no podrás detenerme —se zafa y saca su arma al mismo tiempo que yo extiendo la mía. Ambos nos apuntamos—. Ahora tú vas a escucharme.

—Quiero ver cómo lo intentas.

—Voy a follármela en tu cara, no podrás detenerme. ¿Y sabes qué haré luego? —ríe—. Te destruiré.

Sus amenazas me valen un carajo. Me acerco a él y, en un movimiento rápido, le vuelo el arma para tomarlo entre mis manos.

—Eres solo una maldita rata. Tu cadáver regresará a donde pertenece: el maldito desagüe —aprieto su cuello—. Si me contuve aquel día fue por ella, pero ahora nadie va a salvarte de lo que te toca.

Su respiración se vuelve más lenta.

—Leonardo Simone se enterará de todo. Te matarán antes de que puedas escapar. Podrás tocar a la mujer que quieras, pero Bianca es como un diamante: hermoso, brillante y prohibido para todos.

—¿Y no para ti?

La cara se le pone roja cuando trata de respirar.

—Mis hombres saben que estoy aquí, hay demasiados testigos y si algo llegara a pasarme, entregarán pruebas de que estás cogiéndote a Bianca —se desespera—. Le cortarán… la… cabeza. A ella por haber infringido la ley de los italianos: una heredera de la mafia no puede desposar a un foráneo que no sea elegido por su familia, y mis hombres tienen las pruebas. El viejo está llegando, si no me quitas las manos de encima…, ella se llevará la peor parte.

Lo suelto, furioso. Mi mano arde por dejarlo vivo mientras él respira abruptamente. Poco a poco va recuperando el aliento. Lo miro y me parece un simple imbécil. Todavía tiene marcas de mis golpes, todavía puedo sentir que tiembla y me niego a pensar que su suerte cambie. Si aparece muerto hoy, sabrán que he sido yo y no podré seguir con mis planes, pero serán aún peores las consecuencias para ella.

—Estás muerto, Petrov.

Se recupera sonriendo, creyendo que ha ganado el juego.

—Tú a mí no me amenazas, no eres más que un simple mediocre.

—Vas a pagar muy caro todo lo que me hiciste. Te dije que iba a vengarme y este es solo el comienzo...

—¿Ah? ¿Sí? ¿Y cómo lo harías? ¿Contándoles a todos sobre tu pasado?

Mi indirecta es clara. Su rostro palidece.

—¿En serio pensaste que un hombre como yo se iba a conformar con una simple golpiza? —continúo, gozando con su cara de mierda—. Te he estado siguiendo los pasos. Sé quién eres realmente y por qué te has mantenido junto a los Simone. Conozco tu pasado.

—¿De qué hablas, hijo de puta?

Río.

—Sabes perfectamente de lo que hablo. Las mentes inteligentes no esperan batallas sin armas. Si sabes lo que te conviene, cerrarás el hocico como el simple empleado que eres, porque hombres como yo no juegan en vano. Mantente lejos de Bianca.

Los ojos se le congelan cuando esbozo una sonrisa. Me mira con ira. La impotencia es clara en el rostro de insignificantes que se ven acorralados... porque yo no dejo cabos sueltos nunca. El

miedo que reflejan sus ojos reafirma sus debilidades. Pronto se escuchan ruidos en los garajes, lo cual indica que Leonardo Simone ha llegado y un sinfín de sirvientes atraviesan el umbral de las puertas para atenderlo.

—Esta es una guerra que iniciaste, Adrian Petrov. Me las vas a pagar con creces.

Se limpia el labio que le rompí, desapareciendo de mi vista mientras escucho al viejo Simone entrar a la sala apestando a trago italiano. Está ebrio, insulta a quien puede con clara ansiedad en su rostro, y yo no estoy para aguantarle sus mierdas.

—Señor —los ojos de Guido me encuentran y basta una mirada para darme cuenta de que algo pasa.

—¡Quiero ver a Bianca! —grita Leonardo Simone.

La presión empieza a hacerse irritante, pero mi cabeza solo piensa en una persona.

Ella está al final del pasillo, me mira tensa y trato de advertirle que no venga. Que se enfrente al tío en estas condiciones sería peligroso, por lo que se esconde, pero apenas retrocede una voz chillona la descubre.

—¡Bianca!

Un niño se le acerca y mi mandíbula se tensa.

—Cielo... —dice ella desconcertada, apenas con voz—. ¿Qué… haces aquí, Mateíto?

El maldito enano corre hacia ella para abrazarla sin saber que acaba de exponerla. ¿Quién carajos trajo a ese engendro? Empieza a fastidiarme la idea de que esté como chicle con ella, a cada nada quiere tocarla, mendigando una atención que resulta irrelevante.

—Voy a protegerte —le dice y luego me señala—. Ese señor malo va a lastimarte y vine aquí para salvarte.

—Señor malo… —dice Bianca mirándome, ignorando lo anterior mientras empiezo a perder la paciencia.

No tolero a los niños, son lo que más odio en este maldito mundo, aún más cuando meten las narices donde no deben. En especial este, el hijo de la nueva sirvienta que conoce el pasado de la madre de Bianca. Algo sabe.

Inhalo hondo y, de un empujón, aparto a la rata del camino, pero antes de que Bianca se mueva, la muda se pone en medio de nosotros, seguida por Elena, quien ni siquiera me mira.

Solo esto me faltaba. Un trío de metiches.

La anciana abraza a Bianca bañada en lágrimas.

—Dijeron que podría haber muerto en el ataque en Massa —dice Elena—. No supimos nada de usted. Su nana estaba preocupada y no la quise dejar sola.

—Estoy bien, calma.

Ella me mira y sencillamente las demostraciones de afecto me apestan, pero no puedo apartarle la mirada cuando la noto pálida, temblando y sus ojos me gritan que no me vaya.

Lo que sigue solo son más imposiciones. Para cuando el viejo llega, caminando como si le costara por lo borracho que está, ella se pone aquella máscara rebelde. Él entonces la samaquea sin quitarle la vista.

—¿Por qué no lo mataste? —espeta el viejo con los ojos llenos de ira. *Lo sabe*, la mafia tiene espías por todos lados y que un Simone haya herido a un Ricardi no pasa desapercibido.

—Voy a arruinar sus vidas de frente, en una guerra ante la vista de todos, no por la espalda sin testigos. Pagarán arrodillándose ante mí, así como los asesinos de padre.

Tenso los dientes mirando la escena.

—Por la sangre —dice.

—Por la sangre —contesta.

El viejo no puede quitarle los ojos de encima, es notable la ira en sus ojos. Ella lo está desplazando. Logró hacer lo que él nunca pudo hacer en su vida.

—Nunca imaginé que algo bueno podría salir de ti, *cara* —ironiza, tratando de minimizarla —. Gajes del oficio, suerte de… principiantes. Heriste a mi enemigo, también sacaron a la luz uno de sus escondites. Debo aceptar que estoy orgulloso... porque nuevamente no moriste en una batalla. Pero ahora harás otra cosa.

Niega, frustrada.

—Cumplí con la misión que me encomendaste.

—No es suficiente. Nunca será suficiente. ¿Qué no lo sabes? ¿No te han ido con el chisme estas bolas de ineptas?

Todos lo miran y nadie hace nada, ni siquiera la muda que se cree digna y mi puño se contrae. El viejo está ebrio, cagándose de miedo por los problemas que no puede combatir sin su hermano.

—Mientras tú estabas en Massa, La Hermandad nos dio un ultimátum.

—Ese es tu problema, el mío es vencer a los Ricardi.

La sujeta fuerte del brazo y doy un paso.

—¿Qué haces? Me lastimas.

—No, no te lastimo. Solo te… educo.

—¡Suéltame!

Mi paciencia se agota.

—La Hermandad quiere los diamantes y vas a ir por ellos, aunque no quieras.

—Es la última vez que arriesgo mi vida por tus malas decisiones —Bianca se zafa, pero el viejo no da crédito a nada—. Si están en nuestra contra es porque no confían en tu mandato. Con padre nunca hubiese pasado esto.

—¡Cállate!

—¡Si tanto quieres esos diamantes para salir de este lío, ve tú por ellos! Tratas de deshacerte

de mí en cada misión a la que me mandas porque te cagas en los pantalones pensando que un día podría destronarte. Te arde saber que soy mejor que tú en todo.

—¡Maldita insolente!

—¡Señor Simone!

La voz de Lion sorprende a todos. Su silueta aparece por el umbral y me daría igual si no fuera por los ojos de Bianca que se estremecen. El viejo se queda helado cuando Lion entra en el círculo, nos mira con ojos serios y agrega:

—Necesito hablar con usted... ahora. Es urgente —termina de decir. Mis ojos le dan una última advertencia.

El viejo está confundido, tiene una complicidad con ese infeliz —o tal vez mucha cola que le pisen—. Lo cierto es que no duda, su respiración de cerdo se calma y baja la mano que estaba a punto de golpear a Bianca.

—Esto no ha terminado —advierte y se larga, no sin antes apartarla con fuerza hacia un costado mientras los guardaespaldas la retienen.

Nadie habla ni dice nada. Todos han sido testigos del maltrato, pero callan como simples mierdas. Incluyendo a la anciana de doble moral que se queda quieta.

—Yo me encargo, fuera todos —ordeno y el guardia obedece cuando me ve tomar el brazo de Bianca para entrar en el pasillo hacia las lavanderías.

Nos vamos en silencio y es como si una ráfaga pasara por mi columna vertebral cuando dejo de fingir que la he tomado como rehén al ver que nadie nos mira.

—Adrian —dice, todavía temblando.

La cara se le pone roja. Trata de apañar el pánico cuando la dirijo por pasadizos sin gente, pero no hay cómo apagar aquellos halos de luz azules en sus ojos cuando teme.

—Está bien. No pasará nada —paramos en una esquina alejada.

—Todo está mal —la voz se le rompe—. Mi tío es un demente y si Lion le dice algo…

—No lo hará.

—¿Lo amenazaste de muerte?

—Sería sospechoso ahora, pero no me contendré si vuelve a molestarte. Callará.

—¿Cómo estás seguro?

—Es un trato.

—¿Un trato?

—Le sé algunas cosas, es todo lo que voy a decirte.

Niega con la cabeza, ansiosa.

—No lo conoces. Lion podrá parecer calmado, pero acostumbra a atacar cuando menos lo esperas.

—No pasará.

—No sabes nada de nuestro mundo.

—Sé lo suficiente como para entender que tu tío no está a la altura de ser líder en transición y que debe tener alguna maña en común con Lion. Pero en este momento, está más preocupado por protegerse a sí mismo que por descubrir secretos. Créeme, no es una amenaza para nosotros.

Su mano se sujeta en mi brazo y, joder, estoy a punto de besarla. Me vale mierda si los criados pasan a lo lejos, o los ojos expectantes de la anciana que cree que puede esconderse sin que nos demos cuenta. Bianca me mira en silencio. Su olor me desenfrena aun cuando conozco su destino. Aun cuando su tacto me quema y su aliento me prende al igual que su actitud incrédula que la hace parecer... indefensa en un mundo en llamas.

Levanto su mentón obligándola a no bajarme la mirada para explorarla y es... como un ave con alas lastimadas que se oculta. Como un cachorro que busca refugio, y empiezo a perder la cordura. Tengo una sensación rara, una extraña sed por apartarla de todos.

—Solo se emborracha cuando las cosas son realmente graves —su nariz roza con la mía. Cierra sus ojos y susurra—: Por favor…, no te apartes de mí esta noche. No es dueño de sí mismo ahora, podría mandar a golpearme o tal vez...

—Nadie volverá a lastimarte, Bianca. Tienes mi palabra —determino.

Mi voz se torna fría y, a la vez, suave. Sin embargo, algo en mí se vuelve amargo. Las palabras de Ryan se instalan en mi cabeza: «Enamorarla para destruirla por dentro». Todavía sus labios luchan con el temblor mientras sus ojos me reparan.

—¿A qué le temes? —pregunto, siendo imposible que mis manos la suelten.

—A… mí misma. Y a… lo que estoy haciendo.

—Estás aquí por algo y, sea lo que sea, tienes una misión que cumplir. Si no sueltas las cosas que te cargan, el peso siempre será aún mayor.

—¿Cómo se sobrevive al peso cuando siempre están queriendo matarte?

Parece que sus ojos traspasan los míos.

—Siendo lo que somos, Bianca. *Hiriendo*.

Asiente, soltando una gran bocana de aire.

—Gracias. A veces… eres bueno conmigo.

—No soy bueno. Estoy seguro de que me odiarás aún más algún día.

—Tal vez empiece a ser diferente.

—Tarde o temprano nos volveremos a enfrentar. Deseas escapar y yo retenerte.

—Entonces…, vámonos lejos a donde nadie nos conozca. Deja tu pasado y yo dejaré el mío. No preguntaré por tu vida, tú no preguntarás por la mía. Escapémonos juntos.



20.
JUGAR CON FUEGO

Bianca

Transcurren apenas segundos y no dice nada. Bien dicen por ahí que los silencios valen más que mil palabras. Él se queda mirándome con actitud impaciente, como si realmente estuviera mal todo esto y su respuesta es más que obvia: no. Así que retrocedo y finjo tener el último atisbo de orgullo que me queda.

Me acomodo el cabello con soltura, siendo ahora más consciente de mi entorno. Hay demasiada gente cerca. Estoy saturada de pensamientos que no me convienen. Tal vez... ¿sensible? Confundida. Irritada. Extraña.

Fue un impulso, un terrible error que no debí cometer.

—Será mejor que no salgas de tu recámara —dice en un tono frío, ignorando mis palabras y una punzada en el pecho me atraviesa—. Las cosas todavía están tensas, tú estás tensa y demasiado abrumada, por lo que necesitas descanso. Aléjate de las ratas.

—Es lo que haré.

Lo dice por Lion, pero contesto como si fuese una indirecta para mí. Doy media vuelta para irme. No nos decimos nada más. Sé que estoy jugando en medio de fantasías que no existen.

En la mafia nadie ama, solo prevalecen los intereses. La gente como nosotros no tiene derecho a querer, solo a dañar. Son pensamientos que vienen a mi mente y el hecho de hacerlos presentes de alguna manera me fastidia.

—*Hija* —me dice mi nana con señas, pero la ignoro y sigo de largo.

Necesito estar sola ahora. Subo las escaleras, entro en la habitación y me encierro con llave. El aguacero que veo a través de la ventana me atormenta, tal vez por el nudo que siento en el pecho.

Procuro ocupar mi mente en peinar mi cabello, pero es inútil evadir la punzada que empieza a carcomerme.

Me miro en el espejo y me asusta lo que pasa por mi cabeza. Me asusta el hecho de que empiece a afectarme, que, por primera vez, un hombre me interese para algo... distinto, y es que con él las cosas se salen del cauce.

Con él me siento segura. Con él vaga por mi cabeza la absurda idea de apoyarme en alguien, tal vez porque es el primero que me ha mirado por dentro. El único al que odio con las mismas fuerzas con que me gusta.

«Tú lo sabías, Bianca. Era solo un juego», me digo a mí misma. No puedo obligarlo a que me quiera.

Abro los ojos de golpe. ¿Dije: que me quiera?

Mis ojos empiezan a picar. No, no, no… ¿En qué diablos estoy pensando?

—Es solo sexo —digo en voz alta mirando al espejo—, una aventura, la libertad de elegir con quién quiero acostarme y de…

Las palabras se me desinflan. Ya no puedo seguir engañándome.

He creído que es real cuando me besa, cuando me toca, cuando es sucio conmigo. He creído que es real con esa manía enferma por estar donde estoy, con sus brazos fuertes defendiéndome de los otros, tal vez… porque nunca he sido defendida por nadie. Pero solo es eso.

Él es todo lo que odio en un hombre, pero es el hombre que más deseo.

Mis ojos brillan frente a la Bianca del espejo que me mira como si no me conociera mientras derramo absurdas lágrimas. Estoy envuelta en un guion que yo misma he creado. Por primera vez me siento frágil…, extraña, sola y eso, junto a los días que pasamos juntos, empieza a afectarme porque nunca me he sentido tan bien con alguien.

«Es imposible, un imposible que tienes que sacarte de la cabeza», niego con la cabeza.

Cuando regresemos a Villa Regina volverá a ser mi «superior» y yo su simple conejillo de Indias. Volverá a hablarme cuando quiera, a tratarme mal sin explicaciones y yo no quiero seguir perdiendo mi estabilidad por nadie.

Lloro por estupideces hasta que saco lo que tengo en el pecho, que se junta con toda la mierda que me acecha, y tengo que tomar un relajante muscular para dormir las horas que quedan.

A la mañana siguiente todo se vuelve más ligero, aunque un hilo de nostalgia me embarga. El sol resplandeciente de Firenze irrumpe por mi ventana, las flores se ven muy bonitas y, aunque el golpe de realidad vuelva, me obligo a mí misma a salir de la cama. Desayuno en la cocina con Mateo, Elena, que me evita cada que puede, y Cyra, que continúa con el mismo discurso.

—*Ni siquiera probaste la avena.*

—Es porque no me gusta la avena, pero tú insistes en ponerla encima —respondo—. Tengo que irme.

—*¿A dónde?*

—A un merecido descanso después de tanto peso sobre mí.

Méndez aparece por el umbral y me dice que el auto está listo. Lo sigo.

No mentí con lo que le dije a mi nana: voy a irme. Si me quedo en esta casa volveré a verlo y necesito poner distancia. Lo primero que se me viene a la mente son mis amigas que están en la

ciudad desde hace días. Les había dicho que no podía verlas, pero tal vez su compañía ayude a que mi mente se despeje.

—¿Está segura? Su tío preguntará, señorita.

—Sé que lo que te pido es arriesgado, Méndez, pero eres el único que puede ayudarme.

Ir con toda la tropa de guardaespaldas solo levantaría sospechas, por lo que le pedí que me acompañara, pero su cara de pánico lo delata.

—No tiene autorización.

—Nunca la tengo. Estas son tierras protegidas, así que no habrá problema. Mientras tenga a mi guardaespaldas cerca, no pasa nada; además, siempre que mi tío viene a la ciudad, desaparece con sus concubinas. Estará ocupado en sus… gustos.

—El señor Leonardo no es el único problema y lo sabe —indica con una indirecta, pero elijo no contestar y entro al auto.

Adrian no está desde anoche, es lo que escuché de las mucamas de este lugar que, para variar, también cuchicheaban por la mañana sobre lo irresistible y fuerte que es el idiota.

«Estarás bien. Es mejor hacerte a la idea y no acostumbrarte a verlo», me digo.

Ni siquiera sé qué pasará mañana, pero de tanto pensar, uno explota. A veces es mejor darle a la mente un respiro. En el camino, me acurruco al borde de la puerta mientras le pido a Méndez que ponga mis canciones favoritas. Soy consciente de que la guerra contra los Ricardi aún no ha acabado, sin embargo, después del contraataque, no se atreverían a lidiar con más problemas. No tan pronto y quiero pensar que pasaré desapercibida sin tanto guardaespaldas.

—Trate de no salir, señorita —pide Méndez—. Es mi deber advertirle que su tío no ha salido de la ciudad y que el señor Petrov está encargándose de asuntos importantes ahora mismo. Si la llegaran a ver… estaría en problemas.

—No te preocupes.

Pongo mi mente en blanco cuando lo nombra y un hilo de tristeza pasa por mi pecho.

Olvídalo.

Me maquillo las horrendas ojeras, guardo mis cosas rápidamente antes de llegar al «departamento de la perdición», un Airbnb donde se hospedan mis amigas, y le pido a Méndez que sea lo más invisible posible ya que ellas no deberían sospechar nada.

Stephanie, Laura y Marie fueron mis compañeras de clases cuando viví en Nueva York, lo único normal que conozco en mi vida. Desde ya se siente la música electrónica a todo volumen cuando subo por las escaleras y no puedo negar que me fascina el aire de relax que se respira.

—*Oh my God!* ¡Bianca está aquí! —salta hacia mí Steph, la más locuaz de todas—. ¿Te salió más culo? De mucho cabalgar, espero.

—La señorita se reporta por fin después de todos estos años —dice Marie con una banana en la mano y con su tono sugerente de siempre—. ¿Qué haces parada ahí? ¡Pasa!

—Siento haber desaparecido —digo, abrazándolas. Y, cuando cruzo el umbral, recibo una palmada en el trasero de Lau, con su inevitable rostro pícaro como si le gustara.

Las extrañé y he de admitir que me hicieron falta. Me siento en el sofá y me pongo cómoda. Estas estúpidas han sido parte de mi experiencia inolvidable en Nueva York y les tengo cariño, aunque no pueda confiar del todo en ellas. Las tres son una especie de «amigas antidepresivas» que siempre han logrado que sonría en momentos difíciles, aunque no pueda contarles mis problemas más graves porque sus cabezas no lo entenderían.

—¿Qué ha pasado contigo? Cuéntanos todo y exagera —insiste Steph, dándome una vaso con vodka—. Te has perdido mucho del mundo.

—Ya saben, problemas con mi familia y la muerte de mi padre, pero estoy aquí para pasarlo bien con ustedes —suspiro y puedo notar que los ojos de Marie me persiguen de manera exagerada.

—Tienes algo más, a mí no me engañas.

—No.

—Hueles a problemas con hombres —agrega Steph—. Dime a quién te follaste, perra. Cuéntanos.

Muerdo mis labios y me llevo un buen sorbo de alcohol a la boca.

—Es algo de lo que no quiero hablar —termino aceptando.

—Entonces no menciones su nombre —propone Marie.

Tengo sentimientos encima. Inhalo hondo y…

—Es un hombre prohibido, equis —digo, queriendo cambiar de tema, pero capto más su atención.

—Es gay, lo sabía —habla Lau, por fin.

—¿Puedes callarte? —dice Marie—. No todo tiene que ver con tu mundo, perra lésbica —alza su mano en señal de pelea.

—Cállate. Al menos no me meto con viejos casados.

Se escucha un bullicio y…

—¡Bueno, basta! —Steph pone orden—. Estamos escuchando a Bianca, no sacándonos los trapos sucios.

Entonces me río.

Había extrañado esa forma que tienen de quererse. Siempre fueron mejores amigas, por lo que claramente yo no encajaba en su grupo, y su historia es un tanto extraña: se conocieron en el colegio, fueron enemigas por años, terminaron siendo amigas en la universidad y ahora viajan a todos lados juntas.

—Bueno... —me tomo un momento y agrego—: es un tipo que conocí hace poco y... siento que empieza a pesar lo que no debe porque supuestamente nos odiamos.

—Pero... ¿cómo? ¿Quién es? Mientras le mida decentemente, todo en orden —sonríe Steph.

—Esas no son cosas importantes —contesta Lau, irritada.

—Claro que son cosas importantes, que a ti no te gusten las vergas no quiere decir que sea una regla para todas.

—Bueno, Bianca, ya dinos quién es el innombrable.

—Es... uno de mis entrenadores de gimnasio —distorsiono un poco las cosas.

Vuelvo a tratar de cambiar de tema, pero es inútil. Las tres se sonríen.

—Y es prohibido porque tu familia es una especie de remake de *Romeo y Julieta* —Steph alza las cejas.

—Todo lo que necesitan saber es que es imposible.

—¿Porque te gusta más de lo que debería? ¿Porque el sexo ya no es lo único que te mueve y empiezas a sentir que está calándote fuerte?

Me quedo callada sopesando sus palabras, entonces me mira sin juzgar, como si ella también hubiese pasado por lo mismo.

—¿Él no te quiere para algo serio? ¿Verdad? —Steph me mira con pena.

—Bueno, Bianca —Marie se levanta, buscando su teléfono—. Llegaste al lugar perfecto. Nosotras lo solucionamos. Un clavo siempre saca otro clavo.

—¿Qué?

—Esta noche lo sabremos.

*

Me niego a pensar que esto fue una mala idea, pero ya estoy en el caos andante. Me he reído toda la tarde dándome ese baño de normalidad que necesitaba con mis amigas: hablando de series, comiendo pizza, tomando un trago. Y ahora que anocheció, la cacería comienza. Aunque probablemente a Méndez le dé un infarto cuando no me vea.

—¿Ya? ¡Apúrense! ¡Siempre tengo que esperar una eternidad por ustedes! —Lau se estresa. Es el tipo de chica a la que probablemente no le interesa salir con tanto maquillaje.

—Habla quien nunca se arregla, pero ni modo, tienes que esperarte.

Lau le lanza una mirada desagradable y no entiendo cómo es que se toleran mutuamente. Steph intenta realzar su busto con calcetines enrollados en bolitas en la parte inferior de su sujetador; mientras que, en la otra esquina de la habitación, Marie luce orgullosa un escote pronunciado gracias a las bondades que le dio la naturaleza. En contraste, Lau mantiene su estilo negro característico y les lanza una mirada aburrida. Su única preocupación es a quién podrían ligar esta noche y yo llego a envidiar el hecho de que puedan dormir tranquilas, disfrutando de la vida sin pensar que alguien las persigue para matarlas.

—¿Y tú? —Steph voltea, observándome—. Sor Bianca, no te vas a poner eso para ir de fiesta.

Llevo un pantalón y una cazadora de cuero.

—Estoy bien —alzo los hombros. No sé por qué ando desganada.

—Enseña piel, cariño.

—No tengo ganas.

—No, no, no —Marie me empuja hacia el espejo—. No nos vas a espantar al ganado. Si vas a salir con nosotras, no vamos a quedar en ridículo —enarca una ceja y luego se suaviza—. Lo prometiste; además…, debes distraerte. Oye, yo sé que cuestan las decepciones, pero si te quedas a deprimirte, se te va la vida.

Las dudas de si esto es una buena idea, teniendo en cuenta lo que Méndez dijo, me carcomen.

—Chicas..., creo que mejor vamos mañana —digo, inventando una excusa para irme.

—¿Cómo que mañana? Estadísticamente, los chicos más guapos salen de cacería hoy. Ah, no… A mí no me vengas con esa cara. ¿Tienes idea de lo bien que se siente estar en medio de ganado guapo foráneo cuando en mi país solo veo puro hombre aburrido? Como te comentamos, los italianos son tremendamente atractivos. Vamos a divertirnos. Además..., eres muy hermosa. Hasta pareces un ángel de Victoria’s Secret.

Ni siquiera he respondido y ellas ya están toqueteándome mientras me sacan la ropa. Okey. No tengo ganas, pero ellas tienen razón: no puedo quedarme en mi cama para seguir rumiando las cosas. Mañana tal vez tenga que volver a Roma y hacerme cargo de un clan mal conducido por mi tío, por lo que acepto.

Me pongo tensa cuando me prestan sus prendas diminutas, entonces mi mente empieza a cuestionarse: ¿Por qué no? Jalo una falda de cuero pegada en vez de mi pantalón y luego me pongo el top que me prestó Laura, dejando mi ombligo con el piercing al descubierto, el cabello suelto, la cara perfectamente maquillada y me fascina.

—¿Y esto? —señala Marie, acariciando las leves cicatrices en mi espalda—. Parece que te latigaron duro, eh —dice, en broma.

Si supiera que fue real…

—Es alergia.

—¿Alergia?

—Larga historia —trato de cambiar de tema—. ¿Qué tal me veo?

—Deberías ser modelo —sonríe Lau—. Si no fueras mi amiga, te invitaría a salir, chica guapa.

—Amiga, date cuenta —Marie vuelve a joderla—. Es millonaria. Ni esperanzas tienes.

Río sin sentido, solo porque quiero hacerlo. Las chicas me prestan tacones y estamos listas para la noche de la perdición como en nuestras mejores épocas en Soho, Nueva York.

En el taxi nos la pasamos bebiendo y compartiendo una botella de tequila mientras el anciano

que nos lleva está a punto de colapsar con la conversación que nos mandamos:

—¿Y? ¿La tenía pequeña? —pregunta Lau.

—Sí, tuve que fingir —contesta Marie—. Cuando le dije que la metiera toda, me contestó que ya la había metido. Me daba pena su caso. El pobre hombre ha sido engañado toda su vida.

—Pero es un buen chico —sigue Steph—. Muy «buena gente» para ser precisas.

—O sea, feo —digo yo, más alegre que de costumbre. Nos hemos bebido una botella entera. Tengo que empezar a controlarme.

—Feo y chiquito. Un buen chico, pero ya saben, yo busco vergones... Digo, grandulones.

Todas rodamos los ojos en nuestra aparente sobriedad hasta que, por fin, llegamos. El anciano nos insulta en italiano, pero al menos ellas no lo entienden. Caminamos con otra botella en mano, felices de la vida, abrazándonos en medio de las calles de Florencia, yendo de un bar a otro por *shots*, hasta que llegamos a la zona de discotecas.

—¡Por fin! —grita Steph, extasiada—. En Roma la fiesta está prohibida, no hay nada en las calles. Es extraño.

No, no es extraño. Es el capricho de un idiota. Un tonto aire de ansiedad me embarga.

«Méndez dijo que estaba en una misión secreta», es lo único que me repito.

—Pidamos un box —sugiere Marie y entramos de manera exclusiva por otra puerta. El dinero gobierna al mundo.

La música elevada es lo mío, por lo que empieza a aflorar en mí el alma libre que busca volar lejos. Bailo un rato con mis amigas y así voy moviéndome hasta los asientos que nos reservan. Mis mejillas empiezan a sobrecalentarse, no sé si por el calor del lugar o por las palabras de las demás en el «*shot, shot, shot*» que me nublan la vista, por lo que me niego a seguir bebiendo.

Los hombres me rondan y sonríen. Pero aún ebria lo pienso y cada vez me convenzo de que tal vez mis amigas tienen razón: es necesario otro clavo esta noche.

—Chicas… —volteo, solo fue un segundo, pero las tres ya están besando muchas bocas.

Steph está con un asiático.

Marie con un viejo.

Y Lau... con una chica.

Aprovecho la soledad para beber agua. Tomo un vaso de la mesa y lo paso hasta el fondo, pero... mierda: era vodka.

Intento vomitar, pero es tarde para arrepentimientos. Mis fosas nasales explotan por todas esas combinaciones extrañas en mi cuerpo. Abro la boca para respirar, pero es inútil y tengo dos opciones: disfrutarlo con mis amigas o desquitarme bailando.

Parpadeo, sintiendo mis ojos pesados, y cuando me levanto, todo me pasa factura: la sensación de felicidad extrema transita por mis venas. La diferencia es que ahora fue sin intención y estoy sola.

Camino lentamente creyendo que puedo. Me veo a mí misma triunfar entre empujones y miradas hasta que llego a la barra y le imploro agua al *bartender*, pero lo único que hace es tocarme la mano.

¡Puto enfermo!

—Este va por cuenta mía, preciosa. Un trago superior para una chica… superior.

Superior. Mierda.

Lo tomo, bebo y ahí voy de nuevo..., rodando por el hoyo negro que titula su nombre.

Tengo la costumbre de controlar muchas de las cosas que debo, pero los sentimientos en este estado se agudizan y pasan más rápido: primero, el resentimiento; luego, el ataque hacia mí misma porque lo pienso, hasta que por fin llegan las lágrimas que me confunden.

Esquivo a todo el mundo y me alejo del nido. No sé ni dónde mierda estoy. Bajo unas escaleras hasta la zona general de la discoteca y esquivo a la gente que empieza a empujarme.

—¿Estás bien? —dice un tipo alto mientras me baila.

—No... Digo, sí —le sigo el ritmo hasta que me jala hacia otro lado.

Mi mente es un manojo de ideas revueltas. ¿Hace cuánto no salgo con un chico? Él empieza a darme un giro, me acerca a su pecho y puedo oler su aroma a cigarro combinado con un extraño aliento a hierba.

—¿Cuál es tu nombre? ¿Diosa del Olimpo?

—¿Diosa del Olimpo? —repito.

—Es que eres hermosa —me mira de pies a cabeza—. No es común encontrar a una diosa como tú todos los días.

Ajá…, sí.

—Morticia —digo.

—¿Qué?

—Me llamo Morticia.

Típico, cambiar de nombre con extraños.

Él sigue bailando y, aunque no quiera reconocerlo, lo hace muy bien. Conectamos al instante cuando me gira y empieza a moverse con ritmo latino. ¡Y amo el baile latino!

Mi especialidad siempre ha sido el *heels dance* y *twerk*, pero eso no quiere decir que los otros géneros no me emocionen.

Le sigo la vuelta y él me pregunta al oído si también soy latina por cómo bailo, pero lo niego. Su nombre es Flavio y hasta ahora ha sido respetuoso. Realmente empiezo a sentirme más cómoda, a las mujeres no nos gusta que nos traten como pasamanos.

De pronto, con el rabillo de mis ojos, noto a lo lejos movimientos extraños. En el box premium, cubierto por lunas que parecen polarizadas, veo una silueta sospechosa. Usualmente

ahí están políticos, hijos de presidentes... o de la mafia, y cierta mirada me hace recordar lo que mis amigas llaman «innombrable», pero niego con la cabeza.

Estoy paranoica.

No debería estar pensándolo. No debería ni siquiera recordar su nombre, sus labios, sus movimientos bruscos en mi trasero, la forma exquisita en que me monta mientras chillo por más cuando me destruye las caderas.

Él no es el príncipe, sino el villano. Una oleada de necesidad punza entre mis piernas, y eso, sumado a la cercanía de Flavio, hace que acepte el beso cuando pone su nariz contra la mía.

Es suave, ligero..., como esos besos que no quieres ni esperas, pero pasan, hasta que cierro mis ojos con rechazo. No me desagrada, pero cuando comes mejores labios, tu valla está muy alta como para perder el tiempo. Cuando siente que me quiero separar, mete su larga lengua en mi boca y no sé si es una serpiente venenosa o una tarántula haciéndome cosquillas. Nos besamos por un buen rato más, y toda la imagen digna que tenía de él se difumina en segundos cuando su mano me sube la falda.

—¿No quieres ir a un lugar más privado?

Dudo. La música se detiene un momento mientras veo a unas chicas subir para una batalla de hip hop. La gente las aplaude y luego las abuchea cuando se caen de borrachas.

—Quiero bailar —digo.

La decoración del escenario es como una jungla con tubos y cuerdas que cuelgan. En eso se encienden las luces rojas de desafío, incitando a la gente a bailar diferentes géneros por mil euros.

Me lanzo.

La chica que me ponen de contrincante no baila mal, pero no lo suficiente bien para vencerme. La música que me toca es sexy; paso mi dedo por mi boca hasta mis pechos y me convierto en una auténtica bailarina del tubo. Sonrío cuando me aplauden, me lanzan billetes como si estuviera en un club de *striptease*. Mis amigas me lanzan silbidos desde lejos, pero toda esa ola de atención, felicidad y placer me sobrecarga cuando suena *Wrecking Ball* y me descontrolo volando encima de una cuerda.

Jodida mierda, me bajan por borracha.

Estoy en los brazos de un guardaespaldas gigante al que golpeo inútilmente. Pasamos por la puerta de escape hasta llegar a la salida trasera, donde me suelta, riéndose.

Tengo que apoyar mi brazo en la pared para sostenerme, pero sin querer toco el hombro de alguien que me sujeta de inmediato. Su cabello es rubio y sus ojos claros. Me quedo como estúpida mirándolo, intentando comprender si es una alucinación porque me siento ebria.

—Hola, Bicho —sonríe al verme y puedo notar que está más alto, más delgado, más... ¿apuesto?

Me congelo.

Kristoff, mi ex, el maldito narcótico acosador del que hui mucho tiempo acaricia mi piel.

—No me gusta que me llames así.

—Está bien. ¿Cómo has estado? Ha pasado mucho tiempo... y sigues hermosa, hasta quizá más desarrollada —sus ojos van a mis senos. Así de asqueroso es.

—¡Sorpresa! —gritan mis amigas, corriendo—. Vino con nosotras, pero no queríamos decírtelo —Marie sonríe y me susurra—. Este es el otro clavo perfecto.

Los tragos empiezan a cruzarme cables en la cabeza.

—Cuidado.

Tropiezo y él me sostiene. Maldita sea, estoy borracha. Me envuelve en su cintura y es inevitable el rechazo.

—Quiero irme —digo.

—Pero si la fiesta recién comienza —contesta Kristoff.

—Suéltame.

—Ni siquiera hemos empezado —insiste.

Trato de zafarme, pero no me libera.

—Ella ha dicho que ha terminado —mis latidos aumentan cuando escucho una voz ronca que congela a los presentes.



21.
GOLPE DE REALIDAD

Adrian

Paciencia, es de lo que más carezco últimamente.

Me detengo a unos tres metros de ella y mis ojos no dejan de mirarla. Se ve jodidamente atractiva. Más de lo que parecía hace minutos mientras la observaba desde el box de la discoteca, cuando descubrí que era ella bailando imprudentemente como si fuera cualquiera.

Ryan estaba ahí y tuve que contenerme. En este lugar opera la ORSE, además de otras mafias menores que se dedican al tráfico de mujeres, y la encuentro en situaciones incómodas, desobedeciendo órdenes, exponiéndose cuando sabe que estamos en guerra con los Ricardi, y peor aún, ahora con ese otro que no la suelta.

Mi paciencia se agota. No soy un hombre común que tenga una pelea cualquiera con otro, soy un ser de la mafia que soluciona sus problemas con armas, y no estoy acostumbrado a lidiar con problemas mundanos que me desesperan.

Mis dedos aprietan las mangas de la chaqueta de cuero que llevo puesta para disimular lo que quiero hacerle a ese idiota. Sin embargo, ya he mostrado demasiado descontrol en estos días, y otro desliz levantaría sospechas con las que no quiero cargar ahora que todo se está yendo al carajo.

—Oh…, Dios… mío —se escucha la voz de una de las amigas.

—¿Quién es? —cuchichean.

—El entrenador del gimnasio…

—Que también me entrene —dice otra.

Me observan, pero es imposible que les dirija la mirada porque solo me importa una. Mis ojos están clavados en su falda negra, en el top que hace que se le vea el ombligo y parte de sus senos.

—Sube al auto —le ordeno. El rubio americano, que más parece un enano albino, hunde sus dedos en su piel y lo fulmino con la mirada.

—Me iré con Kristoff y mis amigas —es claro que está ebria.

—No, no irás.

—¿Quién es este tipo, Bicho? —le susurra el americano. *Bicho*… Qué apodo más idiota.

—No es nadie —repite en un tono fuerte.

—Soy el tipo que se la folla —digo—. Fuera todos.

Las palabras retumban y lo único que se escucha después es la música de fondo que golpea contra los vidrios de la discoteca. Sus mejillas se incendian, al igual que las de las otras mujeres que no dejan de mirarme con los labios entreabiertos mientras el idiota se petrifica.

—Eh… creo que mejor nos vamos —rompe el hielo una de sus amigas.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? —el enano albino, que ridículamente parece medir la misma estatura que Bianca, se mete como si tuviese esperanza.

—Está bien, Kristoff —niega ella con la cabeza—. Luego te llamo.

—¿En serio?

—Sí —sus mejillas siguen terriblemente coloradas—. Chicas…

—Tranquila, te esperamos en el depa. Tienes que contarnos todo —otra le guiña el ojo y me parece estúpido tanta palabrería para que se larguen.

Se van sin dejar de mirarnos y es el hombrecillo quien me levanta el mentón con un orgullo mediocre que se convierte en risa nerviosa. Sé quién es, por supuesto que lo sé. Lo he sabido desde que Erick me envió sus datos cuando pisó Italia. Un simple pelele con aires de grandeza, que se atrevió a cruzar el límite.

—No te atrevas —dice ella, cuando nota mi mano manipulando mi arma.

—¿Por qué no? Hay mucha rata suelta y este tipo no tiene nada que envidiarles a las porquerías.

—Es más decente que otros, al menos.

—¿Decente? —bufo—. Kristoff Marova, veintidós años, adicto y traficante de drogas menores en New York. También acusado de tráfico de armas. Menuda e inservible joyita.

—¿Te atreviste a investigarlo? —se enoja.

—El tipo tiene una deuda grande con uno de mis negocios en Estados Unidos. Desapareció hace meses, así que digamos que voy a cobrarla con creces.

—Casualidades de la vida, claro —ironiza.

—Yo controlo lo que se me antoja.

—Mejor acepta que te mueres de celos de una buena vez y dejémonos de estas hipocresías.

—Mejor aprende a obedecer. Saliste sin mi autorización.

—No necesito tu autorización para hacer mi vida.

Me acerco llevado por mis impulsos. Estoy jodidamente fastidiado.

—El despecho es una daga en la cabeza, niña. Estás llevando todo esto muy lejos.

—Muy lejos es lo que quiero que estés de mí —me empuja. Está pasada de copas, pero lejos de soltarla, la agarro más fuerte—. Quiero irme.

—No hemos terminado de hablar.

—¡Esto no nos llevará a ninguna parte! No tengo tiempo para tus caprichos —exclama furiosa.

—Pero sí tienes tiempo para largarte con ese tipo que muere por enterrarse en ti. ¿Así solucionas tus problemas de despecho? ¿Cambiando amantes de turno?

—¿Qué?

—No toleras que te haya dicho que no y ya andas buscando a otro.

Hace una pausa confusa y, cuando pienso que explotará, sonríe.

—¿Quién es el despechado ahora?

Se controla, lo hace muy bien. Los ojos le brillan con un hilo de furia, pero su mente trata de morder cual serpiente ponzoñosa.

—¿Te gusta? ¿Es eso? —empiezo a perder el control. ¡Ni siquiera sé qué cojones digo! Puedo sentir cómo las venas de mi cuello se marcan, cómo los labios se endurecen y estoy a punto de soltar cualquier estupidez por la rabia.

—Vete a la mierda —dice.

Trata de irse, pero la retengo de un tirón y el impacto de su perfume me envenena. Sus malditos pechos contra mí me encienden, el rojo de sus labios me fascina y siento que empiezo a volverme loco.

—Suéltame —dice como advertencia.

Pero no puedo. Mis labios no obedecen a mi lógica cuando la tienen cerca y mis dientes no pueden detener las ganas que tienen de morderla, por lo que apretar mi boca contra la suya se vuelve una necesidad que ambos no evitamos.

Nos besamos con la misma rabia que nuestros ojos destellan. Una de mis manos aprieta sus nalgas, y la otra sostiene su cabeza mientras jadeamos.

—Esto se acabó, Adrian —dice, apartándose—. Tiene que acabar.

—No quisiste que acabe antes. No fui solo yo quien inició esto.

—Me lastimas.

La rabia se transforma en vulnerabilidad en su mirada. Esa cara que he visto más de una vez en ella y que me confunde por completo.

—¿Es por él?

—¡Es por ti! ¿No lo entiendes? —los ojos se le empañan—. Kristoff es parte del pasado. No podría significar nada. ¡Tú eres mi maldito problema! —alza la voz—. Tu nombre, tu apellido, tu presencia y lo que estás haciendo conmigo… ¿Acaso no te das cuenta?

Me quedo quieto.

—Al principio pensé que todo esto era como una aventura que podía dominar—prosigue, con los ojos cargados de lágrimas—. El sexo estaba bien, la adrenalina estaba bien. El odio y nuestra rivalidad eran algo que podía manejar, pero todo tiene un límite…

—¿De qué hablas?

Calla, apretando su falda para evitar que la mire temblar.

—Que ya no es solo un gusto sexual. Yo… —se le quiebra la voz— he empezado a sentir... más que un afecto por ti, Adrian. Yo…

—Estás confundida —determino, callándola antes de escuchar más sandeces—. Abrumada, cansada de la monotonía y no sabes lo que dices…

Se queda muda, ida, controlando sus palabras y los movimientos involuntarios que hace su cuerpo.

—No… Yo…

—La gente como nosotros no tiene derecho a sentir. La gente como nosotros no ama…, solo hiere. Y nadie es la excepción. Nunca.

El silencio aumenta la incomodidad. De pronto alguien se acerca.

—Señorita Simone, estuve buscándola porque… —Méndez aparece por detrás y su cara palidece cuando nota mi presencia—. Señor Petrov…

Me inclina la cabeza. Sabe que está en una falta grave, pero el silencio es aún mayor cuando miro a otra parte. Empiezo a sentir que la sangre me quema.

—Encárgate de ella —es lo único que digo antes de irme.

Tomo el volante del auto con un humor de mierda, yendo a velocidad extrema, y cada segundo que pasa recuerdo sus palabras. Ayer no quise contestar lo que era obvio; jamás podría escapar con alguien a quien busco acorralar de todas las formas, pero la confesión de ahora se torna más extraña.

«Está ebria», pienso.

Mi móvil suena, es Ryan, que por supuesto no ha olvidado el impase. Observó cómo Bianca bebía, lo vulnerable que se veía sacando su enojo con el alcohol, por lo que parecía saborear su victoria.

—Solo quería mencionar que vas por buen camino —el buzón reproduce en automático su voz—. Bien hecho. Nunca decepcionas. La tienes encima y muerta por ti… El siguiente paso es hacer que se equivoque y neutralizarla.

Apago el móvil antes de seguir escuchando sus tonterías. Dejaré que piense que estoy de su lado para seguir haciendo tiempo, pero lo cierto es que no hay que ser ciego para notar lo inminente.

Me fastidia. Debería sentir que está bien, que he sumado puntos a esta jodida venganza, pero esta vez es distinto. Siento distinto. Me sabe distinto. Y no puede ser. No debería afectarme.

Mi puño se estampa contra el volante y aprieto aún más el acelerador. La madrugada empieza a calar en el cielo, la carretera está despejada y cuando menos me doy cuenta, mis instintos me llevan al lugar donde he pertenecido por años: La ORSE.

Un estacionamiento secreto se abre en medio de terrenos descampados. Pueden distinguir quién soy a lo lejos, han dejado que mi auto ingrese sin disparar, por lo que todo se vuelve monótono cuando mis pies caminan en dirección recta.

La jodida quemazón en la garganta no se va, aunque quiera. Las pisadas que doy levantan polvo hasta llegar a una habitación oscura, llena de un perfume particular.

—Dicen por ahí que uno siempre regresa a donde pertenece.

La voz se alza junto a la luz que me muestra a una mujer desnuda.

—Después de tantas noches esperándote, por fin vienes a mis brazos… mi niño —La Gata acaricia mis hombros hasta que sus labios me besan—. Cógeme, amor…, que te he extrañado como nunca.



22.
LA GRAN FARSA

Bianca

El sinsabor se refleja en el silencio que hay de vuelta a casa. Mi cabeza todavía es un nudo de emociones y, por más que el alcohol se me haya bajado casi del todo, no dejo de recordar lo que hice, lo que dije presa de mi lengua descontrolada, además de cómo me siento.

La jodí. Completamente.

Imágenes repetitivas pasan por mi cabeza: el enojo en sus ojos, su actitud de piedra, pero aún peor: la forma en que se largó dejándome totalmente ida.

Tengo retorcijones en el estómago por una cruda abrupta y palabras no dichas que se quedaron en el aire. Estuve a punto de ir tras él y pedirle que se quedara. ¿Qué carajos me sucedía? ¡Es un maldito demente que trata de matarme! ¿Realmente debería haberme rebajado de tal manera? Ni mil guiones pautados para mí hubiesen sido suficientes.

—Hemos llegado. ¿Se siente bien, señorita?

—Sí, todo bien —finjo una sonrisa—. Todo muy bien.

Méndez no me cree, solo asiente y baja la cabeza por respeto.

—Por favor, lo que viste…

—No vi nada, no se preocupe. Y quédese tranquila. Dije a los guardias que salimos todo el día de compras. Solo trate de que no la vean entrar.

—Gracias.

Tengo que subir por la zona de servicio sin hacer crujir la madera del suelo para que nadie note que llego de madrugada. El cielo casi amanece y veo mi móvil por última vez, ya que mis amigas no han dejado de enviarme mensajes para saber cómo terminó la noche.

¿Estás bien? ¿Terminaste en su cama? Manda foto de su culo.

Oye, Kristoff pregunta por ti. ¿Qué le decimos ahora?

Apago el maldito aparato. Quiero estar tranquila. Mi cabeza es un enjambre de emociones, juro que no vuelvo a beber así; el alcohol es un arma de doble filo que me está pasando factura.

No… maldita sea.

Abro la puerta de mi habitación para estar a solas, pero la silueta de mi nana junto a la ventana es como el punto culminante para que afloren mis sentimientos.

—*No puedo con tu sentido de responsabilidad, Bianca* —choca sus palmas visibles y cuando me acerco a ella, se queda pasmada mientras la abrazo.

Me siento terriblemente absurda, desconcertada conmigo misma, consciente de la mujer que realmente soy, aunque llena de dudas que atacan mi mente, por lo que busco estar en silencio en los brazos de alguien.

No es que los guerreros debamos ser de piedra todo el tiempo. La cara dura se muestra ante el enemigo, pero hay momentos a solas en los cuales necesitamos soltar y dejarnos caer para saber de qué estamos hechos.

Solo alcanzo a dormir un par de horas. El sonido de los platos sobre mi mesa de noche, sumado a que Cyra abre intempestivamente las cortinas, me despiertan después de un par de horas y tengo que entrecerrar los ojos para no morir con la luz de la mañana.

—¿Qué…?

—*Come. Últimamente no te alimentas.*

El humeante olor a huevos me provoca retorcijones, por lo que no le muestro la mejor cara. Me niego a comer, estoy resaqueada hasta el límite. Sé que esta es solo una excusa para entrar en mi habitación de nuevo.

—*Hay muchos guardias fuera. Lion dio órdenes precisas de vigilarte a partir de hoy. De la que te salvaste anoche.*

—Ah.

—*Bianca… Bianca. ¿A qué demonios juegas? Tu tío y él regresaron a Roma disque para los preparativos de una cena importante que se dará esta noche.*

—¿Cena?

—*Tenemos que regresar a la Villa lo más pronto posible, pues la orden fue que todos estuviéramos presentes. Pero claro, la señorita no lo sabía. Deberías estar enterada de todo si quieres quedarte con el clan algún día.*

—No me quedaré con un clan bajo sus leyes.

—*¿Todavía sigues con la absurda idea de huir?* —pone la cara larga.

—Encontraré la manera de ordenar las fichas a mi favor algún día.

—*Eres más terca que una mula* —se sienta en la cama—. *Estás descuidando lo que verdaderamente importa: enfocarte en destruir a los Ricardi, pero solo te ganas enemigos. No creas que no noté cómo Lion tenía el labio partido y de Adrian ni sus luces. ¿Me perdí de algo? Anoche te vi mal y no me digas que fue por la borrachera.*

No contesto, solo me levanto por agua mientras la miro a través del espejo.

—*Tu cara lo dice todo, no intentes negarlo.*

—¿Que estoy cruda?

—*Que, por primera vez, un hombre te gusta demasiado como para dejar afectarte. Y eso… es preocupante.*

Giro la cara minimizando lo que dice.

—Estoy acostumbrada a que mueran por mí, nana. El primero que no lo haga siempre será un reto. Pero es eso: un capricho. No te preocupes.

No me cree. No sé si yo también me creo.

—*No es mi afán molestarte, hija. Solo… quiero lo mejor para tu futuro y ese hombre no te traerá nada bueno. Entiéndelo.*

Tengo que poner mi mejor cara, me obligo a ponerla ante ella para no pensar más en cosas que me asfixien, pero la verdad es que todos estos pensamientos me están quemando.

Me doy una ducha tratando de ordenar mis ideas y, al salir, le escribo a mis amigas para decirles que estoy bien y que debo regresar al «trabajo», una excusa barata para que se calmen. Querían chisme, pero no se los puedo dar y la verdad es que no tengo ánimos de nada, lo único que se me viene a la mente es algo que he querido hacer desde hace horas, por lo que bajo al jardín y apenas levanto la mirada...

—¡Bianca!

Abrazo a Mateo, quien me ilumina con su inocencia.

—Hola, mi cielo —peino su cabello y tomo la pelota—. ¿Jugamos?

—¡Sí!

En Villa Regina es complicado que los niños *soldati* se acerquen a la casa, por lo que aprovecho todo lo que puedo. Correr no es una de mis cosas favoritas, pero me gusta cuando hay niños. Mateo es un hermoso pequeño que saca lo mejor de mí. Damos unas cuantas vueltas, jugamos a las escondidas y luego una especie de baloncesto en el árbol. Una parte de mí se vuelve infantil cuando él está cerca.

—¿Te cansaste? —pregunta.

—Un poco. Es la edad —digo, dramatizando mis veintiuno.

Se sienta a mi lado y me toma la mano, para luego llevarla a su rostro.

—No me gusta cuando está ese señor malo —sus ojitos curiosos me miran—. ¿Él ya no te deja jugar conmigo? ¿Es tu novio?

Una punzada me remece el corazón.

—No. Es un idiota.

—¿No te casarás con él?

—Nunca.

Sonríe.

—Entonces sí puedes ser mi novia cuando crezca.

Le doy un beso en la frente.

—Nada me daría más gusto.

—¡Mamá! ¡Me casaré con Bianca! —dice a viva voz, evidenciando a su madre mientras los *soldati* levantan la mirada—. ¿Nos estabas espiando?

Se pone roja.

—No, cariño. Venía a… avisarle a la señorita Simone que ya es hora de regresar a Roma. Los autos están esperando.

De reojo, noto que hombres armados me miran como si pensaran que voy a rehuir, por lo que finjo que no los veo.

—Bien.

Nana tenía razón: el imbécil de Lion no se ha quedado conforme. Me ha redoblado la seguridad, por lo que me pica la nuca de ansiedad por saber qué está tramando.

—Parece que su presencia es importante —comenta Elena—. Ya perdió mucho tiempo jugando con mi hijo, no se preocupe.

—Me encanta estar con Mateo.

—Usted es muy buena con los niños. No me imagino el día que sea madre… La suerte que tendría su hijo.

Le clavo la mirada con una media sonrisa.

—Suerte para las madres poder criarlos y que la mafia no se los quite o… que ellas desaparezcan.

La sonrisa se le borra del rostro y asiente, incómoda.

—Por supuesto.

—¿Mi madre me quiso? —soy clara y voy al punto. Los ojos de Elena se estrechan, la piel se le ruboriza y parece que se le atragantan palabras que no sabe cómo pronunciar.

—No… No sé de qué me habla, señorita —evita mis ojos y me hace pensar que está amenazada de alguna forma.

—Elena…

Se queda en silencio y mil latidos me estremecen.

—Tal vez me confunde con otra persona. Yo solo soy una simple sirvienta —fuerza una sonrisa y me veo a través de sus ojos—. Aunque sé que todas las madres quieren a sus hijos, o al menos eso deberían.

No sé si soy yo o mis ganas de encontrar a mi madre, lo cierto es que siento que es una indirecta. Muevo los labios para decir algo más, pero la silueta de un guardaespaldas se impone en ella, haciendo que baje la cabeza y se vaya con el niño, pues ha llegado la hora de irnos.

Hay tantas cosas en las que debo pensar que trato de no abrumarme. Lo que esté tramando mi tío con su estúpida cena me da igual ahora. Las ganas de cualquier cosa se me van en este

momento, simplemente porque estoy cansada de estar a la defensiva con todo el mundo.

El viaje se me hace largo o tal vez mi desgaste por la falta de sueño y la resaca me estén pasando factura. Me quedo dormida en todo el vuelo privado. Aterrizamos en un aeropuerto clandestino para luego viajar media hora en carretera hacia Roma y cuando llegamos a la Villa ya es de noche.

La mansión brilla por fuera como un hermoso lugar de descanso, pero por dentro es el mismo infierno. Cuando abren las puertas, el coche entra rápidamente, desplegando un séquito de hombres armados. Lo extraño es que parece haber más seguridad que de costumbre aquí también, como si todos estuvieran preparando algo.

—Tenemos visita —dice Méndez y, por un momento, mi mente lo vuelve a pensar.

—Los energúmenos abundan esta noche, seguro —lo digo por Adrian y sé que capta el mensaje.

—No creo que sea el señor Petrov el invitado esta vez. No moverían tanta seguridad para alguien que ya conocen.

Finjo desinterés.

—¿No se ha reportado?

—No, señorita. No nos han informado nada de él.

—Solo hace lo que se le antoja —es mi último comentario antes de irme.

Cuando no me ve, suspiro como si pudiera descargar todo lo que traigo encima. Camino lentamente por el pasillo trasero. No quiero ver a nadie y mucho menos encontrarme con mi tío.

Me siento tan mal, pero no soy la primera ni la última que tiene que priorizar sus decisiones: *mi libertad.*

He perdido demasiado tiempo sin hacer nada, por lo que debo centrarme en lo que requiero para mis verdaderos objetivos. Todo tiene que salir a la perfección y me tomaré los días necesarios para planearlo. Un error más me quitará la vida.

—*Cara mia*, ¿no vas a saludarme? —me paralizo al escuchar la voz que no quería.

Está justo donde nunca está: en la zona trasera que usa el servicio. Lion debió decirle mis rumbos.

—*Ciao*.

—*Ciao…, bella* —tuerce la sonrisa—. ¿Así me recibes? ¿Con un simple *hola*? ¿Cómo la pasaste en tu… salida?

Mierda, lo sabe.

—Salí de compras.

—Déjate de mentiras conmigo, que tengo ojos en todas partes.

—Entonces saquémonos las caretas y dime de una vez qué quieres.

Se acerca. No soporto su olor a tabaco.

—No te he castigado cuando pude hacerlo, tampoco detuve tu salida porque pensé que necesitabas… relajarte. ¿Ves que también puedo ser bueno? —me alza el mentón—. Tú también puedes ser buena con la familia.

—Me siento agotada. Iré a mi recámara para dormir un rato si no te molesta.

Me sonríe.

—Por supuesto que no, *cara*, pero no podemos ser descorteses con la visita.

—¿Qué visita?

—Lo sabrás muy pronto. Digamos que es… una sorpresa. Ve y cámbiate, ponte más hermosa de lo que eres. Te compré un vestido como parte de mis disculpas por… los últimos sucesos. Espero que las aceptes.

Mi sien tiembla. Sé que debo protegerme sin saber exactamente a qué juega. Me cuesta respirar, pero no le bajo la mirada; hacerlo sería demostrarle miedo, rendirme entre sus garras.

—Por supuesto —digo, siguiéndole la farsa—. Somos familia.

Me da algunos minutos para tomar un baño, peinarme, maquillarme y cambiarme, pero en un momento empiezo a ponerme nerviosa: algo pasa. Algo trama. Necesito escapar rápido, pero… ¿cómo voy a hacerlo si estoy siempre vigilada?

Lo único cierto es que no puedo seguir sosteniendo esta mentira. Necesito golpear e irme, me expongo demasiado estando aquí por más tiempo. Pero, por otro lado, no he terminado mi trabajo. No he destruido a mi tío, tampoco he asegurado un clan que me pertenece.

Me llevo la mano a la frente dando vueltas hasta que una mucama toca la puerta de mi habitación, indicándome que es hora de bajar porque me están esperando. Son casi las ocho de la noche y vuelvo a la máscara que más odio: lista para mi actuación hipócrita frente a mi tío.

Termino de peinar mi cabello lacio mientras muevo mis pestañas. No estoy muy maquillada, más bien llevo una sutil base con corrector de ojeras y un labial, ya que mis ánimos están por los suelos.

Me pregunto quién será ese invitado especial del que tanto ha hablado mi tío, mientras intento tomar otro camino para echar un vistazo sutil por las escaleras, pero Lion se interpone.

—Te ves hermosa, Bianca.

—¿Qué quieres?

—Nada —sonríe—. Solo burlarme un rato. No te saldrás con la tuya, y tampoco Petrov.

—No tengo tiempo para tus estupideces —camino, ignorándolo hasta que me detiene con el brazo.

—¿Sabías que seré tu nuevo superior? —sonríe—. Petrov acaba de renunciar.

El corazón se me congela.

—Es mentira.

—¿Él también te dejó? —pregunta irónicamente—. ¿Ya ves? Terminas cansando a todo el

mundo.

La sangre me hierve.

—No voy a caer en tu juego, maldito idiota.

—Pudiste haber sido para mí y todos tus problemas se habrían solucionado, pero preferiste a otro, así que ahora atente a las consecuencias.

Levanta las manos como si estuviera zafándose del asunto y ríe como para que lo escuche a medida que me alejo. Intento controlar mis impulsos, pero se me hace difícil. ¿Adrian se fue? ¿Será cierto?

Me detengo cerca de las escaleras para dar un respiro. Intento bloquear mis pensamientos, pero se me hace difícil. Por el espejo de la gran sala veo aparecer mi silueta con un vestido blanco y mi cara lo dice todo. No puedo dejar de pensarlo. La duda me mata y solo hay una forma de averiguarlo: preguntárselo a mi tío.

—Bianca... —Leonardo Simone me sonríe cuando entro, y pronto me doy cuenta de que no está solo. Un hombre mayor lo acompaña—. Ven aquí, *cara mia* —toma mi brazo y en el fondo observo a Lion, sonriendo.

—Señorita Simone, está usted… *bellísima* —el hombre de bigote me hace un cumplido y le sonrío a medias sin entender nada, pero entonces lo reconozco.

Es alguien de La Hermandad, la túnica con capucha que ha dejado en el sofá lo evidencia. La insignia en el pecho me hace pensar que debe tener al menos diez años dentro de la congregación, por lo que debe ser un hombre importante.

—Tío…—no entiendo nada.

—Eres mi mayor tesoro, *cara mia* —me besa en la frente—. Yo sabía que para algo ibas a servir un día.

—¿Qué?

Mi corazón se acelera.

—Es un placer conocerte, mi futura… esposa —dice.

—¿Mi qué?

—El señor es Pietro Rizzo, un importante distribuidor de diamantes de contrabando y uno de los líderes de La Hermandad más inteligentes. Será mi nuevo socio y también… tu futuro marido. Con esta unión nuestro apellido volverá a ser lo que fue un día y tus errores serán perdonados. Te casarás con él en dos días para sellar nuestra alianza.

Palidezco al instante.



23.
SIN RETORNO

Adrian

Si hay algo peor que las pesadillas es tener la imagen de una mujer fija en tu cabeza. La presencia de La Gata no ayuda como pensé que lo haría. Sus labios son ácidos, sus manos me repelen y, por más que le sigo el juego enrollando mi lengua con la suya, besarla me harta.

La veo contenerse mientras se baja el pantalón para enseñarme su culo viejo y le ordeno que se ponga en cuatro para follarla.

Lo hago con una intención medio placentera y, mientras sucede, intento borrar de mi mente los ojos azules de la mujer que ahora me carcome el pensamiento. Necesito sacármela de la cabeza. Bianca es un peligro que no quiero correr, sobre todo porque estoy a punto de dar el golpe maestro y tendré que destruirla. A ella y toda su sangre.

Empujo mi miembro una vez más contra la mujer que tengo al frente, oigo sus gritos ridículos y me corro fuera. Sin decirle nada, me meto al baño para tomar una ducha caliente.

Lo que debió durar más tiempo terminó en pocos minutos y no dejo de pensar en que tal vez ya no me complacen las mujeres con experiencia, o quizá necesito una puta que me excite de otra manera.

El polvo estuvo pasable, pero mi mal humor no mejora; por el contrario, se intensifica cuando escucho sus pasos.

—No sabía que tenías problemas existenciales —dice La Gata en el marco de la puerta. Sigue desnuda.

—No estoy de humor para tus ironías.

—Ya veo —me examina.

La ignoro.

—Te corriste afuera. ¿Qué pasa, mi niño? ¿Ahora te doy asco? ¿Es eso?

—Siempre ocurre así, Gata. Esas fueron tus reglas.

—Tú nunca sigues las reglas, amor. Te vi crecer haciendo lo que te daba en gana…, en todos los sentidos. Amaría sentir tu tibieza dentro de mí. Ya no somos simples desconocidos. Cogemos desde que eras un puberto. Somos algo así como… una pareja.

Río con ironía.

—Solo follamos.

—Hacemos el amor.

—Yo nunca he hecho el amor, mucho menos contigo.

Ajusto la toalla que tengo enrollada en la cintura para largarme, pero me bloquea el paso frotando sus tetas contra mi pecho.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto? Antes… no podías dejar de verme desnuda y ahora estás tan serio —quiere tocar mi pecho, pero no la dejo—. Todavía te duele, ¿mi niño? ¿No me has perdonado que te haya marcado para mí desde pequeño? ¿Es eso o… que te gusta otra?

Su mirada se enciende de celos.

—Te ves patética jugando partidas que sabes que vas a perder.

—Me coges como si te fastidiara verme a la cara y encima vas a bañarte como si te apestara —finge una voz suave—. Entiéndeme, mi niño… Mami te conoce mejor que nadie.

—No vuelvas a mencionar esa palabra —sujeto su muñeca con fuerza.

—¿Por qué? ¿Ya no te excita?

—Ahora eres demasiado vieja para excitarme como deberías, tal vez ese es tu problema.

—¿Es ella?

Joder, sí es ella. Bianca Simone y su maldito trasero. Ella y sus malditos labios, su perfume suave, el olor a manzana de su cabello, el brillo de sus ojos azules y la forma brutal como que tenemos sexo.

La miro y puedo ver su furia ante mi falta de respuesta. Me ataca enseguida y solo me defiendo como cuando era un niño. Como cuando golpeaba su látigo hasta quitarme el habla, echándome en cara que gracias a ella seguía vivo mientras dejaba que despotricara porquerías, porque en el fondo sabía que las grandes partidas se ganan en silencio.

Y mírenla ahora... rogándome como una vil zorra. Adicta a mi polla y a mi compañía. Celosa por otra que ni imagina cómo me la llevo a la cama.

Tomo sus puños en mis manos para marcar su dependencia. Se queda callada cuando mi rostro frío la detiene y retrocede con la mano arriba expuesta, porque ha mostrado una de las debilidades que tanto critica. Porque acaba de procesar que ya no soy el niño que la obedecía con golpes y que en vez de gustarme solo la utilizo.

—Tú no me puedes dejar…, yo te quiero —dice, desesperada—. Haré lo que quieras, dejaré que me hagas lo que desees con tal de estar contigo.

—Basta.

—¿Quién quiere que se la chupe? —dice, como si fuera un crío—. ¿Quién va a dejar que lo monte cuantas veces quiera?

—Estás loca.

—Por ti, mi niño. Todo esto es por ti... porque tú me vuelves loca. Mira cómo me tienes, mira lo que haces cuando pretendes engañarme.

—Vete.

—Estamos juntos en esto, que no se te olvide —agrega, hundiendo lentamente sus uñas en mi carne con una sonrisa—. Si me dejas, todos tus planes acaban. Si la ORSE habla, los Simone sabrán de dónde vienes. En cambio, si trabajamos juntos tendremos esos diamantes, y a los clanes caídos para quedarnos con Italia.

—A mí nadie me amenaza.

—Que no se te olvide quién soy yo, cariño: tu mujer, y no me gusta compartirte con nadie... menos con ella —me besa—. Esta es mi última advertencia.

Se suelta dejándome la marca de sus uñas en mi piel mientras me chupa un labio antes de largarse. El encuentro me dejó un sinsabor en la boca, aún peor, no calmó mis ansias sino que las hizo más evidentes.

Salgo del apartamento hacia el bar en medio de gemidos que provienen de los otros apartamentos. La ORSE sabe perfectamente cómo manipular a sus piezas claves; invita a curas, miembros de la policía e incluso políticos a fiestas clandestinas, donde algunas de las huérfanas que se convierten en espías de la organización practican su arte.

Entran por grupos de recojo en etapas. La primera es para eliminar a los más débiles, la segunda es para el entrenamiento en el que muchos mueren y, si pasan a la tercera, son potenciales para trabajar para una organización que solo velará por sus propios intereses.

El lugar no parece haber cambiado mucho desde que lo pisé hace años. Sigue teniendo, aparte de departamentos privados y áreas de entrenamiento, un bar que casi nadie frecuenta. Me siento, me sirven un poco de *whisky* y parece que el hielo me supiera a mierda cuando noto a alguien a mi costado, esperándome.

—Vaya humor, hasta en eso no cambias —escucho una voz a dos sillas de distancia mientras el *barman* se larga. Es Erick, mi mano derecha cibernética.

—Solo esto me faltaba —reniego.

—Aquí trabajo, tú eres el que invade mi espacio —suelta una risa—. Es bueno verte, amigo. Por fin.

—Lástima que no pueda decir lo mismo —doy un sorbo a mi bebida, mirando el entorno—. No deberían verte conmigo.

—Soy un profesional, ya te lo dije. Arreglé todo para aumentar las distracciones en cuanto vi tu auto entrar e instalarte en los aposentos de La Gata.

Erick sigue mirando su bebida como si nada pasara y he de aceptar que el bastardo es el mejor en lo que hace. No hay nadie alrededor, todos cogen en sus apartamentos de madrugada, los

empleados se esfumaron y, cuando levanto la mirada, las cámaras de seguridad están alteradas. Puedo notarlo por la luz diferente que emiten.

—¿Qué carajos hiciste? —prosigue—. Meterte con La Gata es como besar al demonio. Pensé que ya no te importaba.

—No me importa.

—Entonces pensaré que follártela es parte del plan para calmar las ansias de tu polla. O… es que tratas de olvidar a otra.

—Quiero creer que valoras tu hocico como para no perderlo.

Suelta una risa.

—Soy tu mejor amigo, Adrian. Trabajamos en secreto desde hace mucho. Yo también me la juego por ti, si descubren que tenemos nexos, todo esto se va a la mierda.

—Cierra la boca.

—Ten cuidado con Bianca Simone. Todo el mundo la odia, incluso los otros, ya sabes a quiénes me refiero. Y aunque pienses que nunca lucharían en tu contra porque crecieron como hermanos tuyos por estos mismos lares, yo no estaría tan tranquilo ahora que tienen poder en la mafia. Todavía no te perdonan el hecho de haberte quedado con La Gata y no haber huido con ellos cuando pudiste hacerlo.

—Como si me importaran.

—Corre el rumor de que regresaste a Italia. Ya sabes cómo se moverían las aguas si descubrieran quién eres en verdad.

—Yo no necesito cuidarme de nadie.

—Solo de una —tuerce la sonrisa—. Salud por el culo de la arpía.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Atrapado? No son mis gustos, pero he de aceptar que me intriga. Has conocido mujeres hermosas, te has acostado con infinidad de putas de clase y es la primera que te cautiva. ¿Qué debería estar mal? —ironiza—. Tal vez que es tu presa y pronto deberás matarla.

—Bueno, ¿qué es esto? ¿Una maldita clase de reflexión?

—Una conversación de amigos.

Dirige la mirada hacia el posavasos y, al darle vuelta, veo inscrito un código. Lo guardo con disimulo. El maldito es inteligente, suspicaz y escurridizo. No en vano la ORSE lo recluta, pero odio que se metan en mi vida.

—Me lo vas a agradecer un día, amigo. Y eso es lo que pediste más… un extra que te volverá loco. Inserta el código en un computador. Esperaré una llamada tuya en la que admitas que te soy útil. Y cuida lo que haces.

Se larga dejándome a medias mientras un hilo de curiosidad me carcome.

Bianca

La boca se me seca cuando las palabras de mi tío rebotan en mis tímpanos. Mi estómago arde, el diafragma se contrae, todo en mí se altera de una manera abrupta.

¡Quiere casarme con ese anciano!

Trato de digerir la noticia con cabeza fría, pero me resulta imposible. Quiero gritar, llorar, correr. ¿Cómo se atreve a arreglar un matrimonio para mí de esta manera?

—Está decidido, Bianca. Es por tu bien.

—¿Cómo pretendes casarme con este viejo? —alzo la voz impulsivamente.

—¿De qué te sorprendes? No eres la primera ni la última mujer de la mafia que es casada por intereses de la dinastía. Esto nos conviene a todos, *cara* —murmura entre dientes y luego le sonríe al anciano—. Pietro va a protegerte.

—Me puedo cuidar sola.

—Seremos un buen equipo, *bella* —sonríe Pietro—. La relación de los Simone con La Hermandad estaba a punto de quebrarse y, con esto, nuestros lazos se fortalecen. Venceremos juntos a los Ricardi, pero, sobre todo… tendré una esposa deliciosa.

Trata de tocarme, pero me alejo.

—No se atreva a ponerme un dedo encima, maldito decrépito.

Aprieto mis dientes y quiero que me trague la tierra. Mi tío me toma del brazo bruscamente y me arrastra hacia su despacho para hablar a solas.

—¿Qué demonios te pasa, niña? —me lastima—. ¡Arruinas mis planes!

—Tú arruinas los míos.

—¡Una cabeza como la tuya no puede pensar mejor que yo! ¡Así que cállate y obedece!

—¡No vas a condenarme a una vida de mierda! Padre jamás lo hubiese permitido.

—Tu padre no está y ahora yo velo por tus intereses.

—¿Mis intereses? ¿No serán los tuyos? Tu incapacidad para resolver problemas no implica un sacrificio de mi parte. No me voy a casar.

—No es una petición, es una orden. Pietro Rizzo es un hombre multimillonario, además de miembro de las siete cabezas de una Hermandad que gobierna el mundo. La solución a nuestros problemas. *Capisci?*

—No puedes obligarme.

—La Hermandad se mantendrá fuera de nuestro camino, encontraremos los diamantes, estabilizaremos nuestra economía y luego podrás hacer lo que quieras.

—Prefiero morirme antes de casarme con ese anciano —suelto lágrimas de rabia—. No voy a seguir tus planes.

—Bien, entonces pagarás las consecuencias. Vas a tragar tierra cuando no tengas qué llevarte al hocico, y será mucho peor cuando vayas a llorar a la tumba de la estúpida anciana muda y… su hijo.

Me hielo.

—Saber dónde está el hijo de esa sirvienta siempre ha sido de tu interés, pues de mí depende su futuro, así como su vida.

—Eres un hijo de puta.

Se acerca a mí para enterrar sus dedos en mis cachetes.

—Parece que olvidas que tú y yo tenemos un juramento de sangre que nos une. No podemos dejar que años de liderazgo se vayan por la borda y que la muerte de mi hermano quede impune. Hay… sacrificios que son necesarios. Piénsalo, Bianca; es solo cuestión de tiempo. El viejo no durará mucho. Ser una viuda multimillonaria es más atractivo que una simple perdedora. Debes hacer que te herede todo, seducirlo en la cama hasta que te firme los papeles y el dinero. Puedes hacerlo en semanas o meses. Eres tan hermosa como el pecado y tan peligrosa como un lobo vestido de cordero. Te daré lo que tú quieras si aceptas —susurra—. Pero si no lo haces… otros pagarán las consecuencias.

Analizo sus ojos oscuros y puedo sentir, a pesar de sus amenazas, su desesperación por primera vez en mi vida.

Lo odio con toda mi alma. Lo he odiado desde que padre decía que no se podía confiar ni en la familia cuando la ambición se imponía en las decisiones, por lo que solo me quedo en silencio.

La idea de verlo comer excremento pasa por mi cabeza y, aunque esté frenética, debe ser mi incentivo: verlo rogar, destruirse, dejarlo sin nada. No hay forma de que cambie de opinión cuando algo se le mete en la cabeza. Utilizará lo que más quiero a su favor y no reprimirá sus ganas de matar a quienes más quiero a cambio de conseguir sus ideales.

Es peligroso, pone en jaque mis verdaderas intenciones. Trago amargo porque mi libertad está en juego, pero pesa más imaginar el llanto de mi nana, el dolor que sufrió al despegarse de su hijo, y yo… no podría vivir con esta culpa.

Mi cabeza es un mar de emociones hasta que la imagen de Adrian aparece en mis recuerdos.

Aquella noche, cuando ni siquiera se inmutó ante mi confesión.

Él y el odio con el que me miraba.

Él huyendo, dejándome aquí... sola. Y tal vez esto ayude a que lo saque de mi mente.

—Bien.

Mi voz ahogada resuena.

—Podrás pedirme lo que quieras —su sonrisa me da asco, pero mi interior está en llamas

—No lastimarás a mi nana, me dirás quién es su hijo y dejarás que sea libre. No quiero que vuelva a trabajar en su vida.

Se pone serio, pero accede.

—De acuerdo.

—Y... algo más.

—¿Qué?

Me doy valor para decirlo:

—La verdad sobre mi madre.

Su rostro palidece, pero solo unos segundos hasta que se recupera.

—Bien —asiente—, pero... habrá consecuencias. Hay verdades que pesan más que las mentiras.

—Sé que está viva. Sé que padre y todos ustedes mintieron. Que fue, tal vez, una sirvienta más a la que forzaron para dejarla embarazada y que, por alguna razón, no han querido hablar del tema, pero estoy harta de no saber de dónde vengo.

Sonríe.

—Tu peor error es sentir, *cara*, pero si eso es lo que quieres… lo tendrás —levanta mi mentón sonriendo.

—El *signore* Pietro Rizzo pregunta por usted, Leonardo —avisa Lion desde el marco de la puerta, interrumpiéndonos.

—Tenemos un trato —dice antes de irse—. Pasado mañana.

Contengo el aire y, cuando se larga, lo suelto con furia. Lion sonríe y camina hacia mí con ese aire triunfante que odio.

—Felicidades por el compromiso. Debo decir que muy pocas veces disfruté tanto hacer un acuerdo como este. Encontré la solución precisa para tus problemas y, mira, La Hermandad nos envió a su mejor candidato.

Lo miro, apretando mis dientes por el enojo.

—Hijo de perra.

—Te dije que conmigo nadie se metía y que tanto tú como Petrov iban a pagarlas caro.

—No me has destruido. Aún tengo poder para aplastarte.

—¿Tú? —ríe—. Ahora serás la zorra de un viejo. Ya te imagino así... fingiendo en la cama para que te dé lo que quieras. Es lo que mereces.

—¿Por qué mejor no me superas?¿Crees que con esto dejarás de pensarme mañana, tarde y noche? ¿Que tu venganza va a dañarme tanto como para frenarme? Y si quieres saberlo: sí, elegí a Adrian sobre ti porque es mucho mejor en todos los sentidos.

Se aproxima con rabia y me sujeta del cuello, amenazándome.

—Vamos a ver si sigues riendo así después de ser maltratada por ese anciano. ¿Sabes que tuvo más de diez esposas y todas terminaron muertas? Adrian no te salvará de eso porque no le interesas en lo absoluto.

—Lo de Adrian fue un desliz sexual, un gusto que quise darme y no me molesta que se vaya —finjo, tratando de sonreír.

—A nadie engañas con ese cuento barato. Ignoras muchas cosas, estúpida, como la verdadera razón por la que está aquí. Para él no eres nada más que un simple plan de venganza. Solo vino a matarte, jamás te quiso, porque solo quiere a su mujer: La Gata.



24.
IMPULSO PELIGROSO

Bianca

Mi muro se va derrumbando poco a poco cuando escucho ese nombre. Mi extrañeza es notoria al verme reflejada en sus ojos y solo aprieto los dientes tratando de aparentar que no me afecta, aunque en el fondo me desconcierte.

—Las sorpresas salen cuando menos las buscas —afirma Lion—. Aunque… da igual. Tal vez se dio cuenta de que no podía cumplir con su cometido y se fue como una rata cobarde.

—Suéltame —digo.

—¿Qué? ¿Me temes? No eres más que una simple mierda a la que voy a destruir con gusto —dice antes de soltarme y retroceder para largarse.

«Solo me está provocando. Intenta hacerme caer en su juego y debo ser más inteligente», me repito.

Aunque pronto una pregunta invade mi cabeza: ¿cuál sería la razón para irse dejando todo de lado? ¿Una novia? ¿Esposa? ¿Amantes?

Nunca me contó su vida, tampoco afirmó tener algún tipo de «relación» con alguien. «Y si pasa, qué bien, no es mi bronca», me digo. Ya me lo follé, ya lo gocé, ya lo lloré cuando no tenía que hacerlo, ahora habrá que seguir adelante con mis planes.

Me detengo antes de cruzar el umbral de la puerta y siento el rostro caliente. Una celebración improvisada se escucha en la sala con el viejo idiota, mi tío y Lion de coleado. Leonardo Simone está de muy buen humor, por lo que invita a todos los sirvientes a la sala y les cuenta que voy a casarme. ¿Y yo? Sigo absorta sin preocuparme en fingir que estoy feliz.

Mi tío me alcanza y toma mi mano para besarla, diciendo en voz alta que soy como su hija, recordando etapas de mi niñez y adolescencia. Patético. Todos saben la basura que es, pero le siguen el juego. Sonríen, se codean, se abrazan. Y por primera vez rompe la línea entre el jefe y sus empleados, invitándoles una ronda de vinos, incluyendo a los guardaespaldas, pero yo... siento que la cabeza me explota.

Qué más da, pronto será mi velorio. Debería ir al altar de negro.

Ni siquiera miro al decrépito de Pietro Rizzo que no deja de verme las piernas. Me retiro a mi recámara sin dar más explicaciones. Siento que la garganta me pica. Si pensaba que las cosas iban a volverse más ligeras hoy se vuelven más difíciles y dormir resulta difícil cuando mi mente no deja de pensar en una sola persona.

La mañana llega más fría de lo usual. Tocan desesperadamente la puerta de mi habitación, abro y es mi nana.

—*Hija...*

Me abraza fuerte.

—*Me tomé una pastilla para dormir. Elena no quiso despertarme anoche. Dime que no es cierto, que tu tío no…*

Me quedo en silencio mirándola y luego llora. La acaricio, la abrazo y acuno sus lágrimas en mi pecho.

—Es necesario, nana —exhalo y le levanto el mentón—. Tengo un plan. Vamos a escapar pronto y... ¿sabes qué es lo mejor? Encontraremos al hijo que padre te quitó. Ustedes estarán a salvo, así que habrá valido la pena.

—*No, hija. Por favor...*

—Si no aceptaba, mi tío te iba a matar y yo sin ti me muero. No es el primer ni el último sacrificio que hago en mi vida —le digo y limpio sus lágrimas.

—*Es injusto que te sacrifiques por mí.*

—No es injusto si se hace por las personas que más quieres.

—*Parece... como si no te afectara.*

—¿Y qué gano llorando? Es por tu bien, por mi bien y... por los intereses de todos.

—*Tú eres un ángel, hija... No puedes mancharte por mí.*

—No soy un ángel. Quizá soy un demonio..., un demonio que sabe jugar sus cartas.

No puede controlar el llanto por lo que pongo mis manos en sus hombros, obligándola a que me mire.

—Le pediré al viejo que me lleve de viaje al norte. Los Ricardi no se atreverán a ir contra un miembro de La Hermandad, conseguiré los diamantes para mí y luego escaparé apenas pueda. Y tú vendrás conmigo.

—*Es muy peligroso.*

—Más peligroso es que me quede como el títere de un hombre. Esta boda es una farsa para calmar las aguas, fingiré que haré el intercambio de diamantes para mi tío cuando al final me los quedaré yo. Cualquier clan de la mafia daría lo que fuera por esas joyas. Con el dinero que pueda sacar tendré la vida solucionada.

—*¿Y crees que ese viejo te dejará ir, así como así? ¡La Hermandad ha venido operando desde antes de que yo naciera y nadie, nunca, los ha vencido ni se han dejado burlar!*

—Buscaré alguna salida.

—*¡No puedes ser tan aventada!*

—¿Quieres que me quede con los brazos cruzados? He intentado todo, nana, pero mi tío solo ha buscado deshacerme de mí en cada misión a la que me manda. Y, como ve que no puede, ahora pretende silenciarme con este matrimonio que le viene bien porque no puede enfrentar las consecuencias de su ineptitud. Nunca aceptará compartir el trono conmigo.

—*No tiene herederos, no puede quedarse. Tarde o temprano tú…*

—¡Estoy harta de todo esto! —me exalto—. Aunque me quede, aunque ocupe la cabeza del clan, siempre estaré sujeta a las leyes de la mafia italiana. Y es algo que voy a cambiar.

—*Hija, por favor…*

—Por primera vez apóyame sin pensar en los miedos. Solo nos tenemos a nosotras.

Se lleva las manos a la cabeza nerviosa. Sus dedos tiemblan de pánico.

Las campanas suenan porque hay anuncios importantes por la premura de la boda. Noto que no hay tiempo y Cyra me toma de la mano cuando quiero irme.

—*Tu tío sospechará de tus planes a futuro. Sabe que me quieres, pero es raro que aceptes con peticiones para otros y no para ti.*

—También pedí cosas para mí: saber la verdad sobre mi madre.

Mi nana se pone pálida, pero lo que me llama la atención no es su rostro perplejo, sino lo que cae de las manos de Elena cuando traspasa el marco de la puerta.

Se pone nerviosa y recoge todo rápido. Hay guardias afuera, movimiento en los pasillos, así que no tiene otra opción sino entrar con la cara tensa.

—Sé que no me van a decir nada, pero aprovecharé cada oportunidad que me brinda la vida para saber la verdad —les digo—. Toda mi vida he estado envuelta en los secretos de esta familia, preguntándome si me quiso, por qué me dejó a mi suerte cuando pudo haberme llevado con ella. Y aunque se empeñen en ocultármelo, tarde o temprano voy a descubrirlo.

Callan. Es tan visible la situación que ya ni me molesto en esperar nada de ellas. Elena solo baja la cabeza.

—Mandaron esto para usted, señorita —dice, cambiando de tema.

Son dos batas de seda; una crema y otra roja.

—¿Qué significa esto?

—Que hoy se casa —dice un guardia desde la puerta—. El chisme voló por alguna razón y sus enemigos tratarán de evitar el matrimonio como sea, por lo que su tío decidió adelantar la boda para esta noche. Solo vendrá la gente más allegada. Prepárese, las modistas están en camino y no intente nada estúpido que estaremos vigilándola.

A lo lejos veo el arma del guardaespaldas principal de mi tío para intimidarme y puedo sentir las pisadas de otros que resguardan los pasillos. Cierra la puerta de golpe. La cara de Cyra se

vuelve un mar de llanto mientras Elena me mira preocupada.

—Malditos —susurro.

—El señor Leonardo debe haber pensado que usted escaparía —dice Elena—. Nos convocaron desde anoche para arreglar el jardín. Ya lo tenía planeado.

—Gran jugada —reniego desde mis adentros. Me mintieron con la fecha para que no intentase nada en su contra.

—Estamos con usted, señorita.

—Ya no puedo hacer nada. Me han acorralado. Hoy me casaré con ese hombre.

Mientras Cyra entra en pánico, Elena me pone una mano en el hombro. Estoy afectada por lo vivido en estos días. Aún no sé cómo soportaré que el viejo me toque y, aunque lo niegue, pensar que no volveré a ver a Adrian hace que mi pecho se cargue de emociones confusas.

Me siento frente al espejo y me limpio las lágrimas de rabia.

La angustia hace que me sienta sola de nuevo.

No puedo quererlo. Me niego a quererlo. Sería un error garrafal para mi vida.

—*Si lo que te preocupa es haber metido las cuatro patas porque sientes algo por ese hombre, lo olvidarás* —dice mi nana, me conoce tan bien que casi lee mi mente—. *Hay amores que son imposibles y aprendemos a vivir sin ellos.*

Sonrío como si nada pasara, pero la mirada de Elena me muestra lo patética que debo verme al tratar de negarlo.

Un nudo de tristeza se forma en mi pecho. Me cuesta respirar sin sentir que se me vienen las lágrimas. Tal vez es lo mejor; necesito olvidarlo. Esto era imposible, demasiado arriesgado, casi un suicidio.

Pareciera que el tiempo se fue volando y mi mente siguiera en otra parte cuando las modistas llegan con luces, maquillaje y vestidos. Tardan horas en vestirme y dejarme lista.

—¡Hermosa! —dice uno de ellos para romper el hielo.

—El vestido —otra mujer me saca de mis pensamientos y me pongo la lencería que ordenó el viejo para mí.

Lo hago con asco y luego me visten por completo.

—Es una princesa —murmura una de ellas.

Pero las ignoro cuando de cierta manera me miran con pena.

Mi cabello se suelta del moño improvisado para lucir como una verdadera novia. No me agrada ni me desagrada, pero al menos me veo bien por ahora.

La tarde va cayendo poco a poco y la presión en mí sube como espuma cuando la noche llega y me indican que baje. Hay más de treinta personas en el jardín terminando de decorar, poniendo manteles en las mesas, adornando los árboles con luces y flores. Para ser una boda improvisada

no está mal, cualquier persona se enamoraría de esta cárcel de lujo, aunque ignoren el dolor que se vive dentro.

—*Aún puedes negarte* —Cyra hace señas con sus manos. Lleva puesto el traje azul de ama de llaves para ocasiones formales, aunque hubiese preferido que se vistiera como si fuese una invitada más.

—No voy a ponerte en riesgo —le seco las lágrimas—. Es una farsa. Pensaré que es una obra de teatro o alguna novela. De todos modos, no estoy muy lejos.

—La llaman, señorita —Elena me mira con una media sonrisa—. Se ve como un ángela… ángel —se corrige.

—Ángel… —digo—. Ironías de la vida, esa siempre ha sido mi palabra favorita.

Tomo aire y cruzo los pasillos escoltada por un séquito de guardaespaldas como si hubiese planeado una batida para escapar. Leonardo Simone no pierde el tiempo cuando quiere inventar dramas, así que no le doy el gusto de verme abatida, por el contrario, levanto la cabeza con una media sonrisa.

Hay dos hombres tocando violines al final de las escaleras. La recepción, aunque sea pequeña, no escatima en lujos; finos cristales adornan el candelabro que cuelga del techo y, al entrar, brillan en perfecta conjunción con los faros decorados con velas y luces cálidas… y hombres armados de testigos.

Mi tío Leonardo se acerca para tomarme del brazo, como dicta la tradición italiana.

—Estoy tan emocionado —finge alegría, enseñándome la pistola que carga en el pantalón.

—No voy a ir de tu brazo.

—Estás frente a un cura.

—Que se acuesta con la misma cantidad de mujeres que tú al día y que encubre todas las fechorías de la mafia. Esta es una farsa y todos lo saben, así que dejémonos de hipocresías.

Sin importarle lo que digo, mi tío me sujeta del brazo a la fuerza y noto cómo la luz infrarroja de un francotirador apunta en la cabeza de mi nana sin que esta se dé cuenta.

Maldito. Mil veces maldito. Accedo a la fuerza. Avanzo mientras los veinte invitados aplauden. Es gente de La Hermandad. Mis ojos se cruzan con Giulio Greco, el líder supremo, junto a su hermano, que se dedican a mirarme los senos como si fuese carne de mercado. También puedo ver a policías vestidos de civiles, importantes políticos, los empleados haciendo una línea a lo lejos y, por fin, al anciano que se saborea los labios sin vergüenza.

—Preciosa, eres preciosa —el viejo me sonríe y mi tío le entrega mi mano.

Empiezo a entrar en pánico; me asquean sus dedos sudorosos, el olor que desprende su cuello de cerdo.

Me trago el sermón cuando el sacerdote habla de la virginidad y la bondad del hombre. Mis ojos solo buscan algún hueco donde pueda esconderme... o algún enmascarado a punto de abrir

fuego en una moto, pero no pasará. «No seas tonta», pienso.

Los labios del cura terminan su discurso y luego mi tío y Lion dicen unas palabras, fingiendo ser seres decentes. Todo me produce asco.

Mi nana me mira y con los ojos me pide que me vaya, Elena se mantiene en silencio, las concubinas de Leonardo Simone están aburridas. ¿Y yo? A punto de gritar, pero no valdría de nada.

—¿Acepta usted ser su esposa?

Miro a los costados en cámara lenta, con una lágrima entre mis pestañas y el corazón decepcionado. Miro, sí... al vacío, para intentar entender que la realidad supera a la fantasía de los libros. Que no vendrá. No pasará.

No hay un Rambo que empiece a accionar su pistola. No está pasando.

No hay un hombre de negro que me mire como si fuera un torbellino. No está pasando.

No es real, lo estoy imaginando.

—Acepto —mi voz rebota en el espacio y el viejo me besa.

Cerdo apestoso. Mueve sus labios gruesos en los míos y, por más que intento frenarlo, no acaba. Quiero llorar. ¿Cómo demonios voy a dejar que me tome? Me separo al instante, obligándome a seguir entre los aplausos, estirando mi brazo para firmar el acta civil que me hará la señora Rizzo. Lo hago y luego el viejo.

—Tu tío nos cedió una recámara, dijo que eras, supuestamente, virgen, así que voy a comprobarlo.

Me toma por sorpresa, jalándome del brazo. A nadie le importa si estoy viva o muerta, ellos solo actúan como si estuvieran felices, haciendo lo correcto. Los hombres bailan, cantan, se abrazan y celebran con prostitutas de cortesía mientras sus mujeres se hacen de la vista gorda.

Quiero morirme. El tipo está ansioso y yo... solo siento que me desvanezco.

Sujeta con fuerza mi brazo mientras subimos por las escaleras. Quiero deshacerme de él como sea, pero es imposible. No puedo usar mi entrenamiento, ya que nos siguen sus hombres armados.

—Señor, hemos revisado la habitación y todo está en orden —dice uno de ellos—. Seré invisible.

Entro en pánico.

—No ahora. Esta no es cualquier prostituta, será mi mujer y no quiero que la vean.

—Pero, señor, sabe las reglas. Nadie que sea miembro de La Hermandad puede tener sexo sin la protección de guardias.

—¿Qué me va a hacer esta hembra? —le susurra, menospreciándome.

Menudos hijos de puta. Se mantienen en secreto por las represalias. Italia, desde tiempos inmemoriales, ha sido manejada por los clanes, además de por un ente regulador, La Hermandad,

a la que hay que pagar tributo para que interfiera como juez y parte, pues tiene gran importancia en el gremio. Su poder es brutal en Italia, como el papa para los católicos.

Sus hombres reniegan cuando nos dejan a solas. Al cerrarse la puerta, mis puños se hacen fuertes. «Esto no tenía que pasar», me digo, pero ya es tarde.

El viejo se toma una pastilla, se limpia el sudor con un paño y empieza a desabotonarse la camisa.

—Desnúdate, entraré un momento al baño. Ya he perdido mucho dinero contigo, ahora me vas a pagar con creces —dice arisco.

Lo observo con furia mientras empiezo a quitarme el vestido. Me muerdo los labios y chequeo la ventana. ¿Podría suicidarme?

Giro sobre mis propios pies y miro la cama: las sábanas blancas y las almohadas cálidas. Solo tengo que imaginarlo, Dios mío, pensar en alguien más que me guste. Es probable que el viejo solo dure tres minutos, y eso será suficiente. Solo son tres minutos... Tres minutos de asco.

Jadeo arrojando al suelo la última pieza de lencería y, poco a poco, el vestido se resbala por mi pecho hasta llegar a mis piernas. Emito un suspiro hondo, impotente, y luego no oigo nada. El viejo debe estar listo. El pecho me pesa.

Pasan algunos minutos y la puerta del baño se entreabre, puedo sentirlo. Cierro los ojos, asqueada. Sus pasos llegan hasta mí e intento que me parta un rayo mental. Soy suya, firmé, dije que sí, lo besé... y ya está, con eso basta.

—Tómeme como usted quiera, pero sea rápido, por favor —mascullo y cierro los ojos, pero mi ritmo cardiaco cambia cuando, en vez de un manoseo, siento… una mano en mi boca.

Me muevo y suelto un grito, aterrada, pensando en las porquerías que me hará. Intento darle un codazo, pero me esquiva. Pateo sintiéndome por alguna razón adormecida y, en medio de mi colapso, percibo un perfume distinto, un aroma varonil, un pecho fuerte que me aprieta. Me obligo mirar.

—Silencio.

No es el viejo. Es quien hace que mi corazón explote.



25.
DESBANDE

Noticia de último minuto: se ha encontrado muerto al empresario Pietro Rizzo, un colaborador activo en obras de caridad, en la mansión Simone. Informa: Diario Mañana, *Italia.*

Muerte por venganza. Pietro Rizzo, el presunto cabecilla de La Hermandad, un importante círculo que maneja las mafias italianas, muere en extrañas condiciones. Fuentes aseguran que contrajo matrimonio por negociaciones con uno de los clanes, pero su esposa se ha dado a la fuga.

Golpe entre clanes. El empresario Pietro Rizzo, dueño de los bancos más importantes de toda Italia y presunto miembro de La Hermandad, ha fallecido el día de su noche de bodas.

Las afueras de Roma arden en llamas al despertarse con estas noticias. La ciudad empieza a convertirse en tierra de nadie. Miles de *soldati* de la mafia han cerrado aeropuertos. Hombres tatuados con símbolos de «balanza», ícono de La Hermandad, van armados por las calles interviniendo a hombres, mujeres y niños. La policía no se da abasto para controlar la amenaza. La nación despertó con fuertes mensajes en carteles por todo el Vaticano, dejando en pánico a una población que comienza a dudar de sus gobernantes.

—¡Calma! ¡Calma, por favor! ¡No se empujen! —dice el general Nicolini, máximo representante de la fuerza armada del país mientras un grupo de periodistas lo acosan.

—General Nicolini, ¿qué tiene que decir al respecto? —gritan.

—General Nicolini, ¿usted cree que efectivamente somos dominados por las mafias?

El rumor que por muchos años se extendió de generación a generación hoy cobra vida. La cara del hombre que representa el máximo poder se sofoca mientras continúa siendo abrumado por una prensa conmocionada.

—Delincuencia siempre hemos tenido.

—No es simple delincuencia esta amenaza —le refutan—. ¿Estamos siendo amenazados por la mafia?

—No.

—¿Cómo explica los carteles? ¿Las águilas y serpientes muertas que amanecieron hoy en el Vaticano? ¿Y el hecho de que estamos siendo intimidados por enmascarados?

—Cálmese.

—No, no me calmo —grita el periodista—. Miles de familias están asustadas. Se han cancelado clases, trabajo y servicios públicos. ¿Solo va a ofrecer su silencio?

—Usted no me está escuchando, yo no tengo por qué darle explicaciones cuando esto lo está viendo el servicio de inteligencia.

—¡General Nicolini! Para el diario *Hoy*, ¿cómo cree que afectará esto al turismo? Se han cancelado vuelos, las calles están cerradas y…

—A ver, pido un poco más de seriedad —alza la voz—. No estamos siendo atacados por ninguna mafia, tampoco hemos liberado a delincuentes de las cárceles como se dice por ahí. Estamos investigando los hechos, por lo que le pedimos a la prensa nacional un poco de seriedad sobre lo que informan.

La bulla sigue. Las preguntas colman la paciencia del general.

—No voy a dar más declaraciones que entorpezcan nuestro trabajo. Venimos trabajando en contra de la delincuencia. El terrorismo no existe en este país, tampoco las «mafias», como ustedes la llaman. Honor y gloria a nuestra nación, primero Dios, ante todo. Somos una nación correcta.

—¡General Nicolini!

El militar se marcha resguardado por sus hombres, quienes no dejan de empujar a la prensa. El estruendo se expande y el fuego alimenta los fogones de la televisión, la radio y las redes sociales a nivel nacional. El escándalo ha hecho que el presidente se encierre en su palacio. No hay más información veraz, salvo lo que se ve en las calles.

—Un trago —dice el general— ¡Sírveme un maldito trago ahora!

Se abre el uniforme, despejando el área del cuello, y bebe con la cara roja. Hay más de mil llamadas que no quiere aceptar.

—Señor —le dice un agente que es su mano derecha.

—¿Me tienes noticias?

—Encontraron el cadáver de Pietro Rizzo, uno de los líderes de La Hermandad, asesinado en su noche de bodas. Es cierto.

—Maldita sea —pasa una mano por su frente, en pánico.

—La Hermandad se niega a negociar. Amenazó no solo con balear a la población y paralizar el país, sino con divulgar los negocios que tiene la mafia con el gobierno desde hace años, además de los tratos con la policía, si no encuentran al culpable.

—¡Tenemos un maldito pacto! ¡La gente no puede saber nada! —da un golpe en la mesa—. ¿Quién fue? ¡Quiero saber qué idiota se atrevió a golpear al ente más poderoso de Italia!

—La llaman la perra de la mafia, pero su nombre es Bianca Simone.



26.
VERDADES QUE MATAN

Adrian

Sacarla de Roma ha sido desesperante y, aunque no me queda certeza de que efectivamente nadie nos haya seguido, al menos está lejos del peligro que implica tener a La Hermandad tratando de cortarte la cabeza.

Maté a Pietro Rizzo. Lo hice y soy consciente de mi impulso, pero no me arrepiento. Cuando la muda envió aquel mensaje donde advertía sobre el matrimonio forzado de Bianca, mi mente no calculó otra salida que eliminar el problema de golpe.

Perdí la razón. La tensión me cubrió de pies a cabeza. Empecé a trazar cada uno de mis movimientos para que su muerte pareciera ocasionada por causas naturales.

El viejo me miró conmocionado cuando entró al baño, más aún cuando lo asfixiaba para que no gritase. Trató de pulsar el botón de pánico que traía en su ropa, pero le inyecté en su cuerpo drogas que acelerarían su corazón mientras lo desvestía para ahogarlo en la bañera.

Todo ocurrió con rapidez. No sé si me dio más coraje ver su puerco cuerpo tocando lo que es mío o que ella se haya dado por vencida tan fácilmente. Salí y la vi acostada, con ese *babydoll* que me dejó la boca sedienta. No podía concentrarme en otra cosa. Quería besarla, pero abrió los ojos y tuve que dormirla para que no gritara del susto.

Había más de cincuenta hombres en los alrededores, además de gente de la mafia que esperaba ridículamente ver la prueba de «la virginidad» de la heredera de los Simone. La situación era difícil.

Erick empezaba a *hackear* ciertos accesos de la mansión de los Simone con la información que yo le brindaba, así que lo complicado fue el tiempo para invisibilizarla. La enrollé en mi chaqueta y sobre mi hombro la saqué por el mismo acceso que le cerré cuando la descubrí bailando clandestinamente.

—*Sí que estás demente* —dijo Erick por el auricular mientras me cubría la espalda cibernéticamente.

—Cállate.

—*Panorama libre. De nada.*

Sabía que improvisar no era una de mis opciones favoritas, pero no había de otra, por lo que elegí la isla de Capri para escondernos, pues eran tierras exiliadas por La Hermandad desde hacía años.

Horas después solté su cuerpo en la cama, aún tenso por todo lo que tuvimos que pasar en Roma. La cabeza se me aceleró con preguntas que duraron lo que queda de noche. Me volví loco cuando otro la tocó, tanto que mis puños parecían hervir de ira. Entonces supe la respuesta: Bianca Simone me gustaba. Y mucho.

Era mía y no se la iba a dejar a otro. Y seguiría siendo mía hasta que tuviera que matarla.

El *whisky* se deshace en mi lengua. Doy vueltas mientras termino de hablar por teléfono y dar órdenes. Ya debieron haberse percatado de la muerte del viejo. Está amaneciendo y ella no despierta cuando debería hacerlo, por lo que aprovecho para revisarla y...

Error. Descubrirla es como encender una hoguera dentro de mi cuerpo.

—Bianca —susurro, posando mis labios en su cuello para despertarla, pero no lo hace. Parece que su sueño es profundo al igual que mis ganas de poseerla.

Imágenes del anciano acariciándola me vuelan la cabeza y aumentan mi furia. Pero ella ya está aquí, a salvo, y conmigo. Mi boca suelta besos por su piel mientras mis manos recorren sus piernas...

Su cuerpo reacciona ante el mío como mi dureza. Es la única maldita mujer que no necesita más que mirarme de frente para ponerme duro. La única que me genera el mismo fuego con el que acepto quemarme.

Beso su cuello con ahínco, pasando mis labios hasta dejarle una pequeña marca e irme rumbo a su boca mientras mi erección roza sus piernas y me muevo tratando de acomodarme entre ellas, pero nada parece despertarla. Maldiciendo entre dientes, me quito de encima cuando tocan la puerta de la habitación.

Traen las bolsas de ropa que pedí y luego hago un poco de ejercicio. Me doy una ducha fría para bajarme la ansiedad y enciendo la televisión hasta que, por fin, ella susurra cosas sin sentido.

El somnífero no estuvo mal. Tendrá segundos de no acordarse de nada. Entra en pánico al verse en ropa interior, se levanta tambaleando y…

—Regresa a la cama —digo.

Me mira como si no entendiera.

—Vas a caerte —insisto.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó? ¿Qué es este lugar?

—La isla de Capri. La Hermandad no te va a encontrar aquí.

Cae en cuenta de lo sucedido. Se da unos segundos para respirar sin dejar de mirarme.

—No sabía que ahora te dedicabas a secuestrar niñas.

—No sería un mal negocio —respondo con cierto humor al notar sus pechos sobresalir por encima del sujetador.

—Necesito ropa —dice—. Tenía…

—Tenías un *babydoll* que yo mismo te quité, pero si quieres ropa, aquí está —le enseño la bolsa—. La mandé traer para ti, tómate la pastilla. Te hará bien—le digo antes de que empiece a sentir los efectos del somnífero.

—¿Y si no quiero?

Joder, aquí vamos de nuevo.

—Te daré unas nalgadas y luego te abriré la boca para metértela…

Amenazo con un tono de voz neutro y sus ojos resplandecen.

—...la pastilla —aclaro. Se queda en silencio y puedo intuir lo que piensa—. Antes de llenarme de preguntas voy a decirte algo: Pietro Rizzo está muerto.

Estiro el brazo tomando el control de la televisión para subirle el volumen. El caos se desata por todas partes.

—¿Qué? —se exalta— ¡¿Tienes idea de lo que acabas de hacer?! ¡Era un miembro de La Hermandad!

Me cago en todos ellos. Me sirvo un poco de *whisky* para mermar mi impaciencia.

—Era un anciano, tenía que pasar en cualquier momento. Le dio un paro cardíaco mientras se bañaba, digamos que... no pudo respirar. De nada.

—¿Qué hiciste, Adrian…?

Teme, puedo sentirlo en el tono de su voz desconcertada.

—No encontrarán manera legal de culparte, si es lo que te preocupa.

—¡¿Cómo voy a explicar mi desaparición?!

—Alguien te secuestró, culparemos al líder de los Ricardi. Le disparaste al hermano menor, todo se sustenta.

—¿Dónde está mi tío?

—Eso no importa.

—¡¿Me secuestraste y piensas que nadie va a salir a hacer escándalo después?!

—El miedo es otra debilidad que tienes que trabajar.

—¿Por qué lo hiciste?

La miro. Sus ojos brillan mientras dejo el trago a un lado y me acerco.

—Es parte de un trato.

—¿Un trato?

—La anciana sirvienta me envió un mensaje contándome la situación, llegamos a un acuerdo por este favor. Es todo.

—¿En serio? —pregunta, indignada sin creerme.

La autodefensa no sirve cuando dos personas se quitan las caretas.

—Me parece que eres una mujer irritable —digo mientras la veo caminar hacia la puerta, dispuesta a irse.

—Me parece que eres un tipo con problemas mentales.

La atajo antes de que se vaya, pero ella lo asume como un pretexto de batalla. Intenta pasar por mí, está llena de debilidades que lucha por esconder cuando me enfrenta.

Sus movimientos han mejorado en todo el tiempo que llevamos practicando juntos. Trato de frenarla, pero es terca. Me dedico a bloquear sus ataques, predecir codazos, empujones, así que la inmovilizo hasta apretarla en mi cuerpo.

—No iba a dejar que toquen lo que es mío. ¿Contenta? —admito.

Pego mi nariz contra la suya mientras sus labios se entreabren.

—Lo torturé y lo disfruté. El cerdo lloró mientras le inyectaba una droga que aceleró su corazón. Sufrió, como el jodido vejestorio que era. ¿Y lo mejor? No hay huellas. Parecerá que fue un simple ataque al corazón. Creerán que murió de un exceso de pastillas para erectarse. Ahora eres una pobre viuda desaparecida con una fortuna prominente.

—Estás loco.

—Superarás al anciano… con tu secuestrador.

Sus ojos se cristalizan.

—¿A qué vienes? ¿A querer confundirme más? ¿O a burlarte de mí?

La aprieto.

—Niégalo. Niega que estos días sin vernos no has dejado de pensar en mí. Niega que tus ojos no buscaron los míos mientras te obligaban a casarte con él. Niega que no me quieres besar —mis labios bordean los suyos—. ¿O qué? ¿Ahora te vas a acojonar?

Me mira con rabia y, en un acto de ira, atrae mi rostro contra el suyo en un beso con voracidad.

Esta vez es ella quien toma la iniciativa, pero no puedo dejar de devorarla a mi manera hasta que se estremece bajo mi piel.

Joder, han sido dos días sin probar esos labios y ya estoy encima de ella perdiendo nuevamente la razón.

—Te desprecio… —susurra en mi boca—. Te detesto. Te…

Me niego a que siga hablando y, cuando por fin la punta de mi lengua toca la suya, gime.

La empujo contra la pared mientras mis dedos recorren sus piernas, amasando sus nalgas, descendiendo por los costados de su silueta hasta llegar a sus pezones erectos y… jadea cuando mi mano baja hasta su sexo, deslizándose entre sus pliegues.

Está húmeda y es fascinante cómo mis dedos se acoplan en ella. Cómo su clítoris se hincha para mí. Cómo gime cuando siente el cierre de mi pantalón y sigo perdiendo la razón.

—Siéntelo —me sobo en ella, con la punta en su entrada—. Siente lo duro que se pone por ti, lo que le duele no estar enterrado en ti y lo que va a hacerte ahora.

Quiero creer que mi autocontrol aún sirve al entrar en ella, pero me resulta imposible cuando me entierro de golpe. Sus manos se aprietan, y completo el tirón sacudiéndola por completo.

Sí, es grande y ella sigue tan apretada como me gusta. Enredo su cabello en una de mis manos, tirándola hacia atrás mientras la embisto.

Me mira altanera y su actitud me provoca aún más.

Mis pensamientos se desbordan, se nublan, no obedecen ni siguen las reglas de nada cuando le doy duro. Sus jadeos aumentan mientras la destrozo. Trata de acallar los gemidos mordiéndose los labios para no darme el gusto de verla muriéndose por mí y me incendia aún más.

—¿Sabes cuánto me enojó que ese infeliz te manoseara? —empujo—. ¿Que te besara? —vuelvo a empujar—. Tú eres mía, Bianca Simone.

—¿Sí? —me provoca.

—Dilo.

—Oblígame.

Joder, me prende. Aumento el ritmo mientras sus piernas se endurecen al soportar mis embestidas. No soy dueño de mí. Me sostengo de sus caderas dándole duro y su garganta termina traicionándola al gemir alto por fin. Se siente tan bien estar dentro que mis venas parecen hincharse y lo que veo a continuación es una mujer que disfruta el sexo como una loba que pide más.

Es increíble, más de lo que fue la última vez.

Mi boca muerde la suya mientras la embisto con brutalidad. Mi mano atrapa su nuca. Sus gemidos se ahogan junto a los míos hasta que el éxtasis nos consume.

Nos corremos. Mi eyaculación la marca. Si pensé que esto solo era un gusto, estaba equivocado. Es extremo, brutal, placentero, tanto que empiezo a perder la cabeza cuando caemos empapados.

Puedo sentir el latir de su corazón. Quiero más. Necesito más. No me es suficiente una vez y la beso mientras se enrolla en mis caderas. Las horas son eternas mientras nos dejamos llevar por el instinto y, luego de un tiempo de placer, la razón vuelve con fuerza.

Bianca se queda callada en un rincón y puedo deducir lo que piensa, aunque, a diferencia de los episodios anteriores, ya no se recrimina en absoluto. Me pongo el bóxer, ella se pone algo de ropa y rompe el hielo:

—Necesito irme de aquí. Si es más temprano, mejor. Tengo que ver la manera de arreglar este embrollo.

—¿Arreglar qué? Pietro Rizzo está muerto, solo debes esperar a que las cosas se calmen y luego volver a aparecer en tu casa.

—No puedo quedarme tan tranquila cuando mi nana corre peligro. Mi tío puede matarla, esos hombres podrían tomar represalias.

—No lo harán. A nadie le conviene más escándalos.

Me mira, como si hubiese estado esperando el momento para decir algo.

—Puedo arreglármelas sola a partir de ahora. Ya hiciste mucho por mí. Creo que no soy tu responsabilidad.

El silencio parece carcomer la paciencia que me queda.

—Eres mi responsabilidad.

—Ya no eres parte del clan Simone, o eso fue lo que dijeron. Se considera una falta grave que te hayas ido sin pedir permiso.

—Yo no tengo que pedir permiso a nadie, ni siquiera a tu tío. No soy ni su trabajador ni su pelele, solo un socio que tiene intereses de por medio —me acerco a ella. Este juego empieza a fastidiarme—. ¿Por qué mejor no vas al grano y preguntas por qué me fui?

—Tus razones habrás tenido —dice, orgullosa.

—¿Te arrepientes de lo que pasó entre nosotros porque piensas que estoy aprovechándome de ti? ¿Sientes que soy el maldito rompecorazones que deja a la chica cuando esta le confiesa que lo empieza a querer?

—Pasó porque ambos lo quisimos. Porque se me antojó y ya. Eso lo tengo claro. Se ha vuelto insostenible, Adrian. Aléjate de mí.

—¿Es lo que quieres?

—Es lo mejor.

—¿Es lo que tú quieres? —repito.

Sus ojos parpadean. Detrás de esos azules intensos que brillan hay un deseo que no se puede ocultar, por lo que le levanto el mentón cuando hace silencio.

—Yo no quiero ser tu amante ni tu puta ocasional. Estoy harta de sentir que estás y no estás. No quiero esto para mí.

—Pero me quieres… —digo, sabiendo perfectamente a lo que vine cuando decidí intervenir en esa boda de porquería—. Y estoy dispuesto a intentarlo.

El eco de mi voz resuena en mi mente de manera absurda, pero las palabras de Ryan cobran peso y tiene razón: necesito tenerla de mi lado.

—¿Cómo? —pregunta, sin poder creerlo.

—Lo que oíste. No estoy acostumbrado a ir de la mano con una mujer, tampoco a mostrar algún afecto porque no se me da, pero, mientras dure, te quiero para mí.

—¿Para ti?

—Con exclusividad.

Las palabras salen rápido de mi boca para no procesarlas y me digo a mí mismo que esta

mentira durará poco.

—¿Por qué ese cambio? ¿Este es tu plan para atraparme?

—No me gusta compartir. Si esos son tus límites, entonces los aceptaré. Dale el título que quieras.

Sé perfectamente qué juego jugar y, aunque me negaba en un inicio a ir por caminos más… profundos con ella, no hay más tiempo que perder si quiero llegar a los diamantes y destruir al clan desde dentro.

Inhalo hondo, sintiéndome totalmente estúpido por estar en el punto en que estoy. Ella solo me mira incrédula y más consternada aún.

—Tú…

—Conmigo es todo o nada y he tomado una decisión.

—Mi tío intentará casarme con otro.

—No va a casarte con nadie. Después de este escándalo no podrá.

—Yo… no puedo dejar mis planes. Sea lo que sea, pase lo que pase, encontraré el mejor momento para escapar.

—Lo sé —no hay emoción en mi rostro—. Y te voy a ayudar.

Bianca

Un nudo se me atora en mi garganta cuando sus ojos recorren los míos, haciendo que el silencio pese mucho más. Este no es el Adrian que esperaba. ¿Ayudarme?, ¿así? ¿Tan fácil?

—Todo esto es muy confuso. Hace dos días tú...

—Ya no importa lo que haya pasado hace dos, tres o mil días, Bianca —pone un dedo en mis labios—. Estoy harto de las excusas. Es simple: aceptas o no.

Asiento, con una sonrisa tonta que no puedo evitar, aun cuando soy consciente de todo el desastre a nuestro alrededor.

—¿Eres consciente de que en este juego solo uno de los dos se va a quemar?

—A mí me gusta arder… y también ganar.

Sus labios se pegan a los míos, pero el beso es interrumpido por las noticias de la televisión. La prensa no deja de hablar del asesinato de Pietro Rizzo y de los problemas que esto ha ocasionado en Italia, lo cual me genera ansiedad.

Están buscándome, van a matarme si me encuentran.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—El tiempo que sea necesario hasta que las cosas se calmen.

—¿Crees que es un lugar seguro?

—La gente de esta isla se rebeló contra la mafia desde hace décadas. La Hermandad nunca podrá pisar este lugar. A estas alturas deben creer que saliste del país.

Asiento y mira el reloj.

—¿Vas a salir?

—Tengo que ir por armas por seguridad. Vístete, irás conmigo esta vez.

Sonrío.

Tarda algunos minutos en cambiarse y es el tiempo que tengo yo para arreglarme. Lavo mi rostro y me dejo el cabello suelto. Me mira, puedo sentirlo. De reojo noto cómo mantiene su cuerpo erguido mientras me pruebo la ropa. Se siente el deseo, mi cuerpo captura la energía de sus ojos sobre mi espalda, pero juego a que no me doy cuenta buscando algo que ponerme en la bolsa que él preparó.

Elijo un vestido, lentes oscuros y en menos de diez minutos estamos fuera, caminando juntos. Nunca visité la isla de Capri y me parece maravillosa. El lugar es fascinante: las casitas pequeñas con ventanales típicos de Italia, el olor a limones, además de sus angostas calles adornadas de flores y los acantilados: mis favoritos.

Nos mantenemos en silencio en el trayecto hacia lo que creo es una plaza. Busca las armas en un basurero, sabe perfectamente lo que hace, hay alguien que le provee. Observo cómo las camufla moviéndose entre las sombras sin que nadie note lo que pasa alrededor.

El sol empieza a quemar. Me da un arma y nos perdemos entre las callecitas cuando la campana de una iglesia anuncia que es mediodía. No se despega de mi lado y todo esto sigue siendo extraño para los dos, pero no puedo negar que me empieza a gustar.

Tira de mi brazo al entrar a la iglesia para simular que vamos a misa cuando una aglomeración de gente viene hacia nosotros. La paranoia es alta, pero trato de mantener la calma. Le sonrío a algunas mujeres mientras improviso tomándolo de la mano y, cuando giro, ya estoy en sus brazos otra vez.

Me planta un beso delante de los demás mientras mis dedos se apoyan en su pecho. Maldice entre dientes y veo de reojo a unos hombres que se comportan como si buscaran algo.

—¿Quiénes son? —mascullo.

—Nos ven más de la cuenta, así que es mejor prevenir. Necesitamos no llamar la atención.

Se queda callado mirándome a los ojos. La manzana de su garganta se mueve deliciosamente hasta que nos volvemos a besar. El cura nos reprende, por lo que Adrian le lanza una mirada de mierda que lo hace retroceder de inmediato.

—Ni se te ocurra, es pecado herir a un cura —le digo en un tono de ironía—. Muero de hambre, mejor vamos a comer.

—Regresaremos al hotel. Pediré comida a la habitación.

—No seas tan aburrido, comamos fuera. Parece lindo ese restaurante de allá, en la colina, y

hay poca gente. Necesito relajarme.

—Bianca…

—Por favor —suavizo mi voz—. ¿Puede mi secuestrador ser amable alguna vez? Prometo… serlo también.

Acepta a regañadientes, toma mi mano para evitar que me distraiga en el camino y siento un retorcijón. «No vayas más allá en un terreno que todavía desconoces», pienso. No puedo dejar que las emociones me gobiernen ahora.

Subimos por una calle empinada hasta llegar al lugar que le indiqué. Adrian mira hacia todas partes como si se sintiera vigilado, no hay casi gente en el local. Nos sentamos frente a una vista al mar, en el lugar más alejado de la entrada. Su rostro permanece rígido. Es como si me dispusiera a almorzar con una pared.

La carta es exquisita. Pedimos pasta. Pongo mi mano encima de la suya para calmar su humor y me acerco a su rostro para darle un casto beso en señal de paz.

—Olvidas a quién tienes enfrente.

—Tu ego estaba tardando en hacerse notar —ironizo.

—Yo no te voy a bajar el sol, la luna y la miel, Bianca. Tampoco voy a ser el enamoradito con el que vas de la mano y te das suaves besitos de cristal. Te voy a follar duro cada vez que se me antoje.

—Las parejas no solo follan —digo, cuando su cara me enfrenta, y le sonrío—. También conversan. Relajémonos un rato. Cuéntame más de ti.

—Ya te he dicho lo que debes saber.

—Lo que «debo», no lo que quiero entender. ¿En serio nunca… tuviste una relación?

—Amantes. Algunas.

—Cuéntame de ellas.

—¿Quieres saber cómo me las follé?

—Quiero saber si amaste a alguna en especial.

Me mira impaciente.

—No —hace una pausa—. Aunque tal vez tú sí. Imagino que tu reencuentro con el enano albino trajo en ti recuerdos de cuentos de príncipes.

Río.

—Kristoff no ha sido un pasado de cuento. Y nunca lo quise, por si no fuiste capaz de preguntar.

—Pero te gustó.

—En su momento.

—Sabiendo que era un traficante.

—Lo supe mucho después —respondo y me mira como si algo más supiera—. Me encantan

sus celos, profesor.

—No son celos, solo precaución.

—Ajá —ironizo, pegándome a él—. El pasado en el pasado se quedó. Ahora todo es diferente.

—¿Diferente?

—El que verdaderamente me gusta está frente a mí.

Su mano sube por mi pierna, pero nos interrumpe el mozo.

—¿Vino para la señorita? —dice.

—¿Acaso te lo he pedido? —responde Adrian despectivamente.

—Es cortesía de la casa. Solo para mujeres. Sírvase.

Pone una copa en mi lugar mientras me sonríe y él lo barre con los ojos cuando intento tomar la copa, por lo que me detiene.

—Tómatelo tú —Adrian alza la copa, dándosela al mozo.

—¿Yo? Pero... señor, yo... imposible —se traba—. Es de cortesía para la señorita.

—¿Eres idiota o qué? —lo mira serio, levantándose.

El chico se queda perplejo cuando se da cuenta de que lo supera en nivel, ya que su altura es notable.

—Tómatelo —insiste y me levanto evitando un escándalo.

—Claro.

Pero el mozo se tensa, hace el ademán de querer agarrar la copa y todo me parece que pasa en cámara lenta; sus movimientos, el giro rápido, una bala disparada que Adrian evita quebrándole el brazo y… ¡maldita sea!

—¿Quién te envió, rata? —pega su rostro contra la mesa y mantiene su brazo arriba.

El mozo aúlla de dolor. Adrian empapa su rostro con el vino que quiso servirme y enseguida su piel reacciona, poniéndose roja.

—¡He hecho una pregunta!

Abre los ojos jadeando y responde fuerte.

—El señor Lion les manda saludos cordiales. Siente interrumpir su luna de miel, aunque igual los matarán.

Empuja a Adrian con fuerza y saca un cuchillo que termina rozando sus brazos. Entonces reacciono disparándole, y se crea un escándalo en el lugar.

La bala lo deja tendido en el suelo malherido. El administrador del restaurante grita que somos delincuentes, por lo que Adrian me toma del brazo y nos marchamos.

No, no, no… ¡Maldita sea!

El calor es apremiante cuando nos perdemos entre la gente de un mercado. Él sigue sin hablarme, está enojado y puedo intuir por qué.

—Oye… solo quería ayudar.

—Le disparaste sin pensar en las consecuencias. Iba a matarlo en silencio y la bala solo despertó sospechas. Tuvimos que salir sin que pudiera cerrarle la boca. Tendremos que irnos de aquí mañana mismo por seguridad.

—Estuvo a punto de herirte. Pensé que…

—No necesitas hacer nada por mí. Puedo defenderme solo.

Es tan arrogante que me dan ganas de mandarlo a la mierda, pero me controlo cuando su ira se enciende aún más.

Entramos al hotel, sacamos la maleta, llegamos al puerto y subimos apresurados en una lancha que en quince minutos nos lleva hacia otro lugar. Cuando bajamos, maldice entre dientes, y no hago nada más que mantenerme en silencio cuando llegamos a una posada alejada de la civilización.

Se mantiene serio y no puedo dejar de preocuparme por su brazo. Minutos incómodos pasan mientras veo la sangre chorrear por su piel.

—¿Qué haces?

—Voy a curarte, aunque no lo merezcas —respondo.

Lo llevo hacia la cama hasta que se sienta. Reniega unas cuantas veces, pero termino saliéndome con la mía. Empiezo a examinar su corte y descubro que no es profundo.

—Solo es un raspón.

—Qué más va a poder hacer ese idiota.

—Ser inteligente —le doy en su ego con gusto.

Me pone esa cara de mierda mientras lo vendo y si bien sé curar heridas a la perfección porque he tenido que sobrevivir sola, he de aceptar que hacerlo con esta especialmente me gusta.

Paso suavemente un paño para limpiar su brazo. Siento sus músculos fuertes y, bajo la excusa de querer ayudarlo, deslizo mis dedos por su hombro bajando lentamente hasta sus marcas.

—Parece que sigues sin comprender nuestros límites —me toma de la muñeca—: sin arrumacos. Sin romance. Sin… tocarme donde está prohibido.

Exhalo hondo, harta de luchar contra él. Le doy un suave piquito.

—Lo siento, solo quise ayudar. No puedes controlar todo a tu alrededor, aunque quieras. ¿En serio… te enojarás conmigo por eso?

Esta vez es suave cuando me suelta la muñeca. Se sorprende al ver que no estoy a la defensiva y que no quiero pelear, por lo que vuelvo al beso que corté. Ahora soy yo quien le caigo encima con las piernas abiertas.

—Hagamos que esto funcione, ¿sí?

No emite palabras, pero sus besos hambrientos son claros para mí.

Puedo sentir su dureza por encima de mi ropa interior y siento que mi cuerpo se eriza de

deseo. Ni siquiera yo misma me entiendo. En la mañana me dije mentalmente que tenía que parar, pero no puedo. El beso solo hace que encienda la hoguera, pero un pitido de alarma suena y me suelta, como si recordara algo más.

—¿Qué pasa?

—Nada —se levanta.

—¿A dónde vas?

—Han pasado ocho minutos desde que llegamos. Necesito ver que todo esté bien.

Exhalo fuerte.

—No tardes.

—Quiero que te pongas el *babydoll* cuando vuelva. Está entre la ropa que te traje.

—Sí… profesor —le digo.

Cuando se marcha, camino hacia la maleta para buscar el *babydoll*. Entre el desorden de las ropas y mientras acomodo algunos trajes de Adrian en el armario, noto que algo cae al suelo. Al levantarlo veo que es un pequeño sobre.

«No lo abras», me digo, pero la curiosidad me vence. Extraigo una nota que dice:

Fue una noche increíble, mi niño. Coges como nunca y quisiera repetirlo. Te dejo este papel con mis letras y un beso tatuado. Estaré esperándote con las piernas abiertas como siempre.

Tu Gata.

Es como si un aire helado me paralizara.



27.
EN JAQUE

Adrian

La sensación es amarga al recordar la mirada de Bianca cuando le di lo que quiso. Sus ojos brillaron al besarla. Estaba hambrienta de un poco de normalidad, deseosa de tener algo a qué aferrarse, sin saber que esta no es más que una pantalla para apaciguarla hasta que tenga que darle fin a su vida.

No soy un hombre que se arrepienta de sus decisiones. Soy todo lo que he querido ser en el mundo. Dinero no me falta, poder tengo de sobra, he sido la pesadilla de diversas mafias para sobreponer mis intereses y sobre mi espalda llevo la muerte de miles, pero hay algo que aún no he logrado, lo que muchos han intentado por años sin éxito: destruir a los Simone de raíz y esto empieza a dar vueltas por mi cabeza.

«Se están arruinando, vas por buen camino, este es solo un paso más con ella», me lo repito una y otra vez tratando de hacer coherente las estupideces que vengo aguantando, pero no puedo negar que maté a Pietro Rizzo no solo porque esto agravará la relación de La Hermandad con los Simone, sino porque… me enfermaba la idea de que otro la toque.

Dos minutos, todo en orden, pero aún no tengo señal de Erick para detallarme el panorama. Regreso a la habitación y al abrir la puerta ella esconde algo entre sus manos.

—¿Qué te pasa?

—Nada —me evade. Es obvio que mi maleta está abierta.

—¿Qué es eso?

Se pone nerviosa al sentir que me acerco. Noto que trata de ocultarme algo en sus manos.

—¡No! —grita al sentir mi mano en la suya y forcejea, haciendo que un papel arrugado caiga al suelo.

Maldita sea.

—Parece que a La Gata se le olvidó que estabas conmigo hoy —agrega con ironía.

Mis dientes se tensan cuando leo la estúpida nota que aún conserva el perfume de La Gata. Siempre ha sido una mujer territorial, está completamente demente, debió suponer que ella lo encontraría.

Hago trizas el papel y lo tiro a la basura. Los ojos de Bianca revelan un enojo que trata de esconder por orgullo, pero no es más grande que el mío.

—¿Me estabas espiando? —arremeto contra ella.

—Quise sacar el *babydoll* y de tu traje cayó la nota.

—No quiero que vuelvas a meterte en mis cosas, ¿de acuerdo?

—¡Ya te dije que fue una casualidad! No soy de las mujeres que andan revisándole al hombre hasta lo que respiran, pero tampoco soy ciega.

—Esto no es nada.

—¿Nada? ¡Por Dios! Te dijo «mi niño». ¿Quién es? ¿Tu amante? ¿Una fantasía de mayor y menor follando? ¿Así jugaban en la cama?

Mi rostro se tensa. No estoy acostumbrado a darle explicaciones a nadie.

—Creo que al final Lion tenía razón: no te conozco.

Es lo último que dice antes de encerrarse en el baño y entiendo todo. No sé si su objetivo era sacarme aún más de mis casillas o devolverme el golpe al mencionar a ese imbécil, pero ha conseguido fastidiarme y ya no sé cuánta paciencia me queda. Lo único que puedo asegurar es que no voy a permitir que La Gata arruine mis planes.

Un par de horas después salgo de la habitación y descargo mi enojo con ejercicio. Necesito distraer mi mente y quemar energía. Ryan intenta hablarme, pero no contesto. No sé en qué momento confié en su estúpida capacidad. Al llegar a la cima de una empinada, me escondo tras un muro y percibo movimientos extraños.

Espías, son espías.

Foráneos arremeten en la ciudad con cautela, las calles están infestadas de gente que se camufla en traje de civil. Decido volver a la posada.

El soplón debió ser el infeliz de Lion. O quizá la misma Hermandad desesperada por sangre. Me bajo la gorra que llevo puesta evitando las calles concurridas y me es inevitable escuchar las noticias en cada uno de los puestos de restaurantes.

«La policía exhorta a la calma».

«Al parecer, el gobierno ha protegido a grupos criminales. ¿Cuánto dañará al turismo?».

«Último minuto. Un atentado nuevo en Roma mancha de sangre nuestras tierras».

La situación del país es crítica. Italia empieza a vivir los primeros daños de la mafia, oculta a los ojos de mucha gente durante siglos, prosigue el escándalo por las amenazas en el Vaticano y las investigaciones de la muerte de Pietro Rizzo todavía son tendencia.

Llego a la habitación y ella está sentada en la cama, pálida.

—Mataron a muchos niños por mi culpa —dice, visiblemente afectada. Sus ojos acumulan impotencia y lágrimas—. La Hermandad entró a balear a sangre fría la casa de refugio de críos

protegidos por los Simone. ¿Por qué con ellos? —trata de no llorar—. Si soy yo a quien buscan, si…

—Iban a morir tarde o temprano —determino—. Tu padre creó refugios para utilizarlos en batidas, no para ayudarlos. Ya deja de mentirte. Te golpean donde les permites que te duela. Al final fue mejor, velo por ese lado. Los niños en la mafia no deberían existir, solo llegan a sufrir y a seguir los mandatos del clan que los utiliza a su conveniencia.

—Hablas como si fuesen simples animales.

—Lo son para muchos. Su jaula es el puñal y un arma el primer juguete. La nueva esclavitud es ser soldado de la mafia y lo sabes.

—¿En serio no hay nada que te afecte en la vida? —ironiza.

—Yo no le doy a nadie el poder para dañarme, es todo. Tenemos que irnos al amanecer.

—¿A dónde?

—A donde sea. Vi gente extraña merodeando.

—¿Por qué sigues queriéndome ayudar?

Si ella supiera la razón por la que estoy aquí, tal vez me odiaría. Si imaginara que tengo años esperando clavar el puñal en ella, en su maldita familia y en todo lo que un día la sostuvo, chillaría de pánico. Tal vez sea aún peor si descubre que yo maté a su padre.

—Porque sí —concluyo.

Se queda en silencio, sopesando mi mirada.

—Esa mujer… La Gata —vuelve al tema con cierto temor.

—Fue mi amante hace mucho —aclaro de una maldita vez—. Y no te mentí: no significa nada. No es nadie. Solo una loca obsesionada que quiso molestarme.

Su pecho sube y baja con tensión. Quiere hablar, pero la detengo poniendo un dedo en su boca.

—Si quieres seguir adelante con esto, debes confiar.

—Lo siento, hace un rato tomé una postura que quizá… —hace una pausa—. Te estoy dando mi corazón, Adrian. No lo destruyas.

Sus ojos azules son ráfagas de luz que alumbran la oscuridad y respondo al beso que me da, perdido en un juego que ni yo mismo proceso del todo.

Estar cerca sin interrupciones es un maldito vicio. No podemos salir hasta que no sea del todo seguro, así que nos vemos obligados a quedarnos hasta el amanecer. Follamos toda la noche sin control ni límites y, para variar, cuando el cuerpo la vence, no puedo pegar el ojo. Mantengo mi distancia viéndola dormir en el sofá, acurrucada con una manta, mientras pienso por primera vez en que hay quienes no merecen vivir la vida que les tocó.

Le han mentido sobre su madre, le ocultan cosas del padre y ni siquiera la anciana muda a la que tanto ama se salva, pues ella también la traicionó.

No me arrepiento de nada de lo que hice, pero tampoco puedo ser ciego a lo que he visto porque quizá es quien menos culpa tenga. Aunque eso no evita que siga con mis planes.

Con un vaso de *whisky* en la mano continúo mirando la lluvia por la ventana y solo veo problema tras problema. Las cosas, desde que las inicié, se complicaron y me han metido más en la vida de los Simone. Bianca me resulta inevitable, su confianza en mí sube día a día, lo cual indica que no faltará mucho para terminar con ellos por fin.

Pero que La Gata empiece a husmear donde no debe me pone en jaque y tengo que hacer algo para mantenerla lejos. Sabe lo de Bianca y no se quedará con las manos quietas. Maldigo el día en el que me volví su amante. Es peligrosa, tenaz, obsesiva y capaz de matar a cualquiera que se interponga entre los dos, sobre todo si es Bianca. Porque todo este odio hacia ella tiene razones de peso que espero nunca se descubran. Y si se atreve a dar un paso más tendría que matarla sin contemplaciones.

El claro de la mañana llega mientras termino de limpiar mi armamento. Regreso al sofá. Ella sigue con los ojos cerrados, completamente desnuda para mí. Se mueve y entreabre los ojos al sentirme cerca.

—¿Qué sucede? —dice, aún adormilada y con susto.

—Nada. Solo te miraba.

—¿Y qué pensabas mientras lo hacías?

—Lo que pensaría cualquier hombre.

—¿Qué?

—Que eres terriblemente odiosa y... hermosa.

Ni siquiera sé por qué diablos se lo dije.

—A mí me gusta lo que piensas y… también todo lo que haces.

Advierto su intención, pero el zumbido de mi móvil hace que mi foco se descuadre. Es Erick, avisándome lo que temía.

Se comprobó que la muerte del viejo fue por causas naturales, legalmente ya no pueden hacer nada, pero La Hermandad no lo cree y ha levantado a la gente de Pietro Rizzo. Leonardo Simone está furioso, Lion sabe dónde están. Vete de ahí antes de que termine de amanecer. Están en la isla.

Envía fotografías adjuntas de las cámaras de seguridad.

—¿Qué pasa?

—Lion está aquí. Tenemos que irnos.

—Ibas a esperar el amanecer.

—No hay tiempo para más. Ponte este turbante, no pueden reconocerte.

Salimos del lugar todavía a oscuras, pero una jodida fiesta tradicional nos cierra el paso. Maldita sea, lo último que nos faltaba. Las calles están infestadas de fieles alabando santos que

esperan el alba, pero eso no impedirá que lleguemos al otro extremo, así tenga que matarlos en masa.

—¡Quítate! —le digo a un mendigo que se me cruza, entonces, el contacto con sus ojos lo evidencia. No son unos, sino miles.

—Adrian…

Tiro del brazo de Bianca y acorto camino por las calles, pero nos siguen y lo único en lo que pienso es en llegar al yate.

—No te separes de mí. No mires a nadie.

—Pero…

—Obedece.

Necesito regresarla a Villa Regina, pero no ahora, sino en unos días, cuando todo esto se haya calmado. Lion lo sabe perfectamente, pero el hijo de puta solo busca exponerla con La Hermandad y no puedo permitirlo.

Mi boca parece quedarse seca cuando veo todo en cámara lenta. La campana anuncia una misa y las mujeres cantan. Una avalancha de personas llega con velas desde un lado y desde el otro arremeten hombres que corren hacia nosotros y mi única preocupación es no soltarla.

Es la gente de Rizzo, lo dicen sus tatuajes y los *soldati* en los techos.

—¡Abajo! —bajamos las cabezas. El avance es fuerte entre unas quinientas personas que impiden el paso. Es casi imposible quedarse sin aire, la ola de calor quema.

Estamos atrapados. ¡Ese viejo no deja de joder ni muerto! Mi mente colapsa, se nubla, se harta, pero a lo lejos veo la colina donde está el barco y no voy a parar hasta llegar.

—¡Adrian! —la voz de Bianca me enfoca en la realidad. Una pila de hombres borrachos cae sobre la gente y se suelta de mi mano.

No logro verla. Maldita sea. Pronto se desata una balacera.



28.
SIN MÁSCARAS

Bianca

Solté su mano y no lo veo.

La angustia me recorre el pecho. Se escuchan balas y no tengo mi arma. Empujo a la gente, evito mirarlos a los ojos, pero no hay rastro de Adrian, solo gritos cuando escucho una explosión y miles de pedazos caen encima de la gente.

Una casona salió volando. El griterío se alza y ya no puedo salir de este mar de personas que corren por sus vidas. Por más que levanto mi cabeza no veo nada. Hay sangre por todas partes, incluyendo en mi rostro. ¿Estoy herida? No lo sé, solo corro. La adrenalina hace que mis ojos se opaquen. El pánico se apodera de la estampida de gente y yo solo quiero ver a Adrian de nuevo.

Alguien me toma por la cintura. Lo golpeo como puedo, dos más se pelean entre sí mientras me escabullo entre la gente y descubro que son ellos, la gente del viejo Rizzo.

—¡Bianca! —escucho a lo lejos y veo cómo alguien me apunta, pero cuando trato de correr, caigo sintiendo que la gente pasa por encima de mí.

El pánico empieza a apoderarse de mi cuerpo cuando siento un terrible dolor en el tobillo. ¿Estoy viva? ¿Muerta? La estampida sigue y me cuesta respirar.

—¡No! —grito al sentir otra bala.

—¡Bianca! —es Adrian y mi alma vuelve a mi cuerpo.

—No puedo. Mi pie... no puedo moverlo.

—¡No respires! —grita, tapándome la boca.

Un gas tóxico hace que la gente se tambalee mientras lo veo sacándome de ahí. Me toma en sus brazos, no soy consciente del tiempo ni del espacio.

No...

Trato de respirar y siento agua en mis pulmones. Abro la boca para inhalar de golpe. Mi cabeza convulsiona, la presión en mis sienes explota.

—¡Por aquí! —escucho a una mujer que nos abre la puerta de su casa y, por un segundo, me desvanezco.

He estado perdida o quizá ha sido una parte de mí que se ha transportado a otro espacio, otro tiempo, otra hora. Estoy quieta sobre un jardín lleno de flores blancas, hermosos lirios que acunan mis pies. Recojo uno de ellos, pero enseguida los suelto cuando veo a una mujer que me ofrece más de ellos. Me asombra su belleza, sobre todo porque parece ser muy joven, y con las manos temblorosas las recibo. Su sonrisa me parece el cielo. Me invita a ir con ella y caminamos juntas en silencio hasta llegar a un río. Mi corazón se detiene. Ella mete un pie y no acepto, entonces entra y se detiene justo en el medio del río. No se hunde, solo flota y es la imagen más hermosa que he visto.

—¿Quién eres? —digo en voz alta y ríe, pero luego llora.

El agua clara se vuelve roja poco a poco y ella grita hundiéndose lenta y profundamente en el río de sangre. El pánico ataca mi cabeza, por lo que empiezo a gritar y no sé cómo ayudarla. Se hunde en el espejo y cuando gira, me veo a mí misma... Dos caras iguales. Dos ojos iguales. Dos armas... de la misma manera.

—No te vayas —digo en voz alta, pero cuando abro los ojos ya estoy en otra parte.

—Toma esto, muchacha —una mujer se acerca—. Te quedaste suspendida, debe ser por el alucinógeno que han lanzado en la calle.

¿Alucinógeno?

—Dicen que te hace ver lo que ansías. Anda, bebe esto —dice la mujer y entonces me doy cuenta de que mi pie está terriblemente hinchado—. Es un esguince. Te caíste. No podrán moverse de aquí.

—Imposible, tenemos que irnos ahora mismo —la contradice Adrian—. El escándalo durará máximo una hora, no hay tiempo. Traiga una venda.

—Tú... sangras —digo, mirándolo—. Tu herida se abrió, necesitas...

Tomo su mano, pero se niega.

—Siéntate tú y descansa.

—Tome esta pomada para la señorita, le hará bien. Ahora traeré las vendas y para usted algo con qué curarse. Permiso.

Estamos en una casa cerca del puerto, lo deduzco pues solo se ve el mar a lo lejos. Me quedo en silencio tratando de entender lo que pasa, solo cerré los ojos un segundo y aparecimos aquí.

Adrian la lleva a un costado y del maletín saca un fajo de billetes que ella acepta guardándose en la ropa.

—Espero que aprecie su vida —advierte él—. Mantenga la boca cerrada.

—Estoy acostumbrada a este tipo de líos. Aquí llega mucha gente que huye de la mafia.

La mujer se va y Adrian vuelve hacia mí.

—¿Duele? —toca mi pie y pego un grito.

—Sí, pero me aguanto. Sí puedo caminar.

Veo su irritabilidad en el rostro.

—Está hinchándose más, traeré hielo.

—No te vayas —sujeto su mano y ahogo un nudo en mi garganta—. ¿Esa mujer es confiable?

—Nadie es confiable, Bianca. Los pobladores aquí viven de los millonarios exiliados de la mafia.

Exhalo hondo.

—Soy como el muñeco de mala suerte. Todo me pasa.

—Lamentarse no arreglará el problema —dice, extendiendo mi pierna—. El hijo de puta de Lion se va a arrepentir de esto.

—¿Sería capaz de entregarme a La Hermandad?

—Será capaz de todo por jodernos.

Toma un poco de la pomada y la unta en mi tobillo. No digo nada, pero sé que puede ver en mi rostro lo que pienso.

—Declararon que la muerte de Pietro Rizzo fue por causas naturales —agrega—. La Hermandad legalmente no puede hacerte nada, pero están desesperados por encontrarte, para hacerte pagar cuentas.

Siento un peso en el pecho.

—Sin padre todo esto es una completa mierda, me encontrarán. No se detendrán hasta quemar todo. ¡Nos hemos ganado un enemigo peligroso que seguro se aliará con los Ricardi para tratar de hundirnos!

—A nadie le conviene un escándalo. Tu tío se pondrá de tu lado si sabe negociar.

—Mi tío debe estar furioso —niego con la cabeza—. La Hermandad no parará, Adrian. Desde que padre murió nos ven vulnerables, un blanco fácil para crecer en poder con nuestro dinero y hoy les hemos dado una excusa para no respetarnos. Tal vez tengas razón. Tal vez esto no se hizo para mí. Tal vez estoy… condenada.

—No si logras recuperar el poder, reputación y la honra de tu familia.

—¡¿Cómo?! ¡Si no salgo de una para entrar en otra! ¡Si todo parece no ser suficiente! No tengo ni dinero, ni poder, ni aliados ahora en la mafia.

—Hay una solución. Algo que podría dar un giro a tu favor.

—¿De qué hablas?

—Los diamantes. Es tu única salvación: ir por ellos.

Sus ojos se avivan cual fuego en una hoguera y, por primera vez, algo extraño se siente en su mirada.

Adrian

Lo dije, después de semanas trabajando en esto por fin he subido un escalón más hacia mi meta. La mandíbula me pesa, la garganta me arde y ella me mira como si fuese uno más de los que quiere herirla.

—Lo necesitas —insisto.

—Moriré en el intento. Eso es lo que ha buscado mi tío hasta ahora: matarme.

—No si eres inteligente.

—Los diamantes de mi familia son más que piedras bonitas, son… joyas de sangre. Valen el dinero de naciones enteras juntas, además del poder que estas representan. Dicen que ni la realeza del mundo ha podido hallarlas desde que se perdieron en la última guerra de mafias.

—Es tu mejor salida.

—Mi tío jamás intercambiará lo que aún sostiene a mi familia por otras dos piezas que no sabemos si son reales. Quiere que vaya al exilio. Sabe que si me descubren en la mentira me matarán. Ir a las asambleas de mafias es tratar con gente peligrosa.

El miedo impregna sus ojos. Está temblando, joder, y no puedo negar que ver a la presa entera, indefensa, sola para mí, a la que podría matar ahora mismo, me tensa y a la vez… prende.

—Puedes hacerlo.

—No… Yo…

—Sí, Bianca. Sí puedes. ¿Dejarás por los suelos todo lo que un día tu sangre logró? ¿El apellido que te dio tu padre? —fulmino, doy en el clavo a sus inseguridades.

Mis pulgares la acarician mientras puedo sentir el latido de su corazón en pánico. La sensación es extraña. Sé que la matarán si va sola, pero eso no debería importarme, solo girar las fichas a mi favor.

—¿Tú también… crees que soy una víbora? —dice—. La perra de la mafia, como dicen. ¿La que no arde ni siente miedo? Fue padre quien creó ese cuento para protegerme. Yo… estoy sola, siempre he estado sola. Solo quiero mi libertad.

—No tienes por qué entregar los diamantes.

—¿Qué?

—Consíguelos y quédatelos. Son tuyos. Te voy a ayudar y… liberar.

Con la muerte, porque es la única forma de escapar. Porque yo mismo seré quien acabe con esto.

Me mira sin entender nada hasta que una alerta me avisa de ondas de calor cercanas. La mujer no ha regresado, maldita sea, nos ha vendido. El pitillo de mi radar se acelera y vendo el pie de Bianca con un pedazo de tela que rompo de mi ropa.

—¡Nos encontraron! —grita, al ver cómo los *soldati* de la mafia se acercan.

Se deja cargar, abro la puerta trasera de una patada y enseguida bajamos por el techo.

—Caminaré —dice Bianca.

—No es el momento.

—¡Nos encontraron, Adrian! ¡Necesito irme! —suelta, aterrada.

—Llegaremos al puerto por la playa.

La llevo en mi hombro, tratando de pasar desapercibidos, corriendo lo más rápido que puedo por calles llenas de humareda por la explosión hasta que aparecen unos hombres y nos acorralan. En eso distingo los ojos de Leonardo Simone, quien lleva un arma, y a Lion con su estúpida sonrisa de payaso. Está con ellos además una mujer que hace resonar sus tacones en el pavimento cuando me mira.

Es altiva, elegante y el olor cítrico de su perfume me perturba. Mis sentidos se alteran cuando sus ojos afilados punzan en los míos y en los de Bianca, a quien aún llevo en mis brazos.

—Tanto tiempo, mi niño...

La Gata.



29.
CELOS

Bianca

El corazón parece salirse de mi pecho cuando veo sus rostros. Mis manos se tensan y mil punzadas eléctricas hacen que se me dificulte respirar. Opto por no bajarles la mirada, pero es complicado porque me siento acorralada.

Mi tío y Lion están aquí junto a esa… mujer extraña que le dijo… ¿mi niño?

La miro y encuentro odio en su mirada. Sus ojos son altivos y poderosos. Su porte es galante y malévolo. Alta, madura, de ojos cafés pero penetrantes… que asfixian cuando me fichan.

¿Quién es esa extraña que parece querer asesinarme? Un destello recorre mi mente, entonces aflora en mí un recuerdo borroso. Podría jurar que he visto su rostro en algún lado, pero no sé si la confundo o es mi cabeza haciéndose ideas.

—Espero tengan una buena explicación ahora.

Mi tío se acerca a mí, evaluándome de pies a cabeza. Trato de hablar, pero mi mente se ocupa de Adrian, que me suelta y da pasos firmes hacia la mujer. La toma del brazo y la arrastra hacia otra parte con violencia.

—No mires mucho, puede que no te guste saber las respuestas —me dice Lion y me detiene.

—¡Suéltame, imbécil! —grito, queriendo que Adrian regrese, pero parece que el mundo se le ha ido.

Ni siquiera me mira, solo mantiene su actitud, y fuerza a la mujer a caminar.

—Regresamos a la mansión ahora mismo. No quiero más escenas ridículas —ordena Leonardo Simone, y enseguida soy atacada por tres guardaespaldas que logran meterme en un auto.

El desconcierto se apodera de mí por completo, no por ser llevada a la fuerza, sino porque Adrian no hace nada para detenerlos.

Me desespero, intento salir de este asqueroso auto, pero Lion me toma de los pelos frente a los ojos de mi tío, obligándome a sentarme tranquila.

Mi mente se paraliza ante las posibilidades y no voy a pensar en lo peor. No ahora que empiezo a vivir el horror en carne propia y que los ojos me arden de impotencia mientras el auto

arranca sin que pueda hacer mucho.

Pasan algunas horas y no hay señales de Adrian. No nos siguió, mucho menos intervino. Mi mente es un manojo de preguntas sin responder, y es Lion el que se encarga de torturarme, agarrándome como si fuese una cualquiera cuando llegamos.

—Ya cierra la boca, puta —insiste el maldito—. Señor...

—Llévala al despacho —responde mi tío con una sonrisa cuando su concubina favorita lo recibe con un beso.

Espero alrededor de veinte minutos con las manos tensas. Seguro va a matarme. Cuando por fin llega, su mirada me destruye. Se toma el tiempo de rodearme con una sonrisa maliciosa y luego se saca el cinturón del pantalón para acariciarlo con las manos.

—¿Qué debería hacer, *cara*? ¿Cómo se educa a una chica de veintiún años con el hocico atrevido?

Mis recuerdos afloran: una niña sentada en una silla, una correa latigando cerca. Dolor... golpes, sangre. Mi padre solía castigarme dejando que su hermano me golpeara. Mi cuerpo reacciona a la defensiva como si los recuerdos nunca se hubiesen ido y todavía dolieran.

—No te atrevas —digo.

—¿Por qué no podría?

—Ya no soy la misma chiquilla inocente a la que podías controlar, tío.

—Pero sigues siendo la misma estúpida que cree que puede escapar de mí algún día. ¿Quieres saber qué pasa con las crías de la mafia que tienen sueños? Son lastimadas hasta que se vuelven insensibles.

—No seas ridículo.

—Puedo matarte si quiero, por haberme avergonzado como lo hiciste frente a toda La Hermandad, maldita perra.

Está furioso y, cuando intenta golpearme, lo detengo con mi mano. Apenas puedo sostenerme por el pie hinchado. Mis piernas se tensan como una reacción defensiva y me digo a mí misma que basta. Le tememos más al dolor que nos hicieron sentir en un pasado que al mismo dolor del presente. Abro bien los ojos dándome cuenta: Leonardo no es mi padre. No es mi tutor. Ni nada mío.

Sus ojos furiosos se encienden aún más porque odia que alguien demuestre ser más fuerte que él. No lucha con su poder físico sino con el ego, pero si hablamos de armas, yo sé perfectamente devolverle la situación:

—¿Tan miserable te hago sentir para que quieras maltratarme? —sonrío, apretando su muñeca —. Se nota que pierdes el camino y el poder sobre mí, tío.

—¡Insensata!

Saca su arma para apuntarme y no demuestro temor. No hay que temer a las personas sino a lo

que significan. Engrandecer y valorar a alguien son construcciones que se pueden derrumbar en cualquier momento. Y es lo que hago ahora por mí.

—Si quieres balas, aquí correrá mucha sangre —digo.

—¿Vas a luchar contra mí? —dice irónico—. Tú, la llorona, la que se golpea el pecho maldiciendo la vida que le tocó… ¿Contra mí? El todopoderoso Simone.

—Yo también soy una Simone —respondo—. Así que estamos hechos de la misma calaña.

Tomo un cuchillo de la mesa y mira mi mano. Sabe que soy buena con los tiros al blanco.

—Arruinaste la única salida que nos quedaba —refuta—. Te escapaste dejando muerto a Pietro Rizzo.

—Yo no lo maté. Él murió por causas naturales.

—¡Mentiras!

—Estoy al tanto de las investigaciones —me defiendo—. Los forenses detectaron el químico de viagra en su cuerpo y un exceso de medicamentos ocasionó el infarto.

—¿Me crees idiota?

—Piensa lo que quieras.

—¿Qué tienes con Adrian? ¿Acaso es tu amante?

Hace la pregunta y lo miro fijamente. No sabe nada. Si estuviera seguro, no sería una pregunta sino una afirmación. Lion no pudo habérselo contado, no cuando está amenazado por algo que Adrian le sabe.

—Ja —giro los ojos, fingiendo—. ¿Ese idiota? Tuvimos otro tipo de negociaciones. Nunca estaría con alguien a quien odio.

—Mírame bien, Bianca. Sabes perfectamente que yo no amenazo en vano —me empuja hacia él—. Un italiano solo puede estar con un italiano, son las reglas de la mafia. No voy a permitir que malogres nuestra sangre cruzándote con un foráneo. Además, tú no puedes estar con alguien que no apruebe tu raza.

—Por supuesto que lo sé —me zafo—. Odio a ese hombre.

—Si intentas mentirme...

—¿Por qué lo haría? Han sido horas asquerosas a su lado. Además, ni siquiera pudo esconderme bien de ti, ya que me encontraste.

—¿Y te pavoneas? Te fuiste sin dar la cara.

—Porque tenía miedo. Era lo primero que todos iban a hacer: culparme. La Hermandad me tomaría de rehén y me mataría. Solo seguí mis instintos.

Da dos pasos hasta llegar a mí mientras sus ojos me miran de abajo hacia arriba.

Mis piernas aún siguen temblando, pero me mantengo fuerte para sobrevivir esta mentira. No sé si me cree. Este es un juego que debo ganar por mi vida y mi libertad. El engaño es un arte que no todos manejan a la perfección y si piso mal podría morir en el intento.

—Ahora estamos en serios problemas —reniega.

—No fue mi idea meterse en la boca del lobo.

—No quedaba opción.

—¡Por favor! ¡Dejemos ya las caretas de lado! Claro que había opción, pero fuiste mal asesorado por Lion que ha buscado vengarse de mí y solo logramos embarrarnos más en el círculo de la mafia. ¿Acaso no lo estás viendo? La Hermandad tenía planes.

—¿A qué te refieres?

—El pacto matrimonial incluía bienes mancomunados. Seguramente pensaste que el viejo iba a morir primero, pero nunca viste la posibilidad al revés. Si me mataban, el viejo Rizzo quedaba como heredero del legado Simone, por ende, sería líder del clan por derecho.

—Imposible.

—¿Por qué La Hermandad aceptaría el trato si desde que padre murió se ha desvivido por hundirnos? —añado—. Iban a atacarme de cualquier manera, tío, pero sus planes se les salieron de las manos.

Su cara se pone pálida.

—A veces me sorprendes —dice, entre dientes.

—A veces te falta cabeza.

—No abuses de mi paciencia, *cara* —responde dando un puño sobre mi mano contra la mesa —. Que no estoy de humor. Aunque… sí me gustaría saber ¿cómo evitarás que la gente de Rizzo te mate? No solo está La Hermandad detrás, sino los ahijados y toda la gente a la que mantenía.

—Un escándalo en la prensa. Exponer sus negocios ilícitos, sus secretos.

—No se quedarán tranquilos. Dices que eres una Simone, demuéstralo.

—Y voy a hacerlo. Las cosas caerán por su propio peso tarde o temprano. Tenga que morir quien tenga que morir. De eso, no te quedarán dudas.

Camino con firmeza hasta la puerta para terminar la conversación y me grita:

—Todavía sigues en la mira. Esta ya no es una advertencia.

Cierro la puerta. Mi corazón palpita fuerte, mis brazos están tensos, pero he logrado vencer esta batalla, aunque sé que tengo que seguir luchando por lo que quiero.

Mi tío no es de los que se conforma con poco, padre solía decir que era un bastardo con astucia cuando quería. De niña los juegos de ajedrez se convertían en castigos dolorosos. Si perdía, me golpeaba. Si ganaba, obtenía algún tipo de beneficio y sé que detrás de esa careta de idiota puede que tenga un as bajo la manga.

Esta sensación de no saber quién es quién o si sospechan de mis planes me tiene agotada. «Todo lo que hago es por mi libertad», me digo. El plan de escape debe ser prioridad, pero ahora debo dejar que las aguas se calmen.

¿Y Adrian? ¿Dónde está?

Mi mente lo trae en este momento y todas las partes de mi sistema colapsan. Aprieto los dientes pensando en él, en esa mujer, en lo que nos estamos metiendo.

«Mi niño». Esa palabra regresa a mi cabeza. ¿Era la misma de la nota?

Aquella mujer me miró con tanto odio que ni siquiera lo pude procesar. Me niego a pensar que sea algo suyo. ¿Podría ser su amante? Imposible, es casi como su madre. Adrian jamás se metería con una mujer así, pero entonces... ¿Dónde está? ¿Por qué se quedó con ella?

La idea de sentir *celos* me pone ansiosa, peor ahora que mi tío sospecha de lo nuestro.

La mafia cuida su raza, la sangre y el parentesco. Jamás aceptarían que un heredero esté con alguien que no es de su patria, por la sencilla razón de que nadie aseguraría la continuidad neutral del poderío.

Han prohibido que los sirvientes me dirijan la palabra, incluyendo a mi nana. Pronto cae la noche y me niego a creer que he vuelto a esta cárcel de lujo, pero no puedo negarme ahora que estoy en la cuerda floja.

Es la hora de la cena y Leonardo Simone quiso que esté presente. Sobre la mesa hay diferentes tipos de quesos, frutos secos, vinos porque al parecer esta noche será especial.

La sonrisa de Lion es estúpida.

—¿Por qué no comes? —me pregunta Leonardo Simone.

Parece estar de mejor humor por alguna razón.

—No tengo mucha hambre —respondo—. ¿Qué has pensado sobre la gente de Rizzo y La Hermandad?

Traer el tema sin duda no es una idea apropiada, pero necesito ahondar poco a poco en la conversación hasta soltar el nombre de Adrian. Me he vuelto loca estas horas pensando en que está con esa mujer a la que aún no descubro.

—Que tal vez esto va más allá de lo que creemos —levanta el dedo para que sus concubinas se vayan y bebe un poco de vino—. Efectivamente están de lado de los Ricardi ahora, ya no se puede confiar en ellos.

—Era obvio, tío. Lo sabíamos desde siempre.

—No podemos ir en contra de La Hermandad —agrega Lion—. De alguna manera tenemos que poder... congraciarnos. Otra boda sería...

—Ya no hay boda que valga —interrumpe mi tío—. Bianca ha usado por fin su cabeza y tiene razón, no darán el brazo a torcer porque siempre quisieron lo nuestro. Son nuestros enemigos ahora.

Dirijo una media sonrisa hacia Lion. Esta vez no pudo con sus telarañas.

—¿Entonces cuál es su solución, señor?

—Ya no jugaré con un solo rival sino con dos. Les cerraremos todas las puertas que nos queden y no seguiremos contribuyendo mensualmente a mantenerlos. Ya no.

—Perdóneme, pero es una misión arriesgada ir en contra de la tradición de la mafia —Lion se tensa—. La Hermandad se ha sostenido por años bajo la cabeza de los Greco. Si les declaramos la guerra formalmente…

—Los planes cambian a partir de hoy. Optaremos por congraciarnos con sus socios más importantes para que estén de nuestro lado, de eso me encargaré yo —aclara Leonardo—. Lo que sí harán ustedes es frenar sus ataques.

—¿Cómo?

—Con un nuevo equipo al mando que atacará sus debilidades.

—¿Comandado por Lion? —digo decepcionada. El imbécil enarca una ceja.

—¿Piensas que Adrian lo haría mejor? —contesta él con aparente rivalidad.

—Quizá —respondo con indiferencia, fingiendo que no importa—. Te ha roto la cara un par de veces.

—¡Bueno, ya basta! ¡No quiero más discusiones en mi presencia! —impone el anciano—. Las cosas serán como yo las ordene y para ello he decidido traer a alguien más.

Una bulla parece escucharse a lo lejos. Son… ¿tacones? En menos de un minuto, siento cómo le dan la bienvenida a alguien y, cuando giro la cabeza, me doy cuenta de que es… esa mujer extraña.

Aparece ante la vista de todos vestida de negro como en la mañana, mirándome con el mismo odio retenido en sus ojos.

Leonardo Simone se levanta para saludarla al igual que Lion e inmediatamente después aparece la persona a la que tanto he esperado por horas.

Parece que le apesta. Su actitud hacia ella es de lo más despreciable, pero no dejo de sentirme extraña al verlos juntos. La mujer no es nada inocente, más bien seca, dominante, zorra.

—Leonardo Simone —sonríe la mujer, dándole la mano.

—Eres toda una joya, Rose —responde mi tío, quien inmediatamente ve a Adrian con cautela.

—Por supuesto, mujeres como yo no hay muchas. Lo que sí abundan son niñas tontas e insignificantes.

Se suelta a reír, y la ignoro demostrándole que no me afecta su ataque barato. Por alguna razón no me da confianza. Por el contrario, me cae como una piedra en el hígado.

—Por cierto, no me he presentado. Rose Petrova, hermana de Adrian —asiente y busca mis ojos.

—¿Su hermana? —alzo una ceja y lo miro, él... ni se inmuta. No hace nada, pero puedo notar sus ojos reprimidos, su furia ahogada.

—¿Eres sorda o idiota, niña? —es ofensiva desde el primer momento, lo que aviva las burlas de Lion y mi tío contra mí.

—Lion hizo bien en presentarla. Gracias a ella dimos con ustedes. Rose es la *hacker* más

grande de Italia. Además de asesina —dice mi tío.

En un acto rápido, me golpea el estómago con fuerza. Mis ojos miran el piso sintiendo que me asfixio, pero me contengo. Me quedo muda con su rapidez y agilidad.

—Ya veo tus habilidades —me dice, burlándose.

—¡Qué demonios te pasa! —le grito.

—Tranquila, esta solo fue una probadita.

Me levanto furiosa para devolverle el golpe, pero la mano de Adrian detiene mi brazo.

—Inteligencia —dice en mi oído y luego me suelto con el mismo coraje.

—¿Qué inteligencia va a tener este mosquito? —dice ella y su risa es como un vómito tóxico. No la soporto.

La miro con rabia hasta que por fin la golpeo. Empujo su cuerpo y ella reacciona. Esquivo sus golpes, muy parecidos a los de Adrian cuando me entrenaba, entonces se avienta a mí y con las piernas bien templadas en el suelo soporto su peso para luego vencer sus piernas con las mías.

La ira me gana. Ella cae, pero parece que no es suficiente para doblegarla. Saca un cuchillo de su bolsillo e intenta dañarme el rostro. Siento la necesidad de acabar con ella. La deseo lejos de Adrian aunque sea su hermana. Me vuelve loca de furia.

—¡Basta! —Adrian se pone entre las dos y la toma de las muñecas, pero ella prosigue con su ataque—. ¡He dicho que basta!

Su mirada es fría como un témpano. Ella le sonríe y le envía un pequeño beso volado. Él no reacciona, solo se queda quieto. Me mira... y yo no sé si estoy en *shock* o simplemente ya no logro sentir nada. Leonardo Simone observa la escena complacido.

—No está mal para ser tu primera vez peleando con una asesina en serie —ironiza el anciano.

—Ella empezó con... —y no digo más porque ahora logro procesar todo: este ha sido su plan desde siempre—. No... no lo harás.

—Necesitas un impulso más grande, *cara*. Entre mujeres se entienden mucho mejor y ya que no te llevas bien con Adrian, he decidido que a partir de ahora ella trabajará contigo. Adrian y yo tendremos negocios por otro lado.

No sé si me afecta más su presencia o lo que acaba de decirme. Es claro que trata de alejar tentaciones. Tenso mis piernas mirando de reojo a Adrian, quien lo mira como si fuese una porquería. Sin embargo, no parece afectarle, tampoco preocuparle la decisión que mi tío acaba de tomar. Y luego está esa mujer que no me gusta para nada, que lo mira como si él fuera de su propiedad, y cuyo odio llega hasta la punta de mis cabellos.

—Si lo has decidido, entonces no tengo nada más que hacer aquí —digo.

Limpio la gota de sangre que se formó en mi brazo por el roce del cuchillo, y respiro hondo sin entender lo que sucede.

Entro en mi habitación y arrojo todo lo que está a mi paso para luego darle puños a mi

almohada.

Esta desesperación que empiezo a sentir no es sana, no estaba en mis planes. Pero él... me empieza a importar demasiado. Trato de buscar una posible salida, pero no tengo cabeza.

¿Dónde he escuchado ese nombre? ¿Dónde la he visto antes? Estoy segura de que lo he hecho.

Escucho risas por la ventana y no puedo resistir acercarme. Todos están reunidos en el jardín con tragos en la mano: mi tío, Lion, Adrian y esa mujer. ¿Cómo puede estar tan campante cuando ella intentó matarme a la primera? La mujer pasa su mano por la cintura de Rambo, quizá de una manera enfermiza, pero a él parece no importarle. Solo levanta la mirada clavándola en la mía, y me siento descubierta, pero no puedo dejar de mirarlo.

Está en medio de asesinos armados, entre guardaespaldas, francotiradores que peinan los techos de la Villa, y de lejos es el que más resalta. No necesita un séquito de perros tras él como mi tío, tampoco seguridad en exceso porque su sola presencia se impone. Con tranquilidad y en un acto sutil vuelve la mirada hacia ellos. Entonces, noto que mi tío tiene la vista puesta en sus reacciones. Por Dios, lo está probando y probablemente también lo haga conmigo, así que necesito ser más cautelosa.

Cierro las cortinas. Me doy un baño, pero nada me calma. Voy de un lado a otro, desesperada, llena de dudas que azotan mi cabeza.

¿Qué pasará ahora entre los dos?

¿Por qué si es su hermana lo trata de esa manera?

¿Qué demonios se trae con ella?

Golpeo fuerte mi buró y vuelvo a ver mi rostro frente al espejo. Esta no es la Bianca que esperaba ¿Estoy… celosa? ¿Furiosa? Sea lo que sea este descontrol no me está gustando.

Pasa exactamente una hora, me acuesto en la cama, pero vuelvo a levantarme sin poder dormir. Miro el reloj de mi móvil. Estoy tan jodida que ni siquiera me agarra el internet.

Me vuelvo a pasear por mi habitación en la oscuridad, angustiada y con un dolor en el pecho. Cierro los ojos y parece que sintiera un olor particular que hace que mis pezones se erecten. La falta de sexo me pone irritable. Por Dios, solo han pasado unas horas, ¿en qué clase de ninfómana me estoy convirtiendo? Desde aquí, es como si pudiera oler su colonia varonil y abro los ojos de golpe. No, no es solo una suposición: él está cerca.

Mi cuerpo se congela al sentir unos pasos. En segundos son sus manos las que siento en mis nalgas, con esa demanda imponente que lo caracteriza.

No quiero aceptarlo, pero me besa en la oreja y me pone como loca. Sus músculos se aprietan contra mí y se siente como un gorila acorralándome, su cuerpo se aprisiona al mío deliciosamente, pero sigo confundida y así no puedo.

—No deberías estar aquí. Mi tío te tiene en la mira al igual que Lion. Además, debes tener a

tu hermana encantada con tu presencia.

No responde, solo se irrita. Trata de besarme e ignora mis palabras «porque no está acostumbrado a perder», y aunque mis labios estén desesperados por él, lo freno.

—Las escenas infantiles solo me fastidian —advierte.

—¿Es una escena infantil decir lo que pienso? No me contaste de esa mujer. Dejaste que mi tío y Lion me llevaran a la fuerza cuando teníamos planes. Dijiste que ibas a ayudarme a escapar.

—No era el momento.

—Este es el momento, Adrian. La Hermandad está aliada con los Ricardi, ambos quieren matarme.

—¿Y te vas a largar ahora dándole motivos de peso para acusarte de traición? No estás pensando con la cabeza.

No, mi maldito hígado predomina.

—Mejor dime cuál es tu verdadera intención. ¿Hacer tiempo para un plan mayor o lograr que aborte la idea?

—Mi intención ahora es protegerte.

—¿De qué?

—De Rose. Ella es una asesina serial capaz de destruir a todo aquel que se le ponga enfrente. Mantente lejos de ella.

—Yo no le tengo miedo a sus arrugas baratas.

—¡Basta! Este no es un juego.

Trato de ordenar mis ideas, pero no puedo cuando la cólera me sobrepasa.

—¿Quién es en verdad esa tipa? ¿Por qué te dijo mi niño? —voy al grano.

—Es su forma de hablarme. Una expresión que me tiene sin cuidado.

—La mujer de la nota también te llamaba así.

Sus ojos se oscurecen y algo en él se incendia. Un escalofrío traspasa mis poros.

—No es la primera ni la última persona que lo hace. Si vas a estar con paranoias ridículas con cada cosa que dice, esto se va a ir al carajo. Yo no le doy explicaciones de mi vida a nadie.

Me amarro la lengua confundida y este es el preciso momento en el que trato de frenar mi botón de *suelta la lengua.*

—Será mejor que te vayas —es lo primero que me sale de la boca.

Por Dios, quiero sexo, pero no así. Mis manos tiemblan, mi garganta se seca, la cabeza me explota mientras sus ojos me fichan como si me estuvieran taladrando la mente.

«Estás haciendo el ridículo», pienso.

Gira y se va. Su orgullo pesa más que cualquier cosa. La tensión en mi pecho crece porque sé que no va a perdonármelo. No es un hombre que le ruegue a nadie.

Maldita sea, ¿qué me está pasando? Esta quemazón en el cuerpo me carcome. No soporto a

esa mujer. Dudo en si debería dejarlo ir. Inhalo hondo aún con preguntas en mi cabeza, pero cuando abro la puerta de mi habitación, otro es el rostro que encuentro.

—Señorita Simone —sonríe Lion—. Pasaba a ver si todo estaba en orden. Como Adrian desapareció de la nada pensé que lo encontraría sin pantalones aquí, pero ya veo que no.

—Cállate y lárgate.

—¿Se pelearon?

—¿Qué quieres? —podría jurar que es una serpiente venenosa arrastrándose hacia mí.

—Hacerte una oferta... generosa.

Trato de cerrarle la puerta, pero me lo impide con su brazo.

—Sé qué es lo que buscas: información sobre Rose Petrova, y yo puedo dártela, aunque no te vaya a gustar lo que descubras.

—No necesito tu ayuda.

—¿Segura?

Sus ojos se incendian y de pronto todo el enojo me embarga. El rostro de esa mujer, su risa, un recuerdo vago de su rostro, aquella palabra de cariño, pasan por mi cabeza como pesadillas.

Me quedo en silencio y sonríe como si pudiera penetrar en mi mente. Me quiere manipular, quién sabe qué tratos sucios tenga con esa mujer, por lo que solo levanto la mirada irritada.

—Búscame cuando necesites respuestas —termina y el hígado se me hace trizas.

Le cierro la puerta exasperada mientras mi cabeza explota y siento que todo esto no traerá nada bueno.



30.
DOS CARAS

Adrian

El día me sabe a mierda. He pasado horas inquieto sin que haya podido encontrar soluciones claras y al amanecer mi paciencia se agota.

El viejo empieza a sospechar, me ha investigado nuevamente, por lo que tuve que inyectar dinero a mis empresas fantasmas de Bulgaria, además de otros artilugios que me han traído pesar, solo para cerrarle la boca.

Estoy cansado y a nada de explotar. Reniego de esta farsa, así como de los Simone. Debí matarlos a todos desde que pisé esta casa, pero ya no hay tiempo para arrepentimientos. No ahora que estoy a punto de lograr que ella mueva la pieza final en este juego.

Ella. Mis músculos se tensan cuando la traigo a mi cabeza. Me perturba solo imaginarla. Me exaspera su nombre atascado en mi garganta, y seguir negando que me gusta sería iluso de mi parte.

Mis dedos se aprietan en el cristal sintiendo el odio y el deseo en una mezcla agresiva. No controlo la increíble necesidad que tengo por Bianca, sabiendo que un día tendré que matarla. Paso las horas queriéndola besar, apretar ese culo entre mis dedos, oler su aroma a manzana, follármela o tal vez… solo mirarla.

¿En qué carajos estoy pensando?

Un hilo de enojo pasa por mi cabeza sabiendo que me rechazó hace horas cuando fui a su habitación. Lo sospecha, no es tan tonta. Ya no es fácil desviar el tema o pintarle otro cuento porque la rivalidad se siente y La Gata se ha encargado de hacerse notar por mucho.

Tiro un vaso de cristal al suelo, maldiciendo el día en que se cruzó conmigo. Sus palabras todavía están en mi mente cuando traigo los recuerdos de hace horas.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Quise ver con mis propios ojos en qué vas. ¿Es un problema? ¿Ya te dio luces de los diamantes? ¿Ya jugaste tu última carta?

—No es de tu incumbencia.

Sonrió, sabiendo que le mentía.

—¿Te la estás cogiendo? —fue directa, los celos ardían en sus ojos.

—No tengo que darte explicaciones.

—Cuidado, Tormenta. Yo sigo siendo tu mujer. Fui yo quien te hizo a mi imagen y semejanza —siguió y besó mis labios—. Yo te formé, yo te crie, conmigo aprendiste a follar, a sentir… pero si hay algo que me enoja es que me traicionen.

—Fuera de mi camino.

—¿Para que sigas jugando al príncipe azul con ella? ¿Qué tal si te complico los planes?

—Tenemos un trato.

—Que voy a cumplir siempre y cuando te mantengas lejos de Bianca Simone. No juegues conmigo, mi niño. No con ella —clavó sus uñas en mi brazo—. Porque si tú vuelves a fallarme, seré yo quien la mate con mis propias manos.

Está loca, es una maldita vieja demente.

Su presencia complica mis planes, pero como buen estratega, supe manipular su mente besándola después de apretar su garganta, haciéndole creer que todo esto terminaría cuando ahora debo sacarla de mi camino.

Se metió a la fuerza en Villa Regina gracias al imbécil de Lion que le dio cuerda para molestarme. A estas alturas no sé qué tanto sabe. La presentó con su nombre real: Rosenda Petrova, nombre que nadie conocía puesto que en el mundo de la mafia es solo La Gata, pero de algo estoy seguro y es de que no va a joderme los planes, ni ella ni nadie.

Las próximas horas se tornan tensas después de que me avisaran que el viejo quiere verme. El despacho huele a tabaco cuando me acerco. Una zorra se levanta de sus piernas en cuanto me ve entrar, sonríe y se va enseñándome el trasero, como si me importara la carne barata.

—¿Qué te parece? —dice Leonardo Simone, con un puro en la mano.

—¿Qué?

—Mi concubina. ¿No se te hace… apetecible?

—Los burdeles también aumentaron su calidad.

Suelta una risa y me invita a sentarme con una seña que no acepto.

—Las sonrisas no son tus expresiones diarias. Parece que te falta sexo, pero siempre que quiero compartir una puta te niegas. ¿Hace cuánto no te tiras a una mujer?

«Hace poco me enterré en tu sobrina», pienso.

—No es de tu incumbencia.

—Me preocupo por mis aliados y sus distracciones, claro que lo es o… ¿es que te gusta alguna mujer en especial? ¿Debería empezar a preocuparme?

Su indirecta es clara, pero este juego lo gano yo.

—Has bajado tus estándares, Leonardo. Las indirectas son patéticas para hombres de verdad.

La sonrisa se le borra. Se levanta de su silla para acercarse a mí.

—Tienes razón. Siempre con una respuesta adecuada, muchacho. Como amigos y aliados estamos bien, pero como enemigo… soy el peor. Bianca es italiana, de sangre real. No es por… discriminar tu nacionalidad, pero las leyes de la mafia son claras y…

—No me interesan las lloronas inútiles, mucho menos cruzar mi sangre con la de ustedes. Si ayudé a tu sobrina fue porque no estoy dispuesto a perder más de lo que ya me hicieron perder.

Asiente.

—Los negocios van mal. Como sabrás, la muerte de mi hermano trajo consigo problemas de los que no hemos logrado salir. Ahora ya no solo los Ricardi son nuestros enemigos, sino también La Hermandad. La mafia está en nuestra contra por primera vez en siglos .

Suelto una risa.

—Y supongo que quieres más dinero como apoyo moral.

—Acabo de nombrar a tu hermana como parte de los míos. Confío en que saldremos victoriosos.

—Pero yo no confío en tu capacidad. No has sido capaz de darte cuenta de lo que tienes a tu alrededor.

Su sonrisa se borra y disfruto verlo acorralado. Siembro dudas en su cabeza. Y, aunque sus ojos muestren una aparente tranquilidad, puedo intuir que se inquieta.

—¿A qué te refieres?

—A todas nuestras fallas y tropiezos. Los enemigos han sabido dar el golpe en el lugar preciso ¿Casualidad? Quién quita que haya alguien dentro filtrando información.

—Todo el que bebe y come de mí es de mi entera confianza.

—Por supuesto —ironizo—. Tanto que La Hermandad ha sabido moverse por encima de ti.

Se queda callado, sosteniendo el puño de ira.

«Divide y vencerás». Por alguna razón, el viejo Leonardo Simone tiene lazos fuertes con Lion; algo le sabe, algo le tapa, aun así, no hay mejor puñal que la duda latiendo en el interior.

—Lograremos salir de esta.

—Eso espero porque no estoy dispuesto a perder ni un centavo más. Tómalo como mejor te convenga.

Mis pasos son certeros cuando salgo de su despacho con la plena seguridad de que empezará a dudar hasta de su sombra, sin embargo, debo ser cauteloso.

Si mi humor por lidiar con el viejo estaba irritable, ahora que escucho gritos empeora. Pienso en las mucamas, en sus líos personales, pero cuando viene una corriendo hacia mí, mi idea se esfuma.

—¡Señor! —grita, mirándome sin saber qué decir.

—¿Qué quieres?

—Es que…

—¡Dilo ya! —ordeno.

—Se van a matar. Se matarán entre sí. La señora y la señorita…

Maldita sea, no tiene que decir más porque vuelvo la mirada y descubro quiénes son.

Camino colérico hacia la zona de entrenamientos. Bianca está hecha un desastre. Tiene el cabello desordenado, sangre en el rostro, el pie que se dobló está aún más hinchado y la piel llena de raspones.

—¿Qué carajos pasó aquí?

Quiere hablarme, pero cuando va a contestar, mis instintos son más rápidos, por lo que la aparto al presentir una bala que pasa por su oreja con rapidez. La Gata le envía una clara advertencia. Ambas se miran con odio.

Bianca

«Maldita demente», pienso mientras esa mujer se muere de risa una vez más.

Adrian no la vio, pero yo sí. Acabamos de pelear porque me probó esta mañana. Irrumpió en los terrenos de la Villa con un auto de golf con el que casi me atropella, se presentó ante los terratenientes como única líder e incluso se atrevió a menospreciarme delante de mi gente, cosa que no le iba a tolerar por nada.

Esta víbora me pone al límite. Su odio por mí es evidente. Conoce la mansión de los Simone como si hubiera estado aquí antes y, por alguna razón, sus aires de grandeza me escarban el hígado.

—Bianca, no —advierte Adrian cuando le quito el arma.

—No lo hará, es solo una pobre perdedora —contesta ella. Mi furia se enciende aún más.

Los guardaespaldas suben las armas cuando me dirijo a ella siguiendo el protocolo, pero con una mano doy la orden de que nadie se meta. Su mirada no hace más que provocarme. «Jala el gatillo, mátala», pienso, pero suelto el arma porque esta me la paga a puños.

Jamás he sentido tal necesidad de luchar. Esquiva mis golpes insultándome, riendo, menospreciando mis habilidades y, cuando me devuelve el movimiento de ataque, su violencia me deja en claro sus intenciones.

Nadie ataca a un supuesto aliado de esta manera. Hiere con sus garras, me da codazos, lanzándome al suelo y, cuando la tomo del cuello, me golpea, pero no caigo. Le devuelvo golpe por golpe con la misma furia.

—Bianca, basta —Adrian solo sabe defenderla, por lo que los celos se suman a mi ira.

Aprieto su garganta y clavo mis uñas frenética.

—Qué buena pelea —dice la voz de Lion que acaba de aparecer.

Adrian grita tratando de que pare y me causa curiosidad saber cómo la asesina más letal de Italia se deja asfixiar por mí ahora cuando él se acerca.

—Me tienes harta —digo.

—¿No bastó con el golpecillo de la mañana? Dijeron que eras una leyenda, ya veo que solo fue invento de tu padre para que no lastimaran a su bebé.

Aprieto con fuerza su cuello hasta que tose fingiendo que se ahoga. Para cuando Adrian llega es tarde; nos separa, ella lo abraza y me mira sonriendo como si su atención fuese un triunfo, pero lo que más me choca es que él… se lo crea.

—Tendremos que notificar al señor Simone —interrumpe Julian, apareciendo con *soldati*.

—Tú no vas a notificar nada —responde Adrian—. Esto no se repetirá.

—Pero…

—Obedece.

Rambo me mira con una actitud desafiante y se larga con ella de nuevo. Me digo a mí misma que no sea estúpida, pero no puedo controlar lo que siento. Respirar sin que duela me cuesta, negar que no me afecta sería peor, ya ni siquiera tengo fuerzas para afrontarlo. ¿En qué momento me volví tan patética?

La mirada de Lion parece neutra, aunque yo sepa que en el fondo lo está disfrutando. Cuando los guardaespaldas y Julian se van, aprovecha para acercarse a mí con una sonrisa.

—Peleaste bien. Esa mujer está loca y, créeme, no parará hasta destruirte.

—¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué no te largas?

—¿Por qué tú no te has ido?

Me quedo callada sin contestar y añade:

—No esperaré una pregunta formal de tu parte, pero te ahorraré el trajín: visítala en su recámara. Ve a su habitación, indaga qué se trae entre manos. Encuentra algo que te pueda servir para mantenerla lejos de ti. El odio que te tiene no es gratuito.

—No caeré en tu trampa.

—Bianca, tú me interesas. Siempre has estado en mi contra cuando lo único que he hecho es tratar de ayudarte —me besa la mano—. Esperaré mi pago cuando entiendas la magnitud del favor que acabo de hacerte.

—Vete al diablo.

Ignoro su amabilidad y me voy limpiándome la mano en mi ropa. El día pasa rápido y trato de concentrarme en mis responsabilidades matutinas: entreno, practico algo de artes marciales con los otros *soldati* y la noche llega sin que Adrian me haya dirigido la palabra. Lo rechacé y su orgullo pesa más que nada en su mundo, por lo que no creo que le importe.

La reunión a la que me convocó mi tío es lo último que tolero antes de mandar todo a la mierda. Las cosas están de mal en peor, La Hermandad nos ha cerrado caminos, iniciando una campaña de desprestigio contra los Simone, por lo que perdemos dinero a montones.

—Habrá que buscar otra estrategia —dice el contador—. Si seguimos así seremos el hazmerreír de Italia y no lo podemos permitir. Podríamos tomar algunas acciones…

Pero no puedo concentrarme. Mi cuerpo está aquí pero mi mente viaja a otro lugar. Pienso en Adrian, en esa mujer y las palabras de Lion parecen haberse impregnado en mi cabeza.

No, Bianca. No puedes hacerle caso a un idiota.

La reunión termina casi de inmediato y, cuando voy de regreso a mi habitación, el corazón me tambalea fuerte, las manos me sudan y es mi instinto el que me dice que gire hacia el pasillo de invitados.

Camino de forma sigilosa hacia la habitación de esa mujer. Suspiro al girar la perilla, entro y veo que no hay nadie. Sé que no tengo tiempo, por lo que soy rápida. Esculco las sábanas, las toallas, los cajones de la mesita de noche y todo parece estar normal.

«Pierdo mi tiempo. Lion volvió a molestarme», pienso. Me levanto tratando de dejar todo en orden, tropiezo y, cuando estoy en el suelo, noto una soga atada a un maletín escondido debajo de la cama.

Lo abro, no sin antes mirar la puerta, y encuentro armas explosivas: ¡esta mujer es una terrorista! Hay municiones de guerra, pistolas de alto calibre, frascos con medicamentos, inyectadoras, pero lo que más me llama la atención es… el doble fondo de aquel objeto que, al abrirse, me muestra un cofre lleno de fotografías.

¿Qué es esto?

La garganta se me seca cuando lo abro. Lo primero que veo es la imagen de una cría sonriente. Debe ser aún chiquilla, tiene el cabello suelto, la ropa maltrecha. Sigo revisando y otra foto llama mi atención. Es la misma cría sonriendo en el jardín de esta misma casa. Está desnuda, sentada en las piernas… de mi padre.

—¿Qué demonios haces aquí, perra? —dice una voz a mi espalda y suelto las fotografías de golpe.

Es ella, Rose Petrova, a quien acabo de descubrir.



31.
GOLPE BAJO

Bianca

Mi boca se seca ante lo que acabo de ver. Pero es peor observar a esa mujer descontrolada al verme con las fotografías en las manos. En escasos segundos se mueve hacia mí y clava mi cráneo contra la pared, ahorcándome, mientras trato desesperadamente de soltarme.

¡Maldita sea! Logro zafarme y es ahora cuando me doy cuenta de que esto no va a detenerse nunca. Su fuerza es extrema, sus garras afiladas se hunden en mi piel, pero ya no me detengo a pensar en nada.

—¡Maldita metiche! —dice y me mueve hacia la cama. Intenta darme un golpe en el rostro y la esquivo. Me levanto dispuesta a darle pelea, por lo que se me avienta encima.

—¡Suéltame! —me quejo. La pateo por detrás, haciendo que tambalee, y se ríe minimizando mi acto.

—Pobre niña, ¿tienes miedo de que una experta como yo te dañe esa carita?

—Creo que la que tiene un problema de autoestima es otra —le doy justo en el clavo—. Tanto te obsesionas conmigo que me haces pensar que deseas ser como yo y no puedes.

Se queda en silencio y finge una sonrisa. Pero intuyo que la he afectado.

—¿Quién demonios te crees? ¡¿Qué hacías aquí?! ¡Habla ahora o te lo saco a golpes!

—Aquí las preguntas las debería hacer yo —me zafo y recojo la fotografía—. Esta eres tú con mi padre y quiero saber por qué.

Su mirada se transforma. Nunca había visto a una mujer tan desesperada. Me quita la foto, obligándome a salir, no sin antes explotar contra mi rostro. Sus uñas se hunden en mis mejillas, tiene tanta fuerza que me cuesta librarme de ella, su ira es más grande que su razón.

—Te lo voy a decir una vez: No. Te metas. En mi. Camino. Ni con Adrian, o lo vas a lamentar.

Mi espalda siente el golpe contra la pared del pasillo. Luego me cierra la puerta en la cara, se escucha un grito de ira y enseguida todo este malestar me sobrepasa. Tengo tanta rabia que no lo soporto. Regreso a mi habitación, palpando las marcas que me hizo en el cuerpo.

No doy más, la angustia me mata.

Esa mujer está desquiciada. Lo peor es que algo tiene que ver con mi familia. Padre se veía joven en aquella fotografía... Si creía que era una maldita forastera, estaba equivocada. Leonardo Simone la aceptó muy rápidamente, es claro que padre la conocía, pero... ¿qué tenía que ver padre con ella?

Las dudas son un puñal en una herida abierta. Estoy metiéndome en terrenos donde no debería. He pasado mis límites con Rambo, dejé que todo esto desemboque en un río peligroso, envolviéndome también en mi propio juego y ya no hay marcha atrás que valga.

Mis pies no dejan de hacer presión contra el suelo, mientras las mucamas que me miran se alertan al verme despeinada. Ingreso al pasillo prohibido, un lugar que desde que era niña me prometí no volver a transitar, pero la ocasión lo amerita. La puerta de la habitación está abierta. Entro y lo primero que veo es la sonrisa de Lion, bien puesta. Tiene una copa de vino en sus manos, como si hubiese estado esperándome.

—Quiero saber toda la verdad. Ahora —demando furiosa.

Estoy segura de que lo hizo a propósito. Me orilló hacia esa habitación por algo y no pienso quedarme con la duda.

—Todo tiene un precio, Bianca.

—¿Qué quieres?

—A ti.



32.
MARCAS IMBORRABLES

La Gata

Maldita, mil veces maldita.

Arrojo todo lo que hay a mi alrededor para desahogar la ira que me consume, la sensación de impotencia que me provoca el no poder matarla cuando toda mi vida he buscado hacerlo.

—Necesito calmarme —murmuro y, desesperada, enciendo un cigarrillo, aún con las manos temblorosas de rabia—. No vas a arruinar mis planes, no lo harás ahora. No puede saber la verdad... Al menos hasta que haya logrado lo que quiero.

Las fotografías del baúl que llevo a todas partes y que me cuesta mirar, me alteran, porque no hacen más que traerme el pasado. Recuerdos vienen a mi cabeza como *flashbacks* violentos. No puedo respirar, mis uñas podrían sentir todavía su piel, su sabor, sus labios…

Él me cuidaba. Él me hacía feliz. Él... me amaba.

—Oh..., pequeña gatita, ¿te gusta esta joya?

—Es... ¿un diamante? —pregunté asombrada.

—Sí. Se ve muy linda así... en tu cuello, hasta pareces digna de que alguien como yo te toque.

Sonreí mientras lo colocaba en mi piel desnuda. Un diamante blanco; glorioso, brillante, de la realeza. El más valioso del mundo y por el que muchas mafias matarían.

—¿Es para mí?

—Depende.

—¿De qué?

—De si eres digna... y te lo ganas.

—Haría lo que fuera por tenerlo... Aún mejor si es algo tuyo.

—¿En serio?

—Sí...

Él me acarició el rostro, bajando su dedo por mi cuello... hasta llegar más hacia el sur.

—¿Qué hay aquí? —susurró, cerca de mi boca.

—¿Dónde?

—Entre tus piernas... —deslizó su dedo entre el pequeño espacio, llegando hasta su tope—. Parece que arde.

—No sé... —suspiré por alguna razón, extasiada. Su aliento a tabaco me fascinaba y su boca me incitaba— ...quizá duele.

—Oh, pobrecita... —introdujo un dedo ahí... y de pronto todo estalló. El cuerpo me vencía. De pronto me gustaba. De pronto tuve ganas de besar el tatuaje de águila en su cuello, pero él fue más rápido que yo cuando sus labios, fuertes y demandantes, tocaron los míos, insípidos y tiernos todavía.

Me supo a algo dulce con olor a peligro. Ningún hombre me volvió a besar como él.

—Ah... —jadeé al sentir cómo el pulgar me frotaba mientras la yema de su dedo abría espacio en otras zonas de mi intimidad.

—¿Duele?

—Un poco… Esto no está bien.

—Lo sé, pero a mí me gusta. Y tú harías todo porque yo sea feliz, ¿cierto, pequeña gatita?

Asentí, presa del deseo. Era tan bueno conmigo… tan poderoso, tan grande, que me sentí morir cuando me levantó el mentón, besando mis labios.

—A partir de ahora eres mía. Y estás a mi servicio. Pero tengo que marcarte.

—¿Marcarme?

—Hacer esto... —hundió su dedo en mí—, pero más profundamente.

Mis mejillas enrojecieron. Sentí incomodidad y miedo..., pero me gustaba.

—¿Nunca me dejarás? —susurré contra su boca—. ¿Siempre me amarás? ¿Como en los cuentos?

—Siempre.

Sentí su peso sobre mí, su poder sobre mí, mientras aquellos jadeos de su garganta me extasiaban mientras sangraba.

Cierro los ojos, sosteniendo en mis manos la fotografía como si pudiera volver a ese momento. A él le gustaba retratarme desnuda y también a mí, aunque fuera prohibido. Amaba su poder, su inteligencia y supremacía. Él me marcó y yo lo marqué. Era su aprendiz, su orgullo, su sombra, tan felices por años… hasta que llegó ella, la madre de Bianca, a quitarme lo que me pertenecía.

Arrugo la foto y entro en colapso. Bianca me lo quitó al igual que su madre. Desde que ella nació, él no paró de nombrarla. Donato Simone se obsesionó con su hija, la amaba tanto que se olvidó de mí. A ella nunca la tocó. A ella nunca la vio con ojos de perversión porque era la cría de sangre real que siempre había buscado tener con la mujer que… quería.

Me olvidó y solo obtuve las sobras, pero esta vez no voy a fallar. Adrian no evitará que la mate. La protege, la cuida, empieza a estar... loco por ella y juro que esta vez nadie con un rostro

y cuerpo bonitos me quitará lo que es mío. No de nuevo. Peor ahora que él… empieza a quererla. Y no lo puedo soportar.

El móvil me vibra, destella en mi pantalla lo que había sospechado desde hace mucho. Si él piensa que puede cambiarme por otra, entonces pagará las consecuencias. No, mi niño. Tú eres mío, tu tacto es mío, tu polla es mía y no voy a cederte a nadie.

Nunca.



33.
EMBARRO

Adrian

Un zumbido en el móvil me avisa la hora y verifico que nadie me esté siguiendo al bordear la entrada de Villa Regina. Han pasado veinte minutos desde que salí; los accesos están más vigilados que nunca, la seguridad se ha redoblado por la situación caótica de los clanes, por lo que me apresuro hacia mi Bugatti estacionado a unos metros, mientras Guido me espera con una maleta.

—Señor —saluda.

—¿Lo tienes?

—Sí. Armas, documentos y… las llaves que me pidió.

—¿El auto?

—En un excelente estado. Como tiene que ser.

—Encárgate del asunto. No quiero errores.

—Por supuesto… Oh, me olvidaba. El señor Erick pidió hablar con usted. Asumió que estaba ocupado porque no le contestó los mensajes en clave.

—Lo he visto hace poco, es peligroso un nuevo encuentro ahora.

—Dijo que era urgente.

Voy a contestar, pero mi atención es captada por las luces de un auto que veo pasar cerca de las rejas. Tiene la insignia del águila. Se detiene al doblar la esquina y lo primero que veo es a Lion y de copiloto a… mi sangre comienza a arder.

—¿Es la señorita Simone? —dice Guido y tengo que apretar el puño para no perder la paciencia—. El señor Leonardo ordenó que no saliera de la Villa por su propia seguridad.

—Pues al parecer no le interesa —digo entre dientes—. Quiero saber a dónde van.

—Por supuesto —saca del bolsillo un rastreador—. El GPS me muestra que se dirigen hacia… una casa de apuestas.

—¿Qué?

—Que es también un burdel.

Mis manos aprietan con fuerza el volante.

—Vete. Apresúrate con lo que te pedí.

—Pero señor, teníamos que ir a…

—¡Vete ya!

Se baja del auto y siento mis venas arder. Reprimo mi ira diciéndome que este enojo se debe a que no me conviene que esté con él; podría revelarle mis planes, hablarle de La Gata, ya que fue él quien la trajo aquí, pero la verdad es otra que me cuesta procesar.

Los sigo sin titubear, cuidando de no ser visto. El camino por la carretera se me hace eterno. Solo han pasado veinte minutos. Cuando llego, el auto de los Simone está estacionado. Por fuera, el lugar parece de beneficencia: hay fieles, mujeres junto a diplomáticos que sonríen como si nada pasara en su interior, aunque por dentro sea un lugar de perdición.

Bajo del auto. No se me hace difícil entrar, pues la puerta lateral es exclusiva. En el sótano, el aire caliente impregna mi cara. Hay mesas con gente que apuesta por doquier, prostitutas sentadas en las piernas de los hombres, sin contar los cuartos cubiertos con cortinas desde donde solo se escuchan jadeos. Son las orgías.

—Señor, ¿le ofrezco un lugar? ¿Desea una dama para su placer? —me dice una mujer vestida recatadamente.

—Fuera de mi camino.

La ignoro porque mi foco se centra en una mesa arrinconada. El sitio está infestado de viejos nefastos que juegan por peticiones políticas. Aquí se subastan algunos cargos de gobierno, tierras, hembras; sin embargo, no es una casa de juego digna de un imperio superior, es lo que acostumbra a frecuentar el pelele de Lion y me llama la atención que son los únicos que tienen una tabla de ajedrez.

—Eh, señor, esa es una mesa privada. Cerraremos cortinas cuando…

Esquivo a la misma mujer que me sigue y tardo unos segundos en llegar. La garganta se me seca cuando veo que Lion posa sus sucias manos sobre las manos de Bianca, acercando su hocico de cerdo a los labios de lo que sabe que no puede tocar. Esta vez ella no está drogada, sino consciente. No soy dueño de mí por mi reacción impulsiva. De un puñetazo, su cuerpo cae al suelo haciendo que la mesa se desplome.

—¡Adrian! —grita Bianca, sorprendida.

—Eres predecible, Petrov —Lion ríe con los labios llenos de sangre y un ojo cerrado.

—Te advertí que te quería lejos de ella.

—¿Pues qué crees? No pasará —sonríe—. No voy a descansar hasta que ella sea mía por fin.

El infeliz se prepara para pelear, pero ella se interpone entre nosotros.

—¡Basta! Están haciendo un escándalo —se pega a mí—. Vine porque quise. Ahora vete de aquí.

Su minúsculo peso no logra mover ni una pizca de mi cuerpo, por el contrario, echa leña al

fuego que arde en mi interior.

—Señorita, ¿está bien? —habla la entrometida que me recibió.

—Nos vamos de aquí —le advierto a Bianca tomándola de la muñeca.

—No.

—Si no mueves esas piernas ahora, voy a dispararle a la gorda chismosa que está detrás de ti, sin contar a los ancianos en pañales que están tomando sus armas.

Me mira con odio. Camina hacia la puerta furiosa hasta que la subo sobre mi hombro, llevándola a los cuartos donde otros follan.

—¡Suéltame!

—Silencio —golpeo su trasero con una palmada.

—Identificación —dice un anciano deteniendo mi entrada—. No se permiten zorras que no sean de aquí.

—¡Yo no vengo con este tipo!

—Quiero a esta, la tomé para mí y qué. Hice una inversión y no quiere cumplirme. Es un poco... frígida y, encima, loca. Está mal de la cabeza, pero para algo servirá.

—¡Imbécil! —grita ella.

El viejo me mira de arriba abajo, esboza una sonrisa y me da paso. Ella suplica, pero nadie la ayuda. Abro una cortina y un trío la sorprende; dos hombres se cogen a una puta, por lo que me largo. Avanzo hacia otro apartado y, esta vez, me encuentro con mujeres.

—¿Quieres venir, corazón? —dicen.

Las ignoro.

—Por aquí —otra mujer me guía.

—¡Ayuda! —grita Bianca, y vuelvo a palmear sus nalgas.

—Que lo disfrute —asiente.

Bianca me mira indignada. Lleva el cabello alborotado. Entonces la suelto y cierro la cortina del área que nos dan.

—¿Ahora lo ves? Lion te trajo aquí con claras intenciones. Así chillaras o clamaras por auxilio, en este tipo de lugares nadie iba a ayudarte. ¿Estás consciente del peligro en el que te metiste? Quiero saber qué artimañas usó para traerte hasta aquí.

Se queda callada. Furiosa, impotente, pero en silencio. Y, aunque no quiera reconocerlo, cae en cuenta de que tengo razón.

—No es tu asunto.

—Claro que lo es. He sido claro con mis advertencias.

—Y yo con mis límites, Rambo. No te voy a aguantar estupideces. Ni a ti ni a tu hermana loca.

—Solo tenías que mantenerte lejos de ella.

—¿Porque tú lo ordenas?

—¡Porque es una maldita demente que solo se deja llevar por los celos!

—¿Celos?

Mierda... lo que me faltaba.

—¿Me estás diciendo que esa vieja loca está celosa de nosotros? —añade.

—Lo sospecha.

—¿Qué clase de enferma se mete en una relación que no le corresponde? Piensa que eres de su propiedad y que nadie más puede tocarte. Será tu hermana, pero su odio es... casi enfermizo.

—No tienes por qué darle cuerda, basta con alejarte.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Esa puta solo busca la manera de atacarme cada que está cerca!

—¡Y tú solo me haces perder la paciencia con el imbécil de Lion!

Sus ojos se incendian.

—Pues ese imbécil ha sido más caballero que muchos últimamente.

—¡Porque quiere enterrar su maldita polla en ti!

—Y si fuese así, ¿qué?

La observo fijamente y en sus ojos descubro lo que quizá no he visto por la ira. Trata de manipularme.

—Lo estás disfrutando, le das alas para fastidiarme —afirmo, descubriendo sus planes—. Nada pasa en la mansión Simone sin que me entere. Tú planeaste todo esto: la salida, el juego, que yo haya llegado justo en el momento preciso a este prostíbulo de porquería. Sabías que de una u otra manera me iba a enterar.

—Piensa lo que quieras, estoy cansada de tus estupideces. Al final de cuentas, no hay ataduras contigo. Con o sin títulos siempre haces lo que quieres, así que estamos a mano. Si salgo o no con Lion ya no es tu problema.

Mi impulso es más fuerte cuando me mira de esa manera y la sostengo con mi peso, orillándola hacia la pared con fuerza. Quiero acabar de una vez por todas con esta agonía, con el maldito martirio que me ocasiona verla a los ojos y sentir su embrujo, con las ganas que me dan de partir esos labios con mi boca, ese cuerpo con el mío, ese sexo con mi miembro.

—No vuelvas a desafiarme o…

—¿Qué? —dice, casi jadeando.

—No te dejaré viva.

Aprieto su garganta y parpadea con fuerza. Ella está aquí, frente a mí. A mi merced, temblando bajo mi toque y con solo un apretón de dedos podría acabar con todo este problema de una buena vez. Terminar el trabajo, callarla para siempre, pero… soy traicionado por mi boca.

Gime en un beso que ambos deseamos. No tengo idea de cuánto tiempo ha pasado sin comérmela, lo único que sé es que esto terminará por romperme la cabeza y es una agonía.

—¿Por qué eres tan... extremo? —pregunta, aún en mis labios.

—No te quiero con nadie, solo conmigo. Ya te he dicho que no soy un hombre que comparta.

—Ni yo una mujer que se calla las sandeces —me enfrenta—. Vine aquí por respuestas o… tal vez porque me gusta ver lo patético que eres cuando niegas que te mueres por mí.

—Cínica.

—Idiota.

—Estás jugando con fuego, Bianca Simone.

—Tus celos son la respuesta a lo que necesito, Rambo.

Intenta zafarse, pero se resbala aún más hacia la ventana.

—Si te mueves, mueres —digo, presionándola contra el marco.

—No lo harías.

Tuerzo la sonrisa. La mitad del cuerpo está fuera y su cabeza en el aire. Su único sustento soy yo.

—¡Adrian! ¡Voy a caer!

Chilla casi deslizándose por completo, entonces la jalo hacia mí. Tomo con fuerza sus brazos, soportando el peso, abalanzándonos en una especie de tropiezo estúpido que hace que volemos desde la ventana hacia la cama bruscamente.

El golpe es duro, pero no me afecta. Caigo primero y ella encima de mí. Su rostro choca con el mío, desprendiendo ese aroma que me fascina. Me mira con terror, pero luego con ternura. No he visto esos ojos nunca, porque tal vez nunca nadie me ha mirado de esa forma. Ella extiende sus brazos mientras soporta su cuerpo con sus codos, intenta alejarse, pero no la dejo. La sostengo de nuevo, volviendo su rostro a la dirección correcta: mi boca.

Bajo otra de mis manos por su espalda hasta meterla en su pantalón y pronto entre sus bragas. Con mis dedos recorro cada centímetro de su piel sensible hasta que mi dedo se centra en su humedad y llega a su clítoris.

Suelta un gemido mientras me giro, quedando sobre ella. Se escuchan zorras jadear en los otros ambientes, decirse palabras sucias, sexo infernal practicándose por todos lados, lo cual aviva la hoguera.

Me mira con deseo mientras mi peso la aprisiona. Mi boca baja hasta su cuello y una de mis manos arremete contra su *brassiere* de forma rápida.

—Adrian… —logra decir, jadeando.

Sus pechos rosados están erectos, calientes, listos para mi boca. Pero mi otra mano disfruta del manjar completo.

Su cuerpo responde a mi tacto casi por inercia mientras la masturbo. Respira con dificultad, aunque trate de negarlo. Lo hace mientras mi boca succiona uno de sus pezones.

Mierda, es tan exquisita que no podría cansarme.

Entreabre las piernas para darme una entrada más profunda y mi boca va bajando por su estómago hasta llegar a mi parte favorita.

—¿Quieres que te bese? —la torturo.

—Sí.

—¿Dónde?

—Tú sabes dónde.

Sus uñas se entierran en las sábanas cuando alzo sus nalgas hacia mi boca. Su centro está más que dispuesto para mí, por lo que empiezo pulsando lentamente. Trazo círculos sintiendo cómo gime. Levanto la mirada aún con mi boca en su sexo, lamo los jugos que excreta y es… enteramente deliciosa, tanto que no me canso de probarla.

Chupo su centro caliente y suelto un exceso de saliva. La punta de mi lengua puede sentir sus terminaciones nerviosas y disfruto su sabor cuando dos de mis dedos entran en su canal de golpe, sobresaltándola.

Joder… es exquisita. Rica. Mía.

Aprieta sus nalgas reteniendo la energía, pero voy más rápido hasta que termina por correrse en mi lengua.

—Pruébate —digo, mientras subo hasta su boca—. Mira lo bien que sabes. Siente lo duro que me pones ahora.

No nos dejamos de besar porque es adictivo. Su mano baja hasta mi polla, siente mi erección por encima del pantalón.

—¿Te lo gozaste? —le digo mientras enrolla sus piernas en mi cadera.

—Sí —sonríe—, pero hasta aquí quedamos —me empuja—. Agradezco el servicio.

Se levanta, busca su ropa y, cuando por fin se viste, se larga sin decir más nada.

La polla me explota en el pantalón, pero pesa más mi orgullo. Hizo todo esto a propósito y se salió con la suya. Nunca se niega al sexo conmigo, pero ahora está celosa de La Gata sin imaginar que en realidad fue mi amante. Y no lo tiene por qué saber nunca.

Rose Petrova solo complica mis planes desde que se entrometió en la mansión de los Simone. Un fastidio ataca mi cabeza, y ya es casi la hora pactada para la misión que le encomendé a Guido.

Cuando llego a la salida, veo a Bianca temblando de frío fuera del burdel. Lleva el móvil en una mano y con la otra se cubre el top roto. En eso llega un auto, veo a Méndez de conductor y ella se sube rápidamente.

Que esté fuera de la mansión es peligroso para la jugada que haré esta noche, sin embargo, no hay más tiempo para nada y dejo que se vaya.

Espero a que sea medianoche. Me fumo un cigarrillo para aliviar la espera de noticias. A esta hora La Gata ya debe estar muerta. Se lo advertí muchas veces y no me voy a seguir

complicando las cosas.

Subo a mi auto para intentar conectar el rastreador y avisarle a Ryan, pero su señal aparece como deshabilitada. Manejo lo más rápido que puedo hasta que percibo un olor que me hace bajar la velocidad de golpe.

—Sigue, me gusta ver cómo haces el ridículo —dice alguien detrás de mí—. Quiero saber qué hacías con esa zorra.

Maldita sea, La Gata. La miro por el retrovisor. El móvil me vibra, es Guido.

—Te ves patética en un papel que ya no te toca —digo, distrayéndola y tratando de alcanzar mi arma.

—¿Por qué? Siempre fuiste mi bastardo favorito, los demás eran pura mierda. ¿Ya… no te acuerdas cómo gemías mientras follaba encima de ti? ¿Ya no te gusta metérsela a mami?

—¡Tú no eres mi madre!

—Y tampoco idiota. Por cierto, gracias por el Audi. Intentabas deshacerte de mí mandando a tu pelele para matarme. No olvides quién te entrenó, amor. Si no me clavas el puñal tú, nadie más me vencerá.

Joder, lo sabe.

—¿Creías que no iba a darme cuenta de que cambiaste los frenos? Deseché el auto que preparaste. Lástima que el plan que armaste con Ryan falló.

Siento su arma en mi nuca.

—¿¡Qué demonios haces!?

—Jamás voy a perdonártelo... —gruñe como loca—. Te la follaste tantas veces… No te preocupaste por lo que sentía, pero no importa, esto se arregla esta noche. Se acabó el juego y también… ella. Le espera una sorpresita cuando llegue a Villa Regina.

Una gota de sudor cubre mi rostro y giro el Bugatti de golpe. La Gata se golpea la cabeza. Esos segundos en los que su cuerpo se balancea me permiten manipular el altavoz del auto. La llamada timbra mientras tomo mi arma.

—Si quieres hacer esto así, entonces te mataré yo mismo.

—El alumno supera al maestro —ironiza—. ¿Es lo que crees?

Aprieto al acelerador y la golpeo de nuevo.

—¡No vas a llegar a salvarla! ¡No voy a permitirlo!

—¡Enferma! ¡Demente!

Aceptan la llamada, pero nadie habla.

—¡Vete ahora mismo de Villa Regina! —grito.

Se escucha un disparo fallido, giro el auto de nuevo, La Gata vuelve a golpearse.

—¿Adrian? ¡¿Qué está pasando?! —Bianca por fin contesta.

Otro disparo que le da a la conexión móvil corta la llamada. Le quito el arma de sus manos

para luego tomarla del cabello. Ella pelea con furia y araña mi rostro, intentando que suelte el mando del auto. Se pone a llorar de la indignación.

La Gata jamás ha llorado en su vida, pero ahora lo hace.

—La proteges. La cuidas. Tú… la quieres. La misma historia vuelve a repetirse, pero no voy a permitirlo. Si no eres mío, no serás de ella, ¿lo entiendes? —chilla—. Ella no volverá a quitarme a ningún hombre que amo y tú jamás serás suyo. Moriremos juntos, mi niño.

Gira el volante de mi auto con fuerza, ladeándolo hacia el barranco. Por más que intento contenerla, empiezo a sentir el rebote, los golpes, el silencio, un incendio. El auto explota.



34.
ASFIXIA

Bianca

Llevo más de media hora intentando contactar a Adrian, pero el móvil me lleva al buzón por enésima vez. ¿Dónde demonios está? Había gritos, se escuchó un disparo, sin contar que su voz parecía extraña.

El pecho se me estruja con fuerza después de veinte minutos sin saber nada de él. Me está costando respirar por la preocupación, pero debo ser prudente. Hay quienes me miran. Las cámaras están activas y, aunque esté en el jardín, la seguridad está entrando y saliendo.

—Señorita Simone, ¿la puedo ayudar? —me detiene un guardaespaldas.

—No. Solo... paseaba, déjame sola.

Mis nervios crecen al ver que el guardia no se va. Recuerdo la advertencia de Adrian: «¡Vete ahora mismo de Villa Regina!» y me quedo viéndolo.

—¿Sucede algo? —vuelve a preguntar con una sonrisa.

—No. Ya… me voy.

—La acompaño.

—No, gracias.

—No puede estar sola, déjeme escoltarla hasta su recámara.

—¡He dicho que no!

Soy firme, quiero mirar a través de sus ojos: tiene el traje oficial de los Simone, la insignia, pero, al moverse le noto un tatuaje distinto, lo cual hace que levante mi arma y le apunte.

—¡Abajo, hijo de puta! ¡Abajo!

—Señorita…, ¿qué le pasa?

Me exalto.

—¿Quién eres? —pregunto irritada.

—No entiendo.

—¡Te he hecho una pregunta!

Levanta las manos en señal de sumisión y sonríe.

—Van a matarte, preciosa. Mejor deja que yo mismo te lleve —saca un cuchillo y otro me apunta por detrás—. Cállate o todos morirán. Camina hacia fuera sin hacer escándalos. Ahora.

Sin pensarlo, disparo, pero otro se suma por detrás, por lo que esquivo su peso y enseguida estalla una balacera.

Las manos me tiemblan cuando me defiendo disparando a quemarropa. La sangre del hombre explota asquerosamente en mis manos, el tipo cae muerto. Muere no solo uno, sino un grupo de infiltrados que se hacían pasar por seguridad de la casa, mientras toda una armada se despliega y mi tío busca mis ojos para luego… esconderse.

Maldito cobarde.

Los sirvientes corren hacia la cueva subterránea de Villa Regina, siguiendo el protocolo. Trago saliva cuando veo a un matón acercarse y juro que no respiro, ni siquiera me muevo al observarlo. Por mi mente pasan muchas ideas tontas, «me van a atrapar, me van a torturar, me van a matar», mis recuerdos de niña se agolpan y siento cómo mi respiración angustiada ensordece mis tímpanos.

—¡Señorita Simone!

Méndez baja mi cabeza y dispara a falsos francotiradores. El cielo parece estallar en plomo mientras me lleva a buen resguardo y pronto me quedo sin habla.

—Tranquila, ya estoy aquí. Señorita…, ¿está bien?

—No —apenas puedo hablar—. Adrian…, él…

—Tranquila.

—Adrian… —repito, nerviosa.

Intento contactarme una vez más hasta que por fin entra la llamada. Contesta una persona que dice que encontró el móvil tirado y lo prendió porque no sabía de quién era.

—Hubo un accidente aquí, el auto se desvió por la barranca —explica y mi mano tiembla, por lo que Méndez me quita el teléfono.

—Cuénteme qué vio —dice, sin soltarme, apagando el altavoz—. ¿Cómo? ¿Muertos?

Mi boca se seca y cierro los ojos para no pensar. Mi rostro está inerte, escucho mi corazón latir rápido. Mis manos sudan, mi piel se enfría, una especie de ansiedad me hace querer vomitar por la preocupación que me da que Méndez palidezca.

—Méndez, ¿qué está pasando?

Cuelga el teléfono. Un escándalo llama la atención de todos, se trata de cuatro infiltrados. Los traen amarrados para dejarlos junto a los muertos que apilan en el jardín, todos con tatuajes de serpientes y balanzas. Mi tío llega cuando ya no hay peligro.

Se pavonea por la captura como si de él hubiese dependido, pero no digo nada porque mi cabeza está en otra parte. Trato de manejar el estrés como puedo, plantando bien mis pies, aunque sea casi imposible respirar.

—¡Larga vida a nuestra armada! ¡Los vencimos! —grita Julian, los *soldati* engrosan la voz con ímpetu.

Se hace una rueda de los sirvientes, *soldati*, guardaespaldas y todos los terratenientes. Los sicarios se niegan a hablar, pero es claro que son gente de Ricardi. Alguien les dio acceso a este lugar. Leonardo Simone está más que eufórico con la idea de matarlos, ordena ponerlos en formación mientras proyectan videos de su tortura, pero yo no soporto más esta angustia.

Tomo el brazo de Méndez y lo llevo a un costado.

—Por favor… dime qué está pasando. Sácame de aquí, necesito ir a donde está Adrian.

—Señorita…, es peligroso —me calma—. Lo haré yo apenas todos se vayan.

—Podemos estar perdiendo tiempo. Si algo le pasa yo… Por favor, Méndez.

—Pero…

—¡¿Qué diablos te pasa, Bianca?! —interrumpe mi tío.

Mis ojos se empañan de lágrimas y me mira con ira. Camina hacia mí para darme un arma. Tal vez piensa que vuelvo a tener pánico de dispararle a la gente, que soy una ridícula, pero no me importa.

—Dispara. Venga esta injuria con tus propias manos.

Si no lo hago, no me dejará ir. Me resigno a tomar el arma. Pienso en Adrian, en mi angustia, y, cuando estoy dispuesta a disparar, alguien me gana la partida. El impacto de un barrido de balas avasalla los tímpanos de todos.

Las cuatro cabezas de los criminales explotan haciendo que la sangre salpique a los presentes. Sus cuerpos caen sin vida mientras los gatillos de las armas de los *soldati* se preparan apuntando a una sombra que llega bañada en barro, polvo y… heridas.

El corazón parece salirse de mi cuerpo cuando lo miro. Me cuesta respirar al ver la camisa destruida, los pantalones rasgados y el rostro lleno de sangre cuando se acerca.

—¿Adrian? ¿Qué carajos te pasó? —dice Leonardo Simone.

—Él me puso en advertencia del ataque —digo, controlando mis nervios, conteniendo las lágrimas. Lo miro y es como si una corriente eléctrica me embargara por dentro. Como si mi paz regresara por alguna razón.

—Está herido —dice Julian—. ¡Llamen a los médicos!

—No —la voz se le escucha ronca… cansada.

—Los Ricardi atacaron, el auto de mi señor se fue a la barranca, pero felizmente pudo salir a tiempo —explica Guido, visiblemente afectado.

—Insisto en que debería ver a un médico —dice Julian al observar sus heridas.

—Estoy bien —refuta colérico—. No podemos perder tiempo con estupideces cuando acaban de declararnos formalmente la guerra.

Me lanza una mirada que hace que mi interior se reconforte mientras detalla lo sucedido,

aunque algo me dice que no debería creerle. Contengo las preguntas en mi cabeza, mirándolo, aguantando las ganas de correr y abrazarlo. Pero eso sería algo estúpido, muy estúpido, y trato de calmarme.

—Los Ricardi atacaron, han ingresado a la casa. Hubo espías que pasaron información sobre las llaves de acceso —dice, mirando a mi tío—. Planean un ataque en Roma.

—¿Cómo?

—Ya tienen aliados aquí. Los clanes menores empiezan a cuestionar el apoyo que les están dando a los Simone y se han ido al lado contrario.

El rostro de Leonardo Simone palidece.

—Eso es imposible.

—Pues ve creyéndolo. Tratan de acorralarte y atacan todo lo que aún te sostiene. Saben que Roma es tu debilidad.

—Señor, pido permiso para habilitar un plan de resguardo —comenta Julian.

—Envía espías a las bases de La Hermandad en Cerdeña, ve con quiénes está hablando el bando enemigo y reparte amenazas —mi tío se sofoca.

—La idea es conciliar, no poner a los últimos aliados a la defensiva —a Adrian le cuesta caminar, pero se acerca—. Habría que ceder la explotación de terrenos que les interesen.

—De ninguna manera.

—No te vas a poner con tonterías ahora —todos se congelan ante la mirada de Rambo, quien se atreve a hablarle imperativamente a mi tío. Es el único que lo tutea—. O compartes o te jodes. Los Ricardi tienen información, copias de llaves de seguridad de esta casa, quién sabe si en su poder manejan datos confidenciales, están actuando mientras tú te rascas las pelotas. ¿Es eso lo que buscas?

Ahora todos lo miran. La tensión sube a niveles extremos, por lo que Leonardo Simone tose devolviéndole la mirada desafiante.

—Actuaremos rápido —deja de lado su ego, nadie puede creerlo y…—. ¡¿Qué hacen aquí mirándome?! ¡Fuera! ¡A sus casas! ¡No quiero ver a nadie merodeando por la mansión! Llévense estos cuerpos, cocínenlos, descuartícenlos, hagan lo que quieran, pero largo.

El enojo es evidente en el rostro del viejo que no quiere pasar como mediocre, por lo que todos se van. Adrian acepta las sugerencias de Julian y se deja llevar al área médica. Me mira y sus ojos grises se alojan en mí. Me nace una terrible necesidad de besarlo, pero pronto desaparece.

Otra vez esa frialdad, esa pedantería, esa manera obtusa de ser.

—¿Se siente bien? —Méndez me toca el brazo—. Elena puede prepararle algo. Ni siquiera ha comido.

—Ya es tarde.

—No para cenar, señorita. Últimamente no come mucho —la esposa de Méndez aparece de no sé dónde y me sonríe—. No me rechace.

Asiento tal vez porque necesito estar acompañada, no porque tenga apetito o ganas de nada. Apenas puedo limpiarme la cara con paños, pues sigo llena de sangre.

Me siento en la mesa de la cocina. Méndez ayuda a su esposa a cocinar. Elena y él son la viva excepción de algo… bonito dentro de la mafia, la única diferencia con los demás es que la tuvieron más fácil porque son solo personal de servicio. A nadie le importa, nadie los acecha, tampoco nadie interviene en sus decisiones.

Me pregunto qué hubiese pasado si estuviera en su posición. ¿También habría buscado mi propio camino? ¿Hubiese dejado esta farsa?

Veo la complicidad de esta pareja y creo que debo dejar de pensar en Adrian. Pero no pasa, por el contrario, se vuelve insistente. Siento la estúpida necesidad de vivir esa felicidad ajena, fingiendo que no pasa nada, asintiendo a cada cosa que dicen, aunque sin la más mínima idea de lo que hablan, porque mi atención ya se ha ido hacia otro lugar.

—De tanto conversar nos hemos pasado de la hora, es casi la una de la mañana, pero tome, es una sopa especial. Espero que le guste.

El humeante olor a hierbas naturales entra por mis fosas nasales y calienta mi cuerpo.

—Gracias —pruebo un poco, está delicioso—. Váyanse a descansar. Mañana madrugan.

—Temprano le horneará un pastel a la señora Cyra. Será un bonito detalle por su cumpleaños en medio de tanta guerra. ¿Sabe de qué sabor le gusta?

Abro mis ojos de golpe. ¡Lo olvidé! ¡Mierda! ¡El cumpleaños de mi nana!

—De vainilla con chispas de chocolate. Dios… Gracias por recordármelo, con tanto lío lo había sacado de mi mente.

—Se tomó una pastilla para dormir hace horas porque tuvo una jaqueca. Mejor que no haya escuchado todo el lío.

—Yo me encargo del pastel, Elena, no te preocupes.

—¿Usted?

—Es lo único que sé cocinar. Ella y yo horneamos pasteles desde que era niña.

—Ay, no, señorita. Cómo cree.

—Necesito distraerme.

—Dale el gusto, mujer —dice Méndez—. Dale una mano tú mañana.

—Bueno, mañana temprano dejo todo listo. Mandaré a otra mucama a limpiar lo que queda en un rato.

—Descansen —digo al verlos somnolientos.

Se van y en la soledad puedo descargar el peso que me queda. El susto, la tensión. Aunque sienta que mis músculos no dan más y que fácilmente podría caer en la cama, no tengo sueño.

Soy pésima cocinando, solo pude sobrevivir con San YouTube en New York, o comiendo puro *shake shack* en cualquier lugar. Este postre es lo único digno que puedo presumir ante todos. Distraerme me hará bien. Saco la harina, la mantequilla, las chispas de chocolate, los dulces, y el resto de los ingredientes. ¿Había que poner más huevo? Si no muero por una bala, moriré por la explosión de la cocina, así que me apresuro. Se me cae un caramelo que rueda por el piso y cuando voy a recogerlo…, alguien más lo levanta.

Sigue manchado de sangre, pero el infeliz se ve… guapísimo. Alto, aterrador, criminal. Como un aguardiente que explota en la lengua. Siento que las piernas me flaquean cuando se acerca.

Adrian

Si hay algo que no puedo tolerar es a la gente latosa y Julian no ha hecho más que estresarme, pero ya encontré mi distracción favorita.

Parece perpleja cuando me ve. Retrocede cuando me acerco.

—Me asustaste —dice.

La vi entrar a la cocina con Méndez y su mujer… y también cuando la dejaron sola.

—No me gusta el azúcar —digo y frunzo el ceño.

—El mundo no gira en torno a ti, Rambo. Es para mi nana, ya casi es su cumpleaños y… quiero darle una sorpresa.

La miro con desinterés. No me agrada esa vieja.

—Estás… herido —continúa.

—Me curaré solo. En esta casa solo hay ineptos que tiemblan cuando tratan de aplicar una inyección.

—Bueno, es que tú pones nervioso a cualquiera —dice por impulso y, al darse cuenta, finge ser fría—. Qué bueno que estés bien.

Gira el cuerpo como si no pasara nada.

Introduce los ingredientes en un tazón y los bate con nervios. Capto su atención cuando sus ojos se desvían y cree que no la miro. Puedo sentir el exceso de presión en los dedos al abrir los chocolates, las lentejuelas de colores, ilusionándose con esas tonterías.

Es una niña a veces... Aunque folle como una hembra en celo.

Da vuelta sin saber que estoy detrás y mis manos sujetan las suyas para evitar que se le caiga la mezcla. Sus nervios la delatan.

—¿Estás sudando? —afirmo.

—No, es el calor… el horno —se corrige.

—Hay una cáscara de huevo en la mezcla.

—Da igual, nunca te comerías el pastel.

—Me comería a otra.

Se queda en silencio, mirándome. Pero la respiración pesada se le va cuando dirige la vista hacia otro lado.

La sangre todavía está fresca en mi piel, me evalúa como si le pesara, como si le importara, por lo que solo trago saliva sintiéndome atraído por el embrujo de sus ojos azules cuando se quita la careta, mostrándome su preocupación absoluta.

—Sangras, Adrian.

Su mano se eleva hasta mi rostro para limpiar la gota de sangre que cae desde mi frente. Mi primera reacción es detenerla, pero por primera vez me siento en calma y… dejo que lo haga.

—No me voy a morir por un raspón.

—¡No es un simple raspón! Tu cabeza parece tener una herida, tu frente, tu brazo…

—Estoy bien.

Pongo los ojos en blanco cuando entra en la lavandería por toallas limpias. Esto es nada. Para alguien que está acostumbrado a romperse la cabeza, a luchar frente a frente con asesinos en peleas callejeras, con puños, sin armas, es irrelevante el hecho de sangrar.

—Eres más terco que una mula —aclara con cierto enojo antes de limpiarme la cara con la toalla mojada.

Lo hace con tanta delicadeza que me llego a sentir… cómodo. Seca la sangre de mis mejillas, cabeza y cuello para luego pasar a los brazos con miedo, porque enseguida mi mirada la pone tensa.

Sabe nuestras reglas, pero decide darme la contra como siempre. Evita mi mirada, da suaves palmaditas cerca de mi cuello hasta que sus ojos se detienen en mi pecho, cambiando de actitud.

—Adrian...

Señala mis cicatrices, visiblemente preocupada. Sus dedos suaves dan pequeños toques en las líneas de dolor y siento que… ardo. Me falta la respiración cuando lo hace, por lo que quito sus manos como puedo.

—Golpes de niños —respondo antes de que pregunte.

—Este es un maldito corte con navaja —suena indignada—. Y esta es una bala mal cicatrizada. Tienes… marcas terribles de maltrato.

—Las cicatrices no solo son símbolo de dolor, sino también de supervivencia.

—Es abuso. ¿Me vas a decir de una buena vez quién te hizo esto? —su voz se pierde en la última frase cuando no contesto—. ¿Fue ella? ¿Esa mujer? ¿Tu… hermana?

Quiere volver a examinarme, pero no la dejo.

—Basta.

Una incomodidad arrasa mi cordura, pero su mano se siente tan suave que la soporto. Sus dedos son tan prodigiosos que el alivio es inmediato.

—Voy a sanarte… —dice y un espasmo ataca mi cordura.

—No puedes reconstruir lo que está destruido.

—Claro que puedo —con su rostro se aproxima hasta mis cicatrices y, en un acto impulsivo, besa mis marcas haciendo que todo en mí se estremezca.

Me pongo rígido cuando sus lágrimas mojan mi piel, cuando sus labios acarician mis heridas y sus besos prodigan un dolor… extraño.

—No sigas —digo y la separo.

—Te han quitado el alma.

—Yo nací sin alma.

Limpio sus ojos con mis dedos, apartándola, fascinado por lo hermosos que son cuando llora. Sus pares azules se vuelven un mar profundo que quiero mirar.

Sus labios tiemblan, pero no me importa. Lo único que hago es fijarme en ellos porque quiero morderlos y sé que se da cuenta.

—Creo que no puedo respirar —miente, queriendo alejarse.

—¿Qué sientes?

—Que se me va... el aire —su voz apenas es un hilo, las mejillas las tiene rojas, sobre todo cuando dejo caer mi mano por su espalda y la aprieto hacia mí.

—Entonces voy a ayudarte.

—¿Cómo?

Contiene el aire mientras mi nariz roza la suya. Es un pobre corderito que trata de escapar del lobo y me excita.

—Dándote respiración de boca a boca.

Maldita sea, sus labios arden en los míos de una forma explosiva y es lo único que me sacia. Las lágrimas siguen cayendo por su rostro, puedo sentirlas en mi mano y sé que está ansiosa, pero el latir de su corazón se normaliza a medida que van pasando los segundos.

Joder, sí… quería hacer esto desde que la vi indefensa junto a Méndez. Introduzco mi lengua hasta chocar con la suya y todo su cuerpo tiembla. Siento la sangre de mi labio lastimado colarse por sus comisuras, pero sabe bien con su boca.

—Tuve tanto miedo… —admite con la voz entrecortada—. Pensé que algo te había pasado.

—Va a parecer que te importa.

—Me importas y mucho. Más de lo que deberías. Me sentí morir.

—Hierba mala nunca muere. El auto se volteó hacia un barranco, pero logré salir a tiempo —digo, sin más preámbulos.

No tiene por qué saber que La Gata estaba conmigo, que debido a mi entrenamiento pude saltar al igual que ella (aunque hubiera preferido que la demente muriera), y que mi plan por matarla falló en el primer intento.

—Si no me hubieras puesto sobre aviso tal vez ese hombre, que fingió ser guardaespaldas, me

hubiese matado. No sabía nada de ti y… tu hermana no apareció en toda la noche.

—Rose no volverá más. Se acabó, Bianca.

—¿Cómo? —dice y me mira sin entender.

—Discutí con ella y se largó. Si sabe lo que le conviene no volverá más a nuestras vidas.

Parpadea sin poder creerlo.

—¿En serio?

—Sí.

La alarma del horno nos interrumpe y vuelve a batir la mezcla con el azúcar para luego probar su masa con… el dedo. Lo chupa mirándome, consciente de lo que hace, y es inevitable que la polla se me ponga dura.

—¿Qué? —dice y trata de no reírse, pero es claro que entiende.

—Tenemos algo pendiente.

Sus mejillas se acaloran.

—Tengo que seguir preparando el pastel para mi nana. Quiero despertarla cantándole feliz cumpleaños.

—Mejor cántamelos a mí… en privado.

Sus pupilas se ensanchan. Me ignora girándose para poner el bol en la encimera. Noto que sus dedos se tensan y voy decidido a darle un poco de su propio juego poniéndome tras ella.

—¿Qué haces?

—Ayudarte —me pego a su espalda acariciando sus brazos hasta llegar a sus manos—. Bátelo así —susurro en su oído.

—¿Qué? —la respiración se le entrecorta.

—El huevo… —digo para luego rozar mi miembro en su trasero.

Beso el lóbulo de su oreja y su cuerpo cede a mi disposición cuando la toco. La deseo y lo sabe, pero sigue fingiendo al batir esa mezcla asquerosa.

—Adrian… —su voz es casi un hilo cuando mis manos tocan sus senos—. Ya basta. Nos van a ver.

—Desactivé las cámaras de la cocina antes de venir.

—Entonces lo tenías planeado.

Me dejó prendido en el burdel, no voy a parar hasta saciarme.

Beso su cuello y pronto la abrazo por detrás pegándome a su cuerpo. Ella se altera, intenta detenerme, nos manchamos de harina cuando nos apoyamos en la encimera, pero es lo último que importa. Aprieto su trasero para luego abrirme el pantalón, dejando salir mi amplia erección con fuerza.

Me excita, me prende, me vuelve loco. Trata de irse queriendo dejarme picado de nuevo, pero la sujeto del cabello hacia atrás mientras mi miembro se frota en la línea de su trasero. Deslizo su

pantalón y también el mío.

—Yo nunca pierdo.

La levanto de una embestida brutal. No mido mis fuerzas. Estoy tan furioso, tan deseoso, tan duro que ni yo mismo me reconozco.

Mi fuerza supera mis límites porque no soporto que me deje con las ganas. Entonces distingo unos ojos que nos miran con terror: la vieja Cyra se queda congelada en el marco de la puerta y Bianca sube el rostro, pero en vez de parar… sigo.

—Adrian…

Se pone rígida cuando la anciana se larga, pero es más fuerte el placer. Se tapa la boca con una mano para evitar que la escuchen y solo son audibles mis embestidas hasta que nos venimos juntos.

—Mi nana nos vio —me dice como volviendo a la realidad, recuperando la respiración, mientras nos acomodamos la ropa.

—Que se aguante —la giro—. Vamos arriba.

—Debemos parar —susurra cuando la beso—. Me he vuelto ninfómana por tu culpa.

—Se me ocurren muchas cosas. Quiero saber qué no has hecho.

—¿Cómo?

No soy dueño de mí mismo por lo que pienso. Hay mujeres que no sirven para explorar en la cama porque son tradicionales, pero hay otras con las que se puede hacer de todo. Bianca es una de ellas.

—¿Qué tanta experiencia tienes… por otros lares?

—Eso duele… —dice, sonrojada.

—¿Le temes al dolor?

Me mira excitada, entreabriendo sus labios.

—Estás bromeando.

Mi mirada se oscurece. No, nena. No estoy bromeando. Voy a romperte el culo como me gusta.

—Será… rico.

Mi mano sube por su pierna, entonces se escucha un ruido.

—Oh, perdonen —interrumpe una mucama entrando de improviso. Bianca se pone rígida, nos acaba de ver muy cerca, por lo que tiembla.

—Retírate. Nadie te llamó —respondo agresivamente.

—La señora Cyra solicita la presencia de la señorita Bianca en su habitación —baja la cabeza.

—¿Cómo? ¿Está bien? —pregunta ella.

—Pidió verla. Parece que ha tenido una crisis.

Bianca me mira y se va con la mucama. «Maldita vieja», pienso. Pero es claro que no iba a

quedarse tranquila.

Tengo que fumarme un cigarrillo para calmarme.

El móvil no ha dejado de sonar, así que lo reviso. Un mensaje me alerta sobre lo que creí que iba a pasar en unos días. La Hermandad no tarda en devolver el golpe con creces, por lo que debo dar un empujón final para que las fichas se alineen hacia lo que busco y luego… entregarla.

—*Hey, tú.*

Escucho unas palmas para llamar mi atención. Es la vieja. ¿No estaba en su habitación?

Sus ojos destellan ira cuando se cruzan con los míos. Sale por un costado del jardín como si hubiese estado esperándome. Está claro que lo de enviar a la mucama fue un truco para poder arremeter contra mí a solas sin la presencia de Bianca.

—*No voy a permitir que sigas llevando a mi niña a lo obsceno. Sé por qué estás aquí, yo no me creo tu cuento de intereses con los Simone, ellos solo quieren destruirnos, pero tu farsa se acabará pronto* —añade en señas que entiendo.

—¿En serio? ¿Realmente soy yo el falso moralista que se golpea el pecho fingiendo que no mata ni una mosca?

—*Aléjate de Bianca o sufrirás las consecuencias.*

—¿Me está amenazando, vieja zorra?

—*Estoy siendo clara. No permitiré que la lastimes.*

—¿Por qué mejor no se preocupa en maquillar sus mentiras? —se queda perpleja ante mis palabras—. ¿Con qué cara viene a reclamarme cuando usted ha sido la primera persona que le clavó el puñal por la espalda a Bianca?

Se pone azul del susto.

—Si Bianca supiera todo lo que hizo nunca la perdonaría y ese es su mayor miedo: perderla. Pero no se preocupe, que la guerra está declarada porque seré yo quien la libere y le quite la venda de los ojos.



35.
INFERNAL

Bianca

Mi nana no está. Son casi las dos de la mañana, llevo minutos esperándola, pero no regresa a su recámara y empieza a preocuparme.

—Me dijo que fuera por usted —dice la mucama—. No entiendo qué le ha pasado, estaba muy enojada.

—No te preocupes, yo me encargo. Ve a dormir.

Salgo apresurada con ánimos de buscarla, doy vueltas por algunos pasillos hasta que la veo en una actitud defensiva peleando con Adrian en el jardín y la tensión se me sube a la garganta.

—¡Nana! —llamo sin hacer mucho escándalo. Rambo se mantiene en su posición fría, pero es ella quien me preocupa. Luce desaliñada, con la cara pálida y los labios morados—. ¡Feliz cumpleaños! ¿Estás bien?

—No. No estoy bien. Me estoy sintiendo mal. Acompáñame a mi habitación…, por favor.

Adrian ni se inmuta, la ve como si fuese nadie y, aunque su mirada me incita a que vaya a su recámara para pasar el resto de la noche con él, no puedo. Mi nana casi colapsa, por lo que la llevo a su habitación y me quedo a su lado.

—Dime que siempre estarás conmigo, que me crees, que sabes que para mí tú eres lo más importante de mi vida.

—¿Por qué dices eso?

—Todo lo que hago es por ti, mi niña. Nunca lo dudes.

La calmo. Me pide intensamente que no me vaya, tal vez porque vio que Adrian y yo cogíamos en la cocina. Le prometo que sí, que lo haré, para que se sienta mejor el resto de la madrugada. El sueño me vence y me quedo a dormir con ella. La mañana llega como cualquier otro día, con la única excepción de que Cyra me levanta al alba para hacer sus quehaceres.

Desde que la conozco, es una mujer activa. A su edad sigue haciendo las cosas del servicio. Me da los buenos días insistiendo en que vaya a trabajar con mi tío. No soporto cuando quiere meterlo en mi cabeza a la fuerza, pero entiendo su apego emocional con los Simone porque son lo único que conoce, por lo que no discuto con ella para no darle la contra.

«El día luce lindo como para ponerse de mal humor tan temprano», me digo, y no quiero arruinarlo por nada. De camino, mientras manejo el carrito de golf que me lleva a los pastizales, veo sangre por todas partes. Bajo la velocidad. Los *soldati* entrenan de forma agresiva, con peleas clandestinas a puño limpio, lo cual es impropio en hombres que necesitamos sanos y fuertes, no a la baja.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a uno.

—El señor Petrov dio la orden, necesita probar a sus hombres más fuertes y vamos hacia el área de luchas ahora mismo.

Su solo apellido hace que todas mis terminaciones nerviosas se alteren al recordar lo de anoche. Junto mis piernas al sentir una punzada en mi centro y, al levantar el rostro, apenas me mira.

Mientras más me ignora, más me gusta el hijo de puta.

No contengo las ganas de lanzarle un insulto y me ocupo de que todos lo escuchen. Fingir que nos odiamos es tan excitante como vivirlo de verdad, lo rico es cómo lo arreglamos en la cama.

Paso saliva conteniendo las ganas mientras reingreso el carrito de golf por el camino habitual. Ya pasé la época donde solía juzgarme por querer disfrutar mi sexualidad como quisiera. Cyra no desperdició un momento para decirme que era pecado, que iba a quemarme en el infierno… y sí, me quemo, pero cada vez que me toca.

Ayer no dormí bien pensando en él toda la noche, en sus palabras sucias al oído, en sus ganas de explorar… otras cosas y siento que me asfixio con el maldito calor que abrasa la mañana.

Manejo decidida, pasando al lado de los *soldati*. Él es como el chico guapo y serio de la clase, inalcanzable para muchas, pero me lo como con gusto a escondidas. Me pongo los audífonos y mantengo mi mirada al frente. Escucho música relajante del Tíbet, de esas para meditar sobre la vida, porque necesito enfocarme en lo que me importa.

Voy a la zona más alejada donde están extrayendo las últimas plantas que quedaron del sembrío de mi padre para la droga y lo que me encuentro es desgastante. Veinte metros de tierras fértiles, rostros preocupados de los terratenientes y una montaña de plantas apiladas que se malograron por plagas extrañas, o por la mano negra de alguien.

—*Cara*, te estaba esperando —el perfecto italiano de Leonardo Simone es como ácido en mi estómago. Se acerca hacia mí junto con Lion, quien no me quita la mirada.

—¿Y esto? —pregunto.

Parpadeo al notar movimientos de camiones hacia la mansión. Grupos de empleados transportan mesas, sillas, manteles, por lo que no entiendo.

—Son el fruto de decisiones apresuradas e importantes.

Levanto el mentón, curiosa.

—No entiendo.

A mi tío le cuesta hablar, entonces pega los labios inflando el pecho de golpe.

—En un par de días tendremos una cena con los aliados para definir el futuro de nuestros negocios. Haré oficial un anuncio de cesión de liderazgo del clan.

—¿Cómo?

—Por fin te daré lo que tanto buscas, Bianca. ¡¿Qué es lo que no entiendes?!

Su humor es detestable. Me quedo muda al igual que Lion, que parece no saber nada.

—¿… hablas en serio? —le digo.

—Lamentablemente, Adrian tenía razón: hay que darle otra cara a los Simone. Me convenció de darte lo que buscas.

—¿Sin pedir nada a cambio? —pregunto.

—Todo en la vida cuesta, por supuesto que habrá algo a cambio.

—No me casaré con nadie —advierto—. Ni seguiré más tus trucos o misiones suicidas.

—Irás por los diamantes y todo esto será tuyo por fin.

Mi rostro se congela.

—Si realmente quieres ser líder de un clan, debes demostrar tu poder —continúa—. Estoy harto de los problemas, así que acabemos con esto de una vez. Haremos una ceremonia donde anunciaremos la sucesión y pronunciaremos los juramentos de la mafia, pero solo tendrás los papeles para ejercer el liderazgo luego de tener las dos joyas de sangre en mi poder.

Parece que el cuerpo se me eriza con lo que escucho.

Mi tío jamás hubiese aceptado ni dicho lo que acabo de escuchar. Lion lo contempla con ira. Las cosas realmente deben estar muy mal para que un hombre como él haya tomado esta decisión. No dejo de pensar en que esta puede ser la última carta que se juega o una más de sus mentiras, sin embargo, que lo diga públicamente me da el suficiente respaldo para ejecutar mis planes como quiero.

—Acepto.

Mi voz sale como si estuviera firmando mi sentencia de muerte, como si fuera una gran oferta que en un acto impulsivo decido aceptar. Lo dije, ya está.

—Bien. Espero entiendas que esta es nuestra última oportunidad para quedar bien con los aliados de la mafia que aún nos quedan; mañana prometeremos los tres diamantes para nuestra dinastía en la cena formal que haré, recuperaremos el poder, la reputación, el dinero y les daremos lo que tanto les gusta: pan y circo.

Lion es el primero que se larga con su cara de disgusto, como si hubiera perdido una batalla, pero mi tío hace caso omiso de su actitud patética. La sensación de estar a punto de obtener una de las cosas que he buscado toda mi vida me crea impaciencia, aún peor, porque siento que todo esto pasa muy rápido.

Lo que más adora mi tío es su egocentrismo, sin embargo, puedo intuir que le pesa estar

acorralado y no tener otra alternativa. Se va sin decir más ni mirarme y es como si un peso fluyera por todas las partículas de mi cuerpo.

—Sigamos trabajando. Hay que terminar de procesar la última carga —digo a viva voz, con un nudo en la garganta, mientras los empleados de la mafia siguen en lo suyo.

Es normal que todos tengan armas en los bolsillos y de igual manera trabajen las tierras. Son custodiados por hombres que pasean con rifles en mano, cuyos rostros están ocultos por pasamontañas y solo se les nota una mirada que refleja incertidumbre.

Es la última cosecha que nos queda y el panorama es desolador.

Nadie cree en mí. ¿Cómo demonios me haré cargo de todo esto sabiendo lo que quiero de verdad?

—Se ve pálida y ojerosa, señorita. ¿Todo bien? —dice Méndez que llega a asistirme.

—Sí —digo.

Mi estado anímico es evidente. Méndez me sonríe, exhalo hondo con los músculos rígidos, y entonces lo suelta.

—Lo hará muy bien. Usted tiene algo que su tío no: garra y valentía.

—Pues yo creo que he vivido equivocándome. He tratado de encajar y de complacer a los míos en una sociedad tradicional de la mafia, lejana a lo que creo, pero todo ha salido mal.

—Ese no es un error, sino algo de lo que debería estar orgullosa. Solo los más fuertes se muestran como son ante el mundo.

—¿Crees que esté preparada para recibir al clan?

—Hace lo que tiene que hacer: se está defendiendo. Incluso de quienes solo buscan derrotarla y yo no la juzgo.

Cruzo la mirada con él.

—Gracias, Méndez. Hay tanta presión sobre mis hombros que a veces siento que… colapso.

—Es normal que desconfíe de su tío.

—¿Tampoco te agrada?

—No creo que sea relevante mi opinión. Soy respetuoso de la casa que me dio comida y trabajo cuando más lo necesité, sin embargo, no se puede tapar el sol con un dedo.

—Es que… todo está sucediendo muy rápido. He luchado por esto desde que padre murió y pensé que la lucha por recuperar la corona del clan, desde que mi tío se autoproclamó líder, iba a ser más…

—¿Sangrienta?

Asiento.

—Sí. Por un lado, temo que sea otra treta más de mi tío para lograr que vaya por los diamantes y, por el otro, está desesperado, tanto que será capaz de asumir públicamente mi ascenso.

—Lo que puede ser de ayuda. Usted será legítima ante las élites italianas y aunque quiera dimitir, el acto estará consumado cuando lo anuncie por fin.

—¿Y si es una trampa? Si me mata después de que le dé los diamantes.

—Estaremos preparados para atacar.

—¿Estarás conmigo pase lo que pase, Méndez?

—Le juré con sangre en mano mi obediencia y esperaré hasta que usted decida tomar el camino más conveniente. Por supuesto.

Agradezco su lealtad y lo que queda de tarde evalúo problemas de los terratenientes para luego pasar tiempo con mi nana por su cumpleaños. Mateíto es el más optimista en soplar las velitas. Celebramos con toda la gente del servicio, aunque mi tío haya hecho un escándalo por «juntarme con la servidumbre».

Da igual, nos divertimos a nuestra manera. Me gusta la gente sencilla que no tiene nada que deberle a nadie, aunque todo hubiese sido mejor si Cyra no hubiera dado su discurso en señas sobre la castidad de una mujer italiana que se debe a su casa y familia antes que a los hombres.

La indirecta es para mí, sin duda, por lo que lo tolero hasta donde mi paciencia me deja. No dejo de sonreír cuando todos levantan sus copas. Mi pastel se horneó con todo y cáscara de huevo, pero felizmente Elena hizo otro que todos disfrutamos.

—*¿A dónde vas? Todavía no es medianoche, tienes que estar conmigo hasta que termine mi cumpleaños* —dice mi nana, al ver que me levanto.

—Estoy cansada —admito, sintiendo que los párpados me pesan—. Estuve despierta desde las cuatro de la mañana, no dormí bien anoche y ha sido un día difícil.

—*Por lo menos ten un poco de decencia* —dice—. *Si me quieres de verdad, quédate conmigo, parece que te quieres ir corriendo con ese hombre como si fueras una cualquiera. No quiero que lo veas más. Me vas a matar si lo haces.*

—Suficiente —la miro con enojo—. Sé perfectamente lo que hago. Te adoro, pero deberías cuidar tus límites.

Tengo que contener el aire para no pasarme de la raya, puesto que me agarra en mis minutos más explosivos. Me voy sin más preámbulos, el cuerpo me pide descanso, y mi cabeza ordenar mis ideas. Cuando entro en mi recámara lo primero que hago es prepararme un baño caliente.

Lleno el jacuzzi de agua tibia con sales que forman burbujas y espuma. Mi cuello parece contracturado, pero me lo froto. Me quito la blusa y el pantalón, y luego me saco los aretes frente al espejo. Ahí me doy cuenta de que no estoy sola.

—¿Qué haces aquí? Cerré la puerta con llave —digo.

—Las llaves nunca son impedimentos para mí.

Intento no verlo, pero su porte cautiva mis ojos. Dios, he visto ese cuerpo muchas veces y todavía no lo supero.

Es jodidamente hermoso. Comestible. Putamente bueno.

Deja caer su camisa y se queda solo con los pantalones. Su torso desnudo me cautiva, además de las líneas laterales que forman sus músculos, su abdomen fornido y bien trabajado, sin contar el gran bulto que resalta entre sus piernas. Estoy tensa porque sé a qué vino.

—¿Qué pasa, arpía? Cualquiera diría que me tienes miedo.

—Nunca.

Las burbujas parecen hervir en la bañera, el espacio se llena de vapor. Su correa se desliza por sus largas manos y el recuerdo de lo que hacen esos dedos me cautiva.

—Me caes mal, Rambo.

—El sentimiento es mutuo.

Con sus manos baja las tiras de mi *brassiere* y pone su boca en mi hombro.

—¿Ya no piensas que mis tetas son más grandes que mi valentía? —digo.

—Ahora creo que son comestibles—me quita el sujetador.

—Pareciera que te vuelvo loco.

—Pareciera que a veces me gustas.

Me aprieta con su gran erección el trasero mientras sus labios me besan el cuello y sus manos siguen bajando hacia abajo, acariciándome la entrepierna.

—Ay, Adrian... —murmuro—. Te tengo.

Esta noche mi baño no es un baño cualquiera.



36.
EXTRA EN EL BAÑO

Bianca

Si pudiera describir lo que empiezo a sentir cuando me besa, terminaría debiéndole a lo insano. El gemido agudo que sale de mi garganta me aprieta, me recorre como electricidad viva, infiltrándose en todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

«¿Se puede querer tener sexo todo el día? ¿A toda hora? ¿Con el mismo de siempre?», vuelvo a preguntarme y sé que es obvia la respuesta.

Mi vida ha sido una lucha continua de máscaras que he aprendido a sobrellevar, pero la real es esta. Empiezo a tener una adicción por este hombre que besa bien, huele bien y folla como una puta bestia.

Tira de mi braga para dejarme completamente desnuda. Me ve a través del espejo, como si pudiera comerme con la mirada, y la lujuria arde en esos grises cambiantes que me aterran.

El gesto de bajarse el cierre del pantalón me quita el aire, no solo porque me excita ver lo grande que se pone, sino porque saca del bolsillo algo que le estorba. Retrocede mientras me gira y tira de mí hacia su cuerpo. Empiezo a ponerme nerviosa pues no suelta aquella daga y, al ver que empiezo a tensarme, la presiona contra mis labios, haciendo que todos mis músculos se contraigan.

—¿Qué pasa, niña? ¿Le temes a esto?

Respiro duro.

—No.

—Mírala; es pequeña, aparentemente insignificante y… traicionera. Podría clavarse en cualquier lado… —la pasa por mi pecho—. También en el corazón.

Tiemblo.

—Shhh... Relájate. No pasa nada. Algún día me daré el gusto, pero esta noche será de otra manera.

—¿Sí? —jadeo.

Se deshace por fin de la daga, dejándola caer.

Lleva mi mano al bulto de su bóxer, me embelesa su mirada cuando lo acaricio y parece explotar debajo de la tela. Mis manos tiemblan cuando voy deslizando el elástico. Al desplegarse se ve tan cargada que me seca la boca. Las venas parecen reventar de ganas. La tomo con las dos manos y reprimo un jadeo para no aumentar su ego de mierda, aunque ya lo intuye.

Se acerca a mí y me impide besarlo. Me provoca y jode hasta la más minúscula partícula de mi cordura. Su boca se arrastra desde la punta de mi mentón hasta mi cuello, haciendo que se colme con sus chupadas, antes de llegar hacia mis pechos. Los toca, presiona y mama con fuerza, como si quisiera dejarme seca.

La punta de su lengua se mueve en mi pezón enrojecido hasta que se traga la aureola, mordiéndome. Duele como la mierda, pero… me fascina. Lo repite una y otra vez en ambos pechos hasta que se sacia. Es un hombre exigente. Me los deja rojos y ardiendo, enteramente excitados, erectos mientras mis piernas sienten cómo la humedad se desborda por mi ingle.

—Deliciosa —dice mientras tira de mí hacia la encimera de la bañera.

El dolor por la caída azota mi espalda, pero no importa cuando veo lo que veo: un semental erecto a punto de destruirme.

La agonía es terrible cuando su kilométrica, rosada, ancha y larga polla se muestra ante mí desde arriba. Es increíblemente perfecto. Me provoca tenerlo dentro de mi boca, pero no me deja y, cuando pienso que va a penetrarme, hace un gesto egocéntrico.

Me mira como si fuese una niña inexperta mientras se da el tiempo para tomar un pequeño sorbo de *whisky* y luego me da de beber de la botella. Introduce el trago en mi boca, pero es tan rápido que casi termino vomitando cuando me aprieta la garganta.

—Niña...

Adrian bebe de mis labios antes de que lo escupa. El líquido se derrama por mis comisuras y arde en mi lengua.

—¿Tienes idea de lo que hoy vas a sentir?

—¿A un animal? —pregunto.

—Un lobo… con hambre —sus labios rozan mi oreja—. Ahora tócate.

—¿Qué?

—Tócate frente a mí. Quiero ver cómo te complaces pensándome, Bianca.

Mis mejillas explotan, pero una ráfaga de tensión sexual me embelesa al punto de deshacerme cuando se yergue para mirarme por completo.

Sería ilusa si dijera que nunca lo he hecho. Lo he hecho pensando en él infinidad de veces. Llevo mi mano hacia mi sexo hasta encontrar mi punto más vulnerable. Estoy tan mojada que da vergüenza, y en ningún momento me quita la vista.

Traga saliva como si le pesara lo que mira mientras muevo mi pelvis entreabriendo mis labios al sentir mi dedo en mi clítoris.

—Dame más… —gruñe y voy lento.

Las piernas me flaquean mientras las abro. Me siento expuesta a él por completo, me mira con ojos que me fulminan.

—Ah… —suelto un gemido cuando su dedo me sorprende y toca por encima del mío.

—Así…, tócate así, Bianca.

Gimo.

Se empapa de mis jugos que chorrean y no aparta su mirada mientras me masturba con la punta de su pene en mi entrada.

Ahogo el deseo en mi respiración entrecortada. Me lo ha hecho tantas veces..., pero cada noche se siente distinto. Puedo sentir la uña raspando mi centro, girar, palpar, trazar círculos siguiendo su ritmo mientras mi boca se abre en una ola de placer que me embriaga.

La tensión de mis músculos me sobresalta. Voy reconstruyéndome deliciosamente, subo por una cima que pica, que me contrae hasta que frena intempestivamente dejándome a medias.

—Pruébate —me enseña el dedo empapado de mi humedad y lo lleva a mi boca—. Prueba lo deliciosa que eres, niña.

Sus ojos se prenden cuando me chupo. Su nariz está cerca de la mía y es inevitable gemir cuando su mano me soba el sexo de adelante para atrás, incendiándome.

—Estás marcada por y para mí.

—Sí…

—Seré tu pesadilla en tus pensamientos, en tu vida y en los más profundos deseos que tengas —pone un dedo en mi boca—. Lo último que veas antes de morir.

—¿Es una amenaza?

—Una promesa.

—¿Aunque nos clavemos el puñal?

—Aunque te odie para siempre. Acéptalo.

—¿Qué?

—Que eres mía, Bianca Simone. Dilo.

No puedo contestar porque una ola de placer me estremece cuando me gira de golpe capturando mis brazos hacia atrás con fuerza. El peso de mi cuerpo cae en el borde del jacuzzi, el calor del vapor arde en mis pulmones, pero es aún peor... cuando me sujeta las muñecas.

—Dilo fuerte.

Mi cabeza no procesa, no piensa, no escucha, solo siente la terrible necesidad de que la embistan de golpe, pero no lo hace. Un gel helado se desborda por mis nalgas; unta el lubricante, lo derrama por mi trasero, mi ano, mi sexo, a pesar de estar chorreando humedad por todas partes.

—Adrian... —se me hace un nudo en la garganta.

Puedo sentir la punta de su miembro vagando entre mi clítoris, en mi entrada, hasta llegar a mi trasero.

—¿Quieres? —murmura por detrás de mi oreja.

—Sí...

—No escuché.

Juguetea con el glande, me provoca medio entrando en mi canal, introduciendo una minúscula sección de la punta que se siente húmeda, dura, caliente... y luego la saca.

—Soy tuya, Adrian. Siempre.

Mi mente se nubla y cuando pienso que va para una parte... se queda en otra. Ahogo un respiro cuando se inyecta en mi culo, entrando en el ano despacio, delicioso, hasta tirar con toda su artillería.

Doy un grito agudo que me ahoga. Se siente diferente, incómodo, tenso, pero al pasar los segundos... me gusta. Me muerdo los labios mientras me penetra. Arqueo hacia atrás mi cabeza cuando tira de mi cabello con una mano y con la otra puntea mi centro caliente.

—¡Ah! —grito cuando me nalguea.

Una, otra y otra vez sintiéndose... rico.

—Tu culo me vuelve loco —puedo sentir sus caderas azotándome—. Tú me vuelves loco, jodida arpía.

Vuelvo a pegar un grito mientras me agarro fuerte.

Intento no ser bulliciosa, pero es imposible. Todo con él es nuevo y... distinto. El sexo se vuelve delicioso en todos sus sentidos. Mi cabeza cae en el agua tibia del jacuzzi, pero de un tirón del cabello me la saca a la superficie. Siento ardor en mi pecho, en mis venas, en mi trasero follado como nunca.

Su mano es deliciosa entre mis pliegues. Me voy a venir... No sé qué carajos está pasándome, no controlo nada en mi cuerpo.

—Por favor...

—¿Por favor qué?

—Por favor..., mi amor —las palabras se deshacen en mi garganta sintiendo un orgasmo rápido, que forma otro que luego explota de golpe en mi cabeza. Sale de mí, haciéndome sentir extraña. Su semen chorrea por mis nalgas y apenas puedo moverme cuando me alza para meterme en la bañera.

Nos besamos, la oleada aún emite sus últimos estragos y siento que estoy en otro jodido planeta.

—Adrian...

—La noche es muy larga —estoy destrozada, me pone sobre sus caderas—. Y hoy quiero todo.



37.
ESCORPIÓN A LA VISTA

Adrian

La noche fue larga, placentera y terriblemente sucia. Me siento como una pluma. Dormí en la maldita bañera con ella encima de mí. Su cabeza cayó en mi cuello, sus brazos se soltaron por mis costados inconsciente de lo que hacía y, aunque traté de apartarla, su peso no me incomodó. Me propuse no dejarme vencer por el sueño, pero cada vez que cerraba los ojos me sentía relajado con el contacto de su piel contra la mía.

Era la primera vez que lo sentía, otra de las muchas reglas que rompía con ella, más allá de los minutos que me había permitido, pero he de aceptar que su respiración me calmaba.

Se sentía ligera y retiré un mechón de su cabello para observarla: frágil, cansada, tan hermosa que parecía esculpida por un genio y pensé en todo lo que venía ahora. Pensé en lo que le han escondido, en cómo los secretos de su familia, su madre, su padre, su nacimiento, la vieja zorra de su nana, entre otros, iban a afectarla.

Pero eso no anulaba mis prioridades. No he nacido para ser el príncipe azul de nadie, ni tampoco para perdonar. Ya quedaba poco tiempo para terminar esta farsa.

La tomé en brazos aún mojada para llevarla a su cama y luego me fui. Los pasillos estaban oscuros, aunque las primeras señales del alba los iluminaban. Era difícil dormir con tanta porquería encima.

Mantengo los ojos al frente tras mis lentes oscuros. Los *soldati* entrenan como bestias. Los canso a propósito con claras intenciones, viendo cómo todo ha ido de mal en peor desde que pisé Villa Regina.

Lo estoy logrando, he sido la peste silenciosa bajo la máscara del aliado y después de meses por fin puedo ver los resultados que quería. Ya no tienen el apoyo de La Hermandad, tampoco los diablos rojos y mucho menos aliados que los levanten. Su reputación es un desastre.

Negar que no me he divertido sería un insulto a mi cabeza, porque al viejo no le quedó de otra que morder mi anzuelo sin saberlo. Llegaron hasta su punto límite y cometieron los errores que tenía planeado, pero ahora Bianca ha de quedar legitimada para que me lleve hacia lo que busco para que todo termine.

—Señor —interrumpe Julian.

—¿Qué quieres?

—La señorita Simone ha insistido en hacer luchas con los *soldati*. Le dije que no, pero ya tomó un arma.

Mi aburrimiento acaba de terminar y, aunque parezca que no me interesa, mis ojos no dejan de verla cuando aparece. Es casi la hora de almuerzo y recién se levanta. Camina lentamente, fingiendo que no pasa nada, cuando estoy seguro de que ni siquiera puede sentarse.

—Yo me encargo.

La gente se calla cuando aparezco. Es incómodo ver a ese grupo de idiotas mirando lo que no les pertenece.

—Pensé que estaban en entrenamiento —digo—. No hay descanso para nadie.

—Yo les di permiso para sentarse —dice ella desafiante—. ¿Algún problema, profesor?

Los chismosos nos miran esperando batalla, pero la tomo del brazo obligándola a caminar a mi ritmo y se niega, luchando contra mí e insultándome. Nos perdemos en medio de las villas. Hay pastizales abandonados, por lo que la obligo a dispararles a los pájaros.

—Sigue —digo, aun cuando ya nos perdimos de la gente.

—¿Puedes dejar de burlarte?

—Te dije que te quedaras en tu habitación e insistes en desafiarme. Es claro que buscas problemas o tal vez… vienes por otra tanda de sexo salvaje.

—¿En serio te crees el semental bendecido? Por favor… —ironiza.

—¿Me vas a negar que no te gustó?

Sonríe, abandonando la actitud defensiva. Se acerca y pone sus manos en mi cuello, empinándose para luego besarme.

—Me encantó, pero no me gustó que me dejaras sola—ahora su voz es suave—. ¿Cuándo será el día que duermas en la misma cama conmigo? Hablo de toda la noche, como una pareja.

—Sigues esperando mucho de mí.

—Espero lo que tus ojos me dicen cuando me miras y tu boca hace cuando me besas. Al verdadero Adrian, el tipo que iría conmigo hasta el infierno.

—Eso sonó romántico.

Suelta una risa.

—Patéticamente cursi —admite.

—No es bueno idealizar al enemigo —digo sin dejar de mirarla, bajando mi palma por su espalda hasta sus nalgas.

—¿Porque podría romperme el corazón? Me lo han roto muchas veces, con la única diferencia de que este es un riesgo que me gusta.

Me besa.

—A veces pienso que jamás vamos a parar… —jadea en mis labios—. Esto es insano, inmoral como dice mi nana, pero no puedo detenerlo.

—¿Coger sin límites?

—Estar con alguien de esta manera.

Me quedo quieto.

—Mañana serás toda una líder. Compórtate.

La cara le cambia, una sombra parece opacar su mirada.

—Por un momento lo había olvidado —dice, perdida.

—¿No es lo que siempre has querido?

—Me siento extraña, no por los rituales que haya que cumplir en la cena, sino porque… está sucediendo muy fácilmente. Temo que sea una trampa.

—No pasará nada. Demostrarás poder y punto. Le cerraré la boca al idiota de Lion si es lo que te preocupa.

—Me preocupa lo que hace con tu hermana.

—¿Rose? ¿Qué pasa con ella?

Duda en contarme.

—Con tanto lío no pude decirte nada. Lion… habló de una verdad que la incluía y caí en su juego, así que entré en la habitación de Rose, para buscar algo que me permitiera detenerla —la fulmino con la mirada—. Sí, ya sé que estuvo mal, pero… encontré algo mucho peor. Unas fotografías…

—¿Fotografías?

—Las guardaba en un baúl como si fuesen un tesoro, además de sus armas. Eran fotos de ella, muy joven, en esta casa, sentada en las piernas de mi padre con escasa de ropa. Sé que los Petrov han tenido negocios con mi familia desde hace mucho, tú no debes haber ni siquiera nacido en ese entonces, pero quiero saber si… sabes algo. ¿Crees que… fue amante de mi padre siendo una cría?

La mandíbula me pesa.

—No.

—¡Por Dios! ¡¿Estoy volando mucho, cierto?! Es una tontería —agrega, arrugando la cara—. Sería algo horrible.

—Son asuntos que no te competen. No le des el gusto a Lion de quemarte la cabeza.

—Tienes razón. Debería concentrarme en mí ahora. Mi vida es complicada y desde mañana será peor ante toda esa gente que me odia.

—Te apoya.

—Por conveniencia, solo quieren verme jurar con sangre la corona y la promesa de ir por los diamantes.

—Y tú no quieres —afirmo, manipulando su cabeza, sus pensamientos y miedos.

—Tengo… mucho miedo de morir en el intento —admite—. Es un acto suicida. La última vez que traté con esa clase de gente era una adolescente… casi no salgo viva. Iba con padre a los círculos oscuros de la mafia, lugares clandestinos donde se subastan posesiones, tierras y cabezas. La gente más poderosa, peligrosa y con el ego por las nubes se reúne allí.

—¿Y qué apostabas? —deslizo mis manos por sus piernas.

—Diamantes falsos que no entregaba porque los Simone nunca perdían. Con trampa —admite.

—Vaya logro.

—Una vez le gané a un tipo de la peor calaña —sus ojos azules me traspasan cuando ríe—. Un mafioso griego a quien le dicen el amo. Un hombre siniestro, detestable, sin escrúpulos de nada.

Finjo desinterés.

—Cuando gané casi me mata; me tomó del cuello asfixiándome y las fuerzas de padre tuvieron que intervenir para que no me lastimara. Él me hizo esta marca —me enseña—. En ese tiempo no tenía el poder que tiene hoy. Añora Italia, y a toda la mafia de Europa. Y me odia. Ha tratado de joderme cada vez que puede. Estoy segura de que si me vuelve a ver no dudaría en darme un tiro en la cabeza. Es uno de mis enemigos.

Traga saliva. Si tan solo supiera que lo conozco perfectamente.

—También estaban los matamafias, gente con poder y dinero que busca quebrar cabezas solo para satisfacer sus intereses, entre otros que son forasteros y desean apropiarse de las tierras.

—Interesante.

—Como ves, estoy rodeada de depredadores que quieren mi cabeza. Con esto… tal vez nunca pueda escapar.

—Pues yo no he desistido de mi idea.

—¿Hablas en serio? —palidece.

—Una vez que tomes el poder de Italia la balanza se inclina a tu favor. Y pienso ayudarte. Si quieres irte mañana, así lo haremos.

—¿Mañana?

Sus ojos se iluminan sin saber mis verdaderos planes. Me sonríe para luego besarme. Miro hacia otro lado cuando siento que alguien nos observa. La vieja zorra jode nuevamente, parece que nos ha espiado desde hace mucho y, sin dejar de besar a Bianca, le demuestro que esta no es una batalla para ella. Con la mirada le hago una advertencia hasta que por fin desaparece entre los arbustos y me concentro en una que sí me interesa.

—Es tiempo de que regreses a la mansión o sospecharán tu ausencia.

—¿Cuándo será el día en que no tengamos que escondernos? Estoy cansada de fingir que nos

odiamos —admite.

Sonrío pensando en lo de anoche y palpo su trasero.

—¿Tomaste la pastilla? —pregunto.

—Odio alimentar tu ego, pero sí y aún duele.

—Eres una arpía valiente. Vete ya o no seré dueño de mi cordura.

Accede a regañadientes y mi polla también lo lamenta. Desde que ya no peleamos solo follamos en cada oportunidad que se nos presenta. Aunque es una costumbre placentera, sé que terminará pronto.

La tarde pasa volando en el despacho de Leonardo Simone, donde discuto mis intereses comerciales. Hay mucho dinero que inyecté a sus negocios sabiendo que perdería; sin embargo, restregarle en su cara que es un bueno para nada no lo cambio por nada del mundo.

Ejercí presión al demostrar las pérdidas, tan solo para que no se le ocurriera cambiar de parecer mañana durante la cena, y el viejo terminó ahogándose en alcohol, haciendo evidente que es un incompetente.

—¿Por qué tan rápido, Adrian Petrov? Parece que huyeras.

La voz de Lion me detiene en el pasillo cuando me dispongo a irme.

—¿Vienes a llorar tu cara golpeada? ¿O es que necesitas que también te destroce ese hocico de mierda?

—Estoy bien así, gracias. Solo vine a decirte que no te vas a salir con la tuya. El hecho de que te folles a Bianca no significa nada. Ni siquiera la mereces.

—¿Y tú sí? ¿Ofreciéndole una vida mediocre?

—Una vida verdadera.

—Tú y yo sabemos qué es lo que buscas en realidad, así que déjate de tonterías.

Sonríe.

—No me intimidan tus palabras, tampoco tus amenazas. Puede que el camino esté a tu favor por ahora, pero no durará por siempre. No soy el único que te odia.

Levanta las manos en señal de tregua cuando estoy a punto de tomarlo por la garganta.

Se larga y me digo que no debería tomar en cuenta sus estupideces; sin embargo, algo me hace pensar que Lion está muy tranquilo ahora.

La gente en esta casa vive de las máscaras. Nadie sabe quién es quién o qué quieren en realidad, y mañana es un día importante para el clan Simone, el peor de sus días para los detractores de Bianca, por lo que doy una vuelta a la manzana evaluando cada detalle.

—Señor.

Una criada me baja la cabeza cuando ingreso a la cocina y me doy cuenta de que mi olfato no mentía. El olor a hierbas tranquilizantes se ha colado por toda la casa; hay una olla hirviendo con ramas, jengibre y podría jurar que olería bien si no fuese por el aroma ácido que percibo.

—¿Qué es eso? ¿Qué demonios le echas?

—La señorita Simone ha estado con malestar, por lo que la señora Cyra le hizo un té para calmarla. Solo sigo instrucciones. Me dijo que trajera más té de hierbabuena. Ella siempre le hace estos tecitos por la noche.

No he visto a la vieja zorra en toda la tarde.

—Yo se lo llevo.

—No, señor —se sonroja, bajándome la cabeza—, cómo se le ocurre.

—Retírense —las mucamas me miran—. ¡Ahora!

Noto una hoja distinta en las esencias, por lo que, cuando se van, abro los cajones de la cocina y encuentro pastillas, narcóticos y una que otra rama seca de plantas venenosas.

Hija de puta.

Tiro al suelo la olla con la taza servida sin poder controlarme. El pasillo está desolado cuando subo y al entrar... Bianca está inconsciente en el suelo, junto a la anciana que, al verse sorprendida, levanta una pistola.

Me mira y veo el terror en sus ojos. Por alguna razón no puedo creer lo que se dispone a hacer. Percibo a los asesinos a la distancia. Esta anciana es inexperta. Sin embargo, que tenga el arma me hace ir con cuidado.

—¿Qué demonios hace? —pregunto y me apunta—. Si no sabe manejar un arma, déjela en el suelo ahora.

Suelta un grito forzado, que busca alejarme, pero no lo logra. En su desesperación apunta a la cabeza de Bianca, pensando que puede amilanarme. El pánico la envuelve, así que aprovecho para torcerle la muñeca y tirarla al suelo.

—¡Maldita loca!

Me acerco a Bianca. Parece estar dormida... o drogada.

Hay una maleta abierta con ropa. La vieja debió enterarse de que planeábamos huir y trató de impedirlo. Su amor enfermizo por Bianca la ciega, ahora llora como demente, pero cuando trata de escapar mi brazo la estampa contra la pared.

Mi mente no piensa con claridad, solo se deja llevar por la furia y basta un solo segundo, solo uno, para aplastar su frágil y arrugada garganta.

—Ha llegado muy bajo, vieja zorra. ¿Desde cuándo la envenena?

Chilla.

—¡He hecho una pregunta!

Niega con la cabeza.

—¿Quería impedir que escape? ¿Es eso? ¿Tiene miedo de que le revele sus más sucios secretos como... lo que le hizo a su madre?

Las piernas le tiemblan por lo que cae y de un tirón la levanto.

—Me llama asesino cuando usted es una basura. Está acostumbrada a juzgar a los demás sin verse al espejo, porque cree que esa imagen digna que brinda va a solapar sus más terribles acciones.

Intenta golpearme y la detengo.

—¿Qué diría Bianca si se entera? ¿Qué diría si supiera que tuvo un hijo bastardo con su padre, Donato Simone, y, por celos, incitó a que su madre escapara?

Sus brazos se agitan desesperadamente para intentar rasguñarme, pero no la dejo. Veo su rostro morado, sus asquerosas lágrimas cayendo en mi mano, así que la suelto y la dejo caer de golpe.

—Fue usted la causante de todo el dolor de Bianca, la que le negó la oportunidad de crecer con su madre. Usted, quien quiere retenerla a la fuerza bajo esa careta de ángel, pero yo no voy a permitirlo. Si no la mato, es porque voy a regocijarme con su cara cuando Bianca lo sepa.

Tose y emite sonidos que no comprendo. Chilla con furia y sus ojos se enrojecen. La ignoro y trato de llevarme a Bianca en brazos, pero cuando me acerco a su cama, la vieja toma mi brazo con fuerza.

—Tú no le dirás nada... —dice… para mi sorpresa—. No voy a permitírtelo.

Habla. La maldita anciana nunca fue muda. Vuelve a soltar chillidos mientras la sangre me pesa.



38.
PUÑALES Y TRAICIONES

Bianca

Lo primero que veo al abrir los ojos es una luz brillante que me ciega. El médico de la mansión está aquí, y Adrian, al pie de mi cama, aparenta frialdad, pero puedo intuir que hierve de ira. Al otro lado está mi nana, con los párpados hinchados. ¿Está llorando?

—¿Cómo se siente, señorita? —dice el hombre de bata blanca.

—¿Qué hora es? Me… quedé dormida.

—Las seis de la mañana ya, señorita. Estamos en un nuevo día, usted estuvo desmayada toda la noche.

No entiendo nada. Tengo un sabor amargo en mis labios. Miro el móvil que yace en mi cama y, efectivamente, es otro día.

—¿Cómo? Si solo tomé el té, dormité un rato y era de tarde —siento mis músculos adormecidos y noto un algodón en mi brazo.

—Le tomamos algunas muestras de sangre para analizar si hay veneno en su organismo —explica el médico—. Tranquila.

—¿Veneno?

—*Hija…* —mi nana me llama con sus manos. Tiene la cara roja, hinchada. Se acerca.

—Nana…

—*Estás bien…*

—Sí

—*Perdóname, hija* —me abraza llorando. Su llanto es tan fuerte que traspasa mi alma.

—Estoy bien, no me pasó nada. No entiendo de qué tonterías hablan.

—Yo te lo explicaré ahora —afirma Adrian y mi nana se pone pálida.

—¡Nana! —grito cuando se descompensa.

Me levanto de golpe a socorrerla, pero no responde. El médico le mide las pulsaciones. Yo tomo su cabeza entre mis manos y todo pasa en cámara lenta: angustia, caos, miedo.

Un guardia nos ayuda a llevarla a su habitación para que la traten. Le ponen oxígeno y apenas medio reacciona, sin dejar de tomarme la mano. Lloro porque no quiero perderla.

—Cálmese, señorita. Su nana estará bien, solo fue un desmayo, un ataque de nervios. No deberían darle emociones fuertes por ahora. El oxígeno ayudará a que se sienta mejor. Le aseguro que mañana estará caminando perfectamente, solo necesita descanso.

—*Hija…* —hace una seña con su mano.

—Aquí estoy. No te esfuerces. Estaré aquí hasta que te duermas, ¿sí? —murmuro—. Descansa.

—*No escuches a Adrian.*

Mi cuerpo se paraliza. ¿Será que entendí mal sus señas?

—¿Qué dices?

—*Te di un té con hierbas para dormir y dicen que es veneno. Yo…*

Llora.

—Está bien, tranquila —respondo sin prestarle atención, lo que más me importa es que se calme.

—*Ese hombre es malo.*

—No llores.

—*Ese hombre solo quiere alejarte de mí. Yo solo…*

Baja su mano angustiada mientras parpadea, luchando contra el miedo y el cansancio. Le digo que todo está bien, hasta que cierra sus ojos por efecto del sedante.

El médico explica que es mejor mantenerla tranquila. Cyra es lo único bueno que tengo en este lugar desde siempre. Si mi nana no hubiese estado en mi vida, yo no sería nada. No podría concebir mi existencia sin ella, pero... ¿qué pasó mientras dormía?

No pienso quedarme con esta duda, por lo que voy a la habitación de Adrian para encontrar respuestas y no tengo que tocar la puerta, porque desde ya me espera.

—Te arriesgas mucho entrando aquí a esta hora —dice, tirando de mi brazo hacia dentro.

—Quiero saber qué pasó con mi nana.

—Nada. Esa vieja es una exagerada.

—¿Nada? ¡Entró en un colapso nervioso! —me enojo—. La tuvieron que sedar y tú solo te has dedicado a insultarla.

—Porque es lo que es: una vieja zorra. ¿Por qué mejor no te largas a cuidarla? Por lo visto ya tienes una idea y no la vas a cambiar.

—Cyra es como mi madre.

—Tú ya tienes una.

Sus palabras son un puñal directo a mi pecho. Me quedo quieta mirándolo sin saber qué responder. Sus ojos son tan sinceros que me hacen temblar por dentro.

—No toda la gente que amamos es buena, Bianca —continúa.

—Cyra es una anciana.

—Tu nana no es la mujer que crees. ¿Qué te dijo? ¿Que te cuidaras de mí? ¿Que no tomes en cuenta lo que te diga?

—Me da pena que…

—No —pone su dedo en mis labios—. No somos responsables de la decepción que sienten los otros por no ser como ellos quieren, somos responsables de nuestra propia vida y decisiones.

Su voz es la calma que necesitan mis revoluciones.

—Por favor… evítala. No discutas con ella. Hoy es un día en que… los necesito a todos.

—Lo sé.

Concluye atacando mis labios, entonces comprendo mi verdadera intención al entrar en esta recámara y, mientras pueda, su compañía sana cada partícula de mí.

Adrian

Las cosas no pueden salir mal. No hoy, así que hago que Bianca se vaya de aquí porque hay *soldati* cerca. Pasan algunas horas, reviso los planes mediocres de Julian para resguardar la manzana completa de la casa y tengo una que otra discusión con el viejo que ha pasado encerrado en su recámara bebiendo desde ayer.

Termino de ajustar la corbata en mi cuello. El loquerío por la celebración se siente por todos lados. La elegancia viste a Villa Regina y hasta ahora todo sale como lo planeo; Lion mantiene la boca cerrada, los Ricardi están bien fichados al igual que La Hermandad. Solo me queda La Gata que, a pesar de haberla amenazado, desde hace horas insiste en verme.

—Señor —interrumpe Julian—. Ya empiezan a llegar los invitados. El señor Simone los recibe. No hay aparente ataque a la vista.

—¿Hiciste lo que te pedí?

—Por supuesto. Las invitaciones clonadas con direcciones fuera de Roma fueron enviadas al azar entre los espías para despistarlos.

—¿Puertas?

—Selladas.

—¿Francotiradores?

—A la orden con el equipo de última generación. También hay meseros armados, sin contar con el plan de contingencia en caso de alguna balacera.

—Bien.

Ingreso a la fiesta y veo que están presentes varias personalidades importantes de la mafia. Son clanes menores que han llegado a legitimar su relación con los Simone, muchos probablemente no conocían cuán grande es este lugar, por lo que se muestran entre perplejos y admirados.

La fiesta empieza bien y cubro mi rostro con el antifaz, como es tradición entre los Simone. Las luces semiapagadas crean una atmósfera apropiada, a pesar de albergar a cientos de porquerías presentes. Cada vez que entra un invitado se le recibe con violines, siguiendo la tradición de la Italia conservadora.

Leonardo Simone aparece pavoneándose. No pierde oportunidad para mostrarse grande y llevarse todos los créditos de las batallas ganadas por Bianca. Saluda a sus amistades del narcotráfico, otorgándoles «presentes», que incluyen prostitutas, frente a sus esposas.

—¿Dónde está la joya más preciada de los Simone? Verla es un verdadero lujo, dicen por ahí —preguntan algunos invitados.

—Pronto lo harán —contesta el viejo.

—Le he traído un presente —dice uno de ellos y muestra una piedra roja de la India—. Espero que me tengan en consideración cuando revelen los diamantes en su momento.

—Por supuesto que sí.

Los minutos pasan y me alejo de viejas chismosas que no dejan de observarme. El móvil me vuelve a vibrar y, cuando veo quién es, opto por apagarlo. Tengo que tomar un trago para tolerar el bullicio cuando la música napolitana empieza a sonar.

Ridículo. Viejo demente.

Los ancianos empiezan a emocionarse, se abrazan mientras cantan y danzan por los salones. Me repito que todo terminará en poco tiempo para contener las ganas de matarlos a todos. De pronto, la música se detiene.

Silencio. Alguien provocó el silencio.

Mi mente está alerta, el viejo Simone se altera sin entender qué demonios sucede. Los invitados empiezan a cuchichear mientras que por la gran escalera central de la mansión aparece su silueta.

Trago saliva. Lo primero que veo es su vestido negro escotado que deja una parte de sus piernas al descubierto. Una prenda ajena a las tradicionales.

Me excita.

Sonríe a todos los presentes. Su cabello suelto la hace brillar al igual que el color rojo en sus labios. Todos enmudecen ante su llegada.

—Siento haber interrumpido la música, señores, pero hay que inyectarles modernidad a nuestros negocios —dice mientras los sonidos cambian de golpe y comienza a sonar *Dangerous Woman* a todo volumen.

Continúa sonriendo mientras baja de forma delicada y sexy por cada puto escalón que pisa. A pesar de odiar sus preferencias americanas en materia musical, esto es mejor que el gusto de mierda del viejo que la mira con ira.

—Cómo están... —saluda a cada anciano, a cada mafioso, a cada puta asesina que se le pone

enfrente.

Es amable con todos, aunque sé que su risa es fingida. Pienso que es una caja de sorpresas que aún no he descubierto por completo. ¿A dónde se fue la chica que temía por la vida de su nana y que temblaba por esta noche?

—Querido tío —expresa cuando llega a brazos del viejo—, ¿no le mostraremos ese rostro a nuestros invitados, cierto? —habla con un aparente aire de venganza en sus labios, sabiendo que lo que más le molesta al viejo es que le apaguen su música.

—Patética.

—Al menos esta vez no salí colgando del techo.

—Empiezas a desafiarme —masculla Leonardo Simone, fingiendo una sonrisa.

—Empieza mi reinado —ella le devuelve la sonrisa—. ¡Todos a danzar!

Ladea su rostro mientras atraviesa un maremoto de críticas sin importarle nada que no sea cómo luce en su vestido, cómo sus tacones perfilan sus caderas con sutiles movimientos y en la manera más desafiante de provocarme.

—Salud, señor Petrov —se dirige a mí con una copa de champán en sus manos.

—Señorita Simone —levanto mi copa mientras las miradas se centran en nosotros—. Se ve atractiva.

El golpe de sus ojos en los míos me inquieta.

—Ese vestido... ¿no le parece que está un poco ceñido? —digo, sin emitir emoción mientras los rostros de la gente aún nos miran.

—Oh… —se lleva la mano a sus pechos—. ¿De verdad? No me di cuenta.

Cree que su boca puede contra la mía.

—La forma en la que sus senos se proyectan es llamativa, me pregunto si están inquietos por la ceremonia o por otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿A qué se refiere? —pregunta haciéndose la tonta.

—Quizá porque no han sido acariciados lo suficientemente hoy.

Doy un sorbo de mi bebida.

—Oh... —vuelve a tocarse el pecho mientras los ancianos nos miran pensando que hablamos de negocios—. Quizá sí, ¿usted qué recomienda?

—Un encuentro íntimo.

—¿Y qué pasaría en ese encuentro íntimo, señor Petrov?

—Empezaría quitándole ese vestido, rompería su ropa interior hasta llegar a sus lindos y rosados senos para apreciarlos de cerca y reclamar mi exclusividad.

—¿Exclusividad? —suelta una risa—. Pensé que había sido suficiente con el breve lapso de hoy.

—Mis estándares son altos. Siempre querré más.

—¿Nunca se cansa?

—Que yo sepa a usted no se le da por abandonar los retos. Nuestro encuentro en el baño me da la razón. Acompáñame al jardín y se lo mostraré.

—Lo haré con gusto después de ejercer mi poderío y de…

Calla, mirándome fijamente.

—¿De?

—Aceptar públicamente que estamos juntos.

Una ráfaga helada me congela.

—¿Por qué seguir ocultándolo? —continúa—. Odio tener que fingir que te odio todo el día, que tengamos que *hackear* cámaras y ocultarnos todo el tiempo. Yo seré quien tome las decisiones a partir de ahora.

—No, al menos hasta que tu tío muera.

—No me interesa. Estoy cansada de callar lo que siento por ti. Quiero poder llevarte a mi recámara todas las noches y despertar cansada en el calor de tus brazos. He tenido fantasías eróticas nuestras en medio de todos y…

—Bianca…

—Eres mi amuleto de la suerte, Rambo. Necesito besar a alguien esta noche, así que es contigo o buscaré a otro interesado que no quiera negarse.

—No estoy para jueguitos infantiles —aprieto el cristal de la copa.

—Estoy dispuesta a afrontar las consecuencias.

Voy a contestar, pero…

—Ya vuelvo —dice al oír que el viejo la llama.

Los ancianos están muy interesados en conocerla, las mujeres son quienes más la juzgan, pero ella tiene algo a su favor: es la última esperanza que les queda a los Simone. Sin embargo, no me conviene que hable de lo «nuestro». Eso arruinaría mis planes con respecto a los diamantes. Leonardo Simone me vería como enemigo, investigaría a fondo mis movimientos, lo pondría en alerta. Eso impediría que siga mi camino en su última fase.

Bianca sigue negociando apoyo con los clanes menores junto a hombres armados que la resguardan, por lo que debo inventar excusas lo más pronto que pueda. Mientras me escabullo entre la gente, una silueta me levanta una copa cerca de la ventana del segundo piso.

La Gata. ¡¿Cómo carajos entró?! ¡Maldita zorra!

Si está aquí significa una cosa: viene por Bianca. Rosenda Petrova ha sido invisible por años; puede engañar, infiltrarse y arruinar cualquier cosa cuando quiera. Subo las escaleras corriendo cuando los aplausos dan inicio al rito de sangre de los Simone.

—Eres inteligente, cariño —dice y su voz me revuelve el estómago.

La tomo del brazo y la llevo a la primera habitación que encuentro, donde la suelto con

violencia.

—Vaya... los aposentos de Leonardo Simone siempre tan atractivos. ¿Tienes una fantasía en particular, mi niño?

Trata de besarme, pero la alejo.

—Mis gustos son superiores.

—Ya no me haces sentir mal con tus palabras, solo me prendes.

—Perdiste, Gata. He sido claro. Acéptalo.

—Mañana me iré de Italia. Tengo necesidades que otros no pueden darme, por lo que quiero una última noche.

—Ya no soy el niño que podías manipular a tu antojo.

—Pero eres el hombre que lo disfruta —me enseña sus tetas—, que… fantasea con una madura caliente. Acaba finalmente con esto, mi niño. Date el gusto. Quiero que me mires a los ojos y me digas que no te provoca.

Sus manos sujetan mi rostro e intenta besarme. Es una mujer mayor que solo tiene relaciones con hombres más jóvenes. Sabe lo que dice, pero sobre todo lo que hace.

—Quiero que me toques donde sabes que me gusta... —se levanta el vestido, su sexo maduro me da entrada, lleva mi mano hasta su centro, y se masturba. Es como si un *flashback* nublara mi mente.

Los mismos gemidos.

La voz atragantada.

Un adolescente que empezaba a tener erecciones y se relacionaba con la mujer que quería.

Se arrodilla y se la mete casi completa, hace ruidos guturales mientras ensaliva mi miembro en su boca. Es inferior, una mujer necesitada, una persona mayor repugnante urgida de sexo.

Se me infla el pecho al verla implorando por mí. Verla arrodillada suplicando, con ese afán desesperado porque escapar es su única salida.

—Por favor...

Las palmas de la coronación de la mafia se escuchan en el primer piso mientras La Gata descubre su sexo maduro goteando a chorros por mi embestida.

No hago nada y se desespera. Toma mi miembro con sus manos y se lo mete a la fuerza, mientras ella misma se mueve para darse placer. La observo con desprecio.

—Dime cuánto me deseas, Adrian. Dime quién es la mujer a la que solo amas y por la que mueres.

No respondo. La miro de frente y gime; implora por sexo, por atención, mientras mi fantasía por orinarla, como una simple mierda, se hace más fuerte.

—¿Cuándo terminarás esta farsa? —jadea—. ¿Cuándo le dirás a la chiquilla idiota que todo es parte de un juego y que nunca la has querido, porque yo soy tu mujer desde siempre? A La Gata

jamás se le traiciona, *mi niño* —dice y hunde sus uñas en mi brazo mientras me besa.

Una copa explota en el marco de la puerta y me volteo.

Sus ojos, su expresión perdida, un par de ojos azules que me miran con dolor.

Bianca.



39.
EXTRAÑOS

Bianca

Mi corazón se congela. Una punzada intensa se incrusta en lo más hondo de mí. No puedo moverme, pensar, sentir, ni siquiera concebir en mi cabeza lo que tengo enfrente.

Él de espaldas, ella lo besa.

Él lo disfruta, ella lo besa.

Él la mira con deseo, ella lo besa.

La respiración se me escapa. Mi cuerpo no logra reaccionar. Debería irme, correr, dispararles, pero necesito verlo, cerciorarme por mí misma de que esto pasó y que no me afecta, aunque mis ojos se llenen de lágrimas.

Se da cuenta de mi presencia y su mirada se cruza con la mía violentamente. Por primera vez, su rostro palidece y ella no deja de sonreírme como si con esto me hubiese ganado una batalla.

«No me importa», me digo. Era solo un juego, una fantasía, un guion sin sentido que acaba ahora.

Entonces levanto el rostro como si no hubiese pasado nada, porque no voy a darles el gusto de mostrarles fragilidad. Cuando se aprende a fingir para sobrevivir, también se aprende a tragar la porquería. Ya nada me sorprende, nada me rompe, solo me mantengo en silencio. Adrian no hace nada. Se abrocha el pantalón y sostiene sus ojos extraños en mí...

—Sigan —digo con voz neutra—. No quiero interrumpir su asquerosa follada. De todos modos, la basura siempre se junta.

Doy media vuelta. Mis mejillas jamás se sintieron tan calientes como ahora mientras camino por el pasillo. «No voy a llorar. No voy a darles el gusto», me repito.

—¡Señorita! —dice Elena que corre hacia mí—. Estaba buscándola, su tío está furioso, dejó esperando a todos los invitados y…

—Sí.

—¿Está… bien?

—Perfectamente. Nunca he estado mejor que ahora. Vamos.

Paso por la gran sala y la gente sigue danzando, bebiendo. Respiro hondo y me digo a mí misma que no me puedo dar el lujo de caer. Pongo mi mejor cara, fingiendo que todo está en orden. Ahora que me ven lanzan porras de alegría. Mi tío levanta la mirada, sorprendido al verme bajar las escaleras. Me pongo el antifaz antes de que me abrace.

—¿Qué carajos te pasa? —pregunta.

—Conseguimos la alianza. Les agrado, están contentos con mi ida hacia los diamantes. ¿No estás feliz?

—A mí no me engañas, te ves terrible. Límpiate la cara —dice serio—.No me interesa lo que te pase. Tienen que verte fuerte, aunque no lo seas.

Decido no contestar. Pongo mi brazo en el suyo mientras me pasea por el salón y ofrezco una sonrisa a los presentes. ¿Qué tan duro puede ser simular felicidad cuando por dentro me estoy muriendo?

Sonreír cuando solo quieres llorar. Callar y construir una imagen de serenidad y alegría. Hacerles creer a mil idiotas que estás bien porque tienes que estarlo; hablar de cualquier cosa con un nudo en el corazón, cuando en el fondo quieres desfallecer en tu cama.

Soy valiente, lo soy. Lo he sido toda mi vida por cada cosa que me han quitado en el mundo. Pongo mi cara más dura. Quizá... expresar ante los demás mis sentimientos no es lo mío, o tal vez solo estoy protegiendo lo único fuerte y valioso que me queda en mi vida de mierda: mi dignidad.

Quiero vomitar, pero me aguanto. Bebo con cada hombre de la mafia que me encuentro, con cada mujer líder de pandillas, incluso con políticos que no hacen más que mirarme los pechos.

—Tu propuesta de compartir tierras con nosotros es justa —me dice una mujer llena de tatuajes—. Ningún Simone había tenido en cuenta a las mafias menores. ¿Se debe a tu inexperiencia o… a que estás acorralada, *cariño*?

—Se debe a que estamos cansados de ser títeres. ¿Desea que se lo repita? Tal vez la edad no le ayuda.

Otros ríen y la anciana, lejos de tomarlo a mal, levanta la copa con gusto. Esta gente no se anda con patrañas; prueba a los golpes, se relaciona con quien le conviene y no perdona nunca. Mi tío se muestra complacido cuando empieza el ritual y, si antes estaba en dudas, ahora todo me sabe a nada.

Leonardo Simone toma una daga con incrustaciones de oro y rasga mi mano para que la sangre gotee sobre el fuego. Todos aplauden, pero ver a Adrian entre la gente hace que lo poco que he logrado disimular se derrumbe en segundos como si nada.

Le evito la mirada. Me digo que ya pasará la opresión en el pecho. Mi vida dio un giro cuando lo conocí, pero así como me he formado una imagen de él, también puedo destruirla.

—Vete a descansar —dice mi tío.

—Todavía no termina la fiesta.

—Con la cara de mierda que tienes, en vez de proyectar poder, emanas debilidad. Solo retienes las lágrimas. No me importa lo que sientas, solo lo que proyectas, así que largo. Di que estás exhausta, vete a tu recámara ahora. No quiero espectáculos. Hablaremos mañana.

Tomo más champán y empiezo a distraerme con otras personas. Transcurre al menos una hora hasta que decido largarme a mi cuarto, fingiendo una jaqueca. El sexo, las drogas, el alcohol y una que otra pelea comienzan a ensuciar el suelo y a impregnar el ambiente de caos.

Le pido a Méndez privacidad absoluta en mi habitación, con el pretexto de que la noche será larga y peligrosa.

—Estoy bien —me digo frente al espejo.

Retengo un grito en mi garganta y caigo en cuenta de que no puedo seguirme haciendo esto. Tengo el corazón hecho mierda, la decepción —aun cuando la mentira me gustaba— empieza a desbordarse. Me desplomo en el suelo y lloro lo que un día me dijeron que no tenía que llorar.

Las lágrimas no ayudan ni sanan, solo queman. Me digo a mí misma «para», pero es imposible cuando tienes tanto dolor en el pecho, ya que a veces no lloramos por una sola cosa, sino por todo lo que no hemos soltado en mucho tiempo. Vuelven las imágenes y siento que todo se desintegra en medio de mis sábanas, que mi pecho arde de forma agresiva. Lo que más me aterra es haber dejado que las cosas llegaran a este punto.

He sido una tonta, una idiota. Cuando pensé que no me dolía, se fue metiendo más en mi corazón y quisiera poder arrancármelo para olvidarlo.

La noche transcurre terriblemente hasta que amanece. Mis músculos se sienten pesados, me estalla la cabeza y, si bien no tengo ganas de levantarme de la cama, no puedo ser ajena a los movimientos de los *soldati* escandalosos en el jardín.

—Señorita Simone —Méndez no tarda en tocar la puerta—. Disculpe la molestia, sé que está indispuesta, pero cumplo con informarle que hay algo urgente y que su tío ha convocado su presencia.

—Gracias —digo puntualmente.

Vuelvo a hundir mi cabeza en la almohada. No tengo ganas de nada, mi rostro luce terriblemente mal y tengo los ojos hinchados. Pero los problemas no se arreglan si no los enfrento y si algo he aprendido en la vida es a ponerle cara al dolor, así me parta.

Me obligo a darme una ducha, maquillar mis ojeras y vestirme con ropa cómoda. Al llegar al comedor me encuentro con mi tío, Lion y… él. Sus ojos se congelan en mi mirada.

—Buenos días —finjo tranquilidad. Todos se sorprenden al verme.

—¿*Cara*?

—¿Qué pasa, tío? Parece que te sorprendiera verme —sonrío y le doy dos besos en las mejillas antes de sentarme a su lado.

—Vaya…, pensé que no ibas a despertar. Anoche te veías terrible.

—Tuve una indigestión desastrosa y me dormí temprano, pero ya es un nuevo día y estoy ansiosa por ejercer mis nuevas labores.

—Sí que las mujeres son extrañas —dice y suelta una carcajada.

—Felicidades —dice Lion—. Te veías radiante anoche. Lograste convencer a los clanes menores de sumar su apoyo, pero, como era de esperar, las ratas empezaron a desesperarse.

—¿Qué sucedió?

—Tiemblan La Hermandad y los Ricardi, al ver que los Simone tenemos una esperanza de supervivencia —agrega mi tío—. Te reconocí como sucesora ante el mundo y eso, sumado a la nueva alianza con los clanes menores, nos convierte en un equipo fuerte. Por ello han empezado a golpear.

—¿Más?

—Ahora buscan la manera de atacarte, tienen fotografías tuyas que amenazan con publicar en los medios. ¿Sabes lo que significa?

—Que me muestro al mundo sin máscaras. Y que no solo nuestros enemigos de toda la vida tratan de matarme, sino los otros clanes extranjeros que nos odian. Lo sé perfectamente.

—Al parecer ayer tuvimos un infiltrado. Ahora intentan negociar —puntualiza Leonardo Simone.

—¿Cómo?

—La Hermandad reafirma su propuesta: quieren nuestros bienes y el diamante blanco. Es su última advertencia —completa Lion.

—Entonces demos un paso adelante. Si el mundo tiene que ver mi rostro, que lo haga.

—Una semana es lo que prometimos anoche a los clanes menores para hacer el trueque del diamante. Atenta contra tu seguridad, si el mundo conoce tu rostro. ¿Cómo lograrás infiltrarte fuera de Italia?

—Estoy cansada del miedo y decidida a enfrentar lo que venga, tío. Quiero terminar con este martirio pronto.

El aire pesa como la mierda cuando los ojos grises de Adrian se posan sobre los míos, pero actúo como si no pasara nada.

—Si esta reunión terminó, entonces cumplo con avisarte que estaré el fin de semana fuera. Me tomaré unos días para mí antes de que todo esto explote.

—Es imposible que estés fuera con estas amenazas en puerta —dice Adrian y su voz altera mis sentidos—. No es buena idea que te vayas.

—No tengo que pedirte permiso.

—No has seguido el entrenamiento por varias semanas, lo cual indica que no estás en forma para tolerar una batida. Te quiero en las salas privadas en quince minutos.

—No. A partir de ahora no sigo órdenes de nadie. He tomado la batuta. Ya no hay más superiores sobre mí.

Termina la reunión y, aunque sé que tengo que hacerme cargo de los problemas del clan, mis ánimos siguen hechos un desastre.

Camino por el pasadizo que da hacia la cocina y siento que unos pasos me siguen con premura. Voy más rápido tratando de tolerar mis emociones al presentir de quién se trata; sin embargo, es tarde cuando tira de mi brazo con fuerza.

—¡Suéltame! —reacciono.

—No he terminado de hablar.

—¿Por qué mejor no vas y le dices a tu anciana que te dé lo que buscas en mí ahora? ¿O qué? ¿Se le cerró su culo recorrido?

Calla y mi botón mental de peligro está a punto de ser presionado, pero no puedo detenerme.

—¿Te la follabas solo de noche o también en el día? ¿Ambos gozaban riéndose de mí?

—Eso ya pasó.

—¿Ya pasó? Qué fácil es justificar el error cuando eres tú quien lo comete. ¿A qué vino esa anciana a mi casa? ¿A recuperar a su amante por celos? Porque nunca fue tu hermana, ¿cierto?

—No.

Su respuesta hace que todo se vuelva aún más incómodo. Insisto en no llorar. «Solo es un juego también», me digo y trato de creérmelo, pero las palabras sobran cuando siento tan extraño el corazón.

—La Gata fue mi amante en el pasado, no hay nada entre nosotros ahora.

Entreabro los labios, perpleja.

—¿Esa mujer era La Gata? Qué estúpida me vi creyéndome todas tus mentiras.

—Es una simple mierda despechada que va a tratar de hacer lo que sea para ganar. Está aquí no solo por mí, sino por ti.

—Y tú fuiste el mártir que se sacrificó para protegerme —ironizo llena de ira—. ¡Vete a la mierda!

—Cuida tus malditas palabras.

—Déjame en paz. No quiero volver a verte.

Las lágrimas corren por mi rostro cuando me voy, pero me las limpio con el afán de seguir adelante de una maldita vez. No puedo seguir dándoles poder a mis emociones.

Me obligo a inventar cualquier excusa para ocupar mi mente en otra cosa, aun cuando me siento a morir. Mi fin de semana acaba de cobrar sentido al enterarme de que mis amigas han hecho un *tour* por las playas del sur, lo cual indica que están en Italia todavía. Les escribo con el fin de distraerme y me invitan a un concierto que acepto con la única condición de que sea un plan de solo chicas.

—*Hija…* —mi nana entra a la habitación para abrazarme.

—¿Nana? No deberías estar aquí, tienes descanso médico —la regaño con la voz ronca, tal vez por acallar el llanto que aún llevo contenido.

—*No comiste nada y me preocupa. Te hice algo delicioso.*

—No tengo hambre.

No me cree.

—*¿Es mi culpa, cierto?* —sus ojos brillan.

—No, para nada.

—*Perdóname. No quería darte este dolor, pero tenías que verlo por ti misma, si no, no ibas a creerme. Mira que meterse con su hermana, ¿en qué clase de cabeza racional cabe? Es un pecado mortal lo que hizo.*

Es como si respirara vidrios cada vez que alguien me trae el tema a la mente. Fue ella quien me alertó de que algo pasaba al llevarme con engaños a la habitación de mi tío.

—Hiciste bien —digo sin explicar más.

—*Pero odio ver esa carita tan triste* —dice y me acaricia el rostro.

—¿Triste? —sonrío, besándole las manos—. Pero si estoy más feliz que nunca.

El rostro se le apaga.

—*Oí que tu tío te dejará irte el fin de semana, está de buen humor.*

—Porque sabe que no puede tener una pelea conmigo antes de que entregue los diamantes. No le conviene.

—*Debemos hacer que tu tío eche a ese hombre de esta casa, que junte el dinero que le debe y le pague para que se largue pronto. Mira que querer alejarte de mí…*

—Nadie me podrá alejar de ti, nana.

La voz de Mateíto jugando en el jardín nos interrumpe y me doy cuenta de que Elena está parada en el marco de la puerta.

—Disculpe, venía… trayendo manteles —se excusa.

—¡Bianca! ¡Ven a jugar! —el niño se acerca gritando y su mamá lo calla.

—¡Oye! ¡Silencio! —dice Elena y lo toma del brazo.

—No, por favor. No te lo lleves —imploro.

Me acerco a él para abrazarlo y darle un beso.

—¿Cómo estás, pequeñín?

—Extrañándote, novia. ¿Tú también me extrañaste?

—Claro que sí, novio —le sigo el juego.

—Mamá, ¿puedo quedarme?

—No. Hay guardias cerca, los *soldati* entraron a resguardar la casa, Julian y todo el equipo han estado por aquí y…

—Yo me encargo —tomo su manita—. No te preocupes.

Elena acepta con cierto temor. Jugamos un rato en el jardín privado de los sirvientes con su pelota y Mateíto me pregunta cómo es la mansión completa, por lo que decido darle un paseo.

—¿No me van a matar? —dice inocentemente.

—No, tranquilo. Vamos a mi recámara. Allí podemos ver una película y comer *pop corn.*

—¡Sí! ¡Me gusta el *pop corn*! —dice saltando y llevo mi dedo a la boca en señal de silencio mientras avanzamos a las escaleras.

—¡Guau! —exclama cuando entramos.

—¿Qué pasa, pequeño? ¿No te gusta?

—¿Todo esto es tuyo? Yo no tengo algo así —toca mi mesa, los cuadros, mi sillón, haciendo que mi corazón se haga chiquito.

—No —respondo—. Es el producto del dinero de mi padre y mi tío. No me pertenece.

—¿Por la mafia?

—Sí —decido no mentirle—. ¿Sabes lo que somos, cierto?

Asiente.

—¡*Soldati* de la orden! —pone su voz ronca—. Papá dice eso. Que vivimos para cuidar a los Simone.

—Y tú… ¿quieres esto?

Alza los hombros.

—No sé. Quiero ser como mi papá, pero también poderoso como el señor malo.

Sé a quién se refiere. Trato de sonreír, pero no me sale.

—Tú puedes ser lo que quieras, pequeño.

Lo abrazo, él hace lo mismo y siento que un nudo se me atora en la garganta.

—¿Te pones triste por tu mamá? —pregunta, acariciando mi rostro.

—¿Cómo?

—Por tu mamá. ¿La extrañas? —murmura y me obligo a sonreír.

—No es eso.

—No llores, Bianca —su dedito me acaricia—. A la señora Ángela no le gustaría verte llorar.

Mi sonrisa se borra.

—¿A quién?

—A tu mamá —suelta con inocencia—. Se llama Ángela y mi mamá era su mejor amiga.

Mi corazón se acelera. Intento ordenar mis pensamientos. ¿Ángela? ¿El verdadero nombre de mi madre es Ángela? ¿Amiga de Elena? Recuerdos de mi nana a solas con ella pasan por mi mente, alguna de esas conversaciones que llegué a escuchar, las mismas que callaban cuando notaban mi presencia.

—¿Tú sabes dónde está Ángela, corazón? —intento persuadirlo, pero el niño se da cuenta de

que cometió un error y se lleva las manitas a la boca.

—Oh, oh…

—Contéstame, por favor —lo miro fijamente—. No sabes cuánto tiempo la he buscado.

—Es que mamá se va a enojar y me va a castigar.

—No. No lo hará, te lo prometo. Jamás se lo diré.

Sus ojitos dudan, pero entonces se acerca a mi oído y susurra.

—Mamá le dijo a mi papá que tú no debías saber nada porque la señora Cyra se iba a molestar.

—¿Cyra? ¿Mi nana?

El niño asiente.

—Es muy renegona y mala conmigo. Me jaló así la orejita cuando me porté mal.

—Es una anciana cascarrabias a veces.

Se queda en silencio.

—¿Tú sabes dónde está Ángela? ¿Escuchaste a tu mami decirlo?

—Es que…

Mira hacia otra parte, nervioso. No lo estoy haciendo bien. Estoy ejerciendo poder sobre un niño que no tiene la culpa de nada. Sin embargo, algo me dice que insista.

—Por favor… —la tensión se me sube.

—Se fue, pero la señora Cyra se quedó con una carta que dejó tu mamá para ti antes de irse y no te la va a dar nunca. Yo no sé nada, no sé nada más, te lo juro.

De los nervios, Mateíto sale corriendo de la habitación mientras el corazón me late incontrolablemente.



40.
UNA TRAMPA

Bianca

Ángela... «Ese es el nombre de mi madre», me repito una y mil veces en mi cabeza, tratando de procesar lo que acaba de revelárseme.

¿Será cierto lo de la carta o solo es producto de la imaginación del niño? No estoy dispuesta a esperar más tiempo para saberlo, mis pasos actúan por inercia. Corro hacia el área de servicio donde me escondo de algunas mucamas, mi piel suda frío, sin embargo, sigo mi instinto.

Entro en la habitación de Cyra sin que nadie se dé cuenta. Llevo años practicando el camuflaje. El lugar luce tan normal como siempre. Empiezo a revisar cada cajón y nada, solo objetos personales, rosarios, además de un arma que estoy segura de que mi nana la tiene por protección, como todos los empleados.

¿Dónde escondería mi nana sus cosas? Voy al baño para hallar una respuesta, pero sin éxito. «¡El armario!», pienso enseguida. Lo abro y solo hay ropa de casa. Voy a profundidad cuando…

—Señorita Simone —me dice una mucama al verme. Tiene toallas limpias en los brazos—. ¿Necesita algo?

—¿Qué haces aquí? —finjo desinterés.

—Vine a asear la habitación de la señora Cyra, ya que ella no puede hacer mucho esfuerzo.

—Oh… es que… —acomodo la ropa en el armario— venía a darle una sorpresa. Un regalo, como cuando era una niña y le escondía mis cosas. No le vayas a decir nada.

—Entiendo. No se preocupe —sonríe.

Las mejillas se me calientan al notar que la mucama no tiene intención de irse. El nombre de mi madre se repite una y otra vez en mi cabeza, así que me voy al jardín y el pequeño Mateo me mira nervioso, por lo que voy a darle un abrazo para que se quede tranquilo.

—Mi intención no era presionarte. Esta es mi responsabilidad y no la tuya.

Sus ojos se suavizan cuando se lo digo.

—No quiero que mi mami me castigue.

—Será un secreto entre nosotros. ¿De acuerdo? ¿Me perdonas?

Asiente.

—Dame un beso.

Me lo da en el cachete y correspondo de la misma manera, apretándolo.

—¿Te vas de viaje? —me pregunta al ver que Méndez me trae un maletín pequeño que alisté hace horas.

—Solo unos días y regreso.

—Te extrañaré mucho, novia.

Después de darle otro beso, me enrumbo junto a Méndez hacia Roma, esperando que este viaje me sirva para ordenar mis ideas. Por fin sé el nombre de mi madre, el indicio de una carta, pero toda la emoción que debería experimentar se desinfla al sentir que la tristeza vuelve a embargarme.

«Pasará. Debo pensar en cosas que verdaderamente importan», me digo.

Mi plan de libertad sigue en marcha… sola.

La toma del clan tras la jugada de los diamantes será algo inevitable.

Habrá sangre, guerra, revueltas y debo estar preparada, pero no ahora, que siento hundirme en el vacío.

Méndez me avisa que llegamos después de media hora de camino. Voy además con una seguridad de inteligencia que se mantiene invisible para prevenir inconvenientes. El hotel cinco estrellas donde se quedan mis amigas parece seguro. Dejo mi equipaje en el *lobby* y enseguida llegan a recibirme, ya que estamos con el tiempo justo para llegar al concierto.

—Oh… Pero miren qué auto. ¡Amiga mía, te extrañamos!

Hacen un escándalo mientras ingresan al vehículo.

—¡Hoy es un día de fiesta! —grita Steph—. Volvemos a nuestra vida aburrida en Estados Unidos, pero…

Entre todas se miran.

—¡Con hombres encima! —ríen y me pregunto qué estará pensando Méndez al escucharlas.

Le pido que cierre la división del auto cuando las cosas se descontrolan. Las risas me suben el ánimo. Realmente es bueno despejarse. Es su último día en la ciudad y quién sabe cuándo volveré a verlas.

—El viaje estuvo delicioso —asevera Marie.

—¿Cuándo regresaron? —pregunto curiosa.

—En realidad nunca nos fuimos —añade Lau—. Kristoff nos invitó a su mansión de lujo en Toscana.

—¿Kristoff? ¿Mansión de lujo? ¿Toscana? ¿Le robó a un narco? —digo en broma.

—Pues parece que tiene un padrino millonario en Italia —dice Steph—. No lo invitamos al concierto porque tú no quisiste.

—Se supone que es una salida de chicas —me excuso.

—¿No será que todavía no lo superas? —Marie me da un codazo.

—Ay, no, cállate, puta —asevera Steph —, recuerden que ella tiene su «entrenador del gimnasio». ¿Se imaginan que nos siga como la vez pasada? ¡Uf, excitante!

Mis mejillas se enrojecen, pero de ira.

—No pasará.

—Pues yo voto por Kristoff, el grande —Marie se lleva otro *shot* a la boca—. Que de seguro la tiene grande.

Todas ríen, el alcohol empieza a pasarles factura de la peor manera, por lo que trato de no caer en ese desenfreno, aunque no sé si lo logre.

El lugar es increíble para un concierto en Roma. Había extrañado vivir en la normalidad y se siente tan bien que no quiero que acabe el día. Las entradas costaron más de quinientos euros, es un festival de bandas conocidas —entre ellas, americanas—, que tienen un tour por Europa y nos divertimos durante la noche.

Tengo muchos motivos para sentirme sensible; probablemente no sobreviva en la entrega de los diamantes. La presión de haber sido destinada a la mafia me pesa, sin contar lo que viene callando mi corazón.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué esa cara de funeral? —me regaña Steph y la abrazo.

—Es que pronto iré a un largo viaje y voy a extrañarlas.

—¿A dónde?

—Cosas de negocios. Ya saben, la familia.

—Yo sé —dice Lau borracha—. Te peleaste con tu novio y esta es la tonta excusa que inventas, aunque finjamos que te creemos. Hagámonos las idiotas.

Les doy por su lado para que no sigan preguntando. Seguimos cantando a viva voz durante el concierto por alrededor de tres horas y, a diferencia de la última vez que salimos, en esta oportunidad procuro no beber para evadir mis sentimientos.

Cuatro de la mañana. Vamos rumbo al hotel, esta vez en taxi para evitar sospechas. Las tres están extremadamente borrachas, aún no puedo encender mi móvil porque se quebró cuando Steph me lo quitó de improviso y cayó al suelo. Pago con los últimos euros que me quedan en la billetera, las ayudo a subir a su habitación, pero una de ellas me vomita encima por lo que tengo que darme una ducha rápida y cambiarme de ropa.

El ahogo en la recámara es persistente a medida que pasa el tiempo, los pensamientos me acechan, no puedo dormir y cada vez que las escucho roncar tengo pesadillas, así que decido bajar hasta el bar para tomar algo.

—Disculpe, señorita, no hay atención, cerró hace quince minutos —dice el camarero con pena.

—Pero yo sí te puedo invitar un vaso de ron, si se te antoja —me dicen desde un extremo.

Pienso que es un acosador de chicas, pero cuando veo bien, lo reconozco—. Hola, Bicho.

Kristoff.

El camarero se va, dejándonos la sala.

—¿Te asusté?

—No, solo… me tomaste de improviso.

—Pensé que también te habías ido a la fiesta. Vengo con las chicas, ¿no te lo dijeron? No quisiste que vaya con ustedes.

—No estoy de humor.

—No te enojes —me toma del brazo—. Desde la piscina hay una linda vista del amanecer. Acompáñame.

Su tranquilidad me da calma. Quizá estoy paranoica, quizá debería solo relajarme. De pronto se detiene y me mira sonreído.

—¿Qué? ¿Piensas que voy a adulterar el alcohol y llevarte a mi cama con engaños? Como amigos, lo prometo.

No sé si es mi falta de sueño o la madrugada, pero el plan no me parece tan descabellado. Al menos no si se trata de la compañía de alguien.

Nos sentamos al borde de la piscina e introduzco mis pies en el agua. El cielo desprende sus primeras hebras de claridad.

—Es interesante cómo la vida nos junta.

—O es un plan perfectamente articulado —digo.

—Esta vez fue casualidad, en serio.

La tristeza no se va de mi cabeza, aunque quiera, y no sé cómo explicarlo, es como si estuviera presente, pero al mismo tiempo no lo estuviera.

—¿Piensas en él, cierto? —lo dice con sinceridad.

—¿Qué? —respondo.

—Adrian, así se llama. Lo dijeron las chicas.

—No.

—Siempre mientes mal, Bicho.

—Odio que me digas Bicho.

Me toma el cachete jugueteando conmigo como en el pasado.

—Pero nunca dejaré de decírtelo porque es así como te recuerdo. ¿Quieres? —me enseña su bolsillo y puedo ver el polvo blanco en un sobre transparente—. Ayuda a volar sin que duela.

—Sigues en esa mierda —lo regaño—. No, Kristoff.

—Es lo único que me acompaña. No tengo a nadie en el mundo y la droga es mi mejor amiga. Me va bien... —lo dice con naturalidad—. Me ayudó a superar que ya no te tengo en mi vida y que he sido un idiota.

Volteo los ojos.

—¿Vamos a seguir con eso?

—Pensé que te haría sonreír.

—No estoy bien —digo, en un impulso.

—Lo sé, se te nota —toma un mechón de mi cabello y lo lleva atrás de mi oreja—. ¿Te peleaste con tu novio?

El aire me pesa.

—No somos nada —respondo rápido.

—Otro que perdió una joya, otro que cayó en tus garras... —ríe.

—¿En mis garras?

—En tus garras, cariño. Los que te conocemos de verdad podríamos afirmarlo.

Maldito imbécil.

—¿Y tú me conoces, Kristoff?

—Por supuesto. Desde tu comida favorita hasta qué tipo de música bailas. Te conozco más de lo que ese idiota puede saber.

Decido no contestar.

—¿Lo quieres, cierto? Y se salió de tus planes.

—A veces no escogemos a quién querer ni a quién odiar porque simplemente sucede.

—Pero no vas a dejar que te lastime, así como lo hiciste conmigo.

—Eso es pasado.

—Pero podría ser un presente.

Giro mi cabeza y ya lo tengo cerca de mi mentón. Huele a ron con tabaco, sus labios se tensan, sus ojos me miran ansiando algo que no me place.

—No funcionaría.

—¿Por qué no? Aún te quiero.

—¿Estás consciente de lo que estás diciendo?

—No soy de los hombres que ruegan, pero por ti me he humillado muchas veces. Puede que funcione o no, pero al menos habremos tenido la oportunidad que me negaste hace años cuando cometí el error más grande de mi vida.

—Kristoff...

—Sé que me necesitas.

Mi cabeza es un mar de preguntas sin respuestas y entonces me besa, sostiene con su mano mi rostro para hundir sus labios. Es extraño el calor de un hombre distinto, otro olor al rozar mi piel, otra punzada en mi interior al experimentar su lengua. Estoy tan afectada ahora, aunque lo niegue, tan llena de incertidumbres, que no sé qué sentir o cómo reaccionar en este momento. Conozco sus movimientos, mi cuerpo reacciona a ellos. Pero otro hombre me quema distinto.

Otro me gusta. Otro se robó mi cordura, incluso las ganas de seguir con mis planes. Cuando Kristoff introduce su mano entre mis piernas las alertas me asaltan.

—Hay algo que tengo que mostrarte —sonríe—. Bueno, a alguien.

—¿Quién?

—Acompáñame.

—No estoy para tus trucos ahora.

—Será divertido. Estoy seguro de que apreciarás este favor cuando lo veas.

El aire se me va cuando se levanta y tira de mi brazo con fuerza, obligándome a seguirlo. Me lleva casi a empujones hacia la última planta del hotel, donde solo están las suites de cinco estrellas. Es imposible no saber lo que busca.

—No —digo con determinación, aunque tal vez mi rabia no me lo permita.

—Quiero presentarte a alguien que ha estado buscándote desde hace mucho.

—Ya te dije que no estoy para bromas.

Intento irme, pero él me sostiene la muñeca mientras la puerta se abre. Levanto mi rostro, perpleja. Algo en mí se revuelve y me descentra.

—De la sangre eres y por la sangre morirás —dice la misma voz, el mismo hombre; su rostro frío—. Hola, *bella*.

Maurizio Ricardi.



41.
FUEGO Y HIELO

Adrian

Otra noche sin dormir. Distingo el amanecer desde mi ático de Roma, fuera de Villa Regina. No hay turistas ni religiosos golpeándose el pecho, tampoco fiestas de mierda en cada esquina, pero el silencio acarrea un solo pensamiento y ese pensamiento es ella. No puedo sacármela de la mente, aunque todo se haya ido al carajo.

Aquella noche la escuché llorar. Méndez me miró y solo se mantuvo en silencio como si no pasara nada. Joder, estuve a punto de tocar su maldita puerta. Lo había pensado mil veces, pero mi lógica era la misma: «Déjala».

La Gata elevó su reputación en la mafia, enterró el puñal sabiendo perfectamente lo que hacía. ¿Y qué iba a decirle a Bianca? ¿La verdad? ¿Que La Gata era mi amante desde que era un puberto? ¿O que solo llegué a su vida para matarla? Es una tontería.

No sé lidiar con explicaciones. Estaba confundido, tenso, y en el desayuno sorprendió a todos con su presencia.

Sonreía como si nada pasara, como si sus lágrimas se hubieran esfumado. Estaba totalmente desconcertado porque me había imaginado una Bianca distinta, con un aspecto terrible, pero vi a otra persona que estaba ejerciendo su nueva función en la mafia.

Y me atraía. Me desesperaba. Necesitaba besarla, arrancarle el alma con mis labios, hacerla mía de un tirón como siempre.

Es solo un culo, Tormenta.

El trago cala en mi lengua al igual que el puro. La combinación se siente bien, invade mis fosas nasales expandiéndolas mientras camino hacia el móvil, hastiado de escucharlo sonar. Lo apago de golpe.

—Eres más terco que una mula —reacciono por impulso y tomo mi arma para apuntar a la voz que está tras de mí—. Soy yo, tranquilo.

Erick. Imbécil de mierda.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que entrar a esperarte porque igual me ibas a cortar la llamada. Mis habilidades como *hacker* siempre están por encima del promedio. Y también dormí un rato en tu recámara, espero no te moleste.

—Recoge tus piojos de mi cama antes de largarte.

—Yo también te aprecio, amigo mío.

Suelta una risa irónica.

—¿Problemas? —pregunta.

—No —respondo.

—Déjame adivinar: Bianca Simone.

Escuchar su nombre me enardece, pero es aún peor escucharlo en los labios de otro.

—Lo sabe —afirma—. La Gata tramó un encuentro para que los descubriera.

Me dejo caer en el sofá y sigo saboreando mi puro. Erick es como un ser invisible, está en todas partes y sabe la vida de todo el mundo.

—Si me hubieras contestado el móvil, te lo habría advertido —continúa—. Hubo movimientos extraños en la organización desde tu incidente con La Gata en la barranca; se peleó con Ryan y ya muchos la consideran una traidora.

—Ya no importa. Bianca sabe que fue mi amante.

—Pero aún no tiene idea de tus verdaderos planes. ¿Qué vas a hacer?

—Acabar con todo. Entregará el diamante en una semana y yo terminaré, por fin, esta mierda.

Me mira fijamente.

—¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto.

—¿La entregarás a Ryan aun cuando la quieres?

Aquella palabra es una bofetada agresiva. Lo fulmino con la mirada. Mi lado defensivo se agita.

—Déjate de estupideces y lárgate ahora.

—Soy tu único amigo, Adrian. Hemos compartido tantas cosas desde que fuiste parte de la ORSE y yo era un simple *hacker* en crecimiento. Te conozco más que nadie en el mundo.

—Solo es un culo.

—A la que intentas proteger como sea.

—Manejo el juego a mi antojo.

—Pero quieres ayudarla a escapar.

—¡Para garantizar que sea yo quien acabe con su vida y no otros!

—¡¿Mirándola como la miras?! Por favor…, basta ya de tonterías. Es la primera vez que te veo… siendo humano. Fuiste el más afectado desde que mataron a tu familia y entraste a las

jaulas de la organización, el que no quiso huir como los otros solo por quedarse con La Gata para vencer a los Simone, y quien ha orientado su vida a un abismo.

—No necesito discursos moralistas.

—Pero sí a alguien que se atreva a decirte tus verdades sin que te tenga miedo.

—Nada ni nadie impedirá que logre mi cometido, así sea lo último que haga.

El móvil de contacto con los Simone vibra, disipando la tensión del momento. Erick levanta la mano antes de que conteste. Se aísla debido a que existen sistemas profesionales de rastreo capaces de ver a través de la cámara del móvil, por lo que solo abro el acceso cuando lo pide de mala gana y la fotografía que veo me golpea.

—*Señor, tenemos información de que un Ricardi está en Roma e ingresó camuflado al hotel donde se hospedaba la señorita Simone.*

La sangre me hierve mientras Erick entra en su computador para *hackear* los accesos.

—Dame ubicación.

—Vía Vittorio Emanuele Orlando, es la calle del hotel.

—Contacten a Méndez ahora.

Erick inicia su proceso de *hackeo*.

—Su móvil está apagado, deben haberlo intervenido. El personal de inteligencia ha entrado en el hotel, va a disparar en caso de que toquen a la señorita. Se sospecha de un intento de secuestro de la mafia ahora que ella ha tomado el poder.

—Manténganme informado.

Cuelgo. Erick está concentrado en la pantalla.

—Aquí —dice al hallar el lugar.

El registro en tiempo real de las grabaciones muestra a Bianca dejando la maleta, saliendo con esas zorras, regresando en la noche y…

—No estuvo en la habitación —confirma Erick—. El tal Kristoff ronda por ahí.

Parece que mi cabeza explotará, pero me controlo.

—Se ve que conversan en la piscina del hotel, luego se mueven a otro lugar. Pasaré directo a la situación más reciente para ver si sigue en el hotel.

—No.

—Lo anterior no debería importarte.

—Quiero ver.

Respira y le da clic a la escena de la piscina. Bianca está junto a Kristoff; este la acaricia y luego… la besa. Ella responde al beso sin resistirse.

—Pasaré a la escena más actual —continúa Erick—. Aquí hay algo extraño, parece que…

La escena se repite mientras mis sentidos se nublan. Parece que lo disfruta y siento que el puño me explota. Hijo de puta, mil veces hijo de puta. Golpeo la mesa tan fuerte que se tambalea

y me sangran las manos. La toca y luego introduce su mano entre sus piernas...

—¡Adrian!

No lo soporto. Lo mataré, trituraré sus jodidos dedos además de hacer puré sus minúsculas pelotas.

Miro mis manos destruidas mientras las cámaras me muestran lo que sigue; van por el ascensor, él tira de ella casi a la fuerza, se detienen frente a la habitación donde se ve a otro hombre.

—No hay más —determina Erick, tecleando.

—¿Qué?

—Borraron las cámaras directas del último piso del hotel. Fue intencional.

—Detén la grabación minutos antes de que se corte —ordeno, para luego hacer zoom—. Haz clic en el rostro de ese hombre.

—Identificándolo… —continúa Erick, y cuando la señal nos arroja la información, el contacto desde la base de los Simone alerta…

—¡Es Maurizio Ricardi! —dice la voz del tipo de inteligencia.

No hay rastros de Bianca. Recibo una señal de los Simone que bordean la zona. Esto va a ser una masacre, van a entrar al hotel y disparar a sangre fría, pero no es lo correcto. Ellos quieren distraernos, por lo que ordeno inmediatamente seguir buscando señales de Bianca.

No apretó el botón de pánico. Lo lleva como un brazalete. Tampoco hay señal de los rastreadores en su piel. ¿Qué demonios tiene en la cabeza? ¿Por qué mierda no emitió las señales cuando sabía que debía hacerlo?

Su plan es su plan. Escapará.

No... no podría jugar con esto. No podría escapar sin que yo lo haya notado. No con Kristoff.

Activo las señales de sus zapatos. Puse un rastreador hace un tiempo sin que se diera cuenta, lo cual nos lleva a una fuga en un auto.

—Están saliendo del hotel —dice Julian por teléfono.

—¡Sigan al auto ahora!

Tomo dos armas más y Erick me sigue. Mientras vamos por la carretera armamos un plan para desbaratarlos.

La gente sale de sus casas en pleno amanecer, clamando por sus vidas. Los ataques de la mafia son matutinos desde que La Hermandad declaró la guerra a los Simone. Veo circular el armamento por las calles, pero lo que más me preocupa es que un auto blindado escapa.

—¡Derecha! —dice Julian.

—Iré yo —determino por el auricular mientras veo en tiempo real la dirección.

En minutos, me subo en una moto y acorto calles mientras las balas pasan alrededor de mi cuerpo. Los Simone me cubren, eliminando cualquier tipo de peligro. Me meto entre los autos,

golpeando vidrios, disparando, hasta que un explosivo hace que los guardaespaldas de Simone y los pocos que cubren a Ricardi salgan volando.

—¡Deténgase! —le apunto al chofer del auto que persigo, mientras los otros carros de los Simone entran a la calle para rodearlos—. Voy a matarte —digo mientras Maurizio me mira con una sonrisa.

—Regresarás sola, *bella*.

Bianca palidece, se ve… ¿tranquila? junto al hermano de una de las familias que tanto odia. Abro la puerta del auto y…

—Ángela…, mi novia.

La besa.

La sangre me hierve, descontrolando hasta mi última célula viva del cuerpo.

—Adrian —ella pone su mano cuando estoy a punto de dispararle para que no lo haga y la risa de ese hombre me hace pensar que está mal de la cabeza.

—Ella será tu muerte… —dice y me arden las venas.

La aparto de él, tirando de su brazo con fuerza. Apunto al pobre demente, que dice algo entre dientes, y se escucha una explosión. Un edificio se derrumba.

—¡Abajo! —gritan los *soldati* mientras alejo a Bianca, pero Maurizio escapa. Tomo su mano para obligarla a correr hacia la moto mientras me esquiva.

—¡Puedo cuidarme sola! ¡No me toques!

—No. Al parecer, no puedes —digo y el sonido de un helicóptero me alerta.

—¡¿Qué haces?!

Nuestros ojos se miran fijamente, su olor es como una ráfaga que recorre mis sentidos y las palabras de Erick empiezan a rebotar en mi cabeza.

No, no puedo quererla. Si lo hiciera, estaría perdido.

Bianca

Dos horas he permanecido recluida en la sala de la mansión, esperando a que regrese mi tío de su viaje de emergencia. Los *soldati* de inteligencia aún no me obedecen, al menos hasta que el líder actual dimita. Vigilan la sala de norte a sur como si fuese una delincuente. ¿Y yo? Sigo temblando. Es la segunda vez que estoy cara a cara con un Ricardi y, aunque mi bronca sea su hermano mayor, su solo apellido es un peligro para mi supervivencia.

Su mirada, su voz, su acento norteño me hicieron pensar en muchas posibilidades de las que imaginé en un momento. No me lastimó cuando pudo haberme entregado a su hermano, por el contrario, se dedicó a leerme poesía.

Sus palabras me dejaron perpleja luego de que Kristoff, aparentemente drogado, me dejara sola allí, diciendo que era lo que necesitaba. Maurizio solo me miraba como si fuese una obra de arte y, por alguna razón, algo en él me llamaba, pero sabía que tenía poco tiempo antes de que los míos descubrieran su presencia y todo explotara de repente.

—¡Bianca! —escucho la voz de mi tío—. ¡Quiero una maldita explicación ahora!

Sus pasos llegan hasta mí enardecidos y no es el único que necesita respuestas.

—Sucedió de improviso. Yo no lo busqué. Me llamó Ángela.

Todo en él palidece: su piel, sus labios, sus manos duras.

—Es el nombre de mi madre y no puedes negarla. Quiero que me digas ahora toda la verdad.

Se queda en silencio.

—¡Habla de una maldita vez! —me exalto—. Me besó llamándola. ¿Y sabes qué sentí? Asco de estar en medio de esta porquería, de una historia que desconozco y que me han negado saber, aunque tengo todo el derecho. Quiero la verdad ahora.

Sus ojos se incendian.

—¿Mi padre le robó el amor de mi madre? ¿Es eso? ¿Fue una sirvienta que ambos querían para llevársela como trofeo? Aún en su demencia, en los ojos de Maurizio Ricardi había amor cuando hablaba de ella. No encuentro más razón a este odio desmedido entre familias.

—No sé de qué me hablas.

—Ya quitémonos las caretas, tío —sujeto su brazo—. Necesito saberlo. El hombre dijo que encontraría las respuestas frente al espejo, que si quería saber toda la verdad terminaría buscándolo y voy a hacerlo si no me dices la verdad ahora.

Sé que hay algo más allá de una simple «historia de amor cliché entre patrón y sirvienta», algo más fuerte, porque solo se odia a quienes nos dañan con algo que nos importa.

—Lo único que necesitas saber es que los Ricardi se metieron con lo nuestro y que tu misión es cobrar cuentas, no solo por tu padre sino también por tu madre.

Se acerca a mí con ojos de fuego mientras me estira la mano.

—Por la sangre, Bianca. Venga a tu raza.

—Por la sangre.

No estoy segura de lo que me pasa. El día se hace largo, más de lo que imaginé. Es agotador buscar entre empleados, *soldati*, guardaespaldas y todos los que trabajan en la mansión a algún espía camuflado. Llega la medianoche y mi cuerpo empieza a sentir los estragos del estrés, sin embargo, no dejo de pensar en lo que me ha estado dando vueltas en la cabeza todo el día, junto a las palabras de Maurizio Ricardi que no salen de mi mente.

«Tan solo necesitas verte al espejo para recordar lo hermosa y grande que eres. Buscas respuestas que están dentro de ti misma, Ángela. Pero si esa imagen no te complace, estaré esperándote. Tú vendrás a buscarme. Y ese día... tal vez sea un renacer o tu firma de muerte».

Son tantas preguntas sin respuestas, incógnitas, engaños, que lo único de lo que estoy segura es de que mi madre no está muerta. Es la única que puede darme claras respuestas. Ella está en algún lugar del mundo escondiéndose.

«Voy a encontrarla luego de escapar de todo esto», me digo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al descubrirlo en un rincón de mi habitación, pero no contesta —. ¿Qué demonios haces aquí, Adrian?

Su nombre es lo último que quiero escuchar ahora. Todo es complicado para mí en este momento y él siempre termina siendo un detonante.

—Tu tío ordenó matar a las ratas y estoy de acuerdo con ello. Dime dónde está el enano albino.

—No lo sé —sostengo mi mirada fría—. ¿No se supone que tú eres el todopoderoso?

—Voy a matarlo.

—¿Vas a matarlo por qué?

—Te entregó a los Ricardi.

—¿Es por eso o porque no soportaste verme besándolo? —lo miro y sus ojos se incendian. Era de esperarse: me estaba espiando—. Predecible, Adrian Petrov. Últimamente decepcionas.

—El papel de despechada te queda ridículo —toca mi brazo.

—¿Qué se siente? —sonrío—. ¿Qué se siente verme así... toda dispuesta al cuerpo de otro? Disfruté ese beso, lo gocé como no tienes idea. Oh..., y su mano —saco mi lengua y bordeo la comisura de mis labios—. Deliciosa mano. De hecho, si no hubiera sido por ese otro tipo me lo hubiera cogido ahí mismo.

—Si me buscas, vas a encontrarme —dice acercando sus labios a los míos—. Podría someterte ahora mismo, niña. ¡Cierra la puta boca!

—¿O qué? —sonrío.

—O te la cierro de otras maneras —me tira a la cama y se sube encima de mí como si fuera un animal. Puedo sentir su respiración agitada, sus celos reprimidos. Sin pensarlo, me roza lento y a la vez fuerte. Mueve su cadera de abajo hacia arriba mientras sus ojos se clavan en los míos.

—¿Crees que me muero por besarte? ¿Por cogerte? Estás muy equivocado, cariño. Hay una sola respuesta para esto: ya no quiero. No me provocas, pasaste de moda.

Se queda perplejo al oírme, entonces gime de rabia. Aprieta mis muñecas de forma agresiva, pero no cedo. Solo sostengo mi mirada en la suya y parece entender que es inútil seguir con esto. Me suelta.

No dice nada más cuando su cuerpo se libera del mío, entonces miro de reojo sus nudillos lastimados. Por Dios, este hombre está loco. Muy loco. Pero no voy a complacerlo, aunque yo también tenga ganas. La imagen de La Gata mientras lo besaba es suficientemente poderosa aún en mis recuerdos.

Hay una diferencia abismal entre querer y poder hacer algo. Quiero con toda mi alma ahora mismo refugiarme en sus brazos, pero mi razón obedece a mi orgullo.

—Vete —digo, casi sin voz.

—Tengo razones de peso para quedarme.

—¿Así?

—Tú.

Siento que mi corazón se arrebata. Se me remueve un piso que intento reconstruir y, por más que no quiera, me afecta.

—¡Fuera de aquí!

—¡Deja ya el estúpido berrinche y tu careta de mártir, que a nadie en este mundo le importa! Dices querer ser líder de un clan, pero ni siquiera sabes manejar tus emociones; las escondes vilmente en una máscara. Piensas que esta es una ridícula historia de amor y la juzgas como tal, cuando vivimos en la mafia: un mundo donde engañar, hacer todo por ganar o follar significa lo mismo y yo… no sé por qué carajos estoy aquí. No sé por qué carajos me jodes la existencia, por qué me comporto como un imbécil contigo.

—¿Así que esa es tu debilidad, Adrian? ¿Yo?

Reacciona violentamente pegándome contra la pared, agarrando mi cuello con una de sus manos y me quedo quieta.

—Aguanto, pero me sé vengar.

—Empiezas a cansarme, niña.

—Aléjate de mí.

Tiemblo cuando sus labios se acercan a los míos.

—Y si te beso, ¿qué? —gruñe—. ¿Lo podrás evitar?

Mantengo mi sonrisa, aunque no pueda respirar.

—Ella no, pero yo sí…, mi niño.

La voz de La Gata reverbera en mis tímpanos.



42.
HERIDAS ABIERTAS

Bianca

No la he visto desde aquel día, pero el odio es mutuo cuando nuestros ojos se cruzan, cuando su cuerpo trata de aferrarse a un Adrian que ni siquiera la mira y solo reacciona por impulso.

La toma del brazo y la aleja, pero esta se niega. Se desenfrena tratando de besarlo, tocarlo, apartarlo en un acto desesperado por retenerlo.

—¿No me extrañaste, amor?

—Vete de aquí —ordena Adrian.

—¿No fue suficiente para ti verme cogiendo con mi hombre? ¿Tan poca cosa eres para seguir con alguien que no hace más que pensar en otra? —me dice.

La vieja se acerca y la ira se me acumula en la garganta, pero no caeré en su provocación, por lo que solo me río.

—¡Deja de reírte, perra! —su mirada me consume. Adrian la empuja hacia la puerta.

—¡He dicho que te largues!

La Gata cae y mi sonrisa no desaparece. Se levanta furiosa, intenta golpear a Adrian, pero este se defiende inmovilizándola.

—Jamás me hablaste así, mi niño. Jamás tú...

Juro que no la soporto. Está loca, desquiciada, demente, pero se ve que hay en ellos una íntima confianza que mi interior rechaza.

—Patética —digo porque no puedo controlarme—. Patéticos —me corrijo—. ¿Por qué mejor no se van de mi habitación a coger tranquilos en cualquier hotelucho? Creo que a tu viejita le hace falta.

—Cuéntale, mi niño, que hemos cogido burlándonos de ella. Dile que me dejas montarte, que conmigo aprendiste lo que era que se te ponga dura, que yo te di…

—Fuera —insiste Adrian—. Quiérete un poco y lárgate.

—No con ella, Adrian. Ella no —sus manos tiemblan cuando lo mira mientras colapsa.

Muestra lo peor de una mujer desesperada. Sus labios asquerosos lo besan en el cuello y es grande mi rabia al sentir una extraña conexión que emana del uno al otro. Verlo con otra me

escarba el pecho, y que esa otra lo toque donde él no se deja tocar, así sea por segundos, enciende en mí unos celos que me matan. En un descuido, La Gata vuelve a tratar de golpearme y Adrian se la lleva definitivamente de la habitación.

¿Qué demonios estoy haciendo conmigo? ¿Qué carajos siento por él que se vuelve tan dolorosamente fuerte?

Pego la cabeza contra la puerta cuando la cierro, sintiendo que duele como la mierda. Mi interior quisiera ceder, pero luego llega esa parte de mí que me quiere, valora y me pone en primer lugar. «Eres más que eso», me digo.

Como ya es costumbre, se me hace difícil dormir si no es con medicamento. Mi cuerpo está completamente enterrado en el dolor y la angustia de lo que sucederá en los próximos días. Le pregunto a la vida qué carajos hice para recibir todos estos problemas de golpe y me paso toda la mañana del día siguiente metida en mi habitación, tratando de preparar el armamento para los planes que veía lejanos, pero que pronto se harán presentes.

Huiré con el clan en mis manos, con la batuta legal de la heredera de los Simone para darle la contra a mi tío y quedarme con los diamantes que por derecho me corresponden.

¿Difícil? Sí, pero no imposible. Leonardo Simone pensará que haré el intercambio para él cuando en el fondo será para mí y mi escape. La mafia reventará en ira, seré la mujer más perseguida del planeta, pero con dinero y libertad, lo que necesito para seguir mis planes. Y también libraré a mi nana de este encierro.

Mis estados de cuenta suman una fortuna, ya que legalmente soy «viuda de Pietro Rizzo». El viejo era millonario, no tenía hijos ni familia, y La Hermandad no puede hacer nada para evitar que tome ciertas posesiones, así que transfiero dinero a cuentas fantasmas en diferentes partes del mundo con el fin de protegerme.

—¿Señorita Simone, desea algo de comer? —es la voz de una mucama.

—No. Estaré todo el día en mi cuarto. Gracias.

Le informará a mi tío, como cada cosa que hago o digo, y estará bien. Debo dar una imagen de tranquilidad. Lo último que necesito ahora es problemas o que desconfíe de mí cuando he tenido mis propios planes desde el inicio, aunque sí debo alertar a mi nana sin levantar sospechas.

Al rato salgo de mi habitación hacia la cocina para entrar por el lado de servicio. Voy rumbo a las habitaciones y me topo con Elena, quien me mira con sorpresa.

—¿Dónde está mi nana?

—Durmiendo. Acabo de darle una pastilla porque se sentía cansada. Yo puedo atenderla. ¿Necesita algo?

—Sí, pero no aquí. Ven conmigo —digo, y vamos hacia las villas de la mansión sin que nadie nos note.

—¿Se siente mal? Últimamente no come, su cara luce estresada y…

—Iré al grano. Sé que mi madre se llamaba Ángela, que fue tu mejor amiga y que conoces perfectamente su pasado.

Palidece y se pone tensa.

—Señorita, yo… ya le dije que…

—No más mentiras, por favor.

Le pongo las manos en el hombro y la obligo a mirarme.

—Sé que está viva. Ese hombre, Maurizio Ricardi, fue claro cuando me confundió con ella. Me besó llamándome por su nombre. ¿La amaba? ¿Padre lo hizo también? Ella huyó, dejándome aquí. ¿Por qué una madre dejaría a su bebé recién nacida en estas condiciones? ¿Qué clase de ser viviría tranquila apartada de su hijo?

—Tal vez porque no tuvo otra opción.

Sus ojos brillan y las lágrimas caen por su rostro.

—Solo cuando se es madre, una entiende la responsabilidad que lleva encima. Ángela era muy pequeña, casi una niña. Juro que yo no quería que se metiera en tantos problemas con su padre, pero era tan rebelde que a cada instante sufría por lo que tenía que afrontar.

—¿Afrontar?

Niega con la cabeza.

—No soy yo quien deba aclararle las cosas, solo sé que un día desapareció y no supimos más de ella. Su padre nos amenazó a todos, mandó lejos a los empleados que un día la conocieron, pero la vida terminó devolviéndome a este lugar. Lo único que sé es lo que vi de mi amiga: una chica valiente, buena, pero con una vida de porquería. La mafia la ahogó y Ángela no quería esto para usted, señorita. Sálvese, está a tiempo. Escape antes de que esto también la consuma.

—Entonces sí me quiso…

Asiente.

—Sí, a pesar de ser una jovencita. Ella escribía un diario donde llevaba el registro de sus días en este lugar, pero lo destruyeron cuando lo encontraron, o eso es lo que me han dicho. Sé que mi hijo le dijo algunas cosas, me lo confesó llorando lleno de culpa. Por favor…, si usted lo quiere, no diga nada —se le rompe la voz—. No permita que lo maten.

—¿Matarlo? Nunca.

La ayudo a levantarse, miro hacia los lados y llevo a Elena hacia las caballerizas, hecha un mar de llanto.

—Amo demasiado a mi hijo, y pensar que lo pueden lastimar…

—Nadie va a tocarlo, tienes mi palabra —palmeo su espalda y la abrazo fuertemente, sintiéndome extraña y a la vez triste.

Es la primera vez que veo a una mujer llorando así por su hijo y me pregunto si mi madre

también me quería de esa manera.

Pasan algunos minutos y por fin logra controlar su voz. Entonces le seco las lágrimas mientras me prometo a mí misma que ese niño nunca sufrirá las consecuencias de nada.

—¿Quién te ha amenazado, Elena?

—Nadie —dice con su voz apenas audible.

—Si no colaboras conmigo no podré cuidar de Mateíto. Si no sé cuáles son los peligros que enfrenta, jamás podré hacer nada. Confía en mí.

Sus ojos me cautivan, aún más cuando me toma la mano.

—Prométame que, si algo me pasa, cuidará de mi niño.

—Te lo juro, Elena.

—La señora Cyra sabe toda la verdad.

—¿Mi nana? Mi nana sería incapaz de ocultarme algo así.

Elena solo me mira.

—El diario fue destruido, pero no una carta que su madre escribió para usted y no sé a ciencia cierta si Cyra aún la tiene, pero imagino que, si se lo ocultó, fue para protegerla y… ese hombre, su novio, Adrian…

—Adrian no es mi novio —respondo con amargura—. ¿Qué te hizo él?

—Me pidió que me mantuviera callada por el bien de mi hijo.

—¿Se atrevió a amenazarte ese hijo de puta?

—No, no, señorita, la amenaza vino directamente de su tío —me detiene cuando quiero irme —. Él solo me dio una advertencia a su estilo, imagino que para no inmiscuirla en toda esta telaraña, su intención iba por otro lado.

—¿Qué?

—Amarró a Mateo a un árbol el día que le dio un beso.

—¡¿Qué le pasa a ese imbécil?!

La cara se me pone roja de ira, pero Elena trata de calmarme. Me cuenta los pormenores de cómo lo encontró: amarrado a un árbol, el niño con una manzana en la boca y parece que fueron horas hasta que se dieron cuenta.

—Mi hijo había empezado a meterse donde no debía, señorita. Estaba como chicle pegado a usted cada que la miraba.

—¿Lo estás justificando? —reacciono violenta sin entender.

—Estoy siendo coherente. Me advirtió que mantuviera lejos al niño porque sabía que tarde o temprano se le iba a soltar la lengua y mire, terminó diciéndole lo que había escuchado. Mi hijo está enamorado de usted, señorita, habla noche y día de su novia Bianca con inocencia y a todo empleado que pasa, incluso a los *soldati* les cuenta de su hazaña al conquistarla y… quiera o no, el otro lo ve como un obstáculo irritante.

—A Adrian no le gusta nadie más que él mismo. Es una porquería.

—¿Habla con la cabeza o con el corazón destruido?

Me quedo callada.

—No sé lo que pasó entre ustedes, pero hablo por lo que veo en sus ojos. Su madre no pudo vivir el amor porque fue impuesta a su padre siendo casi una niña, pero usted… debería darse una oportunidad para vivirlo.

—No estamos hechos para sentir. No en la mafia.

—Pero usted quiere a Adrian, ¿cierto? —palmea mi pierna con una sonrisa.

—Adrian jamás va a ser para mí como yo quise un día que fuera.

—El amor es complicado, uno no elige a quién querer, simplemente pasa. Y, aunque odie lo que le ha hecho a mi hijo, creo que él también la quiere.

—¿Quererme? Está aquí por él mismo, no quiere a nadie más que a su propia especie.

—Usted no ha visto cómo la observa. Lo he pillado algunas veces viéndola desde su habitación sin que usted se diera cuenta. Es de esa clase de amores explosivos que cuando aman con pasión, intimidan y también se odian de una manera incontrolable.

Lleva un mechón de mi cabello tras mi oreja y dice:

—La noche de su coronación, esa mujer, la tal Rose Petrova, entró fácilmente a la recepción con un arma. Se lo dije a la señora Cyra y no me permitió meterme, pero fue él quien la sacó de aquí.

—Prefiero no hablar de él, Elena. Ahora mi foco es mi libertad.

—Entiendo. Usted… es idéntica a su madre.

—¿De verdad?

Asiente, acariciándome el rostro.

—¿Por qué cree que me quedé fría cuando recién nos conocimos? Podría decir que hasta fueron esculpidas con el mismo cincel. Parecerían gemelas, pero… no solo me refería al físico sino también al carácter, al coraje. Ella nunca dejó de luchar por su libertad ni por escapar de su padre.

—Por favor, guárdame el secreto, ¿sí?

—Por supuesto. Se lo debo a mi amiga, ella hubiese querido que tome esta decisión y estoy segura de que la apoyaría. Yo… voy a ayudarla en lo que necesite.

Le doy un abrazo, aún confundida. Salimos de las caballerizas en plena lluvia; ella va por su lado y yo por el mío para evitar comprometerla, pero… error, al querer acortar camino me doy cuenta de que tomo la vía equivocada.

Es tarde para regresar. Me veo frente a la arena de entrenamientos y mis ojos se congelan. Adrian está ejercitándose, las heridas cicatrizadas en su pecho son tan llamativas al igual que su perfecta musculatura.

Se me seca la boca, se me paralizan los latidos al igual que mi cordura. La humedad entre mis piernas es evidente.

«¿Qué demonios estoy pensando?», me corrijo mientras sus ojos se dan cuenta de mi presencia y, al verme descubierta, paso por delante con una profunda tristeza.

Ya falta poco para escapar, poco para develar las máscaras y es lo que debería importarme. En cinco días acabará todo. Porque si hay algo que aprendí es que los errores se quedan atrás y hay que asumir las nuevas oportunidades, aunque tenga que poner duro el corazón.

—Jamás voy a negarte la verdad si sabes hacer correctamente las preguntas.

Su voz me detiene y son microsegundos en los que mi mente se pone en blanco. La lluvia me empapa y mi corazón… late fuerte, atravesado por sentimientos contradictorios, mientras sigo mi camino.



43.
EL OLFATO DEL ÁGUILA

Bianca

Cinco días después, las cosas se vuelven aún más tensas en Villa Regina. Los terratenientes se desplazan por todos lados por ser el último «día de cosecha». Se trata de los últimos ripios de droga que nos quedan para distribuirlos en diversas partes del mundo. Lo que sigue serán los diamantes.

Los ánimos están caldeados, me han prohibido salir y la seguridad se ha redoblado ahora que corren rumores en la mafia de que la entrega será en unos días. He optado por distraerme con la jardinería para evitar sobrepensar las cosas.

—Así que aquí estás —dice mi tío, quien llega con una comitiva.

—¿Qué pasa?

Limpio mis manos antes de levantarme. Su rostro luce irritado y mira a Julian, dándole permiso para que hable.

—Nuestro espía informó que los Ricardi saben la ubicación de la entrega, por lo que tendremos que cambiar de estrategia y prevenir cualquier tipo de ataque, señorita. Para esto necesitamos que colabore.

—¿Colaborar? ¿A qué te refieres?

—Ya que tienes una cierta «afinidad» con Maurizio Riccardi y que este está obsesionado contigo, vamos a tenderle una trampa —agrega mi tío—. Lo llamarás, le dirás que quieres verlo, él acudirá a la cita, pero tú nunca llegarás y lo capturaremos como rehén para frenar a su hermano y así evitar que los Ricardi jodan nuestros planes.

—¿Y piensas que es tan tonto para creerlo?

—Pienso que es un perfecto plan contra el hermano más débil y que además está mal de la cabeza. Para eso… usarás tus encantos por teléfono. Sabemos que ese demente te ha estado acosando estos días con mensajes de texto desde un número desconocido y sin rastreo.

—Mensajes que nunca he contestado —aclaro—. ¿Ahora te dedicas a espiarme? Me siguen tratando como si fuese una desertora de mi propia sangre.

—Tómalo como prevención, *cara*. Yo solo quiero la victoria y tú quieres el poderío. Lo que hago es por el bien de la sangre. ¿Vas a hacerlo o no?

—¿Cuándo? —pregunto resignada.

—Esta noche. Tenemos información de que está aún rondando por Roma, escapó de la protección de su hermano y no vamos a desaprovechar el momento.

Intuyo que es una idea peligrosa, pero asiento porque no tengo elección.

—Podría ir con un buen armamento, luego salir para que confíe en que estoy realmente en aquel lugar. Sospechará si no me ve, tampoco es idiota.

—De ninguna manera voy a exponerte. No ahora que estamos a días de hacer la jugada de los diamantes. Lo citarás en un hotel, pero otra asistirá con un antifaz.

—¿Quién?

—Yo.

La voz de La Gata se proyecta por el jardín como si fuera un animal ponzoñoso.

—Rose Petrova será tu doble. Maurizio abrirá la puerta del hotel y encontrará una bala directa a su cabeza.

Toda la rabia que siento se va a mis puños. Ahora entiendo con qué facilidad entró a la mansión aquella noche, mi tío tenía esto maquinado desde hacía días.

—Es un placer trabajar para los Simone y demostrar lo que sí haría una buena estratega.

—Concuerdo. Al final, para eso estás aquí, para hacerla de gata… Perdón, sirvienta —respondo.

—Soy una asesina entrenada y con experiencia.

—Da lo mismo, igual trabajarás para mí. Lo único que no me queda claro es cómo aplicaremos el engaño en cuestiones físicas. Lo más seguro es que Maurizio envíe un chofer a recogerme y bueno... yo soy joven y hermosa, pero a esta señora se le van los años.

—¡¿Qué te pasa, insignificante rata?!

La Gata reacciona, pero la mano de mi tío la detiene.

—Rose, teníamos un trato. Bianca es una Simone y, así seas muy lo que seas, va primero. Espero haber sido claro si quieres seguir trabajando para mí.

Se queda sin habla cuando Leonardo Simone la pone en su lugar y solo me dedico a observarla. Definitivamente no se trata de una asesina cualquiera, esto va más allá de simples habilidades; ella es una mujer de la mafia. Alguien de nuestro mundo no se queda con simples trabajos salvo que ansíe más poder.

Mi tío la mira con seriedad y noto cierta complicidad en sus miradas. La idea de que sean amantes me genera náuseas, pero tampoco me importa.

—Tienen dos horas para ponerse de acuerdo en cuanto a vestimenta, armas y lo demás. Aislaremos un área para que no rastreen tu ubicación, Bianca. Y tú, Rose, no irás sola, sería

demasiado peligroso.

—Solicito ir con Adrian, señor. Es un profesional y su socio comercial, así que velará perfectamente por sus intereses.

—Bien. Hablaré con él ahora mismo.

Mi tío se va junto a su comitiva, dejándome a solas con esa perra, sin sospechar que podría matarla ahora mismo. La Gata desenfunda su arma y le dispara a un pájaro en la cima de un árbol con total perfección. Piensa que voy a caer en su juego provocador hasta que vuelve a disparar, esta vez cerca de mi rostro.

—Uh, perdón. A veces pasa —sonríe con frescura—. Pensé que mataba animalitos.

—Las gatas están en los techos, no en mi cara —le digo—. ¿Y? ¿Cómo va la vida en el asilo?

Enseguida da unos pasos hacia mí para golpearme, pero la detengo con un tirón en la muñeca.

—No te atrevas a tocarme o no respondo. Podrás ser la asesina de tu barrio, pero yo tengo un imperio. ¿Lo entiendes? Si mueves un solo dedo más y digo una sola palabra, no solo una, todas las torres de este castillo se colmarán de francotiradores que, por supuesto, acabarían con tu vida.

—La nena no puede defenderse sola.

—Me gusta ahorrarme el trabajo. Qué flojera pelear con los ancianos.

—¡No soy ninguna anciana, estúpida! ¡Soy una mujer hecha y derecha! —alza la voz—. Ya veo que aún no superas que Adrian sea mi hombre. Todo lo que sabe se lo enseñé yo. Me he corrido en su cara millones de veces y tú eres un simple experimento, aunque te duela.

—Qué afán extremo por demostrar lo que no es visible.

—Adrian me ama, se vuelve loco por mí. Hemos luchado juntos desde que era solo un niño y la mejor manera de demostrarlo es esta misión a la que tú no irás. Él peleará a mi lado y no me dejará sola porque me quiere.

—¿Y tú? ¿Lo quieres?

—Lo amo.

—¿Amarlo? ¿Así lo amas? ¿Haciéndole daño? Esas marcas son tuyas. Dañaste a un niño atacando su mente, su cuerpo, hiriéndolo de la peor manera.

Me mira con sorpresa.

—Así que te lo contó. Vaya…

—Vieja asquerosa.

—Yo solo lo hice más fuerte y él disfrutó tocando a temprana edad a una mujer con experiencia. No es ninguna víctima. Yo lo hice a mi imagen y semejanza, le di todo lo que un hombre podría necesitar. ¿Y tú, qué le has dado? ¿Una revolcada?

Me quedo en silencio mientras ríe.

—Los hombres se tiran a cualquiera, pero aman solo a una. Yo soy la mujer a la que se coge —me jala del brazo con fuerza—. ¿Y tú qué, niña?

—Yo soy la mujer en la que piensa mientras te folla, anciana. Y próximamente... la que va a colgar tu cabeza.

Me suelto bruscamente y ella se me lanza encima. Por supuesto que no me dejo, empiezo a devolver sus golpes y trato de inmovilizarla al ver que extrae una daga de sus pechos. Trata de clavarla en mi rostro pero sujeto sus brazos.

—Maldita… —murmura haciendo fuerza para liberarse.

—No me provoques, anciana, porque también sé jugar sucio.

—Él es mío, solo mío. Hoy le pediré que nos vayamos lejos y nunca más volverás a verlo. ¡Él me ama! ¡Me ama!

Tira fuerte hacia adelante, pero lo único que logra es romperme la blusa de un tirón.

Los guardias disparan al aire para llamar la atención. Corren hacia nosotras para separarnos, por lo que trato de mantener la cabeza fría.

—Señorita, ¿está bien?

—Lo estoy, gracias. Esta anciana ya se iba —digo, mientras noto un poco de sangre en mi brazo.

Esta me la paga.

—Informen esto al señor Julian.

El escándalo se disipa cuando entran tres *soldati* armados, además de Elena, quien se ofrece a curarme el raspón del brazo. Es un golpe menor pero no niego que hirió mi orgullo. Camino hasta llegar a mi recámara y cierro la puerta, pateando todo a mi paso.

Me siento en la cama y me doy cuenta de que no puedo con estos celos que me están matando. Exhalo hondo y nuevamente escucho a mi razón decirme: «No es para ti, no importa». «No me duele, ya pasará», pero es inútil. Estos días las mentiras que me he dicho a mí misma han sido inútiles.

Sus palabras resuenan en mi cabeza: «Su niño». «Su amor». «La ama con locura». Giro mi cuerpo, me observo al espejo y es inevitable que la máscara caiga porque no soy de las que se quede con los brazos cruzados cuando quiere algo.

De pronto, mi móvil vibra. Es Maurizio Ricardi quien me envía su mensaje, el de todos los días. Aviso entonces al equipo de inteligencia de mi tío, y recibo órdenes precisas para la propuesta.

Maurizio acepta con la condición de que sea en un motel que él mismo elige, por lo que todos se mueven rápido. Quiere que vaya en abrigo con un antifaz y un gorro pequeño. El hotel es un lugar de mala muerte cerca del Vaticano, por lo que los espías de Simone hacen lo suyo con sumo cuidado, sabiendo que los Ricardi también saben mover sus fichas.

—La misión es extremadamente peligrosa, señorita —aclara Méndez—. Su doble podría morir si no sigue las indicaciones. Y no solo ella, también quienes la acompañan.

—Lo sé —digo—. ¿Sabes si… Adrian aceptó comandar esta misión?

—Sí, pero, por favor, no se meta en más problemas.

A Méndez casi lo matan por lo sucedido con mis amigas y la verdad es que fui yo quien tuvo la culpa al pedirle que se alejara.

—No te preocupes. Solo… necesito un pequeño favor. Será el último, lo prometo.

—¿De qué se trata?

Sonrío.

A veces pienso que soy una gran mentira, llena de maquillaje. Han pasado horas desde que le pedí un favor a Méndez, el reloj marca las diez de la noche y termino de pintarme los labios de rojo frente al espejo. Percibo en ese instante su sombra.

Finjo no verlo. Me levanto de la silla después de terminar de maquillarme; el *bralette* que llevo es ceñido al igual que la falda de cuero. Vierto perfume en mi cuello hasta que giro y me encuentro con su mirada depredadora.

—¿A dónde carajos vas?

Lo miro con soltura mientras camino hacia él sin emitir emoción alguna. Está preparado, lo sé. Parece un guerrero militar con esa ropa, esas armas, esas granadas ceñidas perfectamente a su cuerpo y mi lado débil me carcome pensando que se preocupa por ella, pero disfruto lo que le respondo.

—Con Kristoff.

Su rostro se descompone.

—No. Tú no puedes salir de aquí, no esta noche.

Méndez le informó de mis planes «en modo secreto». O sus celos son demasiado predecibles, o su sentido territorial lo ciega.

—Será mejor que no me vean en esta casa, por si pasa algo grave.

—Kristoff es aliado de los Ricardi. ¿En qué cabeza cabe no entenderlo?

—¿Quién me dice que La Gata no lo sea? Estamos a la par.

—Atención, águilas, estamos saliendo por las sabandijas —se escucha a Julian por la radio en altavoz que tiene Adrian en el cuerpo.

—Parece que te tienes que ir. Vuela por tu viejita.

—Acabas con mi paciencia —bloquea mi paso cuando quiero irme.

—Los autos salen ahora, no podemos esperar más tiempo —dice Méndez por la radio—. ¿Señor Petrov? ¿Nos copia? Tendrá que alcanzarlos. La señorita Rose ya está en el punto.

—¡Lárguense ya y no me jodan! —contesta, exasperado, mientras finjo estar indignada—. Tengo que irme. Lo que hará La Gata es una maniobra peligrosa. Hacerse pasar por ti...

—Jamás será como yo. Aún soy bella y joven. ¿O no lo crees?

Me fulmina con la mirada. Es un hombre inteligente.

—Sé lo que intentas hacer —asevera—. Yo no soy tu títere ni tu payaso para soportar tus mierdas y manipulaciones.

—¿Me dejarás aquí sola y expuesta? ¿Qué pasa si los Ricardi deciden contraatacar?

—Hay planes de escape en Villa Regina, Bianca. Tú serías la primera sobreviviente.

—Pero también hay traidores.

—No hoy.

—¿Es porque la amas?

¡No! ¡Mierda! Maldita mi lengua floja. La pregunta no estaba en mi mente, pero salió desde lo más profundo de mí.

—Yo no sé querer a nadie.

Mi mente es consciente de que si no se va, ella podría morir. Está sola, sin muchas armas, con apenas cinco hombres camuflados y sin líder al mando. Porque está entretenido conmigo ahora.

«Deja de lado los celos y enfócate en vencer a los Ricardi», me digo, sabiendo que pierdo más yo si se queda y no secuestramos a Maurizio, que posiblemente esto tenga consecuencias graves, pero… no soporto esta sensación en la garganta.

Mi error es rozar su brazo porque, al hacerlo, el solo contacto termina venciéndome. La tensión sexual nos quema, aún más la abstinencia, el enojo y la punzada que me arde por dentro.

—Kristoff me espera —digo casi sin voz—. Buena suerte en la misión, Rambo.

Juego mi última carta caminando hacia la salida, pero ni siquiera llego a tocar la perilla porque me gira abruptamente para arrinconarme contra la puerta.

Dios…, eso fue violento. Puedo sentir su ira, pero los celos son calderos vivos para alguien que ha vivido callándoselos por varios días. Mi pecho sube y baja con fuerza, el corazón me late inhumanamente. Nunca sabré si su ira me matará o me comerá completa.

—No te vayas. Quédate conmigo esta noche —digo como una estocada final.

Su descontrol es mío también cuando me ataca la boca y es tal nuestra desesperación que hasta parece que queremos rompernos los labios cuando nos besamos.

Mierda, han sido tantos días sin tocarnos que se siente todo el anhelo en el aire. Sus caderas me inmovilizan y pronto mi centro se enciende.

Nos comemos rico. Chupa cada centímetro de mis labios y en un acto desesperado lo muerdo. Sus dientes me raspan, su aliento me provoca, las puntas de nuestras lenguas chocan y ya siento el bulto de su pantalón tan duro que quiero probarlo.

Debo concentrarme. Debería hacerme la fría, pero todo es tan arrollador que yo misma me contradigo. No hay mucho tiempo. Me lanza a la cama de golpe, se deshace de todo el cargamento que lleva encima y escucho el sonido de nuestros labios desgarrados mientras nos arrancamos la ropa.

Mis pechos saltan hacia él como si lo hubiesen extrañado, mi cuerpo se eriza cuando penetra

en mí con violencia.

Mueve sus caderas como loco. Jadeo, respirando profundamente a la par que siento que ardo en el infierno. Se hunde y sale, hunde y sale y maldigo el día en el que tuve que separarme de Adrian porque es extremadamente delicioso.

—Maldita seas —embiste—. Maldita seas, Bianca Simone.

Ni siquiera pienso, solo me dejo llevar por mis instintos.

Me arrastra hasta su boca tomando mi cabello entre sus manos para luego chuparme y es la primera vez que lo siento más mío que nunca; la primera vez en que lo domino porque se me da la puta gana y uso su mente a mi antojo.

Está tan desenfrenado... Lleva mis pies hasta sus hombros para que la penetración sea más profunda. No quiero pensar dónde cabe toda esa erección infinita, solo siento cómo me embiste, cómo se mueve la cama, la fricción de nuestros cuerpos, sus huevos azotando mi sexo y cómo me apuñala con su miembro enorme.

El orgasmo me sofoca hasta que nos corremos, y él se derrama buscando mi boca con desesperación absoluta. Los latidos de mi corazón van retomando su cauce, entonces lo miro aún con su cuerpo sobre mí, con mis pies en sus hombros y con sus labios calientes besando la extensión de mi boca.

Mío, es mío.

—Hagámoslo de nuevo.

*

El sonido de la ducha en mi habitación es odioso, pero ya es casi medianoche y es inevitable que mi sonrisa sea obvia. Terminamos de hacer el amor, él mira la hora y se mete al baño aún serio. Me cubro con una bata de seda y ajusto el tirante en mi cintura. Luego camino en puntillas hasta mi móvil sin batería, comprobando que no hay comunicación conmigo.

No hay ruido en la casa, parece que todos desaparecieron y una risita inevitable sale de mis labios. Retenerlo en mi cama con sexo porque quise, pude y se me antojó, ha sido un triunfo. Desearía tanto haber visto la cara desconcertada de La Gata, su orgullo pisoteado hasta el suelo, tragándose sus palabras al imaginarnos juntos en la cama… debe estar devastada.

Los arrepentimientos no sirven de nada cuando se disfruta lo vivido. Adrian sale del baño envuelto en una toalla. Nuestros ojos se encuentran como siempre lo han hecho.

—No necesitas hacer esto por celos —dice él.

—¿Te dolió no ver a la niña tonta en la cama? No necesito perdonarte para acostarme contigo.

—¿Pero sí demostrarte a ti misma que eres mejor que otra con una maniobra sexual?

—Yo quise, tú quisiste y pasó, punto. Es lo que dices siempre.

—Te creía más inteligente como para caer en las trampas de La Gata.

—Bueno, tú caíste en la de Kristoff.

El tirón que le da a mi cuerpo contra el suyo me duele, pero a la vez me excita. Su mirada me pone tensa.

—Ya basta. ¿Es que no lo entiendes? —me dice.

—¿Que aún la piensas? —pregunto.

—¿Quieres que te diga que no lo hago? ¿Que me gusta otra para que duermas tranquila?

—Falta poco para que acabe todo esto.

—No juegues conmigo, Bianca, porque uno de los dos terminará muerto —me aprieta, besándome con rabia—. Y aunque tus planes sean escapar de tu tío luego de la misión de los diamantes... jamás podrás escapar de mí. Nunca.

Me despego de sus labios alterada al oír un ruido en la puerta. Adrian voltea abruptamente, pero lo peor no es que nos vea... sino que nos ha escuchado. Ha escuchado los planes que oculté por tanto tiempo. Leonardo Simone, mi tío, en el umbral de la puerta, nos ha descubierto.



44.
EN CAÍDA

Adrian

Los ojos de Leonardo Simone se quedan petrificados al igual que mi rostro. La mirada de Bianca revela que el mundo se le ha venido encima.

Nos vio y no hay nada que hacer al respecto. Mis planes acaban de joderse, pero mi mente maquina una salida sangrienta.

—Tío…

—¿Entonces este era tu verdadero amante, perra? ¡¿Pretendían engañarme?! ¡¿Escapar juntos?!

—Puedo explicarlo —dice Bianca y trata de acercarse a él.

—¡¿Explicarme qué, niña idiota?! ¡¿Que eres una cualquiera?! ¡¿Que le has faltado a tu sangre enredándote con un foráneo?! ¡Con un hombre que la mafia jamás aprobaría!

—Tío…, yo… —llora.

—¡Cállate, puta!

Le levanta el brazo y de un tirón le da una bofetada que la hace caer al suelo. Cuando trata de lastimarla de nuevo, lo detengo con un puñetazo en la quijada que lo impacta contra la pared.

No me medí, no me controlé, ni pienso hacerlo. Ya que sabe la verdad no me sirve para nada y mucho menos dejaré que se desquite con ella.

—¡Adrian! ¡Ya! —grita Bianca mientras lo levanto del cuello y su cara se vuelve una pelota morada—. ¡Por favor! ¡Van a matarte! ¡Por favor!

—Me tenías harto, viejo de mierda. ¿Sabes lo que le voy a hacer a tu cabeza demente?

Patea en el aire y me río.

—Triturarla para arrojarla a los tiburones y que se intoxiquen con tu sucia sangre.

Dejo caer mi mano para que el viejo se estrelle contra el suelo y lo primero que hace es buscar su arma. Ridículo, cobarde, un maldito inservible que me apunta como si en realidad pudiera hacerme daño.

—Tío… —Bianca está pálida y llora tratando de calmarlo—. Perdóname.

—¡Tú no te metas! ¡Largo de aquí!

—Un dedo en su piel y lo lamentarás, Leonardo Simone —advierto.

—¿Eso era lo que querías, Adrian? ¡¿Matarme para quedarte con lo que es mío?!

—Tengo quince veces más de la fortuna que un día tuviste, viejo de porquería. Tu dinero me vale un carajo.

—¡¿Entonces por qué estás aquí?! ¡¿Para matarnos?! ¿Ese era tu plan desde siempre?

—Tío, por favor… —dice Bianca llorando.

—Ya veo por qué aceptaste tan fácilmente ser nuestro aliado. Perdías más de lo que dabas, un hombre con poder jamás trabajaría para otro sin dobles intenciones y mi error fue creerte.

—Voy a llorar —ironizo.

—¡Fuera de mi casa!

Ambos nos apuntamos y de pronto toma a Bianca del cabello, pegándola a su cuerpo.

—Suéltala o lo lamentarás —advierto.

—¿Ah sí? Quiero ver cómo lo intentas.

—Siempre fuiste un maldito payaso.

—Adrian…, por favor, vete —los ojos azules de Bianca estallan—. Por favor…

Está amenazada, y yo no veo claro lo que quiero. La toma como rehén al verse acorralado. Va a matarla… Me acerco y dispara, pero al ver que no acierta, aprovecho y le respondo con un golpe. De una patada arrojo lejos su arma, pero aprovecha para clavarme un cuchillo por la espalda.

—¡No! —grita ella desesperada—. ¡Adrian!

La sangre mancha mi piel, y enseguida seis guardaespaldas me detienen.

—Vete —implora Bianca, las cosas se descomponen y no lo soporto.

Arden mis cuerdas vocales por no decir lo que se me antoja, pero es peor quedarme sin accionar cuando todo se va a ir al carajo en segundos. Suenan disparos en medio de mi pelea con los guardaespaldas del viejo. Alerto el peligro a través de la señal de emergencia de mi anillo y, luego de balear en ráfaga a los seis imbéciles que se atrevieron a tocarme, destruyo todo a mi paso.

—Erick —contesto el móvil—. Lo saben. El viejo nos descubrió. Lo mataré ahora.

Miro a las cámaras para destruirlas. Disparo también al sistema de alarmas de los Simone.

—¡No! ¡Adrian! ¡¿Qué haces?! ¡Tienes que irte de ahí ahora!

—¡No voy a huir como un cobarde!

—Empezarán a investigarte, sabrán quién eres en verdad si no destruyes evidencias

Miro hacia todos lados con ira.

—¡Vas a perder todo por lo que estuviste luchando por años! ¡Sal de ahí ya! —grita Erick—. Todavía no tienes los diamantes, tampoco terminaste de hundirlos. Tu última jugada está recién por comenzar porque el plan es aún mayor y lo sabes.

Miro mi auto con la consciencia de que esto no acaba aquí. Es solo el comienzo del fin que tanto he esperado.

Bianca

Oscuridad, es lo último que recuerdo.

El ruido extraño y profundo de una gota de agua que cae me perturba. Lo ha hecho desde que llegué a este lugar. Siento la terrible necesidad de que ese sonido se detenga porque ya no aguanto más. No puedo abrir los ojos. Me estoy volviendo loca.

Huele a basura, azufre y orín putrefacto. Tengo arcadas y una tos que no puedo controlar. Me duelen terriblemente las costillas, la boca y la cabeza. De pronto escucho voces que no sé de dónde provienen y si son de verdad.

—Despiértala —dice mi tío.

Abro los ojos de golpe cuando el agua helada me despierta con fuerza.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, *cara mia* —susurra en mi oreja haciendo que todos mis vellos se ericen con su contacto.

—Tío... —no puedo decir más porque estoy ida, exhausta, tensa al recordar lo sucedido.

—Hermoso cuerpo, bellísimo —susurra pasando su dedo por mi ombligo, subiéndolo lentamente por la línea vertical de mi pecho hasta detenerlo en mi rostro.

Estoy desnuda...

Grito de terror cuando siento su tacto, me estremezco al percatarme de que estoy amarrada a una camilla, las miradas de deseo de tres hombres extraños me estremecen.

—¿No es hermosa? —dice Leonardo Simone y todos asienten—. Esta es la creación de mi hermano, un gran admirador de la belleza. Esta perra fue producto de una violación, ¿por qué no deberíamos repetir la historia?

—Por favor…, no —suplico.

—Así se tratan a las zorras. ¿De qué tanto te quejas?

Tiemblo sintiendo que mi cuerpo es una pluma. Pego un grito cuando mi tío pasa un palo entre mis piernas y se carcajea como si fuera un enfermo mental, como si estuviera disfrutando esta tortura.

—Sería un premio si tu tío terminara follándote, ¿no lo crees? —su gruesa voz me estremece —. Un incesto. Debo aceptar que ahora entiendo a quienes caen bajo el embrujo de tu belleza porque eres… preciosa. Pero, para tu buena suerte, nunca le faltaría a mi hermano. Porque yo sí honro mi sangre.

—Tío... —no dejo de llorar—. Puedo explicártelo.

—¿Qué me vas a explicar? ¿Qué eres una idiota? Te creí inteligente, pero ya veo que solo perdía el tiempo contigo.

—Yo... —trato de hablar, pero me atraganto con mi llanto.

—¡Cierra la puta boca ya, maldita puta!

Tira la camilla de un golpe y caigo en el suelo aún amarrada.

Mi cuerpo rebota, mi mentón choca con el piso mojado y no puedo moverme. No puedo hacer nada sino arrastrarme. Una gota de sangre sale de mi nariz. Escucho entonces cómo se ríen de mí, y me tratan como a una cualquiera. Los hombres me rodean, me tocan los pies, las manos y luego las piernas, suben desesperadamente hasta mi vagina para meter los dedos como quieren.

—Por favor… —grito cuando uno de ellos deja caer su correa del pantalón. Gatea hacia mí, su aliento a mierda me desespera, pero lo disfruta. Me da náuseas que me acaricien y elevo mis gritos de auxilio.

—Basta —mi tío los detiene—. No son dignos. Nadie es digno de tocarla porque por sus venas aún corre sangre Simone.

Lo veo caminar hacia mí y tomar mi cabello para meter mi cabeza en una cubeta de agua.

—Rezaré por tus pecados.

Ora con una devoción que me perturba mientras me ahoga. Está completamente loco. Gesticula con sus manos como si él fuese un santo en medio de sus plegarias. Es el tipo más asqueroso de este mundo, un hombre que viola y mata mujeres a su antojo. ¿Con qué derecho juzga? ¿Con qué cara se lleva los puños a su pecho?

—Dilo, quiero que lo aceptes. Di que te arrepientes de ser una perra.

Me callo.

—¡Di que eres una perra ahora!

Suspiro sintiendo que la voz me tiembla.

—¡Ya basta! No volverás a humillarme.

Pego mi cuerpo hacia la pared para soportar mi peso y me levanto con una fuerza indescriptible, sintiendo el miedo más profundo de mi existencia, pero con la plena convicción de que no me queda sino defenderme. Si voy a morir, no será con la cabeza abajo.

—¿Tienes el cinismo de desafiarme?

—Me acosté con él porque se me dio la puta gana. Porque tenía derecho. Porque quise.

—Maldita zorra.

—¿Zorra por qué? ¿Por alzar mi voz en tu mundo estúpido y machista?

Suelta una orden y enseguida los hombres me toman de los brazos, obligándome a arrodillarme.

—Yo no soy tu padre para perdonar todo lo que hagas —la punta de su bastón me levanta el mentón de golpe—. Nunca podrás librarte de mí, Bianca. Eres parte de la sangre y por la sangre

debe morir alguien en la mafia. La libertad no existe en nuestra familia. Y, aunque intentes escapar, jamás dejarás de ser una Simone. Una asesina.

Un golpe doloroso revienta en mi espalda.

—¿Creías que iba a ser tan tonto? —vuelven a golpearme— ¿Tan imbécil como para permitir que escaparas? Ni siquiera lo pienses porque te mataría. Disfruta tus últimos momentos de vida.

Tengo sangre en la boca, un terrible dolor en mi espalda, los huesos me pesan y ya no sé cuánto más me golpearán y si me arrojarán hacia el lodo.

Jadeo conteniendo la sensación de vacío. «No voy a llorar, no quiero llorar», me repito. Imagino algo distinto. Me evado. Mi mente se obliga a pensar en otra cosa cuando cierro mis ojos y recuerdo a Adrian con la promesa de que nunca me dejará.

—Señor… —la voz de Lion hace que me suelten mientras mi cuerpo se desploma—. Yo me encargo.

Siento que me pierdo. No soy capaz de descifrar nada. Me parece escuchar un estruendo sin saber cuánto tiempo pasa. Me estremezco temblando al escuchar voces, risas.

«Tengo que escapar», es lo que digo una y otra vez en mi mente. Me lo repito como una oración a cada minuto. Siento mis huesos rotos, el alma vacía, mi corazón hecho mierda. Puedo sentir mis heridas como aquel día, como aquella tarde, como toda mi vida siendo una chica de la mafia.

Abro los ojos.

Quiero creer que es una pesadilla. En posición fetal cubro mi cuerpo. Mi tío sabe todo lo que no quería que supiera y me aterra pensar que lo que tanto he querido lograr se vaya a la basura tan fácil. Que mis planes se arruinaron, que no existe salida.

—Princesa, abre ya los ojos.

Es Lion. Trago saliva mientras intento presionarme contra la esquina de la pared helada.

—Tranquila, no voy a lastimarte —se aproxima y lo primero que hago es cubrirme con mi bata rasgada. Él me mira fijamente y luego ríe—. Te traje comida —me acerca un plato de sopa, pero me niego a comer.

—¿Qué quieres?

—Mirarte —dice—. La venganza es dulce, cariño. Y esta vez… no fue mi culpa.

No respondo. ¿Por qué lo haría? Mi corazón se tambalea cada vez que lo recuerdo, el dolor en mi espalda y brazos aún sigue punzante, pero lo que más me preocupa son las acciones que tomará mi tío ahora.

—Vaya…, esta vez sí se desquitó parte de su rabia contigo. Déjame curarte —asume que voy a dejarme, pero lo esquivo—. ¿Así te pones, perra? ¡Solo vine a ayudarte!

—No quiero tu ayuda, lárgate.

Patea la comida y esta cae cerca de mis piernas. Se levanta, me insulta y luego golpea la pared

con furia. Respira hondo para controlarse y, cuando pienso que va a irse, me sorprende sentándose en otra esquina para mirarme.

¡Está demente! ¡Es un maniático!

Termino de cubrir mi cuerpo desnudo con un pedazo de tela, porque temo que quiera violarme y una ráfaga de sensaciones me consume cuando se queda en silencio, como cuando éramos pequeños y no queríamos decirnos nada.

Era una chiquilla cuando intentó forzarme y desde ese día perdió mi confianza. Quién diría que un día fuimos amigos. Él, Giacomo Rossi (otro de los tantos huérfanos *soldati* de mi padre que escapó) y yo parecíamos inseparables. Jugábamos juntos, entrenábamos juntos. Lion había sido un niño que creció en casa, que estuvo junto a mi padre y mi tío, como si fuera su propio hijo, pero todo cambió un día... y él se volvió extraño.

De pronto solo pretendía matarme. En las noches lo encontraba llorando, me acercaba aún pequeña, pero se alejaba cuando me veía. Un día lo pillaron robándose mi ropa interior y decidieron alejarlo.

Pero no duró mucho. Padre tenía mucha afinidad con él, tal vez porque lo imaginaba como el hijo varón que también quería, y Lion lo veía como su padre. Aun así, nunca dejó de tener los ojos perdidos.

No podía creer en lo que se había convertido con los años, pero así sucedía siempre en mi familia: la gente buena cambiaba, se apagaba, se oscurecía lentamente. Hasta las mucamas aprendían a matar. Nadie tenía amigos, porque cada uno luchaba por su propia vida. Éramos leyendas que no serían olvidadas.

—Vete —le digo a la defensiva, sintiéndome incómoda.

—Solo admiro la belleza.

—Lo que sea que hayas venido a hacer, hazlo ahora. Termina con esto, Lion.

—Siempre tan desesperada…

Reniega, acomodándose en su sitio.

—Tu tío está furioso. Cree que lo has traicionado y ahora está en una disyuntiva terrible: matarte o dejarte viva para que consigas los diamantes que el clan tanto necesita.

—Voy a hacerlo. Di mi palabra —miento, y suelta una carcajada.

—¿En serio pretendes que te crea? Es obvio para todos que buscas una salida para escapar de la mafia y a la primera oportunidad que tengas huirás lejos con los diamantes. ¿Crees que van a permitirlo? Estás arruinada, Bianca. Aunque… tal vez yo pueda hacer una última cosa por ti y ayudarte.

—¿Tú? ¿Ayudarme?

—Tu tío confía en mí con los ojos cerrados. Lograré convencerlo para que vuelva a darte una oportunidad. Le propondré ser tu nuevo superior y acompañarte en la entrega.

Mis ojos se centran en los suyos.

—¿A cambio de qué? —añado.

—Tú sabes qué es lo que quiero. Qué es lo que he querido siempre. No te costará dármelo. No soy tan malo como parece. Adrian te traicionó, huyó y no vendrá por ti, solo me tienes a mí ahora.

Me quedo en silencio, sintiéndome extraña.

—Bueno…, dejaré que lo medites mientras pasas la noche con las ratas.

Me da un beso en la frente, se va y el dolor y el temor se apoderan de mí. Mi mente está tan confundida que no pienso con claridad; sin embargo, Lion parece ser la única salida ahora.

No dejo de pensar en todo lo que pierdo si no me escapo de alguna forma.

Estoy tan confundida que ni yo misma me entiendo. El orin de los *soldati* es regado cerca de este lugar y ya no puedo con esta tortura. «No es la primera vez que lo pasas, eres fuerte, aguanta», me digo. Pero la noche se torna dura, primitiva. Las ratas y los insectos devoran la carne humana podrida que hay en los rincones. Siento cada vez más fuertemente las heridas en mi espalda.

Tengo que hacerlo; lograr que mi tío me lleve hacia los diamantes para salir de este calabozo y escapar antes de que me maten.

No sé cuántas horas más pasan, pero si se vuelve más frío es porque es de noche. Al día siguiente amanezco con fiebre y me despiertan los sonidos de la reja.

—¡Bianca! —dice Elena. Primero pienso que es un sueño, pero cuando abro los ojos la encuentro junto a Cyra y una bandeja de comida en las manos.

—Nana…

El hambre me pasa factura. Apenas puedo moverme y lo que creo que son apenas cinco pasos hasta las rejas, es una distancia enorme y dolorosa.

—Por Dios…, ¿qué te hicieron? —pregunta Elena, que me da de beber y comer en la boca, pero no tolero más de dos bocados.

Mi estómago lo vomita. Estoy a oscuras, cansada, posiblemente con una infección.

Mi nana le hace una seña a Elena para que vaya a cuidar la puerta, dejándonos a solas. Solo tenemos unos minutos por el cambio de guardia. Limpia mi rostro con un paño mojado, llorando, y a duras penas puedo besar sus manos y aliviar el vacío que siento.

—Nos iremos de aquí, no llores. Pronto acabará todo esto —le digo con rabia.

—*Sigues con eso* —dice y parece palidecer de repente.

—Si no lo hago, mi tío va a matarme. Sabe lo que quise hacer y no lo perdonará nunca.

—*Reconcíliate con él, las cosas pueden cambiar si…*

—No, nana. Ya no hay marcha atrás…, ahora tengo que ver hacia adelante. La entrega de diamantes estaba pactada para mañana y si él decide seguir adelante con esto, huiremos.

—*¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? Después de lo que pasó, no va a dejarte ir.*

—Conseguiré que me envíe, haré lo que sea para lograrlo… pero tienes que ayudarme. Saca algunas armas, provisiones, lo que sea que encuentres.

Niega con la cabeza, sus manos tiemblan.

—Si no lo hago, me matarán. Ellos ni siquiera se fijarán en ti. Mañana es día de compras, irás al mercado como siempre, pero no vas a regresar a la casa. Te desviarás y huirás hacia el norte llevando todo lo que puedas.

—*No…*

—Nos iremos a Francia, como lo tenía planeado desde hace mucho. Y sí, sé que tenemos que pasar por territorio de los Ricardi, pero ellos jamás creerán que vamos a tomar tal riesgo y será rápido.

—*De ninguna manera pondré tu vida en riesgo.*

—¿Qué es la vida si no se lucha por lo que se anhela? Ya no puedo más. Si me quedo, mi tío va a matarme. Le mentiré. Le haré creer que estoy arrepentida…

—*Hija…* —lloramos juntas.

—Nana, por favor… eres la única que puede ayudarme. La única en quien confío ahora.

—*No tenemos dinero.*

—Por eso no te preocupes, sabía que esto un día podría pasar, así que transferí una gran cantidad de euros a cuentas extranjeras, soy la viuda de Rizzo, ¿recuerdas?

Niega con la cabeza, nerviosa.

—*¿Cómo huirás de tu tío? Tendrás más vigilancia.*

—Me enviarán a Sicilia para hacer el intercambio de diamantes, pero cuando esté en el aeropuerto no tomaré el vuelo rumbo al sur, sino al norte, con otro pasaporte.

—*¿Qué?*

—He ideado este plan desde hace mucho. Pediré un vuelo comercial para no despertar sospechas en la mafia. En el aeropuerto Fiumicino de Roma he rentado un *locker* con documentos falsos que me esperan desde hace meses.

—*Te descubrirán, esa gente no se anda con líos.*

—Si tengo que morir, moriré luchando. Elena va a ayudarte, dijo que lo haría.

—*Tengo miedo…*

—Estoy decidida, nana. Serás libre, seremos libres. Estaremos juntas por siempre.

Ella sigue llorando, negando con la cabeza.

—Por favor..., me rompes el corazón. No puedo dejarte aquí con esta gente. Mírame —ordeno —. Te quitaron a tu hijo, te cortaron la lengua, te hicieron menos toda tu vida. ¿Aun así quieres quedarte?

Asiente, desesperada.

—*Tienes razón, hija, solo… perdóname.*

—¡Viene un guardia! —alerta Elena, y enseguida se va, dejándome el corazón hecho añicos al verla temblar cuando me mira.

El temor no es algo a lo que deba dar prioridad ahora.

Mis párpados están cansados mientras la debilidad que afronta mi cuerpo empieza a pasarme factura. No he comido ni dormido bien. Siento una terrible pesadez en mis sienes, el dolor en mi espalda crece cada vez que toso por la humedad.

Las horas pasan lentamente. No puedo dormir pensando en el plan de escape, en mis posibilidades de supervivencia. «Luchar por mi libertad debe ser mi última esperanza de vida», me lo repito una y otra vez hasta que mi mente lo procese y mi alma se tatúe ese compromiso.

Le daré a Lion lo que quiere y jugaré mi última carta.



45.
CICATRICES AMARGAS

Bianca

Me levanto con audacia, aún con dolor, mientras mis ojos se centran en las rejas. El pequeño trozo de tela que cubre mi cuerpo se vence, obligándome a sujetarme contra la pared para no ser más expuesta. Siento asco, me doy valor con un puñado de lágrimas, la decepción por mí misma al haberme permitido llegar a todo esto me carcome y…

—Necesito hablar con Lion —digo en voz alta.

Como era de esperar, aparece con una sonrisa de oreja a oreja. Me digo a mí misma que soy fuerte para hacerlo, que es un pequeño sacrificio para lograr mis ideales, aunque tenga náuseas por dentro.

Su sonrisa es asquerosa. Se acerca con ansiedad hacia mí. Sus ojos denotan furia, pero a la vez es algo extraño, es como si viera a un niño asustado. No comprendo en primera instancia su juego, pero debo tantear el terreno antes de clavar el puñal.

—¿Qué me asegura que cumplirás con tu parte? —le digo y lo detengo cuando trata de besarme.

—Eres una mujer inteligente. Pero no te queda más que confiar en mí ahora.

Abro la boca cuando suelta mi mano con lentitud, tirando de la tela para obligarme a quedar desnuda. Me mira con lujuria y su desesperación me genera desprecio. Trago saliva cuando su mano fuerte se posa en mi cintura para apretarme hacia él... y grito por el dolor de mis heridas.

—Eres muy hermosa, Bianca —dice y cierro los ojos cuando me besa, sintiendo ese aliento a cigarro que tanto odio.

Me obligo a pensar en Adrian cuando sus labios toman mi cuello. Imaginaré que es él a quien beso, que es él a quien toco, que es él a quien añoro con fuerza.

—Joder, estás hirviendo en fiebre —se separa de mí con una extraña compasión—. Hay que curarte.

—No importa. No hay tiempo.

—Me deseas… Quiero que me digas que me deseas. Que me beses como lo besaste a él. Quiero que ansíes mi cuerpo tanto como yo ansío el tuyo y que gimas con placer cuando te coja.

—Puedes tener mi cuerpo, pero jamás mi corazón, Lion. Solo hazlo. Que no importe lo demás.

Con frustración, tolero que me toque. Me lanza al suelo con fuerza y puedo sentir el frío en mis costillas. Cierro los ojos tragándome la sensación de traición y, mientras más lo pienso, más me carcome la idea de haber cometido un error.

Me separa las piernas con sus rodillas mientras me toca con sus sucios dedos sin producirme nada. Trato de poner la mente en blanco, pero no puedo.

—Lion… —mi voz apenas es audible.

No responde, solo me besa. Su lengua asquerosa rodea mi boca para devorarla.

—Lion... —repito, temblando. Se abre el pantalón—. Por favor…, no me lastimes. Sé bueno.

Su cuerpo se paraliza cuando lo digo y me mira, solo me mira. Su rostro enrojece de impotencia y empieza a temblar cuando lo miro.

—Puedo. Yo puedo —dice para sí mismo.

Jala mis caderas de un tirón hasta su sexo, pero ahí se queda. Pasan segundos, lo intenta, vuelve a quedarse quieto y recién me doy cuenta de que ni siquiera está erecto.

Maldice entre dientes algo que no logro escuchar y golpea el suelo.

—Lion...

—¡Cállate! —grita.

Lo observo y me mira con furia. Me toma la cabeza de un jalón brusco y me besa. Sus labios son una tortura. Advierto que hay algo que no he notado antes: tiene un problema.

—Me dijiste que no te lastimara —sus ojos se abren aún más— y puedo hacerlo, perra. Claro que puedo. ¡No me mires así! ¡No creas que soy gay! ¿De acuerdo? ¡Porque no lo soy!

¿Gay? Me quedo paralizada mientras emite un gruñido y se lleva una mano a la cabeza. Se retira a una esquina. El hombre que un día vi en lo alto cae de la peor manera; tiembla, maldice, se tensa y… ahora solloza. Como cuando éramos críos y jugábamos junto a otros pretendiendo ser libres, el mismo que un día no regresó del patio.

—Lion... —lo miro confundida.

No soy la mejor persona consolando a otra y me siento tonta.

Él... luce devastado.

—Está bien, tranquilo —murmuro sin acercarme mucho.

—Yo siempre te he querido, Bianca.

—Lo sé.

—Cuando éramos niños fuiste mi primer amor, el único —confiesa—, pero... pero... no es que no pueda, es que…

—Está bien, estoy contigo.

Intento hablar, pero estoy en blanco. Me siento a su lado. No debería estar haciendo esto; sin

embargo, algo en mí me fuerza.

—No creas que soy gay —dice cuando llego a su costado. Está sumergido en su espacio, en su propia crisis.

—No lo eres, tranquilo —le doy la razón y espero en silencio.

Llora y me cuesta verlo de esa manera. Él siempre fue prepotente y maldito, pero su lado más frágil me vuelve vulnerable. Tal vez porque es el mismo llanto que me trae recuerdos. Un día fue mi amigo.

—No voy a lastimarte, seré bueno —dice—. No quiero ser como él. Porque él no fue bueno conmigo.

—¿Quién?

Un recuerdo llega a mí y levanto su mentón para descubrir que ese miedo era el mismo que sentí yo siendo una niña cuando jugábamos a las escondidas en el despacho de mi tío. La fluidez de mis pensamientos sugiere una leve sospecha que me deja perpleja.

Noche. Sueño. Él y yo dormidos en medio del suelo. Yo entreabría los ojos para ver el rostro de padre, mirándonos. Por un momento temblé porque lucía serio, pero luego me acosté sobre sus hombros cuando me llevó hasta mi recámara y, en un gesto hostil, tiró de las sábanas sobre mí para que me durmiera, pero… no volví a ver a Lion. ¿Qué pasó con Lion? Él nunca dormía, siempre lloraba. La única persona en el mundo que pudo lastimarlo fue...

—Mi padre. ¿Fue mi padre? ¿Él te lastimó? —tiemblo con temor, él solo me mira con lágrimas.

Los recuerdos me hacen pensar en Adrian y sus secretos. Él lo sabía, sabía algo que nunca quiso decirme sobre Lion. Mis labios se secan al instante, entonces hago lo que jamás pensé hacer con este hombre insensible: abrazarlo.

Y sí..., se desploma.

—Lo siento... —la voz se me quiebra.

¿Qué más asquerosidades seguiré descubriendo de los míos? Es como si toda mi vida hubiese vivido en una mentira.

—Fueron muchas veces. Toda mi niñez… —dice y se me congela el alma.

Violación, esa es la palabra.

Mi padre era un monstruo. De esos hombres que parecían ser santos, pero en el fondo eran psicópatas. Poco a poco todo va encajando; los recuerdos, vagas imágenes de niña.

Fueron varias las veces que lo hizo, que junto a mi tío me obligaron a salir de su recámara para quedarse a solas con Lion.

Hoy algo se ha abierto. El peso de mi sangre solo trae dolor y malos recuerdos. Y no seré parte de esto.

—Escapa —solo digo—. ¿Por qué no lo has hecho, Lion?

Me separo de él para mirarlo fijamente.

—Jamás escapas de lo que amas.

Me indigno.

—¿Amas a esta familia de mierda después de lo que te hizo?

—La venganza también es un tipo de amor, Bianca. Uno muy fuerte.

—Huye, construye otro rumbo. Tú eres el responsable de tu vida.

—¿Eso es lo que te ha enseñado Petrov?

—Es lo que quiero creer de mí —lo digo con seguridad—. No voy a seguir siendo el títere de nadie.

—El malo nunca será bueno, aunque intente maquillarse. Eres una princesa de sangre. Hagas lo que hagas no podrás escapar de tu destino. Naciste por y para la mafia.

—Son las palabras de padre. Pura manipulación.

—Donato Simone... fue mi vida y también mi muerte. Y yo no voy a detenerme.

Verlo me aterra. Me hiere. Verlo me causa una indignación profunda, tan profunda que me levanto enfadada y cubro mi cuerpo. Le he conocido putas, hasta he escuchado su sexo infernal con ellas siendo más pequeña. He visto cómo las dañaba siguiendo órdenes de mi padre, pero hay un común denominador entre todas las víctimas de Donato Simone y es que dependieron de él de una manera enfermiza. Lo amaron con la misma fuerza que él los lastimaba.

Lion seca sus lágrimas y retorna aquella imagen fría antes de levantarse. Toma una bolsa y saca una manta con la que me envuelve. Me mira, lo miro y no hay más nada, no habrá nunca nada que no sea pena.

—Cuídate, Bianca. Es lo mejor que puedes hacer para sobrevivir; cuidarte de quienes te aman.

—¿Por qué?

—Porque solo usarán ese amor para dañarte. Después de mañana tal vez no nos volvamos a ver, engañaré a tu tío, pero tú estarás sola en ese aeropuerto para hacer lo que te plazca —prosigue—. Y no me iré sin clavarte un último puñal.

—¿Qué?

—Te daré noticias de tu madre.



46.
TRAICIÓN

Cyra

Mi niña está en un calabozo y no puedo soportarlo.

Camino con ansiedad por los pasillos de la sala hasta que me encuentro con don Leonardo y solo lo miro. Me lleno de pánico cuando me devuelve la mirada y sí... está ocupado, lleva a una muchachita de un brazo, pero no me iré hasta que me escuche, por lo que me planto frente a él.

—Vete a mi recámara —le dice a la jovencita de mala gana y esta obedece de inmediato—. Espero tengas una buena razón para interponerte en mi camino.

—*Necesito hablar con usted* —le digo en señas y sé que me entiende.

—No voy a liberar a Bianca, si eso es lo que quieres. No me quites más tiempo.

Trata de irse, pero lo detengo.

—*Ese hombre tuvo la culpa de todo* —imploro tomando su brazo.

—¿No conoces a tu «niña», vieja zorra? Lo hizo porque se le dio la gana y encima tenía planes de escaparse.

—*Por favor, dele una nueva oportunidad* —le suplico.

—¡Lárgate! ¡Me estás mojando el piso de mármol con tus mocos de mierda! —dice y me empuja.

—*Señor...*

—¡Que te largues, vieja estúpida!

Caigo al suelo y la furia invade mis sentidos. Sostengo sus piernas para levantarme y evitar que se vaya mientras araño su ropa.

—*No te conviene que hable. Yo también puedo destruirte y lo sabes.*

Se queda unos segundos mirándome, tira de mi brazo y luego me ahorca.

—¡Qué estás diciendo, bruja decrépita!

—Que Bianca lo sabrá todo si no me escucha. Esta casa guarda sus más sucios secretos —emito con mi voz a duras penas, con dolor en los labios.

Puedo hablar desde hace un tiempo gracias a las terapias que mi niña pagó para mí, al menos se entienden más mis palabras, pero preferí callarme para pasar desapercibida y no ser

considerada una amenaza.

En esta casa, si sabes más de lo que deberías, te matan; una muda no implicaba un riesgo, por el contrario, solo despertaba lástima, pero ahora no me queda sino mostrarme como soy realmente, mantenerme fuerte, valiente, capaz para mis propios intereses y para mi niña.

—¿Me estás amenazando? ¿Tú? ¿Una simple sirvienta?

Leonardo aprieta aún más sus dedos en mi cuello.

—No quiero ofenderlo, mi señor, no podría. Soy la única que puede ayudarlo. Solo… libere a Bianca.

—¿Sabes qué pasaría si ella llegara a escapar, maldita vieja? ¿O es que tu mísera mente pequeña no lo entiende? Nos quedaríamos sin la cabeza de los Simone, seríamos el hazmerreír de Italia y, aún peor, llegaría el fin de nuestro clan y de nuestros intereses. La mafia confiscaría nuestro patrimonio al no tener heredero.

—Ella no lo hará, tiene mi palabra —respondo—. Me ama. Confía en mí más que en nadie, hará lo que yo le pida.

—Te irás con ella a la primera oportunidad que tengas. ¿Piensas que soy idiota?

—Yo jamás haría eso. No podría dejar al hombre que amo.

Su mirada se clava en mí como aquella primera vez hace tantos años, aquella noche que entró en mi recámara para tocarme, forzarme, golpearme cuando yo aún era joven.

Sus ojos me muestran que no lo ha olvidado, así como yo tampoco en tanto tiempo. Éramos adolescentes perdidos el uno con el otro. Donato, su hermano, fue el amor de mi vida, el padre del hijo que me quitaron, pero él nunca dejó de ser mi amante. Y no podría dejar de amarlo. De amar a ambos hermanos Simone. Tampoco podría alejarme del único que me queda.

—Sigues siendo una zorra ridícula.

—Por favor…, ámame —imploro—. Haría cualquier cosa por usted. Se lo juro.

Se ríe de mí y cuando pretende irse lo detengo.

—Bianca me contó sus planes, sé lo que piensa hacer y como prueba de mi fidelidad voy a contárselo.

Se queda callado sin creerme y me desespero.

—Deje que entregue los diamantes —prosigo—, que crea que va por buen camino y, cuando pretenda escapar, llegue con todo su ejército para impedirlo. Quedamos en que íbamos a encontrarnos en Milán, pero no seré yo quien llegue si las cosas salen mal…, sino usted para recuperarla. Así ganamos todos; usted al conseguir tales joyas y la dinastía Simone reteniendo a su heredera para siempre.

—¿Serías capaz de traicionarla?

—No es traición cuando se hace por un bien mayor, mi señor. Le contaré los detalles con una condición: no la lastime. Bianca entenderá en algún momento que esto es lo mejor para ella.

—¿Como ocurrió con Ángela cuando también la traicionaste para quedarte con su hija, pensando que mi hermano iba a aceptarte como su madre?

Parece que mi cuerpo se congela.

—Todo lo que hice fue por amor. El amor todo lo cura y… perdona. Yo quiero que estemos juntos. Usted, yo… y Bianca, como la familia que nunca fuimos.

Me alza el rostro con una media sonrisa, ofreciéndome esa maldad a la que estoy acostumbrada, pero que a la vez me quema.



47.
RUMBO A LA MUERTE

Bianca

«Valiente, sé valiente», es mi lema.

He esperado dos horas, solo dos horas. Soplo de nuevo para calentar mis dedos fríos. Lion se fue. Me dio un móvil básico y unas llaves. Debo reconocer que algo se me removió por dentro al verlo por primera vez tan vulnerable.

Lo lastimaron de niño… Niego con la cabeza una y otra vez preguntándome qué más secretos escondía padre. Ser miembro de la mafia te enseña a no juzgar, a ser una piedra frente al dolor ajeno ya que ves las peores calamidades; sin embargo, lo que le pasó me genera náuseas.

Estoy mentalmente cansada de tanta mierda, incógnitas y problemas. Corporalmente me siento adolorida por los golpes, emocionalmente destruida por la soledad, pero mi mente sigue insistiendo en apelar a mi fuerza: tengo un plan y debo llegar a la meta.

Levanto mi cabeza mientras me apoyo en una pared húmeda, con olor a orín. No voy a lamentarme porque mi mente sigue maquinando una y otra vez la salida, entonces escucho un ruido.

—¡Nana!

Tuve miedo por su vida, me abraza, seca con una toalla mis lágrimas y la sangre que rueda por mi rostro.

—Ya dejen el drama —es la voz de mi tío. Aparece atrás de ella y me quedo inmóvil cuando lo veo.

—*Cariño, hemos venido por ti...* —explica mi nana con una sonrisa que no entiendo.

—Voy a darte una nueva oportunidad, pero, si te atreves a intentar algo estúpido, no habrá poder humano que te libre de la muerte.

Mi corazón late con fuerza cuando me liberan. Escondo el móvil que me dio Lion, me ducho y apenas si pruebo una sopa de cena. Ahora estoy aquí junto a mi nana, quien insistió en que durmiera con ella esta noche, pero no puedo conciliar el sueño, aunque quiera.

En unas horas entregaré los diamantes y todo está pasando terriblemente rápido. Mi tío planea una emboscada para mí, no soy idiota, accedió muy fácil a liberarme y debo planear alguna

salida, pero este vaivén de pensamientos empieza a ahogarme.

El reloj marca las tres de la mañana cuando camino en puntillas hacia el jardín de los sirvientes. No solo me exaspera el hecho de enfrentarme a los peligros, sino lo que dijo Lion de mi madre: será una sorpresa y no debería creer, pero es imposible cuando las palabras faltan, sin contar cómo me late el corazón cuando la pienso.

De pronto, el móvil me vibra. Es un número desconocido. Me lo llevo a la oreja, temblando.

—Bianca...

Una voz suave hace que mi corazón se acelere.

—Bianca..., mi ángel. Vete de ahí ahora —repite.

—¿Quién eres?

Siento su respiración al otro lado de la línea. Un espasmo se apodera de mis sentidos haciendo que tartamudee. ¿Mi madre?, pero cuando voy a decir algo más cuelga, dejándome totalmente atónita.

Espero en una banca del jardín con el móvil en la mano pensando que volverá a llamarme, pero no pasa. Dormito un segundo y, cuando vuelve mi razón, las manos de mi nana son las que me despiertan.

—*Shhh, no grites. ¿Qué haces aquí? ¡Si tu tío se da cuenta te mata!*

—No pude dormir —miento.

—*Lo sé, debes estar nerviosa* —me acaricia y escondo el móvil—. *Hoy es el día, cariño. Te prometo que pronto saldrás del problema y volveremos a ser felices* —dice, pero mi emoción es nula.

En solo media hora termina de amanecer y me llevan a mi recámara, custodiada por doce guardaespaldas. Nana entra conmigo para ayudarme, termino de ponerme el atuendo que prepararon para mí, el color rojizo en mis labios es lo que más llama la atención en mi rostro, sin contar la capa de máscara de pestañas que me otorga una mirada profunda.

—¡Tienen cinco minutos! —presiona un guardaespaldas en la puerta y un remolino se me junta en el estómago.

—*Ya quita esa cara, mi amor. Lo harás bien, yo sé que sí. Por fin estás lista* —sonríe Cyra—. *Ahora vámonos que tu tío quiere verte.*

—No, espera. Necesito... preguntarte algo.

Parpadea sin entender, no digo más porque mi rostro es evidente y emite un suspiro pronunciado.

—*Todavía sigues pensando en ese hombre.*

—Se fue herido —me justifico—. Quisiera saber si está bien.

—*Ese tipo no te conviene, Bianca, entiéndelo de una buena vez. Te aleja de quienes te amamos y te mete ideas tontas en la cabeza. Huyó como un perro de la peor manera, encima…*

se atrevió a golpearme.

Hago un gesto de incredulidad.

—¿Vas a desconfiar de mí? ¿Ves cómo ese tipo te está alejando de quienes te queremos?

Las palabras de Adrian vuelven a rondar en mi cabeza. «Pase lo que pase, aléjate de esa vieja zorra». Mi nana no sería mala conmigo, ella es casi como mi madre. No me mentiría.

—No —digo, amargamente.

—Ese hombre es monstruoso. Dicen que también se metió con algunas sirvientas, incluso pasó la noche con una concubina de tu tío. Ya no pienses más en él. Tu foco debe ser entregar esos diamantes.

Me abraza fuerte mientras siento una sensación de vacío.

—Estaremos siempre juntas, nadie te alejará de mí ni de tu familia.

—Apenas salga de la casa quiero que ejecutes el plan. Por favor, nana, tienes que cuidarte mucho e ir lo más lejos que puedas.

—Por supuesto, pero antes… necesito algunas cosas: todas tus armas y dinero.

—¿Cómo?

—Las armas me servirán para protegerme. ¿Qué haría yo si me encuentran en el camino? Y el dinero… es que no tengo.

—¿Cuánto quieres?

—Todo lo que tengas de efectivo. Mis ahorros solo me alcanzan para un ticket de tren y tengo mucho miedo, te juro que cuidaré ese dinero como sea.

Mis músculos se contraen, sin efectivo no puedo hacer mucho, ya que utilizar tarjetas serviría para rastrearme, pero no puedo dejarla desamparada.

—Está bien.

Tomo dinero de un cajón. Lo solucionaré de alguna manera.

—Señorita Simone, su tío no esperará más —vuelve a decir el guardaespaldas y acepto.

Respiro profundamente y le doy un vistazo a mi recámara.

Adiós, vida de locos.

Adiós, lujos.

Adiós, lágrimas.

No regresaré, lo juro.

—Estoy lista —abro la puerta y el guardaespaldas me indica el paso.

Bajar por las escaleras de la mansión nunca había sido tan pesado como ahora, sobre todo al ver a mi tío con una caja misteriosa en sus manos. La seguridad es extrema; a él lo custodian más de treinta hombres armados, entonces entiendo de qué se trata: es el diamante.

—Acércate, Bianca. Observa una de las joyas más valiosas del mundo. Muchos ansían tenerla, pero solo un Simone es digno de tomarla.

No era mentira ni un rumor; existe. El diamante blanco es develado ante mis ojos y no puedo negar que me embelesa.

—Lo mostrarás para que te crean. Una vez que llegues a Sicilia, abrirás la caja, los ojos de la mafia verán su esplendor y luego lo cambiarás por una imitación barata que te dará uno de mis empleados.

—Me matarán al enterarse.

—Ese será tu problema, cría. Tú debes tener la astucia para negociar y ganar la partida, que te crean, aun cuando no lo tengas contigo, para conseguir los otros dos que nos faltan. El diamante blanco, el de oro y, por último, el gran «enigma», el diamante negro y más valioso de todos, deben estar con quienes les corresponden.

—En cuanto la asamblea negra vea que tengo intenciones de robar los otros dos diamantes y que no querré jugar el que tenemos, me matarán sin contemplaciones.

—Esta es la ley de la jungla, *cara*. Mi difunto hermano solía decir que las niñas eran aún más poderosas que los hombres porque conquistaban el mundo con su belleza y cuerpo. Ahora, después de tantos años de crianza, veremos de qué estás hecha —alza el mentón complacido—: entrega el culo si quieres, pero no pierdas, nunca pierdas.

No le contesto. Respiro tan suave como puedo para no exaltarme. Solo imagino su rostro cuando esté lejos, cuando haya escapado de sus garras y me digo a mí misma que pronto acabará el juego.

—Es hora. Quisiera que le cuentes —le dice a uno de sus hombres—, qué le ha pasado a la gente que nos traiciona.

—Muere decapitada, señor.

—Me encanta esa palabra: decapitada. Mañana irás en un vuelo comercial porque la gente de la mafia lo primero que hará es intervenir los vuelos privados y no podemos correr el riesgo. Habrá mucha gente a tu alrededor, no estarás sola nunca. No intentes hacer nada estúpido, Bianca, porque te juro que no solo vas a pagarlo tú, sino quien más amas.

—Algún día pagarás todas tus… bondades, tío —digo, fría. Cyra entra en pánico cuando me escucha.

—¿Sí? —Leonardo Simone ríe.

—Porque yo seré quien te las cobre.

Mis manos toman la caja con el diamante y no puedo negar que me cuesta respirar. ¿Cuánta gente ha muerto por él? ¿Cuántas manos quisieran tocar este lujo? ¿Cuánta sangre se derramó por décadas?

Me escrutan y luego me ponen rastreadores por todo el cuerpo. Me dan una maleta llena de ropa de verano, por si llegan a intervenirme los policías del aeropuerto, y una pequeña cartera con compartimento oculto para introducir el diamante de contrabando.

—¿Todo listo?

—Está limpia —dice un guardia, sin darse cuenta de que llevo navajas camufladas entre los pechos.

—Nos espera el chofer afuera.

Elena se despide con lágrimas. Mi nana sonríe confiada, un guardaespaldas se acerca y toma mi brazo con fuerza hasta que llegamos a los autos donde soy escoltada por más de tres hombres.

El ahogo mental que siento está a punto de matarme. Ver Villa Regina desaparecer por la ventana del auto es extraño, aún más cuando mi tío es la última persona que me observa y yo estoy a punto de lograr lo que he esperado toda mi vida; ir rumbo a mi escape perfecto o… mi muerte.



48.
DISPARA

Bianca

Las calles parecen sentirse aún más estrechas, en un abrir y cerrar de ojos estamos cerca del aeropuerto Fiumicino de Roma sin que mi corazón deje de temblar fuerte. Todo es simple y se reduce a lo mismo:

Pasar desapercibida.

Llevar conmigo la joya que también querría un gobierno entero.

Llegar a Sicilia a salvo para dirigirme a la asamblea de la mafia, lugar a donde asisten las peores calañas del mundo, y así poder intercambiar los diamantes.

Pocas veces he ido en vuelos comerciales ya que siempre he tenido aviones privados, pero sé perfectamente lo que tengo que hacer: registrar mi maleta, pasar los controles y esperar mi vuelo, tratando de pasar desapercibida.

Se siente un ambiente de normalidad y tal vez lo hubiese disfrutado si fuese otro contexto. La cola larga de gente solo aumenta mi ansiedad, pero todos parecen inmersos en sus vidas: miran sus móviles, las mujeres van con perros y niños, y cuando llega mi turno siento que me pesan las piernas.

—Hola —le digo a la señorita del mostrador y le entrego mis documentos.

La mujer me sonríe haciendo lo habitual. Cuando me devuelve los documentos sonríe:

—Un error le costará la vida, señorita Simone. No lo olvide.

Me deja fría, pero sonrío como si nada pasara y me voy con el boleto de vuelo impreso.

Es espía de mi tío, no hay duda.

Doy un vistazo rápido a mi alrededor y sospecho que no es solo ella, sino miles de observadores de los Simone camuflados en todas partes que quizá no dejan de mirarme.

Llego al control de pasajeros y el corazón está a punto de estallar cuando pienso en los diamantes en mi cartera. Los perros policías que rondan el perímetro me alteran.

—La bolsa, hay que dejar la bolsa —me dice un policía.

—Lo siento, no lo sabía —contesto. En este momento soy una pueblerina llamada Dolores.

Finjo dejar mi cartera en la canastilla, pero en realidad la meto dentro de mi pantalón. El guardia no se ha dado cuenta, pues se ha dedicado a mirarme el trasero. Paso el control procurando coquetear sutilmente con el guardia, pero pronto llega su compañera y siento que se va todo a la mierda.

—Los brazos —dice la mujer—. Estire los brazos, voy a revisarla.

Mis ojos se centran en ella. El vigilante la detiene, haciéndole hincapié en que ya me revisó, por lo que me calmo.

Exhalo hondo cuando salgo del área de control y camino hacia los pasillos de espera, pero, cuando intento desviar mi rumbo, un hombre que limpia el suelo me dice:

—Su pasillo es por allá, señorita, no se confunda. ¿Necesita ayuda?

La indirecta es clara: también es gente de mi tío, por lo que doy media vuelta sin contestar, soy consciente de que el final se acerca.

La sala de espera está repleta de gente. Me encuentro con la mirada de una azafata, luego con la de una pasajera que finge cuidar a sus niños y me doy cuenta de que estoy siendo monitoreada como si fuese una criminal de alto calibre.

¿Cómo demonios me desharé de ellos? Necesito poder llegar al otro extremo del aeropuerto para poder escapar, pero no había contemplado tanta vigilancia. «Calma, Bianca. Sabías que no sería fácil», me digo.

Faltan cinco minutos para el vuelo y el hambre me ataca. No sé si son los nervios o la falta de apetito de estos días, así que me levanto, voy a la máquina de alimentos e inserto mi tarjeta para tomar una Oreo, mi galleta favorita, sin dejar de ver de reojo a quienes me vigilan.

Identifiqué a cinco personas.

Están aquí, pero no las miro, dejo que crean que siguen siendo invisibles. Me como la galleta cuando voy de regreso, y noto sus armas camufladas. Pregunto a viva voz dónde está el baño, pero cuando quiero ir, soy atajada por alguien que toma mi brazo con fuerza.

—Su vuelo sale en cinco minutos, la gente ya está abordando —me dice una mujer.

—Necesito ir al baño —digo contundente.

—Si no quiere problemas, no intente algo estúpido. Está advertida. Estaré esperándola fuera.

En el baño pienso que tengo pocos segundos para decidir qué hacer. Las indicaciones de mi tío fueron claras: tomar el vuelo rumbo a Sicilia, llegar e ir directo a la asamblea. Pero en eso vibra el móvil que Lion me dio anoche.

—¿Hola?

El mismo suspiro de anoche en el teléfono.

—¿Bianca?

—…Sí.

—Tienes que buscar la forma de salir. Dirígete a la izquierda. Hay un cuarto de vigilancia

donde están las cámaras de seguridad. Te estaré esperando, ahí nos vemos… cariño.

Es su voz, pero es tarde cuando quiero contestar porque cuelga. ¿Mi madre está aquí... ahora? Respiro hondo mientras aflojo el chip de mi piel. Me sudan las manos. El reloj que logro apreciar desde aquí indica que quedan solo dos minutos para tomar el vuelo, mis ojos captan en cámara lenta a la muchacha de limpieza que empieza a cerrar el tránsito y presa de mi impulso tiro el balde de agua inundando la zona.

—¡Oiga!

La empujo y ella, junto a la mujer enviada por los Simone, caen al suelo. Corro. Puedo sentir el latir de mi corazón en todo el cuerpo. Escucho a un perro ladrar a lo lejos, el llamado del vuelo menciona mi falso nombre y, casi sin aire, avanzo hacia los casilleros para sacar los documentos que mantuve guardados hace mucho, pero… no hay nada.

No… no puede ser.

Alguien los sacó. No, no, no… Es una trampa.

Salgo por otra puerta y, en el primer basurero que encuentro, arrojo los rastreadores que tengo encima pensando en las dos opciones que me quedan: escapar por mi cuenta siguiendo mi plan inicial o… ir con mi madre.

«Cuarto de vigilancia».

Siento que todo me quema cuando veo que dos hombres corren hacia mí. Hay una bulla colectiva. Han cerrado los accesos de salida de los pasajeros y estos empiezan a hacer un escándalo, haciendo presión contra los guardias sobre las puertas.

Veo la oportunidad y corro, uniéndome a la bola de gente que protesta, agachando la cabeza hasta que fuerzan las puertas de golpe y escapo.

—¡Atrás! —gritan los policías—. ¡Atrás!

Mi pulso aumenta cuando veo a cinco metros de distancia el lugar que busco. Camino rápido para no llamar la atención, todos los años que pasé esperando este momento se agolpan en mi cabeza, mi mente grita «mamá…por fin», hasta que alguien me toma del brazo con fuerza.

—Bianca —dice una voz ronca que me paraliza, volteo y…

—¿Adrian?

—No entres ahí —dice y me jala, obligándome a caminar en sentido contrario.

—¡No! ¿Qué haces?

—Obedece.

—Señorita, ¿todo bien? —pregunta un policía.

De pronto saca su arma para disparar a quemarropa y Adrian cae al suelo.

—¡Adrian!

El horror se despliega por todo el aeropuerto cuando empieza la balacera.

De improviso, se escucha una fuerte explosión, una bomba.

El mareo hace que divague en el limbo. Toda el área inferior está en llamas y el infierno se desata. Ambulancias, gritos, gente muerta, pero todo se agrava cuando mis ojos se horrorizan al ver a Adrian en el suelo.

No…, por favor. No…

Intento ir hacia él, pero en medio de la confusión, el policía falso me da un golpe en el vientre que obliga a mi boca a expulsar sangre. Me arrodillo, ahogándome con mi propia saliva, sintiendo que me arde demasiado al inhalar y me doy cuenta de que estoy drogada.

—¡Maldita sea, ya muérete!

Poco a poco cierro mis ojos, dándome cuenta de que me arrastran.

El policía se pone un pasamontañas. Pasan los minutos, hace mucho calor. No sé si desvarío, pero escucho voces, ruidos extraños. El perfume de Adrian. Siento que me llevan en el hombro de alguien, me balanceo y veo todo de cabeza:

A lo lejos están…

Mi tío. ¿Qué hace aquí mi tío?

Mi nana corriendo…

Lion huyendo.

Todo vuelve a ser oscuridad extrema y alguien arroja otro explosivo. Soy consciente, pero mi cuerpo no responde a mis estímulos. Mi cuerpo flota, siento el rebote de un auto, movimientos, voces confusas, pero no puedo abrir los ojos.

Mi corazón se acelera. He salido del infierno a otro infierno porque estoy segura de que son secuestradores. Los diamantes siguen en mi cartera, los encontrarán. ¡Y yo no puedo defenderme! ¡No puedo moverme!

—Está drogada, solo eso —dice alguien—. Desvístela o lo haré yo mismo. Seguro tiene rastreadores incrustados en la piel.

Me aterro, siento sus manos desvistiéndome. Me quitan hasta la ropa interior con rapidez, como si fuera alguien que conoce todas las partes de mi cuerpo. Grito porque ahora tocan mi cabello y le cortan las puntas. Son maniáticos, asesinos, gente de la mafia.

El auto se mueve y empiezo a llorar.

Adrian..., fuiste un espejismo.

Mamá..., estuve a punto de alcanzarte.

Nana..., te amo con toda mi fuerza.

Nombro a las únicas personas por las que mi corazón ha sufrido mientras mi pecho se despliega, inflándose una y otra vez, pasando de la amargura al miedo.

Me estoy muriendo lentamente. No sé a dónde vamos. Por un momento, siento que duermo y otras veces que estoy consciente. El tiempo se hace eterno. Mi mente se ha quedado en blanco, pero ahora me despiertan y siento que me ponen una venda en los ojos.

—Súbela —ordena la voz del falso policía.

Mi cuerpo rebota en el suelo, pero sigo escuchando... solo escuchando. Unos brazos me cargan hasta llegar a un cuarto, me sientan en una silla y luego me amarran los brazos hacia atrás. Mi cabeza cae mientras siento cómo me ahogo con mi sangre.

Sus pasos son claros, alguien me rodea. La risa del falso policía me enferma. Espera unos minutos y luego me abofetea. Su mano es tan dura, tan tosca como absoluta.

Despierto. Me levanta la cabeza para luego hablarme al oído.

—¿Dónde están los diamantes? —murmura con voz deforme.

Están usando un transformador, pero no importa. Si no los han descubierto en mi cartera pegada a mi piel, no voy a decírselo.

—No sé —digo y vuelve a golpearme.

—No juegues conmigo, perra. Así que quieres jugar. Bien... descúbrela —ordena y con fuerza siento que me descubren la espalda.

—Estoy seguro de que no quieres otra paliza. Dinos dónde están los diamantes.

—No voy a decirles nada —digo.

Me golpea con una cuerda.

—¿Ahora cambiaste de opinión, perra? —grita, su voz ya no es tan deforme. Han sido las drogas, estoy recuperando la cabeza.

—Por favor..., ya no —lloriqueo.

Siento otro golpe más. Lloro de impotencia. Todavía tengo la piel sensible por el maltrato de mi tío, esto abre nuevamente mis heridas y le ruego que pare.

—Voy a cogerte, preciosa —dice el falso policía en mi oreja y vuelve a golpearme mientras la sangre sale de mi boca, de mi nariz, de mi espalda todavía lastimada.

—¡Dónde están los diamantes, perra! —insiste.

Han pasado largos minutos de resistencia.

Me quedo en silencio, me orina en los pies y grito; humillada, aterrada, adolorida.

—Mátala. Quiero que tú lo hagas. Deja que te mire; que sepa quién eres.

Jadeo, sintiendo que se me seca la garganta cuando le dice a su cómplice que lo haga.

En eso escucho que preparan un arma. ¡Van a matarme! Lloro fuerte, el falso policía se pone detrás de mí, soltándome la venda de golpe.

Mis manos están atadas, voy subiendo la mirada y primero veo sus pies, sus rodillas, su pecho hasta que me centro en su rostro y… es una puñalada al corazón.

Las lágrimas se me desbordan. Tengo la cara ensangrentada, mi boca partida por los golpes. Sus ojos están rojos de ira, tan rojos como los míos.

—¿Adrian? —mi voz es apenas audible.

Su brazo apunta con un arma a mi rostro.

Una trampa. Su trampa.

Ahora todo encaja, todo aparece en retrospectiva. Su falso deceso, la bomba, su olor... Él me cargó hasta ese auto, él me desvistió, conociendo cada espacio de mi cuerpo, él fue el cómplice del otro tipo. Las palabras de mi tío retumban ahora en mi mente, las palabras de mi nana, incluso de La Gata y Lion.

«Él no te quiere, solo te utiliza».

«Él solo está vengándose».

«Él solo quiere tu muerte y los diamantes».

—¡Mátala ya! ¡Ahora! —dice aquel hombre tras de mí.

—Sí, Ryan.

Me mira, lo miro. Y no agacharé la cabeza, quiero que me mate así... con mis ojos en los suyos. Con el corazón hecho trizas.

—Hasta nunca, arpía.

Dispara.



49.
RENACER EN MÁSCARAS

Adrian

«Más de trescientos heridos y diez fallecidos dejó una explosión en el aeropuerto internacional de Roma».

«Bianca Simone está muerta. La hija del recordado empresario Donato Simone, asesinado hace unos meses, fue secuestrada y torturada por delincuentes cuando salía rumbo a Sicilia. Se presume que fue un ajuste de cuentas. Toda Italia sigue consternada», informan los medios.

Las noticias se escuchan en todo el país, desde el lugar más concurrido hasta el rincón de cada frontera, pueblo y alrededores. Simplemente no tengo humor. No lo tengo desde que pisé Villa Regina y ella se entrometió en mis pensamientos como una bruja maldita.

Mis manos están manchadas de sangre, los recuerdos regresan una y otra vez a mi mente acribillando mi razón.

Me preparé apuntándole. Casi podía escuchar mi respiración, sudaba frío, rechinaba los dientes al no poder soportar sus ojos azules observándome en medio del dolor; la voz incesante de quien fue parte de mis planes todo este tiempo acribillándome, presionándome, aturdiéndome hasta que…

Disparé, sin remordimiento alguno. Disparé. Había pensado este momento hacía tanto tiempo. Disparé a quien tenía que matar desde el inicio.

A Ryan, no a ella.

Bastó un segundo para que mi pulso cambiara de dirección el tiro. Supe vengarme. La explosión de la sangre de Ryan fue el sonido perfecto para mis oídos, sus ojos mirándome, mi parte favorita, pero, aún mejor, cuando cayó al suelo como la simple basura que era, después de que ella se desmayara en la silla por los nervios.

Simple, sencillo, el ejercicio perfecto ya está resuelto.

Bianca Simone muerta para el mundo. Adrian Petrov muerto en la explosión del aeropuerto. Y el cuerpo de Ryan: una buena historia que la prensa contará como un ajuste de cuentas, aunque mi cabeza todavía estaba hecha un lío.

He estado actuando en automático desde que llegamos a la frontera con Suiza, tratando de no pensar demasiado en los hechos. Es tarde, no hay tiempo para nada. Sembrar un falso cuerpo ahogado en el río con su ADN es ahora la prioridad, así que la arrastro por la tierra hasta que sus huellas se impregnan en un viejo camino del norte que desemboca en el agua.

La tomo en mis brazos al entrar al río, dejando que pequeñas hebras de su cabello se desprendan en las piedras. Joder…, está llena de lodo y sangre. La limpio sin tocar demasiado sus heridas, lavo cada parte que puedo, mirando a la redonda por si hay curiosos, pero nadie aparece.

—Mmm… —se queja.

Arde en fiebre, todavía no abre los ojos. Ha tenido pequeños delirios en el camino, suficientes como para saber que necesita atención médica. Para cuando llegamos a la otra parte del río se hace más tarde. Camino con ella en brazos por arenas pastosas, el trayecto es largo, pero no habrá servido de nada el esfuerzo si no salimos de Italia en las próximas horas, ya que las tierras del norte siguen perteneciendo a los Ricardi.

—Aguanta —digo, buscando refugio—. Aguanta un poco más, Bianca.

Tardo media hora caminando cuesta arriba y pronto oscurece. Me dedico a buscar abrigo siguiendo mi instinto de supervivencia. Esta zona alta entre montañas es conocida por tener muchas granjas y no tardo en darme cuenta de que a lo lejos hay una cabaña abandonada en medio de pastizales.

El lugar está bien por ahora, no se ve a nadie cerca. Fuerzo la chapa con facilidad para entrar a buen resguardo. El polvo es un indicativo de que está deshabitado. Si el dueño quisiera regresar hoy sería imposible por el clima, al menos por esta noche, así que busco abrigo.

Hay sábanas limpias en los baúles, las doblo e improviso una cama sobre la paja donde acuesto a Bianca, que tiembla de frío. Su pulso está bajo y no puedo arriesgarme. Busco implementos para prender la chimenea, hago fuego para mantenerla caliente. Luego extraigo de mi mochila los implementos que necesito para examinarla.

Agujas, hilos, inyecciones, gasas, medicamentos.

Procuro no lastimarla, incluso cuando sigue delirando. Está herida no solo por los golpes de Ryan, sino por los latigazos que deben haberle dado cuando el viejo nos encontró en la cama. Y aun así su belleza sigue intacta, el impacto sigue siendo el mismo, incluso cuando duerme.

«Tranquilo», me digo cuando siento que se me agita el deseo.

El brillo del fuego la ilumina, soy un cazador innato, pero no es el momento.

—Ma… dre… —masculla. Mis dedos apartan un mechón de su cabello que se cuela por una de sus heridas y poco a poco recupera la conciencia—. Adrian…

—No hables.

Su cuerpo se tensa.

—No me toques… ¡Suéltame! —chilla enloquecida, temblando por el frío, intentando recurrir a la poca fuerza que le queda para tratar de alejarse de quien supone su asesino.

—No te haré daño. Tranquila.

No me cree. Me levanto para alejarme. Su sollozo es tan extraño que hasta… me incomoda. No me gusta que llore, por alguna razón me descoloca, pero es inevitable su reacción después de lo sucedido.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me hiciste? —dice y mira a su alrededor para saber dónde se encuentra.

—Te maté —la miro fijamente—. Solo eso.

No digo más porque está asustada, acurrucándose entre la paja con la mirada perdida. Le doy espacio y tiempo. Su mente aún no procesa lo vivido, ya que lo último que vio fue mi pistola apuntándola.

—No te muevas —advierto.

—Necesito irme.

Se sienta de golpe y su cara de dolor es obvia.

—No lo harás.

—¡Quiero irme! —grita, aterrada.

—Bianca, no… —corro al verla rodar en el suelo.

Ni siquiera tiene fuerzas para estabilizar su cuerpo. La tomo en brazos de nuevo y pega un grito cuando toco de casualidad su espalda. La sangre se le ha pegado a la ropa, puedo ver pus acumulada. Sus labios están partidos.

—¿Qué te hicieron?

—No te importa.

—Solo no te muevas, tranquila —le digo irritado al notar las heridas de su espalda—. Estás así por la falta de alimento. No has comido, estás deshidratada y pasará pronto. Bebe esto.

De mi mochila saco un poco de agua, pero no la toma.

—No.

Me exaspera. Ni enferma deja de ser odiosa.

—La vas a tomar por las buenas o por las malas. Tú decides.

Me mira con ojos de fuego y, joder, reniego. Su rebeldía es algo que me cuesta tolerar; tomo su rostro con mi mano, le abro la boca para que el líquido pase por su garganta y por más que trata de moverse no logra vencer mi determinación, así que termina tosiendo.

—Ahora voy a curarte.

—Vas a matarme —dice.

—No puedo matar a los muertos, ya te lo he dicho —digo sin paciencia—. Si quisiera eliminarte, créeme, no hubiese perdido tanto tiempo. Tampoco te hubiera salvado de una muerte

segura.

Lo dicho resuena en mi mente y me genera fastidio. Me alejo tratando de poner mi mente en blanco, buscando por toda la cabaña algo que pueda servirme para curar sus heridas hasta que veo unos frascos con hojas curativas.

Hay plantas frescas y no me resulta raro identificarlas, ya que conozco la medicina natural. La gente que vive por estos lares opta por sanarse con lo que ofrece la tierra, así que escojo algunas hierbas que puedan servirme como ungüento para luego aplicarle otros medicamentos que traje.

El alcohol sirve para desinfectar mis pinzas. Termino de mezclar los combinados, sus ojos azules siguen mirándome, pero la fiebre no espera, así que empiezo a evaluarla.

—No te queda otra que confiar en mí, a menos que quieras morirte por infecciones —le digo cuando veo su aparente resistencia.

Tiembla al acercarme y me doy cuenta de que su espalda, brazos y piernas están hechos añicos.

—Ah… —se queja cuando la limpio para luego colocar el ungüento.

—Dolerá menos mañana. Respira hondo, voy a coserte —indico antes de meter la aguja.

La suturo donde es necesario y, aunque pretende que no le duele, sus lágrimas caen por su rostro.

La noto más tensa de lo habitual cuando la muevo. Puede que tenga algún músculo lastimado, así que extiendo sus piernas para examinarlas.

—Ligamento estirado —digo, al subir hasta su muñeca—. Tienes la mano hinchada. Voy a tener que…

—No —determina, con la voz quebrada—. Me duele.

—Empeorará si no lo enfrentas.

Asiente y mis dedos hacen que salte en su sitio cuando la mueve en círculos.

Llora y me jode como el infierno. La dejo, es imposible oírla llorar de esa manera. Trato de disimular como puedo. La fiebre no cede, así que le doy un té de tomillo que parece tranquilizarla. Se acuesta boca abajo. Veo sus heridas de la espalda, aún cubiertas por plantas que ayudarán a su mejoría. Se ven terribles.

Mi primer impulso es alejarme al notar que me mira. No sé cuánto tiempo pasa, pero parece un martirio. Me siento en una esquina y bebo un poco de *whisky*, esperando que se duerma, pero no lo hace. El silencio es aún más pesado. Por un momento solo se escucha el crepitar de la madera quemándose en la chimenea. Sus ojos azules acosan mi cordura.

—¿Por qué lo hiciste? Conocías a ese hombre, tú…

—Ese hombre ya no importa —determino—. Confórmate con saber que ahora serás libre. Para todos estás muerta. Era completamente necesario.

No explico más, no tengo por qué.

—Mi madre estaba en el aeropuerto. Ella iba…

—Fue una trampa.

—¿Qué?

—Lion es un hijo de puta, sabía perfectamente que tu madre era tu debilidad y, con la excusa de que iba a ayudarte, solo trató de llevarte a la trampa. Había una bala esperándote tras el cuarto de vigilancia.

—No… Lion me mostró su lado más frágil, él…

—¿Te dijo que se acostaba con tu padre desde niño?

Se queda muda.

—Es cierto que tu padre lo forzó, pero él decidió quedarse a su lado por voluntad propia. Además, que se haya abierto contigo no implicaba cambiar sus planes.

—¿Planes?

—Sabía que tu tío te iba a poner una trampa para devolverte a Villa Regina, así que decidió adelantarse y emplear el señuelo de tu madre para que lo siguieras con los ojos cerrados.

—¿Con qué fin? ¿Por qué Lion traicionaría a mi tío?

—Dinero. Intereses. Venganza. Lion ha sido informante de los Ricardi desde hace mucho.

—No… puede… ser. Él ha sido parte de la familia desde siempre. Lion… no podría.

—Desde que tu padre murió las cosas cambiaron. Eligió lo que más le convenía: hacer dinero antes de largarse. Tu tío, que sabía perfectamente tus movimientos, también planeaba matarte luego de entregar los diamantes en Sicilia. Y eso implicaba un riesgo para todos.

Niega con la cabeza y puedo intuir que la verdad le asquea.

—Mientes. ¡¿Por qué haces todo esto?!

La vena del cuello me tiembla. Ni siquiera yo sé qué carajos hice. Ni siquiera sé qué diablos tengo en la cabeza.

—Morir era la única forma de arreglar los problemas. Te conviene, ahora elegirás tu propia vida.

—Mi nana... Ella está en peligro —se desespera.

—Esa vieja zorra lo único que ha hecho es traicionarte.

—¡Ya basta! —grita furiosa—. ¡Deja de mentirme! ¡Solo me mientes!

Entra en colapso. Su cuerpo tiembla sin que pueda controlarse. La fiebre trae como consecuencia su inestabilidad, la temperatura sigue bajando y si no hago algo ahora para mantenerla más abrigada puede entrar en hipotermia.

—Mírame —sostengo su rostro al verla desvanecerse—. Pudiste con mucho más durante toda tu vida, puedes con esto. No puedes dormirte ahora, no hasta que tu cuerpo entre en calor.

Sus manos, sus brazos, todo en ella está helado y, cuando menos lo pienso, se desploma hacia adelante sin fuerzas.

Maldita sea. Mi respiración sube y baja en tensión cuando la siento tocarme el pecho. Esconde su rostro en mi cuello tratando de aferrarse a algo.

—No te duermas —ordeno de nuevo.

La acerco a la chimenea, mientras mi mano junta algunos cojines para acomodarla. Pero es tarde, me doy cuenta de que el contacto con mi piel es más efectivo.

Mi calor corporal, junto a la cercanía a la chimenea, hace que recupere la temperatura poco a poco. Su pulso se estabiliza lentamente; respira mejor, exhala mejor, se siente más cómoda y yo… extraño.

Los minutos pasan y es inevitable que su peso ceda sobre mi cuerpo. No puedo moverla, no cuando sus heridas aún brillan en la espalda, no cuando sus manos caen por mis costados y apenas dice sollozos por el dolor que siente.

Joder, ¿qué carajos estoy haciendo? Debo estar demente.

«Es por su bien, no es porque quiera hacerlo. Solo es… instinto de supervivencia», me digo, buscando una lógica para no sentirme extraño.

El olor a manzana de su cabello me embelesa. Mi mirada se centra en el fuego, pensando en cuándo se extinguirá para tener la excusa de ir por más madera, pero la verdad es que me empieza a resultar… cómodo.

El silencio acarrea los remordimientos, las preguntas que no tienen respuesta, la crisis de sentir que me agrada su compañía a tal punto de estar tranquilo solo cuando la tengo cerca y nuevamente resuena lo que no he querido enfrentar.

No la maté cuando tenía que hacerlo.

La salvé sabiendo perfectamente lo que hacía.

Falté a mi palabra, a mi sed de venganza, a las ganas que tenía de destruir por completo a los Simone por… ella.

No soy bondadoso, con nadie. Mis manos están manchadas de sangre, he descuartizado vivos a mis enemigos, he disfrutado matando inocentes, y no me arrepiento, solo que ahora un nudo me aprieta la garganta sin saber qué carajos siento por Bianca.

No puedo explicarlo. No tiene lógica y empieza a pesarme.

Trato de moverla, pero está tan dormida que es imposible despertarla. Me tengo que relajar, mis niveles de estrés podrían pasarme factura ahora que no puedo darme el lujo de parar por nada. Se mueve acomodándose aún más en mi pecho, sobre mis marcas, sin saber que las incendia, como si les pasara ácido por encima.

Deslizo mis brazos alrededor de ella para evitar que se caiga y es inmediata la sensación de alivio. Mierda, ¿qué estoy haciendo?

Niego con la cabeza, pero… «solo será un momento», pienso, al cerrar mis ojos. Es la primera vez que siento que no me pesaría pasar la noche con alguien tan cerca.

Pero sé que tengo que alejarla, por su bien y el mío. Le perdoné la vida porque ella fue una víctima de los Simone. ¿Las consecuencias? Dudas en mi cabeza, pero tampoco hay tiempo para arrepentimientos.

Un deceso era lo único que podía liberarnos de la mafia; Adrian Petrov y Bianca Simone están muertos para el mundo, pero aún hay verdades que no saben. Se las diré antes de dejarla ir para siempre.





50.
SOMBRAS

Bianca

Mi cuerpo está en llamas, la sensación de ardor es insoportable.

Entreabro los ojos aún con la garganta ardiendo y un dolor intenso en mi cabeza. No puedo respirar boca abajo, pero la idea de moverme me debilita. Me estoy perdiendo en el vacío, sin poder resistir más esta sensación que me agobia.

No pasa mucho tiempo hasta que siento un espasmo, así que intento ser fuerte. Abro mis ojos de golpe cuando mi conciencia regresa. Necesito irme de aquí.

Muevo mi pierna y cada estiramiento expande mi dolor. Mis brazos están enrojecidos, tengo hierbas en mi piel que se desprenden al tratar de voltearme, pero, cuando quiero sostenerme, caigo al suelo y me doy un golpe que me hace gritar con fuerza.

—¡Qué haces! —grita Adrian desde la ventana.

En menos de un parpadeo entra, y deja lo que tiene en los brazos para tomarme. Se exalta, tira de mí y lloro por el dolor en mi espalda.

¿Va a matarme? ¿Será ese tipo de psicópatas que cortan a las mujeres en pedacitos? Me exalto de solo pensarlo, pero por alguna estúpida razón, sus ojos me calman.

—Debería dejarte morir, pero sería muy fácil. No te muevas —vuelve a curar mis heridas y me trago el dolor para no darle el gusto—. Sanará pronto si me haces caso en todo lo que te pida. Ahora come, tienes que desayunar algo.

Me ayuda a sentarme.

—No quiero.

—Vas a comer lo que te traje. Ahora.

Siempre imponiendo. Siempre con ese ego indestructible, por lo que me muerdo la lengua.

Parte la fruta con sus manos y la lleva a mi boca con ojos agresivos. Accedo, pero masticar y pasar la comida me duele.

—Tienes que seguir, si no, no vas a recuperarte. Ahora vuelve a descansar que en unas horas nos iremos.

—¿Irnos?

No responde, solo me ignora y me acuesta en la cama improvisada. Me quedo dormida poco a poco sin ser consciente de las horas que pasan y cuando vuelvo a despertar ya es casi de noche.

No se me ha borrado la imagen de la cabeza. Me siento tan mal que mi humor apesta. Hay una sopa hirviendo cerca, el olor provoca retorcijones en mi estómago, y cuando Adrian se da cuenta de que estoy lúcida se acerca para obligarme a comerla.

Me pregunto si esto es una pesadilla. Quiero verlo con otros ojos, aun cuando ha querido matarme, pero no puedo. No olvido quién es, tampoco lo último que hemos vivido. Las imágenes de él apuntándome con esa arma taladran mi cabeza. Se fue, no supe más de él en días, luego apareció en el aeropuerto para secuestrarme y asesinarme. Pero ahora resulta que me hizo pasar por muerta para salvarme. Eso quiere hacerme creer.

—Adrian —musito y voltea.

Su cuerpo a contraluz, con el brillo de la noche, me estremece. Hay sangre en sus manos, se las lava y no pregunto por qué. Solo necesito enfocarme en lo que quiero.

—Quítate la máscara de una vez por todas y dime la verdad —le digo.

Sus pasos resuenan por el piso de madera. Se lleva un trago a la boca.

—Estás muerta y yo también, es lo único que importa. Nos vamos.

—¿A dónde?

—Solo serás completamente libre si salimos de este país. Ya te lo he dicho.

—¿Qué… pasó con mi tío?

—Se jodió porque se quedó sin heredera. Ya no hay marcha atrás, Bianca. ¿No era esto lo que buscabas desde hace mucho?

Me callo, una angustia recorre mi pecho cuando pienso en mi nana, y basta mi silencio para que él lo entienda. Sus ojos grises parecen oscurecerse de la rabia. Su imponente figura se levanta y respondo a su ira.

—No voy a dejarla a su suerte —le digo.

—Ella fue la culpable de todas tus desgracias, la mujer que te ha mentido toda tu vida usando su amor para cegarte ¿Por qué no lo entiendes? Fue ella quien le dio información a tu tío de dónde estabas, le describió paso por paso tus planes.

—¿De qué hablas? —mis pulsaciones aumentan—. Mi nana nunca haría eso.

—No todo el que dice querernos lo hace de verdad. Hay personas que están acostumbradas a manipular a quienes las aman por sus propios intereses.

—Es absurdo. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué se querría quedar con los Simone después de todo lo que le han hecho?

—Porque ha sido amante de tu padre y de tu tío desde que era joven… y aún lo ama.

Sacudo mi cabeza como si acabara de recibir un balazo. Sus palabras atraviesan mi carne, mis ojos arden, siento que todo me sobrepasa.

—No es cierto. Cyra fue como la madre que no tuve.

Adrian no contesta, solo me mira como si fuese una ridícula y el ahogo que siento hace que toda mi adrenalina fluya.

Camino a pasos lentos, apoyándome en la pared de la casa hasta que llego a la puerta y salgo. Necesito estar a solas, suelto un llanto de rabia, de esos que están cargados de impotencia y no quiero que me vea.

Es imposible. Es como si me dijeran que dude de mi madre. Imposible.

Cierro mis ojos intentando olvidarlo, pensando en mí, tratando de sobreponerme, pero parece que nada me calma. Siento la indignación aflorando en mi estómago hasta pasar por mi garganta y… joder, cómo lo odio. Entonces lo veo salir con una mochila abultada.

—Estás demente —le digo.

—Y tú ciega, pero no voy a tolerar berrinches. Así que, si ya puedes caminar, vas a hacerlo. Y si quieres quedarte aquí muriéndote en medio de la nada, que lo aproveches.

Avanza sin voltear. Su irritación no es más grande que la mía. Sabe que no tengo más opción que seguirlo. Así que decido hacerlo.

De pronto descubro que hay un hombre muerto delante de la casa. Ahora entiendo lo de la sangre. Parece un leñador, o tal vez el dueño de la cabaña. Da igual, a Adrian nadie le interesa. Mata hasta por divertirse.

Voy caminando a paso lento gritándole para que se detenga, pero no lo hace. Siento escalofríos y solo se detiene cuando me ve caer de rodillas. El maldito no hace nada, solo espera que avance. Pasamos por malezas gigantes, reniego de lo débil que me siento cuando vamos en subida y, a regañadientes, recibo la ropa que me tira.

No es suya, claramente. Se la debe haber robado…, pero nos sirve ahora.

Las próximas horas no nos hablamos. Paramos de vez en cuando y todo es incómodo. Él siempre va por delante, mirando el reloj, como si fuera tarde para llegar a algún lugar que desconozco. Me lleva por los sitios más intransitables y quizá lo hace a propósito, por lo que me demoro más de la cuenta.

Imbécil.

Me enfoco en salir de este lugar. Amo la naturaleza, pero no extrema; las fuertes ventiscas hacen que mi gorro se vuele, ya ni siquiera puedo abrir los ojos debido a la tierra agitada por el viento. Todo es un nudo en mi cabeza; desde lo que pasó en el aeropuerto hasta nuestra situación en este lugar y el hecho de que mi nana…

—¡Mierda! —suelto rabiosa al tropezarme. Un pedazo de tierra cae al vacío y el corazón se me sube a la garganta cuando siento sus manos tirar de las mías.

Me arde la espalda por el movimiento brusco. Él se mueve y chillo, me toma del brazo sin que pueda fingir que no pasa nada.

—Maldita sea —dice, sentándome encima de una piedra—. Voy a tener que revisarte.

—No, no… —digo para detenerlo, me duele mucho, pero es más terco que una mula.

Desliza su dedo por mis brazos hasta tomar mi cintura. Su aliento, su voz ronca, la imagen que proyectan sus ojos cuando me ve me altera, pero no puedo quejarme más en este momento.

—Estás sangrando, se te abrieron los puntos —reniega cuando me alza la ropa hasta el cuello y no me queda otra que callarme.

Empieza a coserme de nuevo y el dolor es terrible, así sin anestesia, pero me aguanto. Sus dedos son rápidos, así que al menos todo dura unos segundos. Luego limpia las heridas.

—Ya está, calma.

Puedo sentir cómo el aire permanece atrapado en su garganta cuando sus palmas se deslizan por mi columna. Acaricia lentamente mi espina dorsal y cierro los ojos. Lo odio, juro que lo odio, pero ahora mismo me embarga lo que durante todos estos meses he sentido cuando lo tengo cerca.

Se me va el aire al sentir sus manos detenerse en mi cintura. Masajea de atrás hacia adelante, subiendo sus manos lentamente hacia mis costillas, enviando una punzada entre mis piernas que no puedo controlar por mucho hasta que se detiene.

—Estás helada, debes... mantener esta zona caliente para ayudar a tus músculos.

Suena tan controlado que le pongo mi cara más neutra, pero por dentro estoy muriendo y me enojo conmigo al sentirme tan bipolar.

Se levanta y mete los implementos médicos en la mochila, sin que pueda dejar de mirarlo. Me vuelve loca y es lo que más me asusta. Tiene un no sé qué que me pesa, un «llévame al infierno contigo» que me arrebata y me es difícil dejar de preguntarme cómo sano esta contradicción que me arde.

He pasado del frío al calor y me hierve la piel de solo rozar la suya. No se trata solo de algo sexual. Es algo más profundo. Hay algo en sus ojos que me fascina: villano, arrogante, odiable; algo en su voz que me hace temblar cuando habla, algo en su aliento que me provoca besarlo y me niego a sentirlo.

—No vas a poder caminar con los puntos recién hechos en un sendero como este. Al menos hoy.

—Quedémonos aquí.

—Es peligroso en estas tierras. Te cargaré en mi espalda y no quiero discutir contigo.

Se pone la mochila hacia adelante y me toma segundos procesar lo que tengo que hacer ahora: obedecerlo. Se agacha para que pueda subirme encima, toma mis piernas con cuidado para entrelazarlas en sus caderas. Si me estaba costando no pensar en sexo, el roce vuelve a traérmelo a la cabeza.

Me incomoda la posición hasta que me acostumbro. Salimos al campo y hace un frío terrible.

El aire golpea mi rostro con fuerza, obligándome a hundir mi cara en su espalda y ahí descanso con los ojos cerrados, solo siento el trote por caminos hostiles.

Su olor hace que me embelese rápido y decido no resistirme; pronto dormito, siendo ajena al tiempo que pasamos en medio de la nada. Lo que pensé que eran minutos se vuelven horas y ya ni siento mis articulaciones.

Las veces que he abierto mis ojos solo he visto oscuridad, he escuchado sonidos raros y al viento soplar con furia. Doy gracias al cielo de que no esté lloviendo, de que tampoco hayamos sido atacados en esta oscuridad extrema, aunque nadie podría con Rambo.

—Vamos a quedarnos aquí esta noche —habla, pero lo ignoro, fingiendo que duermo hasta que el desgraciado me suelta de golpe—. Armaré una carpa y mañana se acabará tu tortura, no te preocupes.

Toma un palo mientras hace una circunferencia en la tierra. El frío no le afecta. No se ve cansado a pesar de haberme cargado por horas; su físico es envidiable, al igual que su resistencia. Yo me estoy congelando, chupándome los labios para que no sigan quebrándose, pero para él es fácil tomar cosas pesadas y sobrellevar los desafíos de la naturaleza.

En minutos consigue hacer fuego y levanta una carpa. Arrastra piedras grandes para cercar la zona a modo de protección y extiende una bolsa de dormir que seguro también se robó de la cabaña.

—Listo.

No pienso dormir con él.

Me siento como puedo mientras controlo el cansancio. El fuego se siente bien cuando pongo mis manos cerca para calentarlas. Hay algo de fruta que pruebo porque el hambre me consume; me da la opción de dormir sola en la carpa porque es pequeña, así que accedo.

No hace tanto frío aquí, sería fácil dormir, pero cuando cierro los ojos no puedo conciliar el sueño. Todo se me viene encima; las cosas que no enfrento, tarde o temprano, regresan a mi mente y, si sigo evitándolas, no llegaré a ningún lado. Salgo de la carpa.

Las ramas revientan en el fuego y mantengo mis ojos abiertos, mirando el vacío. Una ligera sensación de ausencia vuelve a atacarme, pensando en lo que se viene. Estoy muerta para el mundo y esta libertad se siente extraña.

Él me salvó... de nuevo, y también casi me mata.

Se veía tan real cuando me apuntó con esa arma, tan brusco cuando empezó a hablarme de esa manera. ¿Fingía? ¿O es que le salió mal el plan y no tuvo otra opción que apañarse?

Ese hombre, Ryan, era su cómplice. ¿Por qué lo mató entonces? ¿Realmente quería librarme de toda esta mierda? ¿Será que tiene otros planes?

Niego con mi cabeza. Lion es un traidor, supo manipularme con lo de mi madre, eso sí es lógico, pero mi nana… Cyra, ella no podría traicionarme. ¿Por qué lo haría?

Los recuerdos vuelven como ráfagas traicioneras.

Me pidió todo mi dinero porque no tenía.

Había más de cinco personas vigilando mis pasos.

Los casilleros estaban vacíos cuando llegué por mis documentos falsos.

Pero en medio de mi delirio, cuando aquel hombre me cargaba para secuestrarme, me pareció verla a lo lejos junto a mi tío en el aeropuerto.

—¿Qué pasa? —pregunta Adrian. Se ha dado cuenta de que lo miro por un agujero de la carpa.

—Nada —contesto, no quiero que piense que me importa—. Solo… me duelen los labios, los tengo partidos y resecos. Pensé que el calor iba a ayudar.

Invento cualquier cosa y ni siquiera se inmuta. Con suma dificultad, logro sentarme.

No dice más mientras el reflejo de la luz alumbra su rostro y por un momento lo veo como un dios de la noche. Me cuesta tener rabia y, a la vez, este sentimiento. El silencio me hace pensar que realmente no lo conozco.

—No se puede dormir con preguntas encima —afirma, como si hubiese abierto mi mente.

—Me arden los labios, ya te dije —miento.

Se levanta y se acerca a mí con frialdad. Se queda a mi altura sin apartar la vista de mi boca.

—Puedo darle solución a tu problema, si prometes dejar de abrir esa boca majadera.

Parpadeo y enseguida su boca está rozando la mía. Siento que el estómago se me retuerce, pero a mi ego le afecta el autocontrol que tiene de sí mismo y lo descontrolada que me veo yo ahora. Moja mis labios una vez, lo hace bien, y luego se despega como si no hubiese pasado nada.

—Mañana serás libre para hacer lo que quieras. Me iré dejándote segura y fuera de Italia.

Siento un nudo en la garganta.

—¿Por qué haces todo esto?

—¿Qué?

—Salvarme.

—Porque en mis planes siempre ha estado joder a los Simone. Ahora ya no tienen heredera —su tono frío me aturde—. ¿Por qué más lo haría?

El corazón me late con fuerza. Soy una tonta, una maldita tonta.

—Al final es lo mejor que has hecho: venir, destruir todo y luego marcharte.

Para él yo soy nada, pero él es para mí… No. ¿Qué estoy pensando?

—No te salvé de la mierda para que regreses a la mierda —cambia de tema—. No vuelvas a Italia nunca más. Ni siquiera por esa anciana.

—¿Cómo estás tan seguro de las cosas que afirmas?

Saca un sobre pequeño de su bolsillo para luego ponerlo en mis manos. Me congelo al ver una

dirección apuntada al reverso.

—De camino veremos a alguien.

Abro el sobre y mis dedos se apresuran en sacar algunas fotografías. Una mujer yace en ellas, paralítica, pero no es su estado el que me conmociona, sino su rostro… Mi madre.

Ella tenía casi quince años cuando me tuvo, hoy debe tener menos de cuarenta y su aspecto… me deja fría. El cabello lo tiene claro, como yo; son los mismos ojos azules, únicos en el mundo por brillar como diamantes. Es hermosa, dolorosamente bella, pero su mirada es triste.

Levanto el rostro lleno de lágrimas. La foto se me cae de las manos, como si quemara. Es la primera vez que veo a mi madre.

—Tu madre está viva y esta vez no son suposiciones. Yo no seré quien te aclare nada, será la mujer que ha sido tan víctima como tú en toda esta historia. Ángela está en Suiza y estamos a solo horas de verla. Esta será nuestra última parada, Bianca.

—¿Y luego…? —pregunto, sintiendo un nudo en el pecho.

—No me volverás a ver nunca más, lo prometo.



51.
ETERNO

Leonardo

«Siguen las investigaciones, la prensa está en las afueras de Villa Regina, los empleados han sido asediados por la multitud de cámaras y todo parece indicar que los rumores son ciertos: Bianca Simone está muerta.

La hija del multimillonario italiano Donato Simone, fallecido solo meses atrás, fue encontrada sin vida en un río cerca de unos pastizales en las afueras de Milán. Pobladores cercanos escucharon balas y gritos. Enviamos nuestras más sentidas condolencias a la familia que aún no ha querido dar declaraciones».

—¡Apaga ese maldito televisor o te meto una bala ahora! —grito a un sirviente.

Mi presión está por las nubes, pero sigo bebiendo, no aguanto más estas venas hinchadas en el cuello, la tensión, la ansiedad, los temblores en todo el cuerpo desde lo que pasó hace días.

—Señor…

El jefe de inteligencia que contraté hace meses para seguir a Bianca llega de improviso.

—¡Dime que tienes algo! ¡Dímelo! —le digo y su mirada y silencio me exacerban.

—No hay duda, Adrian Petrov está muerto y el ADN de su sobrina es el correcto. No pudimos reconocer su rostro porque el cuerpo estaba quemado, pero hicimos análisis a su cabello. Los forenses detectaron maltrato físico. Lo siento mucho, señor.

—¡No! ¡No puede ser!

—Señor, cálmese.

—¡Maten a los Ricardi! ¡Los quiero muertos a todos! ¡Atáquenlos! ¡No me importa una pelea directa! ¡No me interesa!

—Pero…

—¡Lárgate, maldito animal! ¡Lárgate! De nada sirvieron tus servicios. ¿Qué hiciste por Bianca si no pudiste defenderla?

—Fueron sus órdenes que me mantuviera al margen en el aeropuerto, usted…

—¡Ya vete!

Mi sobrina muerta, el imperio caído: no, no, no… Esto no puede estar pasando.

Ella no tenía que morir así, no en manos de nuestros enemigos, es una puta vergüenza.

Arrojo todo lo que hay sobre mi escritorio. La cólera es algo que no he podido soportar desde hace más de cuarenta y ocho horas. Ni siquiera mis zorras logran ahora complacerme, tampoco las chiquillas vírgenes que me trajeron porque todo me apesta, todo me enfurece, no dejo de pensar que nuestro orgullo ha sido dañado de la peor manera.

La Hermandad ha pedido bordear las tierras fronterizas entre sur y norte para invadirnos, los Ricardi deben sentirse ganadores y necesito entender qué hacer ahora para sacar esto adelante. Los bastardos son mal vistos en nuestra élite. Ni siquiera sé con cuántas mujeres me habré acostado, lo cierto es que a casi todas he desechado, matándolas una vez que ya no me servían y engendrar ahora un heredero no sería prudente.

Pero no puedo terminar en la ruina. No puedo.

Un Simone gobierna el mundo. Un Simone traiciona. Un Simone no baja la cabeza nunca y tampoco pierde.

—Señor, sus pastillas —dice la mucama que entra a mi despacho con una bandeja, pero se la tiro de inmediato.

—¡Lárgate de aquí! Dile a la zorra de Cyra que venga ahora. ¡Ahora!

Vuelvo a gritar, respirando de forma profunda. Ni siquiera tengo el maldito diamante que era la última opción para resurgir de las cenizas. Todo está hecho pedazos y cuando la muda entra no hago más que devorarla con la mirada.

Su rostro luce pálido y perdido, su mirada deprimida. Guarda silencio... Siempre silencio. Nos dejan a solas y mi cuerpo reacciona golpeándola con fuerza.

—Señor… —aúlla como el asqueroso animal que es—. No me mate.

Habla. Esta perra lo hace cuando quiere.

—¿Que no te mate? ¡¿Que no te mate?! ¡Bianca está muerta! ¡Dejé que se largara por tu culpa!

Llora y se golpea el pecho sin control, arrastrándose por el suelo mientras mis pies la patean. Asquerosa anciana, lo único que me ha dado todos estos años son problemas.

—No, señor..., no puede estar muerta —su voz apenas es audible—. Ella es invencible, ¿lo recuerda? Ella debe haber huido con ese hombre, debe haberlo hecho en medio del pánico. Ella es inteligente, señor, más inteligente que nadie.

—¿Qué hombre?

—Adrian —dice y apenas escucho su voz cortada por el llanto—. Ese hombre es muy bueno para armar mentiras. Se lo juro, señor. Se lo juro. Yo jamás lo traicionaría a usted. Yo lo amo, lo amo tanto que…

—Perra asquerosa. Petrov está muerto.

—¿Está seguro?

Las nuevas ideas entran por mi mente y se dirigen hacia una parte de mí que no se había activado por la ira. Adrian Petrov, *rey de los estrategas*, estafador de mentes, creador de espejismos.

Miro a Cyra, quien ha sido firme al asegurarlo: ¿el imbécil del cuerpo de inteligencia que contraté podría estar coludido con ellos? Todo es extraño, porque no hay desliz en esta historia. Y si ha sido perfecto es porque pudo ser planeado.

Cyra me mira. Entonces despliego una genial idea.

A la única persona que Bianca quiere realmente es a ella.

Adrian

Le dije que su madre estaba viva y su mirada casi se desvaneció al instante. En sus ojos azules se acumulan lágrimas que preferiría no ver, así que retrocedo, mirando a la nada mientras se sienta junto al fuego en silencio.

No soy bueno para consolar a la gente, de hecho, es una de las cosas que más me irrita. Sigo sin entender por qué el ser humano se complica tanto queriendo a otro, yo siempre he visto la vida de la misma manera: ganar y punto, sin complicaciones, pero a ella le afecta.

Finalmente se queda dormida en la carpa. Termino de fumarme el cigarrillo, la noche es larga y, para variar, me cuesta conciliar el sueño, por lo que me mantengo junto al fuego pensando en que solo quedan horas para dejarla.

¿Gané este juego? El viejo y todo su circo están arruinados de por vida sin heredera. No tienen dinero porque les quité mis inversiones. Lo conseguí, destruí, hice añicos su clan de porquería. Logré que La Hermandad estuviera en su contra, dejándolos sin aliados ni diamantes y ahora, sin la presencia de Bianca, solo bastarán días para que sus enemigos les quiten sus tierras. Gané, sí, pero también cometí un error grande al dejarla viva. ¿Por qué?

¿Podré vivir con esto? La pregunta me pesa.

Ahogo el malestar mientras las horas pasan y no dejo de verla dormir por última vez en la carpa. Ya no importa nada de lo que haya dicho, lo cierto es que mañana se irá para siempre y habrá acabado todo por lo que luché desde niño.

Los primeros rayos del sol no hacen más que calentar mis pensamientos cuando amanece. Recojo el minicampamento improvisado para no dejar huellas y luego partimos rumbo a Suiza. Ni ella ni yo hablamos en el camino.

Pasar la frontera es fácil con documentos falsos, así que no tenemos problemas. El oficial apenas le mira la cara (ella lleva bufandas en la boca) y sella el documento falso con una sonrisa.

Lo primero que busco es un lugar para rentar autos. Elijo el más simple para pasar desapercibido, pago en efectivo y seguimos sin hablar por una hora. Bianca solo masculla un

simple *«gracias»* cuando paramos en un McDonald’s por comida. La chatarra no es de mi agrado, pero es lo que hay y ella parece disfrutarlo.

El tiempo pesa más en silencio. Vamos rumbo a Ginebra, donde vive su madre, y solo me concentro en llegar antes de que anochezca. La investigué hace mucho:

Escapó después de que esa bala la dejase incapacitada por años.

No se volvió a casar ni a tener pareja, pero recibía a hombres en su casa.

Tiene un pequeño negocio de dulces suizos, de eso vivió al pasar los años.

Y, por último, fue entrenadora de armas durante un tiempo. El hombre al que contacté fue uno de sus alumnos y lo que aseguran de ella es fantástico: que es una mujer preparada.

Bianca estará bien con ella, aunque no debería importarme su vida ni sus decisiones.

Aprieto el volante cuando subo la velocidad para acortar el tiempo. Un espasmo invade mi cuerpo al mirar cómo se rasca la pierna y acomodo el espejo para mirarla mejor.

Está nerviosa. Controla su ansiedad sujetándose las manos. Sé lo que está pensando, que soy un maniático que va a matarla o entregarla a su madre. La segunda opción es la correcta, aunque no descarto la primera si acaba con mi paciencia.

Da igual, es lo último que hacemos juntos. Envío un mensaje de texto a Guido, quien me mantiene informado de todo lo que sucede en Italia. Erick ha *hackeado* cámaras por el camino que tracé en el mapa. Todo está bajo control por ahora, por lo que puedo estar medianamente tranquilo, al menos hasta llegar a la casa de su madre.

Dos horas, el reloj es justo.

Ginebra se alza ante nuestra vista. No ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí. Reviso los alrededores antes de ir rumbo a casas residenciales frente al lago y, cuando doy con la ubicación, mi cuerpo se tensa.

—¿Cuál es el lugar? —dice Bianca, rompiendo el hielo. Ambos miramos por la ventana. No dice más, solo se retrae.

—Aquella casa —señalo y detengo el auto.

—Bien.

Se quita el cinturón de seguridad y, cuando trata de abrir la puerta, la detengo.

—Espera —el roce de mi mano contra su piel hace que todo se ponga más difícil. Mi pulso se acelera.

—¿Me vas a decir que esta es otra mentira? —responde a la defensiva, soltándose.

—No abriste los documentos que te di. Deberías saber todo antes de enfrentarla.

—Lo que sea que tenga ese sobre no me importa, prefiero que me lo digas a la cara.

Sus ojos dudan.

—Tu madre no es quien crees, al menos lee lo que ha sido su vida. No deberías esperar a que ella te explique nada, ni siquiera sabemos cómo va a reaccionar. Esa mujer está tan asustada

como tú ahora.

—Yo no estoy asustada —miente—. Lo solucionaré como pueda. Será lo último que hagas por mí, no te preocupes.

Baja del auto aparentemente enojada sin que pueda entenderla. No soy un hombre de su mundo, tampoco su enamorado para soportarle sus problemas, pero este sigue siendo un caso crítico, ya que estamos huyendo.

Preparo mis armas antes de que crucemos la calle. Le doy una a ella. Miro las cámaras y están en el punto que quiero. La casa se ve decente, no es un mísero basurero y llegamos a la puerta. Bianca se queda paralizada, por lo que soy yo quien toca, pero nadie abre.

—Tal vez deberíamos irnos —dice después de unos minutos sin respuesta.

—¿Tan rápido te acobardas? ¿No era esto lo que siempre quisiste en tu vida?

Se cruza de brazos aturdida. No me mira porque no quiere, esconde su rostro para que no sienta su nerviosismo.

Vuelvo a tocar poniendo mis manos en la chapa y se siente ligera. La puerta se abre lentamente por la fricción y lo primero que se ve es una silla de ruedas.

—Atrás —digo, y entro de primero.

—No me trates como si fuese inexperta. Me sé cuidar sola.

—Tú y tu boca se contradicen últimamente.

Entro primero con un arma en alto. Bianca me sigue con aparente ansiedad. La casa parece habitada; luce limpia, en la sala hay algunos cuadros y el jardín está perfectamente arreglado, por lo que no parece una mentira.

Hace mucho vengo investigando a esta mujer, planeaba usar la ficha a mi favor por si algo no salía como quería, pero el asunto fue agravándose a medida que pasaban los meses sin que hiciera nada, aun sabiendo que su hija deseaba verla.

Seguimos caminando hasta que llegamos a las escaleras y luego subimos en silencio. Hay dos habitaciones; la primera: deshabitada y la segunda con una cama destendida. Nadie en el baño. No hay rastros de su presencia, pero sí... muchas fotografías.

—Es cierto —dice Bianca cuando las ve—. Soy... como ella.

Veo la imagen de una chica joven en el puerto. La chiquilla sonríe, pero sus ojos no proyectan felicidad, es la versión más extraña de Bianca: ojos azules brillando como diamantes y a la vez… distinta, como si la hubiesen secado por dentro.

—¡¿Y ustedes quiénes son?! ¡¿Qué hacen en mi casa?!

Una mujer de cabellos blancos arremete contra nosotros con su bastón, pero cuando ve a Bianca se paraliza.

—Dios… —dice.

—¿Dónde está Ángela? —increpo. La mujer se pone nerviosa.

—No lo sé —responde. Camina lentamente abriendo los brazos como si viera a un fantasma —. ¿Bianca? ¿Tú… eres Bianca?

—Sí.

—Santo cielo… Eres tan hermosa. Tan joven, tan… como ella cuando vino a nosotros.

—¿Dónde demonios está Ángela? —vuelvo a preguntar—. Si no quiere meterse en problemas, hable de una buena vez.

Ve mi arma y tiembla.

—Mi nombre es Ann. Vivo en esta casa. De verdad no sé dónde está.

—Por favor, no me mienta —dice Bianca.

La mujer se aturde llevándose las manos a la cabeza, caminando hacia otro lado para no tener que contestar.

—¿Les puedo ofrecer un café y galletas? —se pone nerviosa—. Me salen deliciosas, yo…

—No queremos nada. Hable ya —amenazo.

—Lo siento mucho, muchacha. Sé que vienes a buscar a tu madre, pero... ella se ha ido.

Los ojos de Bianca se humedecen.

—Ángela ha sufrido mucho —continúa, tratando de excusarla—. Cuando la conocí, yo era voluntaria en un hospital; la encontré malherida, sin familia ni nadie en el mundo. Así que mi esposo y yo decidimos protegerla. Lo que vivió con tu padre fue horrible.

—Lo sé —puntualiza Bianca—. ¿Ella sabía que yo iba a llegar?

La anciana asiente.

—No sabía cuándo ni cómo, pero esa era una posibilidad a la que no quería enfrentarse. Por favor…, entiéndela. Ángela tiene traumas muy fuertes. Tenía miedo de que ellos regresaran contigo.

—¿Ellos?

La anciana me mira y se da cuenta de que Bianca no sabe toda la verdad.

—Sus sombras, sus fantasmas, el pasado, toda la gente que la traicionó, incluyendo esa mujer.

—¿Qué mujer?

Hace una pausa. No necesita decir más para demostrar lo que es obvio. La mujer no sabe cómo decírselo, entonces saca de un cajón un pedazo de papel doblado y lo pone en las manos de Bianca.

—Será mejor que leas esto por ti misma.

Le pican los dedos por abrirlo. El papel es viejo, como si hubiese sido guardado por años, y está roto. Entonces, empieza a leerlo en voz baja.

Había una niña... perdida y con sueños, a quien le arrebataron lo mejor de su vida. Esta es la triste historia de la mariposa dorada, única en su especie, cuyas alas fueron rotas porque brillaban más que las suyas y temían que se convirtiera en una amenaza. Cada vez que volaba,

era vista. Cada vez que se posaba para descansar, era deseada y había nacido con la maldición de ser como el hechizo de un ángel, pero terminó en manos de un diablo cuando fue abandonada por quienes más la querían.

Casi quince años... Una infancia robada. La mariposa estaba lista para ocupar el lugar que siempre quiso en el mundo hasta que en un mal día fue atacada por una balacera, lo cual hizo que la dejaran sola y a nadie le importó abandonarla a su suerte.

Todos le dieron la espalda porque de esa forma se libraban de ella. Las redes de captura hicieron que un hombre llamado Donato Simone, el demonio vivo, la tomara para reproducirse con ella y así tener un legado de seres únicos en el mundo.

Lo intentó e intentó tantas veces. La violaba atándola contra los barrotes. Una y otra vez, las lágrimas no eran suficientes para morir de dolor. Finalmente Donato logró lo que quería: dejarla embarazada siendo solo una adolescente. Se sentía tan asqueada de llevar un hijo del demonio que solo quería morir junto al bebé para que no naciera.

El tiempo fue pasando y sus alas se debilitaban cada vez más, pero la llama dorada que llevaba en su interior le prohibía rendirse tan fácilmente y ahora tenía una aliada, una sirvienta mayor que se preocupaba por lavarla todos los días, atender sus necesidades y alimentarla.

Mientras pasaban los meses y su vientre crecía, el lazo entre ellas se afianzaba. Pronto nació una pequeña a la que llamaron Bianca. Y el corazón se le estrujó al ver que también era hermosa… y con las alas doradas, única en el mundo.

La odiaba por ser como él quería, pero a la vez no le deseaba el mal. La mariposa dorada había estado maquinando su huida, pues no permitiría que su pequeña bebé se quedara con el diablo y se convirtiera en uno de ellos. Quería salvarla a cualquier costo, incluso si eso significaba no quedarse con ella.

Una noche, cuando el diablo apareció borracho para tomarla de nuevo como de rutina, ella escapó con la cría en brazos.

El bosque era grande, pero sabía perfectamente cómo hallar el camino. Sabía que no sería una mujer perfecta porque ya estaba dañada, tenía las alas rotas para volar de nuevo, pero no quería que Bianca pasara por lo mismo, por lo que solo quería alejarla…

Pero el diablo las capturó, con ayuda de aquella mujer mayor, a quien creyó su amiga y a quien le había contado todo. La golpearon para quitarle a la bebita que llevaba en brazos y la llamaron… «Hija. Ahora tú serás mía».

Entonces entendió todo: aquella mujer muda quería quedarse con su bebita. Estaba loca y la pequeña solo lloraba. La mariposa rota luchó con todas sus fuerzas por su cría, pero se dio cuenta de que era imposible y, cuando empezó a correr, una bala le quitó la vida.

La antigua Ángela murió ese día, porque luego solo quedaron pedazos de ella.

Mi antiguo yo, que brillaba con luz propia y cuya familia rechazó por temor a su belleza,

quedó enterrado en aquel lugar donde lo dejaron. Pero si algún día lees esto, debes saber que la mujer que amas, a la que quizá consideras tu madre, guarda un secreto aún más grande. Ella…

Allí termina la carta, pues está incompleta. Los dedos de Bianca tiemblan mientras mira a la mujer pasmada.

—Tu madre quería escapar de la mafia para darte una vida mejor, huir contigo en brazos y evitar que vivieras el infierno de los Simone. Pero aquella noche, la sirvienta a la que consideraba su amiga, una tal Cyra, traicionó a tu madre al contarle a tu padre sus planes.

La mirada de Bianca se pierde en el vacío.

—Ángela tenía pesadillas todas las noches con ella. Aquella mujer siempre estuvo enamorada de tu padre y traicionó a tu madre para quedarse con él y contigo. Si hay algún culpable en todo esto es ella.

—Le agradezco el tiempo —responde Bianca haciéndose la fuerte—. Creo que ha sido suficiente para mí.

—No, nena, espera… —dice la mujer y la toma del brazo—. Tu madre no está bien de la cabeza, por favor, no la juzgues. Odia todo lo que provenga de los Simone. Ella solo trató de…

Bianca sonríe, cortante. Luego camina hacia fuera y, cuando está a una distancia prudencial, se desploma con las manos en el rostro. Me mantengo apartado sin quitarle la vista. La sigo hasta que se detiene en una plaza frente a un lago, aún llorando con todas sus fuerzas. Me quedo quieto fumándome otro cigarrillo y he de admitir que es valiente. Le doy su espacio y tiempo. Ha pasado por las peores mierdas en su vida, luchando contra un mundo que quiere sacarla del camino por ser quien es y tal vez su error ha sido creer en las personas.

No soy consciente de cuánto tiempo transcurre hasta que mi móvil vibra y miro el reloj. Es hora de irme. Un avión me espera en el aeropuerto clandestino. Jugueteo con mi arma cada vez que alguien pasa frente a ella y sé que nota mi presencia.

—Estás ahí… —dice sin voltear—. ¿Vienes a jactarte de que siempre tuviste razón? ¿O a hacerme ver que he sido una idiota?

—No.

—¿Te vas? —pregunta, su voz es un hilo.

—Sí —le digo y le entrego un sobre con una buena cantidad de dinero.

—No quiero tu caridad.

—No estás en posición de negarte —hago una pausa—. Estarás bien.

—¿Cómo podrías saberlo? Si todo en lo que un día creí se destruyó en segundos. Si la gente que quiero solo me lastima.

Sus ojos por fin me miran y el destello de su luz se va apagando poco a poco.

—Tal vez estés a tiempo de cambiar tu vida. Vete lejos, baila, cumple tus sueños. Sé todo lo que un día quisiste para ti.

Le limpio una lágrima y mis dedos no pueden resistir la tentación de tocar sus labios por última vez.

Su mirada aún brilla cuando me ve, quizá porque no sabe quién soy en realidad. Lo del aeropuerto nunca se lo expliqué. Apenas entendió lo de La Gata, pero no tiene idea de la organización ni de mis planes de matarla. Tampoco imagina que fui yo quien asesinó a su padre, quien dejó casi al borde del suicidio a su familia y destruyó lo que más amaba.

Pongo el sobre en su mano y me aparto lentamente.

—¿Por qué me ayudaste a llegar hasta aquí? ¿Por qué un hombre que no tiene corazón haría algo bueno por la chica que odia?

No contesto.

Si ella me toca, si tan solo se atreve a pretender una cercanía por última vez, no soportaré las jodidas ganas que tengo de besarla, de quitarle la ropa, de empotrarme en ella hasta que nuestros cuerpos digan basta y, aun así, repetiría una y mil veces más.

Bianca Simone es una adicción peligrosa. Rompe mis reglas, jode mi sistema, daña mi visión. Sus ojos iluminan la oscuridad que no quiero alumbrar y no puedo quedarme a su lado más tiempo.

—Adiós, niña.

—¿Tanto te cuesta aceptar lo que pasa entre nosotros?

La pregunta resuena en mi cabeza.



52.
ESPINAS

Bianca

Estoy cansada de luchar contra todos y contra mí misma. El desespero azota mi razón. Un nudo en la garganta me impide seguir hablando, porque ni siquiera sé cómo abordar lo que quiero decir.

Parece que él lucha contra sí mismo. Me mira como si estuviese harto de todo.

—No soy el hombre que necesitas. Soy un asesino y juego siempre por mis intereses. Me gusta lo que soy, disfruto eliminar a quien se me antoja, además de ganar mis partidas.

—¿Alguna vez me preguntaste si eso me interesaba? Si yo…

—Quieres un príncipe azul.

—¡No quiero un maldito príncipe azul! Nunca he querido uno.

—Anhelas cosas que yo jamás te podría dar: estabilidad, un maldito romance, una familia. Conmigo no habrá flores bonitas ni corazones.

—Me has dado más de lo que un día esperé que alguien hiciera por mí. Me salvaste hasta de mí misma.

—Niña… —niega con la cabeza.

—Dímelo a la cara. Dime que me aborreces, que lo que ha sucedido entre nosotros todo este tiempo nunca significó nada, que me sigues odiando.

Respira hondo y mantiene esa actitud fría. Me acerco a él, mis piernas están temblando y puedo sentir cómo sus músculos se tensan cuando mis manos sujetan sus brazos. Cómo sus ojos me devoran con solo tenerme cerca.

—Estoy cansada de fingir que no me importas, que solo somos enemigos en una estúpida tregua cuando sé que… te quemas por mí tanto como yo ardo por ti.

—No sabes lo que dices —susurra.

—Entonces demuéstralo. Demuestra que me odias y te juro que nunca más me volverás a ver.

Me empino pasando mis brazos por su cuello para estampar un beso que lo sorprende y son microsegundos en que nuestras bocas se alinean antes de explotar el maldito infierno.

—Estás loca queriendo a alguien como yo en tu vida.

—Pero quiero estar contigo —digo, rozando su nariz—. Ahora somos libres para hacer lo que sea.

—Yo no puedo darte todo lo que buscas, Bianca.

—Después de todo lo que nos ha pasado, mis prioridades han cambiado.

—Tú jodes mi maldita cabeza —su tono es áspero, ronco y tan profundo que me envicia. Lo dice como si fuera un pesar sobre sus hombros, como si estar juntos fuese una locura.

—Tú haces que todo esto valga la pena —respondo.

—No me tientes —advierte.

—No me incites —sonrío.

—Así que te mueres por mí.

—Tal vez en la misma intensidad que tú lo haces por mí, Rambo.

—No sé quién eres, no sé qué mierda tienes, pero…

—Adrian… solo intentémoslo y luego vemos qué pasa, ¿sí? —digo, pero entonces se pone rígido y todo le cambia; la postura, la actitud, la mirada—. ¿Qué pasa?

Siento hormigueos por mi cuerpo. Y no hago más que mantenerme quieta.

—No mires atrás ni a los costados —murmura—, solo sígueme la corriente.

Entiendo que estamos en peligro. La palma de su mano se planta en mi nuca para tirar de mí hacia su pecho, pero es una táctica para cambiar de posición. Por un momento se me olvidó en qué situación estábamos. Trato de calmarme para no parecer nerviosa, toma mi mano obligándome a caminar hacia una calle estrecha sin decir una sola palabra. Dejo que me guíe sin preguntar más hasta que estemos a salvo. ¡Por Dios! ¡Mi cabeza no puede estar en paz ni un segundo!

—Entra —me empuja hacia una tienda de manualidades y giro el rostro siguiendo mi instinto de supervivencia mientras lo veo tomar el arma e irse.

Lo que viene es un poco predecible; ruido, balas, gritos. La gente se aglomera en las calles. En un país como Suiza casi nunca ocurren líos como estos, entonces solo finjo que soy una clienta más asustada.

Cierran la tienda mientras la patrulla policial empieza a recorrer la zona. Un ancianito se arrincona junto a mí y no sé si abrazarlo para ayudarlo o mejor dejarlo en su sitio por su propio bien.

—¿Qué sucede? —pregunto, haciéndome la tonta.

—Son terroristas...

No sé si reír o quedarme callada, solo le doy la mano.

—Tranquilo —le digo, queriendo calmarlo.

El movimiento predomina en el lugar por lo que empiezo a inquietarme. No tengo el arma, pero si hay tijeras cerca, por si tengo que defenderme.

Los minutos siguen pasando, ya no se oyen balas, y aunque sé que no debería preocuparme, me es inevitable pensar en Adrian.

—Todo en orden, será mejor que salgan —dice la vendedora de la tienda.

La gente se tranquiliza poco a poco a medida que ya no se escucha nada y por fin podemos salir. El anciano se pierde de mi vista y soy empujada por otras personas hasta que alguien toma mi mano de repente.

—Solo camina —reconozco su aroma y esa voz ronca que me excita. Caminamos por calles pequeñas y terminamos en una plaza casi vacía.

—¿Qué sucedió? ¿Nos descubrieron? —pregunto.

—No lo sé. Fue un informante, les dicen las sanguijuelas. Es gente que se dedica a vender información a la mafia. Usualmente no se meten ni atacan, solo observan. Deben tener dudas de tu «muerte», así que hay que cuidarse. Este está fuera del camino ahora, pero puede que haya más cerca.

Todavía se escuchan sirenas de policías a lo lejos.

—¿Entonces?

—Hay que salir de Europa lo más pronto posible. Tu supuesta muerte ha movido las ambiciones de otras mafias que quieren apoderarse de Italia y para ello deben estar seguros de que estás muerta o, en caso contrario, terminar de matarte.

—Entiendo —digo, mirándolo con cierto temor.

—Cálmate —pone su palma contra la mía y dejo de temblar.

—¿Nos iremos ahora?

—No podemos levantar sospechas porque es lo que esperan que hagamos: huir. Deben tener perros espías por todas las fronteras. Habrá que salir del continente por los lugares adecuados. El objetivo ahora es ir a Polonia.

Asiento.

Me clava la mirada y es como si me leyera la mente. Tengo aún fresco lo sucedido en casa de la amiga de mi madre, pero trato de bloquear mis recuerdos.

Caminamos cuidando nuestros pasos, realmente admiro la capacidad que tiene para hacerse invisible. Pronto se hace tarde y el estómago me ruge con fuerza. Insiste en que coma algo cuando llegamos a un restaurante alejado del centro y accedo al sentir que las tripas se me salen por la garganta.

Nos sentamos en una mesa alejada de las dos parejas que comen en el lugar y me parece tan extraño tener cierta normalidad ahora. Él es uno de esos hombres peligrosos, apesta a dinero sucio por todas partes, el Rolex que tiene en la muñeca le brilla, sin embargo, estoy tan abrumada con un solo pensamiento que ni siquiera disfruto la comida. Soy un manojo de emociones. Suelto la cuchara llena de sopa y él no deja de clavarme la vista, por lo que trato de hablar de lo que sea.

Luego seguimos nuestro rumbo y compramos lo que se puede de ropa, medicinas y maletas, pero ya se hizo muy tarde.

—¿Y esto? —digo, cuando paramos frente a un hostal en un barrio juvenil de Ginebra. Mis párpados me pesan, el cansancio me mata y él tiene activo su GPS.

—Espero que a la princesa le guste.

Me doy cuenta de que es un lugar para mochileros.

—Hay que distraer la atención, al menos por esta noche. Nada de lujos ahora.

—Pues yo no tengo problemas, me encanta ser normal. Es otro el exquisito y raro.

Sonrío tratando de aligerar la tensión y parece también relajarse. No espero que sea romántico, tampoco sé qué somos ahora y trato de no pensarlo. Al entrar en el hostal nos atiende un tipo que no deja de mirarme como si fuera a comerme.

—Buenas noches. ¿Tienen reservación? —parece que no le importa coquetearme cuando pongo mi brazo junto al de Adrian.

—Sí —Adrian casi le tira los falsos pasaportes. Sospecho que si no hace más es porque no quiere llamar la atención.

—Solo hay disponibilidad en habitaciones compartidas —afirma, sonriéndome—. Una de hombres y otra de… mujeres.

Por Dios… me guiña el ojo.

—Hay habitaciones de parejas, lo leí en internet —responde Adrian serio y puedo sentir su rabia.

—No, no hay. Ella tiene que irse sola al cuarto de chicas —insiste y me susurra—. O tal vez, como eres mi última clienta mujer, pueda regalarte mi habitación para que duermas más cómoda.

Cierro los ojos para no ver cómo Adrian le destruye los dedos de un puño antes de clavarle la navaja. Se contiene cuando el infeliz chilla. El hombre lo mira aterrado.

—Sigue metiendo tus ojos en lo que no debes y no vivirás para contarlo. Vamos, grita y tu maldita cara ahora será la que pague las consecuencias.

—S-sí... Por favor…, perdóneme. Usted, señorita, disculpe si…

—Ni siquiera la mires. Ahora lame tu asquerosa sangre derramada y dime qué maldita habitación es.

—E-el…se-segundo pasillo a la derecha. Lo… lo siento, señor.

La cara le tiembla, pero Adrian lo ignora. Me toma de la muñeca mientras nos dirigimos a la habitación compartida, y no puedo evitar morderme los labios para no reír.

—Qué bueno que no querías llamar la atención, aunque hay celos que no se controlan.

—¿Quién se muere por quién?

—No sé, tú dímelo.

Bufa, sin decir más hasta que llegamos a la puerta de la habitación. Había escuchado sobre las

aventuras mochileras en los viajes por Europa, pero nunca estuve en uno.

—Solo será una noche —dice—. No es buena idea que te alejes hoy.

Asiento y luego abre la puerta. No puedo creer que esté teniendo esta aventura mundana con el maldito sin corazón que me hizo la vida una mierda hace solo un par de meses.

Entramos en silencio, a oscuras, escuchando ronquidos y suspiros. Son camarotes de plaza y media. De un lado está una pareja, en la parte de arriba hay dos chicas durmiendo y solo una cama disponible en la parte de abajo: es la nuestra.

Adrian prende la lamparita pegada a la pared y luego me indica que debo dormir hacia el otro lado. Accedo sin ganas de discutir, me quito los zapatos y me acuesto en silencio, pero, cuando pienso que se va a quedar en el sofá, me sorprende acostándose en la misma cama.

El corazón me late a mil cuando siento su pecho cerca. Lo miro incrédula, entreabriendo los labios.

—¿Y las reglas…? Jamás duermes con nadie.

Me mira serio. Es… demasiado grande para caber en este espacio. Segundos después me gira de modo que mis nalgas quedan contra su miembro y un nudo se me forma en la garganta de golpe.

—Solo relájate —murmura.

«Así que esta es su intención…», me digo. Adrian no hace nada sin calcularlo previamente. Ahora entiendo por qué me hace cucharita y se queda en la cama, pero sus intenciones son más obvias cuando besa mi oreja y lanza punzadas entre mis piernas, activando un lado de mí insaciable.

—Adrian… —digo y la temperatura cambia, pero me niego—. Hay gente aquí...

—Duermen.

—Pero podrían despertar —digo, tratando de que nadie escuche.

—No lo harán. No si no haces ruido. Y, si lo hacen, tampoco me importaría.

Besa el lóbulo de mi oreja y arrastra su lengua hasta llegar a mi cuello. Ahí... mordisquea. Lo hace lento, la humedad entre mis piernas me frustra…

—Hay una chica durmiendo arriba del camarote, la puerta está sin seguro y…

Suelto un breve jadeo. Es como si él fuese más allá de lo que quiero cada vez que me toca. Trago saliva y suspiro mirando de reojo a toda esa gente dormir. «Por favor, que no despierten», me digo en medio del placer, pero es imposible que no me ponga tensa.

—¿Tienes una jodida idea de lo que quiero hacerte, niña? —gruñe en mi oreja. Siento su miembro abultado en mis nalgas.

—Duermen a metros de nosotros —insisto.

—Más rico te voy a follar. Más duro te la voy a meter.

Mis pezones se erizan cuando siento sus manos deslizarse entre mis piernas. Tira el cierre de

mi pantalón mientras sus dedos se van introduciendo lentamente en mi ropa interior. Entreabro los labios extasiada escuchando los ronquidos de mis vecinos, presintiendo que la mujer que duerme arriba va a despertarse mientras las yemas de Adrian se empapan de mí.

—Quiero cogerte así —susurra y giro la cara para besarnos.

—Estás loco.

Acaricia mi centro con lentitud e intento no gemir. Maldita sea..., es tan placentero. Lo raspo con mis dientes en un beso que sube de nivel mientras me construye.

—Muévete hacia atrás —ordena y puedo sentir que su gran polla se le revienta dentro.

Lo siento tan duro que me quema el cuerpo cuando se mueve. Jadeo suave, y su mano izquierda se planta en mi boca para callarla mientras que su dedo derecho sube la velocidad de sus punzadas.

Un ruido. Mierda.

Nos paralizamos al escuchar movimientos. La persona de enfrente se voltea aún dormido, Adrian me calla con su mano y, cuando desliza el dedo medio en mi boca, lo chupo fuerte en venganza, pero soy yo la que termina más empapada con sus movimientos.

Se suelta de mi agarre y sube sus manos por mi estómago, dejándome ondas que me queman. Vuelvo a gemir bajito cuando toca mis pechos, juguetea con mis pezones y los dos vemos cómo el nivel de peligro crece al sentir pasos afuera.

—No… —digo, cuando me baja el jean y la braga hasta los tobillos.

Me aprieta fuerte contra él y me tenso cuando su mano levanta una de mis piernas para penetrarme de costado con fuerza.

Es tortuosamente lento a propósito, los pasos de la gente afuera se disipan, pero quedan los que duermen plácidamente mientras me folla.

Puedo ver las caras de los muchachos, ajenos al sexo que me da Rambo ahora. Duermen mientras me embiste, roncan mientras me acomoda, dándome estocadas bestiales que mueven la cama.

Nos van a descubrir... ¡Dios!

Quiero decirle que pare, pero no puedo. Lo deseo, he querido que me coja desde hace mucho. Me duelen las caderas cuando empuja, entreabre aún más mis piernas para hundirse abruptamente y no sé dónde cabe toda esa artillería, lo siento hasta el útero.

—Shhh… —gruñe cuando lloriqueo. Su mano me sigue tapando la boca.

Se hunde de golpe y sale fuerte haciendo que vuele. Tiene el miembro tan duro que se siente como hierro caliente, aún más cuando sus testículos azotan mi sexo.

—¿Te gusta cómo te cojo, niña?

—Adrian…

Se aprieta contra mí en una fuerza extrema, haciendo menear mi trasero de forma circular para

luego dar estocadas que me hacen contraerme. El sexo con él cada vez es mejor.

La cama se mueve ahora más fuerte pero no pensamos, solo actuamos como dos malnacidos que disfrutan de sus cuerpos. Choca, vuelve a salir, choca de nuevo y me empotra contra el colchón, Dejo salir un gemido ahogado en mi boca.

Mierda.

Entreabro los labios al sentir que me corro. Me contraigo deliciosamente hasta que exploto junto a su sexo que me empapa de golpe.

Mi corazón late a velocidad cuando se sale de mí para levantarse el bóxer casi en segundos. Aún estoy viendo nubes, pero consciente de dónde estamos. Me gira enrollando mis pies en mi ropa interior y luego en mis pantalones para subirlos hasta mi cintura. Rápido, aún doloroso.

—Silencio —dice. Toma las sábanas y me pego a él al sentir que murmuran.

—Coño, juraría que alguien ha gritado —cuchichean arriba—. Asquerosos, seguro uno de esos se ha follado a otro.

—Estás loca, ya duérmete—le reprende su compañera y suelto una risita.

Me toma unos segundos recuperarme. Sin querer estamos arropados ahora; yo en su pecho, él exhalando fuerte y el riesgo está en movernos, ya que el gritillo que di parece haber despertado sospechas en todos.

—Parece que te acorralé en mis garras, así que nos tenemos que quedar en esta pose —digo pícara.

—Muy conveniente de tu parte —dice serio. No es que le importe lo que los otros opinen, pero un escándalo ahora sería contraproducente.

—Solo esta noche, ¿sí? —su cara de disgusto es evidente, pero no me importa.

Tomo como un sí su silencio. Pego mi rostro a su pecho fornido sintiendo que una ola de sensaciones me remece. Aquí me siento bien y segura, tanto que podría acostumbrarme muy rápido y es peligroso.

Puedo sentir los latidos de su corazón oscuro cuando lo aprieto. Su respiración varonil, su pecho latiendo mientras mis labios bordean sus marcas.

Lo beso suave, solo una vez, haciéndome la tonta. Se pone duro de inmediato, pero no puede accionar libremente. Sé que lo sabe, pero aparento que no y solo cierro mis ojos y me pierdo en su aroma. Mi cabeza se acomoda a la perfección en él, mi relajación es tanta que el tiempo se me va sin sentirlo.

Es la primera noche en mi vida que duermo tranquila, sintiendo que nadie podría dañarme. Pronto amanece, los primeros rayos de luz se acumulan en mi rostro, por lo que entreabro los ojos perezosamente y su mirada está ahí, acechándome.

—Ya son las seis de la mañana —dice, como una reprimenda.

—Un «buenos días» sonaría mejor —contesto, sonriendo.

—Parece que dormiste bien.

—¿Cómo podrías afirmarlo?

—Te miré toda la noche.

El corazón parece salirse de mi pecho cuando escucho sus palabras casi lindas.

—¿Y es placentero para ti?

—Fue placentero para mi ego cuando susurrabas mi nombre.

Parpadeo, sin saber si es cierto o no. Tuerce la sonrisa con esa actitud creída que me hace querer darle la contra.

—Será porque estaba teniendo pesadillas.

—O porque te mueres por mí, arpía.

Me besa y sonrío. Dejaré que gane esta vez porque estoy complacida.

—Hay que irnos, no aguanto a estos tipos roncando como cerdos cerca.

—Necesito arreglarme. Debes pensar que estoy horrenda.

—Nunca pensaría que eres horrenda.

Siento su mano en mi nalga y, cuando bajo la mirada, me doy cuenta de que mi pantalón no está como quedó hace horas.

Mi piel está roja, mi ropa interior más baja de lo que creo, entonces, lo que pensé que fue un sueño húmedo, cobra vida cuando miro sus ojos. Ni siquiera se molesta en negarlo.

—¿Qué me hiciste?

—Nada que no haya hecho antes: probar lo que es mío —me toma de la cintura—. Esta es una jodida adicción, Bianca. No le puedes pedir a la hoguera que no produzca fuego si estás cerca. Tú y yo no podemos estar en la misma cama sin tocarnos, es inevitable.

—Si es lo que quieres para dormir juntos, acepto las consecuencias —ironizo—. Me sacrifico.

Nos besamos otra vez y, cuando caemos en cuenta de que esto puede seguir, nos despegamos de golpe para irnos.

La ciudad es hermosa. Me cubro la cabeza con la capucha que compramos ayer, él hace lo mismo y nos enrumbamos a quién sabe dónde con un silencio extraño.

No sé si es su ego de mierda, su porte inalcanzable o lo rico que se pone cuando parece que no le importo.

—¿A dónde vamos?

—Lo verás pronto.

Me llama la atención una tienda cuando cruzamos la pista, pero su mano larga me jala para evitar distracciones.

Sonrío estúpidamente cuando caminamos por todo lo que implica esto y, sí, él no ha dejado de ser el mismo, pero la gran diferencia es que ahora huimos sin rumbo porque ambos queremos hacerlo.

Renta un auto con el pasaporte falso que no me deja ver y nos enrumbamos por la carretera. Como un sándwich mientras miro por la ventana el hermoso paisaje y, en unas horas, llegamos a lo que parece ser un escenario de cuento: montañas verdes, casitas antiguas, un lago, muchos animales.

—¡El lugar es precioso! —digo y salgo corriendo. A lo lejos veo una pequeña cabaña de dos pisos hermosa—. Dime que nos quedaremos aquí.

—Solo por unas horas hasta que salga el tren en la noche.

—¿No nos podemos quedar un poco más?

—Sería contraproducente. Cada minuto que perdemos es un peligro más que se nos suma. Tenemos que ir a Praga porque necesito abastecerme de armas y atender unos negocios antes de llegar a Polonia.

—Entendido, señor. Confío en su inteligencia —sonrío y, de reojo, noto que algo se mueve detrás—. ¡Es una vaca! Oh…, por Dios, qué hermosa es…

—No te acerques, puede atacarte.

—¿Las vacas no son amigables?

—Me importa una mierda, Bianca. Entra —insiste y accedo a regañadientes.

La casa es impresionante por dentro. Tiene una cómoda sala con sillones confortables y un televisor grande en una esquina. Noto además una especie de tecnología superior; había escuchado de estos lugares donde, al parecer, todo está conectado, y puede activarse con la voz.

—Enciéndete —digo y el televisor lo hace, y también la chimenea, las luces y una música suave.

—Falta ajustar cosas —agrega Adrian.

—La vista es increíble. Es uno de esos lugares donde hasta respirar se siente bonito. Debe ser muy caro.

—Cinco mil euros la noche.

Me pego a él con mis brazos en su cuello.

—Nada caro —ironizo, dándole un beso.

—Estás acostumbrada al lujo, no debería sorprenderte.

—Mi padre me limitaba mucho cuando vivía en su casa. Era de esos hombres a los que les gustaba tener el control, haciendo que los demás dependieran de él, así que había que matar para ganar favores.

—¿Favores?

—Dinero, tarjetas de crédito, viajes. Me costó mucho, aunque aprendí a fingir para sobrevivir. Padre sabía identificar lo que más quería, tenía una obsesión por hacer que no tuviera debilidades. Una vez me obligó a dispararle a mi mejor amigo de la infancia. Como no quise, me encerró con los perros en los criaderos, me golpeó y solo me dejó en paz hasta que acepté,

aunque claro, yo ya estaba segura de que aquel chiquillo que siempre me ayudó había huido. Ignoro si seguirá vivo. Nunca más lo volví a ver. Lo quería mucho.

—Parece que quieres a mucha gente.

—¿Y eso qué? ¿También piensas que es una debilidad? —digo y aprieta mis nalgas, llevándome hacia él—. Tengo a una muy grande frente a mí ahora y se siente muy bien.

—¿Qué?

—Esta libertad. Estar contigo sin querer matarnos. Empezar a trabajar.

—De ninguna manera.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué haré todo el día aquí aburrida?

—Voy a regalarte un libro de posiciones para que las estudies y las pongas en práctica conmigo.

—Qué conveniente, pero en serio quiero hacerlo, sentirme útil. Podría dar clases de baile o qué sé yo, tener una vida normal. El dinero tarde o temprano se va si no lo mantienes. Y no siempre voy a depender de ti.

—Tal vez no haga falta.

De su bolsillo saca una joya que brilla, dejándome muda.

—Es… el diamante blanco. Lo encontraste —digo.

—No iba a dejarlo para que tu tío se salve. Ahora no tiene de otra que hundirse en la basura.

—No lo quiero —digo, consciente de mis palabras.

—¿Por qué?

—Sé por qué lo digo. Nos pone en peligro, mientras lo tengamos con nosotros, otros nos seguirán. Además, no quiero nada que me ate a mi pasado. Ya tengo un presente contigo.

—¿Y si no soy el hombre que crees?

—Eres el hombre que necesito.

—Me tienes mucha fe, niña —levanta mi mentón, sus ojos se oscurecen—. Las personas suelen decepcionarnos.

—Hablas como si fueras mi enemigo cuando lo único que hiciste fue salvarme. Ya nada puede dañarme después de lo que he vivido.

Va a contestarme, pero se queda quieto cuando oímos un llanto. La televisión se ilumina con noticias del mundo, la voz de la presentadora se eleva, lo cual llama mi atención de inmediato.

Roma. Una choza quemada. Una anciana que llora por piedad mientras la azotan.

«Es la noticia que ha dado vuelta al mundo, una anciana italiana vilmente torturada, al parecer por la mafia, es amenazada de muerte».

—Es… Cyra.

Adrian trata de apagar la televisión, pero me niego. Mi nana está arrodillada, gritando,

torturada, y todo es transmitido a nivel mundial. El morbo hace que todos los medios reboten la noticia. Lo peor es el mensaje que acompaña a su martirio y que lleva colgado en su cuello:

«Si realmente la quieres, ven por ella».



53.
SINSABORES

Adrian

La sangre me hierve, mis puños se endurecen con solo ver esa imagen de mierda en el televisor.

—¡No! —grita Bianca haciéndose la fuerte, mandándome una mirada que cala en mis ojos y maldigo la hora en que ese jodido aparato quedó prendido.

—No debería importarte esa mierda.

—Lo sabías… —sus ojos se llenan de lágrimas—. Tú sabías lo que estaban haciéndole.

Por supuesto que lo sabía, recibo información de lo que hacen mis enemigos por mensajes codificados y aquella imagen estuvo rondando desde la mañana.

—Enfócate en ti, Bianca. No importa esa vieja.

—Sí importa, van a matarla. ¡No puede morirse sin que ajustemos cuentas!

—¡¿No entiendes que es una maldita trampa?! Tu tío tiene dudas, pero no está seguro de tu supervivencia, por eso está tratando de jugar sus últimas cartas.

—Yo necesito enfrentarla, recuperar la otra parte de la carta de mi madre y…

—Yo no te salvé de la mierda para que vuelvas a ella. No vas a ir a ningún lado.

Suelta un grito y desaparece furiosa de mi vista. Controlo los sistemas de seguridad evitando que salga sin que suenen las alarmas y tiro la comida que está sobre la mesa.

Debí matar a esa vieja cuando pude. Veo por las cámaras que se encierra en la cocina mientras levanto el auricular para ubicar a mis contactos y, efectivamente, se armó un escándalo en Italia, pero las grabaciones de esta mañana no fueron en Roma sino en Suiza.

—¿Estás seguro? —verifico la información texteando a Erick.

—Sí, señor —informa Guido—. Están siguiendo sus pasos. Tratamos de advertirle, pero fue imposible comunicarnos con usted anoche.

Me pregunto si aquella sanguijuela, el informante de ayer, fue enviado por los Simone, pero sería imposible. No les conviene que otros estén seguros de la «muerte» de su heredera, los dejaría completamente arruinados, entonces ¿quién carajos está detrás de todo esto?

—Necesito que me peinen el área. Mantenme informado de todo.

—Por supuesto, señor.

Bianca me importa, más de lo que yo mismo hubiese querido. Si no me importara no me preocuparía en alejarla. Si no me importara la hubiese matado, dejando que Ryan se la llevara o tal vez que se jodiera sola. Esto empieza a sofocarme… Porque la quiero para mí ahora.

Es inútil seguir negando lo que a la fuerza trato de quitarme de la mente, pero no me hallo en un mundo donde sentir implica convertirse en una debilidad. Saboreo el ardor del *whisky* en mi boca para poder pensar mejor. Tomo la decisión de irnos no de madrugada sino antes.

Pasan unas horas en las que vamos camino a la estación. Por seguridad habrá que cambiar de tren para no pasar por la frontera y ella solo se queda quieta. No le digo nada cuando sus ojos me miran. Acepto su maldita humanidad, preguntándome por qué carajos dos extraños siendo muy distintos se repelen cuando chocan y a la vez irradian tanta energía cuando están juntos.

—Lo siento —dice—. De verdad lo siento.

A regañadientes contesto.

—La matarán de todas maneras, te librarás de ese peso pronto. No podemos ir contra nuestros instintos de venganza, pero sí elegir nuestras batallas.

Me mira con tristeza.

—Eres mi amor, Adrian —dice y sus ojos brillan—. ¿Podrás algún día perdonarme?

—Será mejor que te duermas —saco una pastilla y se la doy—. Estás muy nerviosa, no deben verte así al cruzar la frontera, podrías levantar sospechas. Tómala. Mañana todo habrá terminado.

Asiente. Voy a la boletería para comprar los *tickets* y, cuando regreso para darle su pasaporte, ya no la encuentro.

Mierda. Fueron jodidos segundos. Pero también es una chica de mafia, está entrenada para ser invisible.

Ahogo la ira empujando a los idiotas que hacen cola y a lo lejos la veo correr hacia la puerta. «Bianca, maldita sea, no ahora». Muerdo mis labios con fuerza recriminándome por este jodido vicio que tengo con ella, pero ahora la rabia es mucho más grande.

Va a enfrentar a Cyra. Y ya no interesa cuánto me importa o guste, no pienso ir tras ella.

Bianca

Mis manos tiemblan, la frente me suda y el corazón me late tan fuerte que siento que la respiración se me va del diafragma cuando las noticias de la radio señalan su muerte inminente.

Estoy rogando por que él no me siga. Su ego no puede impedir que cumpla los planes ahora que tengo el odio acumulado en el cuerpo. Podrá pensar lo que quiera, que soy tonta, ilusa, idiota, pero hay algo que ningún ser de la mafia puede reprimir: la sed de venganza.

Todo el cúmulo de emociones se me viene encima. El hecho de que muera sin haberle gritado lo que se merece, sin haberla visto por última vez a la cara y pedirle respuestas me está volviendo loca.

Me mintió toda la vida cuando sabía que sufría por mi madre. La traicionó como a mí y la sola idea de que sea otra persona, lejana al ser que solo tuvo amor para mí de niña, hace que mi mente explote.

Necesito verla por mí misma. Cerrar este círculo. Escupirle en la cara todo lo que tengo encima, porque si no voy a consumirme en la rabia. Sé que es una trampa, pero también puedo joderle los planes. Necesito herir, es mi naturaleza. Estoy hecha del polvo, los huesos y la carne de los Simone. Cegada por esta ira que me está rompiendo la cabeza.

En las noticias hablan de unos puertos. Identifico accesos en el GPS del auto que dejó Adrian en el estacionamiento, siento las bocinas aullar a mi espalda. Me las arreglé para tomar las copias de las llaves. No suelo manejar autos tan caros, pero es lo que toca.

Debo ser cautelosa, entrar sin que me noten, aunque sea una misión suicida. La carretera es liviana y en menos de una hora estoy en el puerto desolado, lo cual reafirma mis temores.

Dijeron que Cyra estaba en un barco pequeño, pero no veo nada. Me subo la capucha escondiéndome tras tachos de basura, peinando el lugar como mi entrenamiento me ha enseñado, con mi arma arriba, un cuchillo en los zapatos, entonces, a lo lejos, un grito se hace más fuerte.

—¡Ayuda! —es Cyra, y… habla. Reconozco su llanto.

Me siento estúpida, tan estúpida, pero mi corazón duele más por su mentira.

Me acerco bordeando el área, mirando si hay drones, francotiradores, y sus ojos me miran aterrada cuando me descubre.

Los recuerdos de una infancia fragmentada se aceleran en mi mente. Esto parece ser un tablero de la muerte, como los que mi tío acostumbraba a jugar cuando yo era niña. Hay sitios que están peinados, otros a los que no llegan imágenes por las posiciones de las cámaras, me muevo con el arma arriba y…

—Señorita Simone —Méndez me sorprende antes de hacerme visible—. Está viva.

También tiene una pistola. Sé que tiene que capturarme, pero me sonríe y abraza.

—Por favor…, no me descubras.

—Estoy con usted, vine con la esperanza de poder encontrarla primero y advertirle. Su tío cree que está viva. Hay campos minados, esta es una trampa. Tiene que irse.

Explota un suelo lateral en pedazos cuando un hombre camina sobre él y de pronto todo se vuelve polvo. Cyra grita, una gran humareda se desprende por todas partes. Méndez trata de liberarse de una piedra, Cyra está amarrada de las manos, llena de sangre, tirada a unos metros de mí por el impacto y solo llora.

—Hija…, vete —masculla.

Su voz se siente extraña, rara, como si fuese una desconocida.

—¿Por qué lo hiciste? —digo, apuntándola—. Yo te amaba, me mentiste. Puedes hablar, siempre pudiste hablar, me alejaste de mi madre... Todo fue una maldita farsa.

—Ángela no es quien imaginas. Yo solo quería salvarte.

—¡Maldita mentirosa! —sale de mí toda la rabia, todo el dolor y la decepción con fuerza, entonces la apunto.

—Acaba con esto, Bianca —solloza—. Mátame. Venga a tu madre, tu rabia, el daño que le hice a tu sangre. Si alguien me va a matar, deseo que tú lo hagas.

La rabia que siento es poderosa, pero… no puedo hacerlo. Me frustro y reniego de mí misma. Bajo el arma con lágrimas en los ojos, deseando no haber querido a la única persona que me dio cariño en toda mi vida y lo que más duele son los errores de amor que se pagan con el alma hecha trizas.

—Te pareces tanto a ella... impulsiva, hermosa, con un corazón débil por quienes amas. Te quiero, aunque no me creas, aunque ya sea tarde, aunque no puedas perdonarme por lo que te estoy haciendo.

Entonces se levanta como si nada hubiera pasado, revelando la farsa de su estado porque en realidad no está ensangrentada ni lastimada.

—Muchas gracias, anciana —dice una voz detrás de mí.

Un arma me apunta al cráneo.

Lion.

—Me encargaré de ti, pequeña joyita y de paso del traidor de Méndez, que estuvo a punto de ayudarte.

—¡Suéltame! —grito.

El maldito idiota usó mi dolor para manipularme. Juguetea con su lengua entre los dientes, haciendo exactamente ese acto asqueroso que odié de él desde niña.

—¿Por qué haces todo esto? —lo increpo—. Te abriste conmigo, confié en ti.

—A mí no me engañas, Bianca Simone —dice y carga su arma—. Sé exactamente quién eres. Qué quieres. Y por qué estás aquí. Eres solo una serpiente ponzoñosa. Pronto acabaré contigo.

—¿Porque padre nunca te dio tu lugar? ¿O porque ni siquiera los Ricardi, para quienes trabajas ahora, te valoran?

—¡Cierra la puta boca!

—¿Qué? ¿Te duele? No me entregaste cuando pudiste hacerlo. ¿Qué es lo que realmente buscas? ¿Mi cariño? ¿O que alguien, por primera vez en tu vida, te ponga en el lugar que mereces?

—Tu vida vale los millones que necesito, el mejor postor siempre tendrá la preferencia y tu tío me ha hecho una mejor oferta.

—¿Para que seas su puta?

Hiero, provocándolo. La ira le gana en un exabrupto, por lo que me muevo anticipándome a su reacción antes de que me dispare.

Mi corazón late con violencia. Lo golpeo, lucho con todas mis fuerzas, aunque sea más fuerte. Está tan bien entrenado como yo en artes marciales, así que esquiva mis golpes como un profesional, pero con esfuerzo logro desviarle el arma.

—¡Hijo de puta! —grito para luego tirarlo en el suelo, aunque me ahoga con sus manos sujetas en mi cuello.

—¿Sí? ¿Quién es el miserable ahora?

Cierro los ojos con pánico mientras el aire es cada vez más escaso. Me asfixia como si estuviese matando a un animal.

—Despídete de esta vida, Bianca Simone.

Me quedo quieta y de pronto su cuerpo cae desplomado sobre mí. Logro distinguir a Cyra. Tiene la mano levantada, el cuerpo entumecido mientras jadea en silencio con el rostro bañado en lágrimas. Lo ha golpeado... o quizá matado con quién sabe qué cosa.

—Vete —susurra. Aún no me acostumbro a su voz. Parece otra persona, otra mujer..., una muy distinta a la que me crio—. Te amo y siempre voy a amarte porque eres como mi hija, mi único error fue amar demasiado a tu padre. ¡Vete ahora!

Alza la voz como puede y reacciono ante sus palabras. Me levanto y noto sangre en mis brazos. Miro su rostro por última vez, su silueta, sus cabellos blancos y luego corro con todas mis fuerzas, pero empieza una balacera y a duras penas puedo refugiarme en los arbustos.

—¡Sé que estás aquí, Bianca! —llega mi tío y grita.

Gateo por el suelo, y siento pavor cuando oigo ladridos de perros que salen a buscarme.

—No podrás liberarte de tu destino, ¡Sal de donde quiera que estés!

Me amenaza y tiemblo, sintiéndome tonta, muy tonta.

Los perros empiezan a ladrar, se acercan y uno de ellos me mira fijamente. Oh, no..., por favor, no. Me quedo quieta y él hace lo mismo, pero no logro desprenderme de su mirada ni él de la mía, entonces ladra... lo hace fuerte, haciendo que mi cuerpo reaccione por impulso y corra en medio de la maleza.

Nadie me ve ni tampoco se dan cuenta, pero sí pueden escuchar mis pasos. Mi corazón se acelera. El silencio sospechoso empieza a reinar en estos momentos de angustia, lo que me hace pensar que hay algo malo..., muy malo que se avecina.

No hay movimiento. Los perros han desaparecido.

Observo entre las ramas una especie de vehículo que se detiene. De él salen unos hombres de negro con un bulto y luego aparece mi tío sonriendo mientras toma a Cyra.

—Tienes solo tres segundos, Bianca, tres segundos para salir de tu escondite —dice—. Si no lo haces, esta anciana morirá ahora.

Me llevo la mano a la boca. Mi tío saca un hacha y la pone en el cuello de Cyra.

—Uno… —cuenta.

El corazón se me estruja. ¿Por qué es tan difícil dejar de querer a alguien? ¿Por qué no es posible borrar simplemente a las personas que nos dañan?

—Dos...

—*No lo hagas* —dice Cyra con señas, esperando que la vea. Y la veo.

—Tres... —dice la voz de mi tío mientras levanta el hacha y ella alza sus ojos al cielo gritando con todas sus fuerzas el nombre de mi padre.

—¡Donato, amor de mi vida!

Y… cae su cabeza, degollada.

Una mano me tapa la boca para evitar que grite, impide que corra para vengarme y que me desplome cuando quiero gritar con fuerza. Intento luchar, pero lloro en silencio. Pierdo aire cuando me arrastra por la pista y me conduce a un callejón oscuro. Sospecho que es Adrian, pero grande es mi sorpresa al ver que estoy equivocada.

—¿Tú?



54.
FANTASMAS QUE OSCURECEN

Bianca

De inmediato me suelto con fuerza.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a cobrar lo que me toca, Bicho. Y de paso, a salvarte el trasero.

Kristoff sonríe e intento levantarme, pero no me deja. Me tapa la boca y me arrastra hacia lo que parece una zanja. Me cuesta seguirle el paso. Me jala con fuerza hacia adelante, obligándome a caer con él y luego intenta besarme.

—Qué bien se siente tenerte así. Te he extrañado mucho.

—Lo último que quiero es verte la cara. ¡Suéltame!

—¿Así me agradeces que te haya salvado?

Trato de soltarme, pero hunde sus dedos en mi carne.

—No te irás antes de que me cumplas —prosigue.

—¡No entiendo de qué hablas!

—Lo sabes perfectamente, Bianca Simone. Ya deja de fingir conmigo, nadie nos mira.

Me suelto por fin. Recupero la fuerza y empiezo a caminar sin rumbo. Mi cabeza es un manojo de nervios. No sé qué pensar, qué sentir. ¡Ni siquiera sé a dónde voy! Cyra acaba de morir, mi pecho arde.

—Espera —Kristoff me toma de la mano—. Si te vas sola, tu tío podrá encontrarte. Déjame llevarte a tu casa. Te ves mal.

—Ya no tengo casa. ¡Vete!

Me aguanto las lágrimas. No estoy dispuesta a derrumbarme frente a él.

—No voy a dejarte sola. No lo volveré a hacer. Hicimos un trato, ¿lo recuerdas? ¿Cuándo vas a acabar con todo esto?

—¡No me interesan tus estupideces ahora! Mi nana acaba de ser degollada, mi tío debe estar buscándome, tengo que largarme de aquí. ¡Lo último que quiero ahora es verte la estúpida cara!

—Tú me debes algo, no lo olvides. No me vas a apartar de tu vida como si nada.

—Quiero ver cómo lo intentas.

Entonces escucho la voz ronca de Adrian. Verlo aquí ahora es como una vitamina reconfortante. Contengo mis ganas de correr hacia él cuando se acerca. Está enojado.

—Tranquilo, Robin Hood. Oh, perdón —ironiza Kristoff—. ¿Era Rambo?

—Quita las manos de mi mujer ahora.

—¿Tu mujer? —ríe—. Pobre idiota.

De un manotazo, Rambo lo tumba, pero Kristoff vuelve a levantarse.

—No me iré. No te voy a dejar sola —quiere tocar mi cabello, pero lo esquivo.

Kristoff voltea desafiante, sonríe como si realmente pudiera con él, entonces me pongo en medio de los dos.

—¡Kristoff, vete! —le grito, tratando de evitar un desastre.

—Quiero que estés bien, preciosa.

Trata de darme un beso y Adrian se acerca.

—¡Ya basta!

Kristoff se pone detrás de mí y Adrian lo fulmina con la mirada. La escena me hace pensar en una pelea entre un dóberman y un chihuahua. Kristoff saldría muerto si sigue en ese plan, pero es evidente que está drogado, le lagrimean los ojos.

—Tranquilo, matoncito. No te durará mucho.

—¡Voy a matarte, excremento! —lo señala con furia Adrian. Es una versión descontrolada que no había visto hasta ahora.

Rambo le tiene hambre y ganas a Kristoff desde que nos cruzamos con él en la discoteca, desde que nos vio besándonos en el hotel, por eso mis manos lo apartan.

—Por favor, mi tío está cerca, no quiero más problemas. Gracias por evitar que me vean, Kristoff, pero ahora quiero que te vayas —le hablo bonito y parece funcionar.

—Está bien, preciosa. Pero créeme… nos volveremos a ver. Eso te lo aseguro.

Desaparece entre los pastizales mientras mi corazón experimenta amargura. Adrian es una piedra hirviendo. Me siento tan mal… no sé si está enojado o decepcionado, pero ahora no tengo cabeza para nada.

Me toma del brazo con aparente ira y no opongo resistencia. Mi rostro lo dice todo: perdón. Debí hacerle caso, pero mis sentimientos fueron otros en ese momento y ya no hay vuelta atrás.

Mi tío sabe que estoy viva, el hijo de puta de Lion se lo confirmará cuando recupere la consciencia. Ahora todo está perdido. Me dejé llevar por el odio que sentía. Por el dolor de la traición, por el miedo a que Cyra muriera sin que le escupiera en la cara por todo el daño que hizo, pero sobre todo por las respuestas que no conseguí a pesar de haberme puesto en peligro.

Nos metemos en un matorral frondoso. Se escuchan pasos. El espacio es corto, por lo que nuestros cuerpos se acoplan y lo abrazo, aceptando mis errores.

—Lo siento.

Está furioso. Dejo caer mis lágrimas reprimidas mientras vuelve a tensarse. Me mira de reojo y solo balbuceo diciéndole que decapitaron a Cyra, que Méndez trató de ayudarme, Lion de matarme y su rostro no emite sorpresa alguna, por el contrario, solo toma mis manos.

—Y-Yo… —trato de explicarle, pero no sé qué me pasa.

No dejo de llorar, el *shock* por la muerte de un ser querido me noquea. La conmoción, el temor y el riesgo me pasan factura de golpe sin que deje de sollozar, aunque quiera.

El peligro sigue siendo inminente cuando escuchamos los ladridos de los perros de mi tío.

—Tranquilízate —dice Adrian y saca de su bolsillo una pastilla—. Tómatela. Ahora.

Acepto, aún con los dedos temblando. La paso sin agua y doy un respiro. Poco a poco siento mis brazos relajarse, mis manos suaves y, cuando tambaleo, lo último que experimento son sus brazos tomándome de la cintura.

Todo se vuelve negro.

Adrian

La ansiedad está cobrando con creces mis errores, uno a uno, sin detenerse.

Han pasado horas desde que salimos de Suiza y no se me pasa la rabia. Primero, por el estúpido enano albino que sigue pensando que ella le pertenece, después, por lo sucedido con la anciana, el imprudente acto que cometió Bianca al mostrarse, y ahora esto: pierdo los papeles por ella.

Estaba tan enojado que quise mandar todo al carajo cuando se largó en la estación, tanto que me dije a mí mismo que se jodiera sola, pero también podía entender la rabia que sentía. La habían apuñaleado por la espalda y necesitaba vengarse. A regañadientes, luego de una hora de tortura mental, accioné sin pensar en claro.

¿Qué carajos estaba haciendo conmigo? ¿Qué me estaba haciendo ella?

El tren que nos lleva está a punto de detenerse donde lo había previsto: un pueblo cerca de Praga. Para mi suerte, ella ha dormido casi todo el camino.

No hay minuto que debamos perder ahora que las cosas se agravaron. Necesitamos cambiar de aspecto, al menos hasta que pase todo el escándalo y podamos salir de Europa. La parada en esta ciudad es completamente necesaria para mí.

—¿Qué noticias me tienes? —digo al teléfono. Me alejo de ella para que no escuche.

—Algo no está bien, Adrian —dice Erick—. Algo extraño está pasando: primero, tengo la sospecha de que están espiando nuestras redes de contacto. Segundo: alguien ya esparció el rumor de que Bianca Simone sigue viva y, aún peor, que huye contigo y el diamante.

—¿Cómo carajos pasó?

—Al inicio supuse que fue Leonardo Simone, pero vamos, él no sabía quién eras en verdad hasta este momento, tampoco le conviene un escándalo que ponga su apellido en tela de juicio ahora que está a punto de arruinarse.

—¿Entonces?

—Estoy a punto de hallar la pieza que me falta para terminar de armar el rompecabezas.

—¿De qué demonios hablas? —vuelvo a mirar el reloj.

—De un enemigo que no hemos percibido en el juego.

—Estás demente.

—Date cuenta, Adrian: los Simone, los Ricardi y La Hermandad han llegado a un punto crítico de autodestrucción, como si alguien buscara sacarlos del camino para quedarse con todo. Aquella persona podría ser un «Él», que ha estado maquinando todo a su antojo. Todas las piezas calzan.

—¿«Él»? ¿De quién hablas?

—De alguien muy inteligente. Lleva una máscara, pero ha cometido un error: ser perfecto en sus jugadas, tan perfecto que ahora deja sospechas.

—Tienes que dejar de drogarte.

—Estoy hablando completamente en serio. Algo está pasando, sé que ahora no me crees, pero lo voy a descubrir.

—¡No necesito más enemigos fantasmas ahora! —contesto irritado—. ¡Déjate de estupideces y concéntrate en lo que te pedí! ¿Saben algo de La Gata?

—No. Nadie tiene noticias.

—¿Y de la ORSE? No quiero represalias ni sorpresas. Elimina a quienes tengas que eliminar.

—La situación es más grave de lo que imaginas. Después de que encontraran a Ryan muerto, las cosas han sido un caos. Las deudas han crecido y los otros bastardos de la mafia sospechan de ti ahora. No es común ver tal grado de sadismo en un cadáver.

—El imbécil se lo merecía.

—Pero ahora estás en problemas. Sabes que muchos meterán las narices en donde les conviene ahora que ven a Italia vulnerable y, por más que hago todo lo que está en mis manos, no puedo ir en contra de ellos. Si se llegan a enterar del rumor de que escapaste con Bianca Simone te declararán la guerra. La odian.

—Me vale una mierda sus opiniones.

—Cuidado, Adrian, no juegues con fuego. Tienes suficientes enemigos como para echarte más encima. ¿En serio ella lo vale?

No contesto. Tal vez porque es la misma pregunta que me hago todos los días. Porque la sola idea se entierra en mi cabeza sin dejarme en paz.

—Mantén a los metiches tan distraídos como puedas —digo para cambiar de tema—. Y que

la siguiente llamada que tengamos sea para algo que me sume.

Cuelgo el teléfono con la pregunta en mi mente, y entiendo rápidamente la respuesta al verla dormir: Bianca Simone ya no me gusta solo para una simple cogida. Ni siquiera sé si hubiese podido dejarla a su suerte en Ginebra, tampoco si soportaría la idea de otro tocándola. La quiero para mí a toda hora.

—Buenas —saluda un policía, oficial de migraciones, sacándome de mis pensamientos—. Sus pasaportes, por favor.

Se los doy al notar que entramos a la República Checa. Puedo ver que tiene un arma y si no colabora tendré que matarlo.

—¿La señorita es… su esposa?

—Sí —miento.

Jamás habría pensado en decir esta estupidez, pero no tuve escapatoria. Era más seguro pasar como una pareja «estable» que como dos desconocidos que huían.

—¿Recién casados? —dice examinándome.

—Sí.

—¿Lleva dormida hace mucho?

—Sufre de migraña, tomó medicamentos para relajarse.

—Ya veo.

Me mira levantando una ceja e intento ocultar su rostro lo más rápido que puedo, tomándola en los brazos.

—No puede entrar así al país. Tiene que despertarla.

Desconfía, piensa que estoy secuestrándola.

—Mmm... —Bianca se queja y luego me abraza. Por primera vez en todo este puto momento le encuentro sentido a ese gesto. Entreabre los ojos cansada, levanta la cara para mirarme y el metiche por fin nos cree, poniendo cara de mierda.

Episodios como estos no pueden seguir pasando, por lo que no veo la hora de salir de Europa. El oficial nos devuelve los pasaportes. El tren para justo por donde debe y al salir procuro evitar que le vean el rostro.

El camino es corto hasta llegar al departamento que renté por unos días. No sé cuánto tiempo me demoraré solucionando mis temas. En República Checa tengo contactos y no será difícil abastecerme de armamento, debemos ser más precavidos que nunca.

—Espera, con calma —le digo al verla tocarse la cabeza. Ese tipo de pastillas tienen efectos secundarios leves.

Asiente y en segundos todos sus recuerdos regresan. Lo sé porque puedo ver sus ojos apagarse.

—¿Estás enojado? —dice, con voz apenas audible.

Intento controlarme, pero la estupidez que cometió al irse me exacerba.

—Ya no importa.

Se acurruca pegándose a la pared, perdida en su silencio.

—¿Te estás viendo cómo sufres por una zorra traicionera? Fue mejor que muriera. Al final, la gente mierda no sirve para nada. No se debe sufrir por quien nos daña.

Bianca se acuesta en posición fetal sin decir más nada y me largo para no explotar de la cólera. Joder, todo está mal, empezando por ella. Y estas cosas mundanas comienzan a desesperarme.

Me enfoco en atender algunos negocios para distraer la mente. Tengo asuntos pendientes en Bulgaria, conexiones que se tienen que dar aquí en Praga, pero no dejo de romperme la cabeza para ver cómo salimos de Europa lo más rápido posible.

Hago llamadas y compruebo que era cierto lo que dice Erick: algo raro está pasando. El cigarrillo que me llevo a la boca calma un poco mis ansias, pero no es suficiente cuando empiezo a sentir que todo se me sale de las manos muy rápido y que un error más podría cambiar el rumbo de las cosas.

Mis enemigos.

Todos los planes que hice.

Ella.

No sé qué quiero, en qué me estoy convirtiendo, es extraño sentir por primera vez que alguien me importa, sin embargo, mi ego no lo tolera. Algo en mí me pide a gritos que la aparte, tal vez porque no quiere sentir que hay una mujer que empieza a afectarme o porque ya no es una simple venganza, sino una necesidad que se torna más profunda cada que estoy con ella.

Acuesto mi cabeza en el respaldo del asiento, bebiendo la mierda de trago que dejaron en el departamento y el tiempo parece pasar rápido. Doy indicaciones claras para evitar que nos sigan y órdenes precisas a Guido de no despegarse de Italia, ya que quiero que mis enemigos estén completamente mapeados para evitar sorpresas.

Han pasado dos horas y me parece extraño que Bianca no haya hecho acto de presencia. Ya es de noche, ha empezado a llover, y ni siquiera ha bajado para comer algo. De hecho, no ha comido en todo el día, estoy seguro de que ni siquiera probó bocado cuando fue en busca de la anciana. Está débil, con heridas aún en su espalda y su actitud solo retrasa su recuperación absoluta.

—¿Bianca? —entro en la habitación ahora oscura.

La luz de la luna entra por el ventanal de vidrio y alumbra la cama, dejándome saber que no está aquí, pero sí en el baño.

Se escucha un pequeño llanto y el agua que cae de la ducha. Escucharla así me incomoda, doy una gran bocanada de aire para darme paciencia. Entro y la encuentro sentada en el suelo.

—No me mires así… —dice, temblando.

Una conocida sensación de calentura invade mi cuerpo cuando la veo desnuda. No hemos cogido lo suficiente, no como he querido, y tampoco la he besado como he querido besarla.

Mi polla reacciona, pero mi mente empieza a presionar mi cordura y termino conteniéndome. Sería fácil hacerlo, fácil tomarla entre mis brazos y llevarla a la cama para empotrarla. En el pasado, me hubiese importado una mierda que llorase con tal de satisfacerme, pero ahora… todo es distinto.

—Ven —digo, levantándola.

Intento sacarla de ahí, pero se niega. Sus ojos están totalmente hinchados y rojos.

—No te hagas esto —continúo.

—Quería bañarme —miente—. Déjame sola.

Claro que no va a bañarse, solo quiere autosabotearse como la mayoría de las personas.

Al final sí entra a la ducha. El agua que cae por su cuerpo me distrae. Veo sus heridas mal cicatrizadas por el esfuerzo físico.

—Tenías razón…, fui una tonta. Sé que no debo sentirme mal, es fácil decirlo, fácil verlo desde afuera, pero ¿cómo te olvidas de las personas que aún quieres y te fallan? Tengo una tristeza que no se me quita; todo lo que conozco ha sido una mentira, desde la vida que he llevado hasta las personas en que he confiado.

El agua sigue cayendo sobre ella a chorros. Limpio su rostro sintiéndome un completo idiota. ¿Se puede llegar a querer tanto a una persona? ¿Tanto como para ponerla por delante de uno mismo? Me lo pregunto al ver cómo un ser humano sufre por otro.

—Te estás destruyendo pensando en un pasado que ya no existe.

—A veces... quisiera ser como tú. A veces quisiera no tener sentimientos.

—Piensa que ahora tienes una debilidad menos. Eres fuerte. Suficiente mierda has soportado en tu vida como para seguir lamentándote por otra.

—¿Puedes hacer algo por mí?

Sus ojos brillan y asiento.

—Abrázame y no me sueltes.

El silencio se cuela en el agua tibia mientras nos empapamos y extiendo las manos sin saber qué hacer ahora. Con extrañeza, me sorprendo a mí mismo cediendo. Es un impulso; pongo una palma en su espalda mientras ella descarga su rabia de una forma inofensiva.

Terminamos bañándonos mientras ella permite que le ponga champú en su cabello. Se limpia el cuerpo con un poco de jabón y muy lentamente, lo que me pone más duro que nunca.

Soy adicto a su trasero, a sus curvas, a sus pechos rosados y me convierto en un maldito semental cuando está a mi lado. El infierno es tenerla cerca y no poder tocarla, pero su rostro perdido supera a mis instintos animales por ahora.

La envuelvo en una toalla y luego la dejo en el baño para que seque su cabello. Estoy sofocado, terriblemente excitado y a la vez asombrado por lo que acabo de hacer con ella. Apoyo mi frente en la pared para intentar entenderlo, para comprender qué demonios estoy haciendo con esta chica, por qué diablos me vuelve loco hasta el punto de sacar lados desconocidos de mí mismo.

—Adrian… —me llama por el marco de la puerta, con el cabello húmedo y revuelto. Su belleza es un pecado que duele mientras mis ojos se incendian porque quiero devorarla.

—Tenemos que comprar más ropa para ti, por lo pronto puedes dormir con algo mío —le digo y lo ofrezco una camisa.

—¿Vendrás conmigo? —dice.

Maldigo la hora en que la naturaleza le dio ese tremendo cuerpo y también el momento en el que decide no cubrir su delantera. Se acuesta en la cama cruzando sus piernas mientras me pongo el maldito bóxer solo por precaución. Su cuerpo se acurruca al mío. Sus senos rozan mi pecho y siento un dolor entre mis piernas.

—Adrian... —murmura.

—¿Sí? —respondo, tenso, manteniendo su mano lejos de mis marcas.

—Gracias.

Su cuerpo va cediendo a la calma, empieza a tener una temperatura normal mientras enredo mis dedos en su cabello, pensando en que esto será un tormento. De pronto los minutos se vuelven horas y se siente... cómodo tenerla cerca.

No puedo dormir pensando en las consecuencias de las mentiras. Si se puso así por Cyra, ¿cómo demonios asumirá la verdad completa de su madre? Ángela debía haberle dicho la verdad cara a cara, contarle sobre su origen. Que se haya marchado es un problema, así como las verdades que no le dije.

La madrugada se asoma por la ventana y no he dejado de observarla dormir debido a mi falta de sueño. Mi mano se desliza por su silueta, introduciéndose bajo la sábana y, en un movimiento, ella se gira haciendo que quede atrapada en su sexo. Por ello, vuelvo a estar tentado y la acaricio con sutileza.

No puedo controlarlo, es más fuerte que yo.

Me levanto aturdido antes de hacer una locura y camino frente al espejo. En ningún momento pierdo la mirada dura; soy el mismo hombre que asesina, el mismo que lleva las manos manchadas de sangre, pero... extrañamente diferente al mismo tiempo.

Abre sus ojos y nota el espacio vacío en la almohada, luego me mira.

—¿A dónde vas?

—A ejercitarme un poco.

Se queda en silencio. Me ve ponerme la ropa al salir de la ducha y, antes de que yo salga de la

habitación, susurra algo que me revuelve la cabeza:

—Te estaré esperando…, mi amor.

Se queda dormida y le atribuyo esa... barbaridad que me dijo a que está cansada, pero lo cierto es que no me quito esa palabra de encima.

Pasan algunos días y son un infierno. Discutimos a cada rato cuando la veo dejándose caer en el vacío sin querer comer, durmiendo en la cama todo el día y, aunque sé que es una afección psicológica llamada *depresión por duelo* de un ser querido, no lo tolero.

—No quiero salir.

Ya es otro día, hay sol, debemos comprar provisiones, pero se obstina.

—Tenemos que ir por comida.

—Ve tú.

—O te levantas o te levanto. Tú eliges.

Salimos casi a empujones mientras caminamos por las calles. El lugar es pintoresco y sé que le gusta. Noto su fascinación por las construcciones antiguas cuando se queda mirando un edificio, y por el color rojizo de las flores en pleno invierno; sin embargo, es inevitable que me sienta ridículo cuando nos miran.

La gente sonríe como si viera a una pareja enamorada, pero hago caso omiso porque mi intención es tenerla cerca. Entramos en un supermercado, entiendo algo del checo, pero opto por hablar en inglés. Bianca se suelta de mi mano, va por chocolates y en eso alguien se acerca.

—Disculpe, señor. ¿Le importaría decirme la hora?

Una pistola, un tatuaje y el anillo en los dedos de aquel tipo despiertan mis alertas. Sé quién es, forma parte de la organización, por lo que salgo del lugar con la nuca picándome para no evidenciar a Bianca. Porque no la ha visto.

—¿Qué buscas? —lo enfrento mientras él camina a mi costado.

—Yo nada, pero sí hay alguien que lo espera.

Sonríe, me alejo lo suficiente del supermercado cuando siento que me siguen y enseguida escucho el sonido de unos tacones tras de mí.

—Hola, mi niño.

Su voz es inconfundible, pero sigo caminando sin voltear a verla para no llamar la atención de los que van a nuestro lado.

—¿Qué quieres?

—Nada, saber cómo estás después de haber matado a Ryan. Destruiste todo lo que querías, pero te quedaste con algo que me pertenece y lo quiero de vuelta.

—Eres patética.

—Los amores no te quedan, mi niño, tampoco las mentiras. ¿Ya le dijiste a Bianca que fuiste tú quien mató a su padre? ¿Qué diría si se enterara de que en realidad querías matarla, pero te

arrepentiste a último momento?

—Vete a la mierda.

—No he terminado esta conversación.

—Yo sí.

Me detiene en seco tomándome del brazo y obligándome a voltear.

—No puedes irte si tenemos algo pendiente todavía.

Sonríe mientras mis ojos la miran y una luna llena se dibuja en su estómago.

—¿No vas a conocer a tu hijo?



55.
GRIS OBTUSO

Adrian

Si tuviera que describir en dos palabras lo que ven mis ojos sería: pena ajena.

Es una vieja patética y lo peor es que está loca. La miro con recelo cuando me muestra su vientre abultado. Acaricia su panza mientras se ríe una y otra vez, poniendo a prueba mi paciencia, pero la mentira no le dura al sentir el palmazo que le doy en el vientre, descubriendo la farsa.

—Quiérete un poco más, Gata. Solo das pena.

—Ya que te volviste más humano pensé que te encantaría. Aunque… Ups, olvidé que le tienes pavor a ser padre.

—¡Ya cierra la boca! —estampo mi mano en su cuello y se carcajea como una bruja—. Ni en tus mayores pesadillas quedarías preñada. Las viejas no hacen milagros, solo tienen achaques.

—Vas a pagar caro uno a uno tus desplantes.

—No se paga con oro a la mierda. Y eso es lo que eres: solo excremento.

Se suelta, furiosa.

—Me cambiaste por ella. Por la única mujer que no podías tocar en el mundo.

—No te cambié por nadie porque nunca fuiste nada en mi vida, solo una puta madura con la que estaba por aburrimiento. Una maldita enferma a la que le gustaba secuestrar niños de la calle para dañarlos, someterlos, con tal de obtener el placer que nunca le dieron en su vida.

—Pero te quedaste conmigo cuando otros huyeron. Te quedaste conmigo porque me amabas.

—Por conveniencia. Te engañé tantas veces como tus mentiras. ¿En serio pensaste que estuve contigo por amor? Eras la única maldita manera de llegar a los Simone.

—No es cierto.

—Sé perfectamente quién soy y recuerdo aquel incendio donde me robaste. Te hice creer que no porque hasta ese momento me servías.

Palidece, negándolo.

—¿Por qué un ser superior como yo se quedaría al lado de una simple mierda como tú? Te utilicé tanto como quise. ¿Pero sabes qué fue lo mejor? Hacer que me amaras. Que te aferraras

tanto a mí al punto de perder la cabeza, esa fue mi mayor venganza.

—Hijo de puta —dice y trata de golpearme.

La detengo y entonces llora.

—No vas a lograr lo que buscas.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Una simple bastarda como tú? Conozco todos y cada uno de tus sucios secretos. Y si no quieres problemas mantente lejos de Bianca. Si le tocas un solo pelo juro que vas a pagar las consecuencias.

—Cometes el peor error de tu vida, mi niño. Va a destruirte, esa mujer… esa zorra es solo una arpía.

—¿Mejor que tú?

—¡Cállate!

—A ti nadie te ama, a nadie le gustas, ni siquiera tus padres te quisieron. Morirás de la peor manera, bajo mi mano, algún día. Eso te lo juro.

Retrocede con los labios morados de la cólera y escupo en sus pies, levantando su falsa panza para lanzarla en su cara. Estamos en un callejón, a metros de una calle transitada; hay policías, gente de a pie, estoy seguro de que tienen a Bianca mapeada, por lo que no puedo hacer mucho, aunque hubiera querido deshacerme de La Gata.

—Esto no se va a quedar así.

—Lárgate y no vuelvas.

Desaparece con su séquito de ratas y me apresuro a regresar al supermercado porque Bianca está sola.

No sé si evidenciar mis planes ha sido la mejor decisión, pero no podía dejar de darme el lujo de decírselo en su cara. La Gata es obsesiva, no iba a soltar fácil el anzuelo si no la amenazaba, menos aún, con tanta gente de testigo.

¿Dónde carajos está Bianca? Suelto un suspiro acalorado mientras mis ojos no hacen más que rastrear su silueta. Camino sin llamar mucho la atención por los pasillos hasta llegar al de chocolates, pero no hay rastro.

—Maldita sea —murmuro, tirando unos dulces del estante hasta que una mano delicada me toca.

—Adrian...

—¡Bianca, joder! —me irrito.

—Estaba buscándote, pero de un momento a otro te perdiste. ¿Podemos llevar más de estos chocolates?

Me mira como si nada hubiese pasado, como si no se hubiera dado cuenta del peligro al que estuvo sometida hace minutos y decido no comentarle nada.

—Sí. Lo que sea.

—¿Estás bien?

—Muévete rápido.

Tomo su muñeca y caminamos para pagar las tonterías que acaba de escoger. Son pequeños bombones rellenos de dulce de leche con chocolate y, por el apuro, decido no comprar nada más que lo que dejé en la caja. Lo que más quiero es salir de este laberinto.

—Adrian, ¿qué pasa? —insiste.

—Tranquila, no es nada.

—¿Seguro?

—Sí.

—No quiero que me mientas… —intenta decir algo más, pero la callo con mi dedo en sus labios.

Salimos mientras la guío por rutas alternas. Ella no habla, pero sé que sospecha. Mira a todos lados, hasta que nos adentramos en una calle que nos da paso a una fiesta en el centro de la plaza.

—Ve y distráete un poco.

Lanzo aquel distractor para que se vaya con la excusa de poder peinar la zona sin que se entere de lo sucedido hace minutos. Asiente mientras tomo mis radares, un rastreador me indica que no hay señales de La Gata, pero no confío. Le mando un mensaje a Erick para alertar y, cuando vuelvo a ver a Bianca, algo en sus ojos brilla de forma inusual.

El lugar parece seguro, ya que hay policías. Regreso hasta ella, y descansa su cabeza en mi brazo mientras miramos a gente estúpida comer, jugar y bailar. Los checos no son muy expresivos en comparación con los italianos, pero tienen un aire mundano a su manera y ella parece disfrutar lo que mira: la fiesta, la gente subiéndose en las mesas de la plaza, los bailes.

—¿Esto es a lo que llamabas libertad? —ironizo.

—Más o menos.

Una multitud se forma de repente y noto que Bianca los mira de reojo, poniendo especial atención en una competencia improvisada de baile.

—Es hip hop. Son muy buenos—aclara. Sus ojos se iluminan con cada movimiento mientras su cabeza se mueve al ritmo de la música.

—¿Por qué no vas?

—No... —duda—. No tengo ánimos.

Ni siquiera me mira, vuelve a su hoyo negro por largos minutos y me desespero. Nunca entenderé esas ganas del ser humano de querer hundirse a sí mismo por gente mierda. El baile hace que sus ojos se iluminen, sin embargo, el recuerdo de esa vieja sigue en su cabeza.

—Basta. No soporto verte así —digo, atrayéndola hacia mí.

Su cara queda tan cerca a la mía que es inevitable que la bese. La saboreo con hambre cuando choca su lengua contra la mía.

—Adrian…, yo…

La música cambia y puedo notar cómo sus ojos vuelven a brillar, por lo que contengo el enojo en mi garganta. Debo estar demente, pero no pienso en otra cosa.

—¿Qué haces?

—Bailaremos.

Se queda muda, pero luego sonríe. Me mira como si hubiera hecho un acto heroico.

—No me interesa si quieres o no —continúo—. Hagámoslo ya antes de que me arrepienta.

—Tu cara de asco es evidente —suelta una risita.

—Y patética.

—Supongo que son milagros que hay que saber aprovechar. Yo te enseño.

Las palabras remecen mi cabeza, una vez dije que solo bailaría en caso de estar desesperado. Y aquí estoy. Ella envuelve sus brazos en mi cuello empinándose, guiando el ritmo de forma sexual y caliente.

Mis manos se posan en sus caderas hasta que sigo su andar torpemente. Jamás he bailado en mi vida y esto de moverse definitivamente no es lo mío.

—Lo haces muy bien —me dice como si fuera un logro enorme.

—¿Cuándo acaba?

—Recién comienza —dice y me regala un piquito. Me detengo para verla.

Es una jodida sirena. La emoción que emana de sus mejillas es simplemente perfecta. Los ojos de las otras personas se centran en su cuerpo mientras mis labios no dejan de hacer una curva exquisita en su boca.

Ella brilla hasta con la música más insípida. Bianca tiene talento, muchísimo, pero al percatarse de las miradas amables se cohíbe.

—Qué pena... —dice y hunde su cara en mi pecho.

—¿Por qué pena? Estás haciéndolo muy bien. Cuando bailas te desconectas de todo, hasta de ti misma. Sigue.

—Oh, no, no iré sola —me jala del brazo para hundirme aún más en medio de esos idiotas. Es una competencia de baile, ahora el ritmo es latino y su mirada se incendia—. ¿Sabes bailar *bachata*?

—¿Ba... qué? —frunzo el ceño de nuevo y acomoda mis brazos con suavidad a los suyos, estirando uno de ellos hacia arriba.

—No sabes cuánto me gusta la música latina. Solo intenta seguirme.

Ella mueve sus caderas de forma incesante, meneándolas de lado a lado, dando pasos de a dos y de a tres con soltura.

Mando a la mierda eso del brazo para poder apretarla a mi antojo. Parezco un enfermo mental, pero la imagino así... en la cama. Suelta una risa sin imaginar lo que mi polla proyecta. Joder, su

trasero. Su lindo y perfecto trasero quema en mis palmas.

La toco a mi antojo. ¿Hace cuánto no lo hacía? Días que parecieron eternos. Soy adicto a su belleza, a su boca succionando la mía.

Me gusta. Y mucho.

Ella levanta la mirada, jala mi otra mano hacia su otra nalga. No nos importa el mundo, tampoco las miradas de las viejas religiosas que critican en voz alta.

—Podría matarlas, ¿qué dices? Le haría un favor al mundo por la contaminación sonora de estas cotorras ardidas.

—Seguro no tienen buen sexo y están envidiosas —dice y se divierte.

—O rezan antes de que las penetren, si es que lo hacen.

—Ya cállate.

Ríe, estampando un beso en mis labios.

—Eres el amor de mi vida, Adrian.

—¿Te me estás declarando?

—Yo iba a ser la primera en caer en tus garras, tenías razón. Perdóname, sé que te he dejado de lado, pero no estoy en mi mejor estación.

—Eres hermosa en todas las estaciones, pero mi favorita es cuando sonríes.

Se queda en *shock* tanto como yo cuando escucho mis palabras. No sé qué dije, qué mierda hice, solo tenso la mandíbula mientras vuelve a besarme. La música sigue sonando a la par que nuestras lenguas se disfrutan, pero todo se interrumpe cuando un imbécil nos empuja y lo fulmino con la mirada.

—Tenemos que impartir lecciones de normalidad en ti, Adrian. No tienes que matar a quien te empuja sin querer. Esto pasa en la vida de la gente normal, fue casualidad, pobre muchacho —me dice ella mientras sonríe.

Se va soltando poco a poco hasta que alguien la reta en el baile y acepta para ganar la contienda. Los aplausos se los lleva justamente, ella es libre cuando baila, y he de confesar que me gusta mirarla cuando lo hace.

Nos ponemos unas gorras que compramos y pasamos un tiempo merodeando por las zonas aledañas. Prueba algo de pizza en la calle, se ve más animada y mis ojos se clavan en ella.

¿Cómo pude haber soportado tanto tiempo? Soy un tipo acostumbrado a las balas y a la sangre, con ganas de coger todo el día y me parece que no lo he hecho en siglos.

No decimos más hasta que termina de comer y salimos del lugar, yendo por las calles menos transitadas. Aprieto mi arma cada vez que alguien pasa por nuestro lado, pero estamos con tapabocas, a nadie parece interesarle y, en un abrir y cerrar de ojos, llegamos al departamento.

—Estoy cansadísima, fue un buen día. ¿Y si nos acostamos temprano? Te has convertido en mi almohada favorita.

—Tengo trabajo pendiente —le digo.

—Hasta ahora no me has hablado de tus negocios. ¿Qué escondes ahí? ¿Y esto? Toma mi USB, pero se lo quito.

—No es algo que te incumba.

—Mmm… El ogro regresó. ¿Es mucho pedir que el Adrian extrañamente amable de hoy se quede un poco más?

No contesto.

—¿Sigues enojado? Sé cómo hacer que se te pase el enojo —me da un beso—. ¿Ya?

—Son un poco pobres tus métodos de convencimiento.

—¿Sí?

Tira de su blusa, dejándola caer y luego se quita los pantalones. El deseo vibra en lo más hondo de mi interior, la polla se me pone dura y sé que lo nota.

—Si juegas con fuego, quemarte será inevitable —le advierto.

—Quiero arder en el infierno hoy…

Me chupa el labio.

—Una más y lo lamentarás.

—Lamentémoslo entonces.

La tomo del cabello y le doy una palmada en la nalga antes de subirla en mi hombro hasta llegar a la cama. Su cuerpo rebota cuando la tiro con brusquedad, me mira con los labios entreabiertos mientras me quito la camisa y el pantalón hasta quedar desnudo.

—¿Crees que estoy loco por ti?

Las venas se me marcan de lo cargadas que están.

—Quizá ambos hemos perdido la cabeza. Quizá ya no haya vuelta atrás.

Pego mis labios a los suyos sin besarla, prolongando la tortura. Toco su braga empapada cuando me mira. La lujuria florece en sus ojos cuando abre las piernas. Su sexo me fascina, se recorre rozando sus pliegues con aparente conocimiento y verla me prende.

—Quiero saber cuántas veces lo hiciste. Cuántas veces pensabas en mí mientras te tocabas.

—Muchas. Desde que llegaste a Villa Regina me he quemado por ti.

—Estás tan húmeda…

—Y tú tan duro…

Soy yo el primero que rompe la barrera. Deslizo mis dedos por su sexo.

—Por favor… —suplica mientras me acerco.

—¿Qué?

—Cójame, profesor.

Le abro los pliegues rosados y la sorprendo agachándome hasta su nivel para darme el gusto. Su pecho sube y baja con fuerza cuando mis labios la tocan empapándome de su rico sabor,

mientras mi otra mano sube hasta sus pechos.

—Qué rico…

Se arquea cuando la bebo. Me trago su humedad y la miro retorcerse mientras la lamo. No pienso dejar que se corra cuando lloriquea. Disfruto torturándola, inconscientemente quiero vengar los días de abstinencia, me vale un carajo si soy egoísta, pero esta vez mi propio placer manda y sé que no soportará mucho.

Mi mano cubre su sexo, acariciándolo, y mi boca sube con besos desde su vientre hasta sus pechos.

—Joder. Cómo me gustan…

Mamo dejando mi huella, me quiere besar y vuelvo a sonreír al verla desesperada.

—¿Qué quieres…? —digo, llevando mi punta hasta su entrada.

—Que me la metas… —jadea, sucia.

—¿La quieres toda?

—Sí…

—¿Sin llorar?

—Por favor…, me estás matando.

Llevo su mano a mi miembro y cuando me toca hace que un hierro caliente me carcoma. Le enseño a masturbarme como me gusta, tirando de mi sexo de abajo hacia arriba con rapidez, pero lo hace aún mejor por su cuenta. Sus uñas acarician deliciosamente mis testículos trazando movimientos ascendentes hasta llegar al glande que mira con sed absoluta.

—¿Te parece rica?

—Deliciosa…

—¿Por qué debería darte mi polla?

—Porque estás loco por mí, Rambo. Y solo yo sé hacer lo que te gusta.

Tuerzo los labios alzándome sin que ella se mueva. Le doy de mamar acercando mi polla a su boca mientras la recibe con gusto. Babea la punta y me estremezco. Joder, no puede existir otra que me haga sentir lo que esta arpía. Parece que se le rompe la mandíbula cuando recibe mi empotrada, siento un sonido en su garganta y no se queja.

Me lo chupa mientras mi pene parece explotar. Saco la punta dándole latigazos en sus labios, lo toma de nuevo como si fuese un chupete. Lo saborea, lo unta con saliva, se traga el líquido preseminal hasta que me canso de niñerías.

De una nalgada, la pongo en cuatro, la empotro, tirando de su cabello mientras sus gritos deliciosos me consumen. La embisto con brutalidad sin contenerme. Masajeo sus nalgas para penetrarla, arqueándome mientras mi garganta gime ronco y su sexo cede ante mí al sentirse apretado y caliente.

Le doy duro contra la cama, con empellones que la hacen gritar de dolor y placer. Carcomo

cada pared de su delicioso sexo ardiente hasta que se contrae y veo venir lo inevitable: chilla por el éxtasis.

Se corre y segundos después lo hago yo, pero no es suficiente para mi hambre. No soy consciente del tiempo, solo de cómo la penetro de nuevo, aunque esta vez es… diferente.

Abre sus ojos mientras los míos se llenan de una terrible necesidad que me vuelve loco. Me muevo suave mientras sus manos tocan mi rostro. Quiero que me mire hacerlo, que sepa quién la coge rico, cómo mi polla encaja en su sexo caliente, cómo nuestros cuerpos van a un solo ritmo y de quién es ahora. Terminamos enredados el uno en el otro.

—Siempre es tan bueno —dice extasiada. Puedo sentir el latido de su corazón galopando violentamente.

—¿El sexo o yo?

—Ambos —sonríe—. Cuando pienso que no puede ser mejor siempre se vuelve superior. Tengo el cuerpo hecho mugre, y aun así quiero más.

Su dedo juguetea en mi pecho mientras su cabeza descansa sobre mis marcas. El silencio nos cubre, sus labios podrían acariciar las cicatrices que fueron infierno en un pasado. Ella las hace sentir… diferentes. Es extraña esta conexión que empiezo a sentir cuando está cerca, aunque aún haya cosas sin resolver entre nosotros.

Las mentiras. El pasado. Cada vez que me mira no puedo olvidar lo que le oculto. Estoy harto de tanta porquería, incluyendo a La Gata.

La Gata…

El color de sus ojos parecía emitir una sombra extraña cuando le dije que sabía toda la verdad de su pasado. Pude notar ira, pero también miedo en ella. Siempre tuve la curiosidad de saber por qué odiaba tanto a Bianca, hasta que supe la verdad por mi lado y encontré sus verdaderas razones.

—¿En qué piensas? —pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—No estabas dormida.

—No, si la curiosidad me gana, mi amor…

«Mi amor». La palabra que aún me desorienta.

—¿Qué? ¿No te gusta que te llame así? —continúa.

—No estoy acostumbrado.

—Pero a mí me gusta.

—¿Algo más? ¿La princesa también proyecta un palacio de cuento de hadas? —ironizo.

—Obvio, un palacio sería lo que me merezco, pero no, la verdad es que soy de gustos sencillos. A mí no me traigas flores, a mí…

—¿Qué? —pregunto cuando se queda callada.

—Llévame lejos, a donde el mundo no nos vea. Dame una cena en medio de la naturaleza,

con sillas de madera y una vela en el centro.

—¿También quieres un animal salvaje?

—Me conformo contigo, vestidito de formal.

Arruga la nariz, besándome.

—No quiero que vuelvas a llorar.

—He callado tanto mis emociones por mucho tiempo que… a veces es inevitable. ¿Tú nunca has llorado, Adrian?

—No —digo, sin explicarme por qué lo dije.

—¿Hay algo que no esté bien? Puedes contarme lo que sea —dice y sus ojos azules me calan —. Sé que la forma en la que nos conocimos no fue exactamente la mejor, pero ahora todo es diferente. En serio, puedes decírmelo.

Insiste, acaricia mi mejilla hasta llegar a mi cabello. Con sus yemas roza mi cuero cabelludo y sigue siendo raro que me sienta tan bien con ella.

—Hay cosas que deberían quedarse atrás.

—Si es que ya no significan nada, sí, pero siento que esto te atormenta.

—Tal vez mañana, ahora descansa.

—No soy la única que debería hacerlo, no entiendo cómo sobrevives así.

—No me gusta dormir —digo, pensando en que la falta de sueño bloquea mis pesadillas.

—Mañana —insiste, bostezando y me da un beso.

—También hablaremos del enano albino.

Rueda los ojos y ríe, como si realmente fuera divertido verme celoso. No me gusta que toquen a mi mujer y mucho menos un intento de hombre como ese. Aún no se me olvida que tuvo lazos con los Ricardi.

—Está bien, ogro caradura. Que sueñes conmigo —dice mientras se destapa sutilmente, dejando a la luz su pierna izquierda y ese hermoso trasero delineado.

Su fragancia me adormila. La noche parece grata bajo la luz de la luna que entra por la ventana. Ella me sigue acariciando el cabello, es imposible que no me relaje y me voy perdiendo en la idea de decir verdades.

Por primera vez en toda mi jodida vida quiero que algo resulte y perder el control para mí es asfixiante. Mis párpados empiezan a pesar a medida que mi cabeza se tensa por las cosas que tengo encima. Un instante, solo me pierdo en el sueño un instante que se va haciendo largo mientras entro en un limbo.

Estoy en blanco.

Un escalofrío recorre mi espalda cuando me parece ver a un niño ruso corriendo en sueños. Es el mismo al que nunca le veo la cara. Va por un largo camino de piedra para luego detenerse frente a una casa de campo, angustiado.

¿Dónde está? No es su casa habitual y todos hablan en otro idioma.

«Las manos bonitas» lo alzan y entonces una sonrisa se forma en su pequeño rostro.

—Pequeño, te me escapaste. Vamos a dormir, tu padre se enojará si estás fuera. Nadie debe saber que estamos en Italia.

El niño la abrazaba con fuerza, sintiéndose seguro porque había pensado que lo habían olvidado. El hecho de no tener a las «manos bonitas» lo desesperaba. La mujer lo arropaba y besaba, pero el niño era obstinado y pensaba que no quería separarse de esa mujer de nuevo, así que, luego de largos minutos, salió de su cama para buscarla.

Y ahí estaba aquel hombre, su padre. Con ese hablar particular que lo paralizaba de pies a cabeza. Se entrometía escuchando cosas que no entendía, lo cierto era que el rostro de las manos bonitas estaba asustado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Vienen por nosotros, tenemos que irnos.

—A mí nadie me quita lo que me gané. Italia es mía ahora.

Un ruido. Explosión, balas, insultos.

No…

Aún recuerda el griterío de la gente cuando entraron a la fuerza. La seguridad se había volcado en su contra al ponerse sorpresivamente de lado de los enemigos. El caos hacía que sus oídos explotaran, todos corrían, y de pronto se quedó perdido sin saber qué hacer. El reloj sonaba al igual que las balas de los asesinos.

Una y otra vez… silenciando a la gente para siempre.

Las «manos bonitas» gritaban su nombre, corriendo hasta su habitación mientras el padre sacaba un arma disparando a quemarropa.

—Ve por el niño, sácalo de aquí.

Él se sentó, pegándose a las barandas, mientras escuchaba palabras incoherentes y corrió hacia la habitación, donde halló a su madre llorando.

—Adrian… Mi Adrian.

—¡Déjalo ya! ¡Sácalo por la puerta trasera! ¡No deben saber que existe!

—No hay tiempo —las manos bonitas lloraban—. Lo matarán.

—No. Es lo único que nos queda. Mi mayor venganza para el mundo.

—Escóndete —las manos bonitas lo tomaron y lo único que encontró fue el armario que cerró luego de dejarlo allí.

Se escuchó un estruendo, lo único que pudo ver fueron dos hombres entrando con armas, machetes y tuvo que taparse los oídos.

—Así mueren los perros —dijo una voz en italiano—. Te dije que, si te metías en mis asuntos, lo pagarías caro.

Su padre ríe.

—Ustedes no son más que una bola de mediocres.

—Despídete de tu mísera vida.

—Esto no acaba aquí. Aunque me mates…, mi venganza será aún mayor en el futuro.

—¿Esta es tu mujer? —las manos bonitas gritaban—. Interesante…

Gritos, llanto, palabras sucias que había olvidado regresan. Todo pasó muy rápido cuando abrió los ojos; fueron balas las que les quitaron la vida a sus padres y un hacha cortó la cabeza de su madre, las manos bonitas.

El llanto se le ahogó en la garganta, pero había sido entrenado para no llorar. Había sido instruido para esconderse si en algún momento llegaban a atacarlo. Sin embargo, nadie le había contado cómo dolía. Lo ligero que era el borde de la ira, la conmoción, el odio que se podía sentir desde pequeño.

Lo único que alcanzó a ver fueron los brazos de aquellos hombres: uno, con el tatuaje de la serpiente, y el otro, el que violaba a su madre aun siendo un cadáver, era el peor: llevaba el tatuaje del águila.

—No queda nadie, ya vámonos.

La pesadilla nunca había sido tan clara como ahora. Aquellos hombres salieron del lugar riendo, pero nunca estuvieron solos. Hubo una mujer que veía todo desde fuera, la misma que quedó sola en el lugar y, cuando la habitación estaba incendiándose, se quedó mirando el armario.

—¿Qué tenemos por aquí? —dijo la mujer.

El niño parpadeaba, sujetando un carrito de juguete mientras escuchaba una risa de hiena salvaje.

Aquella mujer se dio cuenta de que había encontrado un tesoro escondido. Sus pasos avanzaron y lo descubrió, él no dejaba que nadie lo tocara, entonces ella sonrió, diciendo:

—Dos clanes enemigos italianos se juntaron para vencer al ruso enemigo más fuerte, pero olvidaron un detallito…

—¡Qué esperas, maldita zorra! ¡Muévete ya! —dijo alguien desde fuera.

—Ya voy —respondió—. Tú serás mi mejor secreto, mi niño. Y mi mejor arma algún día.

La Gata.

Abro mis ojos de golpe y doy un grito profundo. No sé qué digo, qué hago, pero lo cierto es que el odio regresa, la sensación de venganza se vuelve aún más fuerte y, cuando me doy cuenta, soy otro.

El sudor me empapa por completo mientras los ojos de Bianca me miran aterrados.



56.
LA SANGRE

Bianca

Un grito, escucho un grito y mi cuerpo se estremece.

Abro mis ojos con el corazón acelerado, pensando que es una especie de ataque. Mi piel desnuda se eriza, mi respirar se agita, entonces me doy cuenta de que es Adrian, totalmente ido.

Tiembla, sus ojos enrojecen de ira. No deja de decir palabras incomprensibles y mi primera reacción es socorrerlo.

—Adrian, ¿qué sucede? —mi voz irrita su rostro, puedo notarlo cuando evita mi mirada—. Adrian...

Insisto, pero me evade bruscamente, dejándome en silencio. Ha sido tan comprensivo conmigo que el cambio me afecta como una cachetada a mi corazón.

Aún está desnudo, la línea de su silueta en medio de la sombra de la habitación es excitante, pero algo en mí se contrae al pasar los segundos.

—Mi amor.

Me levanto con cuidado y me pongo una de sus camisas. Él camina como un animal violento.

—¡No me toques! —se limita a decir, y la fuerza de su voz me acongoja.

No sé si es normal, o es que estoy asquerosamente sensible, pero me duele. Trago mi frustración queriendo entender, sacando a flote mi orgullo, pero… no es el momento para ofenderme.

Su rabia es tan grande que las venas del cuello se le remarcan. De pronto, empuja todo lo que se le pone enfrente: lámparas, armario, ropa, desquitándose de la peor manera hasta que se golpea los puños.

—¡Adrian! ¡Basta!

Me esquiva, poniéndose un bóxer y saliendo por la puerta.

—¡Adrian! —vuelvo a gritar, pero parece no escucharme. Es de madrugada, lo veo golpear un árbol y siento que desfallezco.

Es horrible ver lo que más quieres destruyéndose a sí mismo.

Unos rostros se asoman en las ventanas, pero a él no le interesa. Cuando por fin desfoga su furia, cae de rodillas con el rostro en el suelo, la respiración agitada, empapado de fantasmas que lo único que hacen es oscurecerlo aún más.

Una patrulla policial aparece por la esquina y me altero. Alguien debió denunciarnos. Corro hacia él sin pensarlo dos veces, tratando de hacer que entre en razón.

—Adrian, la policía.

Su mente parece estar en otra órbita. Lo levanto con fuerza y me mira como si estuviera divagando. Acaricio su rostro.

—Buenas noches, sus pasaportes, por favor —dice un hombre alto en checo.

—Buenas noches. Permítame un momento —respondo en su mismo idioma, que apenas manejo. El checo siempre me pareció complicado; sin embargo, he aprendido distintos idiomas cuando era niña y al menos puedo defenderme.

Los minutos pasan sin que pueda hacer mucho. Al menos logro meter a Adrian en la habitación mientras resuelvo esto. Le explico al policía que somos extranjeros, que estamos aquí por asuntos laborales y parece creerme, pero aun así exige los pasaportes. Se los entrego y entonces caigo en cuenta de que no sé cómo me llamo.

—¿Señorita Alexa Rostova? —pregunta en inglés.

Asiento.

—El señor Rostov, su marido, ha provocado algunas quejas entre los vecinos.

—Disculpe, dijo usted... ¿mi marido?

—Sí, ¿algún problema?

—Oh, no…, perdón, es que no entendí bien su pronunciación —contesto, disimulando mi imprudencia.

Me mira como a una chiquilla tonta después de entregarme los pasaportes que observo de reojo.

Maldita sea, son falsos, pero no deja de impresionarme.

Dante y Alexa Rostov… Casados.

Una sonrisa se despliega sin querer de mis labios, pero luego vuelvo a concentrarme. Me excuso luego de darle una explicación larga sobre los efectos de ciertos antibióticos y el maltrato que recibimos de algunos de sus compatriotas.

—Está bien, señora. Los dejaré tranquilos, pero tenga cuidado. Otra queja y tendré que notificar a migraciones.

—No se preocupe, muchas gracias.

Pego mi cabeza contra la puerta cuando se va y vuelvo a mirar los pasaportes, pero exhalo hondo cuando recuerdo que Adrian está solo en la habitación.

Adrian

La sangre circula por mis venas como un torrente de fuego. Todavía albergo la sensación de asfixia por el humo del incendio, los gritos, las balas, la voz de La Gata llamándome «mi niño», y también lo que pasó después: el encierro en aquel pozo gigante donde estaban otros como yo: niños huérfanos, bastardos que me miraban temblando en medio de la noche.

—Adrian…

La voz de Bianca me extrae de esos recuerdos. Camina como si tuviera miedo a mi respuesta.

—Oye…, estoy aquí —insiste, acariciándome—. ¿Qué pasa?

—Déjame a solas.

—No. No podrás escapar de mí, aunque quieras. Estoy preocupada por ti. De pronto te levantaste de esa forma y…

Calla cuando la miro. No es como él, no se parece en nada a su padre, es demasiado hermosa como para ser imagen y semejanza de ese cerdo de mierda, ni siquiera físicamente. Donato Simone tenía los ojos cafés y los de ella son azules profundos como los de Ángela. La comparo con un diamante; fácil de admirar, pero que no todos pueden tener a su lado.

Debería haberla matado por llevar sangre Simone, pero no lo hice. Decidí liberarla de las fichas que tenía que tumbar porque la quiero para mí ahora. Y es lo único que importa.

—Sea lo que sea, estoy contigo —me acaricia la mano—. ¿Fue… un mal sueño?

Sonríe y por alguna razón me calma. Ni siquiera lo imagina. Ni siquiera entendería lo que han sido las pesadillas todos estos años. Y el peso de ocultarle la verdad empieza a fastidiarme.

—Recordé a mis padres y también a sus asesinos —suelto de golpe.

—¿Qué? No sabía que tus padres… ¿Viste quién los mató?

Me toma fuerte de las manos ansiando una respuesta.

—Fueron dos hombres de la mafia y La Gata fue su cómplice.

—¿La Gata? ¿Hombres de la mafia?

—Violaron a mi madre siendo un cadáver. Uno de ellos, el peor de los dos, le cortó la cabeza mientras yo miraba a escondidas desde un armario. La pesadilla no había sido tan clara como ahora.

Bianca se lleva las manos a la boca y las lágrimas ruedan por su rostro.

—¿Quiénes fueron esos hombres?

Joder, me cuesta. Si se lo digo, ataría cabos, se enteraría de que fui yo quien mató a su padre por venganza, peor aún, que llegué a Villa Regina para arruinar a su familia, seducirla y… matarla.

—No lo tengo claro —miento—. Ya no importa.

El cansancio me pasa factura, ni siquiera sé por qué se lo dije ya que soy un hombre que no acostumbra a expresarse, pero hay algo en ella que me calma.

—Lo siento mucho —dice.

Se queda mirándome como si quisiera oír algo más, pero no estoy para dar más explicaciones. Me pesa mi cabeza, por lo que voy por un vaso de *whisky*.

—¿Estás... enojado conmigo?

—Hace mucho tiempo dejé de estar enojado contigo, Bianca. Hace mucho tiempo te miro de forma… diferente.

—¿Diferente?

Sus ojos brillan.

—Ya no eres solo un culo en donde puedo correrme, ahora eres mía y te quedarás a mi lado.

Se empina hasta mi boca. El beso es como un energizante; directo a la vena, pero no lo disfruto como quiero porque aún hay ira en mí. Donato Simone está muerto, de Emilio Ricardi me encargaré tarde o temprano, pero a quien voy a fichar ahora es a otra.

—Esa mirada no me gusta —dice y se despega de mis labios—. Estás en otra parte.

—Pienso en mi venganza.

—¿Cómo?

—No podré estar tranquilo si no elimino a quienes debo eliminar. La Gata es mi próximo objetivo, estuvo ayer en el supermercado, pero no pude hacer nada para no exponerte.

—¿Cómo?

—Se presentó para amenazarme. Sabía que había mucha gente, que no iba a arriesgarme a herirla si tú estabas de por medio.

—¿Y por qué no me dijiste nada? ¿Sigues pensando que soy una niña inocente a la que deban ocultarle todo?

—Ahora mismo eres vulnerable, Bianca. Además, no estabas en las mejores condiciones. Esa demente supo bien dónde y a qué hora aparecer. Quería negociar el diamante.

—¿Ves por qué te dije que era peligroso tenerlo? No lo quiero.

—No se lo vamos a entregar a nadie, lo vamos a usar a nuestro favor. A mí no me asusta. Ni ella ni sus míseros allegados.

—¿Entonces qué harás?

—Darle donde más le duele. Encontraré la forma de llegar a ella y dejarla sin dinero, sé perfectamente sus mañas.

—Así que no solo fueron pareja, sino que también trabajaron juntos.

—Eso ya no importa.

—Me importa porque no sé nada de ti. Eres un misterio que me cuesta descifrar y si vamos a tener algo juntos no quiero que me mientas. ¿Tenían una alianza? ¿Acuerdos?

—Una organización ilícita... Pero eso pasó hace mucho. Lo único que me interesa es atacar sus debilidades.

—¿Debilidades?

—El dinero, La Gata no existe sin dinero. La conozco y te aseguro que no descansaré hasta tener su cabeza. Está en la calle ahora, sabe que la están buscando. Lo arreglaré tendiéndole una trampa bajo el nombre de otra persona. No te preocupes de nada. Ve a dormir, aunque sea un par de horas.

—No sin ti.

—Bianca Simone, no estoy para jueguitos.

—¿Simone? Pensé que era Alexa Rostova —dice y sonríe. Vio los pasaportes.

—Era necesario para despistar. No te emociones.

—¿Emocionarme? Sin anillo no hay compromiso, Rambo. ¿De dónde salió ese apellido?

Si lo supiera…

—No importa. Es tarde.

Me pone una cara larga.

—Está bien, no preguntaré nada más por ahora. Buenas noches, idiota. Mi idiota.

Se monta encima de mí para darme un beso caliente y vuelve a enseñarme ese trasero que me vuelve loco, pero me levanto irritado, yéndome al sofá, sin poder conciliar el sueño.

Pasan un par de horas y pronto es de día. Hablo con Erick por teléfono tratando de apaciguar mis ansias. La Gata todavía está en República Checa, lo cual me indica que algo puede estar tramando.

—Tráfico de estupefacientes.

—¿Cómo diablos cayó tan bajo?

—La falta de dinero obliga a tomar decisiones apresuradas —explica Erick.

—Bien. Quiero que concretes un encuentro. Me haré pasar por un conde. No quiero nada llamativo; un chiquillo idiota con dinero que busca mucha pasta para consumo de sus amigos en una discoteca. Oriéntala hacia un local que esté lejos de la ciudad, será perfecto.

—Estás demente, lo sospechará. No es idiota.

—No si está desesperada y necesita dinero. Desembolsa un adelanto.

No contesta.

—¿Qué?

—No creo que sea pertinente ahora que alguien está siguiéndonos los pasos. Esta madrugada intentaron congelar una de tus cuentas bancarias. De alguna forma dieron con tus redes de inversiones y con tu verdadera identidad.

—¿Qué dices?

—No sé cómo pasó, estoy tratando de seguirles el rastro, pero los intentos de *hackeo* han

sucedido en diferentes lugares al mismo tiempo, como para despistar. Soy tu mano derecha y mejor amigo, el único que maneja tus movimientos bancarios, jamás haría algo en tu contra, pero parece que lo que te digo no te afecta en nada. Algo está pasando y no quieres creerme.

Concentro la mirada en un punto de la sala, y casi rompo el bolígrafo que llevo en la mano.

—Ya no son suposiciones, Adrian. Él, la máscara, la mano negra, o como quieras llamar a ese extraño que no conocemos, empieza a pisarnos los talones.

—¿Tienes pruebas?

—¿Que intenten vulnerar mis redes cibernéticas, siendo yo el mejor *hacker* de Europa, no te parece prueba suficiente? —dice. Jamás lo había escuchado descontrolado—. Tenemos que cuidarnos. Tienes que cuidarte, al menos hasta salir de Europa.

—Leonardo Simone está en la ruina; Emilio Ricardi también, La Hermandad está hecha añicos. Mi enemigo más peligroso ahora es La Gata y me desharé de ella.

—Quizá el foco no sea quien pensamos.

—Haz lo que quieras. Necesito el cebo para La Gata esta noche.

—¡¿Esta noche?! Oye, pero…

—No pienso esperar más. Mantenme informado.

Cuelgo y, cuando volteo, veo a Bianca en el marco de la puerta.

—Hola, Rambo.

Se ve hermosa con mi camisa encima. Sus piernas largas me provocan, y sus pezones erizados que se muestran por el blanco de la tela.

La tomo de la cintura para pegarla a mi cuerpo sin ánimo de hablar, ya que deseo besarla. Estoy tan cabreado y estresado que esto es lo que me calma. Chocamos nuestras lenguas, mis manos bajan pronto hasta su bendito trasero y lo aprietan.

—No quise molestarte porque pensé que estabas ocupado. ¿Quién era ese tal Erick?

Escuchó más de la cuenta. Últimamente estoy distraído, no puede volver a pasar.

—Mi contacto.

—Oh... Es como un informante entonces.

—Es… mi único amigo. Ha sido mi mano derecha toda la vida.

La cara se le ilumina.

—Me gustaría conocerlo. Si tiene novia podríamos organizar una salida de cuatro.

—Eso no va a pasar. La prioridad es irnos de Europa. Ya.

—¿Por qué?

—Porque La Gata ya sabe dónde estamos. Algo trama, que haya aparecido porque sí no me gusta nada.

—¿Tu amigo te dijo dónde estaba?

—Sí. No ha salido del país porque está en negocios turbios. Punto a mi favor. Esta noche le

tenderé una trampa.

—Estoy lista para la acción entonces.

—Iré solo —le aclaro—. Prefiero que te quedes aquí. Esta es mi guerra, mi venganza. No voy a arriesgarte.

—Ay, no, no es justo. Todo lo que te afecte me afecta, además... —saca con rapidez el arma de mi bolsillo— …estoy bien entrenada, apuesto a que no me la quitas.

—Está cargada —le advierto.

—Quítamela.

Saca las balas y luego se mete la pistola en los senos. Me los enseña descaradamente y… joder, me prende.

Me acerco con cautela a su cuerpo sintiendo su respiración agitada, mis dedos se deslizan por su pecho rozando suavemente su piel, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no caer en sus redes mientras la miro.

—¿Te afectó tocarme?

—He tocado a muchas —tomo su cuello con mi mano.

—Entonces te hechizo —se acerca a mi oído—. No dejarás de pensar en mí en todo el día. No en vano, Bianca Simone juega muy bien sus cartas.

—¿Es una amenaza?

—Yo siempre me salgo con la mía. Te volveré loco —susurra y me da un piquito.

¿Volverme loco? Estoy suficientemente loco ahora, pero dejo que se ilusione. No tengo ánimos de pensar en otra cosa que no sea en la jodida vieja. Debo matarla antes de que intente alguna jugada en contra de nosotros o que hable más de la cuenta.

Voy a la cocina y me cercioro de que los diamantes están en la caja fuerte tras el microondas. Evalúo el plan de ataque a la perfección para que no se me escape nada, sin embargo, lo que dijo Erick no deja de dar vueltas en mi cabeza.

Paso algunas horas bebiendo *whisky* para ordenar mis ideas hasta que llega el momento de poner fin a La Gata. Salgo y en poco tiempo estoy en el lugar. Estaciono el auto fuera de una discoteca, lejos de la ciudad, donde los pubertos vuelan con las drogas.

Le doy un último sorbo a la botella de *whisk*y. Erick decidió desconectarse por precaución, mandó dinero en efectivo de una de mis cuentas, además de armamento especial, que llegará como encomienda para no levantar sospechas y mientras eso no pase no podremos salir del país, pero al menos tendré a La Gata bajo tierra.

Atacaré ahora. Di órdenes precisas para que toda la gente que trabaja conmigo, incluyendo a Guido, salga del país. Si es La Gata quien está detrás de todo esto me las va a pagar. Concentro mis ojos en el plano del lugar. Faltan algunos minutos para llevar en marcha lo que quiero, pero siento unos pasos acercarse y todo se me descontrola.

—Ya estoy aquí —dice Bianca tras sentarse en el puesto de copiloto.

—¡¿Qué carajos haces?!

—Estoy lista para nuestra lucha. No me preguntes cómo estoy aquí, te seguí.

Lleva un atuendo negro brillante; falda metálica, top pegado, una chaqueta de cuero y botas largas con un moño amarrado. Mi mirada se va a sus lindas piernas, pero opto por reprocharle su actitud.

—Esta es una venganza, Bianca, no una fiesta.

—Hay que estar guapas siempre, ¿no? Además, todo esto me parece divertido.

—No.

—¿Por qué no? Soy la señora Rostova —se pavonea—. Bien dicen por ahí que nunca hay que descuidar al marido.

—¡Déjate de estupideces! No vas y punto —digo de mal humor y ella se queda callada.

Levanta esos hermosos pechos que quiero devorar, pero no es el momento. Mi cabeza está en llamas. Me mira con una carita de ángel que me irrita. Joder, no puedo entender cómo demonios me siguió sin que me diera cuenta. «Es también una mujer de la mafia, está entrenada y tu cabeza está en otra parte», me respondo a mí mismo.

Se ve tan guapa… que solo llamaría la atención, pero dejar que se vaya sola o que se quede en el auto sería fatal.

—A veces creo que no te soporto —reniego, dándole un arma.

—¿Cuál es el plan?

—No hay más plan que seguirme sin despegarte de mí.

—¿No me voy a camuflar en algún lado para disparar?

—No. Si te descubren, mi plan se habrá ido al carajo. Si La Gata te ve, se descontrolará. Puede tomarte de rehén, utilizarte como cebo para atraerme a ella y no voy a arriesgarme.

Bianca sonríe.

—Buena estrategia, Rambo.

—Ponte este abrigo.

—¿Qué? Todas las chicas van en falda.

—Tú no eres cualquier chica, Bianca.

Dentro de la discoteca, todo es más fácil a oscuras. La música estridente me irrita, ella solo finge que baila mientras nos encaminamos hacia la zona de bar, donde un enviado de Erick me reconoce y nos oculta cerca.

Bianca acaricia mi mano para tranquilizarme y es extraño que una mujer tenga la capacidad de hacerme enojar y a la vez de darme la paz que necesito.

El tiempo pasa y se me acaba la paciencia. Hay cuatro tipos que trafican y otros que buscan un proveedor mayor, pero La Gata no aparece. Solo hay un montón de adolescentes bailando,

drogándose, teniendo sexo en el baño, pero una mirada hace la diferencia.

Mierda. El tipo quita sus ojos de mi vista cuando nota que lo observo.

A uno de los traficantes le tiembla la mano, no por drogas, sino por nervios. Mi mirada se incendia, aprieto aún más la mano de Bianca y…

—Vámonos.

—¿Qué? Pero si…

—Obedece. Es una trampa.

Me obedece sin entender. La Gata no iba a actuar en falso, apareció para seguirnos el rastro. Fingió venir a joder solo para hilvanar el hilo que le faltaba.

La respiración se me agita a medida que cruzamos entre la gente; entonces, instintivamente, bajo la cabeza de Bianca. Un disparo imprevisto.

—Corre.

Puedo sentir su mano sujetarse más fuerte a la mía. Corremos. ¡Mierda! ¡Tenía que pasarnos ahora!

Un guardaespaldas nos sigue el rastro; tomo de la cintura a Bianca y entramos, metiéndonos entre la gente que sale, hasta que no queda de otra que atravesar el fuego.

—Mira de frente, a los costados, están en algún lugar, escondidos. No bajes la…

Me quedo a medio hablar cuando Bianca, sorprendentemente, empieza a disparar con una puntería extrema. Su rostro es decidido, parece que no le costara mucho hacerlo.

—Me hartan estos hijos de puta —dice, su rostro se cruza con el mío. Es tan igual... y a la vez distinta.

—Salgamos de aquí ahora.

Vamos a correr, pero…

—Qué penita, ¿se irán sin mí? Aquí estoy. ¿Es a mí a quien buscaban?

La Gata.

—Adrian, mente fría —gruñe Bianca.

—¿Le vas a pedir mente fría a un cuerpo ardiente?

Ambos alzamos las armas, pero ella sonríe, al lado de sus secuaces.

Son como seis y nos apuntan.

—Sé que contigo no hay fallos, así que quise… prevenir. Conoce a mis amigos.

—Vengo por tu cabeza.

—Lo veremos. Ups.

Ella dispara primero en mi hombro, rozando un nervio que me hace soltar el arma mientras Bianca grita.

—Voy a acabar con esto para siempre.

La Gata mira a la arpía, quien aún la apunta sin miedo.

Caminan sin bajar el arma. Trato de evitar el sangrado haciendo presión sobre la herida, pero me mareo, arrastrándome.

—¿Te has preguntado por qué tanto te odio? Yo he ansiado tanto este día para poder decírtelo a la cara —dice La Gata.

—Atrás —dice Bianca y las manos le tiemblan—. ¡No te acerques!

—Me quitaste todo lo que pude haber tenido un día y ha llegado el momento de ajustar cuentas. Todo lo que tienes es mío.

—Estás loca, demente. ¡Tú no eres nadie!

—¿En serio… todavía no lo imaginas?

Bianca se descuadra.

—Donato Simone era un hombre maravilloso, pero sin duda su mejor cualidad era el engaño. Mira que hacerle creer a todo el mundo que la criatura que tuvo la anciana muda fue un niño… cuando en realidad era una niña. Interesante, ¿no?

Bianca palidece. La Gata sonríe triunfante, con el dedo en el gatillo.

—Esto es lo que soy, una Simone. La única que debió estar a la cabeza. La única que añoraba a su padre, pero él… solo tenía ojos para otra. Me quitaste el cariño de mi primer hombre, mi primer amor prohibido, y ahora pagarás las consecuencias. Por la sangre. Hasta nunca, hermanita.

La Gata grita con furia y se escucha un disparo.



57.
AL FILO DEL ABISMO

Bianca

Sus palabras hacen eco en mi interior y por un momento me paralizo. Puedo sentir la respiración en mis oídos, una ola caliente que pasa por mis mejillas al ver todo en cámara lenta, el estruendo del balazo casi calcinándose en mis tímpanos, el rostro de La Gata deformándose, su cuerpo ensangrentado desplomándose… No fue ella quien disparó, sino Adrian, impactándole en los pulmones.

Caigo de rodillas cuando llega la policía y detiene a los cómplices de La Gata. Lo demás me parece un vago pasaje hacia la oscuridad. Cierro los ojos confundida y no sé cuánto tiempo pasa hasta que los vuelvo a abrir y soy atendida por paramédicos.

—Señorita, ¿está bien? —dice una voz que se escucha lejos.

Me ponen suero, verifican mi pulso y luego un mareo arremete en mi cabeza.

—Está en *shock*. ¿Puede escucharme?

—Sí… —digo, sintiendo que todo me da vueltas.

Mi hermana... ¿Dijo que era mi hermana?

Pronto todo empieza a cobrar sentido. Las palabras de Lion, el porqué jamás pudieron encontrar al hijo de mi nana y el odio de esa mujer que desde un inicio no supe ver… ¿cómo no pude sospecharlo?

Padre solía hablar de una pequeña sirvienta, una «rata» que debía desaparecer y fue brillante su engaño. Me siento tan estúpida al pensar que Cyra estuvo tan cerca a su hija, que se murió sin saberlo y yo… tenía una hermana.

—Señorita… ¿Le duele algo?

Vuelvo a la realidad. Un paramédico me atiende y solo pienso en…

—Adrian… —digo— ¡Dónde está Adrian! Necesito verlo.

—Hubo una balacera, pero usted está bien. Solo fue el *shock* el que la puso así. En la otra ambulancia están atendiendo a los sobrevivientes.

—¿Sobrevivientes?

Me mira perpleja y le ruego con la mirada que siga.

—Otro auto se llevó los cadáveres que estaban en el suelo. Calma.

Lucho con las enfermeras para que me suelten y…

—¡Bianca!

—Oh, Dios…

Me levanto para abrazarlo. Su mirada dura es la misma; sus ojos fríos, los de siempre.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Ahora estoy bien —digo y noto que su mano sangra al igual que la mía.

—¡Se lastimó por jalar el suero! —se queja la enfermera y aunque intenta separarme no puede.

—Soy médico, me quedaré con ella —miente Adrian con tal soltura que las enfermeras terminan creyéndole.

—Pero doctor, necesitamos llevarlos al hospital. Su hombro…

—No hará falta. Solo fue un roce. Retírense.

Los paramédicos se van mientras cura mi mano ensangrentada por el suero. Me lo quita de golpe y maldigo el pinchazo. Cubre mi mano con un esparadrapo y luego me mira.

—¿Qué pasó con La Gata? ¿Le disparaste? ¿Murió?

—Según el forense se llevaron el cuerpo de una mujer mayor muerta. Es casi imposible sobrevivir a una herida de bala en el pulmón.

—Pero…

—No importa ahora, Bianca. Tenemos que irnos. No hay tiempo que perder, la policía ha empezado a sospechar.

No necesita decir más para entender que estamos metidos en un problema. Hay policías por todas partes, enfermeros levantando cadáveres, padres intentando saber de sus hijos, gente llorando, y mi cabeza estremecida por las dudas.

La idea de que esa mujer tuviera mi misma sangre me da vueltas en la cabeza. Estoy tan confundida que ni yo misma me entiendo, miro a Adrian buscar las llaves del auto en su bolsillo y una extraña sensación me carcome.

—¿Tú lo sabías?

Su expresión cambia, esa es la respuesta.

Lo sabía. Dejó que esa mujer entrara en mi casa, dejó que se hiciera pasar por su hermana, sabiendo que me odiaba.

Más policías se van sumando al área, por lo que no digo más y subo al auto. Pasamos una hora sin decirnos nada hasta que llegamos al departamento y me trago todo lo que tengo encima. Me duele, no debería dolerme, pero me siento extraña, no sé si por la verdad o por su silencio.

Da igual, Adrian está acostumbrado a no darle explicaciones a nadie. Ni siquiera pretendo que lo haga conmigo, así que le pido que me deje sola. El espejo me muestra lo que soy de nuevo, lo

que he sido desde niña, y me digo a mí misma que tengo que calmarme, pero no puedo con esta rabia.

Ni la ducha que me doy me alivia. No sé qué pensar, sentir o qué posición tomar ahora. El asco es inmenso, la decepción duele más que cualquier herida y no lo soporto.

—Empaca. Nos iremos de aquí —dice, como si no pasara nada.

—No. No me iré.

—Este lugar ya no es seguro, empieza a empacar ahora mismo.

—Ningún lugar es seguro ahora. ¿Crees que las cosas se solucionarán si huimos de nuevo? Es predecible que lo hagamos esta noche porque es lo que esperan que hagamos. Será mejor quedarnos unos días aquí, camuflarnos. Es posible que mañana me den un trabajo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—¡¿Cómo carajos conseguiste ese trabajo?!

—Es fácil cuando hay letreros que solicitan profesoras de baile. Últimamente estás tan ido que ni siquiera notas a qué le presto atención en las calles.

—Me importa tu seguridad.

—¿Ah sí? Parece que inventar mentiras es tu mejor pasatiempo.

Sabe de lo que hablo.

—No vas a ir. Punto.

—¿Perdón?

Quedamos cara a cara y algo en mí se enciende.

—No voy a repetirlo. ¿Qué no entiendes la maldita situación en la que estamos? Ahora todo el mundo sabe que estamos vivos gracias a tu imprudencia, así que no estás en posición de elegir nada.

—Que seas un tipo sin sentimientos no te hace indestructible. A ti te encontró La Gata y no te lo estoy restregando en la cara.

—¡Bueno basta! ¡Déjate ya de ridiculeces!

—Vete al infierno.

Camino hacia la puerta. Me detiene y se para muy cerca de mí. Lo odio, odio sentir esta jodida atracción.

Voy a insultarlo, pero me frena con su fuerza. Estoy cabreada, maldita sea, pero es inevitable besarlo, aunque esté furiosa. Él me quita el estrés, es mi medicina para el alivio y también es mi mal. Odio este lado de mí que lo anhela. Me besa con tanta fuerza y… Dios, esto es inevitable. Le correspondo con ganas, gruño en sus labios con necesidad cuando su lengua toca la mía, cuando sus manos me aprietan contra él y siento que mi cuerpo se derrite.

—Me desenfrenas. A veces ya no sé si te odio más de lo que me gustas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —reclamo.

—Corrías más riesgo si lo sabías. Además, ya no importa.

—Claro que importa. ¿Pensaste que era tan débil como para no poder afrontarlo? ¿O es que en el fondo querías protegerla?

—Joder, Bianca, esa vieja no me interesa. Nunca me interesó en absoluto.

—Fue tu amante.

—Como lo han sido muchas. Enfócate en el presente.

—No puedo con esta cólera —digo con ira—. Sentir que me han engañado toda mi vida. Odio las mentiras.

—Y yo que llores por gente mierda —dice y limpia las pequeñas lágrimas que se formaron en mis ojos por rabia.

—No puedo ocultar mi enojo, esta sed de venganza. Ya no sé ni dónde estoy parada. Todos a los que pensé que quería me hirieron, quizá tú algún día te hartes y…

—Yo te marqué para mí el día que te cruzaste en mi camino y no hay retorno. Te fiché y es ley para un hombre de mafia. Así patalees, así chilles o te enfades… eres mía, Bianca Simone. Siempre.

—Sí, Rambo —lo beso—. Pero no podemos tapar el sol con un dedo y todo esto me enferma. Si La Gata sobrevivió no se quedará de brazos cruzados.

—No, pero, en caso sobreviva, lo primero que hará es hacerse de dinero. Ya te dije que ese es su temor más grande: la pobreza. Ella no tuvo una vida como la tuya.

—¿Como la mía? Mi vida no fue flores y corazones al lado de mi padre, fue un martirio lleno de exigencias.

—Al menos corriste con más suerte. Para tu padre tú siempre fuiste la hija legítima, en cambio ella fue utilizada, menospreciada por Donato Simone desde que era una niña. En realidad, me enteré de esto hace poco en mi afán por saber por qué te odiaba tanto. Tu padre supo esconderla muy bien, en especial de Cyra, para que nunca la encontrara.

—¿Por qué?

—Porque sería un problema.

—¿Piensas que pudo haberme quitado el reinado?

—Un niño bastardo no significa nada en el mundo de la mafia, eso bien lo sabía. Pero siempre soñó con que tu padre le diera su lugar en algún momento si hacía lo que le pedía.

—¿Lo que le pedía? ¿Hablas de… su relación incestuosa?

—Manipulación, diría yo. Tu padre descubrió que tenía capacidades asesinas, además de ambiciones. La utilizó a su conveniencia. Abusó de ella cuantas veces quiso y La Gata no se negó nunca porque le gustaba el poder que juntos emanaban.

—¿Quieres decir que La Gata nunca fue una víctima?

—No. Lo que tenían era algo muy fuerte hasta que apareció Ángela. Tu madre volvía loco a tu padre, así que un día decidió apartarla de su camino. Debe haberse sentido utilizada. Lo peor fue cuando Ángela se embarazó de ti y, para ese entonces, La Gata intentó matar a tu madre como venganza.

—No puedo creerlo —digo.

—Tu padre enfureció y la dejó en el exilio. Eso fue lo que más le dolió a La Gata, por eso te odia más que nadie. Para ella Ángela y tú fueron las culpables de sus desgracias, pero nunca entendió que tu padre jamás iba a reconocerla.

—¿Por qué?

—Porque te había elegido sobre todas las cosas. Te declaró sucesora, heredera primogénita ante el círculo de mafia y a tu madre como su mujer. Donato Simone nunca amó a nadie como a Ángela, aunque ese amor también fue enfermizo, y La Gata no iba a arruinar sus planes, para él era solo la hija de una sirvienta.

—Pero si mi madre también fue una sirvienta… —afirmo y la cara le cambia. Hace silencio, sus ojos se oscurecen—... ¿Cierto?... Porque… mi madre fue una sirvienta.

—No, Bianca. Tu madre no fue una simple sirvienta. Es… lo que ellos te hicieron creer toda tu vida, pero la verdad es mucho peor.

—¿Tú… sabes quién fue verdaderamente mi madre?

—Sí y voy a decírtelo.



58.
RICARDI

Bianca

Sus ojos se endurecen mientras me quedo sin habla. Mi piel arde, un hormigueo raro inunda mis brazos y cierro mis ojos, negándolo.

—Tu padre la hizo sirvienta para quitarle el poder. Ángela era de buena familia. ¿Su mayor error? Ser rebelde. Eso a Donato Simone no le gustaba, le era difícil controlarla, por ello no tuvo más opción que humillarla. Trabajó duro por ello, la torturó de mil formas hasta que logró volverla loca y…

—No —interrumpo—. No quiero saber más. Me siento tan asqueada que...

—Bianca…, no puedes huir de ti misma. Hoy lo evitarás, pero algún día la verdad se te aparecerá frente a tus ojos.

—Puedo dejarlo, he decidido hacerlo. Lo que importa es el presente. No todo en la vida se cierra, y tampoco tiene una explicación. Hay cosas que suceden porque sí, gente que se va porque sí, y otros llegan porque sí.

—No creo que…

—Adrian, estoy cansada de todos nuestros problemas. Con la verdad de La Gata ha sido ya suficiente, no quiero sufrir más. ¿Puedo cambiar mi situación? No, así que he decidido renunciar a lo que me pone triste. He aceptado que mi madre no me quiere y, aunque no la culpo por todo lo que mi padre le hizo, tampoco me voy a esforzar por personas que no quieren estar en mi vida. Todo lo que tengo está aquí, justo frente a mí, y es lo único que me importa. ¿Me apoyarás?

—Depende.

—¿De?

—De cómo te muevas esta noche.

Su colonia me embriaga, el roce con su abdomen me eriza, toca las fibras más sensibles de mi cuerpo cuando me besa como un animal en busca de alimento.

No puedo parar, no tengo ni la voluntad ni la capacidad para frenar este vicio. Nunca me he sentido tan ninfómana como ahora. Quiero todo el día, pienso en él todo el día. Soy una adicta.

—¿No le da vergüenza seducir a niñas inocentes como yo, profesor?

—Es parte de tu entrenamiento.

—¿Besarnos?

—Follar… —dice en mi oído—. Móntame.

No tengo que decir más cuando de un tirón caemos al suelo. Las cortinas están cerradas, la puerta de nuestra habitación está entreabierta, el silencio ronda por el lugar y respiro profundamente al sentarme sobre él.

Me quito el top, dejando mis pechos al aire, sintiéndome acorralada por un jodido animal en celo. Sus manos me suben la falda hacia arriba, de un tirón rompe las bragas que llevo puestas, mientras mis manos le quitan la camisa, abren el pantalón y soban su sexo duro.

—Quiero que te sientes —me dice.

Trato de hundirme entre sus piernas, pero me frena.

—En mi boca —aclara.

Tengo que sujetarme del sofá para poder hacerlo. Entreabro los labios cuando su lengua me come, es una sensación distinta, abrumadora y… deliciosa.

Su lengua bordea cada parte de mi sexo. Cabalgo en su boca arqueándome, gimiendo cada vez que me chupa, cada vez que la punta de su lengua hace que mis terminaciones nerviosas se sobresalten.

—Adrian…, yo…

Voy a entrar en colapso. Siento que goteo. Toca mis nalgas absorbiéndome y la imagen mental que tengo me acelera. El calor que siente mi cuerpo no lo aguanto, estoy en llamas. Gimo como una demente y el primer orgasmo llega con fuerza y sin avisarme.

Estoy sudando, soy un caldero que quema. Fue rápido, brutal y cuando la sensación todavía no se marcha, me voltea para ponerse encima, bordeando la punta de su miembro en mi entrada.

—Mira qué rico resbala.

Introduce la punta mientras gimo.

Su glande se clava apenas un poco en mi entrada, provocándome, hasta que soy yo misma quien se empuja, pero no encaja por completo.

—Así, niña —dice y de un tirón la mete toda, partiéndome las entrañas.

—Adrian, quiero algo más esta noche.

—¿Qué?

—Algo que no solo sea sexo, algo distinto, algo que implique… sentimientos.

Me calla, besándome.

—Voy a hacerle el amor a tu alma, niña.

Es más una amenaza que un cumplido, porque lo siento taladrándome por dentro. Nos besamos mientras cogemos, disfrutando de las embestidas rápidas, de las veces que me penetra

mirándome, reclamándome como suya, y siento que mi pecho explota cuando lleva mis pezones a su boca.

No sé cuántas veces gimo. Lo hacemos en varias posiciones sin parar, pero la que más me gusta es en cuatro, encima del sofá. Me muerdo el labio cuando toma la correa, pasándola por mi cadera para evitar el rebote. Es algo inhumano tolerar tantas embestidas, no tengo voz para seguir gimiendo.

—Joder, Bianca… —murmura mientras me contraigo y se derrama en mí por completo.

Caemos exhaustos, y cuando por fin respiro con normalidad, peino su cabello. Él yace encima de mí, con su cabeza en mi pecho y su mirada en el vacío. Mis piernas me duelen cuando intento moverlas. El perfecto espectáculo que me ofrece su cuerpo desnudo me fascina, por lo que me quedo mirándolo.

Nos separamos al oír un ruido. La sonrisa se le borra, abre los ojos como un perro preparado para atacar. Me empuja hacia un rincón mientras su cuerpo reacciona y toma la pistola.

—¿Qué pasa?

—No te muevas de aquí —dice y camina furioso hacia la lavandería para revisar las cámaras. Aparentemente no hay nadie.

—¿Qué sucede?

—Juraría que escuché un ruido en la habitación, pero no hay nada.

—También lo escuché... ¿Y si fue un pájaro? Podría haber pasado, ¿no?

Suspira ignorando mi comentario, aferrándose a su paranoia. Relajo mis músculos lentamente a medida que van pasando los minutos mientras lo acompaño a revisar el departamento de nuevo, pero todo está en orden.

—Debe haber sido un animal —digo poniéndome el pijama—. Adrian... Todo está bien, tranquilo —le quito el arma—. Relájate, ven aquí conmigo. Tu vocación de Rambo me encanta, pero ya deberías relajarte. ¿Vas a arruinar nuestra noche?

Tiene un brillo de preocupación en su mirada.

—¿Qué está pasando? Me asustas…

—Luego hablaremos.

Es terco, pero no digo nada porque no habrá poder humano que lo detenga.

*

Ha amanecido. A duras penas pude ducharme, peinarme, maquillarme, escoger algo formal. Tengo pocos minutos para buscar algo de comer.

—¿A dónde vas?

Su voz me frena cuando muerdo un pedazo de tostada.

—Me asustaste, no te vi —sonrío—. Es un lindo día, ¿verdad?

—No me cambies de tema, hoy no estoy para juegos.

Su humor es pésimo y puedo intuir que no ha dormido nada.

—Tengo una entrevista de trabajo, ya te lo había dicho. Y sí, antes de que me des tu sermón, entiendo que podemos irnos en cualquier momento, pero… no quiero perderme esta experiencia.

—Bianca, no somos personas normales y lo sabes.

—No sabemos cuántos días más nos quedan en este lugar. El baile para mí lo es todo. Me inscribí a la audición como Alexa Rostova y me aceptaron.

Pone cara larga.

—Oye, no pasará nada, lo prometo. Deja que al menos tenga esta experiencia. Sé cómo moverme para ser invisible. Fue todo legal. Envié mi solicitud por correo, me creé un CV y listo.

A regañadientes me mira. Termina aceptando.

—¡Gracias! —lo abrazo—. Y para que veas que no soy desagradecida, te invitaré mi desayuno.

—¿No se te quemará el agua?

—Idiota —le lanzo un cojín—. No te contesto como se debe porque llego tarde y no quiero irme sin comer nada. Últimamente tengo mucha hambre.

—No quiero envenenarme.

—Vas a chuparte los dedos.

Después de tomarme un tiempo para tratar de cocinar algo rico con la ayuda de internet, quedó medianamente complacido. Aunque hubiera sido mejor si no se me hubieran quemado las tostadas. En definitiva, la cocina no será para mí nunca.

—Te dejaré por tu dichosa entrevista y pasaré por ti después de ir a la estación por algunas cosas.

—Bien.

No sé en qué parte de mi sistema tengo tanta paciencia con él, pero la tengo. Su lado mandón y gruñón no se le quita, mucho menos la exagerada necesidad de encontrarle un trasfondo a lo que no debe.

Me deja cerca, respiro hondo, y de pronto me pierdo en una estúpida nostalgia: «Si tan solo esta fuera mi vida...», pero no me queda de otra más que caminar rápido hasta llegar a lo que parece un conglomerado de academias.

—Hola…, vengo por la audición.

—¿Audición? —dice una anciana que me abre la puerta.

Se nota que lo está pasando muy mal, tiene a dos niños prendidos de sus piernas llorando y otro en el brazo.

—Sí, me dijeron que era aquí.

—La audición es en la sucursal de la escuela, doblando la esquina. Si me disculpas…

—Oh, lo siento. Gracias.

Adrian se ha ido y respiro intranquila. No va a pasar nada, cálmate, me digo.

Miro el reloj: son las nueve y cuarenta y mi cita era a las nueve y media. Sé que los checos son tan puntuales que se ofenden si llegas tarde, así que me apresuro, pero hay una calle que está en reparaciones, así que decido tomar el camino más corto: un callejón.

No sé si es el frío o la lluvia, pero mi piel empieza a erizarse. El trayecto es un poco oscuro. ¿Debería retroceder? Me niego a pensar en negativo, sigo avanzando y tengo la rara sensación de que me observan, pero cuando volteo no hay nadie. Estoy adquiriendo las manías psicóticas de Adrian, debo calmarme, pero me estremezco al advertir que el callejón, que une a varias casas, es más largo de lo que imaginé.

Contengo el aliento. Falta poco para llegar, solo unos pasos, pero… hay una reja de seguridad, lo cual me obliga a ir por el otro costado.

Qué raro.

Decido virar a la izquierda e ingreso en una especie de laberinto. Hay un pequeño parque sin gente con edificios antiguos a su alrededor. No quiero voltear, pero la sensación se agudiza cuando escucho pasos.

Alguien me sigue, ahora no es paranoia sino realidad. Camino rápido, intentando tocar alguna puerta, entrar por alguna ventana. La desesperación me obliga a sacar mi pistola. Cuando volteo y apunto veo la imagen más terrorífica del mundo.

Una sombra, un Ricardi… Maurizio Ricardi.

—¿Por qué lo hiciste —dice entre lágrimas— si yo te amaba?

Llora como un niño. Ya no es ese hombre elegante que vi en el hotel, ni ese poderoso ser con el que crucé miradas cuando intenté atacar su bando. Ahora es un simple enfermo mental que llora ante mí, visiblemente hecho una porquería.

—Te he seguido. Me dejaste por ese hombre, te acostaste con él. Yo te amaba tanto, Ángela, te amé desde que naciste.

—No soy Ángela —respondo.

—¡Cállate!

Su voz es tan fuerte que suelto con torpeza mi arma y todo pasa muy rápido. Me arroja hacia un basurero, me ahorca y con su mano acaricia mi pierna.

—¡No!

Me defiendo, pero domina las artes marciales, así que me inmoviliza fácilmente, sabe dónde tocarme.

—Te amaba tanto, princesa... Te amaba tanto, aunque lo nuestro fuese prohibido, aunque Emilio se negara y te apartara de mí al permitir que ese hombre te llevase con él. Para mí nunca

fuiste una mujer maldita, para mí fuiste todo lo que un día soñé en mi familia. Él te abandonó, no yo. Yo jamás quise que te quedaras con ese hombre.

—¡Suéltame!

Se arroja sobre mí

—¡No! ¡Suéltame!

De pronto escucho un disparo.

Grito, aterrada, hasta que su cuerpo se desploma y me empapa con su sangre. Me llevo las manos a la cara esperando que Adrian venga a mí, pero no lo hace… porque no fue él quien disparó.

La conmoción me paraliza al distinguir unos tacones negros acercarse, pero la sombra no me deja verle el rostro.

—Era lo mejor para su vida, una muy miserable —dice.

Se hace por fin visible. Parece que me veo al espejo al observar un par de ojos azules, iguales a los míos, con la misma intensidad, que me miran con odio.

—¿Quién… eres? —pregunto.

—Una mujer desafortunada que acaba de matar a su propio hermano por ti, niña. Mi nombre es Ángela… Ángela Ricardi, tu madre.



59.
JUEGOS DE SANGRE

Bianca

La conmoción me envuelve de pies a cabeza. ¿Una Ricardi? ¿Mi madre es una Ricardi? El corazón me retumba en el pecho.

«No se sabe nada de la hermana menor de los Ricardi, dicen que se perdió».

«Tu madre escapó hacia el bosque dejándote abandonada porque nunca no le importaste».

«Lo siento, muchacha, tu madre se fue».

«Tu madre no fue una simple sirvienta».

Vienen a mi cabeza los recuerdos hirientes y mi mente se bloquea ignorando todo lo demás, priorizando a quien tengo en frente… Es preciosa. Distinta. Una guerrera con ojos perdidos.

Sostiene el arma mientras me mira fijamente. Las lágrimas me empañan el rostro. Su cabello castaño brilla como el sol, su piel blanca es como la nieve, sus labios rosados son cálidos y perfectos, como los de una hermosa rosa rota.

—Estás... aquí —apenas puedo decir.

—Sal de ahí —ordena. Su tono arisco me hiere, pero lo hago por instinto—. Las manos arriba. ¡Arriba! —grita.

—No voy a lastimarte, mamá.

—¡No me llames así!

No me puede quitar la vista ni yo a ella. ¡Por Dios! Somos tan parecidas. Sus manos, su piel, el perfil de su rostro, sus ojos claros, hasta esa rebeldía en su mirada, todo es idéntico.

—Está bien —digo.

Al notar mi llanto baja la guardia y llora también. Trato de acercarme, cuidando bien mis pasos, mi respiración, como si fuese un animal salvaje.

—Tú… no tuviste la culpa de nada, fuiste solo una víctima —digo.

—No sabes nada. Husmeaste en lo que no debiste hacer nunca.

—Yo solo te quería conocer.

Se da cuenta de que estoy más cerca y...

—Aléjate…, aléjate o no respondo.

Me vuelve a apuntar.

—No te dañaré.

Levanto mis manos y sus dedos tiemblan.

—Todo esto es aberrante. Eres todo lo que él quería que fueras: bonita, igual a mí, perteneciente a ambos clanes, de ambas sangres. Eres el fruto de un bastardo que forzó a la hija menor de sus enemigos.

La angustia me carcome al ver sus cicatrices en el cuello. Sus lágrimas me duelen.

—Lo siento mucho.

—Lo odiaba tanto que solo quise verlo morir. Mató a mis padres, confabuló con otros para poner a Emilio, mi hermano mayor, en el trono y así tener el camino libre para secuestrarme. Me humilló, me forzó, me obligó a hacer tantas porquerías... Hasta que descubrí lo que quería de mí: un heredero que le permitiera algún día quitarme el clan. ¿Y yo? Era un pecado.

Niego con la cabeza, llorando.

—Había cometido un pecado mortal al embarazarme de nuestro peor enemigo. Mi hermano se arrepintió de haberme dejado en aquel incendio donde me secuestró y, cuando quiso reclamarme, yo ya estaba marcada por él. Esperaba un bebé que podía destruirlo, así que juró matarte también. Yo quería matarte también.

—Mamá...

—¡Te he dicho que no me llames así! ¡No digas esa maldita palabra nunca!

—Ibas a escapar conmigo. Si mi nana no hubiera disparado aquel día…, tú…

—Solo quise deshacerme de ti. Dejarte con otros, pero no quería verte.

Es como una bala directa al corazón. Como un proyectil que entra en mi mente.

—¿Entonces por qué me salvaste? Mataste a tu hermano por mí. Tal vez te jode querer odiarme cuando no lo haces en verdad. Me cuesta pensar que haya madres que odien a sus hijos así.

—No soy una buena persona, Bianca.

—Pero eres mi mamá… Y yo solo te quería conmigo.

—¿Aunque sea una Ricardi? ¿Aunque odie tanto tu apellido al punto de matar?

Nos enseñaron a odiarnos, nos inculcaron hambre de sangre, una familia contra otra familia, pero…

—Sí.

Me atrevo a levantar mi mano hasta su rostro para secar sus lágrimas y me lo permite. Su piel es tan suave y su rostro tan bonito como una princesa celestial.

—No puedo quererte —llora—. Pero no te deseo el mal.

Solloza, limpiando un mechón de mi cabello. Lleva mi rostro a sus manos, respira con pánico hasta que su mano cae por instinto. Da dos pasos hacia atrás, sus labios tiemblan con pavor.

—Eres como ellos… —se quiebra—. Eres como ellos...

Adrian

Es tarde. Erick ha desaparecido. El paquete que envió nunca llegó; no hay dinero extra, tampoco armas, dejé a Bianca sola para que no se le ocurriera seguirme hasta aquí y ahora no me contesta el teléfono.

Las cosas están saliendo mal y muy rápido. Acaban de notificarme que mis cuentas bancarias en Suiza están bloqueadas, tampoco tengo acceso a las que Erick cubrió por seguridad y para colmo mis negocios en Bulgaria se paralizaron por alguna razón que desconozco. Al parecer, hoy todos se perdieron. Nadie se ha reportado; ni los empleados, ni Guido, ni mis jodidos contactos en Italia. Algo va a suceder y necesito protegerme lo más pronto que pueda.

Al llegar a la sala de ensayos no veo a Bianca. Lo que me faltaba.

Su móvil sigue apagado. Camino rápidamente estudiando las calles, los edificios, las plazas, y noto una cámara de seguridad que intento *hackear* desde mi dispositivo, pero por alguna razón no lo logro.

Camino un poco tratando de seguir sus pasos y en eso escucho un ruido. Tomo mi arma y camino lentamente por un callejón. El lugar es sombrío, sucio, huele a marihuana, no me gusta para nada. El instinto no me falla. Doy unos pasos más hasta que escucho un llanto.

—Eres como ellos, eres como ellos…

Es Ángela Ricardi. Llora como nunca he visto llorar a nadie en la vida. Bianca yace en el suelo. «La golpeó», pienso. Entonces intento alejar a la loca de ahí y me araña, por lo que tengo que tomarla de las manos.

—¡Basta!

—¡No! ¡No!

Quiere golpearme, pero la inmovilizo.

—¡Suéltame! ¡Ella es como ellos! ¡Es una Simone! —grita la madre de Bianca.

De tanto que chilla se exacerba hasta que cae en mis brazos descompensada.

—Mamá… —Bianca trata de acercarse.

—Aléjate —digo.

—¿Qué tiene?

Palmeo su rostro, mido su pulso y entiendo que es un *shock* nervioso.

La cargo sabiendo que Bianca no será capaz de dejarla a su suerte. El tiempo pasa mientras la llevamos a una clínica donde le dan primeros auxilios.

Han pasado dos horas desde que estamos aquí, cuido cada ingreso al lugar, sintiendo que este caos empieza a pesarme.

«Tenemos que salir de aquí, irnos a donde sea», es en lo único que pienso. Si no hay noticias en cinco minutos no me importará nada. No soy un tipo que aguante el drama, peor con esta loca entre nosotros. No tenía que pasar de esta maldita forma.

—Familiares de la señora Ángela —dice el médico.

—Yo... soy su hija.

La voz de Bianca me hace querer matar a esa zorra con más ganas.

—¿Qué tiene? —digo y voy al grano.

—Síncope, pierde la conciencia con facilidad, sobre todo en situaciones de estrés máximo. La señora no está bien de salud, tiene un problema en la columna que la imposibilita de caminar a la perfección. Su sistema nervioso también presenta complicaciones y encima es diabética. Necesita ayuda profesional de inmediato por el bien de su vida, pero...

—¿Qué?

—No sé cómo sucedió, la señora escapó. Desconectó el suero que le pusimos. Abriré un acta para que la policía ayude a encontrarla, es claro que tiene un problema mental.

Mierda y más mierda.

Bianca palidece mientras espero que el inepto del médico se largue para huir. La policía no puede entrometerse cuando ya nos tiene en la mira. Tomo la mano de Bianca para largarnos.

Estoy cansado de tanta mierda, aturdido por la desconexión de Erick, irritado por la situación con esa loca y preocupado por nuestra vida. Bianca no se atreve a refutarme después de lo sucedido, solo obedece lo que le pido y después no hablamos más hasta llegar al departamento.

Pienso que he fracasado, que un solo error sigue pesando sobre mí. Todo está pasando muy rápido, dieron con nosotros como si alguien nos espiara.

—Adrian... —dice Bianca—. ¿Qué tienes?

—Nada —respondo rápido.

—Tenemos un trato, ¿lo recuerdas? Compartiremos nuestros problemas.

Me irrito.

—Todo está mal. Erick desapareció, congelaron mis cuentas bancarias, nadie me contesta el jodido teléfono y nos quedan las últimas reservas de balas porque nunca llegaron las provisiones. No estoy alejándote de la mierda a la que estabas sometida, ellos han dado con nosotros muy fácil, tal vez…

Me besa de improviso y algo en mí se acelera. Sus labios son un maldito efervescente que me da vida. Nunca sentí tan necesario un beso, unas manos tocándome, su aliento junto al mío.

—Todo estará bien, vamos a superar esto.

—No. Algo pasa. Erick tenía razón.

—¿Razón en qué?

—Hay alguien que está detrás de todo esto, alguien que probablemente no hayamos tenido en

la mira. Necesitamos irnos ahora, no podemos seguir perdiendo el tiempo.

—Dijiste que no podíamos cruzar Polonia hasta que tu gente te dé el visto bueno.

—También han desaparecido, no podemos seguir arriesgándonos, Bianca.

Asiente. Sus ojos azules se vuelven oscuros, profundos, intensos y es como si viera un lado distinto de ella.

—¿Tienes miedo? —vuelvo a preguntar.

—Nosotros no estamos destinados a amar, ni a huir de nuestro destino —repite la frase que ha escuchado toda su vida—. Vivimos de la mafia y en la mafia…

—No —pongo un dedo en sus labios—. Esta vez no pasará.

—No quiero volver a Villa Regina. No sobreviviría si ellos me vuelven a encontrar.

—No lo harás, te lo juro. ¿Temes que tu tío esté detrás de todo esto?

—Podría ser Emilio Ricardi también —baja la mirada—. Da igual, todos buscan lo mismo ahora.

Levanto su mentón y noto una pequeña cicatriz.

—¿Cuánta gente te ha lastimado en tu vida?

—Mucha.

—Jamás dejaré que te dañen. No te tocarán. Ni La Hermandad ni Ricardi ni tu tío. Nadie nunca más volverá a lastimarte.

—Todo lo que amo se desvanece —contiene la rabia—; primero mi nana, luego lo de mi familia y la imagen que tenía de Ángela.

—Se ama a la gente que no nos quiere solo porque deseamos que lo hagan.

—Soy una Ricardi, llevo en las venas la sangre de la familia que tanto odio. ¿Sabes lo que significa esto? Padre movió sus fichas a su conveniencia, pero todo lo que hizo valió nada. Tanto daño, tanto sufrimiento y mi tío terminó quedándose con todo, bueno, solo con el apellido, lo demás es basura. Los Simone terminaron en la miseria.

—No estás sola. Nunca volverás a estar sola, Bianca.

Sus grandes ojos azules me miran con ternura.

—Al menos te tengo a ti, aunque no quieras contarme más de tu vida. No sé quién eres.

—Un asesino. Un hombre vengativo que no tiene límites con nada… ni nadie.

—Para sobrevivir.

—No siempre se elimina a otro por supervivencia, a veces es por diversión o… venganza. Era nuestro pan de cada día matar.

—¿Nuestro? ¿Tú y alguien más?

Me quedo en silencio dando una larga bocanada de aire.

—La organización que me reclutó. Cuando La Gata me secuestró de aquel incendio, me llevó ahí.

—¿Cómo operaban? ¿Secuestrando niños de la calle? ¿Ganaban dinero con extorsión?

—No. La gente con poder vive de los más débiles, Bianca. Éramos esclavos de intereses de la mafia, gente que se formó en el odio y la ambición desde la cuna. Cuando llegué, había algunos huérfanos como yo, otros robados y dementes que entraban por voluntad propia.

—Pero… ¿nadie nunca los buscó? ¿La policía? ¿El gobierno?

—Era imposible. La gente que entraba en la organización firmaba un pacto con el diablo. Los niños más débiles desaparecían, otros eran utilizados una vez y ya. Solo sobrevives si eres más que ellos, aunque… hubo algunos que lograron escapar siendo adolescentes. Un grupo de bastardos que sobresalía por sus capacidades asesinas y que tuvieron más ambición.

—Vaya…

—Vivíamos en la misma celda.

—¿La Gata los utilizaba?

—La organización designaba misiones para deshacerse de las cabezas de mafia. Los niños trabajaban en aquello hasta poder «comprar» una libertad que nunca les daban.

—No entiendo. Si siempre trabajaste para ellos… ¿De dónde sale todo el dinero que tienes?

—Les hice creer que era un pobre imbécil hasta que me convino, siendo aún menor de edad. Hice crecer mi dinero, puse negocios, invertí en inmuebles, compré empresas en quiebra para engrandecerlas, maté a gente importante por diversión, en fin. Los hice dependientes de mí, al final terminé siendo su inversionista y mejor ficha para atacar.

—¿Por qué te quedaste con La Gata entonces?

—Conveniencia. Al inicio era un puberto, quería experimentar con maduras, pero luego me cansó. Ella pensaba que había olvidado mi pasado, pero la verdad es que solo la utilicé para llegar a donde quería. Tenía un compromiso, una venganza que no salía de mi cabeza desde que era un niño... Yo no soy una víctima, Bianca. Soy un estratega, un criminal, un hombre de mafia y estas marcas… son la prueba de mi poder. De cuánto costó conseguir lo que quiero.

—¿Qué es lo que buscas, Adrian?

Puedo sentir cómo se inquieta a la espera de mi respuesta. ¿Debería decírselo? ¿Debería decirle que soy el asesino de su padre? ¿El responsable de la ruina de los Simone y de todo lo malo que le ha pasado en los últimos meses?

Lo pienso y noto que su pecho se agita. No sé si es llanto o descargo emocional, pero me digo a mí mismo que si he aguantado todo esto es… porque algo me pasa con ella.

—Nada.

—¿Nunca me has mentido?

—¿Por qué lo haría?

La miro en el reflejo de la luna. Es como si tuviera una dualidad perfecta en sí misma; el ángel y el diablo a la vez. Un diablo que me provoca, jode y gusta más de lo que mi mente quiere

aceptar.

—Bianca, esto es importante. Te acabo de dar información que nadie puede saber. Si lo que queda de la organización se llega a enterar… te matarían. No solo la mafia sino presidentes, gobiernos, políticos, gente que ha hecho tratos con ellos.

—Lo sé.

Arrastro su cabeza hacia mí. Le doy un beso con desesperación. Sus labios chocan con fuerza, su aliento me enciende, las puntas de nuestras lenguas danzan. Pego sus caderas hacia las mías, siento su mano arrastrarse por mi cintura bajando por el bolsillo de mi pantalón.

—¿Te llevarás esta cosa? —dice, palpando lo que guardo.

—Es nuestra salvaguarda en un futuro y…

—¿Qué?

Me siento un imbécil, pero saco el USB y se lo muestro.

—Aquí hay algo que deberías ver en su momento.

Trata de quitármelo, pero la alejo.

—¿Es información secreta?

—Mucho más que eso —digo y vuelvo a guardarlo.

Nos apresuramos. Tomamos provisiones de alimentos, ponemos ropa en mochilas, y nos blindamos con granadas, las últimas balas que nos quedan y navajas. Voy por los diamantes.

—No están —digo mientras reviso una y otra vez la caja.

—¿Qué? —dice ella.

—¡Los diamantes no están!

Bianca suelta la taza que tenía entre las manos, saca su arma al igual que yo mientras peinamos el área y me doy cuenta de que vulneraron las cámaras de seguridad.

—¡Mierda!

—Tranquilo.

—¡No voy a dejar esto así!

Reviso por si hay huellas, un seguro forzado, lectores de seguridad, pero parece que quien lo hizo fue precavido, ya que no dejó rastros.

—¡Estos hijos de puta me las van a pagar! —exploto.

—La Gata, fue La Gata.

—No. Esa perra debe estar muerta, esta mañana estaban los diamantes. Juro que se van a arrepentir.

—No importa, no importa. Es un peso menos, esas joyas son de sangre. Quien las posee tiene poder, pero está condenado a la avaricia. No las necesito.

—Sí importan —digo y tiro al suelo lo primero que encuentro: platos, vasos, sillas. Estoy furioso. Le reviento el teléfono a Erick porque no se digna a contestar.

—Adrian…

—A mí nadie me ataca sin pagármelas. Voy a encontrar a ese maldito hijo de puta.

—¡Ya basta!

—¡Esto empieza a sofocarme! —le alzo la voz. Golpeo con mis puños sobre el granito de la encimera, y exhalo hondo tratando de calmarme, congelando la ira. Estoy empezando a perder los papeles. A sentir que todo se me va de las manos y mi orgullo no lo supera.

«Enfócate», me digo a mí mismo. Lo que quieren es intimidarme, pero no lo lograrán. Me encargaré del asunto apenas salgamos de Europa.

Abro la última botella de *whisky* que queda mientras observo a Bianca, quien termina de guardar lo más esencial en las mochilas.

Tomamos un tren que nos deja cerca de Polonia. Rento un auto y conduzco por una vieja carretera de madrugada. La noche está tranquila, pero de pronto aparecen dos autos que parecen sospechosos.

Estoy irritado, todavía con un mal sabor de boca.

—Desvíate —dice ella.

—Son dos míseros ancianos.

—Hasta el ser más indefenso puede convertirse en un peligro.

Mi mirada regresa al volante sabiendo que debo calmarme e intento ir más rápido por otro camino. Bianca me indica la ruta del GPS hasta que llegamos a un sendero de trocha y es cierto, es menos transitado, vamos alejándonos a medida que pasan los minutos, sin embargo, me extraña las luces que veo por el espejo.

—Nos siguen.

—¿Qué?

—¡Dispara!

Bianca advierte las luces blancas, toma un arma al igual que yo y cada vez que avanzamos nos damos cuenta de lo inevitable.

Abre la ventana, una balacera se desata y desvío el auto por los pastizales. ¿Cómo lo supieron…? ¡Cómo carajos lo supieron! No hay tiempo para arrepentimientos, es ahora o nunca.

La miro, cuento hasta tres y abrimos las puertas del auto, tirándonos en la maleza.

—¡Corre! ¡Ya!

Nos escondemos tras unos arbustos. Hay un cruce de balas. Bianca me mira fijamente.

—¿Qué? —pregunto.

—Tengo miedo. No me dejes.

—Jamás te dejaría.

—Eres el amor de mi vida, Adrian. Nunca lo dudes, nunca lo olvides.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Quiero volver a besarla, pero mi móvil suena, es Erick.

—Maldita sea, ¡¿dónde carajos te metiste?! ¡Necesito refuerzos! ¡Ahora! —grito al contestar, pero escucho una risa—. ¿Erick?

—Solo llamaba para saludar —dice una voz distorsionada—. Estás arruinado, Petrov.

Mi cuerpo se hiela, la voz de Erick se escucha a lo lejos diciendo: «Una trampa, todo ha sido una trampa».

Y disparan. Silencio.

Erick…

Cuelgo y rompo el móvil. Tienen acceso a toda la información que Erick y yo compartimos. Nos siguieron, supieron que estábamos aquí. Miro a Bianca, luce desconcertada y… maldita sea, noto un rastreador infiltrado.

No, no, no…

—¡¿Qué pasa?! —grita hasta que empiezo a tocarla. La palpo con fuerza mientras me mira como si estuviera loco, entonces lo encuentro.

—Lo tienes. Bianca, maldita sea, tienes un rastreador en tus zapatillas.

—Son las únicas que tengo —dice desesperada—. No sé en qué momento…

Se escuchan disparos, la dejo descalza y…

—¡Corre! ¡Ahora! ¡Vete!

La empujo hacia mi izquierda y saco mi arma para matar al hijo de puta que aparece de pronto. Disparo deshaciéndome del problema y luego corro para darle alcance a Bianca, pero no la veo por la neblina. ¿Dónde demonios está? Las balas se me acaban, mi tensión sube hasta las nubes.

—¡Adrian! ¡Ayúdame, Adrian! —grita.

—¡Bianca! ¿Dónde estás? ¡Bianca!

—¡Adrian! —llora—. ¡Suéltame, maldito! ¡No me toques!

Me desespero. Por primera vez en mi vida no sé qué hacer ni cómo actuar. Miro en círculos, se escuchan pasos, me escondo tras los árboles y camino hacia sus gritos hasta que mi visión se nubla por la noche.

¿Qué demonios me pasa? ¿Qué mierda tengo?

Intento controlar mis latidos, pero me quema el pecho y siento que me ahogo. Drogas. Cierro los ojos con fuerza y los vuelvo a abrir. Lanzo una bocanada de aire mientras sigue gritando, no puedo dormirme.

Mantengo firmes mis pies mientras inhalo con fuerza. Doy cinco pasos y me quedo quieto. Luego disparo una vez más mientras siento que alguien me tapa el rostro con una bolsa de plástico e intenta ahogarme.

Lucho, pero el aire se me va y veo en cámara lenta cómo pasa todo: un golpe, mi cuerpo tambaleando, mis rodillas en el piso, ella arrojada al lodo. Caigo.

Una risa conocida atraviesa el aire e intento recordar, solo recordar. Siento que mueven mi cuerpo y no puedo hacer nada. A ella la suben en un auto. Llora, insulta, puedo escucharla. Quiero levantarme, pero no puedo mover mi cuerpo.

—¡Qué has hecho! —dice una voz reprimida, pero no hay más.

Los sonidos se mezclan, las voces se agudizan, el llanto de Bianca es cercano. No sé si es realidad o pesadilla, pero siento golpes, me están golpeando y no puedo defenderme.

—Señor, ¿qué hacemos? —pregunta un hombre, su voz me resulta familiar.

—Este es un secuestro.

Una risa, la misma risa que escuché al teléfono cuando mataron a Erick. El mismo tono, su misma voz, el mismo...

Kristoff.



60.
LA LEYENDA

Adrian

Huele a barro, orín y azufre.

Siento que me estalla la cabeza cuando recupero el conocimiento. No sé dónde carajos estoy. Tengo una venda en los ojos, las manos y tobillos atados con cadenas, pero mi primer pensamiento es ella.

—Adrian…

—Bianca, ¿eres tú? ¿Qué sucede? ¿Dónde estás? —mascullo. Por más que trato de moverme, la venda no se va.

—Nos secuestraron, por favor, no hagas nada estúpido —dice casi al borde del llanto.

—Desamárrame —ordeno—, es necesario. Voy a matar a todos esos bastardos.

—No sé dónde estás, te escucho lejos.

—Intenta moverte, necesito que vengas conmigo.

—No puedo…

Jadea.

—¿Adrian? ¡Adrian! —grita—. ¡¿Qué hacen?! ¡Suéltenme!

—¡Bianca!

—¡No! ¡Por favor! ¡No me toquen! —se escucha a lo lejos el grito de Bianca.

Mi corazón se acelera.

—¡Hijos de puta! ¡Van a arrepentirse de esto!

No veo nada, solo escucho su llanto. Pensar que la están tocando, lastimando o forzando me descontrola y vuelvo a jalar con todas mis fuerzas la cadena, pero es imposible. Mi mano sangra por el intento.

—Bianca…

Están vengándose de mí con ella, lo sé. Ese «Él», «La máscara», «mano negra» o como quieran llamarlo.

Recuerdo las advertencias de Erick, me lo dijo desde que pisé Italia, que había algo extraño, que todo estaba siendo muy fácil, lo cual indica que me han seguido los pasos desde hace mucho.

Lo mataron, mataron a Erick y no puedo dejar que toquen a Bianca.

—¡Basta! Déjenla o van a arrepentirse.

—Así que el gran Adrian Petrov está implorándonos por su pollita.

Escucho risas.

¿De dónde salieron esos hombres? ¿Estaban aquí todo este tiempo? La venda en los ojos me impide ver nada.

—¿Qué quieren? No tengo los diamantes, si es lo que buscan.

—¿Escucharon eso? Dijo diamantes...

Su voz me parece familiar pero no recuerdo de dónde.

—Pobre idiota ¡Llévense a la pollita!

—Escúchenme bien, imbéciles. Si le hacen algo a Bianca, si se atreven a tocarla…

—¡Aquí tú no mandas, hijo de puta!

Un fuerte golpe cae sobre mi rostro sin que pueda defenderme.

Giro mi cuerpo para protegerme, ruedo por el barro como si fuera un maldito gusano, pero aun así siguen atacándome. Con rapidez me toman de los hombros, me tiran como un paquete de mierda hasta que me estrello contra la pared y finjo perder la conciencia.

Tiempo, lo que necesito es hacer tiempo. Servirá, solo necesito concentrarme.

—¡Lo mataste! —dice uno, irritado.

—No, debe estar inconsciente. Déjalo ahí. «Él» dijo que llegaría pronto. Quiere verlo cara a cara.

«Él…».

Pasan minutos, quizá media hora, y aún sigo tirado. La sangre corre por mi cuero cabelludo. Fingir que estoy inconsciente es una táctica extrema, aun si me desangro, pero sirve. Los gritos de Bianca ya no se escuchan.

Calma, solo calma. Las tácticas de tortura no solo se centran en el cuerpo, sino en la mente, y ahora saben con qué joderme.

Escucho pasos, evalúo mis opciones, trato de agudizar mis sentidos. Hay eco, por lo que debemos estar en un lugar cerrado. Son tres voces masculinas. Hay un ruido, quizá una radio. Me parece que son simples raterillos. Si fueran asesinos, otra sería la actitud ahora.

No tienen opciones conmigo si nos vamos a golpes, pero antes necesito soltarme.

—¿Sigue dormido? —pregunta uno de ellos.

—Parece que lo golpearon fuerte —responde otro.

Intentan sintonizar la radio y, después de muchos intentos, lo logran. Lo que se escucha primero es una música asquerosa, luego las noticias en italiano que anuncian el fin de la «mafia».

—Hemos ganado —dice uno—. La Hermandad ha sido atacada, así como los Ricardi y el mísero de Leonardo Simone.

—Admiro a «Él» y su inteligencia. Lo tenía todo perfectamente calculado. Cada cosa que planeó unió los caminos hasta llegar a este día; lo malo es que estamos aquí sin acción.

—No debemos cuestionar sus decisiones, es una mente formidable.

—Él sabe muy bien lo que hace. Miren..., tiene al mismísimo Adrian Petrov entre sus garras, el asesino más preparado de todos, el invencible Tormenta.

Tormenta..., dijeron Tormenta. Saben quién soy. Él sabe quién soy, siempre lo supo.

—Dijo que caería un día, ¿lo ven? Decían que nadie podía con Petrov, pero cayó en la trampa. Kristoff dijo que «Él» se mostraría hoy, que el jefe vendría para matar a este idiota.

—Es una mente poderosa. Hace unos meses, cuando este malnacido mató a mi familia en una batida, jamás imaginé que iba a llegar a este estado.

—Salud por eso. *Salute* por la muerte de todo aquel que nos quiso destruir un día.

Ríen, siguen riendo, mi furia aumenta, pero debo ser precavido. Lo que escucho me da indicios de que Kristoff trabaja para alguien que conozco. Kristoff era parte de todo, pero no actuó solo. Me niego a creer que su reducida mente de mierda dé para tanto. Hay alguien más que pesa.

Contengo el aliento mientras muevo sutilmente mi mano, palpo con mis dedos el suelo. No habrá tiempo para estirarme y tomar la navaja que tengo camuflada en el anillo; ahora sería muy notorio, por lo que busco cualquier piedra que me ayude a romper el seguro de las cadenas.

Mi entrenamiento me ha permitido sobrevivir en las peores condiciones. Hay clavos sueltos entre el barro; mi frente suda, la boca se me seca, ellos siguen riendo mientras yo actúo. Logro mover el seguro. Mierda, sí. Está cediendo.

Ahora están hablando de mujeres; su atención está en ello, así que aprovecho. Continúo fingiendo que estoy inconsciente. Voy a pasos seguros. Con cada respiración que doy, muevo un dedo. Con cada exhalación, suelto poco a poco mis manos. ¡Y listo! ¡El seguro se afloja!

—¿No despierta?

Se acerca uno. No veo la hora de partirles la cara.

—Duerme como un bebé.

—El jefe llegará pronto, ya saben que «Él» es perfeccionista. Ordenó que no lo tocaran hasta que se hiciera presente.

—Entendido —dice otro—. ¿Por qué asumen que este tipo es peligroso? Duerme como un crío. Es un maldito perdedor.

Vuelven a burlarse y solo me consuelo imaginando cómo trituraré sus bolas.

—Es más inteligente de lo que piensas —agrega—. Me tocó luchar con él una vez en Bulgaria; el imbécil me dejó sin un ojo. Podría asegurar que, si no duerme, está fingiendo.

Contengo la respiración cuando siento sus pasos acercarse a mí.

—Duerme. Oh, no. Espera..., ven a ver esto.

Dos, tres pasos más, todos se acercan y… golpeo a uno de ellos en la cara.

Todo sucede muy rápido. Me quito la maldita venda para luego esquivarlos, golpeo sus cabezas entre sí y dos caen inconscientes. Cuando el último intenta pedir ayuda, de un tirón aprieto su cuello con mis piernas... hasta que muere sin hacer ruido.

Aprovecho para desatarme las otras cadenas de los pies, tomo su arma y ¡mierda! ¡Solo hay una pistola que sirve! Así de improvisados eran.

Peino el área y noto que efectivamente Bianca no está. Escapo por el pasillo mientras una alarma se activa. No, no me iré sin ella. Me escondo entre los muros mientras veo correr a hombres de negro, entonces me doy cuenta de que estoy en una mansión secreta. No es Villa Regina, tampoco el palacio de los Ricardi, pero sí una imponente casona de piedra que solo alguien con dinero podría mantener, lo cual me indica que esto no ha sido improvisado.

—¡Petrov escapó! —grita Kristoff.

Lo sabía. Juro que esta vez no lo dejaré vivo. Toda la rabia contra él durante estos meses, los celos, la impotencia cuando lo vi con ella hacen que salive al fantasear con su muerte.

Pero apenas doy un paso me detengo. Puede ser otra maldita trampa.

—Donde quiera que estés, Petrov, no saldrás vivo. Morirás como tu amiguito Erick.

¡Hijo de puta! ¡Mil veces hijo de puta!

¿Cómo diablos llegó Kristoff a Erick? ¿Cómo logró dar con su ubicación? ¿Cómo se enteró de nuestros planes si es un miserable idiota?

La Gata, no encuentro otra explicación. Pero… ella tenía más que perder, Erick era parte de la ORSE. Por más que quiera resolver este rompecabezas, no lo logro. No hay tiempo para pensar en posibilidades, solo acciones.

—Ah, bastardo.... Vamos, sal de tu escondite y pelea conmigo. Si no lo haces, lo lamentarás.

Quiero matarlo.

—Bianca está esperándome desnuda en la recámara. ¿Qué crees? Vamos a follar. No la hubiese dejado solita si no hacías este maldito escándalo. Se puso un *babydoll* espectacular, pude ver que tiene pequeñas marcas en sus pechos, las mismas que desaparecerán cuando la llene de las mías. Voy a gozarla —dice y se toca la verga—. Gozarla como nunca.

Uno de sus guardaespaldas me enfoca y disparo a quemarropa, con ira, harto de su hocico de mierda. Lo veo y sonríe triunfante. Chasquea los dedos para que sus guardaespaldas no se muevan mientras me acerco a él para matarlo.

—Por fin, cara a cara, hijo de puta.

—Así que ahí estabas..., meándote en los pantalones —dice y se pavonea—. Me daré el placer de pelear contigo ahora; si ganas, te dejaré ir, pero si pierdes, me quedaré con Bianca. No sabes cómo me la ha chupado rico.

—¡Perro de mierda!

Lo empujo, pero uno de sus hombres se mete a darme pelea. La riña se vuelve brutal cuando le rompo la cara a puñetazos. Se suman otros tres más a los que destrozo, y cinco más a quienes acribillo. El enano albino se queda pálido al saberse solo.

La sangre chorrea por todas partes. Con mi lengua, lamo el exceso que brota de mi boca. Lo miro con ira, aprieto los puños al verlo asustado y, como el cobarde que es, retrocede y pide que otros lo cubran; pero, tarde, mi mano ya está en su cuello.

—¿Se te cayeron los huevos? ¿O es que ahora orinas sentado?

No reacciona cuando lo arrojo al suelo.

—No vuelvas a meterte con mi mujer —advierto—. Te voy a lavar el hocico a golpes si tu mísera boca se atreve a insultarla de nuevo.

—Bianca es mía. Ha sido mía mientras se acostaba contigo... —responde para provocarme.

—¡Vas a pagarlo, infeliz!

Mi puño golpea su rostro y ríe con la nariz sangrando. Entonces retrocede y lo sigo.

—Me das pena, Petrov, pero tú te lo buscaste. Te metiste con alguien que no debías y estuviste justo en el momento menos indicado. Le diste muchos problemas a «Él», la máscara suprema de todo esto, ¿sabes? Con tu organización de mierda, mataste a nuestros aliados. ¿O acaso no lo recuerdas?

Voy a matarlo, pero siento un pinchazo que ejerce presión tras de mí y me marea.

—Acéptalo, te gané —dice riendo, y no puedo sostenerme.

Tambaleo sin control de mi cuerpo. Veo luces, su rostro riendo, pateándome. Drogas. Son drogas aún más letales que me atontan, sin que pueda hacer nada para evitarlo.

La sangre me hierve por todo el cuerpo y luego se congela. Tengo lapsos en los que veo cómo me arrastran de los brazos. Había otros hombres escondidos tras los muros, esperando para matarme, y me agarraron de improviso, inmovilizándome.

Jadeo, y el sonido se siente hasta en mis tímpanos. No puedo respirar... No puedo respirar. Los párpados me pesan. No soy consciente del tiempo ni del espacio, solo siento cómo mis rodillas sangran al arrastrarse.

Abro los ojos, todo es opaco. ¿Dónde estoy? ¿Qué me hacen? Me estalla la cabeza. Huele a mierda, a sudor, a orina de nuevo.

—Despiértenlo.

Me echan agua helada, y es como si mis sentidos regresaran de nuevo. Siento que me ahogo, la respiración se me acorta, toso con fuerza.

Estoy encerrado en un lugar oscuro con una luz cenital en el medio. Mi cabeza estalla, pero mantengo la calma. Miro a un punto fijo para controlar mis sentidos hasta que alguien se acerca.

Puedo notar que tiene una marca en el rostro. Esa marca. Se retuerce de risa mientras mis sentidos empiezan a recobrarse y mi razón comienza a retornar. Para mi sorpresa, no estoy atado

por completo. Tengo las manos amarradas, pero los pies libres.

—Dime dónde está Bianca —digo, casi sin fuerza—. Si se atreven a tocarle un pelo...

Amenazo, pero su risa me perturba.

—Te aseguro que alguien ya se comió a ese mujerón y dice que fue deliciosa.

—¡Voy a matarte, hijo de puta! —me lanzo contra él, entonces recibo una descarga eléctrica que me arroja al suelo.

Maldición, tengo una banda atada a mis muñecas, una banda muy sensible, la que se usa en las peores cárceles del mundo. Levanto el rostro aturdido, con el cuerpo todavía temblando en medio de este apestoso lugar.

—Juro por mi vida que me vengaré de quien está detrás de todo esto. «Él» lo pagará —los amenazo.

—«Él» es una mente poderosa, inteligente, divina. Nadie ha podido tocarlo en su vida.

—Veo que todo está listo —dice Kristoff que aparece de pronto—. ¿Qué pasa, viejo? ¿Todavía no te la ha mamado?

El infeliz codea al otro bastardo que me hablaba y entre ambos se ríen.

—Estaba esperándolo, señor.

Le hace una venia y le da el control de la electricidad. Kristoff se acerca y queda a mi altura.

—¿Impactado? Yo creo que aún no has visto nada. Pido una disculpa por la demora en tu muerte, pero… «Él» quiso que fuera así. Estás donde debes estar ahora, Petrov. Justo en la línea correcta de la pieza que moviste desde el inicio.

—¡Maldito!

Vuelve a aplicarme una descarga eléctrica que me retuerce. Y lo peor es que estoy en desventaja: no puedo moverme, tengo efectos de la droga.

—¿Quieres decirlo de nuevo? Eres un pobre imbécil. ¿Te digo un secreto? Acabo de hacer el amor con Bianca mientras te retorcías de dolor.

—Pobre enfermo. Ni en tus mejores sueños tendrías a Bianca. Ella es mucha mujer para una rata asquerosa como tú.

—Uh... —sonríe—. Puedo ver cómo tus ojos arden de celos. ¿Te enamoraste?

Arrugo la nariz y de un cabezazo lo golpeo.

—Hasta amarrado puedo contigo.

La nariz le vuelve a chorrear sangre. Se venga con otra descarga más fuerte y tiemblo.

—Te cuidaste de todos tus contrincantes excepto de uno. Realmente caíste redondito en este juego de ajedrez donde el rey no tiene el poder absoluto sino otra de sus fichas. ¿Imaginas de quién hablo?

No respondo. Su risa me produce náuseas, mi piel suda por el calor, mi corazón late más de lo normal. Kristoff vuelve a acercarse mientras sigo rebotando involuntariamente.

—Déjame contarte un cuento. Hace mucho, un pobre imbécil decidió cometer el error más grande de su vida. Aquel tipo tenía fama de ser el mejor exterminador de cabezas de mafia del mundo. Todos le temían, nadie conocía su rostro ni podía contra su fuerza. Operaba en una organización secreta, tenía bienes, negocios, dinero, pero… decidió meterse en tierras equivocadas y la mente más grande de todas decidió jugar sus propias fichas para acabarlo. Estás aquí como parte de un plan perfecto que por fin hoy se descubre.

—No dañes a Bianca —digo—. No te atrevas a…

—Oh…, pobrecito.

Vuelve a herirme, pero esta vez con un arma. Mi cuerpo cae al barro boca abajo mientras empiezo a temblar producto de todas las descargas eléctricas. Puedo intuir lo que quieren hacer y es una tortura; es más que seguro que no duraré vivo mucho tiempo.

Cuando mis rodillas intentan alinearse, me resbalo y mi boca vuelve a tocar la porquería. Respiro hondo mientras escucho pasos. Estoy mareado, golpeado, con el corazón a punto de explotar hasta que mi boca se seca.

—Sí que eres duro, «Rambo» —se burla Kristoff—. Pero para que veas que somos amigos, te concederé un deseo antes de tu muerte.

Gruño despacio arrimándome a la pared para levantarme con ayuda de mi peso. Mi última ficha es la navaja de mi anillo. La abro sin que se den cuenta y, cuando giro, la silueta de una mujer me detiene.

—¡Adrian! —dice Bianca.

La tienen del brazo, uno de ellos la suelta y ella corre hacia mí.

—Bianca… —digo desesperado—. ¿Qué te hicieron?

—Estoy bien, estoy bien…

Toma mi rostro entre sus manos llorando.

—Dame la navaja —dice, su voz apenas es audible, pero me deja frío.

—¿Qué?

—Voy a negociar con Kristoff. Déjamelo a mí, si te la ve…

—Es lo único que tengo para defenderme.

—No puedes, no debes... Dámela.

Insiste. Las lágrimas bañan su rostro. Está desesperada y no tengo más ojos sino para ella.

—¿Confías en mí? —pregunta.

—Sí…

Sonríe y me quita el anillo del dedo para luego besarme.

—El USB… Si ellos llegan a… —digo apresurado, comiéndome mis palabras, intentando poner mis labios...

—Estás loco por mí, Adrian —susurra con la voz rota—. Dímelo una vez más, mi amor. Por

favor… necesito escucharlo.

—Me vuelves loco, Bianca. Me ahogas, me desenfrenas.

Sonríe.

—Dante Rostov —murmura suave—, ese es tu verdadero nombre. Dante Adrian Rostov, el desaparecido niño al que nunca halló la mafia, el único heredero del imperio ruso que vino a cobrar venganza por sus padres. Un asesino totalmente invencible con quien nadie quería toparse, quien planeó llegar a Italia con una nueva identidad para matar a la heredera de sus enemigos.

Achino los ojos, confundido, mientras siento que un rayo eléctrico vuelve a congelar mi cuerpo. Me arrodillo sin voluntad, quedándome rígido ante ella mientras sus ojos no dejan de mirarme.

—Mataste a mi padre —dice y sus lágrimas caen.

La miro pasmado. Se congela cuando ve mi reacción. La idea de que me odie me perturba. Quiero hablar, pero…

—Shhh… —agrega. Se agacha y junta su nariz con la mía—. Tienes ese olor tan exquisito, tan característico de aquel día. Una chiquilla vendada, «asustada» por las balas y los gritos. Tus pasos fueron los mismos, tu respirar diferente, tus manos tan gruesas y maravillosas. Y tú estabas ahí entre los arbustos. Tan grande, imponente, mientras disfrutabas el miedo de los míos. Pero odiaba tanto a mi padre que al final te lo agradezco. Si no hubieras sido tú, yo tendría que haberlo matado de alguna manera. Gracias, Tormenta.

Tormenta… Lo sabe.

Me mira con cautela. Mis pupilas se agrandan, sus ojos azules se vuelven oscuros, entonces ríe, poderosa, limpiándose las lágrimas. Su rostro muda de expresión, se endurece.

—Bianca...

—¿Te digo un secreto? —murmulla—. Ha sido un placer acostarme contigo, pero ya tengo lo que siempre quise de ti, Petrov: información sobre tu organización, la cual cayó al quedarse sin líderes, sobre la maldita Gata ahora destruida, sobre el diamante y sobre el pobre Erick muerto gracias a los datos que me diste… Tu alma y tu mente me pertenecen. Ser Bianca Simone es un privilegio —vuelve a sonreír—, pero ser una mente maestra detrás de esta farsa es una estrategia. Ser «Él» es todo un beneficio.

Saca del bolsillo su arma. No respiro, mis piernas tiemblan.

No, no es cierto…

—El cazador cazado. Querías matarme y debo aceptar que fuiste todo un reto para nosotros. Siempre supe que ibas a llegar a mi vida, nadie podía luchar en fuerza contra el gran Tormenta porque era invencible, así que usé la mejor de mis armas: mi inteligencia. Mostrarme frágil ante ti hasta romper tus propios límites era una misión que no podía desaprovechar. Consumí todo de

ti, Adrian, hasta dejarte vacío. Por la sangre —lame una gota de sangre de su dedo—. Y por mí, Bianca Simone, la leyenda.

—Bianca…

Pierdo mi voz mientras un nudo se me forma en la garganta. Grito cuando vuelven a aplicarme electricidad mientras sus pasos se van desvaneciendo.

—Mi señorita, ¿qué hacemos con él? —se acerca uno de los hombres.

—Mátenlo.



61.
EL ÁNGEL Y EL DIABLO

Bianca

Si la vida fuera justa, el tramposo no gobernaría el mundo.

Da igual, el mundo está lleno de máscaras. Desde niña aprendí a herir, manipular y ganar mis contiendas al precio que fuera. Quien no da el primer golpe termina quemado, quien no tiene una estrategia termina muerto. Las mejores partidas no las gana el más fuerte, sino quien actúa con inteligencia.

Miro la copa de vino que sostengo en mis manos mientras relamo mis labios. Los hombres celebran con vodka y ron a las afueras de una vieja casona, ¿Debería estar feliz? Sí, es una victoria más en mi camino, pero no dejo de sentirme extraña. Digiero la cruda verdad que ha teñido mis días desde que mi padre dejó la carga sobre mis hombros.

«Ganar con la frente en alto y el cuchillo empuñado en el corazón del enemigo que muere admirándote».

Intento no recordar, pero es inútil cuando ha sido el esquema de toda mi vida, una marca que se ha impregnado en mi alma y que no se irá porque es lo que soy; luz y sombra, el ángel y el diablo, una dualidad perfecta que criaron para destruir: Bianca Simone.

—¡Honor y gloria al imperio del águila! —gritan los muchachos, celebrando, pero no emito más emoción que observar el retrato de mi padre que todos veneran colgado en la pared.

Los recuerdos regresan a mí como destellos cargados de adrenalina.

—¿Para qué me llamaste, padre?

—Tenemos problemas muy serios. Tormenta se acerca.

Mi cara palideció al saber de quién hablaba. Negué con la cabeza, dando un paso hacia él.

—Teníamos convenios de protección. Necesitamos hacer algo para impedir su llegada a nuestras tierras.

—No sabemos si ya ha llegado a Italia.

Mi padre estaba de espaldas frente a la ventana y su rabia era tan grande, que la mano la tenía ensangrentada por las agujas que solía tener cerca para sus experimentos.

—Padre…

—Cállate y escucha: Esta es tu gran oportunidad para demostrar de qué estás hecha.

—Lo mataré.

—Él volaría tu cabeza en un segundo y lo sabemos. No ganaremos esta batalla con armas.

—¿Entonces cómo?

En eso me vi en un espejo de cuerpo entero. Entonces supe cuáles eran sus planes.

Sabíamos a lo que nos enfrentábamos, pero era la única opción de ganar el juego, ya que sobrevivir contra él era casi imposible. Tal vez el riesgo más importante radicaba en quién era él en el mundo.

Un Rostov de vuelta. El heredero desaparecido del imperio ruso, a quien mi padre junto con Ricardi había creído destronar en su momento.

Penetrar en su corazón era la cosa más descabellada que me había propuesto mi padre, a quien creía invencible, hasta que Adrian lo mató en aquella balacera, a él, un ser todopoderoso en el mundo. Ese día entendí que estaba jugando en ligas mayores; porque si no lo mataba yo, él lo haría conmigo primero y necesitaba defenderme.

Cierro los ojos, mis párpados parecen arder cuando las imágenes regresan. Veo a la gente llorando, más de dos mil hombres de luto dando la última despedida a Donato Simone.

El corazón se me heló mientras el cajón se hundía en la tierra, no porque lo haya querido, sino porque me quedaba sola con terribles problemas. Mi tío se había autoproclamado líder del clan hasta que yo demostrara «poder» para ejercer la sucesión, o al menos es lo que les hizo creer a todos, sin embargo, todos sabíamos que pensaba exiliarme para poder desfalcar el imperio a su antojo.

Y yo tenía que hacer algo, iba a hacerlo.

No podía evitar el siguiente paso de Adrian, pero sí tenía días para terminar el plan de mi padre con lo que tenía a mi alcance: hacerle creer que era vulnerable para que no me viera como una amenaza.

—Señorita Simone, no debería asistir a su fiesta —dijo Julian—. Podemos poner a una doble para que se presente del brazo de su tío.

—¿Del brazo de mi tío? —reí—. No habrá fiesta tradicional, sino desbande esta noche. Y esta es mi batalla, no de otra.

—¿Espera a alguien especial?

—Completamente —dije, terminando de pintar mis labios rojos—. Hoy inicia la guerra.

Y me puse un antifaz en la cara.

Era el inicio de todo. Aquel día de mi cumpleaños dejé un desliz para que los Ricardi atacaran, cometí errores a propósito para mostrarme vulnerable. Lo viví como una nueva historia en medio de mi propio engaño y nadie sabía nada; ni mi tío, ni mi nana, ni los empleados. Sabía que si quería ganar esto tendría que trabajar sola.

Hice que Tormenta se metiera en problemas con mi tío, alertando a los soldados para que nos encontraran con las manos en la masa. Pensé que mi tío se desharía de él en primera instancia, pues nadie que entrara a Villa Regina a atacarme con un arma salía vivo. Sin embargo, fue diferente. El anciano estaba corto de equipo inteligente, por lo que sabía que al ver las capacidades de Tormenta lo retendría de cualquier manera.

Y funcionó, aunque el costo fue grande.

Tenerlo como superior no era lo que imaginaba, pero ya estaba en el juego. Llegar a él fue agotador por las discusiones, difícil porque nunca hablaba de sí mismo y excitante porque empezaba a atraerme más de lo que debía.

Pronto mi propio juego empezó a gustarme y eso me preocupaba. Cuando me quedaba a solas siempre era lo mismo: verme frente al espejo que mostraba mi verdadera cara, juzgándome. Era una lucha constante. Necesitaba deshacerme de él rápido, fui complicando las cosas sabiendo que aquello podía jugarme en contra, pero era el riesgo o nada.

En el camino les di claves a mis enemigos para encontrarme; moví fichas, perdí otras, y también gané decepciones: enterarme de los secretos de mi nana, de la verdadera identidad de La Gata, de que mi madre era una Ricardi. Aquellas verdades no las sabía; sin embargo, aunque tambaleaba, más grande era mi instinto de supervivencia e iba a vencerlo.

Cuanto más se complicaban las cosas, más necesitaba un cómplice ya que Ricardi también era un problema, así que decidí trabajar con Kristoff.

—¡Venga otra ronda! —dice a lo lejos, sin despegarme los ojos de encima.

Un tono de ironía se dibuja en sus labios, la misma cara que puso cuando le propuse trabajar conmigo en toda esta farsa.

Necesitaba un mediocre que no pensara más que en dinero y que moviera mis fichas fuera. Era un adicto perfecto en la partida; andaba en malos pasos y el dinero se le agotaba muy rápido, así que cuando lo vi solo, vulnerable y tan idiotizado por mí, decidí aprovechar el momento. Dejar huellas falsas que lo incluyeran. Pero, sobre todo, que se infiltrara entre los Ricardi como una supuesta traición hacia mí sin que supieran que en realidad yo estaba detrás de todo, con la condición de una suma exorbitante de dinero…, además de otras peticiones.

—¿En qué piensas? —dice.

Parece que lo he llamado con la mirada. Sus palabras me producen asco.

—Eso no te importa.

—No me digas que estás arrepentida de matar a tu proveedor de leche.

Ríe celoso, pero francamente no me interesa.

—Discutir contigo es como hablarle a la pared y no pienso perder mi tiempo.

—¿Qué hay de mi parte? Estuvimos juntos en esta farsa desde el inicio.

—Ya tienes tu dinero.

—No hablaba solo del dinero y lo sabes.

Sus ojos proyectan un deseo sexual claro, que aborrezco.

—Puedes seguir utilizando tu mano. A mí no me gustan los errores. Para esta hora, Ricardi y mi tío deben saber de mis planes.

—Te diste una eterna luna de miel con Petrov cuando debiste haber terminado esto desde hace mucho. Era obvio que tu tío iba a sospechar de ti e indagar por su parte.

—¿Esto es un reclamo? ¿Quién demonios te crees? No tengo por qué darte explicaciones.

—Estamos juntos en esto. Se supone que no sientes nada por él.

Pobre imbécil.

—Pensé que te había quedado claro que esto es un trato, no una relación. Además, ¿con qué cara vienes a exigirme si el trabajo no está completo? Tu incompetencia me obligó a retenerlo en Praga mientras te dedicabas a ejecutar planes que ni siquiera tenías preparados.

Me suelto y se da segundos para respirar por la ira.

—En unas horas, Emilio Ricardi estará destruido, ya te lo dije. Tengo en mis almacenes la última carga de su droga, la última salida que le quedaba para recuperar algo de dinero.

—Hasta no verlo por mí misma no te creo nada. Pero, si dices que es verdad, pruébame tu fidelidad infectando su carga para luego devolvérsela.

—¿Qué? ¿Sabes cuánto me costó conseguirla?

—Si usaras tu cerebro lo entenderías. De nada me sirve quedarme con la droga de mi enemigo si no lo arruino delante de sus propios compradores. Les devolveremos su droga de manera inteligente: infectada, inservible y con explosivos incluidos. Y cuando no tenga a nadie que lo respalde, yo me daré el gusto de matarlo.

—Eres una reina maldita, por eso me encantas. Te aseguro que está arruinado, tendrás lo que quieres mañana mismo.

Intenta besarme, pero lo evito.

—Eso espero. O serás tú el próximo en morir bajo mi arma.

Sus ojos chispean, pero los míos se imponen ante ellos. Camino hasta el centro del patio, donde están reunidos mis hombres de confianza. Méndez y su familia huyeron luego de la batida donde murió Cyra; si no lo hacían, mi tío iba a matarlos, por lo que asienten cuando me miran junto a los otros que también fueron exiliados.

—Mi señorita… —inclinan la cabeza. Levanto la mano para que dejen de hacerme venias.

—No hemos tenido tiempo de hablar desde lo que pasó ayer —digo—. Han hecho un buen trabajo. Quiero que sepan que no los voy a dejar desamparados, si están conmigo tendrán oro, pero si me traicionan no tendré contemplación alguna.

Todos asienten.

—En pocas horas destruiremos al último enemigo que nos queda y seremos libres —continúo.

—¡Libres! —gritan.

«A mi beneficio», pienso.

—Pónganse a trabajar ahora.

Cuando estoy de vuelta en el pasillo hacia mi habitación, mi sonrisa se apaga, como si desconectara ese interruptor que mantiene mi careta más dura frente a los otros.

Mis tacones resuenan en el suelo recién lustrado. No fue la vida que escogí, pero sí la que me tocó vivir y ahora he aprendido a aceptarlo. Cada paso que doy tiene que ser firme, cada persona con la que me relaciono tiene que darme un beneficio, todo lo que hago debe ser orientado hacia mí siempre y no es egoísmo, sino supervivencia; sin embargo, no me siento feliz cuando debería estarlo.

—¡Señorita Simone! —la voz de Méndez retumba en el pasillo. Al llegar me hace una venia —. Quería comentarle que todo está en orden. Deseo también escoltarla hasta su recámara, ya sabe que este lugar no es tan seguro. Si es posible, me quedaré en su puerta cuidándola.

—No es necesario, sé defenderme. La farsa terminó, Méndez, y sé que para ti todo esto es nuevo, pero no soy una mujer que necesite de un hombre para sentirse segura.

—Por supuesto.

—¿Hiciste lo que te pedí? —pregunto. Mi voz suena fría, mantengo mis ojos arriba, la mandíbula tensa.

—La orden de muerte ya está dada, será… rápido.

Me mira como si me tuviera compasión.

—¿Tienes algo que decir? —lo encaro, pero niega con la cabeza y me baja la vista.

—Soy respetuoso de sus decisiones.

—Quiero que sufra no solo con electricidad, sino también con un arma. Véndalo, que no sepa quién lo lastima y luego haz lo que tengas que hacer.

—Si este es su deseo real… así será, señorita Simone.

«Si este es su deseo real». Sus palabras resuenan en mi interior e intento mantenerme fuerte. Asiente sin creerme, me lo dicen sus ojos, e intento ahogar mis emociones, pero pronto me doy cuenta de que será inútil porque no quiero quedarme sola esta noche.

—Necesito algo más —vuelvo a decir y gira de inmediato—. Llévame a una discoteca.

Me mira perplejo.

—¿Una discoteca?

—¿Qué? Le ganamos la partida a alguien que era indestructible. La Hermandad está destruida, mi tío destruido y en unas horas más lo estarán los Ricardi. Italia ahora es solo mía, así que tenemos que celebrar. Te necesito a mi lado.

Sus ojos parpadean.

—Por supuesto.

Me abre paso y me sigue sin decir ni una sola palabra. Méndez siempre ha sido respetuoso de mis decisiones, por lo que decidí integrarlo a mi equipo. Tanto él como Elena y Mateo están a salvo ahora y dependen de mí en todos los sentidos.

Entro al auto negro blindado que compré hace unos meses y pido que suban la música a todo volumen. Le he agarrado odio al olor a *whisky*, no sé por qué, aumenta el asco que he empezado a sentir desde esta mañana, pero aun así lo bebo.

Pruebo un poco de la botella mientras tarareo las canciones para luego cantarlas a viva voz mientras abro la ventana. No, no estoy loca. Estoy feliz, ¿no? O eso debería sentir ahora. Quiero sentirlo.

—¡Más rápido! —grito y Méndez acelera.

La adrenalina que nace dentro de mí me hace gritar mientras nadie escucha mi interior, mientras mi alma se va quebrando y aun así sonrío.

Llegamos a la discoteca rápidamente. Mis manos están manchadas de barro, mi atuendo no es el correcto, pero aun así bailo en la negra oscuridad psicodélica y, si no fuera por los idiotas que pretenden rondarme y que Méndez aparta, sería una noche perfecta.

Relamo mis labios moviendo la cabeza, mi cintura, elevando un grito, saltando.

Estoy bien, estoy bien, por supuesto que estoy bien, ¿por qué no estaría bien? Pero un nudo retuerce mi estómago. Sigo sonriendo.

La abrumadora adrenalina y el alcohol me mantienen en un estado extraño, pero me obligo a mí misma a seguir. Esto es lo que soy: una Simone y no puedo escapar de mí misma. Yo hiero, yo daño, yo gano mis partidas.

Méndez me mira con una extraña tristeza cuando nuestros ojos se cruzan. El tiempo pasa y la gente aplaude al verme bailar, que es lo que más amo. Admiran mi felicidad, mi autocontrol hasta que regresamos a la mansión y lo primero que veo son cuerpos envueltos en bolsas, pero paso de largo.

Cierro la puerta de mi habitación de golpe, lavo mi rostro y el reflejo de la mujer que veo es revelador. Sonrío, vuelvo a sonreír cuando me miro al espejo tratando de forzar mi risa.

—Estoy perfecta, perfectamente… —me digo.

Pero me rompo. Mis lágrimas caen mientras sigo intentando forzar una cara feliz. No muevo un músculo de mi rostro, porque es lo que a las mujeres fuertes nos enseñaron a hacer. Porque así me esté rompiendo, estoy de pie. Así me golpeen, soy como un roble. Y no hay más amor en la vida que el que siento por mí… Porque la mafia no perdona enamorarse. La mafia hiere, traiciona y yo…

—Tengo que olvidarte. Necesito olvidarte —digo con el rostro empapado de lágrimas. Con mis manos jalándome la piel de la cara, intentando evitar esa sensación amarga, y mientras más lo evito, mi pecho arde.

No puedo permitirme este sollozo, no ahora, pero cada vez que cierro los ojos lo veo. Está ahí... su rostro perfecto, su boca contra la mía, su cuerpo enredado al mío.

Habíamos tenido un sexo maravilloso y yo empezaba a verlo diferente. Ya no como el hombre de cuerpo perfecto, sino como la máscara que había detrás de él y que empezaba a gustarme.

El latido de su corazón era agresivo y lo miré en la más profunda oscuridad sintiéndome estúpida. Adrian, el asesino de mi padre y mi enemigo, comenzó a ser mi persona favorita. Era peligroso. El papel que interpretaba empezó a consumirme. Dejé salir un lado de mí que conocía, una Bianca frágil que luchó por quedarse mucho tiempo.

Me acostumbré a ser suya, esa chica que acariciaba su rostro con una sonrisa y que luchaba por tocar sus marcas. Tantas noches lo devoré en silencio, maldiciendo el día en el que ideé este martirio. Una luz de esperanza me iluminó cuando me salvó de la mierda y fingió nuestras muertes.

Eso fue real, tan real como los golpes que recibí de mi tío, tan real como los besos en las madrugadas y las encerronas que nos dimos en ese baño, tan real como cuando me alejaba de su cuerpo porque empezaba a ser cariñosa... y en verdad me cuestioné si realmente fue mentira o es que no quería ver la realidad porque empezaba a quererlo.

Cuando lloraba en sus brazos, no lo hacía por las traiciones recibidas de mi familia, lloraba de confusión, tal vez porque no quería llegar a este día y tener que ser quien soy en el mundo. Pero él estaba jugando el mismo juego que yo, me mintió tantas veces cuando pudo ser sincero y Bianca Simone tampoco perdona.

—Adiós, Adrian. Adiós para siempre.

Para esta hora debe estar muerto.

Escucho pasos en el pasillo, mi puerta se abre y, de reojo, noto por el filo de la ventana camiones con carga de droga de los Ricardi.

—Bicho… —Kristoff está semidesnudo. Me sonríe, lo miro por el reflejo del espejo y creo que sabe lo que necesito.

Me enseña una bolsa metálica entre sus dedos. No espera más y me quedo quieta cuando besa mi hombro hasta llegar a mis labios.

No existe el perdón en mi vida, solo la inteligencia. La gente débil es devorada por los más fuertes, del amor no vives ni sacas nada, solo sufres.

Me besa el cuello con jadeos crecientes mientras cierro mis ojos imaginándolo. Adrian necesita irse de mi cuerpo, de mi mente y mis pensamientos. No puedo tenerlo más tiempo conmigo, aunque mi alma grite con fuerza su nombre.

Lloro en silencio, imaginando que grito y nadie puede escucharme. En mi piel se impregna con intensidad asesina. Veo sus ojos cambiantes en los míos, como si pudiera dibujarlo.

Murmullo lento su nombre mientras mi cuerpo es manipulado por las manos de Kristoff. Susurro con rabia su esencia, como si pudiera regresar al pasado. Maldigo con dolor aquel día en el que apreté mis heridas contra las suyas, porque fui la mujer que se quemó intentando jugar con fuego.

Pasar la página, tengo que hacerlo.

Me quedo quieta mientras los minutos pasan y el silencio se hace notorio. Ha sido rápido, felizmente. Cubro mi cuerpo con una sábana para luego vestirme. Kristoff se va, me siento vacía. Lo he hecho, pero no ha significado nada. Mis pasos caminan sin sentido hacia el baño, sintiéndome extraña.

—Señorita Bianca —una voz habla tras la puerta, pero no hago caso.

Me meto en la ducha; abro la manija, el agua helada cae y pronto mi cuerpo desnudo se acurruca bajo el frío.

No hay jabón que valga para limpiar mi alma. Emito un susurro temblando, mi estómago ruge, entonces voy al inodoro porque tengo náuseas de nuevo.

Es la segunda vez que vomito…

Mis piernas tiemblan bajo la incesante llamada de la puerta.

—Señorita Bianca, ¿está ahí? Por favor, abra.

Los golpes en la puerta vuelven a perturbarme.

Me limpio la boca, me lavo los dientes y me pongo algo de ropa encima. Intento descansar, ignoro el sonido, pero cada vez se hace más fuerte, por lo que voy a abrir furiosa.

—¿Qué pasa?

Son Elena y su marido, Pascual Méndez. Mi humor es una mierda ahora.

—Señorita Bianca, yo… —dice Méndez intentando encontrar las palabras, se traba mirándome con torpeza—. Quiero informarle que ha sucedido un percance.

—¿Qué?

—Los carceleros están muertos. Se habían programado muertes de traidores en masa, el tema es que el único que ha quedado en pie es uno de ellos, amarrado a cadenas, pero con sus pies… Bueno, quiero decir que…

—Adrian no ha muerto —dice Elena—. No pudieron matarlo porque, aun cuando estaba encadenado, fue letal con los carceleros, así que te toca hacerlo ahora. Si tienes el valor de matar al hombre que quieres —me da un arma—, hazlo ya porque te está esperando.



62.
EL PRINCIPIO DEL FIN

Adrian

Las sienes me explotan, tal vez porque me mantuvieron boca abajo con un corte abierto para desangrarme.

Apenas puedo sostenerme de pie tras haber usado mis piernas para atacar a los carceleros cuando intentaron bajarme porque pensaron que estaba muerto. Las drogas que aún tengo en mi cuerpo me vuelven sensible, atontado, pero nunca un mediocre. Sabía que si iba a morir sería destruyendo a la mayor cantidad de mierda que se pudiera.

La rabia se acumula en mi garganta con el pasar de las horas. Pienso en muchas cosas al mismo tiempo. Me cuesta hallar una salida, me aturdo, pero necesito enfocarme.

Pasos, escucho pasos.

El perfume me indica de quién se trata. Es lo único que huele bien por estos lares. Al levantar mi ojo hinchado en mi cara ensangrentada, encuentro un par de ojos azules que me miran.

No es la misma niña que creí indefensa; es el mismo rostro, son sus mismos labios, pero su actitud es distinta: segura de sí misma, una maldita hija de puta a la que miro con recelo.

—¿Viniste a llorar por tus muertos? —pregunto.

—Fue una baja importante, sí; cinco carceleros muertos no es poco teniendo en cuenta que estás amarrado con cadenas, además de estar bajo los efectos de drogas. Sorprendente.

Trato de desviar la mirada. Malditos sus ojos azules que brillan como diamantes únicos en el mundo. Maldita su jodida boca. Maldita toda ella.

—Aunque… no suficiente para mí —dice y levanta la mano. Enseguida, dos carceleros más aparecen para golpearme.

Todavía tengo la carne abierta, heridas sangrantes; sin embargo, mi rostro se mantiene endurecido. No le voy a dar el gusto de verme débil. Vuelven a golpearme sin que me extraigan un solo quejido y ella se frustra. Jamás le bajaría la cabeza. Aún en desventaja penetro en sus ojos; extraños, con una inquietud que trata de ocultar.

En cierto sentido, nos conocemos mejor que a ningún otro, aunque no lo acepte. Sé que busca derrumbarme para sentir que ganó la partida, pero no lo logra. El sabor salado de mi sangre se

esparce por mis labios, pero, aun cuando siguen golpeándome, sonrío y ella pierde la cabeza.

Sus fosas nasales se expanden de rabia y, en un descuido, en un mínimo descuido, me deja ver algo distinto. Ansiedad, nervios…, miedo.

—Abran la celda —ordena.

—Pero señorita… —dice un hombre, pero basta que ella alce la mano para que se calle. El tipo abre las rejillas con precaución, como si yo fuera una bestia—. Tenga… cuidado.

Camina con un arma en la mano, sabe perfectamente el riesgo que corre al acercarse. Mis manos siguen atadas por cadenas, pero puedo mover las muñecas con facilidad. Sabe que va a perder contra mí a pesar de estar en desventaja. Sabe que quiero acuchillarla y, aun así, lo hace.

Mis costillas me duelen, mi cuerpo no deja de sacudirse por las descargas eléctricas, la sangre se me acumula por todas partes y, en un acto totalmente impulsivo, su cara está demasiado cerca. Me empuja hacia el lado más oscuro de la celda, de manera que solo nosotros podemos vernos.

—Puedo sentir tu ira, aunque no lo aceptes. ¿Qué pasa? ¿Te dolió? ¿Le jodió a ese ser indestructible que te crees haber perdido contra la hija del asesino de tus padres? ¿Contra una hembra que pensaste indefensa? —dice irónica y agresiva, presiona mis heridas abiertas, pero me mantengo en silencio—. Te he hecho preguntas.

Callo y aumenta su rabia. Aprieta con fuerza el arma, subiéndola hasta mi pecho, para luego llevar la punta hacia mi corazón mientras prepara el gatillo, pero ni siquiera doy un paso. No emito emoción y sus ojos parecen achisparse con un fuego que la descontrola.

Se frustra. Aprieta los labios, me mira, y es como si el tiempo se detuviera. Respira rápido, sus pupilas se ensanchan para luego hacer algo peligroso: voltea el arma hacia ella. La dirige hacia su corazón y eleva mi mano, obligándome a tomar la empuñadura.

—Mátame, venga tu ira. Tienes cinco segundos, hazlo ahora o si no voy a destruirte.


Mazo

Nuestras miradas chocan en silencio. La sangre me arde, el ego me pesa, pero es aún peor el odio con el que su mirada se clava en la mía.

El arma aprieta nuestros cuerpos, alguno de nosotros podría disparar y esto se acabaría, porque solo muriendo podríamos terminar esta historia. Solo dejándonos vengaríamos el peso de nuestros apellidos, del ego, del orgullo y la fuerza.

Las cadenas no son un impedimento para matarla, lo sabe y, joder, quiero ahorcarla. Apretarla fuerte hasta quitarle el aliento, sacar toda la ira que llevo, pero mis dedos se engarrotan. Su rostro es atrevido, firme y no me baja la vista, cual serpiente venenosa que primero engatusa a sus presas antes de atacarlas.

Y me calmo.

Los efectos de la droga vuelven a atontarme, pero controlo mi cerebro y manejo perfectamente mis emociones. Sus ojos azules parecen oscurecerse tanto como los míos. Conozco esa mirada, la necesidad de aplastar a los enemigos, el empeño en ganar que la mafia mete en nuestras cabezas desde la cuna, pero cuando el reflejo de la luz me permite por fin verla por completo, me doy cuenta de que luce distinta.

—Te obligaron…, dime la maldita verdad.

—Esta es la verdad, aunque no quieras aceptarla —recorre sus dedos por mi pecho de manera suave, peligrosa—. ¿Sigues confiando en mí? Patético.

Su boca estalla en una risa. ¿Qué clase de demonio es?

—¿Sabes cuál es tu problema? —continúa—. Aún me subestimas. Esperas a una frágil mujer que viene a tus brazos para pedir perdón porque «la obligaron». En tu mente no cabe la posibilidad de haber perdido contra una hembra y no va a pasar. Eres…, al fin y al cabo, tan predecible como los demás; por ende, llegué a tu punto más débil mediante la farsa de una mujer que no representa una amenaza. Fue una historia romántica, pero solo de las que existen en los libros. Inventada. En la vida real no hay príncipes salvadores ni parejas que se aman para toda la vida, en la vida real solo hay gente que hiere.

—¿Eso es lo que crees?

—Es lo que proyectas. Te di la opción de matarme y no lo hiciste. ¿Qué clase de asesino eres? ¿Uno con falda?

—Hija de puta.

Intento mantener la cordura, pero es inútil, me voy contra ella, golpeándola contra la pared con fuerza. Joder, quiero ahorcarla.

No me cuesta mover las manos para apretar su cuello con las cadenas, aunque estoy atado de las muñecas. Es mi lado animal que aún no se domina, la fuerza que irriga mi rabia mandando en

mis impulsos, pero freno cuando sus ojos me muestran sus planes. Ella quiere que lo haga. Que la mate. Que la destruya y al ver que me detengo se desespera.

—Me acosté con Kristoff. Cogimos toda la noche mientras reía por tu tortura.

Sé que me está provocando. Siento que la sangre se me va a salir de las venas y cada vez es más difícil controlarme. Mis ligamentos se extralimitan por la fuerza de mi puño, mis huesos crujen, mi piel arde con la proximidad de nuestras bocas.

Gruño con fuerza mientras intento no asfixiarla. Por primera vez en mi jodida vida que quería algo para mí y empañó todo lo humano que había salido de mi cabeza.

Mis uñas rozan su piel mientras pego mi frente a la suya, mirándola como si pudiera acuchillarla. Los demonios surgen en mí como en un caldero. Por un momento me imagino cortándole la respiración, desgarrándola, pero puedo sentir cómo tiembla su piel.

—¡¿Qué esperas?! Mátame.

La suelto, dejándola frenética.

—No. No te daré el gusto.

—¡Imbécil! Voy a matarte.

—Debe haber alguna razón por la que no lo has hecho hasta ahora —sonrío, apuñalo su mente.

Palidece.

—Te salió mal, Bianca Simone —digo—. Te quemaste jugando con fuego. Podrás vender tu cuerpo a quien quieras, pero tu corazón me pertenece. Yo te quité la máscara sin que te dieras cuenta. Jaque mate.

Sus ojos lagrimean de ira y da un paso hacia atrás sin dejar de mirarme. Las manos le tiemblan, apenas puede respirar. Yo mantengo mi sonrisa.

Ella eleva su mentón para desafiarme, acerca su cara a la mía mientras todos mis sentidos se dedican a estudiarla como si fuera un tigre al acecho.

—La venganza se sirve fría —digo.

—No dejaré que lo logres. Voy a destruirte.

—Ya lo hiciste, niña. Ya no me puedes hacer más daño y es lo que no soportas.

—Te odio. Te odio con toda mi alma.

—Me amas. Me amas tanto que te jode. El cazador cazado en ambos sentidos, arpía.

Es la última mirada que me da porque, apenas sale, empiezan a golpearme de nuevo.

Me defiendo, pero no puedo borrar su mirada de mi cabeza. De reojo, la observo sentada, esperando mi muerte. Su rostro pálido me desenfrena, pero no es la misma Bianca que dejé hace días; la veo ida, descentrada. Reprimo un grito por la electricidad inhumana que vuelven a aplicarme.

Dos hombres más entran a patearme mientras me acurruco contra la pared, sosteniendo mi

mirada en ella. Si muero, no quiero dejar de verla. No quiero que olvide mis ojos, que se deshaga de mí tan fácilmente, pero si sobrevivo, no tendré compasión alguna.

La mataré. Incluso en el infierno.

Se levanta con furia al ver que sus hombres no han logrado mucho, los aparta mientras mi cuerpo colapsa, mientras mi boca ensangrentada se abre y los párpados me pesan. Siento cómo su pie presiona contra mi yugular hasta hacerme perder el conocimiento.

Bianca

Mi mente se nubla, no soy dueña de mí ni de mis acciones, mucho menos de lo que estoy haciendo.

Todos me miran, pero sé perfectamente cuál es mi siguiente paso. Un espasmo recorre mi cuerpo cuando noto que su voz se apaga y ya no se mueve. Los carceleros se asombran, lo patean contra la pared, pero no reacciona. Cada golpe que le dan solo hace que sus risas aumenten.

—Señora… —dice uno de ellos—. Usted dirá.

—Quiero darme el gusto —determino—. Yo lo mataré. Apártense. ¡Los quiero fuera!

Mis manos suben por su pecho tocando sus marcas, deseo mantenerme fuerte. Sus signos vitales son débiles. Sin embargo, todavía respira, entonces me doy cuenta de que él siempre ha sido todo eso que un día dije que sería: invencible.

Tomo una daga y paso la punta por su cuello. Reprimo mi respiración cuando aprieto mis dedos en la más profunda oscuridad, sin que los carceleros puedan mirar lo que hago. Suelto un grito de enojo, de un tirón incrusto la daga en la tierra y cierro la palma de mi mano mientras mis dedos se manchan de sangre.

—El trabajo ha culminado ahora —digo y me levanto. Ellos celebran, pero evito que se acerquen—. No, déjenlo desangrarse. Quiero que se lo coman los gusanos.

—Pero…

—Está muerto.

Bajan la cabeza, asintiendo. Ven sangre en su yugular, por lo que me creen.

—Saldremos de madrugada a la guerra con Ricardi. ¿Están conmigo?

—Lo estamos —dicen al unísono.

—Entonces vayan con mi ejército a prepararse. No queda mucho tiempo.

Escucho el resonar de sus risas en medio de las sombras mientras no soy capaz de voltear a verlo.

Oculto mi mano entre mi ropa. Camino rápidamente a mi habitación, pero el llamado de Kristoff me estremece.

—Bianca, te he estado buscando.

Méndez me mira a lo lejos, hay tensión en su rostro por lo que le pedí antes de entrar en la celda. Cuando ve la situación, se aparta. Kristoff me ha frenado en seco, toma mi brazo arrinconándome a la pared y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para sonreírle.

—Me dijeron que fuiste a las celdas. Espero que ese infeliz esté muerto.

—Lo está.

Su furia evidente va desvaneciéndose. Acaricio su rostro con la mano que no escondo y sus labios se hinchan, todavía sin creerme.

—No me mientes, ¿verdad?

—Te lo prometí y cumplí mi parte del trato —pego mis labios en los suyos—. Ahora terminemos esto. Tienes que darme todos los accesos de Ricardi, acompañarme en la batalla y dar tu vida por la causa Simone.

—No hasta comprobar su cadáver.

—¿No confías en mí? Los carceleros son testigos, ellos fueron víctimas de Adrian en el pasado. ¿Crees que estarían tranquilos si estuviese vivo? Si tanto te cuesta creerme, entonces ve a verlo por ti mismo.

Jadea, extasiado.

—Lo siento, es que yo… me muero por ti, Bianca. Y la sola idea de que él…

—Tienes que confiar en tu reina.

—Mi reina…, claro que sí —me mira embelesado y asiente—. El pobre Ricardi sigue pensando que estoy de su lado e irá en unas horas al desierto para reunirse con los «árabes», sin saber que la última parte de la droga que le quedaba está arruinada. Está justo en la trampa.

—Buen chico —le palmeo su hombro con una sonrisa, intentando moverme de su agarre, pero no me deja.

—Te espero en mi cama esta noche, quiero repetir. No puedo quitarme tu olor de encima. No puedo despegar tu hermoso cuerpo de mis pensamientos —susurra—. Nunca estuve tan contento de ver a una mujer como tú a mi lado. Eres tan… perfecta. Tan… preciosa. Tan…

Quiere besarme, pero lo evito.

—Tiempo al tiempo, Kristoff. Mañana será un día decisivo y eres mi único sostén para vencer a mi enemigo. Después de ganar hablaremos de lo que quieras.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Finjo de nuevo ser una cándida mujer que espera que el héroe la acompañe y sonríe, sintiéndose poderoso.

—¿Te sientes bien? Estás muy pálida —susurra.

—Estoy mejor que nunca, solo necesito dormir un rato para recargar energías antes de salir.

—Descuida, todavía quedan unas horas, yo me encargo de todo —me besa y por fin logro

zafarme.

Le sonrío antes de irme y, cuando volteo, mi rostro se pone serio y sigo mi camino hacia mi recámara.

Parece que mis piernas huyen de su presencia, de la realidad que me aqueja, del tormento que nace en mi pecho.

Mierda.

Por fin, cuando estoy sola en mi habitación, puedo volver a ser yo en el espejo. Me siento pésimo, un nudo se me forma en la garganta. Abro la palma de mi mano llena de sangre por el corte y me curo lo más rápido que puedo.

¿Qué hice? ¡Dios! ¿Qué hice?

No lo maté, no pude hacerlo. Fingí que la sangre que vieron era suya, pero en realidad fue mía. Estoy en problemas y si me descubren harán una guerra en mi contra, puesto que los *soldati* que recluté son exvíctimas de Adrian y lo odian más que a nadie en el mundo, sin contar la reacción enfermiza de Kristoff, por lo que necesito que esto salga bien.

Veo por la ventana cómo Méndez peina la carcelería sin dejar que nadie entre. Me mira a lo lejos y asiente de forma sutil para luego irse. Cierro mis ojos y llevo mi mano al pecho, como si pudiera sostener su aliento, sus manos en mi garganta, su olor impregnado en mis dedos y no sé si estoy loca, pero no puedo dejar de pensarlo.

Bastó una mirada para tambalearme. Me debilitó con su fuerza, con su inteligencia para llevarme al borde del colapso y esta era la única manera de deshacerme de él después de haber fallado; llevándolo lejos de mi vida.

Ahora debo matar a Emilio Ricardi. No en vano tuve que aguantar a Kristoff estos meses al infiltrarlo en su círculo. No en vano Maurizio, su hermano, lo traicionó por mí. No en vano llegué hasta aquí.

Kristoff se infiltró en la mafia enemiga para manejar mis piezas y poner a los hermanos en contra. Maurizio Ricardi pensó que era Ángela aquel día en el hotel, le pedí que traicionara a su líder dándome los accesos a sus tierras y lo hizo. Desbancamos su poderío al punto de dejarlos frágiles. Mi madre no se meterá porque sigue huyendo, Maurizio ahora está muerto y el bastardo de Emilio está a punto de ser arruinado. Su cabeza permanece justo donde la quiero, porque dispararle es lo que más he ansiado en toda mi jodida vida.

—Bianca —Elena entra de golpe a la habitación, sosteniendo una bandeja que desprende un olor que me fastidia—. Los camiones han terminado de salir, el grupo de hombres que va a la batida está preparándose y solicitan tu presencia.

—Estaré ahí en una hora, necesito dormir un poco. Llévate eso, que huele horrible.

—Es solo un poco de leche.

—No soporto el olor de la leche.

—Me preocupas; no comes desde ayer, estás muy pálida y encima vomitaste. La criada que trajimos para la limpieza me lo dijo.

—Fue la cruda, bebí mucho ayer, o tal vez es la anemia.

—¿Anemia? —me quedo en silencio—. Tú y yo sabemos que lo que tienes no es anemia.

—¡Basta ya! ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? No quiero desquitarme contigo, sal de aquí.

—Solo me preocupo por ti.

—Nadie se preocupa por mí, Elena. Lo que buscas es asegurarte una vida para ti y tu hijo. Todos están aquí por interés, así que no me vengas con sermones estúpidos ahora. Vete.

Hace silencio y solo siento un nudo en la garganta cuando me mira.

—Te estás condenando, hija. Matando lentamente. Olvídate de las venganzas y vete lejos con Adrian antes de que todo se descontrole.

—¡No vuelvas a mencionarlo!

—Lo amas, lo amas tanto como él a ti —toca mi rostro y trato de reprimir las lágrimas—. Por el bien de todos, vete con él. Hagan una vida lejos. ¿Qué importan los demás? ¿Qué importa todo lo que has planeado? Dile que lo quieres antes de que sea tarde. Lo salvaste…, no lo mataste como dijiste que lo harías. Él merece saber lo que te está pasando.

—A mí no me pasa nada —pongo mi cara más dura—. Estoy bien, perfectamente. ¿Quién demonios te crees para meterte en mi vida?

—Una mujer que solo ha visto cómo te destruyes. Tanto criticaste a tu padre, queriendo no ser como él, pero mírate ahora…, dándole más prioridad a tus intereses que al corazón.

—Tú qué sabes sobre lo que yo pueda sentir o no. Adrian quiso matarme primero, yo solo estaba defendiéndome, dándole el primer golpe, así que no lo romantices. Aquí no hay víctimas de nada.

—No has dejado que te dé sus explicaciones. Él te salvó de tu tío, lo hizo porque desistió de sus planes iniciales para que tú estuvieras bien.

—¿Estar bien? Ese era otro de sus planes. Desfalcó a los Simone a propósito, arruinó todo lo que un día nos hizo grandes, pero sobre todo me mintió, cuando yo le di la oportunidad de decirme la verdad no lo hizo.

—Enfréntalo. Escúchalo.

—Adrian no es un hombre que dé segundas oportunidades, Elena. Si sobrevive, me matará algún día.

—Adrian es el único que puede salvarte de todo esto, incluso de ti misma.

—Fuera.

Mi cabeza se nubla mientras aún sostengo mi mirada en ella.

—No dejaré que lo hagas, Bianca. Matarás a Ricardi y luego buscarás que él lo haga contigo, ese es tu plan, ¿cierto? Pues no voy a dejar que te destruyas de esa forma. No lo hagas solo por ti,

no ahora que…

—¡Que te largues! —grito fuerte y de un tirón la saco de la habitación, pero cuando por fin me quedo sola, la tensión me fulmina.

Me toco la cara ansiosa al notar mis ojeras frente al espejo. Sigo teniendo asco, los vómitos han sido frecuentes, me mareo con facilidad y mi mirada se desvía hacia una esquina de mi mesa y veo lo que no he querido enfrentar. Mi pecho despliega su más ansioso miedo y siento que estoy en el vacío. Jamás lo pedí, tampoco imaginé que pasaría. No puedo… Es el peor momento de mi vida, tengo a mis enemigos encima, las fuerzas a punto de colapsar y no sé qué hacer con todo esto.

El pánico hace que llore con más fuerza, pero nada puede detener mi destino. Cierro los ojos y veo el rostro de Emilio Ricardi torturándome de niña. Las veces que corrí sola en el bosque en medio de las balas, a quienes quería muerto por mi culpa y cuando maldije su sangre sin saber que también esa corre por mis venas.

Faltan horas para la gran batalla. Cobraré mi venganza, pondré en alto el apellido Simone, cumpliré esa misión personal y luego... pasará lo que tenga que pasar conmigo. Todas las piezas del juego están alineadas, no hay marcha atrás. Ganar o morir es mi lema. Me seco las lágrimas como puedo, poniendo mi cara más fuerte, exhalando hondo mientras llevo las manos a mi rostro para tranquilizarme y seguir adelante, hasta que se escucha un estruendo.

Mierda.

Bajo la cabeza y unas luces llaman mi atención, las mismas que provienen del garaje.

—¡Nos atacan! —las voces de mis *soldati* se alzan hasta que una balacera se desata y mi sentido de protección aumenta.

No, no, no... corro hacia mi cajón para sacar armas de alto alcance, pero, cuando me dispongo a voltear, siento un golpe.

—¡Suéltame!

Un hombre alto y fornido me pone algo en la boca.

Ríe y por más que trato de no inhalar es imposible. Sus brazos toman mi cuerpo; peleo, pateo, lucho con su fuerza cayendo al suelo, pero es inútil, será inútil. Me tiene en sus manos.

—Tranquila, pollita. Qué irónica es la vida, ¿cierto? Traicionaste, pero acabas de ser traicionada por los tuyos y ahora eres nuestra. Emilio Ricardi está ansioso por verte.



63.
PURGA

Kristoff

Veinte minutos antes de la emboscada

Me la cogí rico, de eso no hay duda.

Había extrañado tanto el cuerpo de Bianca, un mujerón en la cama. Mis manos se embelesan cada vez que la recuerdo arder bajo mi tacto, cada respirar extraño que daba mientras la tomaba. Ella lo dijo; soy importante, claro que lo soy. Dijo que me necesitaba, porque me necesita. No puedo quitarme esta patética sonrisa, soy un fiel admirador de su belleza, pero hay algo que no me cuadra del todo y es lo único que me quita la calma, lo único que haría que me detenga.

Ese imbécil. Adrian.

Mi ira crece cada vez que lo recuerdo. Voy en dirección a la celda del sótano de esta porquería. Aspiro hondo cuando veo que nadie cuida el camino. No hay guardias, la zona está vacía; sin embargo, advierto sangre derramada en el suelo. ¿Lo mató? ¿Por fin lo hizo?

Giro a mi derecha para ver si hay alguien, me molestaría que me viera, y cuando por fin uno de sus hombres se acerca, pregunto:

—¿Qué pasó con el rehén?

—La señorita Simone ordenó que se llevaran su cuerpo —me explica con tranquilidad—. No hay nada de qué preocuparse, señor. Ya no será un problema.

Mis músculos se relajan. Se ha ido, por fin está muerto, ha desaparecido de este planeta. Lo he logrado, he vencido a Petrov, porque yo lo vencí, sí, fui yo.

Ese tipo no merecía a Bianca, tampoco iba a quedarse con ella. Le gané, me la cogí, me la quedé. Ella es mía, solo mía. Me ama tanto que confía en mí al cien por ciento. Me ama, por eso me eligió a mí antes que a él para acompañarla en la batalla más importante de su vida.

Mis pasos se detienen sin ningún motivo; siento que el aire me asfixia. Jadeo mirando mi puño, escondiendo el tatuaje que llevo en el dedo desde hace poco: una serpiente, la misma de los Ricardi. Procuro que el esparadrapo que llevo para cubrirlo no se salga.

Llevo mi mano a mi cabello para luego caminar en círculos, nervioso. Ya casi es hora, no importa nada e importa todo.

Salgo del sótano totalmente aturdido mientras mis pasos se centran en las escaleras. Aunque Adrian está fuera del camino siento que me observan. O es Bianca con su astuta inteligencia o es que estoy un poco loco. Palidezco mientras salgo tropezándome con el cuerpo de una mucama que tiembla.

—Fíjate bien, idiota. ¿Cuál es tu nombre? —se queda paralizada—. ¡Te estoy hablando, estúpida! —grito.

—Elena, señor —contesta de inmediato. Sus ojos, su voz, su cuerpo, todo en ella me mira como si la hubiese pillado en algo.

—¿De dónde vienes? —reacciono.

—De ningún lado, señor —contiene el aliento y con rapidez baja la cabeza.

—¿Qué es eso? ¿Ropa? —le tiro la bolsa de golpe—. Es de hombre.

—Vine a limpiar el lugar, me encontré con… algunas cosas y decidí…

—¿Robártelas?

Ella parpadea.

—Esto es de Petrov, ¿verdad?

Se queda en silencio.

—Da igual, maldita ratera. Llévatelo si quieres, de todas maneras está muerto.

La dejo pasar porque no es importante, sin embargo, algo me dice que la siga. ¿Qué diablos me está pasando? El sinsabor de boca que me deja este encuentro me fastidia, quizá estoy más alterado de lo que debería.

Se detiene de golpe y me escondo tras una columna. Decide cambiar de dirección, a lo mejor porque me vio de reojo, y noto que una camioneta sale de la fortaleza a toda velocidad.

Es el maldito guardaespaldas de Bianca llevando algo en la maletera. Da igual, de todas formas no importa. Necesito enfocarme en lo mío.

El reloj marca las cinco de la tarde y un zumbido me alerta de lo inminente. Decido sacar un porro para fumarlo mientras mis pensamientos vuelven a esa vida, a ese día, aquel día.

Tambaleaba entre las escaleras con mi rostro rebotando en el suelo. Bianca me había advertido, había dicho que uno no se puede comer lo que vende. Lo hice, me drogué de nuevo después de una larga rehabilitación en Estados Unidos. Suspiré sabiendo que esto acabaría en algún momento. Estaba solo, en silencio, apartado del mundo y de la gente, siguiendo sus propios deseos, pero a la vez sin ella.

Me había encaprichado tanto con la chica bonita italiana que un día me crucé en el camino. Era tan fría como hermosa, tan calculadora como arpía, aunque no lo pareciera. Ella supo ser mi

luz y a la vez mi sombra. Cuando me confesó su verdadero origen no podía creerlo, pero me llamaba la atención su familia.

Relamí mis labios mientras volaba con una pistola en mis manos. Estaba en mi habitación con una fotografía de Bianca. Sabía que había sido tonto, pero aun así esperaba en silencio el momento para volver con ella. Me había dado esperanzas después de haber jodido todo lo que construimos un día en Nueva York y yo era un esclavo de sus pretensiones. Lo sigo siendo. Siempre lo he sido y lo seré.

¿Y si me volvió a engañar? ¿Y si no mató a Petrov? Niego con la cabeza porque si fuese verdad no lo soportaría.

Miro el reloj, las cosas están muy raras. De pronto, todo se junta: el *flashback*, el nerviosismo de la criada, el auto saliendo de la fortaleza. No vi el cuerpo. No... ¿Por qué no lo mataría? «Porque lo ama», contesta mi mente.

«No, no lo ama», me digo, agarrándome la cabeza.

«Lo ama y a ti solo te utiliza», vuelve a decir mi mente.

Si pudo engañar a su tío, a su entorno y al propio Adrian, ¿por qué no lo haría conmigo?

Bianca es astuta. Movió todas sus fichas para conseguir lo que quería, a pesar de haberse autosaboteado muchas veces.

Logró engañar a Maurizio Ricardi, aprovechándose de que estaba loco. Aquel día en el hotel, él pensó que Bianca era Ángela y ella aprovechó el momento para usarlo a su antojo.

Le sacó información de su familia, hizo que le transfiriera sus acciones a ella, dejando a Emilio, su hermano, casi desfalcado. Era un plan perfecto con una actriz de primera, pero cuando Adrian llegó de improviso, el demente de Maurizio enloqueció al ver lo que yo me negaba a reconocer hasta ese momento.

Porque ella lo miraba diferente. Se estaba enamorando. Bianca jamás me dejó tocarla como él la tocaba. Jamás me dejó acariciarle el rostro como él lo hizo. Jamás bailó conmigo cuando sabía que le encantaba hacerlo. Ella era totalmente fría, despiadada, con la cara de ángel, pero con la mente de una víbora ponzoñosa.

La ansiedad gobierna mi cabeza. Mis manos tiemblan, por lo que necesito meterme algo más fuerte para poder controlarme. Saco un polvo blanco, lo extiendo y, con una tarjeta, hago una línea para inhalarlo. Lo necesito como a mi vida. Mis ojos pican, el tiempo se va agotando, tengo que decidir: ¿qué estoy haciendo?

Salgo por la parte trasera, mirando la alarma del reloj prenderse, lo cual me indica que ya es hora y un recuerdo incontrolable vuelve a mi cabeza.

—Es bonita, ¿no? —una voz me sorprende por la espalda. Está sentado en un bar mirando su fotografía, con el teléfono al lado esperando su llamada, pero me ha ignorado de nuevo—. Tan

hermosa como venenosa, el vivo retrato de su madre —sonríe—. ¿Qué pasa, Kristoff? ¿Por qué no hablas?

Me parece una alucinación así que opto por quedarme en silencio.

—Ah, muchacho, eres demasiado joven para saber de la vida y engañar a los otros. Nunca has hecho grandes cosas, siempre fuiste un maldito fracasado, pero, por el contrario, hoy vengo a ofrecerte algo diferente.

—¿Diferente? —contesto ido. Aún no puedo creer a quién estoy viendo.

—Las cartas del juego, hijo. Las cartas del juego.

Suelto mi porro para luego pisarlo, los recuerdos de aquel día me aquejan y el olor solo hace que afloren en mí de manera agresiva.

Tiemblo estúpidamente. No puedo negar que me consume lo que pienso ahora. Lo que he hecho. ¿Soy un cobarde? No lo soy, solo soy un tipo en busca de mejoras.

El mundo se rige por los más inteligentes; ella siempre lo ha dicho y sabrá entenderlo. Ni siquiera imagina lo que vi en aquel bar, lo que hice, lo que soy ahora.

Doy una bocanada de aire para impulsarme mientras miro de reojo a un séquito de *soldati* Simone alistarse. El tic-tac de un explosivo escondido en el campo que los matará a todos está listo, además de la habitación de Bianca en silencio y, a lo lejos, unos autos desconocidos que avanzan.

El móvil suena y veo muchos ceros en mis cuentas bancarias, tal y como lo prometió. Levanto el auricular, presiono un botón y contesto.

—Todo en orden —digo, escuchando un estruendo. Cierro los ojos al notar cómo los cuerpos de los *soldati* Simone salen volando—. Acaban de quedarse sin armada. Queda usted en el juego.

Cuelgo, las llantas de los autos intrusos entran levantando una humareda mientras escapo. Acabo de traicionar a Bianca, es la gente de Ricardi la que entra.



64.
BALAS Y PASIONES

Adrian

La cabeza me explota. Por más que quiero cerrar los ojos y descansar me resulta imposible. El deseo de venganza me consume al punto de mantenerme de pie a pesar de estar hecho mugre.

Termino de suturar mi pierna mientras el infeliz de Méndez me mira aturdido y con la cara llena de sangre. Trata de hablar, pero no puede porque está amordazado. Apenas me sacó de aquella fortaleza a escondidas, seguro para matarme, desencadenó mis manos, por lo que le partí la cara y volteé su juego.

—¡Ya cállate! —digo. Un ardor me quema por dentro; las piernas aún están dormidas, los espasmos en mis manos no se han ido del todo, pero logro superarlo.

Trato de tomar la mayor cantidad de armas que puedo del auto, además de un trago barato que en algo calma mis ansias. El rastreador no es visible en la parte superior, pero debo asegurarme de encontrarlo pronto para desactivarlo.

—Agradece que no tengo tiempo para matarte, maldito idiota. Y que no hay tantas balas, por lo que no las voy a desperdiciar en ti —reniego.

Me cuesta caminar y debo manejar la frustración como puedo. Sé de anatomía, poseo conocimientos en medicina alternativa, por lo que tengo que ser precavido y no moverme en exceso.

Aclaro mi voz mientras me quejo, elevando mi pierna hacia arriba, acostándome en el asiento mientras examino mis articulaciones. Estoy bien, pero necesito descanso. Mis nervios no responden a mis estímulos, me pellizco el brazo y tardo unos segundos en notarlo. Acuesto mi cabeza en el respaldar, abriendo la boca e inhalando con lentitud para calmarme.

Es un riesgo, regresar implica un riesgo. Un mal golpe podría dejarme parapléjico, una bala podría matarme ahora que estoy débil. Puedo sentir algunos temblores en mis dedos, todo esto es producto de las drogas, el poco alivio que he tenido y el trago que tomo no ayudarán mucho.

Maldita seas, Bianca Simone. Pero la venganza es un plato que se sirve frío.

Me enervo cuando la pienso. Tengo la opción de escapar, de internarme en el lugar donde he estado trabajando en secreto durante años, pero ajustar cuentas pesa más que cualquier cosa, a

pesar de estar en desventaja.

Ellos están armados, yo apenas tengo una sola pistola, pero no hay mayor motivación en mí que hacerle pagar caro lo que me hizo. Mi cabeza no deja de reproducir episodios, imaginarla con Kristoff, riéndose de mí, besando cada centímetro de su cuerpo, lo que hace que mis puños se calienten.

—¡Pascual! —se escucha la voz de Elena por la radio—. ¡Pascual! ¡Nos atacaron!

Méndez trata de zafarse desesperado al escuchar a su mujer llorar.

—Fue una emboscada —continúa ella—. Los Ricardi llegaron para matar a la armada Simone, Kristoff nos delató, y… se llevaron a Bianca. Sé que Adrian está contigo, por favor, no la dejen sola…, la van a matar.

Aún se escucha a Elena por el altavoz de la radio dando los detalles que conoce. Méndez se desespera, me mira suplicante para que lo desate y sé que su tecnología permite abrir la señal con ciertos sonidos de auxilio, por lo que es evidente para Elena lo que pasa.

—Adrian…, ¿estás ahí?

No contesto.

—¡Adrian! ¡Por favor! —se le quiebra la voz—. Bianca quiso que te salieras de todo esto. Mi marido te sacó de ahí por orden suya, solo intentaban ayudarte. Solo…

No hago caso y doy media vuelta. Elena sigue implorando, Méndez suplica por ayuda, pero lo dejo a su suerte.

El tiempo se agota y no puedo desperdiciar estos minutos. No hay tiempo para seguir buscando el GPS, por lo que tendré que ir a pie o hallar otra salida.

En realidad, lo esperaba, ese malnacido, tarde o temprano, iba a venderse al mejor postor, pero no me interesa.

Camino hasta hallar un aparcamiento, donde me robo un auto para llegar a la frontera; sin embargo, el sinsabor en mi garganta me remece. Mis manos aprietan el volante, piso el acelerador con fuerza, la cabeza me explota, trayéndome vagos recuerdos.

—¿Tienes algún lugar secreto? —dice adormilada—. ¿Uno donde se pueda ir sin que nadie nos encuentre?

—Tal vez uno en medio del mar —contesto.

—¿Me llevarás un día? Amo el mar y los acantilados —sonríe, cerrando los ojos—. Quisiera poder escapar del mundo contigo y que nunca nadie nos encuentre.

Me niego a seguir pensándola. La rabia me colma. Es mentira, siempre fue mentira. No existe un nosotros, solo venganza, es lo que nos ha movido desde el inicio. Y tanto ella como Ricardi la pagarán.

Hundo el pie en el acelerador, pero la carretera de salida está bloqueada. Hay troncos de árbol, así que freno de golpe y lo primero que veo es la imagen de un hombre conocido.

Lion.

Tomo el arma, salgo del auto, pero él levanta las manos en señal de rendición.

—Estoy solo y sin armas —dice—. Necesito hablar contigo.

—Mueve esos troncos ahora o lo lamentarás.

Si dio conmigo es porque no está solo, así que soy precavido. Lo apunto mirando a todas partes.

—También huyo, Leonardo Simone trató de matarme cuando se enteró de que trabajaba para los Ricardi. Estoy enterado de lo que te hizo Bianca, te he venido siguiendo el rastro.

—¡¿Qué quieres?!

—Hacerte una oferta que no podrás rechazar. La gran serpiente, Emilio Ricardi, quiere que tú la mates.

Se acerca, pero sigo apuntándole.

—Ella te traicionó y yo te lo advertí, te dije que era una maldita zorra ponzoñosa que embelesaba con su belleza para destruir. ¿Huirás como un cobarde sin vengarte?

Tenso la mandíbula.

—La vida de Bianca implica un riesgo que la mafia no quiere correr—prosigue Lion, aún con las manos arriba—. Para el mundo es una zorra traicionera, pero para los Ricardi ella es el fin. Saben que Bianca podría reclamar el imperio de la serpiente por ser hija de Ángela, amparándose en la ley de la sucesión entre mujeres de ese clan, así que quieren acabar con ella hoy. La tienen encerrada en un viejo laberinto de los Ricardi, pero no sabemos si tiene más cómplices fuera. De lo único que hay certeza es que solo tú la puedes destruir.

—¿Porque tú eres un incapaz?

—Porque eres su debilidad.

Evalúo sus facciones.

—Todos caímos en su trampa, Adrian; nadie sabía, ni siquiera su tío, lo que un día planeó con su padre, pero este es el momento para vengarte porque se enamoró de ti. Ella se ha preparado toda su vida para enfrentar a un Ricardi, pero no a ti —hace una pausa—. Es… lo que necesitas para sanar.

Los oídos me zumban. Sé lo que quiere, lo que trata de lograr y no puedo contener la rabia. Aún tengo la cabeza revuelta, el hígado lleno de odio, pero la van a matar. Lo harán hoy y exhalo sin dejar de mirarlo… porque yo también sé jugar.

—Bien.



65.
FINALES

Bianca

Me traicionó, el malnacido de Kristoff lo hizo.

Controlo mi enojo mientras corro por el matorral del descampado donde me encerraron. Me refugio debajo de unos arbustos, apretando la herida que me hizo el imbécil del cuidador que me pusieron antes de matarlo con su propia arma.

«Esto es lo único que tengo», me digo, revisando la bala que me queda. «Pero si tengo que morir, antes lo hará Emilio Ricardi».

Mi rabia se acrecienta. Me volteó el juego comprando a Kristoff con quién sabe qué y en el fondo debí suponerlo. Tenía que haber sido más precavida, puesto que los hombres como él son simples idiotas que le van a quien más les engorda el bolsillo.

Ricardi está jugando todas sus cartas para atacarme. Golpeo la tierra que me rodea, se me retuerce mi estómago por la cólera, pero una Simone nunca baja la cabeza. Necesito calmarme. Las cosas salen mejor si se piensan con detenimiento.

Ahora tratan de hacerme salir de mi escondite mediante gases tóxicos. Rompo un pedazo de mi ropa, lo mojo en un charco y me lo amarro como mascarilla mientras gateo.

—¡Por allá! —gritan unos guardaespaldas.

El laberinto de ramas y árboles me sofoca. A Ricardi siempre le gustó ponerme trampas para aumentar mi tortura. Corro hacia un lado y no hay salida, regreso hacia otro y encuentro caminos bloqueados, por lo que hago un hueco en un pedazo de maleza para cruzar al otro ambiente, hasta que caigo en un lodo con animales muertos. ¡Maldita sea!

—Así es como gana Emilio Ricardi el juego… —dice una voz.

Miro hacia todos lados, pero no hallo su ubicación.

—…venciendo a la hija de su enemigo en un laberinto de muerte.

—¡Sal de donde estés, infeliz! —grito y apunto hacia todos lados.

—Sé lo que quieres: una batalla conmigo, y solo te concederé el honor cuando me demuestres que eres digna. Pero si no lo haces, morirás como un perro.

Escapar con la cabeza baja nunca será una salida para mí y sé que tengo que enfrentarlo, sacar fuerzas de donde sea. He sacrificado muchas cosas, una vida entera por el malnacido de Ricardi y no me voy a rendir tan fácilmente.

Pienso en mis posibilidades. Pienso en Adrian tantas veces… Para esta hora debe estar lejos y libre. Es un pequeño alivio en medio de todo mi infierno.

Aún no puedo controlar mis pensamientos, tal vez porque todo se me salió de control cuando empecé a… quererlo. Mi cuerpo se descontrola al recordarlo, tengo presente la calidez de sus labios, su aliento varonil, la manera en cómo me miraba en aquella carceleta; con ansias de matarme, ahorcarme y a la vez de arrancarme los labios con sus dientes.

Pero ahora debe estar muy lejos. El corazón se me hace chiquito de solo pensarlo una vez más. ¿Qué pasaría si se enterara del secreto que guardo? Aún no lo he procesado, ni siquiera he pensado en lo que van a desencadenar las decisiones que tomé, tampoco sé si tendré la oportunidad de decírselo, y niego con la cabeza tratando de enfocarme en Ricardi.

Jadeo, elevo la mirada al notar cómo funciona su trampa… y disparo a la cámara que da mi ubicación para luego enfrentarme a dos hombres armados que me siguen.

—¡Abajo! —grita uno de ellos y las balas se despliegan.

Hago exactamente lo contrario a lo que esperan, dejándolos fríos, pero apenas los mato vienen más. Salen miles por las ventanas; mujeres, hombres… niños. El corazón se me congela al verlos; están drogados, golpeados y los han puesto en mi contra.

Emilio Ricardi sabe que yo podría hacer cualquier cosa menos eliminar a los niños, está usando mis debilidades, por lo que jadeo esquivándolos. Disparo a quemarropa a los hombres, lucho cuerpo a cuerpo con todo el que se me trepa encima, ignorando las patadas de los pequeños a los que ni pienso tocar.

Hay uno que me mira y llora de pánico. Trato de tomarlo en brazos, pero una mujer tira de mi cabello y la tengo que matar. El polvo que levanta la pelea nubla mi vista y avanzo en lo que parece una estampida humana cuando todos tratan de huir y empiezan a disparar al azar.

No…

A lo lejos noto un auto negro que escapa. Es él, Emilio Ricardi yéndose como una rata, abandonando a su propia gente que se mata entre sí, pero no voy a permitirlo. Lo persigo disparando mientras esquivo las balas. Veo su cabeza, la veo, hasta que, corriendo, le doy a las llantas y el auto se detiene.

—¡Sal de ahí, maldito cobarde! —lo enfrento, pero cuando la humareda se asienta, es Emilio Ricardi quien aparece en medio de la tierra con una sonrisa en sus labios y del auto salen otros hombres.

Maldita sea, otra trampa.

Estamos en pleno desierto, en un campo minado, y no tengo con qué defenderme. Relamo mis

labios, sintiéndome tonta por haber dejado que esto suceda, por haber llegado hasta él sin un ejército como lo planeé, pero es ahora o nunca. Levanto mi arma y él hace lo mismo con la suya.

—Quien busca encuentra, bastarda. Al parecer te metiste en la peor de mis trampas. Cualquier movimiento en falso que des, hará que explotes en mil pedazos.

Es el mismo de siempre, aunque más viejo de lo que puedo recordar. Hay odio en sus palabras, pero esa sonrisa no es más que un manejo de tensión acumulada. Sus ojos me demuestran sus debilidades, sus miedos, pero aún peor es el peso de un pasado que quema.

—Soy como ella, ¿verdad? Como lo único que no pudiste controlar.

—¡No la menciones! ¡Ni siquiera mereces mencionarla! —se exalta, puedo notar su incomodidad cuando le hablo de mi madre.

—Ahora te haces el muy digno después de haberla dejado a su suerte con mi padre.

—¡Cállate!

—Dejaste que tu hermana sea consumida por tu enemigo por conveniencia, para sacarla del camino y así poder quedarte con el clan al que ella estaba destinada para gobernar. No eres más que otro infeliz que tuvo miedo de una mujer. ¿Cómo debería llamarte? ¿Cobarde o… tío?

—¡He dicho que te calles!

—Destruiste mi vida, Emilio Ricardi. Me quitaste todo lo que siempre quise de este mundo y vas a pagarlo.

—¿Crees realmente que alguien como tú va a vencerme? Yo no fui el único que «destruyó» tu vida, fue tu propia sangre, tu familia. Solo eres una niña con el hocico muy grande, una simple mujer que solo sirve en la cama.

—¿Tanto me temes que lo único que se te ocurre es insultar?

—Vas a morir como la zorra que eres, pero no seré yo quien tenga el honor de jalar el gatillo... —sus guardaespaldas bajan sus armas y mi cuerpo se congela—. Te voy a dar donde más te duele.

Siento unos pasos tras de mí y el corazón me late desesperadamente al oler un aroma conocido en el aire.

Estoy en medio de los dos y cuando por fin me atrevo a voltear lo primero que veo es su brazo estirado hacia mí con un arma. Lo que más me duele son esos ojos grises mirándome con tanto odio que hasta se me crispa la piel.

No es un hombre que olvide a quién lo dañó, es un tipo fuerte, casi inhumano, que ha soportado las peores torturas y está aquí para cobrárselas con creces.

—Adrian... —de mi boca solo sale su nombre, mis labios se congelan.

¿Qué podría alegar? ¿Que soy inocente? No, no lo soy. Yo planeé este juego, lo lastimé al igual que él a mí al intentar matarme. Ambos fuimos culpables, ambos fuimos inconscientes de esta peligrosa atracción que empezó a carcomernos por completo.

—Demuestra quién eres, Adrian. Venga tu sed de odio.

La voz de Lion se impone, algunos hombres que pensé que estaban conmigo salen de sus escondites para quitarme el arma que aún llevo en la mano, pero ya no me sorprende nada, solo me afecta una sola persona en este mundo.

Su mirada oscura, la forma en la que sus ojos me fulminan.

—¡Hazlo ya! ¡Mátala! ¡Deshazte de esa zorra! —Lion se desespera al ver que no hace nada.

Me parece que todo pasa en cámara lenta. La risa de Emilio Ricardi, sus dedos ajustándose en el gatillo lentamente y el sonido de las ráfagas de las balas retumba en mi cabeza…

Duro, profundo, fugaz. Hasta que llega el silencio.

Me quedo quieta cuando entre la polvareda descubro la dirección de las balas. Estoy agarrotada y... viva. La sangre se desprende a borbotones del cuerpo de Lion y, junto a él, los guardaespaldas de Ricardi se desploman acribillados.

Emilio Ricardi entreabre los labios aturdido y se agarra su pierna herida por la ráfaga de balas. Me quedo atónita, el corazón me galopa con fuerza, el deseo me mata por correr hacia Adrian y besarlo, decirle tantas cosas, pero lo único que me desvía de ese pensamiento es la rata de Ricardi que huye.

Un intenso nubarrón de tierra vuelve a levantarse. Mi mayor enemigo trata de arrastrar su pierna herida entre la grava mientras saboreo su miedo y advierto el arma tirada justo a metros de mí. Siento la electricidad viva por mi carne, quiero dispararle, pero…

—La sangre se paga con sangre y este es tu fin.

Una voz retumba en el desierto y, al voltear, en el otro extremo, veo a Leonardo Simone apuntándome.

—¡Bianca!

Adrian corre hacia mí y me estampa junto a él. Permanezco quieta. El tiempo se detiene, sus músculos gruesos me abrazan, asfixiándome de forma casi violenta. Emito un gemido en su pecho mientras me empapo de su olor, su calor, y por un segundo pienso que esto es un sueño… hasta que suenan los disparos.

El sonido revienta en su espalda ensordeciendo mi razón.

—¡Adrian!

Me abraza tan profundamente que mi vida pasa en segundos. Me aferra contra su pecho y mis labios besan inconscientemente sus marcas que un día me negó besar.

Tres balas caen en su espalda y por más que quiero soltarme no me deja. Por más que trato de recibirlas en mi piel me protege apretándome mientras grito por él.

—¡No!

Mi garganta se desgarra, pero aun así, aunque se rompe en pedazos, no me deja de soltar. Me abraza como si fuera su vida entera y mi vida entera es él… hasta que un golpe de calor nos

remece cuando pisamos una mina y salimos volando por la explosión.

Caemos en algún lugar, soy completamente inconsciente de lo que pasa, del dolor, solo siento tierra en mi garganta, un calor extremo cuando nuestros cuerpos impactan en el suelo y…

Silencio. Solo hay silencio cuando recupero la razón.

Mi piel arde y pienso que todo esto es una tortura. Me quedo quieta sin respirar, Emilio Ricardi escapa, mi tío se levanta también huyendo, pero ya nadie me importa, ni siquiera mi venganza, solo mi amor.

—Bianca... —masculla Adrian temblando cuando me arrastro hacia él, lleno de sangre, y me levanto como puedo, acunando su rostro en mis brazos.

—No, por favor, no hables… —limpio su cara con mis manos muerta de miedo—. ¡Ayuda! ¡Ayuda! —grito como puedo.

—Bianca... —suspira—. Hay un mundo que quise enseñarte, pero… no voy a poder llegar.

—Vas a estar bien, por favor… no digas más.

Mis manos tiemblan, la piel se le desgarra, la sangre brota por todas partes e intento desesperadamente ayudar. Con mis manos trato de detener la hemorragia; aprieto sus heridas, lo miro con pánico y desesperación.

—Resiste, tengo tantas cosas que decirte —lloro—. Por favor, mi amor, no cierres los ojos —pongo mis manos en sus mejillas—. Mírame, estarás bien, estaremos bien. ¿Por qué… por qué lo hiciste, Adrian…?

—Porque te amo.

—Yo también te amo. Con mi vida, mis máscaras y todo lo que soy.

Suspira en un acto lento mientras su mano cae en el vacío.

—¿Adrian? No, no, no…, por favor.

Toda mi fuerza se va con él, todos mis sueños se quedan en sus manos. No reacciona, no responde, solo cierra sus ojos e intento reanimarlo apretando su pecho, pero no consigo más que gritar. Mis chillidos se elevan pidiendo ayuda.

—No me hagas esto, mi amor —lloro—. ¡Adrian! ¡Despierta! ¡No puedes dejarme!

Pero vuelve aquel silencio extraño. Me aferro a su cuerpo, aún le hablo, desgarrando mi garganta, mi alma, mi vida entera, pidiéndole que abra los ojos, pero no responde, mi amor ya no responde.

—Por favor… —imploro, acariciándolo.

No tengo idea de cuánto tiempo pasa, tampoco de cuánto he llorado, solo me abrazo a él y siento unos pasos correr hacia mí.

—¡Señorita Simone!

Méndez me mira pasmado, Elena palidece.

—Silencio, ¿no ven que duerme? Está durmiendo, ¿verdad, mi amor? Odia que lo miren

dormir —me aferro a su cuerpo con fuerza, llorando, sintiendo que su calor va desapareciendo, que mi alma se va perdiendo con él, pero ellos solo me miran.

—Bianca…, hija… —dice Elena.

—¡No me toquen!

—Se ha ido.

—¡Fuera! Vamos, Adrian, levántate. Dile que estás bien, mi amor.

Silencio.

—¡Dijiste que ibas a mostrarme un mundo para los dos! ¡Dijiste que nos iríamos para siempre! ¡Tú lo dijiste! —me enfado—. ¡Lo prometiste! ¡Lo prometiste, Adrian! Mi amor…, no me dejes sola, abre tus ojos. No te vayas, no me dejes, por favor.

Un grito remece mi interior mientras mi pecho explota de dolor.

«Estás loca queriendo a alguien como yo en tu vida». Su voz resuena, sigue resonando en mi mente como un recuerdo mientras Elena me levanta a la fuerza y lucho, aun con heridas abiertas, para que no me separen de él.

«Hace mucho tiempo dejé de estar enojado contigo, Bianca. Hace mucho tiempo te miro diferente».

Parpadeo con el alma hecha añicos. No sé quién me toca, pero me arrastran y ya no tengo fuerzas para luchar. De pronto, un mareo remece mi cabeza llevándose mi razón y lo último que veo es a Méndez quedándose junto a él.

«Bailaremos».

Oscuridad. Vacío.

Escucho su voz en mi mente hasta que mi alma se seca y no tengo conciencia de mí, tampoco del tiempo que pasa; minutos, horas, días, solo escucho sonidos de ambulancias, gritos, médicos y, a pesar de saber que estoy en otra parte, mi corazón se queda en ese desierto.

Abro los ojos y mil enfermeras intentan detenerme. Me levanto con furia, una furia que empieza a consumirme cuando los recuerdos vuelven una y otra vez, acribillándome.

Mi mente está en blanco, tal vez para no sentir más dolor. No soy consciente de lo que mis manos hacen al tumbar a las mujeres que tratan de amilanarme, me visto casi por inercia y camino con el alma seca hasta que las alarmas comienzan a sonar.

—¡Escapó! ¡Una paciente escapó! —gritan.

Pero solo actúo en automático, mis pies me llevan hasta el estacionamiento donde Méndez me empieza a hablar y es como si no existiera su voz, como si mis oídos lo hubiesen silenciado, pero mis manos empiezan a actuar.

A la fuerza le quito su arma, dinero, documentos, las llaves del auto y manejo en silencio sin emitir una sola emoción.

—¡Señorita Simone!

No pienso, no respiro, mi mente solo recrea la imagen del desierto. Son horas, quizá quince malditas horas las que manejo pensando, imaginando, recordando, hasta que, después de un viaje largo, un letrero me indica la entrada al lugar al que regreso por fin.

Villa Regina.

Entro rompiendo las rejas y, al detenerme en la puerta de la mansión, los últimos *soldati* que quedan, incluyendo los terratenientes y empleados, me apuntan con sus armas hasta que muestro mi rostro.

La gente que un día se burló de mí me mira pasmada. No les bajo la cara, por el contrario, ellos agachan sus cabezas para ante mí. Inconscientemente, hacen un camino sin decir nada más. Son solo perros que no muerden, ladran y admiran por fin lo que un día mi padre dijo que sería. Eso que tanto desearon, el odio en mis ojos que tanto añoraron, haciendo caras que no me interesa recordar.

Mi corazón late con fuerza cuando llego al pasillo principal y es perceptible el llanto de una niña a la que está maltratando. Es lo que siempre hace para sentirse ganador: dañar, forzar, hacer sentir su poderío ensombreciendo a los demás y luego esconderse en su sitio seguro, cual rata miserable.

Mis pasos resuenan en el pavimento, los gritos se oyen cada vez más cerca y, cuando abro la puerta de golpe, grande es la sorpresa de Leonardo Simone, mi tío, al verme entrar.

Se sobresalta llamando a sus guardias, se mea encima al notar mi ropa, mis ojos hinchados, mi alma seca y levanta las manos cuando me acerco a él.

—Bianca…

—Por la sangre. Por Adrian.

Y disparo. Una, dos, tres veces, matándolo. La niña corre gritando y yo sigo disparando. Le disparo con furia, con miedo y con dolor. Le disparo agujerando toda su miserable piel. Le disparo viendo el rostro de Adrian en mis recuerdos, y luego lo acuchillo hasta que todo termina.

Ha terminado por fin.

*

El gris del cielo impregna la mañana mientras Elena y Mateo tienen listas las maletas para irnos.

Hace dos días enterraron el cuerpo de mi tío y su muerte ha causado conmoción en Italia. Los ciudadanos están enterados de que la mafia gobernó nuestro territorio por mucho tiempo, las máscaras que por años estuvieron escondidas cayeron, y todo ha sido un caos.

El país está en llamas. La Hermandad, gobernada por Giulio Greco y sus siete miembros de caras desconocidas, se apropiaron de Italia poniendo a un nuevo títere como presidente del país.

La policía tomó el poder, soy la mujer más buscada de la nación y ya no hay división entre

norte y sur. Ricardi escapó. Los terratenientes se apropiaron de nuestras tierras y Villa Regina ya no es un espacio seguro para mí: cometí el pecado más grande de la mafia siciliana, que es «matar a uno de los tuyos», acto que los radicales jamás perdonarán.

El mundo se me viene encima. He estado actuando en automático sin siquiera pensar en lo que me espera; sedada la mayor parte del día y llorando por las noches. Han pasado treinta horas y respiro como he respirado desde aquel día en el desierto: sin vida ni luz.

—Bianca —me llama Elena detrás de la puerta de vidrio—. Ya es hora, mi corazón.

No contesto. No he hablado ni pronunciado una palabra en estos días.

—Necesitamos irnos ya. El tren debe estar por llegar. No quiero irme tan tarde, pero ahora que solo estamos los tres, debemos ser precavidos. Estoy preocupada por mi marido, no sabemos nada de él después de que se quedó en Polonia. Algo pasa, imagina si nos atacan. Necesito asegurarnos de que estaremos bien.

—No.

—¿Qué?

—No puedo irme. Necesito ir a otro lugar.

Por fin me armo de valor para entrar al cementerio. El lugar está casi vacío y mis pasos me llevan automáticamente hasta una lápida cuyo nombre ensombrece mi corazón.

No hay flores, tampoco claveles ni rosas, solo silencio. Aprieto mi mano y puedo sentir la dureza del USB que él me dejó. Los recuerdos solo aumentan mi dolor. Había una carpeta con mi nombre, documentos, además de un video que no pude terminar de ver…

Su rostro. Su voz. Saltan mis lágrimas.

Había un lugar a medio construir, tal vez una fortaleza para los dos.

Todas las cosas malas pasan por mi mente y la rabia me inunda. Bianca Simone también ha muerto, Bianca Simone no volverá a florecer. De ahora en adelante será Alexa quien tome las decisiones para terminar de vengar a quien tengo que vengar, aunque guarde un secreto más en mi interior.

Las náuseas no se han ido desde hace días. Respiro hondo. Mi mano baja de mi rostro hacia mi pecho y de mi pecho hacia mi vientre. Renacerá su nombre y quizá su sonrisa… porque ya no somos uno, solo dos.

La tensión invade mis pensamientos. Mi cuerpo se escarapela cuando veo una sombra seguirme. Un auto negro pasa, el sonido de los pájaros me perturba. Tengo que irme.

—Señorita, disculpe, se le cayó esta flor —dice un hombre. Parece el cuidador del lugar, que se acerca con una rosa blanca.

No, no se me cayó. No llevaba nada en las manos, pero aun así no puedo dejar de verla. No es cualquier rosa, su blancura es extraña porque tiene algo escrito dentro…

«3.1412001. En algún lugar en medio del océano… Las tormentas no mueren, solo descansan para volver a detonar».

Mi cuerpo se congela. Noto la insignia en el listón que cuelga de la rosa, cuyo mensaje en clave me paraliza.

Estoy siendo perseguida, alguien me observa. Mi estómago se contrae y levanto la cabeza. Peligro, una peligrosa atracción me parte por dentro. El hombre sonríe y solo lo miro.



EPÍLOGO

La lluvia: tan limpia y profunda, tan sola y ausente, da sus primeras puntadas antes de iniciar una tormenta nunca antes vista en aquel lugar. El frío parece calar hasta los huesos, los árboles sucumben ante la borrasca brutal, pero aquello no era más gélido que su rostro antes del abrazo de despedida que le toca enfrentar.

—No quiero dejarte —le dice Elena—. Pascual no lo hubiera permitido. Estás aprovechándote de su ausencia para tomar una decisión.

—Es una orden, y tanto Méndez como tú la tienen que cumplir.

Niega, temblando. Consciente de lo que no podrá cambiar.

—Lo que has hecho significa mucho para mí, Bianca. Gracias.

Las lágrimas de Elena solo hacen que a Bianca se le remueva una parte extraña de su corazón que no quiere doblegar. Ahora que tiene un mundo en su contra, quienes estén con ella corren un grave peligro. Las mafias, el gobierno, la policía y, sobre todo, Ricardi, la buscan incansablemente y a donde quiera que ella vaya la seguirán.

—Cuídalo, no tiene la culpa de nada —los ojos de Mateíto la miran con miedo—. Y agradécele a Méndez por su servicio, el cual termina aquí. Tal vez no nos volvamos a ver.

—No, eso nunca —Elena se enfada—. Regresaremos por ti, sea donde sea que estés, el tiempo que debamos esperar hasta que esto se solucione. Te quedaste sin dinero por nosotros, para salvarnos, y la otra mitad…

—No —puntualiza Bianca.

—Tienes algo pendiente y muchas cosas que resolver. Así te escondas, así lo niegues, los fantasmas tarde o temprano terminan por regresar.

—Los fantasmas, fantasmas son y ya no están.

Los ojos de Bianca le empiezan a picar. Elena puede ver cuánto guarda ella por dentro, cuánto le cuesta sostener la respiración, pero aun así, a pesar de lucir pálida, expuesta y terriblemente desmejorada, su rostro es un témpano que no demuestra emoción.

La criaron para ser *arpía, leyenda, peligro*. La golpearon e hirieron, pero ella también apuñaló y perdió creyendo que ganaba en una peligrosa atracción que la enamoró.

Las luces del auto se difuminan en medio de la lluvia torrencial y, mientras unos intercambian despedidas dolorosas, otros, tal vez muy lejos, se quedan quietos en medio de la oscuridad.

El mar nunca fue tan bravo desde que los muertos llegaron a reposar. El lugar es pequeño, situado entre árboles y arena en medio de la nada donde parecen habitar personas con costumbres ancestrales.

Un idioma nativo se alza entre los rezos y una humareda de plantas naturales quemadas inunda ese lugar que irradia poder.

—Los traumatismos en su cuerpo son evidentes, también las marcas de tortura, quemaduras y heridas graves. Ha soportado más de lo que cualquier ser humano podría soportar.

—¿Crees que esta alma oscura pueda volver? —pregunta una mujer nativa que limpia sus heridas.

—Solo un demonio regresaría de la muerte y, si lo hace, solo sería para destruir.

El calor es apremiante, pero no más que su infierno. Las paredes de madera parecen incendiar su corazón.

Soledad. Silencio. Pesadillas que lo hacen flotar.

Dicen que el tiempo siempre pone todo en su lugar. La brisa mueve cada hebra de su interior, las venas se le remarcan junto a una extraña sensación de electricidad que empieza a recorrer su pecho lleno de marcas, las tres heridas de balas frescas que forman nuevas cicatrices en su espalda, hasta que…

Abre los ojos de golpe, volviendo en sí. Ojos intensos, crudos, violentos y sedientos de venganza.

La batalla sin máscaras no termina aquí.

Acaba de comenzar.

Primera edición: febrero de 2024

© 2024, Flor Di Vento

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021, Barcelona

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

ISBN: 978-84-10050-98-3

Conversión a e-book: Apollo Studio

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinLibros
X: @penguinlibros
Instagram: penguinlibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros



Flor Di Vento

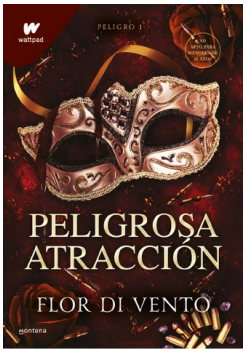
Autora peruana amante de los libros, el café y los giros inesperados. Empezó a escribir en secreto desde los catorce años, plasmando historias que no dejaban de sonar en su cabeza, hasta que decidió compartirlas, con lo que ganó miles de seguidores a nivel internacional.

En 2020 comenzó a vender sus libros en plataformas digitales y estos se convirtieron pronto en *bestsellers*. Se adentró en el mundo de la escritura como una manera de vivir universos paralelos que asaltaran corazones y desataran emociones al límite. Le fascinan los personajes oscuros y, como ella dice: «Los villanos siempre serán su debilidad».

Diseño de cubierta: Artscandare Book Cover Design
Fotografia de solapa: Archivo de la autora

Sobre este libro

«Hay dos cosas que no tolero en este mundo: uno, su apellido. Dos, que mi objetivo crea que es libre cuando es enteramente mía».



Cuando Adrian Petrov, el asesino más escurridizo y temido de Italia, supo que la hija de su mayor enemigo escapó del tiroteo que debía acabar con su vida, decidió terminar de una vez por todas con el juego.

Una nueva identidad le permitió adentrarse en el círculo de la mafia siciliana con la intención de eliminar a Bianca, la única heredera de los Simone. El plan estaba en marcha, todo iba acorde a sus movimientos. Sin embargo, ella no era la chiquilla mimada y miedosa que esperaba encontrar. Lo que pensó sería una presa fácil, se convirtió en una ardiente arpía capaz de encender sus más oscuros deseos.

No caer en la tentación era la primera regla en su mundo, pero verla desnuda y enmascarada empezó a alterar sus propias convicciones. Sus ganas por someterla eran tan profundas como el odio que sentía por ella.

Bianca era el motivo de su venganza, pero también una peligrosa atracción que podría cambiarlo todo.